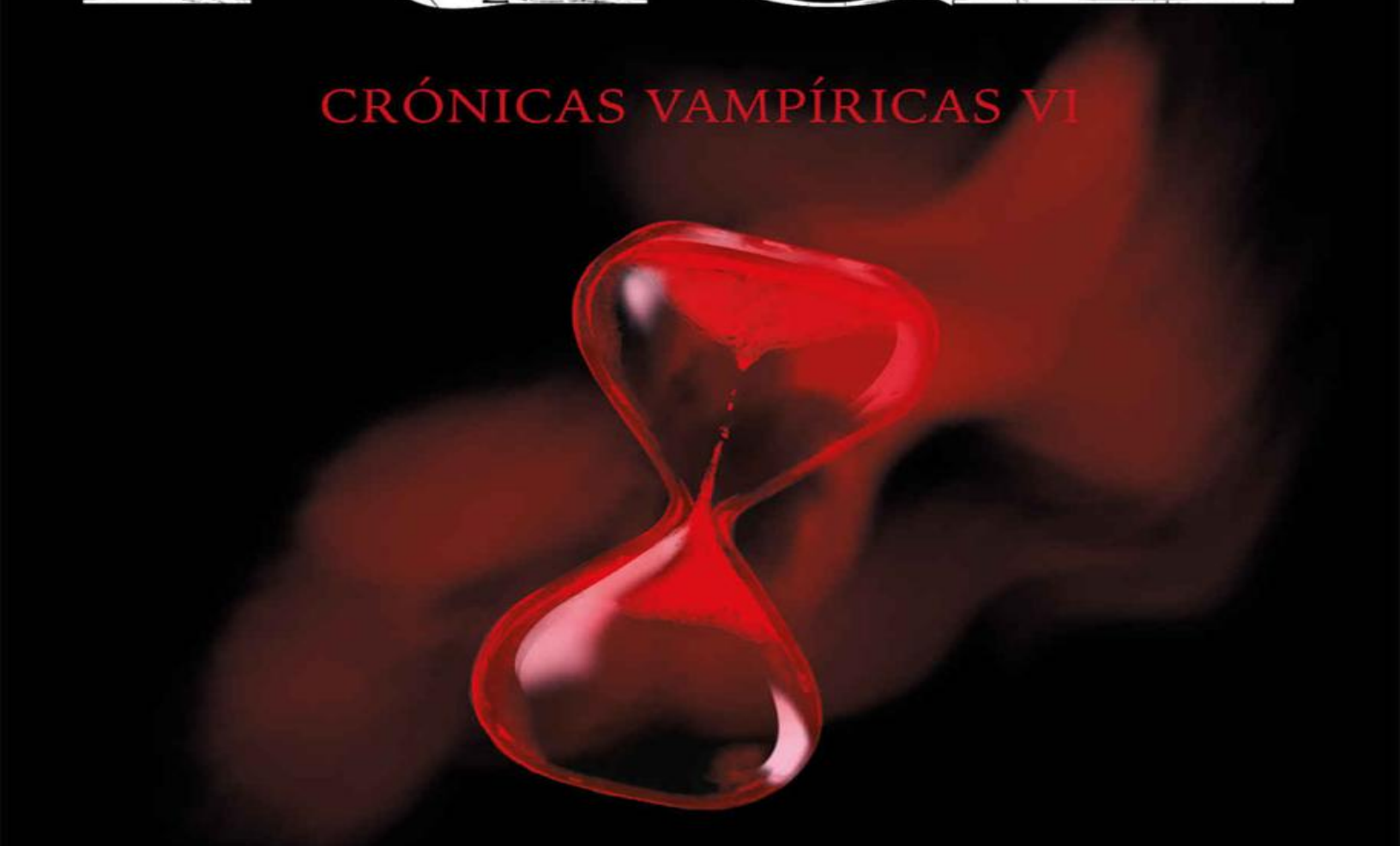
ANNE RICE

CRÓNICAS VAMPÍRICAS VI



ARMAND EL VAMPIRO

CRÓNICAS VAMPÍRICAS VI

Armand el vampiro

ANNE RICE

Traducción de Camila Batlles

OceanofPDF.com

A Brandy Edwards,
Brian Robertson,
Christopher Rice y Michele Rice

OceanofPDF.com

Jesús dijo a María Magdalena: «Suéltame, pues todavía no he subido al Padre; vete a mis hermanos y diles: Voy a subir a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios».

JUAN, 20: 17

OceanofPDF.com

PARTE I

OceanofPDF.com

CUERPO Y SANGRE

OceanofPDF.com

1

Decían que una niña había muerto en el último piso. Habían encontrado su ropa en la pared. Yo quería subir allí, tumbarme junto a la pared y estar solo.

Habían visto algunas veces al fantasma de la niña, pero ninguno de esos vampiros podía ver a espíritus, al menos no como los veía yo. Da lo mismo, no era la compañía de la niña lo que yo buscaba, sino estar en ese lugar.

No ganaba nada permaneciendo junto a Lestat. Yo había acudido puntualmente; había cumplido mi propósito. No podía ayudarle.

Sus ojos de mirada fija, inmóviles, me ponían nervioso. Me sentía sereno y rebosante de amor hacia mis seres queridos, mis criaturas humanas, mi pequeño Benji de pelo oscuro y mi dulce y esbelta Sybelle, pero aún no era lo suficientemente fuerte para llevármelos conmigo.

Salí de la capilla sin reparar siquiera en quién estaba allí. Todo el convento se había convertido en la morada de vampiros. No era un lugar desordenado, ni abandonado, pero no me fijé en los seres que había en la capilla cuando me marché.

Lestat seguía tendido en el suelo de mármol de la capilla, frente a un gigantesco crucifijo, de costado, con las manos inertes, la izquierda justo debajo de la derecha. Sus dedos rozaban levemente el mármol, como si lo tanteara, aunque no era así. Tenía los dedos de la mano derecha crispados, formando un pequeño hueco en la palma sobre la que incidía la luz, lo cual también parecía encerrar algún significado, pero no significaba nada.

Se trataba simplemente de un cuerpo sobrenatural que yacía privado de voluntad, exangüe, tan inerte como su rostro, cuya expresión parecía asombrosamente inteligente, teniendo en cuenta los meses durante los cuales Lestat no había movido un músculo.

Las grandes vidrieras se habían cubierto para que la luz del alba no le hiriera. Por la noche resplandecían a la luz de las maravillosas velas colocadas alrededor de las hermosas estatuas y reliquias que abundaban en

ese otrora santo y bendito lugar. Unos niños mortales habían asistido a misa bajo este elevado techo; un sacerdote había entonado ante el altar las palabras en latín.

Ahora era nuestro, pertenecía a Lestat, el hombre que yacía inmóvil sobre el suelo de mármol. Hombre, vampiro, criatura de las tinieblas. Cualquiera de estos apelativos sirve para describirle.

Al volver la cabeza para observarlo, me sentí como un niño. Eso es lo que soy. Esta definición me cuadra como si fuera el único rasgo que contuviera mi código genético.

Yo tenía unos diecisiete años cuando Marius me convirtió en vampiro. Para entonces, ya había dejado de crecer. Hacía un año que medía un metro y sesenta y ocho centímetros. Tenía las manos delicadas como las de una damisela y era imberbe, como solíamos decir en aquella época, el siglo XVI. No era un eunuco, no, sino un jovencito.

En aquel tiempo se estilaba que los chicos fueran tan bellos como las muchachas. Ahora se me antoja una característica útil, y ello se debe a que amo a los demás, a mis seres queridos: Sybelle, con sus pechos de mujer y sus piernas largas y juveniles, y Benji, con su carita redonda e intensa, típicamente árabe.

Me detuve a los pies de la escalera. Aquí no hay espejos, sólo elevados muros de ladrillo desprovistos de yeso, unos muros viejos sólo a ojos de los mortales, oscurecidos por la humedad que invade el convento. Todas las texturas y los elementos habían sido suavizados por los sofocantes veranos de Nueva Orleans y sus húmedos e insidiosos inviernos, unos inviernos verdes, según los llamo yo, porque los árboles aquí casi nunca aparecen desprovistos de hojas.

Nací en un lugar donde el invierno es eterno en comparación con este lugar. No es de extrañar que en la soleada Italia olvidara mis orígenes y creara mi vida a partir del presente de mis años con Marius. «No lo recuerdo». Ello se debía a mi pasión por el vicio, a mi afición al vino y la suculenta comida italiana, al tacto del cálido mármol bajo mis pies desnudos cuando las estancias del palacio se hallaban perversa, pecaminosamente caldeadas por los fuegos exorbitantes de Marius.

Sus amigos mortales, unos seres humanos como yo en aquella época, le censuraban que malgastara tanto dinero en leña, aceite y velas. Marius sólo utilizaba las mejores velas de cera de abeja. Cada fragancia era importante.

No pienses más en esas cosas. Los recuerdos ya no pueden herirte. Viniste aquí por un motivo y ya no tienes nada que hacer en este lugar; ve en busca de los seres que amas, tus jóvenes mortales, Benji y Sybelle. Debes seguir adelante.

La vida ya no era un escenario donde el fantasma de Banquo cobraba vida para sentarse a la siniestra mesa. Un intenso dolor me atenazaba el alma.

Sube la escalera. Acuéstate un rato en este convento de ladrillo donde hallaron la ropa de la niña. Tiéndete junto a la niña que murió asesinada aquí, en este convento, según dicen los cotillas, los vampiros que merodean por estas habitaciones, los cuales han venido a contemplar al gran vampiro Lestat sumido en un sueño como Endimión.

Sin embargo, no sentía que en este lugar se hubiera cometido un asesinato, sino que sólo percibía las dulces voces de las monjas.

Subí la escalera, dejando que mi cuerpo hallara su peso y su paso humanos.

Después de quinientos años, conozco esos trucos. Era capaz de atemorizar a todos los vampiros jóvenes —los parásitos y los mirones— al igual que los otros vampiros ancianos, incluso los más modestos, pronunciando unas palabras para demostrar su telepatía, o esfumándose cuando deseaban marcharse, o utilizando de vez en cuando sus poderes para hacer que temblara el edificio, una hazaña interesante teniendo en cuenta que estos muros miden cincuenta centímetros de grosor y cuentan con unas soleras de madera de ciprés que nunca se pudre.

«A él le deben de gustar los aromas de este lugar —pensé—. ¿Dónde está Marius?» Antes de que yo fuera a ver a Lestat, no me había apetecido hablar con Marius y sólo había cruzado con él unas frases de cortesía cuando había dejado mis tesoros a su cargo.

Yo había llevado a mis pupilos a una morada de vampiros. ¿Quién mejor para custodiarlos que mi estimado Marius, tan poderoso que nadie se atrevía aquí a cuestionar su menor deseo?

No existe ningún vínculo telepático natural entre nosotros; Marius me creó, yo soy su eterno discípulo. No obstante, en cuanto me ocurrió esto, comprendí que sin la ayuda de ese vínculo telepático no podía sentir la presencia de Marius en el edificio. No sabía lo que había sucedido durante el breve intervalo en que me arrodillé para contemplar a Lestat. No sabía

dónde se encontraba Marius. No percibí los olores humanos de Benji y Sybelle que me eran tan familiares. Sentí una punzada de pánico que me paralizó.

Me detuve en el rellano del segundo piso del edificio. Me apoyé en la pared, fijando serenamente la vista en el lustroso suelo de pino. La luz creaba unos charcos amarillos sobre las tablas.

¿Dónde se habían metido Benji y Sybelle? ¿Cómo se me había ocurrido traer aquí a esos dos maduros y espléndidos seres humanos? Benji era un alegre muchacho de doce años; Sybelle, una criatura femenina de veinticinco. ¿Y si Marius, de alma tan generosa, no los hubiera vigilado como yo le había pedido?

—Aquí estoy, joven. —Era una voz brusca, pero al mismo tiempo suave y acogedora.

Mi creador se encontraba en el rellano del primer piso. Había subido la escalera detrás de mí, o para ser más precisos, había utilizado sus poderes para situarse allí, recorriendo la distancia que nos separaba a una velocidad silenciosa e invisible.

—Maestro —repuse con una breve sonrisa—. Durante unos instantes temí por ellos —dije a modo de disculpa—. Este lugar me entristece.

Él asintió.

—Están conmigo, Armand —contestó—. La ciudad está atestada de mortales. Hay comida suficiente para todos los vagabundos que deambulan por aquí. Nadie los lastimará. Aunque yo no estuviera aquí para asegurártelo personalmente, nadie se atrevería a hacerles daño.

Fui yo quien asintió entonces, aunque en realidad no estaba tan seguro. Los vampiros son perversos por naturaleza y cometen verdaderas atrocidades simplemente por placer. Matar a la mascota mortal de otro vampiro sin duda habría constituido una estupenda diversión para algunos de esos siniestros y extraños seres que merodeaban por los aledaños de este lugar, atraídos por los asombrosos acontecimientos que se producían aquí.

—Eres asombroso, joven —comentó Marius sonriendo. ¡Joven! ¿Quién si no Marius, mi creador, me llamaría así? ¿Qué significaban para él quinientos años?—. Has intentado alcanzar el sol, hijo —continuó mostrando una evidente expresión de inquietud en su afable rostro—. Y has vivido para contarlo.

—¿Alcanzar el sol, maestro? —pregunté como si cuestionara sus

palabras. Pero yo no deseaba revelar nada más. No quería hablar todavía, referirle lo que había ocurrido, la leyenda del velo de la Verónica y la faz de Nuestro Señor grabada en él, y la mañana en la que renuncié a mi alma sintiéndome absolutamente feliz. ¡Qué fábula!

Marius subió la escalera para estar junto a mí, pero se mantuvo a una cortés distancia. Siempre había sido un caballero, incluso antes de que se inventara esa palabra. En la antigua Roma debía de existir un término similar para describir a una persona como él, de exquisitos modales, amable con los demás por considerarlo una cuestión de honor, e invariablemente educado con los ricos y con los pobres. Éste era Marius, y siempre había sido Marius, al menos por lo que yo sabía.

Marius apoyó su mano blanca como la nieve en la balaustrada, la cual emitía un suave y satinado resplandor. Lucía una larga y holgada capa de terciopelo gris, otrora espectacular pero ahora un tanto deslucida debido a la lluvia y al uso. Su pelo rubio era largo como el de Lestat, lleno de caprichosos reflejos y alborotado debido a la humedad, salpicado con unas gotas de rocío, el mismo que adornaba sus doradas cejas y oscurecía las largas y rizadas pestañas que enmarcaban sus ojos de un azul cobalto.

Marius emanaba un aire más nórdico y gélido que Lestat, que tenía el cabello más dorado, cuajado de luminosos reflejos, y cuyos prismáticos ojos absorbían los colores que le rodeaban hasta adquirir un maravilloso color violeta a la menor provocación del mundo exterior que le veneraba.

En Marius yo veía el cielo soleado de las desoladas regiones nórdicas, unos ojos siempre radiantes que rechazaban todo color exterior, unos portales perfectos de su alma constante.

—Deseo que me acompañes, Armand —dijo Marius.

—¿Adónde, maestro? —pregunté, esmerándome en ser tan cortés como él. Marius tenía el don de poner de relieve, incluso tras una pugna de poder a poder, mis instintos más nobles.

—A mi casa, Armand, donde se encuentran en estos momentos Sybelle y Benji. No temas por ellos. Son unos mortales extraordinarios, brillantes, distintos y, sin embargo, parecidos. Ellos te aman y han aprendido mucho a tu lado.

Mis mejillas se tiñeron de sangre y de rubor; aquel sofoco me escocía y resultaba desagradable, pero cuando la sangre se retiró de la superficie de

mi rostro, me sentí refrescado y curiosamente excitado por haber experimentado aquellas sensaciones.

Me turbaba estar ahí y deseaba que aquella escena terminara cuanto antes.

—Maestro, no sé quién soy en esta nueva vida —dije con tono de gratitud. ¿Renacido? ¿Confundido? Dudé unos instantes, pero no podía detenerme—. No me pidas que me quede aquí. Quizá regrese en otra ocasión, cuando Lestat vuelva a ser el mismo de siempre, cuando haya transcurrido un tiempo... No lo sé con certeza, sólo sé que en estos momentos no puedo aceptar tu amable invitación.

Marius asintió brevemente, al tiempo que hacía un pequeño ademán de aquiescencia. Su vieja capa gris se había deslizado sobre un hombro, pero a él no parecía importarle. Sus raídas ropas de fina lana mostraban un aspecto lamentable; las solapas y los bolsillos estaban orlados de un polvo grisáceo, lo cual no dejaba de resultar chocante por tratarse de él.

Marius lucía una bufanda de seda blanca en torno al cuello que hacía que su pálido rostro pareciera más sonrosado y humano de lo habitual. Pero la seda estaba desgarrada como si hubiera quedado prendida en una zarza. En definitiva, vagaba por el mundo vestido de una forma impropia en él. Era el atuendo de un saltimbanqui, no de mi viejo maestro.

Creo que se percató de mi dilema. Alcé la vista hacia el tenebroso techo del edificio. Deseaba alcanzar el ático, las ropas semiocultas de la niña muerta. Me intrigaba esa historia de la niña muerta. Tuve la impertinencia de distraerme pensando en ello, aunque Marius esperaba una respuesta.

Marius interrumpió mis meditaciones con sus suaves palabras:

—Cuando decidas venir a por Sybelle y Benji los hallarás en mi casa —comentó—. No te costará encontrarnos. Oirás la *Appassionata* cuando desees oírla —añadió sonriendo.

—Le has cedido el piano —respondí. Me refería a la dorada Sybelle. Yo había cerrado mis oídos a todo sonido que no fuera sobrenatural y no deseaba abrirlos ni siquiera para escuchar a Sybelle tocar el piano, un placer que añoraba intensamente.

Tan pronto como penetramos en el convento, Sybelle había visto un piano y me había preguntado al oído si podía tocarlo. El piano no se hallaba en la capilla donde yacía Lestat, sino en una espaciosa estancia que estaba desierta. Yo le había dicho que no era correcto, que podía importunar a

Lestat, pues no sabíamos lo que él pensaba o sentía, ni si se sentía angustiado y atrapado en sus sueños.

—Espero que cuando vengas te quedes una temporada —dijo Marius—. Te encantará oír a Sybelle tocar mi piano. Podremos conversar, tú podrás descansar con nosotros y compartiremos la casa durante tanto tiempo como desees.

Yo no respondí.

—Es una mansión palaciega al estilo del Nuevo Mundo —prosiguió Marius con una sonrisa socarrona—. No está lejos. Poseo un jardín inmenso repleto de vetustos robles, unos robles más antiguos que los de la Avenida, y grandes puertaventanas. Ya sabes lo que me gustan esas cosas. Es el estilo romano. La casa está abierta a la lluvia primaveral, y la lluvia primaveral aquí es de ensueño.

—Lo sé —musité—. Creo que ha empezado a llover, ¿verdad? —agregué sonriendo.

—Sí, me han caído unas gotas —contestó Marius casi alegremente—. Ven cuando quieras. Si no esta noche, mañana...

—Iré esta misma noche —respondí. No deseaba ofenderlo, pero Benji y Sybelle ya habían visto suficientes monstruos de rostro pálido y voz suave. Había llegado el momento de marcharse.

Observé a Marius casi con descaro, deleitándome, tratando de superar una timidez que para los seres como nosotros representa una gran desventaja en este mundo moderno. En la Venecia antigua, Marius se había vanagloriado de su elegancia como todos los caballeros de esa época, siempre espléndidamente ataviado, el vivo espejo de la moda, para utilizar una antigua y airosa expresión. Cuando atravesaba la plaza de San Marcos bajo la suave luz violácea de la noche, todos se volvían para mirarlo. El rojo era su color distintivo, el terciopelo rojo: una holgada capa, un jubón magníficamente recamado y debajo de él una camisa de seda dorada, muy en boga en aquellos tiempos.

Marius poseía entonces el cabello del joven Lorenzo de Médicis; parecía salido de un fresco.

—Sabes que te amo, maestro, pero en estos momentos deseo estar solo —dije—. Tú no me necesitas, ¿no es cierto, señor? Lo cierto es que nunca me has necesitado.

En el acto me arrepentí de haberlo dicho. Las palabras, no el tono,

resultaban impertinentes. Y nuestras mentes estaban tan separadas que temí que Marius las malinterpretara.

—Deseo gozar de tu presencia, querubín —repuso Marius con tono condescendiente—. Pero esperaré. Me parece que hace poco pronuncié estas mismas palabras, cuando estábamos juntos, pero no me importa repetirlas.

Yo no me atrevía a decirle que últimamente anhelaba tener compañía humana, que deseaba pasar la noche charlando con el pequeño Benji, un muchacho muy sabio, o escuchando a mi amada Sybelle tocar una y otra vez su sonata preferida. No me pareció oportuno darle más explicaciones. De golpe me sentí de nuevo triste, abrumado e innegablemente triste por haber acudido a este desolado y desierto convento donde yacía Lestat, incapaz de moverse y de hablar, quién sabe por qué motivo.

—No ganarás nada con mi compañía en estos momentos, maestro —comenté—. Pero confío en que me des alguna pista para que pueda dar contigo cuando haya pasado un tiempo... —No concluí la frase.

—¡Temo por ti! —murmuró de pronto Marius con afecto.

—¿Más que en épocas pasadas, señor? —pregunté.

Tras reflexionar unos momentos, Marius respondió:

—Sí. Amas a dos criaturas mortales. Representan tu luna y tus estrellas. Ven a pasar unos días conmigo. Dime lo que piensas sobre nuestro Lestat y sobre lo que ha ocurrido. Espero que me cuentes tu opinión sobre todo cuanto has visto últimamente. Prometo guardar silencio y no presionarte.

—Te admiro, señor, por expresarlo con delicadeza —repuse—. ¿Te refieres a por qué creí a Lestat cuando me dijo que había estado en el cielo y el infierno? ¿Deseas saber lo que vi cuando me mostró la reliquia que había traído consigo, el velo de la Verónica?

—Sí, si deseas decírmelo. Pero ante todo deseo que descanses un tiempo en mi casa.

Yo apoyé mi mano en la suya, maravillado de que pese a todo cuanto había soportado, mi piel fuera casi tan blanca como la suya.

—¿Tendrás paciencia con mis niños hasta que yo vaya a buscarlos? —pregunté—. Se creen intrépidamente malvados por haber venido aquí conmigo y haberse puesto a silbar con toda naturalidad en la morada de los no muertos, por así decirlo.

—Los no muertos —repitió Marius, sonriendo con aire de reproche—.

No utilices ese lenguaje en mi presencia. Sabes que lo detesto.

Marius me besó brevemente en la mejilla, lo cual me dejó perplejo. Luego se esfumó.

—¡Un viejo truco! —exclamé en voz alta, preguntándome si Marius estaría aún lo suficientemente cerca para oírme, o si había cerrado sus oídos al mundo externo con tanta firmeza como lo había hecho yo.

Fijé la mirada en el infinito, deseando hallarme en un lugar apacible, soñando con cenadores, no mediante palabras sino en imágenes, como suele hacer mi vieja mente, ansiando tumbarme entre los macizos de flores de un jardín, oprimir el rostro contra la tierra y canturrear suavemente.

Añoraba la primavera que había estallado en el exterior, la neblina que presagiaba lluvia... Anhelaba los húmedos bosques situados más allá de este lugar, pero también anhelaba reunirme con Sybelle y Benji, y partir, tener la fuerza de voluntad de seguir adelante.

«¡Ah, Armand! Siempre careciste de fuerza de voluntad. No dejes que la vieja historia se repita. Ármate con cuanto ha sucedido».

Noté la presencia de otro ser que merodeaba cerca. Me pareció intolerable que un ser inmortal, a quien yo no conocía, tuviera la osadía de entrometerse en mis reflexiones íntimas y aleatorias, quizá con el deseo egoísta de adivinar mis sentimientos. Sin embargo, se trataba de David Talbot.

Tras salir del ala donde estaba la capilla, había atravesado las salas del convento que la comunicaban con el edificio principal, donde yo me encontraba en el rellano del segundo piso.

Le vi entrar en el vestíbulo. A sus espaldas había una puerta de cristal que daba acceso a la galería, y abajo el patio, invadido por una delicada luz blanca y dorada.

—Menos mal que todo está tranquilo —comentó David—. El ático está desierto; supongo que sabes que no puedes entrar en él.

—Vete —repliqué. No sentí ira, sólo el legítimo deseo de que nadie se entrometiera en mis pensamientos y mis emociones.

David, haciendo gala de su prodigiosa desenvoltura, hizo caso omiso de mi petición y repuso:

—Reconozco que te temo un poco, pero me puede la curiosidad.

—¡Conque ésa es tu excusa por haberme seguido hasta aquí!

—No te he seguido —contestó David—. Vivo aquí.

—Lo lamento, lo ignoraba —me disculpé—. Me alegra saberlo. Así puedes vigilarle, no está solo. —Me refería a Lestat, por supuesto.

—Todos te temen —dijo David con calma. Se detuvo a pocos pasos de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Sabes?, es muy interesante estudiar los usos y costumbres de los vampiros.

—A mí no me lo parece —repliqué.

—Es natural—repuso él—. Perdóname, estaba reflexionando en voz alta. Pensaba en la niña que dicen que murió asesinada en el ático. Es una historia tremenda sobre una persona muy joven. Quizá tengas más suerte que los otros y consigas ver al fantasma de la niña cuyas ropas emparedaron para que nadie las hallara.

—¿Te importa que te observe mientras tratas de colarte en mi mente con aplastante descaro? —pregunté—. Nos conocimos hace tiempo, antes de que ocurriera lo que ocurrió: Lestat, el Viaje Celestial, este lugar... No te observé detenidamente. Me eras indiferente, o quizá me lo impidió mi educación.

Me asombró la vehemencia de mi tono. Estaba muy excitado, pero no por culpa de David Talbot.

—Pienso en los datos que circulan sobre ti —dije—. Que no naciste con el cuerpo que muestras ahora, que eras un anciano cuando te conoció Lestat, que este cuerpo en el que resides pertenecía a un alma inteligente capaz de saltar de un ser vivo a otro y apoderarse de él.

David esbozó una sonrisa encantadora.

—Eso dijo Lestat —contestó—. Eso escribió Lestat, y sin duda es cierto. Tú sabes que lo es. Lo sabías desde el momento en que nos conocimos.

—Pasamos tres noches juntos —respondí—. Jamás se me ocurrió dudar de ti. Quiero decir que nunca te miré directamente a los ojos.

—En aquel entonces pensábamos en Lestat.

—¿Y ahora no?

—No lo sé —contestó David.

—David Talbot —dije, midiéndole fríamente con los ojos—. David Talbot, general superior de la orden de detectives clarividentes, conocida como Talamasca, catapultado al cuerpo que habita ahora. —Yo no sabía si estaba parafraseando o inventando lo que decía—. Encerrado o encadenado dentro de ese cuerpo, sujeto al mismo por multitud de viejas venas y arterias, y convertido en un vampiro a medida que una sangre ardiente e

irrestañable invadía su afortunada anatomía, sellando su alma dentro de su cuerpo y transformándolo en un ser inmortal, un hombre de piel atezada y cabello seco, espeso, lustroso y negro.

—Creo que has acertado —contestó él con condescendiente cortesía.

—Un apuesto caballero —continué—, de color caramelo, que se mueve con la agilidad de un gato, exhibe una mirada tan encantadora que me hace pensar en una serie de cosas placenteras y exhala un popurrí de aromas: canela, clavo, pimienta y otras especies doradas, castañas o rojas, cuyas fragancias son capaces de estimular mi cerebro y sumirme en unos deseos eróticos que exigen satisfacción. Su piel debe de oler a anacardos y una espesa crema de almendras. Estoy seguro de ello.

—He captado tu mensaje —comentó David, echándose a reír.

Yo estaba pasmado y turbado por la perorata que acababa de soltar.

—Pues yo no estoy seguro de saberlo —repliqué.

—Está muy claro —dijo él—. Deseas que te deje tranquilo.

De inmediato reparé en las absurdas contradicciones que encerraba la cuestión.

—Estoy trastornado —murmuré—. Tengo los sentidos confundidos: gusto, vista, olor, tacto... No estoy en mis cabales.

Pensé con frialdad y alevosía en atacarlo, apoderarme de él, derrotarlo con mi astucia y mis facultades superiores a las suyas y probar su sangre sin su consentimiento.

—Ni lo intentes, soy un viejo zorro —afirmó David—. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

¡Qué aplomo! El anciano que llevaba dentro se imponía sobre la envoltura joven y fuerte, el sabio mortal que imponía su autoridad de hierro sobre todo lo eterno y dotado de un poder sobrenatural. ¡Qué combinación de energías! Yo deseaba beber su sangre, apoderarme de él contra su voluntad. No existe nada más divertido en este mundo que violar a un ser igual a ti.

—No sé —dije, avergonzado. Violar es un acto poco viril—. No sé por qué te insulto. Yo quería marcharme cuanto antes. Quería visitar el ático y largarme de aquí. Quería evitar este enamoramiento mutuo. Me pareces un ser prodigioso, y tú opinas lo mismo de mí. Es una situación comprometida.

Le miré de arriba abajo. La última vez que nos encontramos yo debía de estar ciego, sin duda.

David iba vestido a la última. Con la habilidad de otros tiempos, cuando los hombres podían exhibirse como pavos reales, había elegido unos colores dorados, sepia y ambarinos para su atuendo. Ofrecía un aspecto pulcro y elegante, decorado con unos toques de oro puro estratégicamente repartidos, en la pulsera del reloj, los botones y el alfiler de corbata, esa curiosa tira coloreada que lucen los hombres de esta época, como para permitirnos agarrarles más fácilmente por el nudo de la misma. Un ridículo ornamento. Incluso su camisa de bruñido algodón mostraba unos reflejos irisados que recordaban el sol y la cálida tierra. Hasta sus zapatos eran marrones, relucientes como el dorso de un escarabajo.

David se acercó a mí.

—Ya sabes lo que voy a pedirte —anunció—. No luches con estos pensamientos que no alcanzas a articular, estas nuevas experiencias, estos conocimientos que te abruman. Escribe un libro para mí basado en ese material.

Yo no pude haber adivinado que ésa sería su petición. Me sorprendió, dulcemente, pero no dejó de desconcertarme.

—¿Que escriba un libro? ¿Yo, Armand?

Me dirigí hacia él, luego di media vuelta y subí la escalera apresuradamente, sin detenerme en el tercer piso, hasta alcanzar el cuarto, donde se hallaba el ático.

Reinaba un ambiente denso y sofocante. Era un lugar que el sol recalentaba a diario. Todo emanaba un aroma seco y dulzón; la madera olía a incienso y las tablas del suelo estaban astilladas.

—¿Dónde estás, criatura? —pregunté.

—Querrás decir niña —me corrigió David.

Había subido tras de mí, dejando pasar unos minutos en aras de los buenos modales.

—Esa niña nunca estuvo aquí —añadió.

—¿Cómo lo sabes?

—Si fuera un fantasma, yo podría invocarla —contestó él.

—¿Tienes ese poder? —pregunté, volviéndome hacia David—. ¿O lo dices por decir? Antes de que me respondas, te advierto que casi nunca tenemos la facultad de ver espíritus.

—Soy un ser de nuevo cuño —repuso David—. Distinto de los otros. He

penetrado en el Mundo de las Tinieblas con otras facultades. Todo indica que nuestra especie, los vampiros, hemos evolucionado.

—El mundo convencional es estúpido —repliqué, dirigiéndome hacia el ático. Vi un pequeño dormitorio con los muros de yeso desconchados y pintados con grandes y vistosas rosas victorianas y unas hojas borrosas de color verde pálido. Entré en la habitación. La luz penetraba a través de una elevada ventana a la que una niña no habría podido asomarse. «Qué crueldad», pensé.

—¿Quién dijo que aquí murió una niña? —pregunté.

La habitación estaba limpia y ordenada, pese al deterioro causado por el paso del tiempo. No noté presencia alguna. Todo estaba perfecto; no había ningún fantasma para darme ánimos ¿Por qué iba a despertarse un fantasma de su plácido sueño para reconfortarme?

Me quedaba el recurso de recrearme en el recuerdo de la niña, su tierna leyenda. ¿Cómo es posible que mueran asesinados niños en orfanatos atendidos sólo por monjas? Nunca supuse que las mujeres pudieran ser tan crueles. Quizá secas, carentes de imaginación, pero no tan agresivas como nosotros, capaces de matar.

Deambulé por la habitación. En una pared había unos taquilleros de madera, uno de los cuales estaba abierto y contenía unos zapatitos marrones, estilo Oxford, con cordones negros. De pronto, al volverme, vi el hueco roto y astillado del que habían arrancado sus ropas. Las prendas de la niña yacían allí, arrugadas y cubiertas de moho.

Se apoderó de mí una inmovilidad como si el polvo de la habitación se compusiera de unos fragmentos de hielo caídos de las elevadas cimas de unas montañas altaneras y monstruosamente egoístas con el fin de congelar a todo ser vivo, para aniquilar a todo cuanto respirara, sintiera, soñara o viviera.

—«No temas el calor del sol —murmuró David citando unos versos—. Ni la cólera feroz del invierno. No temas...»

Sonreí satisfecho. Yo conocía ese poema, me encantaba.

Hice una genuflexión, como si me hallara ante el sacramento, y toqué las ropas de la niña.

—Era muy pequeña, no debía de tener más de cinco años, pero no murió aquí. Nadie la mató. No tuvo un fin tan especial.

—Tus palabras desmienten tus pensamientos —declaró David.

—No, pienso en dos cosas simultáneamente. Existe cierta distinción en morir asesinado. A mí me asesinaron. No, no fue Marius, como quizá creas, sino otros.

Me expresé con suavidad, sin dar contundencia a mis palabras, porque no pretendía hacer un drama de ello.

—Los recuerdos me envuelven como un viejo abrigo de piel. Alzo el brazo y compruebo que está cubierto por la manga de la memoria. Me vuelvo y contemplo épocas pasadas. ¿Pero lo que más me aterroriza? Que este estado, como tantos otros que he experimentado, no signifique el comienzo de nada sino que se prolongue a lo largo de los siglos.

—¿Qué es lo que temes realmente? ¿Qué pretendías de Lestat al venir aquí?

—Vine a verlo a él, David. Vine a averiguar cómo estaba, qué hacía en este lugar, tumbado en el suelo, inmóvil. Vine... —Pero no dije nada más.

Las relucientes uñas daban a sus manos un aire ornamental y especial, tan grato y acariciante que deseabas que te tocaran. David tomó el vestido infantil, desgarrado, grisáceo, adornado con unos jirones de encaje. Todo lo que está envuelto en carne mortal emite una belleza deslumbrante si uno se concentra en ello con la suficiente intensidad, y la belleza de David te asaltaba sin pedir disculpas.

—Una ropa infantil, simplemente. —Algodón estampado con flores, un trozo de terciopelo con una manga abullonada no mayor que una manzana para el siglo de brazos desnudos de día y de noche—. No hubo violencia —afirmó David como lamentándose de ello—. No era más que una pobre niña, ¿no crees?, triste por naturaleza y debido a las circunstancias.

—¿Por qué emparedaron sus ropas? ¿Qué pecado cometieron estos vestiditos? —Suspiré—. Por todos los santos, David Talbot, ¿por qué no permites que esa niña tenga su leyenda, su fama? Me enojas. Dices que puedes ver fantasmas. ¿Te parecen agradables? ¿Te gusta hablar con ellos? Yo podría hablarte sobre un fantasma...

—¿Cuándo me hablarás de él? ¿No ves el bien que haría un libro? —David se levantó y se limpió el polvo del pantalón con la mano derecha. En la izquierda sostenía el vestido de la pequeña. Había algo en aquella configuración que me preocupaba, un ser altísimo sosteniendo el vestido arrugado de una niña.

—Bien pensado —dije, volviendo la cabeza para no ver el vestido en la

mano de David—, no existe ningún bendito motivo para que existan niños y niñas. Piensa en ello, en la tierna cuestión de los mamíferos. ¿Acaso existen distinciones de sexo entre gatitos o potros? No tiene la menor importancia. Esas criaturas a medio crecer son asexuadas. No tienen un sexo definido. No hay nada más espléndido que contemplar a un niño o una niña. Tengo la cabeza llena de ideas. Creo que estallaré si no hago algo... Me has propuesto que escriba un libro para ti. ¿Crees que es posible, crees que...?

—Lo que creo es que cuando escribes un libro, debes relatar la historia tal como la conoces.

—No veo que eso encierre una gran sabiduría.

—Entonces piensa, pues buena parte de lo que decimos no es sino un medio de expresar nuestros sentimientos, un mero estallido. Escucha, toma nota de la forma en que se producen esos estallidos.

—No deseo hacerlo.

—Sin embargo, lo haces, aunque no sean las palabras que desees leer. Cuando escribes, ocurre algo distinto. Creas una historia, por fragmentada, experimental o carente de fórmulas convencionales que sea. Inténtalo por mí. No, se me ocurre una idea mejor.

—¿Qué?

—Acompáñame a mis aposentos. Ahora vivo aquí, como ya te he dicho. A través de mis ventanas se ven los árboles. No vivo como nuestro amigo Louis, vagando de un polvoriento rincón a otro para regresar luego al apartamento de la Rue Royale una vez que se ha convencido por enésima vez de que nadie pretende lastimar a Lestat. Mis habitaciones están bien caldeadas. Utilizo velas para obtener una iluminación antigua. Baja y escribiré tu historia. Puedes hablar conmigo, protestar o gritar como un poseso mientras escribo. El mero hecho de que yo escriba tu historia hará que saques provecho de ella. Empezarás a...

—¿A qué?

—A contarme lo que ocurrió, cómo moriste y cómo viviste.

—No esperes milagros, mi desconcertante y erudito amigo. No morí en Nueva York aquella mañana. Casi morí.

David me tenía ligeramente intrigado, pero no podía hacer lo que me pedía. No obstante, me pareció honesto, extraordinariamente honesto, y por tanto sincero.

—No me refería a que seas literal. Lo que quiero es que me cuentes lo

que sentiste cuando trepaste hasta el sol, cuando padeciste tantos sufrimientos, según afirmas, para descubrir en tu dolor esos recuerdos, esos vínculos que unen un episodio con otro. ¡Cuéntamelo! ¡Te lo ruego!

—No si pretendes darle coherencia —repliqué con brusquedad. Por su reacción deduje que no estaba enojado conmigo. Deseaba seguir conversando.

—¿Que le dé coherencia? Me limitaré a escribir lo que tú me cuentes, Armand —repuso David con palabras sencillas, pero curiosamente vehementes.

—¿Lo prometes? —pregunté, mirándole con expresión coqueta. ¡Yo! Rebajarme a estos extremos...

David sonrió. Estrujó el vestido de la niña y luego lo arrojó de forma que cayera sobre el montón de viejas prendas infantiles.

—No alteraré una sílaba —dijo—. Acompáñame, sincérate conmigo y sé mi amor —añadió, sonriendo de nuevo.

De pronto avanzó hacia mí con la agresividad con que yo había pensado en abordarle antes. Me levantó el pelo de la frente, me acarició la cara y sepultó el rostro entre mis bucles, riendo. Luego me besó en la mejilla.

—Tu cabello parece tejido con un material ambarino, como si el ámbar pudiera fundirse, como si pudiéramos extraerlo de las llamas de las velas, formar con él unos finos y airosos hilos y, tras dejarlos secar, confeccionar esta lustrosa cabellera. Eres muy dulce, viril y al mismo tiempo lindo como una jovencita. Me gustaría verte vestido con prendas antiguas de terciopelo como te vestías para él, Marius. Quisiera contemplarte durante unos momentos ataviado con unas medias y un jubón ceñido en la cintura y recamado de rubíes. Pero permaneces impávido, mi gélido amigo. Mi amor no te conmueve.

Eso no era cierto.

Sus labios estaban calientes y sentí sus incisivos sobre mi piel, sus dedos oprimiendo con fuerza mi cuero cabelludo. Sentí un escalofrío, mi cuerpo se tensó y luego me eché a temblar. Fue un momento de insospechada dulzura. Esa solitaria intimidad me dolió hasta el punto de desear transformarla o librarme de ella por completo; prefería morir o alejarme de allí, en la oscuridad, simple y solo con mis lágrimas corrientes y vulgares.

Por la expresión de sus ojos deduje que David era capaz de amar sin dar nada. No era un experto, tan sólo un bebedor de sangre.

—Haces que sienta hambre —murmuré—. No de ti, sino de uno que esté condenado pero vivo. Deseo cazar una presa. ¡Basta! ¿Por qué me acaricias? ¿Por qué eres tan gentil conmigo?

—Todos te desean —respondió David.

—Lo sé. Todos desean violar a una criatura astuta y perversa. Todos desean poseer a un muchacho alegre y risueño que sabe desenvolverse en el mundo. Los niños son un alimento más sabroso que las mujeres, y las niñas se parecen demasiado a las mujeres. Pero los muchachos jóvenes... No son como los hombres, ¿verdad?

—No te burles de mí. Me refería a que sólo deseo tocarte, sentir la suavidad de tu piel, eternamente joven.

—Oh, sí, sí, soy eternamente joven —me burlé—. Dices muchas estupideces para ser tan hermoso. Me marcho. Tengo que alimentarme. Cuando haya terminado, cuando me sienta caliente y saciado, regresaré y hablaremos y te contaré todo lo que deseas saber.

Me alejé un poco de él, estremeciéndome cuando David me soltó el pelo. Alcé la vista y contemplé la ventana blanca y vacía, demasiado alta para divisar los árboles a través de ella.

—Desde aquí no alcanzaban a ver el verdor de las plantas y los árboles. Fuera ya ha llegado la primavera, una primavera sureña. La huelo a través de las paredes. Deseo contemplar durante unos instantes las flores. Matar, beber sangre y recrearme contemplando las flores.

—Eso no basta. Debemos escribir el libro —replicó David—. Quiero que lo escribamos ahora, que me acompañes. No permaneceré aquí para siempre.

—¡No digas tonterías! Crees que soy un muñeco, ¿no es cierto? Te parezco un muñeco de cera más que apetecible y te quedarás aquí tanto tiempo como me quede yo.

—Eres un poco cruel, Armand. Pareces un ángel pero te expresas como un vulgar matón.

—¡Qué arrogancia! Pero ¿no habíamos quedado en que me deseabas?

—Sólo con ciertas condiciones.

—Mientes, David Talbot —le espeté.

Me dirigí hacia la escalera. Las cigarras cantaban en la noche como suelen hacer, a todas horas, en Nueva Orleans. A través de las ventanas de

nueve paneles de la escalera observé las floridas copas de los árboles y una parra enroscada sobre el tejado del porche.

David me siguió. Bajamos la escalera, caminando como hombres de carne y hueso, hasta llegar al primer piso. Atravesamos la reluciente puerta de cristal y salimos a la espaciosa e iluminada avenida de Napoleón con su verde, húmedo y fragante parque situado en el centro, un parque rebosante de cuidadas flores y vetustos, retorcidos y humildes árboles cuyas ramas se inclinaban hacia el suelo.

Toda la escena se movía al ritmo del viento sutil procedente del río; la húmeda neblina se arremolinaba sobre la ciudad, pero no caía convertida en lluvia; las diminutas hojas se desprendían de los árboles como cenizas marchitas. La suave primavera sureña... Hasta el cielo parecía preñado con la estación, denso y sonrojado debido a la luz reflectante, emanando neblina a través de todos sus poros.

Percibí el estridente perfume que exhalaban los jardines a mi derecha e izquierda, la fragancia de las maravillas violáceas, como las llaman los mortales, una flor rampante que prolifera como la mala hierba, pero infinitamente dulce; los lirios silvestres irguiéndose afilados como cuchillos del lodo negro, sus pétalos profundos y monstruosamente grandes batiendo sobre viejos muros y escalones de hormigón; y, por supuesto, multitud de rosas, rosas de mujeres ancianas y jóvenes, rosas demasiado íntegras para la noche tropical, rosas recubiertas de veneno.

Antiguamente, a través de este prado central cubierto de hierba habían circulado tranvías. Yo sabía que las vías se extendían sobre este ancho espacio verde por el que caminaba delante de David hacia los arrabales, hacia el río, hacia la muerte, hacia la sangre. Él me seguía. Yo podía cerrar los ojos mientras avanzaba sin tropezar y ver los tranvías.

—Anda, ¡sígueme! —exclamé. Más que una invitación era una descripción de lo que él hacía.

Recorrí una manzana tras otra en pocos segundos. Él me seguía a corta distancia. Era muy fuerte. Sin duda la sangre de toda la corte real de los vampiros circulaba por sus venas. Era muy propio de Lestat crear el monstruo más feroz que jamás haya existido, es decir, después de sus equivocaciones iniciales (Nicolas, Louis y Claudia), ninguno de los cuales era capaz de cuidar de sí mismo. Dos habían perecido y uno, el más débil de todo el elenco de vampiros, seguía vagando por el ancho mundo.

Me volví para mirar a David. Su rostro tenso, tostado y bruñido me sorprendió. Ofrecía un aspecto lacado, encerado, lustrado y pensé de nuevo en especias, en nueces acarameladas, en aromas exquisitos, en chocolatinas repletas de azúcar y suculentos caramelos. Tuve la tentación de abalanzarme sobre él.

Sin embargo, David no podía compararse con un repugnante, maduro y apestoso mortal. Así pues, señalé hacia delante y dije:

—Ahí.

David miró el lugar que yo le indicaba. Contempló la hilera de desvencijados edificios. Por doquier había mortales dormidos, sentados, cenando, caminando entre pequeñas y angostas escaleras, tras muros desconchados y destartalados techos.

Yo había dado con uno, perfecto en su maldad, un cúmulo de perversión, avaricia y odio que ardía como odiosas brasas mientras esperaba que yo apareciera.

Llegamos a Magazine Street y la atravesamos; aún no habíamos alcanzado el río, aunque faltaba poco. Yo no recordaba esta calle, jamás la había recorrido durante mis vagabundeos por esta ciudad (la ciudad de Louis y Lestat), una calle estrecha con viviendas de color madera que arrastraba el río a la luz de la luna y unas ventanas cubiertas con cortinas baratas. Dentro había un mortal arrogante, vicioso, tumbado frente al televisor, bebiendo cerveza de una botella marrón sin hacer caso de las cucarachas y el sofocante calor que penetraba por la ventana, un ser grotesco, sudado, repugnante e irresistible, de carne y hueso, que me aguardaba.

La casa estaba tan atestada de bichos que más que una vivienda parecía un simple caparazón, crepitante y deleznable, cuyas siniestras sombras eran del mismo color que un bosque. Las normas más elementales de higiene brillaban por su ausencia. Hasta los muebles se pudrían entre aquel montón de basura y humedad. El ruidoso y blanco frigorífico estaba oxidado.

Sólo el apestoso lecho y las ropas indicaban que la casa estaba habitada.

Era el nido más indicado donde hallar a este pajarraco, este gordo, suculento y apetitoso saco de huesos y sangre cubierto por un raído plumaje.

Al abrir la puerta, me asaltó un hedor humano semejante a un enjambre de moscas. Arranqué la puerta de sus goznes sin apenas hacer ruido.

Avancé sobre los periódicos que cubrían el suelo pintado, sorteando unas cáscaras de naranja del color pardo del cuero. Todo estaba infestado de cucarachas. El mortal ni siquiera levantó la vista. Tenía el rostro hinchado y surcado de venitas azuladas típico de los borrachos, las cejas negras, espesas y alborotadas, pero presentaba cierto aspecto angelical, debido a la luz que emitía la pantalla del televisor.

El mortal oprimió un botón del mando a distancia para cambiar de canal. El resplandor del televisor se intensificó y parpadeó unos segundos, en silencio. Luego el mortal dejó que sonaran las notas de la canción que tocaba un estrambótico grupo musical mientras el público aplaudía a rabiar.

Unos ruidos grotescos, unas imágenes grotescas, como todo lo que le rodeaba. No obstante te deseo. Nadie más te desea.

El mortal alzó la vista y me miró, observó al muchacho que había irrumpido en su casa. David se había quedado rezagado, acechando, y no alcanzó a verlo.

Yo aparté el televisor de un manotazo. El aparato se movió violentamente y cayó al suelo, rompiéndose como si contuviera multitud de tarros de potencia, sembrando el suelo de fragmentos de vidrio.

Una furia momentánea se apoderó del mortal; volvió su rostro abotargado hacia mí y me miró como si me hubiera reconocido. Se levantó y se precipitó hacia mí con los brazos extendidos.

Antes de que clavara mis dientes en su carne, observé que tenía el pelo negro, largo y sucio; sucio pero espeso. Lo llevaba recogido con un trozo de tela en una gruesa cola de caballo que le colgaba sobre la camisa a cuadros.

A todo esto, el mortal poseía la suficiente sangre espesa y saturada de cerveza, horrenda pero deliciosa, para satisfacer a dos vampiros, además de un corazón furioso que no se rendía fácilmente y un corpachón tan voluminoso que tuve la sensación de estar montado sobre un toro bravo.

Mientras me alimento, todos los olores me parecen agradables, incluso los más rancios. Pensé, como de costumbre, que iba a morir de gozo.

Succioné con fuerza para llenarme la boca, dejando que la sangre se deslizara sobre mi lengua hasta mi estómago, suponiendo que posea uno, pero sobre todo para saciar mi infinita y sucia sed, aunque no tan rápidamente como para acabar con él de inmediato.

El mortal comenzó a perder las fuerzas, pero siguió luchando. Luego cometió la estupidez de asirme de las manos para obligarme a soltarlo,

seguido de la increíble torpeza de tratar de arrancarme los ojos. Yo los cerré con fuerza y dejé que tratara de meter sus grasientos dedos en mis ojos. Sus esfuerzos fueron en vano. Soy un joven inatacable. No se puede cegar a un ciego. Yo estaba demasiado repleto de sangre para preocuparme por esas nimiedades. Además, sus forcejeos me complacían. Esas débiles criaturas, cuando tratan de arañarte, en realidad te acarician.

La vida del mortal pasó ante él como si todas las personas a quienes había amado se deslizaran por una montaña rusa bajo las rutilantes estrellas. Era peor que un cuadro de Van Gogh. Uno no conoce nunca la paleta de la criatura que asesina hasta que la mente desembucha sus colores más hermosos.

Al poco cayó al suelo, arrastrándome consigo. Yo le rodeaba con el brazo izquierdo y me acurruqué como un niño contra su enorme y musculosa barriga, chupándole la sangre que brotaba a chorro, estrujando todo cuanto él pensaba y veía hasta convertirlo en un solo color, un naranja puro. Durante unos segundos, mientras él agonizaba, cuando la muerte pasó ante mí como una gigantesca bola de siniestra fuerza que en realidad no era nada, tan sólo humo o algo incluso menos tangible que el humo, cuando su muerte penetró en mí y salió de nuevo como el viento, me pregunté: «¿Al destruir a este mortal impido acaso que en sus últimos estertores reconozca sus errores?»

«No seas necio, Armand. Tú sabes lo que saben los espíritus, lo que saben los ángeles. ¡Ese cabrón se va a casa! Al cielo. A un cielo que a ti te rechazó y siempre te rechazará».

En el trance de la muerte, el mortal ofrecía un excelente aspecto.

Me senté junto a él. Me limpié la boca, aunque no quedaba una gota de su sangre en mis labios. A los vampiros sólo les chorrea la sangre por las comisuras de la boca en las películas. Me limpié la boca porque tenía el rostro y los labios manchados con su sudor y me daba asco.

Con todo, reconozco que le admiré por su fuerza y dureza pese a su aspecto flácido. Admiré su cabellera negra adherida a su húmedo pecho a través del desgarrón que le había producido inevitablemente en la camisa.

Tenía un espléndido cabello negro. Le arranqué el pedazo de tela que lo sujetaba. Tenía una mata de pelo espesa como la de una mujer.

Tras asegurarme de que estaba muerto, le agarré el pelo firmemente con la mano izquierda para arrancárselo del cuero cabelludo.

—¿Es necesario que hagas esto? —protestó David.

—No —respondí.

En aquel momento se desprendió un puñado de pelos de su cuero cabelludo, cuyas raíces ensangrentadas se agitaron en el aire como diminutas luciérnagas. Sostuve el mechón durante unos instantes en alto y luego dejé que cayera sobre su cabeza, que estaba vuelta hacia mí.

Los cabellos cayeron desordenadamente sobre su áspera mejilla. Mi víctima tenía los ojos húmedos y me contemplaba como una medusa moribunda.

David dio media vuelta y salió a la calle. Percibí el ruido del tráfico que circulaba. Por el río navegaba un barco provisto de un órgano de vapor.

Seguí a David. Me limpié el polvo de la ropa. Habría podido derribar de un golpe aquella húmeda y destartalada vivienda, que se habría desplomado sobre la pútrida porquería que contenía, pereciendo en silencio entre las casas vecinas de forma que ninguno de sus habitantes se habría percatado de lo sucedido.

No conseguía librarme del sabor y el olor del sudor de mi víctima.

—¿Por qué no querías que le arrancara la cabellera? —pregunté a David —. Me apetecía conservarla; él está muerto y nadie va a echar en falta su negra cabellera.

David se volvió y me observó fijamente sonriendo de forma socarrona.

—Tu expresión me alarma —dije—. Temo haber cometido la imprudencia de revelar mis deseos más íntimos a un monstruo. Cuando mi bendita Sybelle no toca la sonata de Beethoven denominada la *Appassionata*, se entretiene observándome mientras me alimento con la sangre de un mortal. ¿Aún deseas que te relate mi historia?

Me volví para contemplar al muerto que yacía de costado en el suelo, con todo el peso apoyado sobre un hombro. Sobre el alféizar de la ventana, junto a él, había una botella azul de cristal que contenía una flor naranja. «Qué curioso», pensé.

—Sí, deseo oír tu historia —contestó David—. Vamos, regresemos juntos. Te pedí que no le arrancaras la cabellera por una razón.

—¿Ah, sí? —pregunté, mirándole. Me picaba la curiosidad—. ¿Qué razón es ésa? Sólo quería arrancarle el pelo para luego desecharlo.

—Como si le arrancaras las alas a una mosca —replicó David no en tono de censura.

—Una mosca muerta —apostillé, sonriendo—. ¿A qué viene tu actitud?

—Lo dije para ponerte a prueba —repuso David—. Si me hacías caso, significaba que todo iría bien entre nosotros. Y te detuviste. De lo cual me alegro —añadió, volviéndose y tomándome del brazo.

—¡No me gustas! —le espeté.

—Te engañas, Armand —contestó él—. Deja que escriba tu historia. Grita y protesta cuanto desees. En estos momentos eres muy importante porque tienes a esos dos espléndidos mortales pendientes de cada gesto tuyo, como unos acólitos ante su dios. Pero sabes que deseas contarme tu historia. ¡Andando!

No pude por menos de soltar una carcajada.

—¿Siempre te dan resultado estas tácticas? —le pregunté.

David me miró sonriendo.

—No, reconozco que no —repuso—. Debes escribir tu historia para ellos.

—¿Para quién?

—Para Benji y Sybelle —contestó David, encogiéndose de hombros—. ¿No estás de acuerdo?

Yo no respondí.

Sí, escribe la historia para Benji y Sybelle. Vi en mi imaginación una habitación alegre y acogedora, donde nos reuniríamos los tres dentro de unos años: yo, Armand, inmutable, un maestro niño, y Benji y Sybelle en su plenitud mortal; Benji convertido en un caballero alto y elegante, con el encanto de un árabe de ojos negros como el azabache, sosteniendo en la mano su cigarro favorito, un hombre de grandes expectativas y posibilidades, y mi Sybelle, una mujer con un cuerpo voluptuoso e imponente, convertida en una excelente concertista de piano, cuyo dorado cabello enmarcaba su rostro ovalado de mujer, unos labios sensuales y unos ojos luminosos rebosantes de *entsagang* y misterio.

¿Sería yo capaz de dictar la historia en esta habitación y entregarles el libro? ¿Dictárselo a David Talbot? ¿Podría yo, una vez que les hubiera liberado de mi universo alquimista, entregarles el libro? Partid, hijos míos, con la riqueza y los consejos que os doy, y este libro que escribí hace mucho con David para vosotros.

Sí, respondió mi alma. Sin embargo, me volví, arranqué la negra cabellera de mi víctima y la pisoteé con furia.

David no se inmutó. Los ingleses son muy educados.

—Muy bien —acepté—, te contaré mi historia.

Sus habitaciones se hallaban en el segundo piso, no lejos de donde yo me había detenido en la cima de la escalera. ¡Qué cambio de los desiertos y gélidos pasillos! David se había construido una librería con mesas y sillas. También me fijé en el lecho de metal, seco y limpio.

—Éstas son las habitaciones de Dora —comentó David—. ¿Te acuerdas?

—Dora —dije. De golpe me pareció oler su perfume, el cual impregnaba la habitación. Pero sus efectos personales habían desaparecido.

Estos libros pertenecían sin duda a David. Estaban escritos por los nuevos exploradores espirituales: Dannion Brinkley, Hilarión, Melvin Morse, Brian Weiss, Matthew Fox, el libro de Urantia. Además de los textos antiguos: Casiodoro, santa Teresa de Ávila, Gregorio de Tours, los Veda, el Talmud, el Torá, el Kamasutra, todos escritos en las lenguas originales. También poseía unas novelas, obras teatrales y poemas que yo desconocía.

—Sí —asintió David, sentándose ante la mesa—. No necesito la luz. ¿Quieres que la encienda?

—No sé qué contarte.

—¡Ah! —contestó David. Sacó su pluma mecánica. Abrió una libreta que contenía unas hojas blancas con unas finas rayas verdes—. Ya se te ocurrirá —añadió fijando la vista en mí.

Crucé los brazos y dejé caer la cabeza sobre el pecho con tal violencia que parecía que fuera a desprenderse del tronco. Mi largo cabello se deslizó sobre mi rostro.

Pensé en Sybelle y en Benjamin, mi apacible muchacha y mi exuberante niño.

—¿Te gustan mis pupilos, David? —pregunté.

—Sí, desde el primer momento en que los vi, cuando los trajiste aquí. A los demás también. Los observaron con cariño y respeto. Ambos poseen un gran empaque y encanto. Todos soñamos con tener unos amigos mortales como ellos, leales, llenos de gracia, que no estén locos de remate. Está claro que te aman, pero no se sienten intimidados ni fascinados por ti.

Yo no me moví, ni medié palabra. Cerré los ojos. Oí en mi corazón la marcha trepidante de la *Appassionata,* esas oleadas sincopadas e incandescentes de música, pletóricas de un metal pulsante y agudo. Sin

embargo, sonaba sólo en mi mente. No la tocaba mi Sybelle de piernas largas y esbeltas.

—Enciende todas las velas que tengas —sugerí tímidamente—. ¿Lo harás por mí? Sería bonito. Mira, en las ventanas todavía cuelgan los visillos de encaje de Dora, frescos y pulcros. Me encanta el encaje. Éste es encaje de Bruselas, o un tejido muy parecido, el cual me enloquece.

—Encenderé las velas —respondió David.

Yo estaba de espaldas a él. Oí el breve y delicioso crujido de una pequeña cerilla de madera. Percibí un olor a fósforo seguido de la fragancia de la mecha que oscilaba levemente inclinada, y observé el resplandor que trepaba sobre las tablas de ciprés del techo de madera de la habitación. Otro crujido, otros pequeños sonidos crepitantes, y la luz se intensificó, cayó sobre mí e iluminó la pared que estaba en penumbra.

—¿Por qué lo hiciste, Armand? —inquirió David—. El velo muestra la faz de Cristo, desde luego, todo indica que se trata del velo de la Verónica, y Dios sabe cuánta gente cree en ello, sí, pero en tu caso... Era extraordinariamente bello, lo reconozco, el rostro de Cristo con sus espinas y su sangre, con sus ojos contemplándonos fijamente, a ambos de nosotros, pero ¿cómo es posible que a estas alturas creas en ello a pies juntillas? ¿Por qué te dirigiste hacia Él? Porque eso es lo que trataste de hacer, ¿no es cierto?

Yo meneé la cabeza y me expresé con tono suave e implorante.

—No insistas, mi docto amigo —respondí, volviéndome despacio—. Escribe lo que yo te dicte. Esto es para ti y para Sybelle. Y por supuesto para mi pequeño Benji. En cierto modo, es una sinfonía dedicada a Sybelle. La historia comienza hace mucho. Quizá no haya reparado hasta este momento en el mucho tiempo que ha transcurrido. Presta atención y escribe. Deja que sea yo quien proteste y grite y me desespere.

OceanofPDF.com

2

Mírame las manos. Pienso en la frase «no creado por manos humanas». Sé lo que significa, aunque cada vez que he oído esta frase pronunciada con emoción se refería a algo que yo mismo había creado.

Me gustaría pintar, tomar un pincel y hacerlo como lo hacía entonces, sumido en un trance, con furia, de un solo trazo, cada línea y masa de color combinándose sobre la tela, cada decisión la definitiva. No obstante, estoy muy desorganizado, abrumado por mis recuerdos.

Permite que elija el punto en el que deseo comenzar.

Constantinopla estaba gobernada desde hacía poco por los turcos. Era una ciudad musulmana desde hacía menos de un siglo, cuando llegué a ella, un joven esclavo, que había sido capturado en las regiones agrestes de su país, del que apenas conocía su nombre: la Horda de Oro.

La memoria me había sido arrebatada, junto con la lengua, y toda capacidad de razonar de forma coherente. Recuerdo unas sórdidas habitaciones que debían de hallarse en Constantinopla porque oí hablar a unas personas, y por primera vez desde que me habían despojado de mis recuerdos, comprendí lo que decían.

Los mercaderes que trataban con esclavos destinados a los burdeles de Europa hablaban en griego. No conocían religión ni alianza, que era todo cuanto conocía yo, lamentablemente desprovisto de detalles.

Me arrojaron sobre una gruesa alfombra turca, semejante a las suntuosas alfombras que uno ve en un palacio, utilizada para exhibir mercancía de lujo.

Tenía el pelo húmedo y largo; alguien lo había cepillado con tanta energía que me dolía la cabeza. Todos los objetos personales que me pertenecían me los habían arrebatado de mi persona y mi memoria. Iba cubierto sólo con una vieja y raída túnica de tejido dorado. La habitación era húmeda y calurosa. Estaba hambriento, pero como no tenía la menor esperanza de que me dieran de comer, deduje que era un dolor que me

atormentaría durante un rato y luego se desvanecería de modo espontáneo. La túnica debía de conferirme un cierto aire a ángel caído. Tenía unas mangas largas y holgadas, y me llegaba a las rodillas.

Cuando me levanté, descalzo, y vi a esos hombres, comprendí lo que deseaban, que eran unos seres viciosos y despreciables y que el precio de su vicio era el infierno. Evoqué las críticas de mis mayores ya difuntos: demasiado lindo, demasiado suave, demasiado pálido, en sus ojos se refleja el diablo y tiene una sonrisa endiabladamente seductora.

Con qué vehemencia discutían y regateaban esos hombres. Con qué atención me observaban sin mirarme a los ojos.

De pronto me eché a reír. En este lugar todo se hacía con premura. Los hombres que me habían llevado allí me habían abandonado. Los que me habían lavado no se habían movido de los baños. Yo era una mera mercancía que habían arrojado sobre la alfombra.

Durante unos momentos recordé haber sido en el pasado un ser cínico y elocuente, un buen conocedor de la naturaleza humana. Me reí porque esos mercaderes me habían tomado por una muchacha.

Esperé, aguzando el oído, tratando de captar unos fragmentos de la conversación.

Nos encontrábamos en una habitación amplia, con un curioso techo bajo endoselado con una seda bordada con los espejitos y volutas tan apreciados por los turcos, y las lámparas, aunque exhalaban humo, estaban perfumadas y saturaban la atmósfera con un hollín fino y negruzco que hacía que me escocieran los ojos.

Los hombres, vestidos con unos caftanes y turbantes, no me resultaban desconocidos, como tampoco el idioma que hablaban. Sin embargo, sólo alcancé a oír unas pocas frases. Busqué con los ojos una vía de escape, pero no había ninguna. Unos individuos altos y fornidos estaban apoyados en la pared junto a las puertas, custodiándolas. En un rincón había un hombre sentado ante un escritorio que utilizaba un ábaco para llevar las cuentas. Ante él había varios montones de monedas de oro.

Uno de los mercaderes, un hombre alto y delgado con los pómulos y la mandíbula pronunciados, avanzó hacia mí y me palpó los hombros y el cuello. Luego me levantó la túnica. Yo me quedé inmóvil, ni enfurecido ni temeroso, simplemente paralizado. Ésta era la tierra de los turcos, y yo sabía lo que les hacían a los muchachos. Pero nunca había visto una

ilustración ni había oído relatar ninguna historia sobre esa tierra, ni conocía a nadie que hubiera vivido en ella, que la hubiera visitado y regresado a casa.

Mi casa... Supongo que yo deseaba olvidar quién era, obligado por la vergüenza que sentía. Pero en aquellos momentos, en aquella habitación semejante a una tienda de campaña con su floreada alfombra, entre mercaderes y tratantes de esclavos, me esforcé en recordarlo como si, al descubrir un mapa en mi interior, éste me hubiera facilitado el medio de huir de allí y regresar a mi hogar.

Logré recordar unos pastizales, una región agreste donde nadie ponía jamás los pies salvo para... No obstante, tenía lagunas en mi memoria. Yo había estado en esos pastizales, desafiando al destino, estúpidamente pero no contra mi voluntad. Transportaba algo de suma importancia. Después de desmontar de mi caballo, tomé un voluminoso fardo que estaba sujeto a los arreos de cuero y eché a correr sosteniendo el fardo contra mi pecho.

—¡Los árboles! —gritó él, pero ¿quién era él?

Sin embargo, comprendí que debía alcanzar el bosque y depositar el tesoro allí, ese espléndido y mágico objeto que portaba, «no creado por manos humanas».

No obstante, no llegué al bosque. Cuando me capturaron, dejé caer el fardo y ellos ni siquiera se molestaron en recogerlo, al menos que yo recuerde. Cuando me alzaron en el aire, pensé: «No deben hallarlo así, envuelto en un pedazo de lana. Debo depositarlo en los árboles».

Deduzco que me violaron en el barco porque no recuerdo haber llegado a Constantinopla. No recuerdo haber pasado hambre ni frío, ni sentirme humillado o aterrorizado.

Una vez aquí, conocí lo que significa ser violado, presencié disputas y airadas protestas por haber lastimado al corderito. Sentí una insoportable impotencia. Eran unos hombres deleznables que transgredían las normas de Dios y de la naturaleza.

Emití un rugido tan feroz que uno de los mercaderes tocados con un turbante me golpeó en la oreja y caí al suelo. Le miré con toda la rabia que era capaz de expresar con los ojos. Pero no me levanté, ni siquiera cuando me propinó un puntapié. No dije una palabra.

El mercader me cargó sobre sus hombros y me sacó de allí. Atravesamos un patio atestado de gente, pasamos frente a unos apestosos camellos y

burros y unas montañas de basura, hasta llegar al puerto donde aguardaban los barcos. El mercader subió a bordo de una embarcación y me arrojó en la bodega.

Era un lugar tan inmundo como la tienda de campaña, invadido por un olor a excremento y el sonido de ratas correteando por el barco. Caí sobre un jergón cubierto con una burda manta. Busqué de nuevo el medio de huir, pero sólo vi la escalera por la que había bajado el mercader y en cubierta oí las voces de un grupo de hombres.

Aún no había amanecido cuando el barco zarpó. Al cabo de una hora, me puse a vomitar; me sentía tan mal que deseaba morirme. Me acurruqué en el suelo y permanecí tan inmóvil como pude, oculto bajo la suave y mullida túnica de tejido dorado. Dormí durante varias horas seguidas.

Cuando me desperté, vi a un anciano. Lucía un atuendo distinto al de los turcos tocados con turbantes y presentaba un aspecto menos fiero. Tenía una mirada bondadosa. El anciano se inclinó hacia mí y me habló en una lengua extraordinariamente suave y dulce, pero no comprendí lo que decía.

Una voz le dijo en griego que yo era mudo, imbécil y que rugía como una bestia. Era el momento para soltar la carcajada, pero yo estaba demasiado mareado para reírme.

El griego explicó al anciano que yo no presentaba el menor rasguño ni herida y que valía mucho dinero. El anciano hizo un gesto ambiguo con la mano y meneó la cabeza mientras pronunciaba unas palabras en la lengua que yo desconocía. Luego apoyó las manos en mis hombros y me ayudó a levantarme.

A continuación, me condujo a través de una puerta hacia un pequeño camarote tapizado en seda roja.

El resto de la travesía lo pasé en ese camarote, excepto una noche.

Esa noche, no recuerdo cuál, al despertarme y comprobar que el anciano estaba dormido junto a mí, un anciano que jamás me puso la mano encima salvo para darme unas palmaditas de aliento, abandoné el camarote, subí la escalera y pasé un buen rato en cubierta contemplando las estrellas.

Echamos el ancla en el puerto de una ciudad repleta de edificios azul oscuro y negros, rematados por cúpulas y unos campanarios construidos sobre los riscos que presidían el puerto, donde unas antorchas ardían bajo los vistosos arcos de una arcada.

Todo esto, la civilizada costa, me pareció viable, atrayente, pero no pensé

que lograría saltar a tierra y escapar. Bajo la arcada iban y venían continuamente numerosos hombres. Debajo del arco más próximo a donde me encontraba, vi a un individuo extrañamente ataviado con un casco reluciente y una enorme espada que le colgaba del cinto, el cual montaba guardia junto a una columna adornada con grecas, tan maravillosamente tallada que parecía un árbol que sostenía el claustro, como los restos de un palacio cuyos muros habían excavado para construir este burdo canal para los barcos.

A partir de esa larga y memorable noche no me entretuve contemplando la costa. Prefería alzar la vista al cielo y observar su corte de míticas criaturas fijadas para siempre en las poderosas e inescrutables estrellas. Éstas relucían cual gemas en la noche oscura como boca de lobo. De pronto recordé unos viejos poemas, incluso el sonido de unos himnos entonados sólo por hombres mortales.

Según creo recordar, transcurrieron varias horas antes de que me atraparan, me azotaran salvajemente con un látigo y me encerraran de nuevo en la bodega del barco. Yo sabía que los azotes cesarían en cuanto me viera el anciano. Furioso y temblando de indignación, el anciano se apresuró a abrazarme y nos acostamos en su camarote. Era demasiado viejo para pedirme nada.

Yo no le amaba. Pese a ser mudo e imbécil, no tardé en comprender que ese hombre me consideraba un bien muy valioso, digno de ser vendido por un elevado precio. Pero yo le necesitaba y él me enjugaba las lágrimas. Me pasaba buena parte del día y de la noche durmiendo. Cada vez que el mar se agitaba, me ponía a vomitar. A veces me mareaba debido al calor que reinaba en el barco. Jamás había experimentado un calor tan sofocante. El anciano me alimentaba tan bien que a veces pensé que me cebaba para venderme como si fuera un ternero.

Llegamos a Venecia un día al atardecer. Yo no podía adivinar que Italia fuera un país tan bello. Había permanecido encerrado en esa inmunda bodega con el viejo guardián, y cuando me condujo a la ciudad, mis sospechas sobre el anciano se vieron confirmadas.

En una oscura habitación, él y otro hombre se enzarzaron en una acalorada discusión. Pese a sus esfuerzos, no consiguieron hacerme hablar. No lograron hacerme reconocer que comprendía lo que decían, pero entendí

cada palabra. El otro individuo entregó un dinero al anciano, que se marchó sin volverse para mirarme.

Se afanaron en enseñarme cosas que yo desconocía. Se expresaban en una lengua suave y cadenciosa. Venían unos chicos que se sentaban a mi lado y trataban de instruirme con tiernos besos y abrazos. Me pellizcaban las tetillas y trataban de tocar mis partes íntimas, que a mí me habían enseñado que no debía mirar nunca so pena de cometer un pecado.

En varias ocasiones traté de rezar, pero no recordaba las palabras. Hasta las imágenes eran borrosas. Las luces que me habían guiado durante toda la vida se habían apagado para siempre. Cada vez que me sumía en unas profundas reflexiones, alguien me golpeaba o me tiraba del pelo.

Después de azotarme, siempre me aplicaban ungüentos para disimular mis heridas. En cierta ocasión, cuando un hombre me golpeó en la mejilla, otro protestó airadamente y le sujetó la mano para evitar que lo hiciera por segunda vez.

Me negué a comer y a beber. No lograron obligarme a probar bocado. La comida se me atragantaba. No es que decidiera matarme de hambre; es que era incapaz de tratar de mantenerme vivo. Sabía que regresaría a casa, estaba convencido de ello. Me moriría y regresaría a casa. Pero nunca estaba solo. Tenía que morirme delante de otras personas. Hacía mucho tiempo que no veía la luz del sol. Incluso el resplandor de las lámparas herían mis ojos porque estaba acostumbrado a la oscuridad. No obstante, siempre había alguien presente.

De pronto se encendía una lámpara. Los hombres se sentaban en un corro a mi alrededor con sus sucios rostros y sus manazas con las que se apresuraban a retirar un mechón de pelo que me caía sobre la frente o me daban unos golpecitos en el hombro para despabilarme. Yo me volvía hacia la pared.

Había un sonido que me hacía compañía. Un sonido que me acompañaría hasta el fin de mis días. El murmullo del agua. La oía lamiendo el muro en el exterior. Podía adivinar cuándo pasaba un barco por los crujidos de los pilotes de madera; apoyaba la cabeza contra la piedra y sentía que la casa se mecía en el agua, no como si estuviera construida junto a ella sino dentro del agua, como así era, por supuesto.

En una ocasión soñé con mi hogar, pero no recuerdo qué. Me desperté

gritando, y desde las sombras brotaron unas palabras de consuelo, unas voces tiernas y sentimentales.

Pensé que anhelaba estar solo, pero no era así. Cuando me encerraban durante varios días y noches en una habitación a oscuras sin agua ni un mendrugo de pan, me ponía a gritar y a aporrear los muros, pero no acudía nadie.

Por fin caía dormido y, al rato, cuando alguien abría la puerta de golpe, me despertaba sobresaltado. Entonces me incorporaba y me tapaba los ojos, pues aquella lámpara representaba una amenaza. La cabeza me dolía.

De pronto percibí un perfume suave e insinuante, una mezcla del fragante olor de la leña al arder en un invierno nevoso y de flores trituradas y aceite aromático.

Sentí el tacto de algo duro, hecho de madera o metal, pero el objeto se movía como si fuera orgánico. Por fin abrí los ojos y vi un hombre que me abrazaba, y esas cosas que parecían de piedra o de metal eran sus dedos. El hombre me miró preocupado con unos ojos azules y amables.

—Amadeo —dijo.

Iba ataviado de terciopelo rojo y era imponentemente alto. Tenía el pelo rubio y lo llevaba peinado con raya al medio, un peinado que le daba cierto aire de santo, en una melena que le rozaba los hombros y se desparramaba sobre su capa, formando unos lustrosos bucles. Tenía la frente lisa, sin la menor arruga, y unas cejas altas de color dorado oscuro que conferían a su rostro una expresión franca y decidida. Sus párpados estaban orlados por unas pestañas de color dorado oscuro como sus cejas, que se curvaban hacia arriba. Cuando sonreía, sus labios adquirían de pronto un tono rosa pálido que resaltaba su perfilada forma.

Yo le reconocí. Le hablé. Jamás había contemplado esos prodigios en el rostro de otra persona.

Él me miró, sonriendo. No observé ni sombra de vello sobre su labio superior ni en su barbilla. Tenía la nariz fina y delicada, pero lo bastante grande para guardar la debida proporción con el resto de sus atractivas facciones.

—No soy Jesucristo, hijo mío —comentó—, sino alguien que porta su propia salvación. Abrázame.

—Me muero, maestro —respondí, no recuerdo en qué idioma, pero él comprendió mis palabras.

—No, pequeño, no te mueres. Te acogeré bajo mi protección y, si los astros nos son propicios, jamás morirás.

—Pero tú eres Jesucristo. ¡Te reconozco!

Él denegó con la cabeza y luego, en un gesto muy común y humano, bajó los ojos y sonrió. Cuando sus labios carnosos se entreabrieron, vi unos dientes blanquísimos de un ser humano. El hombre me tomó por las axilas, me alzó y me besó en el cuello, lo cual me provocó un intenso escalofrío. Cerré los ojos y sentí sus labios sobre mis párpados.

—Duerme mientras te llevo a casa —me murmuró al oído.

Cuando me desperté, comprobé que nos hallábamos en un baño de gigantescas dimensiones. Ningún veneciano había poseído jamás un baño semejante; eso lo sé por todo lo que contemplé más tarde. Pero ¿qué sabía yo sobre las costumbres de aquel lugar? Esto era un auténtico palacio; yo había visto muchos palacios.

Me levanté del nido de terciopelo sobre el que yacía, formado por su capa roja, si no recuerdo mal. A mi derecha vi un gigantesco lecho rodeado por una cortina y, más allá, una bañera ovalada. El agua manaba de una concha sostenida por unos ángeles y de la amplia superficie se alzaba una nube de vapor. De pronto mi maestro se levantó de la bañera y apareció enmarcado por el vapor, mostrando su pecho desnudo y sus tetillas levemente rosadas. Tenía el pelo estirado hacia atrás, más espeso y hermoso que antes.

Mi maestro me indicó que me acercara.

El agua me infundía respeto. Me arrodillé junto a la bañera y metí la mano en el agua.

Con un ademán pasmosamente rápido y airoso, mi maestro me agarró y sumergió en la cálida bañera hasta que el agua me cubrió los hombros. Luego me inclinó la cabeza hacia atrás.

Al alzar la vista, observé que el techo azul estaba pintado con unos ángeles de aspecto muy real provistos de unas grandes y plumosas alas. Jamás había contemplado unos ángeles tan lustrosos y juguetones, triscando sin el menor pudor, exhibiendo su belleza humana y sus musculosas piernas bajo unas túnicas vaporosas, sus rizados cabellos agitados por el viento. Me pareció un tanto exagerado, esas robustas y retozonas criaturas, esa orgía de juegos celestiales plasmada en el techo hacia el que ascendía el vapor de la bañera, esfumándose en una luz dorada.

Miré a mi maestro, cuyo rostro estaba ante mí. «Bésame otra vez, sí, haz que vuelva a estremecerme». Sin embargo, él era de la misma pasta que esos ángeles pintados en el techo, era uno de ellos, y ese cielo era un lugar pagano habitado por dioses-soldados en el que abundaba el vino, la fruta y los placeres de la carne. Me había equivocado de lugar.

Él echó la cabeza hacia atrás y lanzó una sonora carcajada. Tomó un puñado de agua y la vertió sobre mi pecho. De golpe abrió la boca y durante unos instantes vi el destello de algo nocivo y peligroso, unos dientes afilados como los de un lobo. Pero desaparecieron de inmediato y sólo sentí sus labios sobre mi cuello, mis hombros. Luego comenzó a succionarme una tetilla, sin hacer caso de mis esfuerzos por detenerle.

Emití un gemido de gozo. Me sumergí de nuevo en el agua cálida sintiendo los labios de él sobre mi pecho y mi vientre. Mi maestro me succionó la piel con delicadeza, como si succionara la sal y el calor que emanaba, e incluso el tacto de su frente sobre mi hombro me provocaba un cosquilleo delicioso. Le rodeé con un brazo y cuando él halló el objeto de pecado, sentí que éste se disparaba como una flecha; sentí el impulso, la potencia de esa flecha, y volví a gemir de placer.

Él dejó que reposara un rato apoyado en él mientras me lavaba lentamente. Me lavó el rostro con un esponjoso trapo. Luego me obligó a inclinar la cabeza hacia atrás para lavarme el pelo.

Luego, cuando creyó que yo había reposado lo suficiente, empezamos a besarnos de nuevo.

Me desperté antes del alba, apoyado en su hombro. Me incorporé y le observé mientras se ponía la capa y se cubría la cabeza. La habitación estaba llena de muchachos, pero muy distintos de los tristes y depauperados instructores del burdel. Estos jóvenes que estaban congregados alrededor del lecho eran hermosos, bien alimentados, risueños y dulces.

Iban vestidos con unas túnicas de vibrantes colores, plisadas, y la cintura ceñida por un cinturón que les confería una gracia femenina. Todos lucían unas espesas y lustrosas cabelleras.

Mi maestro se volvió hacia mí y en una lengua que yo comprendí perfectamente, me dijo que yo era su único pupilo, que regresaría aquella noche y que para entonces yo habría contemplado un mundo nuevo.

—¡Un mundo nuevo! —exclamé—. No me dejes, maestro. No deseo conocer el mundo entero. ¡Sólo te deseo a ti!

—Amadeo —repuso, inclinándose sobre el lecho y utilizando un lenguaje íntimo y confidencial. Tenía el pelo seco y cepillado; se había aplicado unos polvos en las manos para suavizarlas—. Me tendrás siempre. Deja que estos chicos te den de comer y te vistan. Ahora me perteneces a mí, a Marius Romanus.

Mi maestro se volvió hacia ellos y les dio unas órdenes en aquella lengua dulce y melodiosa.

A juzgar por los alegres rostros de los jóvenes, cualquiera habría pensado que les había dado oro y golosinas.

—Amadeo, Amadeo —canturrearon mientras se arremolinaban a mi alrededor. Me contuvieron para impedir que siguiera a mi maestro. Me hablaban en griego, rápidamente y con fluidez, aunque me costaba un poco entenderlos. No obstante, comprendí lo que decían.

Ven con nosotros, eres uno de los nuestros, nos portaremos bien contigo, tenemos órdenes de tratarte muy bien. Me vistieron apresuradamente con prendas suyas, discutiendo entre ellos sobre qué túnica me sentaba mejor, protestando porque esas medias estaban deslucidas, aunque era un atuendo provisional. Cálzale estas zapatillas; ponle esta chaquetilla, a Riccardo le queda muy estrecha. A mí me parecían unas prendas dignas de un rey.

—Te amamos —dijo Albinus, el segundo en orden jerárquico después de Riccardo, un joven rubio de ojos verde pálido cuya belleza contrastaba con la de Riccardo. En los otros no me fijé, pero estos dos constituían un festín para los ojos.

—Sí, te amamos —apostilló Riccardo, apartándose el pelo negro de la frente y guiñando el ojo. Tenía la piel más suave que los demás y unos ojos negros como el azabache. Me tomó de la mano y observé que tenía los dedos largos y finos. Aquí todo el mundo tenía unos dedos finos muy hermosos. Tenían unos dedos como los míos, los cuales destacaban entre los de mis compatriotas, pero en aquellos momentos no pensé en eso.

De pronto se me ocurrió la extraña posibilidad de que yo, ese pálido jovencito, el que había provocado aquella situación, el de los dedos finos y largos, había sido conducido a la tierra a la que pertenecía. Sin embargo, eso era inverosímil. Me dolía la cabeza. Vi unas imágenes efímeras y silenciosas de los fornidos jinetes que me habían capturado, de la hedionda bodega del barco en el que me habían trasladado a Constantinopla, de los

individuos delgados y de ademanes bruscos que se habían hecho cargo de mí allí.

Dios mío, ¿por qué me amaron aquellos hombres? ¿Con qué fin? ¿Por qué me amas tú, Marius Romanus?

Mi maestro sonrió al despedirse con la mano desde la puerta. Se había enfundado la capucha, un marco escarlata que ponía de realce sus hermosos pómulos y perfilados labios.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Una bruma blanca envolvió a mi maestro cuando la puerta se cerró tras él. La noche se desvanecía, pero las velas seguían ardiendo.

Entramos en una espaciosa estancia, donde vi unos potes de pintura y unos recipientes de barro que contenían unos pinceles. Unos grandes lienzos cuadrados aguardaban que alguien les aplicara pintura.

Aquellos chicos no elaboraban sus colores con la yema de un huevo al estilo tradicional. Mezclaban los hermosos pigmentos directamente con los óleos de color ámbar. Los potecitos contenían unas grandes y relucientes masas de color dispuestas para que yo las utilizara. Tomé el pincel que me entregaron los jóvenes. Contemplé la tela inmaculadamente sobre la que debía pintar.

—No creado por manos humanas —comenté. Pero ¿qué significaban esas palabras? Alcé el pincel y comencé a esbozar al hombre rubio que me había rescatado de las tinieblas y la escualidez. Introduje el pincel en los potes de pintura crema, rosa y blanco, aplicando esos colores al lienzo perfectamente tensado, pero no fui capaz de pintar un cuadro.

—¡No creado por manos humanas! —musité. Dejé caer el pincel y me cubrí el rostro con las manos.

Busqué las palabras en griego. Cuando las pronuncié, varios de los jóvenes asintieron, pero no captaron el significado. ¿Cómo podía explicarles aquella catástrofe? Me miré los dedos. ¿Qué había sido de...? Pero ahí concluían mis recuerdos y lo único que me quedaba era Amadeo.

—No puedo hacerlo —dije contemplando el lienzo, aquel amasijo absurdo de colores—. Quizá podría pintar sobre madera en lugar de tela.

Los muchachos me observaron sin comprender a qué me refería.

Mi maestro, el rubio de ojos azules, no era el Señor encarnado en un mortal, pero era mi señor. Y yo no podía hacer lo que se suponía que debía hacer.

Para tranquilizarme, para distraerme, los muchachos tomaron sus pinceles y, al poco rato, me asombraron con las imágenes que pintaban en un abrir y cerrar de ojos.

El rostro de un chico, las mejillas, los labios, los ojos, sí, el espeso cabello dorado rojizo. Dios santo, era yo...; no era una tela sino un espejo. Era Amadeo. Riccardo aplicó los últimos toques para refinar la expresión, para conferir mayor profundidad a la mirada y modificar un poco los labios de forma que parecía que me disponía a hablar. ¿Qué magia era esa que hacía que apareciera un muchacho de la nada, con una expresión de lo más natural, inclinado hacia un costado, con el ceño fruncido y unos mechones cayéndole sobre la oreja?

Se me antojó a un tiempo blasfema y hermosa esta figura fluida, desenvuelta, carnal.

Riccardo leyó las palabras en griego mientras las escribía. Luego arrojó el pincel.

—Un cuadro muy distinto de lo que imagina nuestro maestro —dijo, recogiendo los dibujos.

Los jóvenes me mostraron toda la casa, el *palazzo*, como lo llamaban, enseñándome a pronunciar esta palabra.

Todo el lugar estaba repleto de cuadros —en las paredes, en los techos, en los paneles de madera y en unas pilas de lienzos—, unos inmensos cuadros de edificios en ruinas, columnas rotas, prados sin fin, lejanas montañas y un infinito río de gente con el rostro acalorado, una lujuriante masa de pelo y unas elegantes ropas invariablemente arrugadas y agitadas por el viento.

Era como las grandes bandejas de fruta y entremeses que depositaron ante mí. Un desorden caótico, una abundancia exagerada, un gigantesco amasijo de colores y formas. Como el vino, demasiado dulce y ligero.

Era como el panorama de la ciudad que se divisaba desde las ventanas cuando las abrían. Vi las pequeñas embarcaciones, las góndolas, reluciendo bajo el sol mientras navegaban por las aguas verduscas de los canales; unos hombres ataviados con suntuosas capas escarlata y oro se apresuraban por el muelle.

Nos montamos en unas góndolas y comenzamos a deslizarnos ágil y silenciosamente por entre las fachadas de los edificios; cada gigantesca vivienda era tan magnífica como la catedral, con sus arcos ojivales, sus ventanas como flores de loto y su deslumbrante piedra blanca.

Incluso los edificios más antiguos y destartalados, no excesivamente ornados pero de unas proporciones monstruosas, estaban pintados de variados colores: un rosa tan intenso que parecía provenir de los pétalos de la flor, un verde tan denso que parecía haber sido elaborado con las propias aguas opacas del canal.

Por fin llegamos a San Marcos, deslizándonos entre las largas y fantásticas arcadas que se erguían a ambos lados de la plaza. Al contemplar los centenares de personas que desfilaban ante las distantes y doradas cúpulas de la iglesia, tuve la impresión de hallarme en el propio cielo.

Unas cúpulas doradas, unas cúpulas doradas.

Alguien me había contado alguna vez una historia sobre cúpulas doradas, y creí recordar haberlas visto en un viejo grabado. Unas cúpulas sagradas, destruidas, envueltas en llamas, de una iglesia violada, como yo mismo había sido violado. Las ruinas desaparecieron de pronto, arrasadas por el súbito estallido de todos los objetos íntegros y palpitantes que me rodeaban. ¿Cómo era posible que todo esto hubiera brotado de unas cenizas invernales? ¿Cómo era posible que yo hubiera perecido entre nieve y hogueras para renacer de nuevo aquí, bajo este sol que acariciaba mi piel?

Su cálida y dulce luz bañaba a los mendigos y a los comerciantes; iluminaba a los príncipes que pasaban seguidos por unos pajes que portaban sus largas y vistosas colas de terciopelo, los libreros que exhibían sus libros bajo unas marquesinas escarlata, los juglares que tocaban por un puñado de monedas.

Todas las mercancías existentes en el ancho y diabólico mundo aparecían expuestas en los comercios y los mercadillos: objetos de cristal como yo jamás había visto, copas de todos los colores imaginables y unas figurillas que representaban animales y seres humanos; unos maravillosos rosarios con cuentas de cristal; unos espléndidos encajes que mostraban unos delicados y airosos diseños, inclusive unas escenas inmaculadamente blancas de las torres de la iglesia y casitas con puertas y ventanas; unas plumas inmensas pertenecientes a aves que yo desconocía; otras especies exóticas que se agitaban dentro de sus jaulas doradas; suntuosas alfombras,

exquisitamente tejidas, que me recordaron a los poderosos turcos y su capital, de la que había logrado huir. No obstante, ¿quién podía resistirse a esas alfombras? Puesto que la ley les prohibía representar a seres humanos, los musulmanes dibujaban flores, arabescos, grecas y otros complejos diseños con tintes de vivos colores y admirable precisión. Había aceite para lámparas, cirios, velas, incienso, un variado surtido de rutilantes joyas de una belleza indescriptible y magníficos objetos salidos de los talleres de los orfebres en oro y plata, nuevos y antiguos. Había comercios dedicados exclusivamente a las especias. En otros vendían toda clase de medicinas y remedios. Había estatuas de bronce, cabezas de león, linternas, armas. Había comerciantes de tejidos que vendían sedas orientales, las lanas de mejor calidad teñidas con unos tintes prodigiosos, algodón y lino, increíbles bordados y cintas de todos los colores del arco iris.

Los hombres y las mujeres de este lugar tenían aspecto de ser inmensamente ricos; en las hosterías comían pastelitos de carne, bebían vino tinto y remataban el festín con tartas rellenas de nata.

Los libreros ofrecían libros que se habían publicado hacía poco, sobre los que los otros aprendices me hablaron con todo detalle, ensalzando el maravilloso invento de la prensa, que permitía que hombres en todo el mundo adquirieran libros que no sólo contenían letras y palabras, sino ilustraciones.

En Venecia existían docenas de pequeñas imprentas y editoriales donde las prensas trabajaban día y noche para producir libros en griego y en latín, y en la lengua vernácula, esa lengua suave y melodiosa en la que hablaban los aprendices entre sí.

Dejaron que me detuviera para deleitarme contemplando esas maravillas, esas máquinas que confeccionaban las páginas de los libros.

Sin embargo, Riccardo y sus compañeros tenían varias tareas que cumplir, entre ellas adquirir para nuestro maestro todas las litografías y los grabados de pintores alemanes que pudieran hallar, unas litografías realizadas por las nuevas imprentas de antiguas obras de arte de Memling, Van Eyck o El Bosco. Nuestro maestro las coleccionaba. Esas litografías acercaban el norte al sur. Nuestro maestro era un entusiasta aficionado a estos inventos. Le complacía que en nuestra ciudad existiera más de un centenar de imprentas, poder desprenderse de sus burdas copias de Livio y

de Virgilio y poseer los textos recientemente corregidos. ¡Cuántas novedades para asimilarlas en un solo día!

No menos importante que la literatura o los cuadros del universo era el tema de mi atuendo. Debíamos rogar a los sastres que dejaran lo que tuvieran entre manos para que confeccionaran para mí unas prendas que se ajustaran a los pequeños bocetos en yeso que había hecho nuestro maestro.

Asimismo, los aprendices debían llevar a los bancos unas letras de crédito escritas a mano. Yo debía disponer de dinero, al igual que todo el mundo. Jamás había manejado dinero.

El dinero era bonito: las monedas de oro y plata florentinas, los florines alemanes, los *groschens* bohemios, las vistosas y antiguas monedas de oro acuñadas bajo los gobernantes de Venecia llamados Dogos, las exóticas monedas de la Constantinopla antigua.

Los aprendices me entregaron un pequeño talego repleto de monedas, el cual me sujeté al cinturón, al igual que hicieron ellos con los suyos.

Uno de los jóvenes me compró un pequeño y extraordinario objeto: un reloj. Por más que mis compañeros trataron de explicármelo, no alcancé a comprender el mecanismo de aquel singular instrumento engarzado con joyas. Por fin comprendí de qué se trataba: debajo de las filigranas y el esmalte, de su extraña esfera de cristal decorada con gemas, había un diminuto reloj.

Lo sostuve en la mano y lo observé con incredulidad. Jamás había visto otros relojes que los grandes y venerables instrumentos instalados en los campanarios o muros.

—Ahora llevo el tiempo conmigo —murmuré en griego, mirando a mis amigos.

—Cuenta las horas por mí, Amadeo —repuso Riccardo.

Yo deseaba decir que este prodigioso descubrimiento significaba algo, algo personal. Era un mensaje para mí de un mundo que yo había olvidado rápida y temerariamente. El tiempo ya no era el tiempo que conocíamos; el día no era día, la noche no era noche. Yo era incapaz de expresarlo, ni en griego ni en ninguna otra lengua, ni siquiera en mis febriles pensamientos. Me enjugué el sudor de la frente, alcé la cabeza y achiqué los ojos para evitar que el ardiente sol italiano me deslumbrara. Vi unos pájaros que volaban en grandes bandadas, como pequeños trazos de plumas que se agitaban al unísono.

—Estamos en el mundo —creo que musité estúpidamente.

—¡Nos hallamos en su mismo centro, en la ciudad más grande del mundo! —exclamó Riccardo, conduciéndome a través de la multitud—. Podrás comprobarlo por ti mismo antes de que lleguemos al taller del sastre.

Sin embargo, antes debíamos pasar por la pastelería para comprar un prodigioso chocolate con azúcar, unas exquisiteces dulces y jugosas cuyo nombre yo desconocía, de color rojo y amarillo.

Uno de los chicos me enseñó un librito que contenía unas terroríficas ilustraciones de hombres y mujeres realizando el acto carnal. Eran las historias de Boccaccio. Riccardo dijo que me las leería, que era un libro excelente y muy adecuado para enseñarme el italiano. También prometió enseñarme la obra de Dante.

Otro aprendiz me explicó que Boccaccio y Dante eran florentinos, pero que no eran malos escritores.

A nuestro maestro le entusiasmaban los libros, según me informaron mis compañeros, y afirmaba que eran una excelente inversión. Temí que los maestros que acudían a la casa iban a volverme loco con sus lecciones. Era la *studia humanitatis* que todos debíamos aprender, que comprendía historia, gramática, retórica, filosofía y los autores antiguos... Un cúmulo de complejas enseñanzas cuyo significado sólo alcanzaría a comprender después de que me las repitieran y demostraran reiteradamente.

Otra lección que yo debía aprender era que nuestro maestro nos exigía que presentáramos siempre un aspecto impecable. Me compraron cadenas de plata, collares con medallones y otras baratijas. Tuvimos que regatear enérgicamente con los orfebres para que rebajaran el precio de esos objetos. Salí luciendo una esmeralda auténtica procedente del Nuevo Mundo y dos sortijas de rubíes que ostentaban unas inscripciones que no alcancé a leer.

Me chocaba ver mis manos adornadas con sortijas. Hasta esta misma noche de mi vida, unos quinientos años después de esos episodios que te relato, siento una debilidad especial por las joyas. Sólo renuncié a mi pasión por las sortijas durante los siglos que pasé en París como penitente, cuando era uno de los Hijos de la Noche de Satán descalzos. Fue una larga época de tinieblas. Pero dejemos esa pesadilla para más tarde.

De momento me hallaba en Venecia, era el pupilo de Marius y participaba con mis compañeros en unos juegos que se repetirían durante muchos años.

Los aprendices me llevaron al sastre.

Mientras éste me tomaba las medidas y hacía que me probara unas prendas, los chicos me relataron unas historias sobre los venecianos ricos que acudían a nuestro maestro para que les cediera una pequeña obra suya. En cuanto a nuestro maestro, pretextando que no gozaba de una situación holgada, solía negarse a vender sus tesoros, pero de vez en cuando pintaba el retrato de una mujer o un hombre que le había llamado la atención. En esos retratos, la persona aparecía casi siempre representada como un objeto mitológico: dioses, diosas, ángeles y santos. Los jóvenes mencionaron unos nombres que yo conocía y otros de los que jamás había oído hablar. Al parecer, los ecos de todas las cosas sagradas habían sido engullidos por las nuevas tendencias que invadían este país.

En ocasiones percibía un recuerdo vago, pero la memoria me jugaba malas pasadas. No sabía con certeza si los santos y los dioses eran la misma entidad. ¿No existía un código que yo debía observar fielmente que dictaba que todo eso no eran sino unas mentiras destinadas a confundir a la gente? No tenía las ideas claras a este respecto, y me asombraba la dicha que observaba a mi alrededor. Me parecía imposible que aquellos rostros sencillos y transparentes ocultaran maldad. Era inverosímil. Sin embargo, yo recelaba de todo tipo de placeres. Me sentía desconcertado cuando era incapaz de ceder, y abrumado cuando me rendía. Durante los días sucesivos me rendí cada vez con mayor facilidad.

Esa jornada de iniciación fue sólo uno de cientos, no, de miles de días que siguieron; no sé cuándo empecé a comprender con claridad lo que mis jóvenes compañeros decían, pero ese momento llegó, y no tardó mucho. No recuerdo haber conservado durante mucho tiempo mi ingenuidad.

Durante esa primera expedición, todo me pareció mágico. El firmamento exhibía un espléndido azul cobalto, y la brisa del mar era húmeda y refrescante. En lo alto aparecían unas nubes como las que yo había visto maravillosamente pintadas en los cuadros del palacio, lo cual me demostró por primera vez que los cuadros de mi maestro no eran mentira.

Cuando visitamos, gracias a un permiso especial, la capilla del Dogo, San Marcos, me quedé pasmado al contemplar aquel esplendor, con sus muros recubiertos de abigarrados ornamentos de oro. Sin embargo, me impresionó también hallarme literalmente sepultado en luz y en unos tesoros increíbles,

y me quedé perplejo al comprobar que la capilla estaba repleta de austeras y sombrías figuras de santos que yo conocía.

Éstos no constituían un misterio para mí, lesas figuras de ojos almendrados que residían entre estos muros, severos en sus largas túnicas, con las manos unidas invariablemente en actitud de oración. Yo conocía sus halos, la existencia de los diminutos orificios practicados en el oro para hacer que emitieran un brillo mágico. Conocía el juicio de esos barbudos patriarcas que me miraban impasibles cada vez que me detenía, fascinado, para contemplarlos, incapaz de seguir adelante.

En éstas caí al suelo, mareado. Los jóvenes aprendices me sacaron de la iglesia. El barullo de la plaza se alzó sobre mí como si yo estuviera a punto de exhalar mi último suspiro. Quise tranquilizar a mis amigos, diciéndoles que había sido inevitable, que ellos no tenían la culpa.

Los aprendices estaban trastornados. Yo no podía explicarles lo sucedido. Conmocionado, empapado en sudor y tendido como un pelele a los pies de una columna, escuché aturdido mientras me explicaban en griego que esta iglesia sólo era una parte de todo cuanto había contemplado. ¿Por qué me había aterrorizado de ese modo? Era muy antigua, sí, y bizantina, como gran parte de Venecia.

—Nuestros barcos llevan comerciando con Bizancio desde hace siglos —me informaron mis compañeros.

Yo traté de asimilarlo.

Lo único que comprendí con claridad en medio de mi dolor fue que este lugar no constituía un castigo que me había sido impuesto. Me había visto obligado a abandonarlo con la misma facilidad con que me habían devuelto a él. A los jóvenes de voz dulce y manos suaves que me rodeaban, que me ofrecieron un vaso de vino fresco y fruta para reanimarme, este lugar no les infundía terror alguno.

Al volverme hacia la izquierda, vi el muelle, el puerto. Eché a correr hacia él, asombrado de ver aquel cúmulo de barcos de madera amarrados. Pero más allá del muelle contemplé un espectáculo prodigioso: grandes galeones de madera, con sus velas hinchadas por el viento y sus airosos remos agitándose en el agua mientras se deslizaban hacia el mar abierto.

El tráfico marítimo era incesante; las grandes barcazas de madera navegaban a escasa distancia unas de otras, entrando y saliendo de la boca de Venecia, mientras otras embarcaciones no menos airosas e inverosímiles

permanecían amarradas mientras descargaban las abundantes mercancías que transportaban.

Mis compañeros me condujeron al Arsenal, donde me deleité al contemplar a hombres corrientes y vulgares que construían unos barcos increíbles. A partir de aquel día acudí con frecuencia al Arsenal, para observar el ingenioso proceso mediante el cual unos seres humanos construían unas embarcaciones tan gigantescas que parecía imposible que no se hundieran en el agua.

De vez en cuando vislumbré unas imágenes de ríos helados, de barcazas y chalanas, de hombres rudos que apestaban a grasa animal y cuero rancio. Sin embargo, estos ingratos retazos del mundo invernal del que yo provenía no tardaron en disiparse.

Quizá de no haberme encontrado en Venecia, todo habría sido muy distinto.

Durante los años que pasé en Venecia, jamás me cansé de visitar el Arsenal, de admirar cómo construían los barcos. Unas palabras amables y unas monedas me facilitaban el acceso a él, donde gozaba contemplando cómo construían esas fantásticas estructuras formadas por cuadernas, paneles de madera y esbeltos mástiles. El primer día recorrimos apresuradamente estos astilleros, donde los trabajadores obraban auténticos milagros, pero fue suficiente.

Sí, esto era Venecia, el lugar que lograría borrar de mi mente, al menos durante un tiempo, el confuso tormento de una existencia anterior, un amasijo de todas las verdades que yo no podía afrontar.

De no tratarse de Venecia, mi maestro jamás habría estado allí. Ni me habría explicado un mes más tarde todo cuanto le ofrecía cada ciudad italiana, cuánto le agradaba contemplar a Miguel Ángel, el gran escultor, mientras trabajaba en Florencia, y la frecuencia con que acudía para escuchar a los grandes maestros y eruditos en Roma.

—Pero Venecia posee un arte antiquísimo —dijo mi maestro como si hablara consigo mismo, mientras tomaba el pincel para pintar un panel de inmensas proporciones—. Venecia constituye en sí misma una obra de arte, una metrópoli repleta de increíbles templos domésticos construidos uno junto a otro como una colmena, cuyas necesidades son atendidas por una población tan industriosa como las abejas. Contempla nuestros soberbios palacios, que de por sí merecen una visita a esta ciudad.

Con el tiempo, mi maestro me instruyó en la historia de Venecia, al igual que a los otros aprendices, explicándome con detalle la naturaleza de la República, que, aunque despótica en sus decisiones y ferozmente hostil hacia los forasteros, no dejaba de ser una ciudad de hombres «iguales». Florencia, Milán y Roma eran unas ciudades que habían caído bajo el poder de pequeños grupos formados por familias e individuos poderosos, mientras que Venecia, a pesar de sus defectos, seguía siendo gobernada por sus senadores, sus poderosos mercaderes y su Consejo de los Diez.

Aquel primer día nació en mí un amor por Venecia que perduraría siempre. Era una ciudad que se me antojaba carente de lacras, un lugar acogedor incluso para los astutos y bien vestidos mendigos que recorrían sus calles y plazas, un centro de prosperidad, vehemente pasión y riqueza apabullante.

En la sastrería me vistieron como a un príncipe, con prendas tan elegantes como las que lucían mis nuevos amigos.

Riccardo incluso me cedió su espada. Todos mis compañeros eran de noble cuna.

—Olvida todo cuanto te ha ocurrido antes —me aconsejó Riccardo—. Nuestro maestro es nuestro señor, y nosotros somos sus príncipes, su corte real. Ahora eres rico y nada puede perjudicarte.

—No somos meros aprendices en el sentido corriente del término —me explicó Albinus—. El maestro nos enviará a la Universidad de Padua. Nos lo ha prometido. Recibimos lecciones de música, danza y modales, al igual que un tutor nos instruye en ciencias y literatura. Tú mismo podrás comprobar que los jóvenes que regresan a visitarnos son unos caballeros de fortuna. Giuliano se ha convertido en un próspero abogado, y uno de los otros muchachos ha abierto una consulta de médico en Torcello, una pequeña isla de la laguna de Venecia.

—Todos disponen de sus propios recursos económicos cuando abandonan la casa del maestro —añadió Albinus—. El maestro, al igual que todos los venecianos, desprecia a los que no trabajan. Nosotros somos tan ricos como los nobles holgazanes de otros países que no hacen nada sino gozar del mundo como si fuera una bandeja de comida.

Cuando concluyó esta primera y soleada aventura, esta provechosa incursión en la escuela de mi maestro y su espléndida ciudad, mis compañeros me peinaron, acicalaron y vistieron en los colores que el

maestro había elegido para mí: azul celeste para las medias, un terciopelo azul noche para la chaquetilla adornada con un cinturón y un azul más pálido para la camisa bordada con pequeñas flores de lis, el emblema de la casa real francesa, en grueso hilo de oro; un toque de color burdeos en los ribetes y la capa de piel, pues cuando soplaba la brisa del mar en invierno, este paraíso se convertía en lo que los italianos consideraban frío.

Al atardecer, bailé un rato con los otros sobre las baldosas de mármol al ritmo de los laúdes que tocaban unos chicos más jóvenes, acompañados por la frágil música del virginal, el primer instrumento de teclado que yo había visto.

Cuando los últimos rayos del crepúsculo se disiparon lánguidamente en el canal que discurría frente a las ventanas ojivales del palacio, me paseé por el imponente edificio, contemplando mi imagen en los numerosos espejos oscuros que se alzaban desde el suelo de mármol hasta el techo del pasillo, el salón, la alcoba o cualquier otra espléndida estancia en la que penetré.

Recité unas palabras nuevas al unísono con Riccardo. El gran estado de Venecia se denominaba la Serenísima. Las embarcaciones negras que navegaban por los canales eran góndolas. El viento que no tardaría en soplar y haría que todos enloqueciéramos era el Siroco. La máxima autoridad de esta ciudad mágica era el Dogo, el libro que leeríamos esta noche con el tutor era de Cicerón, el instrumento musical que Riccardo tocaba pulsando sus cuerdas era el laúd. El inmenso dosel que cubría el lecho del maestro se llamaba *baldacchino,* e iba adornado con un ribete de oro que renovaban cada quince días.

Yo me sentía a un tiempo perplejo y entusiasmado.

No sólo tenía una espada sino también una daga, lo cual demostraba la confianza que mi maestro había depositado en mí. Por supuesto, los demás (e incluso yo mismo) me consideraban un corderito, pero nadie me había entregado jamás unas armas de bronce y acero como éstas. De nuevo, la memoria me jugó una mala pasada. Yo sabía arrojar una lanza de madera, y también... Pero ¡ay!, ese recuerdo se esfumó de inmediato, dejándome con la sensación de que no eran armas lo que me había sido encomendado, sino otra cosa, algo inmenso que me exigía una entrega absoluta. Las armas me estaban vedadas.

Bien, la situación había cambiado. La muerte me había engullido y me

había arrojado en este lugar. En el palacio de mi maestro, en un salón vistosamente adornado con escenas de batallas, mapas pintados en el techo y ventanas de grueso cristal esmerilado, desenfundé mi espada con un sonido sibilante y la apunté hacia el futuro. Con mi daga, después de examinar los rubíes y las esmeraldas de su empuñadura, partí de un solo golpe una manzana.

Los otros chicos se rieron de mí, pero todos me trataban con simpatía y amabilidad.

El maestro no tardaría en llegar. Los chicos más jóvenes, unos niños que no nos habían acompañado, comenzaron a corretear de una habitación a otra, armados con velas, antorchas y candelabros. Yo me quedé en el umbral, observando cómo se iluminaban en silencio todas las estancias.

En éstas apareció un hombre alto, sombrío y poco agraciado, que sostenía un libro viejo y gastado. Su larga cabellera y su sencilla túnica de lana eran negras. Tenía unos ojillos risueños, pero sus labios delgados y pálidos mostraban una expresión beligerante.

Al verlo aparecer, los jóvenes aprendices protestaron.

Acto seguido se apresuraron a cerrar las ventanas para impedir que penetrara el aire frío de la noche.

Oí cantar a unos hombres mientras conducían sus estrechas y alargadas góndolas por el canal; las voces parecían trepar por los muros, delicadas, alegres como cascabeles, antes de disiparse a lo lejos.

Me comí el último bocado de la jugosa manzana. Aquel día había comido más fruta, carne, pan, pasteles y golosinas de lo que un ser humano es capaz de ingerir. Yo no era un ser humano, sino un joven famélico.

El tutor chasqueó los dedos, se sacó una fusta del cinturón y la hizo restallar sobre su pierna.

—Empecemos —ordenó a los chicos.

En aquel momento entró el maestro.

Todos los chicos, altos y corpulentos, delicados y viriles, corrieron hacia él y le abrazaron mientras él examinaba los cuadros que habían pintado durante la larga jornada.

El tutor aguardó en silencio, tras inclinarse humildemente ante el maestro.

Al cabo de unos momentos, echamos a andar a través de las galerías, el maestro y nosotros, seguidos por el tutor. Mientras avanzaba, el maestro

extendió las manos; era un privilegio sentir el tacto de sus dedos blancos y fríos, e incluso asir un pedazo de las largas mangas rojas que arrastraba por el suelo.

—Ven, Amadeo, acompáñanos.

Yo anhelaba tan sólo una cosa, que no tardó en ocurrir.

El maestro ordenó a los otros chicos que fueran con el tutor a aprender la lección de Cicerón. Luego me tomó con firmeza por los hombros, con sus manos cuidadas y de uñas relucientes, y me condujo a sus aposentos privados.

Una vez a solas, mi maestro se apresuró a cerrar la puerta de madera pintada. Los braseros exhalaban un aroma a incienso; de las lámparas de cobre emanaba un humo perfumado. Sobre el lecho yacían unos mullidos almohadones, un jardín de seda estampada y bordada, raso con dibujos de flores y adornos de pasamanería, suntuoso brocado. El maestro corrió las cortinas rojas del lecho. La luz les daba un aspecto transparente. Rojo y más rojo. Era su color favorito, según me dijo, al igual que el mío era el azul.

El maestro me hizo el amor en un lenguaje universal, pletórico de imágenes.

—El fuego arranca unos reflejos ambarinos a tus ojos castaños —murmuró—. Son grandes y relucientes como dos espejos en los que me contemplo, aunque no puedo penetrar los misterios que encierran; tus ojos son los portales de un alma noble.

Yo estaba perdido en el gélido azul de sus ojos y el delicado y reluciente coral de sus labios.

Tendido a mi lado, mi maestro me besó y acarició con suavidad el cabello, procurando no tirarme de los rizos, provocándome un delicioso cosquilleo en el cuero cabelludo y la entrepierna. Al deslizar sus pulgares, duros y fríos, sobre mis mejillas, labios y mandíbula, se tensaron todos los músculos de mi rostro. Luego hizo que volviera la cabeza hacia un lado y el otro mientras depositaba con avidez y ternura unos besos en el pabellón de mis orejas.

Yo era demasiado joven para haber tenido sueños eróticos que me provocaran una eyaculación. Me pregunto si lo que yo sentía era más intenso que lo que experimentan las mujeres. Creí que aquel placer se prolongaría eternamente. El sentirme atrapado en sus manos, incapaz de

huir, se convirtió en un delicioso tormento que me llevó al éxtasis mientras me revolvía y estremecía una y otra vez.

Más tarde mi maestro me enseñó algunas palabras de la nueva lengua, la palabra que describía las baldosas duras y frías del suelo de mármol de Carrara, la palabra que describía los cortinajes de seda tejida, los nombres de los «peces», «tortugas» y «elefantes» bordados en los almohadones, y la palabra que significaba león, que aparecía bordado en punto de cruz en la gruesa colcha.

Mientras yo le escuchaba arrobado, pendiente de todos los detalles, tanto importantes como insignificantes, mi maestro me explicó la procedencia de las perlas que estaban cosidas en mi camisa; me dijo que se originaban en las ostras y que unos chicos se sumergían en el mar para traer esos blancos y preciados tesoros a la superficie, transportándolos en la boca. Las esmeraldas procedían de unas minas en la tierra. Muchos hombres estaban dispuestos a matar por ellas. Los diamantes, ¡ah!, fíjate en esos diamantes. Mi maestro se quitó una sortija del dedo y me la colocó en el mío, acariciándome con las yemas de los dedos mientras me la encajaba. «Los diamantes son la luz blanca de Dios», me dijo. Los diamantes son puros.

Dios. ¿Qué Dios? Sentí una conmoción tan violenta como una descarga eléctrica y tuve la impresión de que la escena que me rodeaba estaba a punto de desvanecerse.

El maestro me observó mientras hablaba. Me pareció oír lo que decía con toda nitidez, aunque él ni siquiera había movido los labios ni emitido sonido alguno.

Mi agitación fue en aumento. Dios, no me hagas pensar en Dios. Sé mi Dios.

—Dame tu boca, dame tus brazos —musité. Mi pasión le causó tanto asombro como excitación.

Rio suavemente mientras respondía a mi súplica con más besos tiernos y fragantes. Sentí su cálido aliento sobre mis partes íntimas como un delicado y sibilante torrente.

—Amadeo, Amadeo, Amadeo —murmuró.

—¿Qué significa ese nombre, maestro? —pregunté—. ¿Por qué me lo has puesto?

Creo que oí a mi antiguo yo en esa voz, pero quizá se tratara sólo de este

nuevo príncipe adornado y envuelto en joyas y sedas que había elegido esta voz respetuosa pero enérgica.

—Amado por Dios —repuso él.

Yo no soportaba oír hablar de esto. Dios, el Dios inevitable. Me sentí presa de angustia y pavor.

El maestro me tomó la mano y apuntó con mi índice hacia un niño con unas alitas que aparecía bordado en brillantes cuentas sobre un almohadón un tanto raído que yacía junto a nosotros.

—Amadeo —pronunció—, amado por el Dios del amor.

Al descubrir el reloj que emitía su constante tictac entre el montón de ropa que yacía junto al lecho, mi maestro lo tomó y observó con una sonrisa de gozo. No había visto muchos relojes como éste. ¡Qué maravilla! Eran lo suficientemente costosos para ser dignos de un rey o una reina.

—Tendrás todo cuanto desees —prometió.

—¿Por qué?

Mi maestro lanzó de nuevo una carcajada.

—Por ese cabello rojizo que tienes —respondió acariciándome el pelo—; por estos ojos castaños profundos y bondadosos; por esta piel blanca como la leche recién ordeñada; por estos labios indistinguibles de unos pétalos de rosa.

Bien entrada la noche, mi maestro me relató historias sobre Eros y Afrodita; me arrulló con su voz cantarina mientras me refería la fantástica tragedia de Psique, amada por Eros, a la cual le estaba prohibido contemplar la luz del día.

Avancé junto a él a través de los gélidos corredores. Mi maestro hundió los dedos en mis hombros mientras me mostraba las bellas estatuas de mármol blanco de sus dioses, diosas, amantes: Dafne, cuyos airosos brazos se habían convertido en ramas de laurel mientras el dios Apolo se esforzaba en alcanzarla; Leda, impotente en las garras del poderoso cisne.

El maestro guio mis manos sobre los contornos de mármol, los rostros finamente cincelados y pulidos, las tensas pantorrillas de piernas núbiles, las frías cavernas de labios entreabiertos. Luego aplicó mis manos sobre su rostro. Parecía una estatua viviente, más maravillosamente esculpida que todas las demás. Cuando me alzó en el aire con sus poderosas manos, sentí el intenso calor que emanaba, una cálida oleada de dulces suspiros y palabras susurradas.

Al término de la semana, yo no recordaba una palabra de mi lengua materna.

Desde la plaza, rodeado por un tumulto de injurias, contemplé la procesión del gran consejo de Venecia a lo largo del Molo; asistí a una misa cantada en el altar mayor de la basílica de San Marcos; contemplé los barcos cuando abandonaban las relucientes olas del Adriático; observé a los pintores que mezclaban los colores con sus pinceles en unos potes de barro para obtener una variada y maravillosa gama de tonalidades: carmesí, bermellón, carmín, cereza, cerúleo, turquesa, verde cromo, amarillo ocre, ocre oscuro, purpúreo, citrino, sepia, el maravilloso violeta llamado *Caput mortuum* y una laca espesa llamada sangre de dragón.

Me convertí en un experto en danza y esgrima. Mi compañero favorito era Riccardo. No tardé en darme cuenta de que yo era el alumno más dotado en esas artes después de Riccardo, superior incluso a Albinus, que había ocupado el segundo lugar hasta que aparecí yo, aunque no manifestaba la menor inquina hacia mí.

Esos jóvenes eran como hermanos para mí.

Me llevaron a casa de la hermosa e incomparable cortesana llamada Bianca Solderini, una mujer grácil y encantadora, con una cabellera ondulada al estilo Botticelli, unos ojos grises almendrados y un marcado y generoso sentido del humor. Yo me convertí en el jovencito de moda en su casa, a la que acudía con frecuencia y donde me codeaba con bellas muchachas y hombres que pasaban horas allí leyendo poemas, hablando sobre las interminables guerras extranjeras, sobre los últimos pintores y sobre cuáles habían recibido el encargo de pintar una obra importante o el retrato de un personaje destacado.

Bianca poseía una voz atiplada e infantil que encajaba con su rostro juvenil y su naricilla respingona. Su boca se asemejaba a un capullo de rosa. Sin embargo, era inteligente e indomable. Rechazaba de modo implacable a cualquier pretendiente demasiado posesivo; le gustaba que su casa estuviera llena de gente a todas horas. Cualquier persona bien vestida, o que portara una espada, era admitida automáticamente. Casi nadie, salvo los hombres empeñados en poseerla, tenía vedada la entrada en su casa.

A casa de Bianca acudían numerosos visitantes de Francia y Alemania, y todas las personas que la frecuentaban, tanto extranjeras como nacionales, se mostraban intrigados a propósito de nuestro maestro, Marius, un hombre

misterioso, aunque éste nos había ordenado que no respondiéramos a preguntas baladíes sobre él, y que cuando alguien nos preguntara si pensaba casarse, pintar el retrato de tal persona o tal otra o si estaría en casa en una determinada fecha para ir a visitarlo, nos limitáramos a responder con una sonrisa.

A veces me quedaba dormido sobre los cojines de un diván en casa de Bianca, o uno de los lechos, escuchando las voces tenues de los nobles, sumido en mis ensoñaciones, arrullado por la música.

En muy raras ocasiones, el maestro aparecía por allí para recogernos a Riccardo y a mí; su llegada provocaba siempre un pequeño revuelo en el *portego* o salón principal. Nunca se sentaba, sino que permanecía de pie sin quitarse la capa de los hombros ni la capucha de la cabeza. Pero sonreía y respondía con amabilidad a las preguntas que le hacían, y a veces regalaba uno de los pequeños retratos de Bianca que había pintado.

Me parece contemplar ahora esos diminutos retratos de Bianca que el maestro regalaba, todos ellos engarzados con piedras preciosas.

—Es increíble el parecido que consigues plasmar de memoria en mis retratos —comentaba Bianca, acercándose para besarlo. El maestro acogía esas efusiones con reserva, manteniendo a Bianca a cierta distancia de su frío y duro pecho y de su rostro, depositando unos besos en sus mejillas que transmitían un encanto, ternura y dulzura que, de haberla abrazado con pasión, habrían quedado destruidos.

Yo pasaba horas leyendo con ayuda del tutor Leonardo de Padua, recitando las palabras al unísono con él mientras trataba de captar el significado de los textos en latín, italiano y griego. Aristóteles me gustaba tanto como Platón, Plutarco, Livio o Virgilio. Lo cierto era que no comprendía bien esas obras. Me limitaba a hacer lo que deseaba el maestro, dejando que los conocimientos se acumularan en mi mente.

No veía la razón de hablar constantemente, como hacía Aristóteles, sobre cosas que ya estaban creadas. Las vidas de los antiguos que relataba Plutarco con excelente ingenio constituían unas historias apasionantes, pero yo deseaba conocer a mis coetáneos, prefería dormitar sobre el diván de Bianca que discutir sobre los méritos de este u otro pintor. Por lo demás, estaba convencido de que mi maestro era el mejor de todos ellos.

Este mundo estaba formado por habitaciones espaciosas, muros decorados, una luz generosa y fragante y un desfile constante de personajes

vestidos a la última moda, a lo cual me acostumbré rápidamente, sin contemplar jamás el dolor y la miseria que padecían los pobres de la ciudad. Incluso los libros que leía reflejaban este nuevo ambiente en el que me movía con tal comodidad que nada ni nadie habría sido capaz de devolverme al mundo de caos y sufrimiento en el que había habitado antes.

Aprendí a tocar algunas canciones con el virginal. Aprendí a pulsar las cuerdas del laúd y a cantar con voz suave, aunque sólo entonaba canciones tristes. A mi maestro le encantaban esas canciones.

En ocasiones, mis compañeros y yo cantábamos a coro, y ofrecíamos al maestro nuestras composiciones o unas danzas que nosotros mismos habíamos creado.

En las tardes calurosas, en lugar de dormir la siesta, jugábamos a los naipes. Riccardo y yo fuimos algunas veces a jugar a las tabernas. En un par de ocasiones bebimos demasiado vino. Cuando el maestro se enteró de nuestras escapadas, se apresuró a ponerles fin. Le horrorizaba pensar que yo me había caído borracho al Gran Canal y que unos torpes e histéricos transeúntes habían tenido que rescatarme de sus aguas. Pese a su dominio de sí mismo, juraría que el maestro palideció cuando le refirieron el incidente, ya que el color se desvaneció de sus mejillas.

Riccardo recibió unos azotes. Yo me sentí avergonzado. Riccardo encajó el castigo como un soldado, sin protestar ni lamentarse, de pie e inmóvil ante la inmensa chimenea, de espaldas para recibir los azotes en las piernas. Más tarde, se arrodilló y besó la sortija del maestro. Yo juré no volver a emborracharme.

Al día siguiente volví a emborracharme, pero tuve la sensatez de ir a casa de Bianca y ocultarme debajo de su lecho, donde pude echar un sueñecito sin peligro de que me descubrieran. Antes de la medianoche el maestro me sacó de mi escondite. Me temí lo peor, pero sólo me acostó en mi lecho, donde caí dormido antes de poder pedirle disculpas. Me desperté al cabo de un rato y le vi sentado a su escritorio, escribiendo con la misma agilidad con que pintaba en un voluminoso libro de tapas verdes que siempre ocultaba antes de salir de casa.

Durante las tardes más sofocantes del verano, cuando los otros dormían, inclusive Riccardo, salía sigilosamente y alquilaba una góndola. Tumbado de espaldas, contemplaba el firmamento mientras nos deslizábamos por el canal hacia las aguas turbulentas del golfo. Al regresar, cerraba los ojos,

atento a las sofocadas voces que brotaban de las casas durante la hora de la siesta, al murmullo de las turbias aguas sobre los cimientos podridos de los edificios, a los gritos de las gaviotas. No me molestaban ni las cucarachas ni el hedor de los canales.

Una tarde no regresé a casa a la hora de la lección. Me metí en una taberna para escuchar a los músicos y a los cantantes; en otra ocasión asistí a una representación teatral sobre un escenario provisional instalado en la plaza. Nadie me reprochaba mis correrías. Nadie me denunciaba ante el maestro. Nadie nos ponía exámenes ni a mí ni a mis compañeros para que demostráramos los conocimientos que habíamos asimilado.

A veces me pasaba el día durmiendo, o hasta que me levantaba movido por la curiosidad. Me encantaba despertarme y hallar al maestro trabajando, en su estudio o moviéndose por el andamio mientras pintaba una gigantesca tela, o junto a mí, sentado a su mesa en la alcoba, escribiendo afanosamente.

En la casa había bandejas de comida por doquier: suculentos racimos de uva, melones maduros y cortados en rodajas, listos para comer, y un delicioso pan de miga fina preparado con el aceite de la mejor calidad. A mí me gustaba comer olivas negras acompañadas por unas lonchas de queso fresco y puerros recién recogidos del huerto. Un criado me servía leche fresca en una jarra de plata.

El maestro no comía nada, todo el mundo lo sabía. Además, se ausentaba siempre de casa durante el día. Jamás nos referíamos al maestro de forma irrespetuosa. El maestro era capaz de adivinar nuestro pensamiento. Sabía distinguir entre el bien y el mal, y no tardaba en descubrir una mentira. Los aprendices eran buenos chicos. A veces alguien comentaba en voz baja que el maestro había expulsado a uno de ellos de la casa, pero nadie hablaba en tono superficial sobre él, nadie comentaba el hecho de que yo durmiera en el lecho del maestro.

Hacia el mediodía comíamos todos juntos, por lo general pollo asado, costillas de cordero lechal y unas jugosas rodajas de carne de buey.

Durante la jornada acudían tres o cuatro profesores para instruir a diversos y reducidos grupos de aprendices. Algunos hacían sus tareas mientras otros estudiaban.

Yo pasaba con toda naturalidad de la clase de latín a la de griego. En ocasiones hojeaba los sonetos eróticos o leía lo que podía mientras Riccardo

me echaba una mano leyendo algo cómicamente y provocando la hilaridad entre nuestros compañeros, mientras los profesores aguardaban a que las risas cesaran.

Hice grandes progresos en este ambiente grato y tolerante. Aprendí con rapidez y era capaz de responder a todas las preguntas que formulaba el maestro, ofreciendo algunos comentarios de mi propia cosecha.

El maestro se dedicaba a pintar cuatro de siete noches a la semana, por lo general pasada la medianoche hasta que desaparecía al alba. No dejaba que nada interrumpiera esas sesiones.

Trepaba por el andamio con asombrosa agilidad, como un enorme mono blanco, y, tras dejar caer su capa al suelo, tomaba el pincel de manos del chico que lo sostenía y se ponía a pintar con tal furia que nos manchaba a todos de pintura mientras le contemplábamos fascinados. Bajo su toque genial, a las pocas horas cobraban vida grandes paisajes; plasmaba grupos de seres humanos con todo detalle.

El maestro tarareaba en voz alta mientras trabajaba; anunciaba los nombres de los grandes escritores o héroes cuyos retratos pintaba de memoria o utilizando su imaginación. Nos hablaba sobre los colores y las líneas que empleaba, los efectos de perspectiva mediante los cuales emplazaba a los grupos de personas que pintaba en unos jardines, estancias, palacios y salones reales.

A los aprendices dejaba sólo la tarea de ultimar por la mañana algunos pequeños detalles, como el colorido de los cortinajes, las alas, los amplios espacios de carne humana a los que el maestro se aplicaba de nuevo por la noche para añadir los muebles de una sala mientras la pintura al óleo era aún dúctil, el suelo reluciente de unos palacios que después de sus últimos toques parecían de mármol auténtico bajo los rollizos pies de sus filósofos y sus santos.

El trabajo nos unía a mí y a mis compañeros de forma natural y espontánea. En el palacio había docenas de telas y muros por terminar de pintar, los cuales ofrecían un aspecto tan real que parecían puertas de acceso a otro mundo.

Gaetano, uno de los aprendices más jóvenes, era el más dotado para la pintura. Pero cualquiera de los chicos, salvo yo, podía compararse con los aprendices de cualquier pintor de renombre, incluso con los de Bellini.

Ciertos días estaban reservados a recibir a las personas que acudían al

palacio. Bianca asumía entusiasmada la tarea, con ayuda de sus sirvientes, de ejercer de ama y señora de la casa, de recibir a los hombres y las mujeres de las casas nobles de Venecia que acudían para contemplar las pinturas del maestro. Todos se quedaban maravillados de sus dotes. Al escuchar sus comentarios, me enteré de que el maestro vendía muy pocas de sus telas, pues le gustaba llenar su palacio con sus propias obras, y poseía sus propias versiones de los temas más célebres, desde la escuela de Aristóteles hasta la crucifixión de Jesucristo. Un Jesucristo humano, de pelo rizado, fuerte y musculoso; el Jesucristo de estas personas. Un Jesucristo parecido a Cupido o a Zeus.

A mí, ni me importaba no saber pintar tan bien como Riccardo y los demás aprendices, ni tenerme que contentar la mayoría de las veces con sostener para ellos los potes de pintura, lavar los pinceles y borrar los errores que debían corregirse. Yo no deseaba pintar. El mero hecho de pensar en ello hacía que mis manos se crisparan y que sintiera náuseas.

Yo prefería conversar, bromear, hacer cábalas sobre el motivo por el que el maestro no aceptaba encargos, aunque cada día recibía numerosas cartas invitándole a competir para obtener el encargo de pintar un mural en el Palacio Ducal o una de las miles de iglesias que había en la isla.

Me divertía observar cómo los demás extendían los colores sobre los lienzos, aspirar el aroma de los barnices, pigmentos y óleos.

De vez en cuando se apoderaba de mí una extraña furia, pero no debido a mi falta de destreza. En ocasiones me atormentaba otro sentimiento, relacionado con las posturas húmedas y tempestuosas de las figuras pintadas, con sus relucientes mejillas sonrosadas enmarcadas por un cielo hirviente y nublado, o las gráciles ramas de árboles sombríos.

Me parecía una locura esta exagerada representación de la naturaleza. Con el corazón dolorido, caminaba solo y apresuradamente por entre los canales hasta hallar una vieja iglesia, un altar dorado decorado con santos de postura rígida y mirada recelosa, demacrados y sombríos: el legado de Bizancio, tal como observé en San Marcos el día en que llegué. El alma me dolía profunda e incesantemente mientras contemplaba con todo detalle esas viejas reliquias. Cuando mis nuevos amigos daban con mi paradero, me enojaba. Permanecía arrodillado, negándome a darme por enterado de su presencia. Me tapaba los oídos para no oír las carcajadas de mis compañeros. ¿Cómo se atrevían a reírse en una iglesia en la que estaba

presente Cristo crucificado, moribundo, derramando unas gotas de sangre como escarabajos negros de sus deslucidas manos y pies?

De vez en cuando me quedaba dormido ante un antiguo altar. Había burlado a mis compañeros. Estaba solo pero feliz tendido sobre las frías losas. Creía oír el murmullo del agua que se deslizaba debajo del suelo.

Fui a Torcello en una góndola, para visitar la gran catedral de Santa Maria Assunta, célebre por sus mosaicos que, según decían, eran tan antiguos y espléndidos como los de San Marcos. Me deslicé sigilosamente bajo los arcos, admirando el antiguo iconostasio de oro y los mosaicos del ábside. En lo alto, en la curva posterior del ábside, se hallaba la Virgen, Theotokos, la portadora de Dios. Tenía un rostro austero, casi amargo. Sobre su mejilla izquierda relucía una lágrima. En sus manos sostenía al niño Jesús, junto con un paño, el emblema de la Mater Dolorosa.

Yo comprendía esas imágenes, aunque hacían que se me encogiera el corazón. Me sentía mareado, y el calor de la isla y el silencio de la catedral me provocaron náuseas. Sin embargo, me quedé allí, me paseé por el iconostasio y recé.

Estaba seguro de que nadie me encontraría allí. Al anochecer, me sentí enfermo. Tenía fiebre, pero busqué un rincón de la iglesia, me tumbé en el suelo y apoyé el rostro y las manos en las frías losas. Ante mí, al alzar la cabeza, contemplé unas escenas aterradoras del día del Juicio, de unas almas condenadas al infierno. «Merezco este dolor», pensé.

El maestro vino a buscarme. No recuerdo el trayecto de regreso al palacio. Al cabo de unos minutos, o eso me pareció, me acostaron y mis compañeros me aplicaron en la frente unas compresas frías. Me hicieron beber un poco de agua. Alguien comentó que yo había contraído «la fiebre», a lo que otro replicó: «Cállate».

El maestro me veló toda la noche. Tuve una pesadilla que no logré hacer revivir cuando desperté. Antes del alba, el maestro me besó y me arrulló en sus brazos. Nunca me había parecido tan reconfortante el tacto frío y duro de su cuerpo como en aquellos momentos; me abracé a su cuello y apoyé la mejilla sobre la suya.

El maestro me administró un caldo caliente que sabía a especias. Después de besarme, volvió a acercar el cuenco de caldo a mis labios. Sentí que un fuego sanador me recorría el cuerpo.

Sin embargo, cuando el maestro regresó aquella noche, me había vuelto a

subir la fiebre. No tuve ningún sueño, pero permanecí en un estado de duermevela; tuve la sensación de atravesar un siniestro pasillo incapaz de hallar un lugar cálido y limpio. Tenía tierra bajo las uñas. De pronto vi moverse una pala y un montón de tierra; temí que esa tierra me sepultara, y rompí a llorar.

Riccardo también permaneció a mi lado, sosteniéndome la mano, asegurándome que pronto anochecería y el maestro regresaría a casa.

—Amadeo —dijo el maestro, tomándome en brazos como si yo fuera una criatura.

En mi mente se agolparon numerosas preguntas. ¿Acaso iba a morir? ¿Dónde me llevaba el maestro? Yo iba envuelto en terciopelo y pieles y él me transportaba en brazos, pero ¿adónde?

Nos encontrábamos en una iglesia en Venecia, entre pinturas de nuestra época. Ardían las velas de rigor. Unos hombres rezaban. El maestro me sostuvo en sus brazos y me dijo que contemplara el gigantesco altar que había ante nosotros.

Los ojos me escocían debido a la fiebre, pero le obedecí. Al alzar la cabeza, vi una virgen sobre el altar, coronada por su amado hijo, Cristo Rey.

—Observa la dulzura de su rostro, la naturalidad de su expresión —murmuró el maestro—. Aparece sentada en esta iglesia una mujer corriente y vulgar. Observa a los ángeles, esos niños alegres agrupados alrededor de las columnas debajo de la virgen. Fíjate en la serenidad y dulzura de sus sonrisas. Esto es el cielo, Amadeo. Es la bondad.

Medio dormido, contemplé la pintura sobre el altar.

—Observa al apóstol que murmura unas palabras al oído de la figura que está a su lado, con la naturalidad de cualquier asistente a una ceremonia. Mira, arriba está Dios Padre, contemplando la escena con satisfacción.

Traté de formular unas preguntas, protestar que esa combinación de lo carnal y lo beatífico era inverosímil, pero no hallé unas palabras elocuentes para expresarlo. La desnudez de los ángeles resultaba encantadora e inocente, pero no creía en ella. Era una mentira urdida por Venecia, por Occidente, una mentira urdida por el mismo diablo.

—Amadeo —continuó el maestro—, no existe la bondad en el sufrimiento y la crueldad; no existe una bondad que arraigue en el dolor de niños inocentes. Del amor de Dios brota siempre la belleza. Mira esos colores, Amadeo, son los colores creados por Dios.

A salvo en sus brazos, con los pies colgando en el aire y los brazos en torno a su cuello, dejé que los detalles del inmenso altar se grabaran en mi memoria. Repasé una y otra vez todos los pequeños toques que me deleitaban.

Señalé con el dedo el león, sentado apaciblemente a los pies de san Marcos. Fíjate, las páginas del libro de san Marcos se mueven a medida que las pasa. Y el león se ve tan pacífico, domesticado y simpático como un perro instalado junto al fuego.

—Esto es el cielo, Amadeo —dijo él—. Cualquiera que sea el pasado que llevas clavado en el alma, olvídalo.

Yo sonreí y, lentamente, mientras observaba los santos, hilera tras hilera de santos, empecé a reírme suavemente al oído del maestro, como si le hiciera una confidencia.

—Todos están hablando, murmurando, charlando entre sí como si fueran unos senadores venecianos.

El maestro respondió con una breve y tenue carcajada.

—Yo creo que los senadores son más decorosos, Amadeo. Nunca los he visto en una actitud tan desenvuelta, pero, como he dicho, esto es el cielo.

—Ah, maestro, mira a ese santo que sostiene un icono, un precioso icono. Debo decirte, maestro... —Pero no terminé la frase. La fiebre había aumentado y estaba empapado en sudor. Los ojos me escocían y no veía con claridad—. Estoy en unas tierras extrañas, maestro. Echo a correr. Tengo que depositarlo entre los árboles.

¿Cómo iba a saber él a lo que yo me refería, la desesperada huida a través de los desolados páramos con el sagrado fardo que me habían encomendado, un fardo que debía desenvolver y depositar entre los árboles?

—Mira, el icono.

Me sentía repleto de una miel dulce y espesa. Provenía de un frío manantial, pero no me importó. Yo conocía ese manantial. Mi cuerpo era como una copa que se agitaba, disolviendo todo lo amargo en su contenido, disolviéndose en un remolino y dejando sólo la miel y un calor de ensueño.

Cuando abrí los ojos me hallaba acostado en nuestro lecho. Todo estaba fresco. La fiebre había bajado. Me volví y me incorporé.

El maestro estaba sentado a su escritorio, leyendo lo que acababa de escribir. Llevaba el pelo rubio sujeto con una cinta. Me pareció contemplar su rostro por primera vez, su hermoso rostro de pronunciados pómulos y

una nariz fina y estrecha. En éstas me miró y sus labios esbozaron una prodigiosa sonrisa.

—No persigas esos recuerdos —comentó. Lo dijo como si yo hubiera hablado en sueños—. No vayas a la iglesia de Torcello en busca de ellos. No vayas a contemplar los mosaicos de San Marcos. Con el tiempo recordarás todos esos episodios que te hieren.

—Temo recordar —contesté.

—Lo sé —dijo mi maestro.

—¿Cómo puedes saberlo? —le pregunté—. Lo tengo clavado en el corazón. Ese dolor es sólo mío. —No pretendía ser descarado, pero el caso es que, al margen de mis pocas o muchas faltas, a menudo replicaba con descaro.

—¿Dudas de mí? —preguntó mi maestro.

—Tus dotes son inconmensurables. Todos lo sabemos, aunque no hablamos de ello; tú y yo nunca hablamos de ello.

—Entonces ¿por qué no confías en mí en lugar de las cosas que sólo recuerdas a medias?

El maestro se levantó del escritorio y se acercó al lecho.

—¡Acompáñame! —me pidió—. Ya no tienes fiebre. Ven conmigo.

El maestro me llevó a una de las numerosas bibliotecas del palacio, una estancia en la que los manuscritos yacían desordenados sobre las mesas y los libros en unas pilas. Marius trabajaba rara vez en estas salas. Dejaba sus adquisiciones allí, para que los chicos las catalogaran, y llevaba lo que precisaba para trabajar en el escritorio instalado en nuestra habitación.

El maestro se movió entre los estantes hasta hallar un gran portafolio con tapas de cuero amarillo, gastadas en los bordes. Acarició con sus dedos largos y blancos un enorme pergamino. Luego lo depositó en la mesa de estudio para que yo lo examinara. Era una pintura antigua.

Vi una inmensa iglesia con cúpulas doradas, de gran belleza y majestuosidad. Sobre ella aparecían inscritas unas letras, que yo conocía. Pero por más que me esforcé no logré que su significado acudiera a mi mente ni a mis labios.

—Rus de Kíev —dijo el maestro. Rus de Kíev.

Un insoportable horror hizo presa en mí. Sin poder contenerme, respondí:

—Está en ruinas, se ha quemado. Ese lugar no existe. No está vivo como Venecia. Es un lugar en ruinas, frío, sucio y desolado. Sí, ésa es la palabra.

—Estaba mareado. Creí distinguir una ruta de escape de aquella desolación, pero era fría y oscura, una ruta tortuosa que conducía a un mundo de eternas tinieblas donde el único olor que emanaba de las manos, la piel y la ropa era el olor a tierra.

Me aparté de la mesa y salí precipitadamente de la habitación. Atravesé todo el palacio a la carrera. Bajé la escalera corriendo y crucé las estancias inferiores que daban acceso al canal. Cuando regresé, hallé al maestro solo en la alcoba. Estaba leyendo, como de costumbre. Leía el libro que le había impresionado más recientemente, *Consolación de la filosofía*, de Boecio. Cuando entré, alzó la vista del libro.

Me detuve en el umbral, pensando en mis recuerdos dolorosos. No conseguía atraparlos. ¡Paciencia! Se desvanecían en la nada como hojas en un callejón, las hojas que el viento acumula sobre los tejados y a veces se deslizan por las tapias verdes de los jardines.

—No quiero —dije de nuevo.

—Algún día lo recordarás con claridad, cuando tengas la fuerza suficiente para sacar provecho de ello —repuso él, cerrando el libro—. Pero ahora deja que yo te consuele.

Sí, eso era justamente lo que yo deseaba.

OceanofPDF.com

3

¡Qué largos se me hacían los días sin él! Al anochecer, cuando los sirvientes encendían las velas, yo crispaba los puños de impaciencia.

Algunas noches no aparecía por el palacio. Los chicos decían que tenía asuntos importantes que atender, que todo debía proseguir como si él estuviera en casa.

Me acostaba solo en nuestro lecho; nadie hacía ningún comentario al respecto. Yo buscaba por la casa algún rastro personal de él. Me atormentaba un cúmulo de preguntas. Temía que no regresara jamás, pero él volvía siempre.

Cuando subía la escalera, yo corría a su encuentro y me arrojaba en sus brazos. Él me abrazaba y besaba, y dejaba que me apoyara suavemente sobre su pecho. Mi peso no le incomodaba, aunque yo había crecido y me había desarrollado mucho.

Yo siempre sería el joven de diecisiete años que ves ante ti, pero me asombraba que un hombre tan delgado como él me levantara en el aire con aquella facilidad. No soy un chico enclenque, jamás lo he sido. Soy fuerte.

Me encantaba cuando el maestro, en los momentos que yo tenía que compartirlo con mis compañeros, nos leía en voz alta.

Rodeado de candelabros, el maestro se expresaba con voz tenue y amable. Leía la *Divina comedia* de Dante, el *Decamerón* de Boccaccio, o *El romance de la rosa* o los poemas de François Villon en francés. Nos dijo que debíamos aprender a hablar las nuevas lenguas con la fluidez con que hablábamos en griego y latín. Nos advirtió que la literatura ya no se reducía a las obras clásicas.

Mis compañeros y yo nos sentábamos en silencio a su alrededor, sobre unos cojines, o sobre las frías baldosas del suelo. Algunos se colocaban de pie junto a él, mientras que otros permanecían de cuclillas.

A veces Riccardo tocaba el laúd y cantaba las melodías que le había enseñado su tutor, o las canciones lascivas que había oído por la calle.

Cantaba al amor con tono melancólico y nos hacía llorar. El maestro le miraba arrobado.

Yo no estaba celoso, ya que era el único que compartía el lecho del maestro.

En ocasiones, el maestro ordenaba a Riccardo que se sentara junto a la puerta de nuestra alcoba y tocara el laúd. Riccardo obedecía sin pedirle jamás que le dejara entrar en la habitación.

Mi corazón palpitaba agitadamente cuando el maestro corría las cortinas que rodeaban el lecho. Luego me abría la túnica, o la desgarraba en un gesto retozón, como si fuera una prenda vieja e inútil.

Yo me hundía en la colcha de raso debajo de su peso; separaba las piernas y le acariciaba con mis rodillas, aturdido y excitado al sentir el roce de sus nudillos sobre mis labios.

En una ocasión me quedé semidormido. El aire tenía una tonalidad rosácea y dorada. Me envolvía un dulce calor. Sentí sus labios sobre los míos, su lengua moviéndose como una serpiente en mi boca. Un líquido, un delicioso y ardiente néctar me llenaba la boca, una poción exquisita que se deslizó a través de mi cuerpo hasta alcanzar las yemas de mis dedos. Sentí cómo descendía a través de mi torso hasta mis partes íntimas. Me abrasaba. Estaba ardiendo.

—Maestro —murmuré—, ¿qué es este líquido, más dulce que los besos?

Él apoyó la cabeza en la almohada y volvió la cabeza.

—Dámelo otra vez, maestro —dije.

El maestro me complació. Pero sólo me lo daba cuando lo deseaba él, a gotas, con los ojos inundados de unas lágrimas rojas que a veces permitía que yo lamiera.

Creo que transcurrió un año entero antes de que yo regresara a casa una noche, tiritando debido al aire invernal, ataviado con mi mejor traje azul, unas medias azules y los zapatos azules lacados en oro más costosos que pude hallar, un año, digo, antes de que regresara aquella noche, arrojara mi libro en un rincón de la alcoba con gesto cansino, me plantara en jarras y observara al maestro sentado en una silla de elevado respaldo y los ojos fijos en el carbón que ardía en el brasero, con las manos extendidas sobre él, contemplando las llamas.

—Bien —espeté con tono impertinente, echando la cabeza hacia atrás, con el desparpajo de un hombre de mundo, un sofisticado veneciano, un

príncipe del mercado rodeado por una corte de mercaderes pendiente de sus menores caprichos, un erudito que había leído muchísimos libros.

»Bien —repetí—. Aquí hay un misterio y tú lo sabes. Creo que ya va siendo hora de que me lo expliques.

—¿Cómo dices? —preguntó él con tono afable.

—¿Por qué nunca...? ¡Eres insensible, nada te afecta! —le espeté—. ¿Por qué me tratas como si fuera un muñeco? ¿Por qué nunca...?

Por primera vez le vi sonrojarse; sus ojos se humedecieron y achicaron y por su rostro rodaron unas lágrimas rojizas.

—Me asustas, maestro —musité.

—¿Qué pretendes que sienta, Amadeo? —preguntó.

—Pareces un ángel, una estatua —repuse, contrito y temblando—. Juegas conmigo, maestro, soy el muñeco que siente y padece. —Me acerqué a él. Le toqué la camisa, tratando de desabrocharla—. Deja que...

Él me tomó la mano. Se llevó mis dedos a los labios, los introdujo en su boca y los acarició con la lengua. Sus ojos se clavaron en los míos.

Siento lo suficiente, decían sus ojos.

—Yo te daría lo que tú quisieras —afirmó con tono implorante. Introduje la mano entre sus piernas. Tenía el miembro duro, lo cual no era inusual, pero debía dejar que yo le llevara más lejos, debía confiar en mí.

—Amadeo —dijo.

Me abrazó y, con su extraordinaria fuerza, me arrastró hasta el lecho. Fue un gesto tan súbito que no parecía que se hubiera levantado siquiera de la silla. Caímos sobre los almohadones de raso. Yo no salía de mi asombro. El maestro corrió las cortinas del lecho sin apenas tocarlas, como si se tratara de un truco de la brisa que penetraba por las ventanas. Sí, escucha las voces que brotan del canal. Las voces que cantan y trepan por los muros de Venecia, la ciudad de los palacios.

—Amadeo —repitió el maestro, besándome en el cuello como había hecho en mil ocasiones, pero esta vez noté un pellizco breve e intenso. De pronto noté como si alguien hubiera tirado de un hilo que me atravesaba el corazón. Me había convertido en el miembro que tenía entre las piernas; no era sino eso. Él volvió a besarme, y sentí de nuevo aquel extraño tirón.

Soñé. Creo que vi otro lugar. Creo que vi las revelaciones de mis sueños, que una vez despierto jamás lograba recordar. Creo que recorrí un camino en esas increíbles fantasías que sólo experimentaba en sueños.

Esto es lo que quiero de ti.

—Y yo te lo daré —dije.

Las palabras brotaron atropelladamente hacia el presente casi olvidado mientras sentí que flotaba junto a él, sintiéndole temblar estremecido de placer, sintiéndole tirar de aquel hilo que me atravesaba el corazón, haciendo casi que rompiera a llorar, sintiéndole regocijarse con mi turbación, sintiéndole enarcar la espalda y dejar que sus dedos temblaran y danzaran mientras se estremecía sobre mí. Bébelo, bébelo.

Al cabo de unos instantes se separó y se tumbó junto a mí.

Yo sonreí mientras yacía con los ojos cerrados. Me toqué los labios. Tenía una gota de aquel néctar en mi labio inferior, que lamí con la lengua. Me parecía estar sumido en un ensueño.

Él respiraba trabajosamente y estaba taciturno. Se estremeció un par de veces, y al asir mi mano, noté que la suya le temblaba.

—¡Ah! —exclamé, sonriendo y besándole en el hombro.

—Te he lastimado —se lamentó él.

—No, no, mi dulce maestro —respondí—. ¡Soy yo quien te ha lastimado a ti! ¡Pero te tengo en mi poder!

—Te comportas como el mismo diablo, Amadeo —protestó él.

—¿No quieres que lo haga, maestro? ¿Acaso no te gusta? ¡Has tomado mi sangre y me has convertido en tu esclavo!

Él lanzó una carcajada.

—De modo que quieres que juguemos a eso —dijo alegremente.

—Hummm. Ámame. ¿Qué importa lo demás?

—No se lo cuentes a los demás —repuso él. Lo dijo sin asomo de temor, debilidad ni vergüenza.

Yo me volví, me incorporé sobre los codos y observé su plácido perfil.

—¿Acaso temes su reacción?

—No —contestó el maestro—. Me importa lo que piensen y sientan. No tengo tiempo para preocuparme de esas cosas. Debes ser compasivo y prudente, Amadeo —añadió, mirándome.

Guardé silencio durante un rato, limitándome a observar al maestro. Poco a poco me percaté de que estaba asustado. Temí que mi temor destruyera la dulzura de aquel momento, la espléndida e intensa luz que penetraba a través de las cortinas y se reflejaba en los bruñidos planos de su rostro

marfileño, en la dulzura de su sonrisa. Al cabo de unos instantes ese temor fue superado por una preocupación más acuciante.

—Tú no eres mi esclavo, ¿no es cierto? —pregunté.

—Claro que lo soy —respondió, reprimiendo una carcajada—. Puedes estar seguro de ello.

—¿Qué ocurrió, qué hiciste, qué fue...?

Él aplicó un dedo sobre mis labios.

—¿Crees que soy como los demás hombres? —inquirió.

—No —repuse, pero al pronunciar aquella palabra sentí de nuevo una punzada de temor. Traté de contenerme, pero me arrojé sobre él y traté de sepultar el rostro en su cuello. Él era demasiado frío para abandonarse a esas efusiones, aunque me acarició la cabeza y me besó en la coronilla, me apartó el pelo de la frente y hundió el pulgar en mi mejilla.

—Deseo que un día te marches de aquí —declaró—. Deseo que te vayas. Llevarás contigo una fortuna que yo te daré y todos los conocimientos que he procurado inculcarte. Llevarás contigo tu gracia y las artes que has logrado aprender: a pintar, a interpretar cualquier música que yo te pida, a danzar con asombrosa exquisitez. Llevarás contigo esas dotes e irás en busca de todo cuanto deseas...

—Sólo te deseo a ti.

—Cuando pienses en estos momentos, cuando estés acosado por la noche y cierres los ojos, estos instantes que tú y yo hemos compartido te parecerán corruptos y extraños. Te parecerán cosa de magia, una locura, y este lugar cálido se convertirá en una cámara de siniestros secretos, y estos recuerdos te dolerán.

—No me iré.

—Recuerda que fue por amor —dijo mi maestro—. Que ésta fue la escuela de amor en la que curaste tus heridas, en la que aprendiste de nuevo a hablar, sí, y a cantar, y en la que renaciste de aquel niño destruido como si ésta fuera una cáscara y tú, un ángel, brotando de él con unas alas grandes y fuertes.

—¿Y si me niego a marcharme por voluntad propia? ¿Me arrojarás por una ventana para obligarme a volar so pena de estrellarme contra el suelo? ¿Echarás el cerrojo para impedirme entrar? Te aconsejo que lo hagas, porque aporrearé la puerta hasta caer muerto. No tengo alas para alejarme de tu lado volando.

El maestro me observó durante unos minutos. Por mi parte, jamás había conseguido mirarle a los ojos durante tanto rato seguido, ni deleitarme acariciándole los labios con los dedos sin que él apartara el rostro.

Por fin el maestro se incorporó junto a mí y me obligó suavemente a tenderme de espaldas. Sus labios, rosados como los pétalos interiores de las tímidas rosas blancas, se tiñeron de rojo. Entre sus labios se extendía un hilo rojo que se deslizaba por las pequeñas arrugas de sus labios, tiñéndolos de rojo, como si fuera vino, pero era un líquido brillante que hacía que sus labios relucieran; y cuando los entreabrió, ese líquido rojo brotó de su boca como si fuera una lengua enroscada.

Yo alcé la cabeza y atrapé el líquido en mi boca.

La habitación empezó a girar vertiginosamente. Me pareció estar a punto de desvanecerme. Cuando abrí los ojos, él oprimió su boca sobre la mía y perdí el mundo de vista.

—¡Me siento morir! —murmuré, estremeciéndome debajo de él, tratando de hallar un lugar al que aferrarme en este vacío de ensueño, intoxicante. Me agité y me estremecí de placer; mis piernas se tensaban y luego tenía la sensación de que flotaban; todo mi cuerpo emanaba del suyo, de sus labios, a través de mis labios, como si mi cuerpo se hubiera convertido en su aliento y sus suspiros.

De pronto noté una punzada, como una incisión producida por una navaja, diminuta y exquisitamente afilada, que me traspasó el alma. Me retorcí frenéticamente como si estuviera empalado. ¡Ah, ni los dioses conocían un goce sensual tan intenso como éste! Fue un rito iniciático, una experiencia liberadora a la que temía no sobrevivir.

Ciego y temblando, me uní a él para siempre. Él me tapó la boca con la mano para sofocar mis gritos.

Yo le rodeé el cuello con los brazos, oprimiendo su boca contra mi cuello.

—¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo!

Cuando me desperté, era de día.

Él se había marchado, como de costumbre. Me hallaba solo. Los demás aprendices aún no habían aparecido.

Me levanté del lecho y me acerqué a la elevada y estrecha ventana, como las que se ven por doquier en Venecia, una ventana que impedía que se

filtrara el sofocante calor en verano y el frío viento del Adriático en invierno.

Abrí los gruesos paneles de cristal y contemplé desde mi refugio los muros que se alzaban frente a mí, como hacía a menudo.

En un balcón situado al otro lado del canal, vi a una sirvienta sacudir una escoba. La observé durante unos momentos. Su rostro tenía un color lívido y se movía incesantemente, como si estuviera cubierto por un enjambre de hormigas. Apoyé las manos en el alféizar de la ventana y agucé la vista. Entonces me di cuenta de que eran los músculos los que hacían que la máscara de su rostro pareciera moverse.

Tenía las manos horrendas, hinchadas y deformes, y el polvo de la escoba que sostenía ponía de relieve cada arruga.

Meneé la cabeza perplejo. La mujer se encontraba demasiado lejos para que yo pudiera observar estos detalles.

Oí a los chicos conversando en una habitación del palacio. Era hora de levantarse y ponerse a trabajar, incluso en el palacio del señor de las tinieblas que jamás se mostraba de día. Los aprendices estaban demasiado alejados para que yo los oyera.

Cuando mi mano rozó la cortina de terciopelo, el tejido preferido del maestro, noté que tenía un tacto más bien peludo que de terciopelo. ¡Podía ver cada fibra del tejido! Me dirigí apresuradamente al espejo.

En el palacio abundaban los espejos, unos espejos grandes y barrocos con unos marcos decorados y repletos de diminutos querubines. Hallé un espejo de gran tamaño en la antecámara, una salita a la que se accedía a través de una puerta exquisitamente pintada en la que yo guardaba mi ropa.

La luz que penetraba por la ventana me siguió. Contemplé mi imagen en el espejo. No era una masa corrompida e infestada de bichos como me había parecido la vieja sirvienta. Tenía el rostro extraordinariamente blanco, sin una arruga.

—¡Lo deseo! —murmuré, convencido de lo que decía.

—No —replicó él.

Esto sucedió por la noche, cuando regresó el maestro. Yo me puse a protestar y a berrear.

Él no se molestó en darme prolijas explicaciones basadas en la magia o la ciencia, lo cual pudo haber hecho con toda facilidad. Se limitó a decir que

yo era todavía un niño y que debía saborear ciertas cosas antes de que desaparecieran para siempre.

Rompí a llorar. No quería trabajar ni pintar ni estudiar ni hacer ninguna otra cosa.

—Esas cosas han perdido momentáneamente su atractivo —me explicó el maestro con paciencia—. Pero no imaginas...

—¿Qué? —le interrumpí.

—Lo mucho que lo lamentarás cuando dejen de interesarte por completo, cuando te conviertas en un ser perfecto e inmutable como yo, cuando todos los errores humanos sean suplantados por una nueva y pasmosa colección de fracasos. No vuelvas a pedírmelo.

Sentí deseos de morir. Me acurruqué en el lecho, presa de la furia y la amargura, y me encerré en un profundo mutismo.

Sin embargo, él no había concluido.

—No protestes, Amadeo —dijo con tono apesadumbrado—. No es preciso que me lo pidas. Yo te lo daré cuando lo crea conveniente.

Al oír esas palabras, eché a correr hacia él como un niño, arrojándome en sus brazos y besando su helada mejilla mil veces pese a su fingida sonrisa de desdén.

Al cabo de unos momentos, el maestro me agarró por los hombros con firmeza y me advirtió que esta noche no habría juegos de sangre. Yo debía estudiar, aprenderme la lección que me había saltado por la mañana.

Luego me dijo que él debía ir a hablar con los aprendices, ocuparse de sus tareas, del gigantesco lienzo sobre el que estaba trabajando. Yo hice lo que me había ordenado.

Pero antes del mediodía vi operarse en él un cambio que me impresionó. Los demás ya se habían acostado. Yo estaba enfrascado en un libro, estudiando, cuando observé que su rostro adquiría una expresión feroz, como si una bestia le hubiera atacado y anulado todas sus facultades civilizadas, dejándole ahí, sentado en una silla, hambriento, con los ojos vidriosos y la boca teñida de sangre, una sangre que se deslizaba por las múltiples arruguitas del sedoso borde de sus labios.

Él se levantó, como si estuviera drogado, y avanzó hacia mí con unos movimientos rítmicos que yo jamás había presenciado y que me llenaron de pavor.

El maestro alzó el dedo índice y me indicó que me acercara.

Yo corrí hacia él. Me alzó del suelo con ambas manos, sujetándome los brazos son suavidad, y sepultó el rostro en mi cuello. Sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo, desde las puntas de los pies hasta el cuero cabelludo.

No sé dónde me arrojó. Quizá me arrojara sobre el lecho, o los cojines del salón contiguo a la alcoba.

—Dámelo —murmuré como en un trance, y cuando el líquido llenó mi boca, perdí el conocimiento.

OceanofPDF.com

4

El maestro me ordenó visitar los burdeles para aprender a copular como era debido, no como si estuviera jugando, como solíamos hacer los otros chicos y yo entre nosotros.

En Venecia abundaban los burdeles, unos establecimientos bien regentados, reservados al placer en un ambiente confortable y lujoso. Todo el mundo sostenía que esos placeres no eran sino un pecado venial a los ojos de Jesús, y los jóvenes de la alta sociedad frecuentaban esos establecimientos sin molestarse en ocultarlo.

Yo conocía una casa en la que trabajaban unas mujeres exquisitas y muy hábiles, donde había unas bellezas altas, de cuerpo voluptuoso y ojos azul pálido, procedentes del norte de Europa, algunas de las cuales tenían un pelo rubio casi blanco y eran distintas de las mujeres italianas, de estatura más baja, que veíamos todos los días. Esa diferencia apenas tenía importancia para mí, pues me había sentido atraído por la belleza de los muchachos y las muchachas italianos desde que llegué aquí. Las jóvenes italianas, con su cuello de cisne y sus caprichosos tocados adornados con abundantes velos, se me antojaban irresistibles. Sin embargo, en el burdel se hallaban toda clase de mujeres, y de lo que se trataba era de montar a tantas como fuera posible.

El maestro me llevó a un burdel, pagó el precio que le pidió la robusta y encantadora mujer que lo regentaba, una fortuna en ducados, y dijo a ésta que pasaría a recogerme al cabo de unos días. ¡Unos días!

Abrasado por los celos y muerto de curiosidad, le observé alejarse con su habitual empaque, ataviado de rojo, como siempre. Tras montarse en la góndola se volvió hacia mí y se despidió con un guiño.

Pasé tres días en un burdel donde trabajaban las doncellas más voluptuosas y sensuales de Venecia, durmiendo hasta entrada la mañana, comparando las mujeres de piel aceitunada con las rubias de tez pálida y dedicándome a examinar con detalle el vello púbico de todas las bellezas

del local, tomando nota de las diferencias entre los pubis sedosos y los más ásperos y encrespados.

Aprendí pequeños refinamientos de placer, como la dulce sensación que experimentas cuando te muerden las tetillas (con suavidad, estas mujeres no eran vampiros) o te tiran con delicadeza del vello de las axilas, del que yo tenía muy poco, en determinados momentos. Me untaron miel dorada en mis partes íntimas y aquellas criaturas angelicales y risueñas me la lamieron.

Existían otros trucos más íntimos, por supuesto, inclusive ciertos actos bestiales que, en rigor, constituyen unos delitos, pero que en aquella casa no hacían sino aderezar unos goces seductores y saludables. Todo se hacía con gracia. Las chicas me bañaban con frecuencia en unas grandes y profundas tinas de madera que contenían agua caliente, perfumada y teñida de rosa, en cuya superficie flotaban unas flores; yo me reclinaba, a merced de aquellas mujeres de voz suave que me mimaban y agasajaban emitiendo unos gritos de gozo mientras me lamían como gatitos y peinaban mi cabello con los dedos para formar unos rizos.

Yo era el pequeño Ganímedes de Zeus, un ángel salido de uno de los cuadros más atrevidos de Botticelli (muchos de los cuales se conservaban en este burdel, tras haber sido rescatados de las hogueras de las vanidades erigidas en Florencia por el implacable reformador Savonarola, quien había conminado a Botticelli a que quemara sus maravillosas obras), un querubín caído del techo de una catedral, un príncipe veneciano (que técnicamente no existían en la República) cuyos enemigos lo habían entregado a aquellas mujeres para que aniquilaran su voluntad por medio del placer carnal.

La estancia en aquel burdel estimuló mi deseo sexual. Si uno tiene que vivir como un ser humano el resto de su existencia, ésta es la forma más placentera de hacerlo, triscando sobre mullidos cojines turcos con unas ninfas que los demás mortales sólo vislumbran a través de bosques mágicos en sus sueños. Cada hueco suave y aterciopelado constituía una nueva y exótica envoltura para mi espíritu retozón.

El vino era delicioso y la comida maravillosa, inclusive los platos azucarados y especiados de los árabes, más originales y exóticos que la comida que servían en casa de mi maestro (cuando se lo conté, contrató a cuatro cocineros nuevos).

Según parece, yo no estaba despierto cuando él vino a recogerme. Me

llevó a casa de forma misteriosa e infalible, como correspondía a su estilo, y al despertarme, me encontré de nuevo en mi lecho.

En cuanto abrí los ojos, me di cuenta de que sólo anhelaba estar con él. Los platos de carne que había ingerido durante los últimos días habían estimulado mi apetito e intensificado mi deseo de comprobar si el cuerpo pálido y encantador de mi maestro respondería a los refinados trucos que yo había aprendido en el burdel. Cuando descorrió las cortinas del lecho me arrojé sobre él, le quité la camisa y empecé a succionarle las tetillas, descubriendo que pese a su turbadora blancura y frialdad tenían un tacto suave y estaban conectadas a la raíz de sus deseos.

El maestro se tendió en el lecho, en silencio, dejando que yo jugueteara con él como mis tutoras del burdel me habían enseñado. Cuando me ofreció los besos de sangre que yo ansiaba, todo recuerdo de contacto humano se disipó de mi mente y experimenté una sensación de impotencia en sus brazos, como de costumbre. Nuestro universo íntimo no se componía sólo de un deseo carnal, sino de un hechizo mutuo ante el cual cedían todas las leyes naturales.

Hacia el alba de la segunda noche fui a buscarlo y lo hallé pintando en su estudio, rodeado por los aprendices, quienes habían caído dormidos junto a él como los apóstoles infieles en Getsemaní.

Él no se detuvo para responder a mis preguntas. Me situé tras él y le abracé por la espalda, alzándome de puntillas para susurrarle al oído.

—Dime, maestro, te lo suplico, ¿cómo conseguiste esta sangre mágica que me proporcionas? —Le mordisqueé los lóbulos de las orejas y le acaricié el pelo. Pero él continuó pintando sin inmutarse—. ¿Naciste así, me equivoco al pensar que experimentaste una transformación...?

—Basta, Amadeo —murmuró el maestro.

Siguió trabajando afanosamente en el rostro de Aristóteles, la figura anciana y barbuda de su gran obra titulada *La academia*.

—¿No te sientes nunca solo, maestro, no sientes nunca el deseo de sincerarte con un amigo, un confidente de tu misma especie que sepa comprenderte?

Él se volvió, desconcertado por mis preguntas.

—¿Y tú, mi pequeño y caprichoso ángel, crees que puedes ser ese amigo? —repuso, bajando la voz para conservar su suavidad—. ¡Qué ingenuidad! Serás siempre un ingenuo. Eres un sentimental. Te niegas a

aceptar toda realidad que no encaje con tu fervorosa fe, una fe que te convierte en un pequeño monje, un acólito...

Yo retrocedí indignado. Jamás me había sentido tan enfadado con él.

—¡No soy un ingenuo! —protesté—. Pese a mi aspecto juvenil soy un hombre, lo sabes bien. ¿Quién si no yo sueña con lo que tú eres y la alquimia de tus poderes? ¡Ojalá pudiera arrebatarte un poco de tu sangre para analizarla como hacen los médicos y averiguar de qué se compone y en qué se diferencia del líquido que fluye por mis venas! Soy tu pupilo, sí, tu alumno, pero para serlo debo ser un hombre. ¿Cuándo tolerarías tú a un ingenuo a tu lado? ¿Acaso cuando nos acostamos juntos me comporto como un ingenuo? Soy un hombre.

Asombrado, el maestro prorrumpió en unas sonoras carcajadas. Me complació ver que había logrado asombrarle.

—Cuéntame tu secreto, señor —le rogué, abrazándolo y apoyando la cabeza en su hombro—. ¿Acaso te parió una madre tan pálida y fuerte como tú, una portadora de Dios, que te llevó en su vientre celestial?

El maestro retiró mis brazos de alrededor de su cuello y se separó un poco para besarme. Su boca era insistente y durante unos momentos me alarmé. Luego me besó en el cuello, succionando mi piel y haciendo que me sintiera débil y dispuesto a hacer cuanto él deseara.

—Me compongo de la luna y las estrellas, sí, y de esa soberana palidez que constituye la sustancia de las nubes y la inocencia —dijo—. Pero no me parió madre alguna; tú lo sabes. Fui un hombre mortal, que envejeció. Mira. —El maestro me tomó de la barbilla y me obligó a examinar su rostro—. ¿No ves la sombra de unas arrugas en las esquinas de los ojos?

—No veo nada, señor —murmuré, pensando que mi respuesta le consolaría si le turbaba aquella imperfección. Tenía un aspecto radiante, una piel tersa y lustrosa. Las expresiones más simples adquirían en su rostro un calor luminiscente.

Imagina una figura de hielo, tan perfecta como la Galatea de Pigmalión, arrojada al fuego, deshaciéndose, fundiéndose, pero conservando unos rasgos prodigiosamente intactos... Pues ése era el aspecto que ofrecía mi maestro cuando le asaltaban unas emociones humanas, como le ocurrió en aquellos momentos.

Él me estrechó entre sus brazos y me besó de nuevo.

—Mi hombrecito, mi duendecillo —murmuró—. ¡Ojalá te conserves así

toda la eternidad! ¿No te has acostado conmigo las suficientes veces para saber que soy capaz e incapaz de gozar?

Durante una hora, antes de que se marchara, logré cautivarlo, conquistarlo con mis besos y caricias.

Sin embargo, la noche siguiente el maestro me envió a otro prostíbulo más clandestino y lujoso que el anterior, un establecimiento donde trabajaban muchachos jóvenes para satisfacer los deseos de los clientes.

Estaba decorado al estilo oriental, combinando los lujos de Egipto y de Babilonia. Las pequeñas cámaras contenían unas rejas doradas, unas esbeltas columnas de bronce y lapislázuli que sostenían el techo de seda color salmón y unos divanes de madera dorada tapizados en damasco ribeteado con borlas. El ambiente estaba impregnado de incienso, y la iluminación era tenue y difusa.

Los muchachos, desnudos, bien alimentados, núbiles, de piel suave y piernas bien torneadas, eran solícitos, fuertes y tenaces, y aportaban a los juegos sus intensos deseos masculinos.

Tuve la sensación de que mi alma era un péndulo que oscilaba entre el ávido placer de la conquista y la rendición incondicional a unos cuerpos fuertes y musculosos, unas voluntades férreas y unas manos más enérgicas que las mías que me manipulaban, con exquisita dulzura, a su antojo.

Cautivo entre dos amantes hábiles y voluntariosos, me sentí traspasado y succionado, sacudido y vaciado hasta caer en el sueño más profundo que jamás había experimentado sin necesidad de las artes mágicas de mi maestro. Eso fue sólo el principio.

A veces me despertaba de mi embriagado estupor y comprobaba que estaba rodeado por unos seres que no parecían masculinos ni femeninos. Sólo dos de ellos eran eunucos, pero tan habilidosos que eran capaces de alzar sus leales armas tan puntualmente como el que más. Los otros simplemente compartían la afición de sus compañeros por la pintura. Todos llevaban los ojos perfilados en negro y sombreados con un tono púrpura, las pestañas rizadas y pintadas para dar a su mirada una expresión distante y misteriosa. Sus labios pintados de carmín eran más exigentes y agresivos que los de las mujeres, besándome con una insistencia como si el elemento masculino que les confería músculos y unos órganos duros hubiera dotado también a su boca de virilidad. Tenían unas sonrisas angelicales. Sus tetillas

estaban adornadas con unos aros de oro. Su vello púbico estaba empolvado con oro.

No protesté de su vehemente ardor. No temí que me lastimaran, e incluso dejé que ataran las muñecas y los tobillos a los postes del lecho con el fin de demostrarme todas sus artes. Era imposible temerlos. Su placer me crucificó. Sus insistentes dedos no me permitieron siquiera cerrar los ojos. Me acariciaron los párpados, me obligaron a contemplar lo que hacían. Me acariciaron las piernas con unos cepillos de cerdas suaves. Me untaron aceite en todo el cuerpo. Succionaron mi ardiente savia una y otra vez, como si fuera un néctar, hasta que protesté en vano que no tenía más que darles. Llevaban la cuenta de mis «pequeñas muertes», lo cual les provocaba un gran regocijo; me colocaron boca arriba y boca abajo, me volvieron hacia un lado y el otro, me esposaron y sujetaron... Yo los dejé hacer, hasta que por fin caí en un sueño extasiado y profundo.

Cuando me desperté, no tenía noción del tiempo ni estaba preocupado. Percibí el denso humo de una pipa. La tomé de manos del chico que me la pasó y fumé, saboreando el sabor oscuro y familiar de hachís.

Permanecí allí cuatro noches. Fue, de nuevo, una experiencia liberadora.

Esta vez, al despertarme, comprobé que estaba aturdido, que presentaba un aspecto desaliñado y que estaba cubierto sólo con una camisa de seda color crema desgarrada. Yacía en un diván perteneciente al prostíbulo, pero me hallaba en el estudio de mi maestro, el cual estaba sentado junto a mí, evidentemente pintando mi retrato, ante un pequeño caballete del que apartaba los ojos de vez en cuando para observarme.

Pregunté qué hora era y si era de noche. El maestro no me respondió.

—¿Estás enojado porque me he divertido? —pregunté.

—Te he dicho que te estés quieto —replicó.

Me recosté de nuevo en el diván, sintiendo frío, dolor, soledad, anhelando refugiarme en sus brazos como un niño.

Por la mañana, el maestro me abandonó sin decir palabra. El cuadro era una espléndida obra maestra de lo obsceno. Yo aparecía tumbado en la orilla del río, como un fauno dormido, y junto a mí la figura alta y esbelta de un pastor que vigilaba, el maestro, vestido con unos ropajes sacerdotales. El bosque que nos rodeaba era frondoso, compuesto por unos vetustos y maltrechos árboles repletos de hojas polvorientas. El agua del río estaba pintada con tal realismo que invitaba a sumergirse en ella; yo presentaba un

aspecto de lo más inocente, sumido en un sueño profundo, con los labios entreabiertos en una expresión natural y serena.

Furioso, arrojé el cuadro al suelo, resuelto a destruirlo.

¿Por qué se había negado a hablarme el maestro? ¿Por qué me obligaba a someterme a esas lecciones que luego se interponían entre nosotros? ¿Por qué se enojaba conmigo por hacer lo que él me ordenaba? Me pregunté si los burdeles a los que me había enviado constituían una prueba de mi inocencia y si su manifiesto deseo de que yo gozara en ellos era mentira.

Me senté a su escritorio, tomé su pluma y le escribí un mensaje.

> Tú eres el maestro. Debes saberlo mejor que nadie. Es insoportable dejarse guiar por alguien incapaz de hacerlo. Muéstrame el camino con claridad, pastor, o renuncia a ello.

Lo cierto era que estaba agotado debido a esos cuatro días entregado al placer, al vino que había bebido, a la distorsión de mis sentidos; me sentía solo y anhelaba estar con él para que me tranquilizara y asegurara que yo era suyo. Pero él no estaba junto a mí.

Salí a dar un paseo. Pasé todo el día en las tabernas, bebiendo, jugando a los naipes, coqueteando con las chicas bonitas que se me acercaban, con el fin de retenerlas a mi lado mientras yo participaba en diversos juegos de azar.

Más tarde, cuando cayó la noche, me dejé seducir por un inglés borracho, un noble rubio y pecoso perteneciente a uno de los títulos francés e inglés más antiguo, el conde de Harlech, quien viajaba por Italia para admirar sus maravillas y estaba intoxicado con los numerosos placeres que ofrecía, inclusive la práctica de la sodomía en un país extraño.

Naturalmente, le parecí un joven bellísimo, como a todo el mundo. Él no era mal parecido. Incluso su rostro pálido y pecoso poseía cierto encanto, que su espectacular mata de pelo cobrizo ponía de relieve.

El aristócrata inglés me llevó a sus habitaciones situadas en un recargado y hermoso palacio, donde me hizo el amor. No fue una experiencia desagradable. Su inocencia y su torpeza me deleitaron. Sus ojos azules y redondos eran una maravilla; tenía unos brazos extraordinariamente fuertes

y musculosos y una barbita color naranja, un tanto cursi pero deliciosamente puntiaguda.

Escribió unos poemas en latín y en francés para mí, que recitó en voz alta con gran encanto. Al cabo de un par de horas de hacer el papel de macho conquistador, me indicó que le apetecía que yo le montara, lo cual me procuró un intenso placer. A partir de entonces lo hicimos varias veces de ese modo, desempeñando yo el papel de soldado conquistador y él el de víctima en el campo de batalla; en ocasiones le azotaba suavemente con un cinturón de cuero antes de poseerlo, lo cual exacerbaba nuestra pasión.

De vez en cuando, el inglés me suplicó que le confesara quién era y que quedáramos citados para vernos de nuevo, a lo cual como es lógico me negué.

Pasé tres noches con él, charlando sobre las misteriosas islas inglesas, leyéndole en voz alta poemas italianos, tocando la mandolina y cantándole canciones de amor.

Él me enseñó una gran cantidad de palabras obscenas en inglés, y manifestó su deseo de llevarme a Inglaterra con él. Tenía que recuperar el juicio, según me confesó; tenía que regresar a sus deberes y obligaciones, sus propiedades, a su odiosa y adúltera esposa escocesa, cuyo padre era un asesino, y a su hijo pequeño e inocente, de cuya paternidad estaba bastante seguro, dado que el niño tenía el pelo rojo y rizado como él.

Me prometió instalarme en una espléndida mansión que poseía en Londres, regalo de su majestad el rey Enrique VII. Aseguró no poder vivir sin mí; todos los Harlech sin excepción tenían que salirse siempre con la suya, y yo no podía sino capitular ante él. Si era hijo de un destacado noble debía decírselo, y él se encargaría de allanar este obstáculo. ¿Odiaba acaso a mi padre? Me confesó que era un canalla. Todos los Harlech eran unos canallas y lo habían sido desde los tiempos de Eduardo el Confesor. Nos marcharíamos subrepticiamente de Venecia esa misma noche.

—No conoces Venecia y no conoces a sus nobles —repuse—. Recapacita. Si lo intentas, te expones a que te maten.

Observé que era joven. No había reparado antes en ello, pues todos los hombres mayores me parecían unos ancianos. Calculé que debía de tener unos veinticinco años. Por lo demás, estaba completamente loco.

En éstas el inglés saltó de la cama, con su cabellera roja de punta, desenvainó una imponente daga italiana y me miró fijamente.

—Te mataré —declaró con arrogancia, utilizando el dialecto veneciano. Acto seguido clavó la daga en la almohada, provocando una nube de plumas—. Te mataré si es preciso —repitió, quitándose unas plumas de la cara.

—¿Y qué ganarás con ello? —pregunté.

De pronto oí un crujido a sus espaldas. Sospeché que había alguien junto a las ventanas, al otro lado de los postigos de madera, aunque nos hallábamos situados a tres pisos sobre el Gran Canal. Cuando comenté mis sospechas al inglés, éste me creyó.

—Provengo de una familia de salvajes asesinos —mentí—. Son capaces de seguirte hasta los confines de la Tierra si averiguan que me has traído aquí; arrasarán tus castillos, te cortarán por la mitad, te arrancarán la lengua y tus partes pudendas, las envolverán en terciopelo y las enviarán a tu soberano. Anda, cálmate.

—Eres un demonio astuto y deslenguado —replicó el inglés—; pareces un ángel y te expresas como un mozo de taberna con esa voz dulce y viril.

—Ése soy yo —dije alegremente.

Me levanté, me vestí apresuradamente, rogándole que no me matara todavía, puesto que regresaría tan pronto como pudiera, ya que sólo anhelaba estar con él. Luego le besé y me dirigí hacia la puerta.

El inglés permaneció sentado en el lecho, sin soltar la daga, con su pelirroja pelambrera, la barba y los hombros cubiertos de plumas. Ofrecía un aspecto muy peligroso.

Yo había perdido la cuenta de las noches que había estado ausente.

No hallé ninguna iglesia abierta. No deseaba compañía.

Estaba oscuro y hacía frío. Había sonado el toque de queda. Por supuesto, el invierno veneciano me parecía templado en comparación con las tierras nevadas del norte, donde yo había nacido; pero era un invierno húmedo y opresivo, y aunque la brisa limpiaba y purificaba la ciudad, ésta me pareció inhóspita e insólitamente silenciosa. El ilimitado firmamento se desvanecía debajo de una gruesa capa de niebla. Las piedras de los edificios estaban heladas.

Me senté en unos escalones junto a un canal, sin importarme que estuvieran empapados, y rompí a llorar. ¿Qué había aprendido de aquella experiencia?

Me sentía como un sofisticado hombre de mundo debido a la esmerada

educación que había recibido. Sin embargo, no me había aportado ningún calor, un calor duradero y reconfortante; la soledad que experimentaba era peor que el sentimiento de culpa, que la sensación de estar condenado.

La soledad había venido a suplantar esa vieja sensación. Yo la temía, pues estaba completamente solo. Sentado en aquellos escalones, contemplando un pequeño fragmento de cielo negro y unas pocas estrellas que se deslizaban sobre los tejados de las casas, presentí lo terrible que sería perder simultáneamente a mi maestro y mi sentimiento de culpabilidad, ser expulsado por aquél a un universo donde nadie se molestaría en amarme ni condenarme, sentirme perdido e ir dando tumbos por el mundo con la única compañía de seres humanos, esos jóvenes y esas muchachas, el aristócrata inglés y su daga, incluso mi estimada Bianca.

Por fin me dirigí a casa de ésta. Me oculté debajo del lecho, como había hecho en otras ocasiones, y me negué a salir.

Bianca había convidado a su casa a un numeroso grupo de ingleses, pero por fortuna no a mi amante pelirrojo, quien sin duda seguía vagando por la habitación entre un montón de plumas. «Bien —pensé—, si el encantador conde de Harlech se presenta aquí, no creo que se arriesgue a hacer el ridículo delante de sus compatriotas». Al cabo de un rato apareció Bianca, bellísima, con un favorecedor traje violeta y un collar de perlas que debía de costar una fortuna. Se arrodilló junto al lecho y acercó su cabeza a la mía.

—¿Qué ocurre, Amadeo?

Yo nunca había solicitado sus favores. Que yo supiera, nadie se habría atrevido a hacerlo. Pero en aquellos momentos era un adolescente desesperado y nada me pareció más oportuno que arrojarme sobre ella.

Salí de debajo de su lecho, me dirigí a la puerta y eché el cerrojo, para que las voces y risas de los convidados no nos turbaran.

Cuando me volví, vi a Bianca arrodillada en el suelo, mirándome con el entrecejo fruncido y sus labios dulces como un melocotón entreabiertos en un gesto de perplejidad que me pareció encantador. Sentí deseos de aplastarla con mi pasión, pero no con violencia, por supuesto, confiando en que más tarde volvería a ser la de siempre, como si pudiera recomponerse un hermoso jarrón hecho añicos y restituirle un esplendor aún más extraordinario que antes.

La levanté por las axilas y la arrojé sobre el lecho. Era un lecho

impresionante, en el que, según decían, dormía sola. El cabecero estaba decorado con unos majestuosos cisnes dorados, y en el dosel de madera aparecían pintadas unas ninfas danzando. Las cortinas eran de oro tejido y transparente. No tenía un aspecto invernal, como el lecho de terciopelo rojo de mi maestro.

Me incliné sobre ella y la besé, enloquecido por sus bonitos y astutos ojos que me observaban con frialdad. La sujeté por las muñecas y luego, tras cruzar su muñeca izquierda sobre la derecha, sostuve sus manos con una de las mías mientras le desgarraba el vestido. Lo desgarré con tal brutalidad que los botones de madreperla cayeron al suelo. Acto seguido le abrí el corpiño, debajo del cual llevaba un elegante corsé ribeteado de encaje, que rasgué por la mitad como si fuera de papel.

Bianca tenía los pechos pequeños y deliciosos, demasiado delicados y juveniles para el prostíbulo donde la voluptuosidad estaba a la orden del día. No obstante, deseé magrearlos a mi antojo. Tarareé la estrofa de una canción en su oído. Ella suspiró. Entonces me arrojé sobre ella, sin soltarle las muñecas, y le chupé los pezones con fuerza, uno tras otro. A continuación me aparté y le propiné unos cachetes en los pechos con suavidad, de izquierda a derecha, hasta que adquirieron un tono rosáceo.

Bianca tenía la cara encendida y seguía mirándome con el ceño arrugado, un gesto que apenas alteraba la tersura de su pálida frente.

Sus ojos parecían dos ópalos, y aunque pestañeó lentamente, casi como si estuviera adormilada, no movió un músculo.

Yo concluí mi labor sobre sus frágiles ropas. Le arranqué los volantes de la falda y, al quitársela, comprobé que estaba espléndidamente desnuda, tal como había supuesto. En realidad yo no tenía ni idea de lo que una mujer respetable llevaba debajo de la falda. Pero Bianca sólo mostraba un pequeño y dorado nido de vello púbico, el cual realzaba un vientre levemente redondeado y la humedad que tenía entre las piernas.

Enseguida me di cuenta de que yo le gustaba. No estaba indefensa. Al contemplar el reluciente vello entre sus piernas, me volví loco. La penetré con furia, asombrado de lo poco usada que parecía estar, como si hubiera tenido pocas experiencias carnales. Bianca emitió un pequeño grito de dolor.

Me empleé a fondo, deleitándome con su timidez. Me apoyé sobre el brazo derecho para no descargar todo mi peso sobre ella, pues no quería

soltarle las muñecas. Ella se agitó y retorció hasta que su cabello dorado se soltó del tocado de perlas y cintas que lo sujetaba y se desparramó sobre la almohada. Tenía la piel húmeda, rosada y reluciente, como la curva interna de una concha de gran tamaño.

Al fin no pude contenerme más y, en el momento en que eyaculé, ella emitió un último y prolongado suspiro. Ambos nos mecimos abrazados. Bianca tenía los ojos cerrados y el rostro congestionado, como si hubiera sufrido un síncope, y sacudía la cabeza sin cesar. Al cabo de unos segundos, su cuerpo se relajó.

Yo me tendí a su lado y me cubrí el rostro con las manos, como si temiera que me fueran a abofetear.

Bianca se echó a reír como una niña e, inopinadamente, me golpeó en los brazos, pero de forma cariñosa. Yo fingí ponerme a llorar de vergüenza.

—¡Has destrozado mi maravilloso vestido! ¡Eres un sátiro, un vil conquistador! ¡Un niño precoz!

De pronto noté que se levantaba del lecho y oí que se vestía al tiempo que canturreaba alegremente.

—¿Qué pensará tu maestro de esta aventura, Amadeo? —inquirió Bianca.

Yo aparté los brazos de la cara y miré hacia el lugar donde sonaba su voz. Bianca se vistió detrás de un elegante biombo pintado, un regalo de París, según creo recordar, de uno de sus poetas franceses favoritos. Al poco rato apareció tan espléndida como antes, con un vestido verde manzana bordado con flores silvestres. Parecía la viva imagen de un jardín sembrado de florecitas amarillas y rosas bordadas con esmero en el corpiño y la larga falda de tafetán.

—¿Qué dirá el gran maestro cuando averigüe que su joven amante es un auténtico dios de los bosques?

—¿Amante? —pregunté asombrado.

Bianca me miró con gran dulzura. Luego se sentó y empezó a trenzar de nuevo su larga y alborotada cabellera. No llevaba pinturas y su semblante aparecía intacto, sin mostrar la menor huella de nuestros juegos; el cabello le caía sobre los hombros, enmarcando su rostro como una magnífica capucha dorada. Tenía la frente lisa y despejada.

—Pareces creada por Botticelli —murmuré.

Yo se lo decía con frecuencia, pues lo cierto es que Bianca parecía una de

sus bellezas. Todo el mundo opinaba como yo, y sus amigos le regalaban de vez en cuando unas pequeñas copias de los célebres cuadros florentinos del pintor.

Reflexioné sobre ello, pensé en Venecia y en este mundo en el que yo vivía. Pensé en ella, una cortesana, recibiendo esas pinturas a un tiempo castas y lascivas como si fuera una santa.

Evoqué unos ecos de los antiguos mundos sobre los que me habían hablado hacía mucho, cuando me arrodillé en presencia de una belleza vieja y deteriorada, y creí que yo me hallaba en el pináculo, que debía tomar el pincel y pintar única y exclusivamente «aquello que representaba el universo de Dios».

No había ningún tumulto en mi interior, sólo una mezcla de corrientes, cuando la observé mientras se peinaba, enlazando las hermosas hileras de perlas entre su cabello, y las cintas de color verde pálido bordadas con las mismas florecillas que decoraban su vestido. Tenía los pechos sonrosados, semicubiertos debajo del ceñido corpiño. Sentí deseos de desgarrarlo de nuevo.

—Mi dulce Bianca, ¿qué te hace pensar que soy el amante del maestro?

—Todo el mundo lo sabe —murmuró ella—. Eres su favorito. ¿Crees que le has enojado?

—¡Ojalá pudiera! —respondí, incorporándome—. No conoces a mi maestro. Nada es capaz de hacerle levantar la mano contra mí. Ni siquiera levantar la voz. Me envió a aprender ciertas cosas, a averiguar lo que saben los hombres.

Bianca sonrió y movió la cabeza para indicarme que lo comprendía.

—De modo que viniste a mi casa y te ocultaste debajo del lecho —dijo.

—Estaba triste.

—Estoy convencida de ello. Duerme un rato, y cuando yo regrese, si aún estás aquí, te daré calor. Supongo, mi joven y revoltoso amigo, que no necesito advertirte que jamás debes contar a nadie lo que ha ocurrido aquí —concluyó Bianca, inclinándose para besarme.

—No, perla mía, hermosa mía, no es necesario que me lo adviertas. Ni siquiera se lo contaré a él.

Bianca se levantó y recogió las perlas rotas y las cintas arrugadas, los restos de la violación. Luego alisó la colcha. Estaba tan bella como un cisne

humano, más aún que los cisnes dorados que adornaban su lecho semejante a una góndola.

—Tu maestro lo averiguará —anunció—. Es un excelente mago.

—¿Acaso le temes? Me refiero en términos generales, no debido a lo que ha ocurrido entre nosotros.

—No —contestó Bianca—. ¿Por qué había de temerlo? Todo el mundo sabe que conviene no enojarle, ni ofenderle, ni interrumpir su soledad, ni hacerle preguntas, pero no es temor. ¿Por qué lloras, Amadeo? ¿Qué ocurre?

—No lo sé, Bianca.

—Yo te lo diré —repuso ella—. Él se ha convertido en todo tu universo, como sólo puede hacerlo un gran hombre como él. Te has alejado de ese universo y ansías regresar a él. Es lógico que un hombre como tu maestro lo represente todo para ti, que su sabia voz se convierta en la norma según la cual lo mides todo. Todo cuanto reside más allá de él no tiene valor alguno porque él no lo ve, no proclama su valor. Por tanto, no tienes más remedio que dejar los desechos que se hallan fuera de su luz y regresar a él. Vete a casa.

Bianca salió de la habitación y cerró la puerta. Yo volví a tumbarme y me quedé dormido, pues no deseaba regresar a casa.

A la mañana siguiente, desayuné con Bianca y pasé todo el día con ella. Desde que le había hecho el amor me sentía subyugado por aquella radiante mujer. Por más que ella hablara del maestro yo la contemplaba arrobado en aquel ambiente impregnado de su fragancia, rodeado por sus efectos personales e íntimos.

Nunca olvidaré a Bianca. Jamás.

Le hablé, como es posible hacer con una cortesana, sobre los burdeles que había visitado. Quizá los recuerdo con detalle porque le hablé sobre ellos. Me expresé con delicadeza, por supuesto, pero se lo expliqué todo. Le dije que mi maestro deseaba que yo aprendiera todo cuanto pudieran enseñarme esas espléndidas academias, a las que él mismo me había llevado.

—Eso está muy bien, pero no puedes quedarte, Amadeo. Él te ha llevado a lugares donde gozarás de la compañía de mucha gente. Quizás el maestro no desee que frecuentes la compañía de una sola persona.

Yo no deseaba irme. No obstante, al anochecer, cuando acudieron los

poetas ingleses y franceses asiduos a la casa, y comenzó la música y el baile, no me apeteció compartir a Bianca con su corte de admiradores.

La observé durante un rato, confusamente consciente de que la había poseído en su alcoba secreta como ninguno de sus admiradores la había poseído ni la poseería jamás, pero eso no me consoló.

Yo deseaba algo de mi maestro, algo definitivo, concluyente, que borrara todo lo demás. Enloquecido por ese deseo, plenamente consciente de él, me emborraché en una taberna, lo suficiente para ponerme quisquilloso y desagradable, y luego regresé a casa trastabillando por las calles.

Me sentí envalentonado y agresivo, y muy independiente por haber permanecido alejado de mi maestro y sus misterios durante tanto tiempo.

Cuando regresé, lo encontré subido en el andamio, pintando con furia. Supuse que estaba trabajando en los rostros de sus filósofos griegos, creando esa alquimia gracias a la cual salían de su pincel unos semblantes tan vívidos y realistas que parecían más descubiertos que aplicados.

Llevaba una túnica raída y gris que le llegaba a los pies. Cuando entré no se volvió. Parecía como si hubieran trasladado todos los braseros de la casa al estudio para procurarle la luz que él necesitaba.

Los aprendices estaban impresionados de la velocidad con que el maestro había llenado el lienzo.

En cuanto entré en el estudio, me percaté de que no se hallaba pintando su Academia Griega.

Pintaba un retrato mío en el que yo aparecía de rodillas, un joven contemporáneo, luciendo mis habituales guedejas y una ropa austera, como si hubiera decidido alejarme de aquel mundo de relumbrón, con expresión inocente y las manos unidas como si orara. Me rodeaban unos ángeles de rostro amable y gloriosos, como de costumbre, pero éstos ostentaban unas alas negras.

¡Unas alas negras! Unas grandes alas negras cubiertas de sutiles plumas. Al observar con detenimiento aquellas criaturas, me parecieron horribles, siniestras. Él casi había completado el cuadro. Eran espantosos, y él casi lo había completado. El joven de pelo castaño rojizo con los ojos dirigidos hacia el cielo y expresión fervorosa tenía un aspecto muy real; los ángeles parecían a un tiempo ávidos y tristes.

Sin embargo, nada de cuanto mostraba el cuadro era tan monstruoso como el espectáculo de mi maestro mientras lo pintaba, los febriles

movimientos de su mano y su pincel al plasmar el cielo, las nubes, un frontón roto, el ala de un ángel, la luz del sol.

Los aprendices se hallaban arracimados en un rincón, convencidos de que el maestro había perdido la razón. ¿Qué era, un loco o un brujo? ¿Por qué se revelaba de forma tan impúdica ante aquellos jóvenes, turbando su serenidad de ánimo?

¿Por qué revelaba nuestro secreto, demostrando que ni él era un hombre ni aquellas criaturas aladas unos ángeles? ¿Qué había logrado hacerle perder la paciencia hasta ese extremo?

En éstas arrojó furioso un pote de pintura al otro extremo de la habitación. Una mancha verde se extendió sobre el muro, desfigurándolo. El maestro se puso a gritar y a renegar en una lengua que ni mis compañeros ni yo comprendíamos.

Luego tiró todos los potes que estaban sobre el andamio, derramando la pintura por el suelo en unos grandes y relucientes charcos. Por último, arrojó los pinceles, que volaron por los aires como flechas.

—¡Largaos de aquí! ¡Idos a la cama! ¡No quiero ver vuestros estúpidos e inocentes rostros! ¡Fuera!

Los aprendices huyeron asustados. Riccardo rodeó a los más pequeños con los brazos para protegerlos de las iras del maestro y todos salieron apresuradamente.

El maestro se sentó, con las piernas colgando por el borde del andamio, y me miró como si no me reconociera.

—Baja, maestro —le rogué.

Tenía el pelo alborotado y manchado de pintura. No parecía sorprendido de verme allí; ni se sobresaltó al oír mi voz. Él sabía desde el primer momento que yo estaba allí. Lo sabía todo. Oía palabras pronunciadas en otras habitaciones. Conocía los pensamientos de quienes le rodeaban. Estaba repleto de magia, y cuando yo bebía de esa magia, sus potentes efectos me nublaban los sentidos.

—Deja que te peine y alise el pelo —dije con tono insolente.

El maestro tenía la túnica sucia y manchada de pintura por haber limpiado el pincel en ella.

Una de sus sandalias cayó del andamio y se estrelló en el suelo con un ruido seco.

—Baja, maestro —insistí—. Si he dicho algo que te ha disgustado,

prometo no volver a decirlo.

Él no respondió.

De pronto estalló en mí toda la rabia contenida; la sensación de soledad que había experimentado por haber permanecido alejado de él durante unos días, siguiendo sus instrucciones, y al regresar a casa, encontrármelo furioso y mirándome como si no me reconociera. No estaba dispuesto a tolerar que me tratara de ese modo, prescindiendo olímpicamente de mí. Quería obligarle a reconocer que yo era la causa de su ira. Obligarle a hablar.

Sentí deseos de romper a llorar.

En su rostro se dibujó una expresión de angustia. Me horrorizaba verlo, pensar que sentía un dolor tan intenso como yo, como los otros chicos.

—¡Eres un egoísta que se divierte atemorizándonos a todos! —grité en un gesto de rebeldía.

El maestro desapareció en un gran remolino, sin decir palabra, y oí sus pasos atravesando apresuradamente las estancias desiertas del palacio.

Yo sabía que se había movido con una velocidad desconocida para el resto de los hombres. Eché a correr tras él, pero el maestro me cerró la puerta de la alcoba en las narices y corrió el cerrojo antes de que yo pudiera alcanzarla y tirar del pomo.

—¡Déjame entrar, maestro! —le supliqué—. Me fui porque tú me lo ordenaste. —Desesperado, me puse a dar vueltas. Era imposible derribar esa puerta. La aporreé con los puños y le propiné patadas, pero fue en vano —. Tú me enviaste a los burdeles. Tú me ordenaste que fuera a esos malditos lupanares.

Al cabo de un rato, me senté junto a la puerta, apoyando la espalda en ella, y prorrumpí en sonoros sollozos. Di un escándalo imponente. Él esperó a que yo me hubiera desahogado.

—¡Vete a dormir, Amadeo! —ordenó—. Mis iras no tienen nada que ver contigo.

Eso era imposible. ¡Mentira! Yo me sentía furioso, herido y ofendido de que me tomara por idiota, y estaba aterido de frío.

—¡Entonces hagamos las paces, señor! —exclamé. La casa estaba helada como un témpano.

—Ve a acostarte junto con tus compañeros —respondió él suavemente—. Tu sitio está con ellos, Amadeo. Tú los quieres. Pertenecen a tu misma especie. No busques la compañía de monstruos.

—¿Eso es lo que tú eres, maestro? —pregunté con tono agresivo y enojado—. ¿Tú, que pintas como Bellini y Mantegna, que sabes leer todas las palabras y hablar todas las lenguas, que tienes una capacidad infinita de amar y una paciencia no menos infinita, un monstruo? ¿Eso eres? ¡Un monstruo que nos proporciona un techo y nos alimenta con unas exquisiteces preparadas en las cocinas de los dioses! ¡Menudo monstruo!

Él no respondió.

Eso me enfureció aún más. Bajé a la planta inferior. Tomé una enorme hacha de guerra que colgaba en la pared. Era una de las numerosas armas expuestas en la casa, en la que yo apenas había reparado. «Ha llegado el momento de utilizarla —pensé—. Estoy harto de su frialdad. No lo soporto. No lo soporto».

Subí de nuevo y descargué un hachazo contra la puerta. Como era de prever, el hacha traspasó la puerta, haciendo añicos el panel pintado y la laca antigua y las bonitas rosas amarillas y rojas. Retrocedí unos pasos y volví a descargar otro hachazo contra la puerta.

Esta vez, el cerrojo cedió y derribé la puerta de una patada.

El maestro estaba sentado en su amplia poltrona de roble oscuro, con las manos crispadas sobre las dos cabezas de león, mirándome estupefacto. A sus espaldas se erguía el gigantesco lecho con su suntuoso dosel ribeteado de oro.

—¡Cómo te atreves! —exclamó.

El maestro se levantó en el acto, me arrebató el hacha y la arrojó con tal violencia que fue a dar contra el muro de piedra situado al otro lado de la habitación. Luego me tomó en brazos y me arrojó hacia el lecho. Todo él se estremeció bajo el impacto, inclusive el dosel y los cortinajes. Ningún hombre habría sido capaz de arrojarme a esa distancia. Excepto él. Volé por los aires agitando los brazos y las piernas y aterricé sobre el lecho.

—¡Eres un monstruo despreciable! —protesté. Me volví, me incorporé sobre un costado, doblando una rodilla, y le miré con descaro.

Él se hallaba de espaldas a mí. Se disponía a cerrar la puerta interior del apartamento, que había estado abierta y, por tanto, yo no había tenido que derribar. No obstante, se detuvo. Acto seguido se volvió y me observó con expresión divertida.

—Sorprende ese mal genio en un joven de rostro tan angelical —comentó suavemente.

—Si soy un ángel —repliqué, apartándome del borde del lecho—, píntame con unas alas negras.

—Has tenido el valor de derribar la puerta de mis aposentos —dijo él cruzando los brazos—. ¿Debo decirte por qué no estoy dispuesto a tolerar semejante osadía ni en ti ni en nadie?

El maestro me miró con las cejas arqueadas.

—Me atormentas —respondí.

—¿De veras?¿Desde cuándo? Explícate.

Sentí deseos de ponerme a chillar, a sollozar. Deseaba decirle: «Te amo».

Pero en lugar de ello dije:

—Te detesto.

Él no pudo reprimir una carcajada. Agachó la cabeza, con los dedos apoyados en el mentón, y me observó detenidamente. Luego extendió la mano y chasqueó los dedos.

Oí un murmullo procedente de la habitación contigua. Alarmado, me levanté del lecho precipitadamente.

Vi el látigo del maestro deslizarse a través del suelo de la habitación, como si el viento lo hubiera arrastrado hasta aquí; se enroscó, se alzó y cayó en su mano.

La puerta interior de la alcoba situada detrás del maestro se cerró de un portazo y el cerrojo se corrió emitiendo un sonido metálico.

Yo retrocedí espantado.

—Será un placer azotarte —afirmó él, sonriendo dulcemente; sus ojos traslucían una expresión casi inocente—. Considéralo otra experiencia humana, como retozar con tu lord inglés.

—¡Adelante, hazlo! Te odio —contesté—. Soy un hombre, por más que te empeñes en negarlo.

Él presentaba un aspecto a la vez prepotente y afable, pero era evidente que aquello no le divertía.

Avanzó hacia mí, me agarró por la cabeza y me arrojó boca abajo sobre el lecho.

—¡Demonio! —exclamé.

—Maestro —respondió con calma.

Acto seguido apoyó la rodilla en mi rabadilla y me propinó un latigazo sobre los muslos. Por supuesto yo no llevaba nada puesto salvo las finas

medias que exigía la moda de la época, de forma que era como si estuviera desnudo.

Yo lancé un grito de dolor y luego apreté los labios. Durante la siguiente tanda de latigazos me tragué las ganas de gritar pero no logré reprimir un gemido, lo cual me enfureció.

El maestro descargó el látigo una y otra vez sobre mis muslos y mis pantorrillas. Rabioso, traté en vano de incorporarme, apoyando los talones sobre la colcha, pero no pude moverme. Él me tenía inmovilizado con su rodilla mientras seguía azotándome con saña.

De pronto me rebelé como jamás lo había hecho y decidí poner en práctica un jueguecito. Tenía los ojos llenos de lágrimas pero no estaba dispuesto a quedarme ahí tendido y llorar desconsoladamente. Cerré los ojos, apreté los dientes e imaginé que cada latigazo era de aquel color rojo divino que tanto me gustaba, y que el lacerante dolor que experimentaba también era rojo, y que el calor que abrasaba mis piernas después de cada azote era dorado y dulce.

—¡Qué hermoso eres!—exclamé.

—¡Eso no te servirá de nada, niño! —replicó él.

El maestro siguió azotándome con renovada rapidez y violencia. Me dolía tanto que no pude retener mis bonitas visiones.

—¡No soy un niño! —protesté.

En éstas sentí algo húmedo sobre mis piernas y supuse que era sangre.

—¿Es que vas a desfigurarme, maestro?

—¡No hay nada peor que un santo caído se convierta en un grotesco diablo!

Los latigazos no cesaban. Supuse que sangraba por varias heridas. Debía de tener las piernas llenas de hematomas. No podría andar durante varios días.

—¡No sé a qué te refieres! ¡Detente!

Por increíble que parezca, el maestro me obedeció. Yo apoyé el rostro sobre el brazo y rompí a llorar. Lloré durante largo rato. Las piernas me escocían como si él siguiera azotándome una y otra vez sobre el mismo lugar, pero no era así. Confié en que aquel dolor desapareciera y en su lugar experimentara una sensación cálida y agradable, como había experimentado durante el primer par de azotes. Eso no me importaba, pero esto es terrible. ¡Lo odio!

De pronto se arrojó sobre mí. Sentí el delicioso cosquilleo de su pelo sobre mis piernas. Sentí que sus dedos agarraban la malla rota de mis medias y me las arrancaba rápidamente de ambas piernas, dejándolas desnudas. Luego introdujo la mano debajo de mi túnica y me arrancó el resto de las medias.

El dolor se intensificó, pero luego remitió un poco. El aire aliviaba mis heridas. Cuando sus dedos las acariciaron, sentí un placer tan terrible que no pude por menos que gemir.

—¿Volverás a derribar mi puerta? —preguntó él.

—Jamás —murmuré.

—¿Volverás a desafiar mi autoridad?

—Nunca, te lo prometo.

—¿Qué más?

—Te amo.

—Ya.

—Te lo juro —dije, sorbiéndome los mocos.

Las caricias de sus dedos sobre mis heridas me deleitaban sin medida, tanto que ni siquiera me atreví a levantar la cabeza. Apreté mi mejilla contra la colcha bordada, contra la gran imagen del león cosida a ella, aguanté la respiración y dejé que las lágrimas brotaran de mis ojos. Sentí una profunda calma, un placer que me robaba el control de mis extremidades.

Cerré los ojos y sentí sus labios sobre mi pierna. Cuando me besó uno de los hematomas, me sentí morir. Creí que iría al cielo, a un paraíso más excelso y delicioso que este paraíso veneciano. En mis partes íntimas sentí un cosquilleo de vitalidad, una grata y pujante fuerza aislada del resto de mi cuerpo.

Sobre el hematoma fluían unas ardientes gotas de sangre. Sentí el tacto un tanto áspero de su lengua al lamerla, chuparla, y un inevitable estremecimiento que prendió fuego a mi imaginación, un fuego voraz que se extendió a través del mítico horizonte en tinieblas de mi mente.

El maestro aplicó su lengua sobre otro hematoma, para lamer las gotas de sangre que brotaban. El lacerante dolor desapareció y sólo experimenté una pulsante dulzura. Cuando oprimió sus labios sobre el siguiente hematoma, pensé: «No lo resisto, voy a morir».

El maestro se desplazó rápidamente de una lesión a otra, depositando su

beso mágico y la caricia de su lengua, mientras yo me estremecía y gemía de placer.

—¡Menudo castigo! —exclamé de pronto.

Enseguida me arrepentí de haber soltado aquella impertinencia. Él reaccionó, propinándome un feroz cachete en el trasero.

—No quise decir eso —me disculpé—. Me refiero a que no pretendí ofenderte. Lamento haberlo dicho.

Pero él respondió con otro cachete tan violento como el anterior.

—¡Piedad, maestro! ¡Me siento confuso! —protesté.

El maestro apoyó la mano sobre la ardiente superficie que acababa de golpear. Yo pensé: «Ahora me dará una paliza hasta dejarme sin sentido».

Pero sus dedos sólo me rozaron la piel, que no estaba lesionada, sólo caliente, al igual que los primeros hematomas producidos por los primeros latigazos.

—Maestro, maestro, maestro, te amo.

—Bueno, eso no es de extrañar —murmuró sin cesar de besar y lamer la sangre. Yo me estremecí bajo el peso de su mano sobre mi trasero—. Pero la cuestión, Amadeo, es por qué te amo yo. ¿Por qué? ¿Por qué tuve que ir a buscarte a aquel asqueroso burdel? Soy fuerte por naturaleza... sea cual fuere mi naturaleza...

Me besó con avidez en un gran hematoma que tenía en el muslo. Sentí sus labios succionándolo y luego su sangre mezclándose con la mía. El placer me produjo una sucesión de descargas eléctricas. No vi nada, aunque creo que había abierto los ojos. Traté de comprobar si tenía los ojos abiertos, pero sólo vislumbré un resplandor dorado.

—Te amo, sí te amo —respondió—. ¿Y por qué? Eres inteligente, sí, y hermoso, sin duda, y en tu interior arden las reliquias de un santo.

—No sé a qué te refieres, maestro. Jamás fui un santo. No pretendo ser un santo. Soy un ser irrespetuoso e ingrato. Pero te adoro. Me siento deliciosamente impotente a tu merced.

—Deja de burlarte de mí.

—No me burlo —protesté—. Digo la verdad, aunque quede en ridículo por decir la verdad, aunque haga el ridículo por... ti.

—Sí, supongo que no pretendes burlarte de mí. Eres sincero. Aunque no comprendes que lo que dices es absurdo.

El maestro cesó de recorrer mis hematomas con sus labios. Mis piernas

habían perdido toda forma que hubieran poseído en mi obnubilada mente.

Tendido en el lecho, sentí cómo mi cuerpo vibraba bajo sus besos y caricias. Él apoyó la cabeza en mis caderas, en el lugar donde me había propinado un cachete y que estaba caliente, y empezó a acariciar mis partes íntimas.

Mi miembro se endureció bajo sus dedos, debido a la infusión de su sangre ardiente, pero ante todo al vigor de mi juventud que se rendía a sus caprichos y confundía el placer con el dolor.

Él permaneció tendido sobre mi espalda, sosteniendo con fuerza mi pene, hasta que por fin me corrí entre sus resbaladizos dedos en unos violentos y sublimes espasmos de placer.

Me incorporé sobre un codo y le miré. Él estaba sentado, contemplando el semen blanco y perlado que tenía en los dedos.

—¡Dios! ¿Eso es lo que querías? —pregunté—. ¿Contemplar ese líquido viscoso y blancuzco en tu mano?

Él me miró. ¡Qué angustia reflejaba su rostro!

—¿Significa eso que ha llegado el momento? —inquirí.

La tristeza que reflejaban sus ojos era demasiado intensa para que yo siguiera insistiendo.

Adormilado y ciego, noté que él me volvía y me arrancaba la túnica y la chaqueta. Noté que me alzaba, y entonces sentí el aguijonazo en el cuello.

Sentí un dolor que me traspasó el corazón, que remitió en el preciso instante en que creí morir. Luego me acurruqué junto a su pecho, bajo la colcha con la que él nos había cubierto a los dos, y me quedé dormido.

Todavía era negra noche cuando abrí los ojos. El maestro me había enseñado a presentir el amanecer, pero aún faltaba mucho para que amaneciera.

Al mirar a mi alrededor, le vi a los pies del lecho. Iba elegantemente vestido de terciopelo rojo. Lucía una chaqueta con las mangas cortas y una gruesa túnica de cuello alto. La capa de terciopelo rojo estaba ribeteada de armiño.

Se había cepillado el pelo y se había untado una leve capa de aceite para que emanara sofisticado y atractivo resplandor. Lo llevaba peinado hacia atrás, mostrando el nacimiento recto y limpio del cuero cabelludo, y caía en elegantes tirabuzones en sus hombros.

—¿Qué ocurre, maestro?

—Estaré ausente durante varias noches. No, no es porque esté enojado contigo, Amadeo. Debo emprender un viaje que he aplazado demasiado tiempo.

—No te vayas, maestro. Perdóname. ¡Te suplico que no te vayas ahora! Lo que yo...

—Es preciso, criatura. Debo ir a ver a aquellos que deben ser custodiados. No tengo más remedio.

Durante unos momentos no dije nada. Traté de comprender la denotación de las palabras que había pronunciado. Las había dicho en voz baja, casi balbuciéndolas.

—¿A qué te refieres, maestro? —pregunté.

—Puede que alguna noche te lleve conmigo. Pediré permiso... —No concluyó la frase.

—¿Para qué, maestro? ¿Cuándo has necesitado tú que alguien te dé permiso para hacer algo?

No pretendí que mi respuesta sonara tan simple e ingenua y menos aún descarada.

—No te inquietes, Amadeo —contestó—. De vez en cuando debo pedir permiso a mis mayores, como es lógico. —Parecía cansado. Se sentó junto a mí, se inclinó y me besó en los labios.

—¿A tus mayores, señor? ¿Te refieres a aquellos que deben ser custodiados? ¿Unas criaturas como tú?

—Sé amable con Riccardo y los demás. Ellos te adoran —dijo el maestro —. No cesaron de llorar durante tu ausencia. No me creyeron cuando les aseguré que regresarías a casa. Luego Riccardo te vio con tu lord inglés y temió que yo te hiciera pedazos, o que te matara el inglés. Tiene reputación de sanguinario, tu lord inglés; es capaz de clavar su cuchillo en el letrero de cualquier taberna que se le antoje. ¿Es preciso que frecuentes a asesinos comunes y vulgares? Aquí tienes a un experto en materia de aniquilar a otros seres. Cuando fuiste a casa de Bianca, no se atrevieron a contármelo, pero crearon unas curiosas imágenes en sus mentes para impedir que yo adivinara sus pensamientos. ¡Qué dóciles se muestran con mis poderes!

—Ellos te aman, señor —repuse—. Doy gracias a Dios de que me hayas perdonado por haber visitado esos repugnantes lugares. Haré lo que tú quieras.

—Entonces buenas noches —dijo, levantándose.

—¿Cuántas noches estarás ausente, maestro?

—Tres a lo sumo —repuso, mientras se dirigía hacia la puerta. Presentaba una figura gallarda e imponente envuelto en su capa de terciopelo rojo.

—Maestro.

—¿Sí?

—Seré bueno, un santo —contesté—. Pero si no lo soy, ¿me azotarás de nuevo? ¿Por favor?

En cuanto advertí su expresión de ira, me arrepentí de haberlo dicho. ¿Por qué me empeñaba en provocarle con mis impertinencias?

—¡No me digas que no pretendías decir eso! —me espetó, adivinándome el pensamiento y percibiendo las palabras antes de que yo las pronunciara en voz alta.

—No, pero me disgusta que te vayas. Supuse que si lograba enfurecerte lograría que te quedaras.

—Debo irme. Y no me provoques. Te lo advierto por tu bien.

El maestro salió antes de cambiar de opinión y regresar. Se acercó al lecho. Yo me temí lo peor. Que me golpeara y se marchara sin besarme el hematoma para disipar el dolor. Sin embargo, me equivoqué.

—Durante mi ausencia, Amadeo, te aconsejo que recapacites —afirmó.

Me sentí relajado mientras le miraba. Su conducta me hizo reflexionar antes de mediar palabra.

—¿Sobre todo, maestro? —pregunté.

—Sí —repuso. Y luego me besó de nuevo—. ¿Prometes ser siempre así? —preguntó—. ¿Serás este hombre, este joven que eres ahora?

—¡Sí, maestro! ¡Siempre, y contigo! —Deseé decirle que no existía nada que yo no pudiera hacer que pudiera hacer otro hombre, pero no me pareció prudente, pues temí que no lo creyera.

Él apoyó la mano afectuosamente en mi cabeza, apartándole el pelo de la frente.

—Durante dos años he observado cómo crecías —dijo—. Has alcanzado tu estatura definitiva. Eres bajito, y tienes la cara aniñada, y aunque estás sano eres muy delgado, y aún no te has convertido en el robusto joven que yo desearía que fueras.

Yo estaba demasiado extasiado para interrumpirle. Cuando se detuvo, esperé a que continuara.

El maestro suspiró y fijó la vista en el infinito, como si no hallara las palabras adecuadas.

—Cuando te fuiste de aquí, tu lord inglés te amenazó con su cuchillo, pero tú no te amedrentaste. ¿Lo recuerdas? No hace ni dos días que ocurrió.

—Sí, señor, fue una estupidez.

—Pudo haberte matado —dijo el maestro, arqueando una ceja—. Fácilmente.

—Señor, te ruego que me reveles estos misterios —respondí—. Cuéntame cómo adquiriste tus poderes. Confíame estos secretos. Haz que pueda permanecer siempre contigo, señor. Lo que yo piense no cuenta; me supedito a tu voluntad.

—Pero sólo si satisfago tu petición.

—No deja de ser una forma de rendirme ante ti, a tu voluntad y a tu poder. Sí, me gustaría poseerlo y ser como tú. ¿Es eso lo que me prometes, maestro, es eso lo que me das a entender, que puedes convertirme en un ser como tú? ¿Que puedes llenarme con tu sangre, esa sangre que me transforma en tu esclavo, y conseguir que yo sea como tú? En ocasiones sé que puedes conseguirlo, maestro, pero me pregunto si lo sé sólo porque tú lo sabes, y si deseas hacerlo porque te sientes solo.

—¡Ah! —exclamó él, cubriéndose el rostro con las manos, como si yo le hubiera disgustado.

Yo me quedé perplejo.

—Si te he ofendido, maestro, pégame, azótame, haz lo que te plazca, pero no te apartes de mí. No te tapes los ojos para no verme, maestro, porque no puedo vivir sin tu mirada. Explícamelo, maestro, no permitas que nada se interponga entre nosotros. Si es mi ignorancia, haz que desaparezca.

—Lo haré, lo haré —contestó el maestro—. Eres muy astuto, Amadeo. Eres capaz de embaucar a cualquiera, incluso de fingir que eres un ingenuo y te crees todas esas zarandajas sobre Dios, tal como te dijeron hace tiempo que debe comportarse un santo.

—No te comprendo, señor. No soy un santo, pero sí un ingenuo, porque deduzco que es una forma de sabiduría y la deseo porque tú valoras la sabiduría.

—Me refiero a que das la impresión de ser simple, pero tu simplicidad oculta una gran astucia. Me siento solo, sí, y anhelo explicarle a alguien mis desgracias. Pero ¿cómo voy a abrumar a un ser tan joven como tú con mis

desgracias? ¿Qué edad crees que tengo, Amadeo? Trata de calcular mi edad con tu simplicidad.

—Tú no tienes edad, señor. Ni comes ni bebes, ni cambias con el paso del tiempo. No necesitas agua para lavarte. Eres suave y resistente a todo. Lo sé muy bien, maestro. Eres un ser limpio, noble e íntegro.

Él meneó la cabeza en sentido negativo. Lo único que conseguía yo con mi cháchara era disgustarle, precisamente cuando lo que necesitaba era que le animara.

—Ya lo he hecho —murmuró.

—¿Qué, señor? ¿Qué has hecho?

—Te atraje a mí, Amadeo, por ahora... —El maestro se detuvo y arrugó el ceño. Su rostro mostraba una expresión tan afable y desconcertada que sentí una punzada de dolor—. Pero estos delirios de grandeza no conducen a nada. Yo podría llevarte, junto con un montón de oro, y depositarte en una remota ciudad donde...

—Mátame, maestro. Mátame antes de hacer eso, o elige una ciudad que se encuentre más allá de los límites del mundo conocido, porque te aseguro que regresaré. Emplearé el último ducado del oro que me des en regresar aquí y llamar a tu puerta.

Él me miró con tristeza; tenía un aspecto más mortal que nunca, herido y temblando, con la vista fija en el inmenso abismo que nos separaba.

Yo apoyé las manos en sus hombros y le besé. Fue un gesto de una profunda intimidad viril precisamente debido al acto carnal en el que yo había participado hacía unas horas.

—No hay tiempo para esas efusiones —replicó él—. Debo irme. El deber me llama. Me llaman unos seres antiguos, los cuales me agobian desde hace mucho. ¡Estoy cansado, Amadeo!

—No te vayas esta noche. Cuando amanezca, llévame contigo, maestro, llévame donde te ocultas del sol. Es del sol de quien debes ocultarte, ¿no es cierto, maestro? Tú, que pintas unos cielos azules y la luz de Febo más brillante que quienes la contemplan, jamás ves...

—¡Basta! —me rogó él, apretándome la cabeza con las manos—. Deja de besarme y de exponerme tus razonamientos. ¡Obedece!

El maestro suspiró y, por primera vez desde que estaba con él, le vi sacar un pañuelo de la chaqueta y enjugarse el sudor de la frente y los labios. Al

retirar el pañuelo de su rostro, vi que estaba manchado de rojo. Él también lo observó.

—Antes de irme, deseo mostrarte algo —anunció—. Vístete apresuradamente. Yo te ayudaré.

A los pocos minutos, yo estaba vestido para hacer frente al frío aire nocturno. El maestro me echó una capa negra sobre los hombros, me entregó unos guantes ribeteados de armiño y me encasquetó un gorro de terciopelo negro. Los zapatos que eligió eran unas botas de cuero negro, que jamás había permitido que me calzara. Las botas no le gustaban porque decía que los chicos teníamos unos tobillos muy hermosos y no debíamos ocultarlos, pero no le importaba que nos las pusiéramos de día, cuando él no estaba presente.

Parecía tan preocupado, tan angustiado; y su rostro, pese a sus rasgos blancos y purísimos, estaba contraído en un rictus tan amargo que no pude por menos de abrazarlo y besarlo, para obligarle a separar los labios y sentir su boca sobre la mía.

Cerré los ojos y sentí sus dedos sobre mi rostro, sobre mis párpados.

En éstas oí un ruido tremendo, como si una puerta se hubiera abierto violentamente y hubiera saltado en mil pedazos, como cuando yo la había derribado con el hacha, y una ráfaga de aire hiciera volar los cortinajes.

El aire me envolvía. Marius me depositó en el suelo y, pese a estar cegado, me di cuenta de que pisaba el pavimento. Oí discurrir el agua del río junto a mí, lamiendo las piedras, mientras el viento invernal lo agitaba e impulsaba el mar hacia la ciudad; oí un bote de madera golpeando persistentemente un poste del embarcadero.

Él retiró los dedos de mis párpados y abrí los ojos.

Estábamos a una gran distancia del palacio. Me chocó comprobar que nos habíamos alejado tanto, aunque en realidad no me sorprendió. Él era capaz de obrar toda clase de prodigios y me había permitido presenciar uno más. Nos hallábamos en un apartado callejón, en un embarcadero junto a un estrecho canal. Yo nunca me había aventurado en este mísero barrio obrero.

Tan sólo distinguí los porches traseros de las viviendas, las ventanas enrejadas, la sordidez y la oscuridad, al tiempo que percibí el hedor de los desechos que flotaban sobre las frías y agitadas aguas del canal.

Él se volvió y me apartó del borde del canal, y durante unos momentos no vi nada. Luego el maestro extendió su pálida mano y señaló a un hombre

dormido en una larga y desvencijada góndola que reposaba sobre unos maderos, lista para ser reparada. El hombre se despertó y retiró la manta bruscamente. Vi su fornida silueta y le oí rezongar y maldecir porque habíamos turbado su sueño.

Vi el resplandor del acero de su cuchillo y me llevé la mano a la daga. Pero apenas rozó la mano blanca del maestro la muñeca del hombre, éste soltó el arma, que cayó estrepitosamente sobre las piedras.

Aturdido y furioso, el hombre se arrojó sobre el maestro en un torpe intento de derribarlo al suelo.

El maestro lo agarró sin mayores dificultades, como si se tratara de un pedazo de lana apestosa. Vi la expresión en el rostro de mi maestro. Abrió la boca mostrando unos diminutos y afilados incisivos, como dagas, y los clavó en el cuello del hombre. Éste gritó, pero sólo unos instantes, y luego su cuerpo se relajó.

Atónito y fascinado, observé cómo mi maestro le cerraba los ojos; en la penumbra las doradas pestañas del hombre tenían un aspecto plateado. Percibí un sonido sordo, húmedo, apenas audible pero siniestro, como un líquido que chorrea, y deduje que era la sangre del individuo. El maestro se inclinó más sobre su víctima y le estrujó el cuello con sus pálidos dedos para obtener el líquido vital que emanaba, al tiempo que emitía un prolongado suspiro de gozo.

A continuación, bebió la sangre. La bebió, sí. Fue un gesto inconfundible. Incluso ladeó un poco la cabeza para aprovechar hasta la última gota, y en ese momento el cuerpo del hombre, que parecía frágil y de plástico, se estremeció sacudido por una última convulsión y se quedó inerte.

El maestro se incorporó y se relamió los labios, en los que no quedaba ni una gota de sangre. Sin embargo, la sangre era visible en el interior de mi maestro. Su rostro adquirió un resplandor rojizo. Se volvió y me miró. Observé el tono rojo encendido de sus mejillas, el resplandor escarlata de sus labios.

—De ahí provienen mis poderes, Amadeo —confesó el maestro, arrojando el cadáver hacia mí. Sus hediondas ropas me rozaron, y cuando la cabeza cayó hacia atrás, sin vida, mi maestro me obligó a contemplar el rostro tosco y sin vida del individuo. Era joven, barbudo, no era hermoso, estaba pálido y muerto.

Debajo de los párpados inexpresivos e inertes asomaba una sutil línea blanca. De los labios exangües, entre sus dientes putrefactos y amarillentos, pendía un hilo de saliva grasienta.

Me quedé estupefacto. El temor, el odio, ninguno de esos sentimientos tenía nada que ver. Estaba asombrado, sencillamente. Me pareció algo prodigioso.

En un inopinado arrebato de furia, el maestro arrojó el cadáver del hombre a su izquierda, a las aguas del canal, en las que se sumergió con un ruido seco y burbujeante.

Luego me tomó en brazos y echó a correr. Vi las ventanas desfilar ante nosotros. Cuando nos elevamos sobre los tejados estuve a punto de gritar, pero el maestro me tapó la boca con la mano. Se movía a tal velocidad que parecía como si un motor le propulsara hacia delante o hacia arriba.

De pronto giramos como en un remolino, o eso me pareció, y al abrir los ojos, comprobé que me hallaba en una habitación que me resultaba familiar, rodeado de unas imponentes cortinas doradas. Hacía calor. En las sombras vi la reluciente silueta de un cisne dorado.

Era la habitación de Bianca, su santuario particular, su dormitorio.

—¡Maestro! —protesté temeroso y escandalizado por haber irrumpido de esta forma en la habitación de Bianca, sin anunciar nuestra visita.

Por debajo de la puerta se filtraba un pequeño rayo de luz sobre el suelo entarimado cubierto por una gruesa alfombra persa, alcanzando las plumas talladas en madera de su lecho de cisne.

Entonces oí sus pasos apresurados, dejando atrás una sutil nube de voces, que se dirigían a la alcoba para investigar el ruido que había percibido.

Al abrirse la puerta, penetró una ráfaga de aire frío en la habitación. Bianca se apresuró a cerrarla. «¡Qué mujer tan valiente!», pensé.

Luego tendió la mano con pasmosa precisión y subió la mecha de la lámpara que reposaba en la mesilla de noche. Bianca se volvió y contempló a la luz de la llama a mi maestro, aunque deduzco que también me había visto a mí.

Presentaba el mismo aspecto que cuando yo la había dejado inmersa en su mundo hacía unas horas, ataviada en terciopelo dorado y sedas, su trenza recogida en la nuca para compensar el peso de sus espléndidos y voluminosos rizos que caían sobre sus hombros y su espalda.

Su pequeño rostro mostraba una expresión inquisitiva y alarmada.

—¡Marius! —exclamó Bianca—. ¿Qué hacéis aquí, en mis aposentos privados? ¿Cómo habéis entrado por la ventana y con Amadeo? ¿A qué se debe esto? ¿Acaso estáis celoso?

—No, pero deseo una confesión —respondió el maestro con voz temblorosa. Avanzó hacia ella, apuntándola con un dedo acusador y sosteniéndome de la mano como si yo fuera un niño—. Díselo, ángel mío, cuéntale lo que se oculta detrás de su fabuloso rostro.

—No sé a qué os referís, Marius. Pero me estáis enojando. Os ordeno que salgáis de mi casa. ¿Qué opinas tú de este atropello, Amadeo?

—No lo sé, Bianca —murmuré. Estaba aterrorizado. Jamás había oído temblarle la voz al maestro, ni había oído a nadie llamarle por su nombre.

—Salid de mi casa, Marius. Marchaos. Apelo a vuestra caballerosidad.

—¿Y cómo se fue tu amigo Marcellus, el florentino, el que te ordenaron que atrajeras aquí con tu hábil palabrería y al que ofreciste una bebida que contenía suficiente veneno para matar a veinte hombres?

El semblante de mi damisela mostraba una expresión seria pero no adusta. Parecía una princesa de porcelana mientras observaba a mi maestro, que temblaba de ira.

—¿Qué os importa eso, señor? —replicó Bianca—. ¿Os habéis convertido acaso en el Gran Consejo o en el Consejo de los Diez? ¿Vais a llevarme ante vuestros tribunales acusada de asesinato, maldito brujo? ¡Demostrad vuestras palabras!

Bianca se expresaba con una gran dignidad no exenta de tensión. Estiró el cuello y alzó el mentón en un gesto desafiante.

—¡Asesina! —exclamó el maestro—. Lo veo en la solitaria celda de vuestra mente, una docena de confesiones, una docena de actos crueles e impertinentes, una docena de crímenes...

—¡No tenéis derecho a juzgarme! Quizá seáis un mago, pero no sois un ángel, Marius. No con vuestros muchachitos.

Él la empujó hacia el lecho. Le vi entreabrir los labios. Vi de nuevo sus siniestros incisivos.

—¡No, maestro, no! —grité, aprovechando un descuido suyo para interponerme entre ella y él y golpearle con los puños—. No podéis hacer eso, maestro. No me importa lo que haya hecho esta mujer. ¿A qué viene esto? ¿La tacháis de impertinente? ¿A ella? ¡Y a vosotros qué os importa!

Bianca tropezó contra el lecho y se encaramó a él, colocándose de

rodillas y retrocediendo hacia las sombras.

—¡Sois el mismísimo diablo! —murmuró—. Sois un monstruo. He visto sus intenciones, Amadeo, me matará.

—Deja que viva, señor, ¡o moriré con ella! —dije—. Esta mujer no constituye para mí más que una lección, pero no dejaré que la matéis.

El maestro me miró desconcertado. Estaba aturdido. Me apartó con brusquedad, asiéndome del brazo para impedir que cayera al suelo. Luego avanzó hacia el lecho, en busca de ella. En lugar de arrojarse sobre Bianca, se sentó a su lado. Ella retrocedió hacia el cabecero, extendiendo la mano en un vano intento de protegerse con los cortinajes dorados.

Era una mujer menuda, frágil, pero sus fieros ojos azules permanecían clavados en el maestro.

—Ambos somos unos asesinos, Bianca —murmuró el maestro, extendiendo la mano para aferrarla.

Yo me precipité hacia mi maestro, pero él me detuvo con la mano derecha mientras con la izquierda apartaba unos rizos que le caían a Bianca sobre la frente. Luego apoyó la mano sobre su cabeza como si fuera un sacerdote y la bendijera.

—Todo cuanto he hecho fue por pura necesidad, señor —confesó Bianca —. ¿Qué remedio tenía? —Qué valiente era, qué fuerte, como plata fina imbuida de acero—. Una vez que me daban las órdenes, qué iba a hacer yo. Sabía lo que tenía que hacer, y a quién. Eran muy astutos. La poción tardaba varios días en matar a la víctima lejos de mis cálidas habitaciones.

—Haz venir aquí a tu opresor, hija mía, y envenénalo en lugar de matar a las personas que él te ordena.

—Sí —tercié yo—, mata al hombre que te obliga a cometer esos crímenes.

Ella pareció reflexionar sobre ello y luego sonrió.

—¿Y sus guardias, sus secuaces? Me estrangularían por haberle traicionado.

—Yo le mataré por ti, mi dulce Bianca —repuso Marius—. Y por eso no me deberás ningún crimen de importancia, sólo te pido que olvides amablemente el apetito que has visto esta noche en mí.

Por primera vez, Bianca dio muestras de arredrarse. Tenía los ojos llenos de unas bonitas lágrimas cristalinas. Parecía un poco cansada.

—Ya sabéis quién es —dijo, agachando la cabeza—. Sabéis dónde se

aloja, sabéis que en estos momentos se encuentra en Venecia.

Yo le rodeé el cuello con el brazo y le besé en la frente. El maestro observó a Bianca fijamente.

—Vamos, querubín —ordenó, sin apartar la vista de ella—. Vamos a eliminar a ese florentino, ese banquero que utiliza a Bianca para despachar a quienes le confían unas cuentas secretas.

El conocimiento de la verdad sorprendió a Bianca, que de nuevo esbozó una leve sonrisa de cómplice. Estaba dotada de gentileza, desprovista de todo orgullo y amargura. La estremecedora situación se desvaneció con rapidez.

Mientras el maestro me sostenía con el brazo derecho, introdujo la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y sacó una enorme y maravillosa perla, un objeto de incalculable valor. Acto seguido se la entregó a Bianca, quien la aceptó no sin cierta reticencia mientras observaba cómo Marius la depositaba en su mano abierta y perezosa.

—Permite que te bese, mi querida princesa —dijo él.

Por extraño que parezca, ella se lo consintió. El maestro la cubrió con unos besos leves como plumas. Bianca frunció su pálido entrecejo, sus ojos se ofuscaron y cayó sobre los almohadones, dormida.

Nosotros nos retiramos. Al alejarnos de la casa, creí oír a alguien cerrar los postigos. La noche era húmeda y negra como boca de lobo. Apoyé la cabeza en el hombro del maestro. Aunque hubiera querido no habría sido capaz de alzarla.

—Gracias, amado maestro, por no haberla matado —murmuré.

—Bianca es más que una mujer práctica —repuso él—. No está maleada. Posee la inocencia y la astucia de una duquesa o una reina.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Ya hemos llegado, Amadeo. Estamos sobre el tejado. Mira a tu alrededor. ¿No oyes ese ruido a tus pies?

Era el sonido de panderetas, tambores y flautas.

—Morirán durante su banquete —declaró el maestro con aire pensativo. Se hallaba en el borde del tejado, sujeto al antepecho de piedra. El viento agitaba su capa y él alzó la vista hacia las estrellas.

—Deseo presenciarlo todo —afirmé.

Él cerró los ojos como si yo le hubiera golpeado.

—No me tomes por frío, señor —dije—. No creas que estoy cansado y

acostumbrado a presenciar cosas brutales y crueles. Sólo soy un idiota, un idiota que se cree esas zarandajas sobre Dios. Nosotros no cuestionamos nada, si no recuerdo mal. Nos reímos y lo aceptamos todo y convertimos la vida en una fiesta continua.

—Entonces baja conmigo. Hay un montón de ellos, de esos taimados florentinos. Ah, estoy famélico. He ayunado para gozar esta noche de un auténtico festín.

OceanofPDF.com

5

Quizá sea esto lo que experimentan los mortales cuando cazan a grandes animales en el bosque y la selva.

Por lo que a mí se refiere, cuando bajamos la escalera desde el tejado y penetramos en la sala de banquetes de este nuevo y abigarrado palacio, sentí una intensa excitación. Unos hombres iban a morir. Unos hombres caerían asesinados. Unos hombres perversos, unos hombres que habían perjudicado a la hermosa Bianca, serían asesinados sin que mi poderoso maestro, ni nadie que yo conociera y amara, corriera el menor riesgo.

Ni un ejército de mercenarios habría sentido menos compasión hacia esos individuos. Quizá los venecianos que atacaron a los turcos se habían apiadado más que yo de su enemigo.

Yo estaba fascinado; en mi interior percibía el olor simbólico de la sangre, y deseaba verla correr. Los florentinos no me caían bien, no comprendía a los banqueros y deseaba vengarme, no sólo de quienes habían obligado a Bianca a hacer su voluntad, sino de quienes casi habían logrado que mi maestro saciara su sed en ella. La suerte de esos hombres estaba echada.

Entramos en una espaciosa e imponente sala de banquetes, donde unos siete individuos se atracaban con un espléndido asado de cerdo. Unos tapices flamencos, todos muy nuevos, que mostraban unas espléndidas escenas de caza en las que participaban nobles y damas con sus caballos y mastines, colgaban de recias varas de hierro en toda la habitación, cubriendo incluso las ventanas, hasta el suelo.

El suelo era de mármol multicolor incrustado, dispuesto en unos dibujos de pavos reales adornados con gemas y exhibiendo sus majestuosas colas.

A un lado de la larga mesa se hallaban sentados tres hombres que devoraban con fruición la comida apilada en unas bandejas y platos de oro repletos de grasientas espinas y huesos, y el celebérrimo asado de cerdo, un pobre e hinchado animal que conservaba la cabeza y sostenía en la boca la

inevitable manzana, como si ésta fuera la expresión definitiva de su última voluntad.

Los otros tres individuos, todos ellos jóvenes, guapos y atléticos, a tenor del aspecto de sus musculosas piernas, danzaban formando un artístico círculo, con las manos unidas en el centro, mientras un pequeño grupo de chicos tocaba los instrumentos cuya machacona marcha había oído desde el tejado.

Todos presentaban un aspecto un tanto grasiento y manchado debido al festín, pero ni uno solo dejaba de exhibir un cabello largo y espeso, peinado según la moda de la época, y unas medias y camisas de seda exquisitamente bordadas. El fuego no estaba encendido, pero no lo necesitaban, pues iban bien abrigados con unas chaquetas ribeteadas de armiño o zorro plateado.

El vino era trasegado de una jarra a unas copas por un hombre incapaz de realizar ese gesto. Los tres que bailaban, aunque cumplían un rito cortesano, no cesaban de empujarse y hacer payasadas como si se mofaran de los pasos de baile que evidentemente conocían.

Enseguida comprendí que habían despedido a los sirvientes. Los comensales habían derribado varias copas de vino. Unas pequeñas cucarachas, pese a que estábamos en invierno, se habían congregado sobre los restos de comida y los montones de fruta húmeda.

La estancia estaba envuelta en un dorado resplandor, el humo del tabaco que los hombres fumaban en unas pipas de variada forma. El fondo de los tapices era invariablemente azul oscuro, lo cual confería a la escena una calidez que ponía de relieve el espléndido y colorista atuendo de los jóvenes músicos y los comensales.

Al penetrar en la caldeada estancia invadida de humo, me sentí intoxicado por la atmósfera, y cuando mi maestro me ordenó que me sentara a un extremo de la mesa, obedecí porque estaba demasiado débil para resistirme, pero procuré no tocar la superficie de la mesa y menos aún el borde de los platos.

Los alegres y alborotados comensales, con el rostro congestionado debido al exceso de comida y vino, no repararon en nosotros. El imponente ruido que organizaban los músicos bastaba para hacernos invisibles. Sin embargo, los hombres estaban demasiado borrachos para guardar silencio. El maestro, después de besarme en la mejilla, se dirigió hacia el centro de la

mesa, a un hueco que había dejado uno de los comensales que bailaba al son de la música, y se sentó en el banco tapizado.

Súbitamente, los dos hombres sentados a cada lado del maestro, quienes habían estado discutiendo a voz en cuello, repararon en la presencia de aquel convidado ataviado con una resplandeciente capa roja.

Mi maestro se quitó la capucha, mostrando una cabellera prodigiosamente larga. Me recordó de nuevo a Jesucristo durante la Última Cena, con su fina nariz, su boca carnosa y su cabello rubio peinado con la raya en medio, reluciente debido a la humedad de la noche.

Mi maestro miró a los comensales de uno en uno y, ante mi asombro, se introdujo con toda facilidad en la conversación, comentando con ellos las atrocidades que habían padecido los venecianos que quedaban en Constantinopla cuando el sultán turco Mehmet II, de veintiún años, había conquistado la ciudad.

De pronto se produjo una áspera discusión sobre la forma en que los turcos habían conquistado la capital sagrada. Un hombre dijo que, de no haber zarpado los buques venecianos de Constantinopla, desertándola antes de los postreros días de la invasión, la ciudad se habría salvado.

«¡Imposible!», afirmó otro comensal, un hombre robusto y pelirrojo con unos ojos que parecían dorados. ¡Qué belleza! Si ése era el canalla que había manipulado a Bianca a su antojo, comprendo que ella se dejara cautivar por él. Sus labios, enmarcados por una barba y un bigote pelirrojos, eran carnosos y perfectamente delineados, y su mandíbula poseía la fuerza de la figura sobrehumana de mármol esculpida por Miguel Ángel.

—Durante cuarenta y ocho días, los cañones de los turcos bombardearon los muros de la ciudad —declaró al individuo que estaba sentado a su lado —, y al fin lograron penetrar en ella. Era inevitable. Jamás has visto unos cañones como aquéllos.

El otro individuo, un joven apuesto y moreno, de piel aceitunada, con las mejillas suavemente redondeadas, la nariz respingona y unos ojos negros de terciopelo, protestó furioso que los venecianos se habían comportado como cobardes y que su nutrida flota pudo haber detenido a los cañones, por potentes que fueran.

—¡Abandonaron Constantinopla a su suerte! —gritó, descargando un puñetazo sobre la mesa—. Venecia y Génova no movieron un dedo por

ayudarla. Aquel fatídico día dejaron que el imperio más grande de la Tierra sucumbiera a los turcos.

—¡No es cierto! —replicó el maestro sin alzar la voz, arqueando las cejas y ladeando la cabeza. Luego miró lentamente a todos los comensales—. Acudieron muchos valientes venecianos para rescatar a Constantinopla. En mi opinión, aunque hubiera acudido toda la flota veneciana no habrían logrado detener a los turcos. El sueño del joven sultán Mehmet II era apoderarse de Constantinopla, y nada ni nadie habría podido detenerle.

La situación se ponía interesante. Ansioso de recibir una lección de historia y de oír y contemplar la escena con más claridad, me acerqué a la mesa y me senté en una silla de tijera provista de un cómodo asiento de cuero rojo. Coloqué la silla de forma que pudiera ver bien a los bailarines, quienes pese a su torpeza ofrecían un hermoso espectáculo gracias a sus largas y ornadas mangas que se agitaban en el aire y el sonido de sus zapatillas recamadas con gemas al deslizarse por el suelo de baldosas.

El pelirrojo que estaba sentado a la mesa, sacudiendo su larga y rizada melena de un lado a otro, coqueteaba descaradamente con el maestro, quien le miraba arrobado.

—He aquí a un hombre que está informado de lo ocurrido. Y tú mientes, necio —le espetó al otro individuo—. Te consta que los genoveses lucharon con valor hasta el último momento. El Papa envió tres barcos, que rompieron el bloqueo del puerto y llegaron hasta las mismas puertas del castillo del pérfido sultán en Rumeli Hisar. Fue obra de Giovanni Longo. ¿Te imaginas tamaño valor?

—Francamente, no —repuso el hombre moreno, inclinándose delante de mi maestro como si éste fuera una estatua.

—Fue una acción valerosa —comentó mi maestro, sin darle importancia a la cosa—. ¿Por qué insistís en unas patrañas que ni vos mismo creéis? Sin duda, sabéis lo que les ocurrió a los barcos venecianos que capturó el sultán.

—Eso, ¿habrías tenido tú el valor de adentrarte en el puerto? —preguntó el florentino pelirrojo—. ¿Sabes lo que hicieron con los tripulantes de los barcos venecianos que habían capturado seis meses antes? Decapitaron a todos los hombres que había a bordo.

—¡Salvo el capitán! —terció un bailarín, que escuchaba la conversación procurando no perder el paso—. A ése lo empalaron en una estaca. Era

Antonio Rizzo, uno de los mejores hombres que ha existido jamás. —Mientras seguía bailando, el individuo hizo un gesto de desdén sobre su hombro. Luego ejecutó una pirueta y por poco pierde el equilibrio. Sus compañeros se apresuraron a sujetarlo.

El hombre moreno sentado a la mesa meneó la cabeza.

—Si hubiera acudido toda la flota veneciana... —dijo, pero no concluyó la frase—. Los florentinos y los venecianos sois iguales, unos traidores, eludiendo siempre todo compromiso.

Mi maestro se echó a reír mientras observaba al hombre.

—No os riais de mí —protestó el individuo moreno—. Sois veneciano; os he visto mil veces, a vos y a ese chico.

El individuo me señaló. Yo miré al maestro, pero éste se limitó a sonreír. Luego me murmuró una frase, que percibí tan claramente como si se hubiera sentado a mi lado en lugar de a unos metros de distancia:

—El testimonio de los muertos, Amadeo.

El hombre moreno tomó su copa, bebió un trago de vino y derramó el resto sobre su puntiaguda barba

—Una ciudad llena de cobardes y sinvergüenzas —declaró—. Que sólo sirven para una cosa, pedir dinero prestado a un elevado interés cuando se han gastado todo el que tenían en ropas elegantes.

—Mira quién habló —replicó el pelirrojo—. Pareces un pavo real. Me entran ganas de cortarte la cola. ¡Regresa a Constantinopla si estás tan seguro de que podía salvarse!

—Y tú te has convertido en un maldito veneciano.

—Soy banquero; un hombre de responsabilidad —contestó el pelirrojo —. Admiro a quienes prosperan gracias a mí. —Tras estas palabras alzó su copa, pero en lugar de beber el vino, lo arrojó en la cara del hombre moreno.

Mi maestro no se molestó en apartarse, por lo que le cayeron unas gotas encima. Contempló los arrebolados rostros de los dos hombres que estaban sentados junto a él.

—Giovanni Longo, uno de los genoveses más valientes que jamás ha capitaneado un barco, permaneció en esa ciudad durante todo el asedio —apuntó el pelirrojo—. Eso se llama valor. Apostaría hasta mi último ducado sobre un hombre así.

—No sé por qué —terció de nuevo el bailarín, el mismo de antes,

apartándose del círculo—. Perdió la batalla, y tu padre tuvo la sensatez de no apostar un centavo sobre esa panda de inútiles.

—¡No te atrevas a mentar a mi padre! —protestó el pelirrojo—. ¡A la salud de Giovanni Longo y los genoveses que lucharon con él! —Tras esas palabras agarró la jarra, derramando casi todo su contenido sobre la mesa, llenó su copa y bebió un largo trago—. Y a la salud de mi padre. Que Dios lo tenga en su gloria. Padre, he matado a tus enemigos y mataré a quienes hagan de la ignorancia una diversión.

Luego se volvió, propinó un codazo a mi maestro y soltó:

—Ese chico vuestro es una belleza. No os precipitéis. Pensadlo con calma. ¿Cuánto queréis por él?

Mi maestro lanzó la carcajada más dulce y espontánea que jamás le había oído emitir.

—Ofrecedme algo que yo anhele —repuso, contemplándome con una expresión entre divertida y misteriosa.

Todos los presentes se volvieron para observarme. Ten en cuenta que no eran aficionados a los mancebos, sino unos italianos de su época, quienes, tras haber prohijado una caterva de niños, tal como era su deber, y haber violado a tantas mujeres como pudieran, no rechazaban un revolcón con un jovencito rollizo y jugoso, al igual que los hombres hoy en día aprecian una tostada dorada untada con nata agria y el mejor caviar negro.

Yo no pude por menos de sonreír. «Mátalos —pensé—, acaba con todos ellos». Me sentía hermoso y seductor. Esperaba que alguno me dijera que le recordaba a Mercurio ahuyentando a las nubes en la *Primavera* de Botticelli. El individuo pelirrojo me miró con expresión juguetona y picaruela y dijo:

—Es el *David* de Verrocchio, el modelo de la estatua de bronce. No me lo neguéis. Es inmortal, eso es evidente. Jamás morirá.

Tras esa parrafada el pelirrojo bebió otro trago. Luego se tentó la parte delantera de la chaqueta y del ribete de armiño extrajo un medallón de oro engarzado con un diamante de gigantescas proporciones. Acto seguido, se arrancó la cadena del cuello y se lo ofreció con orgullo a mi maestro, quien observó el medallón oscilando ante sus ojos como si fuera capaz de hipnotizarlo.

—Para todos nosotros —dijo el hombre moreno, volviéndose para mirarme. Los otros se echaron a reír.

—¡Y nosotros! —exclamaron los bailarines.

—Tendréis que esperar vuestro turno, pues yo seré el primero en acostarme con él —dijo uno, a lo que otro individuo replicó:

—Ten, para ser el primero, antes que tú.

Esta frase iba dirigida al pelirrojo, pero el bailarín arrojó a mi maestro, una sortija engastada con una piedra violácea que no logré identificar.

—Un zafiro —murmuró el maestro, dirigiéndome una mirada burlona—. ¿Te gusta, Amadeo?

El tercer bailarín, un individuo rubio, algo más bajo que el resto de los presentes y con una pequeña joroba en su hombro izquierdo, se apartó del círculo y avanzó hacia mí. Se despojó de todas sus sortijas, como quien se quita unos guantes, y las arrojó a mis pies.

—Qué sonrisa tan dulce, joven dios —dijo. Jadeaba debido al ejercicio y tenía el cuello de terciopelo empapado en sudor. Se bamboleó un poco y por poco pierde el equilibrio, pero hizo un comentario jocoso al respecto y siguió bailando.

La música continuó sonando machaconamente, como si los bailarines pretendieran sofocar las voces de sus ebrios jefes.

—¿A alguien le interesa el asedio de Constantinopla? —preguntó mi maestro.

—Cuéntame qué fue de Giovanni Longo —le rogué tímidamente. Todos se volvieron hacia mí.

—El asedio de... Amadeo, ¿no? ¡Claro, Amadeo, qué despistado soy! —exclamó el bailarín rubio.

—No se lo discuto, señor —repliqué—. Pero enseñadme un poco de historia.

—¡El jovencito nos ha salido respondón! —exclamó regocijado el hombre moreno—. Ni siquiera has recogido las sortijas del suelo.

—Llevo los dedos cargados de anillos —contesté educadamente, lo cual era cierto.

El pelirrojo se lanzó de nuevo a la batalla.

—Giovanni Longo permaneció durante los cuarenta días que duró el bombardeo. Luchó toda la noche contra los turcos cuando derribaron las murallas. No se arredraba ante nada. Se lo llevaron del campo de batalla cuando lo abatieron de un disparo.

—¿Y los cañones, señor? —pregunté—. ¿Eran muy grandes?

—¡Supongo que tú estabas presente! —espetó el hombre moreno al pelirrojo antes de que éste pudiera responder.

—Mi padre estaba allí —contestó el pelirrojo—. Y me lo contó él mismo. Iba a bordo del último barco que salió del puerto con los venecianos, y antes de que abras la boca, no se te ocurra hablar mal de mi padre ni de esos venecianos. Llevaron a los ciudadanos a lugar seguro, perdieron la batalla...

—Querrás decir que desertaron —apostilló el individuo moreno.

—Partieron llevándose a los desvalidos refugiados después de que los turcos hubieran conquistado la ciudad. ¿Acaso te atreves a llamar cobarde a mi padre? Sabes tanto de modales como de la guerra. Eres demasiado estúpido para que me moleste en pelear contigo, y estás demasiado borracho.

—Amén —espetó mi maestro.

—Contádselo —dijo el hombre pelirrojo a mi maestro—. Contádselo vos, Marius de Romanus. —El pelirrojo bebió otro trago, derramándose por encima el resto del vino—. Explicadle lo de la matanza, lo que ocurrió. Contadle cómo Giovanni Longo peleó junto a las murallas hasta que le hirieron en el pecho. ¡Escucha, mentecato! —gritó a su amigo—. Nadie sabe más sobre este asunto que Marius de Romanus. Los magos son muy listos, según dice mi ramera. ¡Un brindis por Bianca Solderini! —exclamó apurando la copa.

—¿Vuestra ramera, señor? —pregunté—. ¿Decís eso de una mujer tan admirable y en presencia de estos borrachos y deslenguados?

Ninguno de ellos me hizo el menor caso, ni el pelirrojo, que estaba ocupado apurando su copa, ni los otros.

El bailarín rubio se acercó a mí.

—Están demasiado ebrios para recordarte, hermoso joven —dijo—. Pero yo no.

—Al bailar os hacéis un lío con los pies —repuse—. No vayáis a haceros un lío con las palabras.

—¡Serás descarado! —exclamó el otro, precipitándose sobre mí y chocando con una silla. Pero yo me hice a un lado y el individuo voló sobre la silla y aterrizó en el suelo.

Sus compañeros soltaron una sonora carcajada. Los otros dos bailarines dejaron de ejecutar sus intrincados pasos.

—Giovanni Longo era valiente —afirmó el maestro con calma, recorriendo con la vista la concurrencia y posándola sobre el pelirrojo—. Todos eran valientes. Pero nada pudo salvar a Bizancio. Había llegado su hora. Había sonado la hora fatídica tanto para los emperadores como para los mozos de cuadra. En el holocausto que estalló se perdieron muchos tesoros. Ardieron bibliotecas enteras. Multitud de textos y sus imponderables misterios se convirtieron en humo.

Yo me aparté de mi ebrio agresor, quien rodó por el suelo.

—¡Dame la mano, estúpido perrito faldero! —rezongó éste.

—Sospecho que deseáis más que eso, señor —repuse.

—¡Y lo conseguiré! —gritó, pero al tratar de incorporarse resbaló y volvió a caer al suelo con un estentóreo gemido.

Uno de los hombres que estaba sentado a la mesa —apuesto pero mayor, con el pelo largo, ondulado y gris y un rostro curtido pero hermoso, que engullía en silencio una grasienta pierna de cordero— contempló al individuo tendido en el suelo que se esforzaba en levantarse.

—Hummm. Así cayó Goliat, pequeño David —comentó, mirándome con una sonrisa—. Contén tu lengua, pequeño David, no todos somos unos gigantes estúpidos, y no debes desperdiciar tus piedras.

—Vuestra chanza es tan torpe como vuestro amigo, señor —repuse sonriendo—. En cuanto a mis piedras, se quedarán en su sitio, dentro de su bolsa, esperando a que tropecéis y caigáis, al igual que vuestro amigo.

—¿Qué habéis dicho sobre unos libros, señor? —inquirió el pelirrojo, dirigiéndose a Marius, que estaba distraído y no había oído ese pequeño duelo verbal—. ¿Os referís a los que se quemaron durante la caída de la ciudad más grande del mundo?

—Sí, a este hombre le gustan los libros —intervino el individuo moreno —. Os aconsejo que os ocupéis de vuestro chico, señor. Es terrible, ha interrumpido el baile. Decidle que no se burle de sus mayores.

Los dos bailarines se acercaron a mí, tan borrachos como el individuo que yacía en el suelo. Trataron de acariciarme, convirtiéndose simultáneamente en unas jadeantes bestias de cuatro patas con un aliento apestoso.

—¿Te sonríes al contemplar a nuestro amigo rodando por el suelo? —preguntó uno de ellos, introduciendo la rodilla entre mis piernas.

Yo me aparté, tratando de esquivar sus burdas caricias.

—Es lo más suave que podía hacer —repuse—. Teniendo en cuenta que fue mi belleza lo que ocasionó su caída. No caigáis en esa tentación, señores. No tengo la menor intención de responder a vuestras plegarias.

El maestro se levantó de golpe.

—Estoy cansado de esto —declaró con una voz fría y clara que resonó a través de los tapices que pendían de los muros. Tenía un sonido siniestro.

—¡Vaya! —exclamó el hombre moreno, observando al maestro—. Os llamáis Marius de Romanus, si no me equivoco. He oído hablar de vos. No os temo.

—Muy amable de vuestra parte —murmuró el maestro, sonriendo. Al apoyar la mano sobre la cabeza del individuo, éste se apartó bruscamente, cayéndose casi del banco. Ahora sí parecía aterrorizado.

Los bailarines observaron al maestro, sin duda tratando de calcular si lograrían reducirlo con facilidad.

Uno de ellos se volvió de nuevo hacia mí y exclamó:

—¡Al cuerno tú y tus plegarias!

—Ojo con mi maestro, señor —repliqué—. Está cansado de vos; cuando está cansado se vuelve muy quisquilloso.

El otro trató de aferrarme del brazo pero yo lo retiré a tiempo.

Retrocedí hacia donde se hallaban los jóvenes músicos. La música me envolvió como una nube protectora.

Vi pánico en sus rostros, pero continuaron tocando a gran velocidad, haciendo caso omiso del sudor que cubría sus frentes.

—Dulces caballeros, me encanta vuestra música —dije—, pero tocad un réquiem, os lo ruego.

Los jóvenes músicos me miraron con aprensión. El tambor siguió sonando, la gaita emitió su sinuosa melodía y el sonido de los laúdes reverberó a través de la habitación.

El individuo rubio que yacía en el suelo gritó pidiendo auxilio mientras trataba en vano de incorporarse. Los dos bailarines acudieron en su ayuda. Uno de ellos me dirigió unas miradas como dardos.

El maestro miró al tipo moreno que le había desafiado, le agarró con una sola mano y volvió a sentarlo en el banco. Luego se inclinó sobre él para besarlo en el cuello. El hombre se quedó inmóvil como un pequeño mamífero atrapado en las fauces de una bestia feroz, totalmente a su

merced. Casi percibí el sonido de la sangre al brotar de la yugular al tiempo que la cabellera de mi maestro se estremecía y caía sobre su festín mortal.

Mi maestro dejó caer al hombre al suelo. Sólo el pelirrojo observó la escena. Pero estaba tan borracho que no se dio cuenta de lo ocurrido. Alzó los ojos, con expresión ofuscada, y bebió otro trago de su copa manchada de vino. Luego se chupó los dedos de la mano derecha, uno tras otro, como si fuera un gato, en el preciso momento en que el maestro dejó caer a su compinche moreno de bruces sobre la mesa, concretamente sobre un plato de fruta.

—¡Estúpido borracho! —exclamó el hombre pelirrojo—. ¡Nadie lucha por valor, honor o decencia!

—En cualquier caso no muchos —repuso el maestro, mirándole.

—Esos turcos rompieron el mundo por la mitad —dijo el pelirrojo contemplando al muerto, quien le miraba estúpidamente desde el plato de fruta que había hecho añicos con la cabeza. Yo no alcanzaba a verle el rostro, pero me excitó pensar que estaba muerto.

—Acercaos, caballeros —dijo mi maestro—, vos también, señor, el que ofrecisteis vuestras sortijas a mi chico.

—¿Es hijo vuestro, señor? —preguntó el jorobado rubio, quien por fin había logrado ponerse en pie. Apartó a sus amigos de un empellón y se acercó a la mesa—. Yo seré mejor padre para él que vos.

Mi maestro apareció súbita y silenciosamente en el lado de la mesa donde nos hallábamos nosotros. Sus ropas se organizaron de nuevo en torno a su cuerpo, como si tan sólo hubiera dado un paso. El pelirrojo no se percató de la maniobra.

—Deseo proponer un brindis por Skanderbeg, el gran Skanderbeg —propuso el individuo pelirrojo, como si hablara consigo mismo—. Hace mucho que murió, pero dadme cinco Skanderbegs y organizaré una nueva cruzada para rescatar nuestra ciudad de manos de los turcos.

—¡Menuda proeza! Cualquiera podría hacerlo con cinco Skanderbegs —repuso el hombre mayor que estaba sentado al otro extremo de la mesa, el que mordisqueaba los restos de la pata de cordero. Tras limpiarse los labios con la muñeca, añadió—: No existe ni jamás existió un general como Skanderbeg, salvo él mismo—. Pero ¿qué le pasa a Ludovico? ¡Será imbécil! —exclamó levantándose.

El maestro rodeó con un brazo los hombros del individuo rubio, quien

trató de soltarse, pero mi maestro era inamovible. Mientras los dos bailarines propinaban a mi maestro empujones y manotazos para liberar a su compañero, mi maestro depositó de nuevo su beso fatal. Tomó al joven rubio por el mentón, le alzó el rostro y fue directo a la yugular. Volvió a su víctima hacia un lado y le succionó la sangre de una sola vez. Luego se apresuró a cerrarle los ojos con dos pálidos dedos y dejó el cadáver al suelo.

—Ha llegado vuestra hora, amables caballeros —dijo el maestro a los bailarines que retrocedían espantados.

Uno de ellos desenvainó su espada.

—¡No seas estúpido! —gritó su compañero—. Estás borracho. No conseguirás...

—No, no lo conseguirás —apostilló el maestro, emitiendo un breve suspiro. Sus labios tenían un color rosa más acentuado que de costumbre, y la sangre que había bebido se exhibía en sus mejillas. Hasta sus ojos poseían un brillo, un fulgor más intenso.

El maestro asió la espada del individuo y con una presión del pulgar la partió en dos, de forma que el bailarín se quedó sosteniendo sólo un fragmento del arma.

—¿Cómo os atrevéis..? —protestó el individuo.

—Yo me pregunto cómo lo ha logrado —le interrumpió el pelirrojo sentado a la mesa—. ¡La ha partido por la mitad! ¿De qué acero está hecha esa espada?

El individuo que seguía devorando la pierna de cordero echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada, tras lo cual siguió limpiando el hueso.

El maestro extendió la mano a través del tiempo y el espacio y agarró al tipo de la espada, cuya yugular aparecía visible e hinchada, y le partió el cuello con un ruido seco.

Los otros tres, al parecer, lo oyeron, es decir, el individuo que devoraba la pierna de cordero, el atemorizado bailarín y el individuo pelirrojo.

El último bailarín fue la próxima víctima de mi maestro. Éste le tomó del rostro como si estuviera enamorado de él y bebió su sangre, sujetándolo del cuello de forma que sólo logré ver la sangre durante unos segundos, un auténtico torrente de sangre que mi maestro cubrió luego con su boca y su cabeza.

Vi cómo la sangre del bailarín comenzaba a circular por las venas de la

mano de mi maestro. Estaba impaciente por verle alzar la cabeza, cosa que no tardó en hacer, tras despachar a su víctima con mayor celeridad que a la anterior. Me miró con expresión soñadora y el rostro arrebolado. Parecía tan humano como cualquiera de los presentes, tan embriagado de su bebida especial como ellos de vino.

Tenía unos rizos rubios pegados a la frente debido al sudor, constituido por unas gotitas de sangre.

La música cesó de repente.

No fue la barahúnda lo que hizo que los músicos dejaran de tocar, sino el aspecto que ofrecía mi maestro, quien dejó caer a su última víctima al suelo como si fuera un saco de huesos.

—Un réquiem —pedí de nuevo—. Sus fantasmas os lo agradecerán, amables caballeros.

—O bien —dijo Marius avanzando hacia los músicos— salid volando de esta habitación.

—Yo prefiero salir volando —murmuró el que tocaba el laúd. Todos dieron media vuelta y corrieron hacia la puerta, pero por más que tiraron del pomo maldiciendo y blasfemando no lograron abrirla.

El maestro retrocedió y recogió las sortijas del suelo junto a la silla que yo había ocupado antes.

—Os vais sin cobrar vuestro jornal, jovencitos —afirmó el maestro.

Los músicos se volvieron gimoteando de terror y contemplaron las sortijas que el maestro les arrojaba. Avergonzados, estúpidos y codiciosos se abalanzaron sobre ellas, pero sólo consiguieron apoderarse de una cada uno.

Acto seguido, la puerta de doble hoja se abrió estrepitosamente y se partió contra los muros.

Los músicos salieron a toda prisa, arrancando unos fragmentos de pintura del marco de la puerta, la cual volvió a cerrarse.

—¡Muy hábil! —exclamó el hombre mayor, que por fin había dejado la pierna de cordero tras dejar el hueso limpio—. ¿Cómo lo habéis hecho, Marius de Romanus? He oído decir que sois un mago muy poderoso. No me explico por qué el Gran Consejo no os acusa de practicar la brujería. Debe de ser porque tenéis mucho dinero, ¿no es así?

Observé a mi maestro. Nunca le había visto tan hermoso como en estos

momentos, rebosante de sangre nueva. Deseé tocarlo, abrazarlo. Me miró con una expresión dulce, ebrio de satisfacción.

Sin embargo, al cabo de unos segundos apartó su seductora mirada de mí y se dirigió hacia la mesa, rodeándola hasta detenerse junto al comensal que había dado buena cuenta de la pierna de cordero.

El hombre de pelo canoso lo miró y luego se volvió hacia su compañero pelirrojo.

—No seas idiota, Martino —le comentó a éste—. Debe de ser perfectamente legal ser un brujo en la región del Véneto siempre y cuando pagues tus impuestos. Os aconsejo que depositéis vuestro dinero en el banco de Martino, Marius de Romanus.

—Ya lo he hecho —respondió Marius de Romanus, mi maestro—, y debo decir que me rinde unos buenos beneficios.

El maestro se sentó entre el muerto y el individuo pelirrojo, que parecía encantado de tenerlo a su lado de nuevo.

—Martino —dijo el maestro—, sigamos charlando sobre la caída de los imperios. ¿Por qué estaba vuestro padre en el bando de los genoveses?

El pelirrojo, entusiasmado con el giro que había tomado la conversación, afirmó con orgullo que su padre había sido el representante de la familia en Constantinopla, y que había muerto debido a las heridas que había recibido el último y fatídico día del asedio.

—Mi padre lo presenció todo —contó el pelirrojo—, vio cómo mataban a las mujeres y los niños. Vio cómo arrancaban a los sacerdotes de los altares de Santa Sofía. Él conoce el secreto.

—¡El secreto! —exclamó el hombre mayor con desdén. Se trasladó al otro extremo de la mesa y, de un manotazo con la mano izquierda, derribó al suelo al muerto que yacía sobre el banco.

—¡Maldito y arrogante cabrón! —protestó el pelirrojo—. ¿No has oído cómo se ha partido el cráneo contra el suelo? No trates a mis invitados de esa forma, te juegas el pellejo.

Yo me acerqué a la mesa.

—Sí, acércate, bonito —dijo el pelirrojo—. Anda, siéntate —añadió, mirándome con sus ojos dorados y relucientes—. Siéntate frente a mí. ¡Válgame Dios! ¡Pobre Francisco! Juraría que oí cómo se partía el cráneo contra las losas.

—Está muerto —repuso el maestro suavemente—. Pero no os

preocupéis, al menos de momento —agregó. Su rostro tenía un color más subido debido a la sangre que había bebido. Toda su piel mostraba un tono rosáceo radiante y uniforme, que realzaba el color rubio pálido de su cabello. En las esquinas de los ojos aparecían unas arruguitas, que sin embargo no mermaban un ápice la lustrosa belleza de los mismos.

—De acuerdo, bien, están muertos —afirmó el pelirrojo, encogiéndose de hombros—. Como os decía, y tomad buena nota de mis palabras porque sé lo que digo, esos sacerdotes tomaron el cáliz sagrado y la sagrada hostia y se refugiaron en un lugar oculto en Santa Sofía. Mi padre lo presenció con sus propios ojos. Yo conozco el secreto.

—Y dale con los ojos —dijo el hombre mayor—. ¡Tu padre debía de ser un pavo real para tener tantos ojos!

—Calla o te corto el cuello —replicó el individuo pelirrojo—. Mira lo que le has hecho a Francisco al arrojarlo al suelo. ¡Válgame Dios! —añadió, santiguándose perezosamente—. Le sale sangre de la cabeza.

El maestro se volvió y, agachándose, recogió unas gotas de sangre con los cinco dedos de la mano. Luego se volvió lentamente hacia mí y hacia el pelirrojo y se chupó un dedo.

—Sí, está muerto —confirmó—. Pero su sangre es cálida y espesa —agregó sonriendo lentamente.

El pelirrojo estaba tan fascinado como un niño en una función de títeres.

Mi maestro extendió los dedos manchados de sangre, con la palma hacia arriba, y sonrió como preguntando: «¿Quieres probarla?»

El individuo pelirrojo asió a Marius por la muñeca y lamió la sangre de su índice y su pulgar.

—Hummm, está muy rica —dijo—. Todos mis compañeros tienen una sangre excelente.

—Ya lo había notado —repuso el maestro.

Yo no podía apartar mis ojos de él, de su rostro que mudaba continuamente de aspecto. Sus mejillas presentaban ahora un color más intenso, o quizá se debía a la curva de sus pómulos cuando sonreía. Sus labios tenían un tono rosa vivo.

—No he terminado, Amadeo —murmuró el maestro—. No he hecho más que empezar.

—¡No está malherido! —insistió el hombre mayor observando a la

víctima que yacía en el suelo. Parecía preocupado. ¿Lo había matado?—. Se ha hecho un corte en la cabeza, eso es todo. ¿No es así?

—Sí, un pequeño corte —respondió Marius—. ¿Qué secreto es ése, querido amigo? —preguntó de espaldas al hombre de pelo canoso, dirigiéndose al pelirrojo con un interés que no había demostrado hasta ahora.

—Sí, sí —tercié yo—. ¿A qué secreto os referís, señor? —pregunté—. ¿Al lugar donde se ocultaron los sacerdotes?

—No, criatura, no seas necio —contestó el pelirrojo, mirándome a través de la mesa.

Era un individuo tan bello como corpulento. ¿Le había amado Bianca? Ella no me lo había dicho.

—El secreto, el secreto —dijo—. Si no creéis en este secreto, es que sois unos descreídos incapaces de creer en nada sagrado.

El pelirrojo alzó su copa, pero estaba vacía. Yo tomé la jarra y se la llené con aquel vino oscuro y aromático. Se me ocurrió probarlo, pero sentí tal repugnancia que desistí.

—No seas remilgado —murmuró mi maestro—. Anda, bebe en memoria de los muertos. Ahí tienes una copa limpia.

—Ah, sí, disculpa —se apresuró a decir el pelirrojo—. No te he ofrecido una copa. ¡Válgame Dios, pensar que te arrojé un mero diamante perfecto para conseguir tu amor! —agregó, tomando una copa de plata labrada y engastada con pequeñas gemas. Entonces reparé en que todas las copas formaban parte de un juego, adornadas con delicadas figurillas labradas y diminutas pero refulgentes piedras preciosas. El pelirrojo depositó la copa ante mí con un golpe contundente. Luego tomó la jarra que yo sostenía, me llenó la copa y me devolvió la jarra de vino.

Temí que iba a ponerme a vomitar en el suelo. Miré al pelirrojo, su dulce rostro y su espléndida cabellera roja. Él sonrió con timidez, mostrando unos dientes pequeños, blancos y perfectos, muy perlados, al tiempo que me observaba arrobado, con una expresión bobalicona, sin decir palabra.

—Anda, bebe —dijo mi maestro—. El tuyo es un camino peligroso, Amadeo, bebe para que el vino te dé fuerzas y sabiduría.

—¿No te estarás burlando de mí, señor? —pregunté sin quitar ojo al pelirrojo aunque me dirigía a Marius.

—Te quiero, Amadeo, como siempre te he querido —repuso mi maestro

—, pero comprende que te hable así, pues la sangre humana me embrutece. Es un hecho ineludible. Sólo en el ayuno hallo una pureza etérea.

—Y me apartáis a cada momento de la penitencia —repliqué—, hacia el goce de los sentidos, del placer.

El individuo pelirrojo y yo nos miramos a los ojos, lo cual no me impidió oír decir a Marius:

—Es una penitencia matar, Amadeo, ése es el problema. Es una penitencia matar sin motivo alguno, no hacerlo «por honor, valor ni decencia», como dice nuestro amigo.

—¡Sí —insistió—, nuestro amigo! —el cual miró a Marius y luego a mí —. ¡Bebe! —ordenó, ofreciéndome la copa.

»Y cuando todo haya terminado, Amadeo —prosiguió el maestro—, recoge esas copas y tráelas a casa como trofeo de mi fracaso y mi derrota, pues son la misma cosa, y una lección que no debes desaprovechar. Pocas veces lo veo todo con tanta nitidez e intensidad como ahora.

El pelirrojo se inclinó hacia delante, coqueteando conmigo descaradamente, y me acercó la copa a los labios.

—Pequeño David, de mayor serás rey, ¿recuerdas? Pero yo te adoro tal como eres ahora, adoro tu tierna juventud, tus lozanas mejillas, y te suplico que me ofrezcas un salmo de tu arpa, sólo uno.

—¿Puedes concederle su último deseo a un moribundo? —murmuró el maestro.

—¡Yo creo que ya está muerto! —soltó el hombre de pelo canoso con voz áspera y estentórea—. Oye, Martino, creo que le he matado; está muerto, sangra como un condenado tomate. ¡Fíjate!

—¡Olvídate del muerto! —replicó Martino, el pelirrojo, sin apartar los ojos de los míos—. ¿Quieres concederle un último deseo a este moribundo, pequeño David? —insistió—. Todos vamos a morir, yo por ti, y te suplico que accedas a morir un poco en mis brazos. Juguemos un rato. Os garantizo que os divertiréis, Marius de Romanus. Yo le montaré y le acariciaré hábil y rítmicamente, y contemplaréis una escultura de carne mortal que se convertirá en una fuente cuando el líquido que yo le introduzca brote de él y se derrame en mi mano.

El pelirrojo cerró la mano como si sostuviera mi miembro, sin apartar la vista de mí. Luego bajó la voz y añadió:

—Soy demasiado blando para crear una escultura. Deja que beba de tu

fuente. Compadécete de un sediento.

Yo le arrebaté la copa de su temblorosa mano y la apuré. De inmediato sentí que mi cuerpo se tensaba. Temí vomitar el vino que acababa de ingerir y traté de reprimir mis náuseas. Miré a mi maestro.

—Es horrible. Odio el vino.

—¡Bobadas! —repuso el maestro sin apenas mover los labios—. ¡Hay belleza en todo cuanto nos rodea!

—Que me aspen si no está muerto —dijo el hombre de pelo canoso, propinando un puntapié al cadáver de Francisco, que yacía en el suelo—. Yo me largo de aquí, Martino.

—Quedaos, señor —le exhortó Marius—. Deseo despedirme de vos con un beso —añadió, aferrando al hombre mayor por la muñeca y precipitándose sobre su yugular. A todo esto, ¿qué debió de parecerle la escenita al pelirrojo, quien se limitó a observar con cara de idiota antes de seguir cortejándome? Luego volvió a llenarme la copa.

En éstas oí un gemido que deduje que había emitido el hombre mayor, ¿o había sido Marius?

Yo estaba petrificado. Cuando el maestro soltara a su víctima y se volviera hacia mí, vería más sangre circulando por sus venas, pero lo que deseaba era volver a verle pálido, mi dios de mármol, mi padre esculpido en piedra en nuestro lecho privado.

El individuo pelirrojo se levantó, se inclinó sobre la mesa y oprimió sus labios húmedos sobre los míos.

—¡Muero por ti, tesoro!

—No, mueres por nada —contestó Marius.

—¡No le mates, maestro! —le supliqué.

Al retroceder, tropecé con el banco y por poco me caigo. El brazo del maestro se interpuso entre ambos y apoyó la mano en el hombro del pelirrojo.

—¿Cuál es el secreto, señor? —pregunté desesperado—. El secreto de Santa Sofía, el que debemos creer.

El hombre pelirrojo me miró aturdido. Sabía que estaba borracho. Sabía que lo que había presenciado no tenía ningún sentido, pero lo achacó a que estaba borracho. Contempló el brazo de Marius extendido a través de su pecho, e incluso se volvió y contempló la mano apoyada en su hombro. Luego miró a Marius, y yo también.

Marius era humano, totalmente humano. No había rastro del dios impermeable e indestructible en él. Sus ojos y su rostro rebosaban sangre. Tenía las mejillas arreboladas como si hubiera disputado una carrera; sus labios eran rojos como la sangre, y cuando se los lamió, vi que su lengua era de color rojo rubí.

Marius sonrió a Martino, el último que quedaba, el único que seguía vivo.

Martino apartó la vista de Marius y me miró. De inmediato su expresión se suavizó y siguió hablando con serenidad.

—En pleno asedio, cuando los turcos irrumpieron en la iglesia, algunos sacerdotes abandonaron el altar de Santa Sofía —contó con tono reverente —. Se llevaron el cáliz y la hostia sagrada, el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, y han permanecido ocultos hasta la fecha en las cámaras secretas de Santa Sofía. En el momento en que conquistemos de nuevo la ciudad, en el momento en que recuperemos la gran iglesia de Santa Sofía, cuando expulsemos a los turcos de nuestra capital, esos sacerdotes regresarán. Saldrán de su escondite, subirán la escalera del altar y reanudarán la misa en el mismo punto donde se vieron obligados a interrumpirla.

—¡Ah! —exclamé, suspirando maravillado—. Es un secreto lo suficientemente importante para salvar la vida de un hombre, ¿no crees, maestro? —pregunté suavemente.

—No —repuso Marius—. Conozco la historia, y ese tipo se ha referido a nuestra Bianca como una ramera.

El pelirrojo se esforzó en seguir nuestra conversación, en comprender el significado.

—¿Una ramera? ¿Bianca? Una redomada asesina, señor, pero no una ramera. Nada tan simple como una ramera. —El pelirrojo observó a Marius como si ese hombre apasionadamente rubicundo le pareciera el colmo de la hermosura. Y lo era.

—¡Ah! Pero vos le enseñasteis el arte de asesinar —dijo Marius casi con ternura. Mientras acariciaba el hombro del pelirrojo con la mano derecha, extendió el brazo izquierdo alrededor de la espalda de Martino hasta que su mano izquierda se unió con la derecha, que estaba apoyada en el hombro de éste. A continuación, inclinó la cabeza y apoyó la frente en la sien de Martino.

—Hummm —exclamó Martino, estremeciéndose—. He bebido

demasiado. Jamás enseñé a Bianca a matar.

—Por supuesto que lo hicisteis, la enseñasteis a asesinar por unas sumas irrisorias.

—¿Qué nos importa eso a nosotros, maestro?

—Mi hijo olvida a veces quién es —repuso Marius sin quitarle ojo a Martino—. Olvida que estoy obligado a mataros en beneficio de nuestra dulce dama, a quien habéis involucrado en vuestros oscuros complots.

—Ella me hizo un servicio —dijo Martino—. ¡Dadme a vuestro chico!

—¿Cómo decís?

—Si queréis matarme, adelante. Pero dadme a vuestro chico. Un beso, señor, es cuanto pido. Un beso, que para mí representa el mundo. Estoy demasiado borracho para hacer otras cosas.

—Os lo suplico, maestro, no lo soporto —dije.

—¿Entonces cómo vas a soportar la eternidad, hijo mío? ¿No sabes que eso es lo que deseo darte? ¡No existe poder en este mundo de Dios capaz de destruirme! —exclamó el maestro, mirándome furioso, pero me pareció más bien un gesto fingido que una emoción auténtica.

—He aprendido la lección —contesté—. Pero detesto verle morir.

—Ah, sí, ya veo que te la has aprendido. Martino, besa a mi hijo si él te lo permite, pero hazlo con suavidad.

Yo me incliné sobre la mesa y deposité un beso en la mejilla del pelirrojo. Él se volvió y atrapó mi boca con la suya, ávida, con un sabor rancio a vino, pero deliciosa y eléctricamente caliente.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Abrí la boca para dejar que él introdujera su lengua. Y con los ojos cerrados, sentí que exploraba mi boca con su lengua, y que apretaba los labios como si de pronto éstos se hubieran convertido en una trampa de acero que me impedía cerrar la boca.

El maestro le aferró por el cuello, interrumpiendo nuestro beso, y yo, llorando, tendí la mano ciegamente para palpar el lugar donde el maestro había clavado sus mortíferos incisivos en el cuello de su víctima. Noté el tacto sedoso de los labios de mi maestro, y sus afilados dientes, y el cuello suave y dúctil de Martino.

Abrí los ojos y me aparté. Mi pobre Martino suspiró y gimió y cerró los labios, reclinándose contra el maestro con los ojos entreabiertos.

De pronto volvió la cabeza lentamente hacia el maestro y con voz ronca y ebria dijo:

—Por Bianca...

—Por Bianca —repetí yo, tapándome la boca con la mano para sofocar mis sollozos.

El maestro se enderezó y alisó con la mano izquierda el pelo húmedo y alborotado de Martino.

—Por Bianca —le susurró al oído.

—Nunca... nunca debí permitir que siguiera viva —fueron las últimas palabras que pronunció Martino. Luego inclinó la cabeza sobre el brazo derecho de mi maestro.

El maestro le besó en la coronilla y le dejó caer sobre la mesa.

—Encantador hasta el último momento —comentó—. Un auténtico poeta capaz de conmoverte hasta las entretelas.

Yo me levanté, aparté el banco y me dirigí al centro de la habitación, donde me eché a llorar desconsoladamente sin tratar de contener mi llanto. Saqué un pañuelo del bolsillo, pero cuando me disponía a secarme las lágrimas, tropecé con el cadáver del jorobado y por poco me caigo de bruces. Espantado, lancé un angustioso, débil e ignominioso alarido.

Me aparté apresuradamente del jorobado y de los cadáveres de sus compañeros y retrocedí hasta topar con el pesado y áspero tapiz; percibí el olor de las fibras y el polvo.

—De modo que esto es lo que querías —dije sollozando con auténtico desconsuelo—. Que me compadeciera de ellos, que llorara por ellos, que luchara por ellos, que te implorara por ellos.

El maestro se hallaba sentado a la mesa, inmóvil, como Jesucristo en la Última Cena, con su pelo repeinado, su rostro reluciente, sus manos enrojecidas cruzadas una sobre la otra, contemplándome con los ojos húmedos y mirada febril.

—¡Llora por ellos, al menos por uno de ellos! —repuso con tono airado —. ¿Acaso es mucho pedir? ¿Que llores la muerte de un hombre entre tantos otros? —Se levantó de la mesa, temblando de furia.

Yo me cubrí el rostro con el pañuelo, sin dejar de sollozar.

—No derramamos una sola lágrima por un pordiosero anónimo acostado en una góndola que le servía de lecho, ¿verdad? Y nuestra hermosa Bianca sufrirá como una perra porque nos hemos comportado como un joven Adonis en su lecho. Y por éstos tampoco lloramos, salvo por el más ruin, porque ha halagado nuestra vanidad, ¿no es cierto?

—Yo le conocía —musité—. En el poco rato que hemos estado aquí, hablé con él, y...

—¡Y hubieras preferido que huyeran de ti como estos zorros anónimos en el bosque! —replicó Marius, señalando los tapices con escenas de cacerías—. Contempla con los ojos de un mortal lo que te muestro.

En éstas las llamas de las velas oscilaron y la habitación se oscureció. Yo grité asustado, pero él se colocó ante mí y me miró con ojos febriles y el rostro arrebolado. Sentí un calor como si exhalara a través de cada poro de su piel un aliento cálido.

—¿Estás satisfecho de lo que me has enseñado, maestro —pregunté tragándome las lágrimas—. ¿Estás contento con lo que he aprendido o no? ¡No pretendas jugar conmigo! ¡No soy un pelele, señor, ni jamás lo seré! ¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué estás enfadado conmigo? —Me estremecí de rabia y de dolor, con los ojos anegados en lágrimas—. Quisiera ser fuerte como tú deseas, pero yo... le conocía.

—¿Por qué? ¿Porque te besó? —Marius se inclinó, me agarró por el pelo con la mano izquierda y me atrajo hacia él.

—¡Marius, por el amor de Dios!

Entonces me besó. Me besó como me había besado Martino. Su boca era tan humana y estaba tan caliente como la del otro. Cuando introdujo su lengua entre mis labios, no sentí sabor a sangre, sino pasión masculina. Su dedo me abrasaba la mejilla.

Al cabo de unos instantes, me separé de él. Él permitió que me apartara.

—Regresa a mí, mi frío y pálido dios —murmuré. Apoyé la cabeza sobre su pecho y oí los latidos de su corazón. Nunca los había oído, nunca había percibido siquiera el pulso en la capilla de piedra de su cuerpo—. Regresa a mí, mi frío y severo maestro. No sé qué quieres de mí.

—Amor mío —repuso él suspirando. A continuación me cubrió de besos como había hecho tantas veces; no el gesto fingido de un hombre apasionado, sino unos besos afectuosos, delicados como pétalos, unos tributos que depositaba sobre mi rostro y cabello—. Mi hermoso Amadeo, hijo mío.

—Ámame, ámame, ámame —musité yo—. Ámame y llévame contigo. Soy tuyo.

Él me abrazó en silencio. Yo me apoyé en su hombro, adormilado.

De pronto penetró una leve ráfaga de aire, pero no agitó los pesados

tapices en los que los caballeros y las damas francesas paseaban por el frondoso bosque rodeados de mastines que ladraban a las aves que no cesaban de cantar.

Por fin el maestro me soltó. Dio media vuelta y se alejó con la espalda encorvada y cabizbajo. Luego, con un gesto indolente, me indicó que le siguiera y salió casi volando de la habitación.

Yo bajé tras él la escalera de piedra que conducía a la calle. Al llegar abajo, traspuse la puerta, que estaba abierta. El gélido viento secó mis lágrimas y se llevó el maléfico calor que reinaba en aquella habitación. Eché a correr junto a los canales, atravesé unos puentes y le seguí hacia la plaza.

No le alcancé hasta llegar al Molo, donde le vi caminando a paso ligero, un hombre alto ataviado con una capa y una capucha rojas. Pasó frente a San Marcos y se dirigió al puerto. Yo corrí tras él. Soplaba del mar un viento áspero y helado que casi me impedía caminar. Pero me sentía doblemente purificado.

—¡No me dejes, maestro! —grité. El viento sofocó mis palabras, pero él me oyó.

Marius se detuvo, como si yo le hubiera obligado. Se volvió y esperó a que yo le alcanzara y luego tomó la mano que le tendí.

—Escucha mi lección, maestro —le rogué—. Juzga mi trabajo. —Me detuve unos instantes para recuperar el resuello y continué—: Te he visto beber de aquellos malvados, condenados en tu fuero interno por unos crímenes atroces. Te he visto deleitarte conforme a las inclinaciones de tu naturaleza. Te he visto beber la sangre que necesitas para sobrevivir. Te rodea un mundo perverso, un yermo lleno de hombres no mejores que las bestias, los cuales te procuran una sangre tan dulce y alimenticia como la sangre de un inocente. Lo he visto con toda nitidez. Eso era lo que tú querías que viera, y lo has conseguido.

Marius me miró impasible, observándome en silencio. La fiebre que le había devorado hacía un rato comenzaba a remitir. Las lejanas antorchas encendidas a lo largo de las arcadas iluminaban su rostro, pálido y duro como de costumbre. Los barcos crujían en el puerto. A lo lejos se oían unos murmullos y unas voces, sin duda de quienes no lograban conciliar el sueño.

Alcé la vista al cielo, temiendo ver la fatídica luz que le obligaría a huir.

—Si bebo la sangre de los malvados y de los que consiga subyugar, ¿me convertiré en un ser como tú, maestro?

Marius denegó con la cabeza.

—Muchos hombres han bebido la sangre de otros, Amadeo —respondió en voz baja pero sosegada. Había recuperado la razón, los modales, su presunta alma—. ¿Deseas permanecer a mi lado y ser mi pupilo, mi amor?

—Sí, maestro, para siempre, o durante tanto tiempo como nos conceda la naturaleza.

—Lo que te he dicho antes no eran palabras huecas. Somos inmortales. Y sólo puede destruirnos un enemigo: el fuego que arde en esa antorcha, o el sol. ¡Qué dulce es pensar en ello!, saber que cuando nos cansemos de este mundo siempre existe el sol.

—Soy tuyo, maestro. —Le abracé con fuerza y traté de derrotarlo a fuerza de besos. Él soportó mis caricias, e incluso sonrió, pero no movió un músculo.

Sin embargo, cuando me separé de Marius y blandí el puño derecho como amenazando con golpearle, lo cual pude haber hecho, curiosamente él comenzó a ceder.

Se volvió y me estrechó entre sus poderosos pero delicados brazos.

—No puedo vivir sin ti, Amadeo —confesó con un hilo de voz, desesperado—. Quería mostrarte el mal, no un pasatiempo. Quería mostrarte el pérfido precio de mi inmortalidad. Y lo he conseguido. Pero al mostrártelo, yo mismo lo he visto, y me escuecen los ojos y me siento dolorido y cansado.

Marius apoyó la cabeza contra la mía y me abrazó con fuerza.

—Haz lo que quieras conmigo, señor —dije—. Hazme sufrir y gozar con ello, si eso es lo que deseas. Estoy dispuesto a todo. Soy tuyo.

Marius me soltó y me besó ceremoniosamente.

—Cuatro noches, hijo mío —contestó, echando a andar. Se besó las yemas de los dedos y depositó un último beso sobre mis labios. Luego se marchó—. Debo cumplir un viejo deber. Cuatro noches. Hasta la vista.

Me quedé solo y aterido de frío, bajo el pálido firmamento matutino, pero sabía que era inútil ir tras él.

Deprimido, eché a caminar por los callejones, atravesando pequeños puentes para sumergirme en el bullicio matutino de la ciudad, aunque no sabía con qué fin.

Me llevé cierta sorpresa al percatarme de que había regresado a la casa de los hombres que Marius había asesinado. Me quedé perplejo cuando comprobé que la puerta seguía abierta, temiendo que apareciera un sirviente, pero no apareció nadie.

Lentamente, el cielo adquirió una pálida blancura que luego dio paso a un azul celeste. La bruma se deslizaba sobre el canal. Atravesé el pequeño puente que conducía a la puerta y subí la escalera de nuevo.

Una luz polvorienta penetraba por los postigos entreabiertos de las ventanas. Hallé sin dificultad la sala de banquetes donde ardían todavía las velas. Un olor rancio a tabaco, cera y comida aderezada con especias impregnaba el ambiente.

Entré en la estancia e inspeccioné los cadáveres que yacían tal como los habíamos dejado, despeinados y con la ropa arrugada, ligeramente amarillentos y presa de las cucarachas y las moscas.

Sólo se oía el zumbido de las moscas.

El vino derramado sobre la mesa se había secado, formando unos charquitos. Los cadáveres no presentaban ninguna señal de una muerte violenta.

Sentí de nuevo un asco que me produjo náuseas y temblores, y respiré hondo para no ponerme a vomitar. Entonces comprendí por qué había regresado a aquel lugar.

En aquella época los hombres lucían una capa corta sobre la chaqueta, a veces sujeta a la misma, como sin duda sabes. Yo necesitaba una de esas capas y la robé, se la arranqué al jorobado que yacía casi de bruces. Era una capa holgada de color amarillo canario ribeteado de zorro blanco y forrada de rica seda. Le hice unos nudos para formar con ella un saco. Luego recorrí la mesa arriba y abajo recogiendo todas las copas, que eché en el saco después de haberlas vaciado.

El saco mostraba unas manchas de vino y grasa por haberlo depositado sobre la mesa.

Cuando hube terminado me enderecé, comprobando que no se me había escapado ninguna copa. Me había hecho con todas. Observé a los hombres asesinados: mi pelirrojo Martino, que parecía dormir plácidamente con el rostro en un charco de vino sobre el suelo de mármol, y Francisco, de cuya cabeza brotaban unas gotas de sangre negruzca.

Las moscas revoloteaban, emitiendo su característico zumbido, sobre la

sangre y las manchas de grasa en torno a los restos del asado de cerdo. En éstas apareció un batallón de pequeñas cucarachas negras, muy frecuentes en Venecia, pues las transporta el agua, que se dirigió hacia la mesa, directamente al rostro de Martino.

A través de la puerta penetraba una luz límpida y cálida. Había amanecido. Tras echar una última ojeada para que los detalles de aquella escena quedaran grabados para siempre en mi mente, me fui a casa.

Entregué a la sirvienta el voluminoso saco que contenía las copas de plata, y ella, semidormida pues acababa de llegar, lo tomó sin hacer ningún comentario.

De pronto me acometió una sensación de angustia, de náuseas, de que iba a estallar. Me pareció que mi cuerpo era demasiado pequeño, demasiado imperfecto para contener todo lo que sabía y sentía. La cabeza me dolía. Deseaba tumbarme y descansar, pero antes tenía que ver a Riccardo. Tenía que hablar con él y con los aprendices veteranos.

Atravesé la casa hasta que me los encontré, reunidos para recibir una lección del joven abogado que se trasladaba de Padua una o dos veces al mes para instruirnos en derecho. Al verme en la puerta, Riccardo me indicó que guardara silencio. El profesor estaba hablando.

Yo no tenía nada que decir. Me apoyé en el quicio de la puerta y observé a mis amigos. Los amaba. Sí, los amaba. Hubiera sacrificado mi vida por ellos. Lo sabía con toda certeza. Con una inmensa sensación de alivio, rompí a llorar.

Cuando me disponía a marcharme, Riccardo se acercó a mí.

—¿Qué pasa, Amadeo? —preguntó

Mi tormento me hacía delirar. Vi de nuevo la carnicería perpetrada por Marius durante el banquete. Me volví hacia Riccardo y le abracé, reconfortado por su suavidad y su calor humano comparado con el maestro. Luego le dije que estaba dispuesto a morir por él, por cualquiera de ellos y también por el maestro.

—Pero ¿por qué, a qué viene esto, por qué me dices esto ahora? —preguntó.

Yo no podía explicarle lo de la carnicería. No podía confesarle la frialdad con que yo había presenciado los asesinatos de aquellos hombres.

Entré en el dormitorio de mi maestro, me tumbé en el lecho y traté de dormir.

Hacia media tarde, cuando me desperté y vi que alguien había cerrado la puerta para que nada turbara mi sueño, me levanté y me acerqué al escritorio del maestro. Comprobé con asombro que su libro estaba ahí, el diario que siempre ocultaba cuando se ausentaba del palacio.

Por supuesto, no podía girar las páginas, pero estaba abierto, y al leer la página escrita en latín, me pareció un latín extraño, que me costaba comprender, pero el significado de las últimas palabras era inconfundible:

> ¿Cómo es posible que tanta belleza oculte un corazón duro y lacerado? ¿Por qué le amo, por qué me apoyo, cansado, en su irresistible e indómita fortaleza? ¿Acaso no es el espíritu marchito y fúnebre de un hombre muerto vestido con la ropa de un niño?

Experimenté un extraño cosquilleo en el cuero cabelludo y los brazos.

¿Es eso lo que yo era? ¿Un corazón duro y lacerado? ¿El espíritu marchito y fúnebre de un hombre muerto vestido con la ropa de un niño? No podía negarlo; no podía protestar que era mentira. Pero me pareció una descripción cínica y cruel; no, cruel no, simplemente brutal y exacta. ¿Qué derecho tenía yo a esperar misericordia?

Rompí a llorar.

Me tendí en nuestro lecho, como tenía por costumbre, y atusé los mullidos almohadones para formar un nido donde apoyar el brazo izquierdo y la cabeza.

Cuatro noches. ¿Cómo iba a soportarlo? ¿Qué quería él de mí? ¿Que analizara todo cuanto conocía y amaba y renunciara a ello como joven mortal? Sí, eso es lo que me ordenaría que hiciera, y eso es lo que yo debía hacer.

La providencia me concedía sólo unas pocas horas.

Me despertó Riccardo, agitando una nota sellada ante mis ojos.

—¿Quién la envía? —le pregunté adormilado. Me incorporé, introduje el pulgar debajo del papel doblado y rompí el sello de cera.

—Léela y dime lo que dice. Han venido a entregarla cuatro hombres, nada menos que cuatro hombres. Debe tratarse de algo muy importante.

—Sí —dije abriendo la nota—, pero no pongas esa cara de terror.

Riccardo me observó en silencio con los brazos cruzados.

La nota decía lo siguiente:

Tesoro mío:

No salgas de casa bajo ningún concepto y no franquees la entrada a nadie. Tu malvado lord inglés, el conde de Harlech, ha averiguado tu identidad mediante las más innobles indagaciones, y en su locura ha jurado llevarte con él a Inglaterra o dejarte a pedacitos a la puerta de tu maestro. Confiésaselo todo a Marius. Sólo su poder puede salvarte. Y escríbeme unas letras para que no enloquezca pensando en ti y en los siniestros relatos que circulan esta mañana por todos los canales y plazas de la ciudad.

Tu amiga que te adora,

Bianca.

—¡Maldita sea! —exclamé doblando la nota—. Marius se ausenta durante cuatro noches y ahora recibo esto. No puedo permanecer oculto durante cuatro noches precisamente en estos momentos.

—Será mejor que le hagas caso.

—Entonces ¿conoces la historia?

—Me la ha contado Bianca. El inglés, después de seguirte hasta casa de Bianca y oír de sus propios labios que estabas allí, estaba dispuesto a destrozar su casa y lo habría conseguido de no habérselo impedido los convidados de la hermosa damisela.

—¡Por todos los santos! ¿Por qué no acabaron con él? —repuse furibundo.

Riccardo me miró preocupado, compadeciéndose de mí.

—Creo que cuentan con que lo haga el maestro —dijo—, puesto que eres tú a quien desea ese hombre. ¿Cómo sabes que el maestro se ausentará durante cuatro noches? ¿Acaso te lo dijo él? Va y viene a su antojo sin decir nunca una palabra a nadie.

—No discutas —repliqué irritado—. Te aseguro que no regresará a casa hasta dentro de cuatro noches, Riccardo, pero no me quedaré encerrado en casa mientras lord Harlech organiza esos escándalos.

—¡Debes quedarte aquí! —insistió Riccardo—. Amadeo, ese inglés es un consumado espadachín. Practica con un maestro de esgrima. Es el terror de

las tabernas. Tú ya lo sabías cuando te fuiste con él. Recapacita. Ese tipo tiene fama de canalla y pendenciero.

—Entonces acompáñame. Mientras tú le distraes, le mataré.

—No, manejas bien la espada, lo reconozco, pero no puedes matar a un hombre que practica la esgrima desde antes que tú nacieras.

Me recliné sobre los almohadones y reflexioné. ¿Qué podía hacer? Ardía en deseos de salir y ver mundo, contemplar todo cuanto ofrecía imbuido de la dramática sensación de que sólo me quedaban unos pocos días entre los vivos. ¡Y ahora recibía este golpe! El hombre con el que había retozado y gozado durante unas cuantas noches no se recataba en proclamar su cólera hacia mí.

Era un trago amargo, pero debía quedarme en casa. No había vuelta de hoja. Deseaba matar a ese hombre, liquidarlo con mi cuchillo y espada, y creía tener bastantes probabilidades de lograrlo. Pero ¿qué era esa insignificante aventura comparada con lo que se me vendría encima cuando regresara el maestro?

—De acuerdo. ¿Está Bianca a salvo de ese hombre? —pregunté a Riccardo.

—Descuida. Tiene más admiradores de los que caben en su casa, y los ha arengado contra ese amiguito tuyo. Escríbele una nota, demostrando tu gratitud y tu sentido común, y júrame que no te moverás de aquí.

Me levanté, me dirigí al escritorio del maestro y agarré la pluma. Sin embargo, cuando me disponía a escribir la nota, oí un tumulto seguido de una serie de agudos e irritantes chillidos que reverberaron a través de las estancias de piedra de la casa. Oí unos pasos apresurados. Alarmado, Riccardo se llevó la mano a la espada.

Yo también eché mano de mis armas, desenvainando al mismo tiempo mi florete y mi daga.

—¡Por todos los cielos! ¡No me digas que ese hombre ha entrado en casa!

Un angustioso grito ahogó los otros chillidos.

Giuseppe, el más joven de nosotros, apareció en la puerta. Tenía el rostro pálido y luminoso y los ojos grandes redondos.

—¿Qué diablos ocurre? —inquirió Riccardo, asiéndolo por los hombros.

—¡Le han apuñalado! —exclamé—. ¡Está sangrando!

—Amadeo, Amadeo. —La voz sonó potente y clara por la escalera de

piedra. Era la voz del inglés.

El desdichado Giuseppe se retorcía de dolor. Le habían asestado una cruel puñalada en el vientre.

Riccardo estaba fuera de sí.

—¡Cierra las puertas! —gritó.

—No puedo —protesté—. Temo que los otros chicos se topen con ese salvaje.

Salí corriendo, atravesé el gran salón y entré en el vestíbulo de la casa.

Otro chico, Jacope, yacía en el suelo, tratando de incorporarse de rodillas. Sobre las losas corría un chorro de sangre.

—¡Qué injusticia, qué salvajada asesinar a estos pobres inocentes! —grité—. ¡Sal de tu escondite, Harlech! ¡Vas a morir!

En aquellos instantes Riccardo lanzó un grito de dolor. El chico había muerto.

Eché a correr hacia la escalera.

—¡Aquí estoy, Harlech! —bramé—. ¡Cerdo cobarde, asesino de niños! Tengo preparada una piedra para atártela al cuello.

—Está ahí —murmuró Riccardo indicándome que me volviera—. Voy contigo —añadió, desenvainando su espada en un santiamén. Manejaba la espada con más destreza que yo, pero esta pelea era mía.

El inglés se hallaba en el otro extremo del vestíbulo. Confiaba en que estuviera borracho, pero no tuve esa suerte. De inmediato comprendí que todo sueño que pudiera haber albergado de llevarme con él a Inglaterra se había desvanecido; había asesinado a dos muchachos, y sabía que su lujuria le había llevado a una situación desesperada. No era un enemigo disminuido por amor.

—¡Que Dios nos ampare! —murmuró Riccardo.

—¡Harlech! —grité—. ¡Cómo te atreves a irrumpir en casa de mi maestro!

Me aparté de Riccardo para que ambos tuviéramos suficiente espacio para maniobrar e indiqué a Riccardo, que se hallaba junto a la escalera, que se adelantara. Sopesé mi florete, que era excesivamente ligero, lamentando no haber practicado más con él.

El inglés avanzó hacia mí; su airosa capa oscilaba al ritmo de sus movimientos. Era más alto de lo que yo recordaba y tenía los brazos largos, lo cual suponía una gran ventaja para él. Calzaba unas botas recias, en una

mano sostenía su florete y en la otra, su larga daga italiana. Al menos, no esgrimía una espada pesada y contundente.

Aunque parecía un enano comparado con las inmensas dimensiones de la estancia, el conde era un hombre de gran estatura que ostentaba la típica cabellera encrespada y cobriza de los ingleses. Sus ojos azules estaban inyectados en sangre, pero se movía con paso firme, y su mirada era la de un asesino. Por su rostro rodaban unas lágrimas amargas.

—Amadeo —dijo, avanzando hacia mí. Su voz resonó por la espaciosa habitación—. ¡Me arrancaste el corazón del pecho cuando aún estaba vivo y respiraba, y te lo llevaste! ¡Esta noche nos reuniremos en el infierno!

OceanofPDF.com

6

El vestíbulo, una estancia alargada y de techo elevado, era un lugar perfecto para morir. No contenía nada que pudiera dañar su maravilloso suelo de mosaico con sus círculos de piedras de mármol de colores y su alegre dibujo de guirnaldas de flores y diminutas aves salvajes.

Disponíamos de todo el espacio para pelear, sin una sola silla que entorpeciera nuestros movimientos y nos impidiera matarnos.

Avancé hacia el inglés antes de poder darme cuenta de que aún no manejaba la espada con soltura, de que nunca había mostrado grandes aptitudes como espadachín y de que no tenía ni remota idea de lo que mi maestro habría deseado que hiciera en aquel momento, mejor dicho, qué me habría aconsejado de haber estado él allí.

A punto estuve de alcanzar a lord Harlech con mi espada en varias ocasiones, pero él se zafó con tal habilidad que comencé a desmoralizarme.

En el preciso instante en que me detuvo para recobrar el resuello, pensando incluso en salir a escape, él me atacó con su daga y me hirió en el brazo izquierdo. La herida me escocía, lo cual me enfureció.

Me precipité de nuevo sobre él y esta vez tuve la suerte de herirle en el cuello. Fue un mero rasguño, pero la sangre le empapó la camisa y el inglés se mostró tan furioso como yo de haber resultado herido.

—¡Eres un maldito y repugnante diablo! —gritó—. ¡Hiciste que te adorara para poder despedazarme a tu antojo! ¡Prometiste que regresarías junto a mí!

El inglés no cesó en sus andanadas verbales durante toda la pelea. Quizá las necesitaba a modo de estímulo, como un tambor de guerra o el sonido de unas gaitas.

—¡Vamos, acércate ángel de las tinieblas, que te arrancaré las alas! —bramó.

Harlech me obligó a retroceder en varias ocasiones con sus hábiles arremetidas. Tropecé, perdí el equilibrio y caí al suelo, pero logré

levantarme, apuntándole con el florete a la entrepierna, lo cual le hizo retroceder espantado. Yo le perseguí, convencido de que no merecía la pena prolongar el duelo.

Él esquivó mis estocadas, se rio de mí y me hirió con el cuchillo, esta vez en la cara.

—¡Cerdo! —le espeté sin poder contenerme. No me había percatado de mi propia vanidad. Me había herido, me había producido un corte en el rostro. Noté que sangraba copiosamente, como suelen sangrar las heridas en el rostro. Me lancé de nuevo al ataque, prescindiendo de todas las normas de la esgrima, agitando enloquecido el florete y describiendo unos círculos en el aire. Mientras Harlech trataba de esquivar mis estocadas a diestro y siniestro, yo le hundí la daga en el vientre, produciéndole una herida vertical hasta el cinturón de cuero incrustado con adornos de oro.

El inglés se precipitó sobre mí, tratando de liquidarme con sus dos armas, obligándome a retroceder. Pero de pronto las soltó, se agarró el vientre y cayó al suelo de rodillas.

—¡Rematalo! —gritó Riccardo. Dio un paso atrás, como habría hecho cualquier hombre de honor—. Acaba con él, Amadeo, o lo haré yo. Piensa en las atrocidades que ha cometido bajo este techo.

Yo alcé mi espada.

De pronto Harlech agarró la suya con una mano ensangrentada y la blandió furioso, pese a que la herida le hacía gemir y retorcerse de dolor. Acto seguido, se levantó y trató de atacarme. Yo me aparté de un salto y él cayó de nuevo de rodillas. Soltó la espada y volvió a agarrarse el vientre. No murió, pero no podía seguir luchando.

—¡Dios! —exclamó Riccardo. Empuñó su cuchillo, pero no era capaz de rematar a aquel hombre desarmado postrado en el suelo.

El inglés cayó de costado, con las rodillas encogidas. Apoyó la cabeza en el suelo de piedra, boqueando y con el rostro contraído en un rictus de dolor. Sabía que estaba herido de muerte.

Riccardo se acercó y apoyó la punta de su espada en la mejilla de lord Harlech.

—Está agonizando, déjalo morir —dije. Pero el inglés seguía respirando.

Yo deseaba matarlo, pero era imposible matar a un hombre que yace en el suelo plácidamente, haciendo gala de un increíble valor.

Sus ojos adquirieron una expresión sabia, poética.

—Esto es el fin —anunció, con una voz tan débil que supuse que Riccardo no lo oyó.

—Sí, se acabó —repuse—, compórtate con nobleza hasta el fin.

—¡Pero, Amadeo, ha matado a los dos aprendices! —protestó Riccardo.

—¡Toma tu daga, Harlech! —le ordené, acercándole el arma de un puntapié—. ¡Tómala, Harlech! —repetí. La sangre se deslizaba sobre mi rostro y cuello, caliente y viscosa. No podía soportarlo. Deseaba enjugarme las heridas en lugar de preocuparme por esa sabandija.

El inglés se tumbó de espaldas. De la boca y la herida en el vientre manaban sendos chorros de sangre. Tenía el rostro húmedo y reluciente, y respiraba con dificultad. Ofrecía un aspecto tan joven como cuando me había amenazado, un niño grande con una espesa mata de rizos pelirrojos.

—Piensa en mí cuando empieces a sudar, Amadeo —dijo el inglés con voz ronca, casi inaudible—. Piensa en mí cuando comprendas que tu vida ha llegado a su fin.

—Remátalo de una vez —murmuró Riccardo—. Puede tardar dos días en morir.

—Tú no dispondrás de dos días —respondió lord Harlech, jadeando—, gracias a las heridas que te he causado con la hoja envenenada de mi espada. ¿No lo notas en los ojos? ¿No te escuecen, Amadeo? El veneno se ha introducido en tu sangre, y te atacará primero en los ojos. ¿No estás mareado?

—¡Canalla! —gritó Riccardo, clavándole el puñal en el pecho una, dos y hasta tres veces. Lord Harlech hizo una mueca de dolor. Pestañeó ligeramente y de su boca brotó un último chorro de sangre. Estaba muerto.

—¿Veneno? —murmuré—. ¿Su espada estaba envenenada? —Instintivamente me palpé la herida del brazo. Pero era en el rostro donde me había producido un corte profundo—. No toques su espada ni su cuchillo. ¡Están envenenados!

—El inglés mentía —me tranquilizó Riccardo—. Ven, no perdamos tiempo. Deja que te lave.

Ricardo me agarró del brazo, pero yo me resistía a salir del vestíbulo.

—¿Qué vamos a hacer con él, Riccardo? ¿Qué podemos hacer? Estamos solos, el maestro no regresará hasta dentro de unos días. En esta casa hay tres cadáveres, o quizá más.

En éstas, oí unos pasos a ambos extremos del vestíbulo. Al cabo de unos

momentos aparecieron los pequeños aprendices, quienes habían permanecido ocultos. Iban acompañados por un tutor, quien supuse que había permanecido con ellos durante mi pelea con el inglés.

Confieso que al verlos experimenté unos sentimientos ambivalentes, pero esos jóvenes eran pupilos de Marius, y el tutor iba desarmado, estaba indefenso. Los chicos mayores habían salido, como solían hacer por las mañanas. O eso creí.

—Vamos, debemos trasladarlos a todos a un lugar seguro —dije—. No toquéis esas armas —añadí, indicando a los pequeños aprendices que me siguieran—. Instalaremos al inglés en el mejor dormitorio. Y a los chicos también.

Los pequeños me siguieron tal como les había ordenado, algunos de ellos llorando de miedo.

—¡Échanos una mano! —ordené al tutor—. Ojo con esas armas, están envenenadas. —El hombre me miró desconcertado—. No te miento. Están envenenadas.

—¡Pero si estás sangrando, Amadeo! —gritó el tutor aterrorizado—. ¿A qué armas envenenadas te refieres? ¡Que Dios nos ampare!

—¡Basta! —le espeté.

No soportaba esa situación. Cuando Riccardo se hizo cargo de trasladar a los niños y el cadáver del inglés, entré apresuradamente en la alcoba del maestro para curar mis heridas.

Con las prisas, vertí toda la jarra de agua en la palangana y tomé una toalla para restañar la sangre que se deslizaba por el cuello y me empapaba la camisa. «¡Qué porquería!», exclamé. La cabeza me daba vueltas y por poco me caigo redondo. Me sujeté en el borde de la mesa y me dije que era un idiota por creer las mentiras de lord Harlech. Riccardo tenía razón. El inglés se había inventado lo del veneno. ¡Cómo iba a untar de veneno la hoja de la espada!

Sin embargo, mientras trataba de convencerme, observé por primera vez un rasguño en el dorso de la mano que deduje que el inglés me había hecho con su daga. Tenía la mano hinchada como si me hubiera picado un insecto venenoso.

Me palpé el rostro y el brazo. También estaban hinchados; alrededor de las heridas se habían formado unas ampollas. Volví a sentirme mareado. El

sudor me chorreaba por la cara y los brazos y caía en la palangana, que estaba llena de un agua sanguinolenta que parecía vino.

—¡Dios, esto es obra del diablo! —grité. Al volverme, la habitación empezó a dar vueltas y a flotar. Apenas me sostenía en pie.

Alguien me sujetó para evitar que cayera al suelo. No me fijé en quién era. Traté de pronunciar el nombre de Riccardo, pero tenía la lengua hinchada y no pude articular palabra.

Los sonidos y los colores se confundían en un amasijo ardiente que me producía vértigo. De golpe vi sobre mi cabeza, con pasmosa claridad, el dosel del lecho del maestro. Riccardo estaba junto a mí.

Me dijo algo con insistencia, atropelladamente, pero no le entendí. Hablaba en una lengua extranjera, una lengua dulce y melodiosa, pero no comprendí una palabra.

—Tengo calor —dije—. Estoy ardiendo; me ahogo de calor. Necesito agua. Méteme en la bañera del maestro.

Riccardo no me hizo caso, sino que siguió hablando en esa lengua extraña, como si me implorara algo. Sentí su mano en mi frente; estaba tan caliente que me abrasó. Le rogué que no me tocara, pero no me oyó, y yo tampoco. Por más que me esforzara en hablar, tenía la lengua hinchada y pastosa y no lograba articular ningún sonido. «¡Te envenenarás!», deseaba decirle, pero no pude.

Cerré los ojos y me sumí en un beatífico sueño. Vi un vasto y refulgente mar, las aguas que bañaban la isla del Lido, onduladas y muy bellas bajo el sol del mediodía. Floté en ese mar, quizá sobre un pequeño tronco, o sobre mi espalda. No sentí el agua, pero tuve la impresión de que nada se interponía entre mi cuerpo y las grandes y perezosas olas sobre las que me mecía lentamente. A lo lejos distinguí el resplandor de una ciudad. Al principio creí que era Torcello, o quizá Venecia, y que me había girado y flotaba hacia la costa. Pero entonces observé que era mucho mayor que Venecia, con unas gigantescas y afiladas torres en las que se reflejaban el sol, como si toda la ciudad fuera de cristal. Era un espectáculo increíble.

—¿Me dirijo allí? —pregunté.

Entonces tuve la sensación de que las olas me cubrían, no como si me ahogara, sino como si el mar fuera un sereno y pesado manto de luz. Abrí los ojos. Contemplé el tafetán rojo del dosel. Vi el fleco dorado de las

cortinas de terciopelo del lecho, y vi a Bianca Solderini de pie junto a mí, sosteniendo una toalla en la mano.

—Esas armas no tenían el suficiente veneno para matarte, sólo para que te pusieras enfermo. Escúchame, Amadeo, debes respirar hondo, con fuerza, y tratar de superar esta enfermedad. Pide al aire que te dé fuerzas, confía en que te pondrás bien. Así, respira profunda y lentamente, muy bien; estás eliminando el veneno a través del sudor; no temas, ese veneno no es lo suficientemente poderoso para matarte.

—El maestro averiguará lo ocurrido —aseguró Riccardo. Parecía agotado y deprimido; le temblaban los labios y tenía los ojos llenos de lágrimas. Una señal de mal agüero, sin duda—. El maestro no tardará en averiguarlo. Él lo sabe todo. En cuanto se entere, suspenderá su viaje y regresará a casa.

—Lávale la cara —dijo Bianca con voz serena—. Lávale la cara y guarda silencio. —Qué mujer tan valiente.

Yo moví la lengua, pero no pude articular palabra. Deseaba pedirles que me comunicaran cuándo hubiera anochecido, pues entonces existía la posibilidad de que regresara el maestro, pero no antes de que se pusiera el sol.

Volví la cabeza. La toalla me abrasaba la piel.

—Suavemente, con calma —indicó Bianca—. Eso es, respira hondo y no temas.

Permanecí tendido en el lecho largo rato, semiconsciente, agradecido de que no hablaran en voz alta. No me molestaba que me lavaran, pero sudaba copiosamente y perdí toda esperanza de que lograran bajarme la fiebre.

No cesaba de revolverme en el lecho y, en una ocasión, traté de incorporarme, pero sentí náuseas y vomité. Bianca y Riccardo me obligaron a tenderme de nuevo.

—Aprieta mis manos —me pidió Bianca. Sentí sus dedos oprimir los míos, pequeños y calientes, calientes como todo lo demás, como el infierno, pero yo estaba demasiado enfermo para pensar en el infierno o en cualquier otra cosa que no fuera vomitar hasta arrojar los intestinos en una palangana y sentir el aire fresco sobre mi piel. ¡Abrid las ventanas, aunque estemos en invierno! ¡Abridlas!

Me daba rabia pensar que podía morir, de que todo acabaría así, estúpidamente. Lo que más me importaba era ponerme bien, pero no me

obsesionaba pensando en qué sería de mi alma ni si pasaría a un mundo mejor.

De golpe todo cambió. Sentí que me elevaba, como si alguien tirara de mí a través del tafetán rojo del dosel y a través del techo de la habitación. Cuando miré hacia abajo, comprobé asombrado que yacía en el lecho. Me vi como si no hubiera un dosel que me impidiera verme a mí mismo.

Era más hermoso de lo que jamás pude haber imaginado. Lo digo de forma desapasionada; no me regodeé en mi belleza. Tan sólo pensé: «Qué muchacho tan hermoso. Dios le ha bendecido con los atributos de la belleza. Fíjate en sus manos largas y delicadas, apoyadas en la colcha, y el color castaño rojizo de su cabello». Ese muchacho era yo, pero no lo sabía ni pensé en el impacto que causaba mi belleza sobre quienes me contemplaban mientras transitaba por la vida. No creía en los halagos que me dedicaban. Su pasión tan sólo me inspiraba desprecio. Hasta el maestro me parecía un ser débil y caprichoso por sentirse cautivado por mí. No obstante, en cierto modo comprendí por qué las personas que me rodeaban habían perdido el juicio. Ese muchacho que yacía moribundo, ese muchacho que era la causa del desconsuelo que se había apoderado de cuantos estaban presentes en aquella suntuosa alcoba, era la imagen de la pureza y la juventud y la vida.

Lo que me pareció ilógico fue el histerismo que reinaba en la habitación. ¿Por qué lloraban todos? Vi a un sacerdote en el umbral, un sacerdote que yo conocía porque decía misa en una iglesia cercana. Los aprendices discutían con él y se negaban a dejarle pasar para que yo no me sobresaltara al verle. Toda aquella agitación me pareció absurda. Riccardo no tenía por qué estrujarse las manos de esa forma; Bianca no tenía por qué afanarse en aplicarme una toalla húmeda sobre el rostro e infundirme ánimos con palabras tan tiernas como desesperadas.

«Pobre criatura —pensé—. Habrías sentido más compasión hacia los demás de haber sabido lo bello que eras, y te habrías sentido más fuerte y más capaz de conseguir algo por tus propios méritos. Pero te dedicaste a jugar y manipular a la gente que te rodeaba, porque no tenías fe en ti mismo ni un sentido de tu propia identidad».

Aquello había sido evidentemente un error. En cualquier caso, me disponía a abandonar este lugar. La fuerza que me había sacado del cuerpo

de aquel bello joven que yacía en el lecho me arrastraba hacia arriba, hacia un túnel formado por un viento escandaloso y feroz.

El viento soplaba a mi alrededor, envolviéndome con fuerza dentro de ese túnel. Vi a otros seres en él que me contemplaban, estremeciéndose bajo el viento incesante y furioso; vi sus ojos clavados en mí; vi sus bocas abiertas en un gesto de protesta o de dolor. Seguí ascendiendo a través del túnel. No tenía miedo, sólo una sensación de fatalidad, de impotencia.

«Ése fue tu error cuando eras un muchacho en la Tierra —pensé—. Pero es inútil pensar en ello». En el preciso instante en que llegué a esa conclusión, alcancé el extremo del túnel. Éste se disolvió, depositándome en la orilla de aquel maravilloso y refulgente mar.

No estaba mojado, pero me dirigí a las olas y dije en voz alta:

—¡Aquí estoy! ¡He llegado a tierra! ¡Mirad esas torres de cristal!

Al alzar los ojos, vi que la ciudad se hallaba a lo lejos, más allá de unas frondosas colinas, y que un camino conducía a ella; a ambos lados del camino crecían unas flores de indescriptible belleza. Jamás había contemplado tal variedad de formas y pétalos, ni un colorido semejante. En el canon artístico no existían nombres para aquellos colores. Me resultaba imposible describirlos mediante los escasos y pobres calificativos que conocía.

«Cómo se habrían asombrado los pintores venecianos al contemplar estos colores —me dije—, cómo habrían transformado nuestro trabajo si hubiéramos logrado descubrir la fuente de estos matices y la hubiéramos convertido en pigmento para mezclarlo con nuestros óleos, confiriendo un esplendor inédito a nuestros cuadros». Sin embargo, eran unas reflexiones absurdas. Aquí sobraba la pintura. Este universo contenía todo el esplendor que pudiéramos obtener con nuestra paleta. Lo vi en las flores, en la hierba de distantes formas y tonalidades. Lo vi en el infinito cielo que se extendía sobre mí y detrás de la lejana ciudad, resplandeciente y mostrando esta gran armonía de colores que se combinaban y brillaban como si las torres de esta ciudad estuvieran construidas con una milagrosa y pujante energía en lugar de una materia o masa inerte o terrenal.

Experimenté una profunda gratitud, a la que se rindió todo mi ser.

—¡Ahora lo comprendo, Señor! —exclamé en voz alta—. Lo veo y lo comprendo.

En aquel momento comprendí con toda claridad las consecuencias de

esta variada y creciente belleza, este mundo pulsante, radiante, preñado de un significado que indicaba que todo tenía respuesta, todo se resolvía. Musité la palabra «sí» una y otra vez. Asentí con la cabeza, según creo recordar; me parecía expresar lo que sentía con palabras.

Una gran fuerza emanaba de esa belleza. Me rodeaba como el aire, la brisa, el agua, pero no era ninguna de esas cosas. Era algo mucho más singular y persistente, y aunque me atrapaba con su increíble fuerza era invisible, no ejercía presión, carecía de una forma palpable. Esa fuerza era amor. «¡Ah, sí! —pensé—. Es el total, y en su totalidad crea todo cuanto tiene importancia, pues cada desengaño, cada herida, cada torpeza, cada abrazo, cada beso no son sino el preludio de esta aceptación sublime y esta bondad; los pasos errados que he dado me han enseñado mis deficiencias, y las cosas buenas, los abrazos, me han permitido vislumbrar el significado del amor».

Este amor otorgaba significado a toda mi vida, sin excepción, y cuando comprendí asombrado esta realidad, aceptándola por completo, sin angustia y sin vacilar, comenzó un proceso milagroso. Toda mi vida se me apareció en forma de todos aquellos seres que yo había conocido.

Vi mi vida desde los primeros momentos hasta el instante que me había traído hasta aquí. No era una vida excepcional; no contenía un gran secreto, un hecho insólito o crucial que hubiera modificado mi personalidad. Por el contrario, consistía en una serie común y corriente de pequeños hechos, los cuales implicaban a todas las personas que yo había conocido; vi las heridas que yo había causado, las palabras de consuelo que había pronunciado, y vi el resultado de las cosas más insignificantes que yo había hecho. Vi la sala de banquetes de los florentinos y, de nuevo, la espantosa soledad que les había conducido a la muerte. Vi el aislamiento y la congoja de sus almas mientras pugnaban por seguir vivos.

Sin embargo, no logré ver el rostro de mi maestro. No lo reconocí. No alcancé a ver su alma. No vi lo que mi amor significaba para él, ni lo que su amor significaba para mí. Pero no tenía importancia. De hecho, esto no lo comprendí hasta más tarde, cuando traté de analizar aquel acontecimiento. Lo importante fue que en aquellos momentos comprendí lo que significa amar a otros y amar la vida. Comprendí el significado de los cuadros que había pintado, no las escenas vibrantes de color rojo rubí de Venecia, sino los cuadros que había pintado según el antiguo estilo bizantino, los cuales

habían surgido de forma espontánea y perfecta de mis pinceles. Comprendí que había pintado cosas prodigiosas, y vi el influjo que había tenido mi obra... Me sentí inundado por un torrente de información. Era tan abundante, y tan fácil de comprender, que experimenté una liviana y exquisita alegría.

El conocimiento equivalía al amor y la belleza; en aquellos instantes comprendí, con un gozo triunfal, que todo ello (el conocimiento, el amor, la belleza) constituían una misma cosa.

«Sí, es muy sencillo —me dije—. ¡Cómo no me había dado cuenta!»

Si yo hubiera sido un cuerpo dotado de ojos, habría llorado, pero habrían sido unas lágrimas dulces. Mi alma había vencido sobre aspectos nimios y enojosos. Me quedé inmóvil, y el conocimiento, los hechos, los cientos de pequeños detalles semejantes a gotitas transparentes de un líquido mágico que penetraba en mí y circulaba a través mío, llenándome y desvaneciéndose para dar paso a otro torrente de verdad, se disipó de improviso.

A lo lejos, frente a mí, se alzaba la ciudad de cristal, y más allá un cielo azul celeste como el cielo al mediodía, sólo que ahora estaba tachonado de estrellas.

Me dirigí hacia la ciudad. Emprendí el camino con tal ímpetu y convicción que tuvieron que sujetarme tres personas. Me detuve, estupefacto. Conocía a esos hombres. Eran unos sacerdotes, unos viejos sacerdotes de mi tierra, que habían muerto mucho antes de que yo tuviera esa revelación; los vi con toda nitidez, e incluso recordé sus nombres y cómo habían muerto. Eran unos santos de mi ciudad, y del gran edificio de catacumbas donde yo había habitado.

—¿Por qué me sujetáis? —pregunté—. ¿Dónde está mi padre? Está aquí, ¿no es cierto?

No bien hube formulado esta pregunta cuando vi a mi padre. Presentaba el mismo aspecto que de costumbre. Era un hombre alto y corpulento, vestido con las prendas de cuero de un cazador, con una espesa barba canosa y el pelo largo y castaño como el mío. Tenía las mejillas arreboladas debido al viento frío, y el labio inferior, visible entre su espeso bigote y su barba entrecana, tenía un color rosáceo y estaba húmedo. Tenía los ojos de color azul porcelana como los míos. Mi padre me saludó con un gesto vigoroso con la mano, sonriendo alegremente, como solía hacer. Al parecer,

se disponía a partir hacia los pastizales, pese a que todo el mundo le había advertido que no lo hiciera, que no fuera a cazar allí; pero mi padre no temía un ataque de los mongoles o los tártaros. A fin de cuentas, iba armado con su poderoso arco, que sólo él era capaz de tensar, como un héroe mitológico de las grandes praderas, así como las flechas que él mismo afilaba y su inmensa espada, con la que podía decapitar a un hombre de un solo golpe.

—¿Por qué me sujetan, padre? —pregunté.

Mi padre me miró desconcertado. Su sonrisa jovial se disipó y de su rostro se borró toda expresión. Acto seguido, su imagen se desvaneció por completo, sumiéndome en una inenarrable tristeza.

Los sacerdotes que estaban junto a mí, esos hombres con largas barbas canosas y unos hábitos negros, me hablaron con tono suave y comprensivo:

—Aún no ha llegado el momento de que te reúnas con nosotros, Andrei.

Yo me sentí profundamente acongojado. Estaba tan triste que no pude articular una frase de protesta. Es más, comprendí que, por más que protestara, no lograría disuadirles.

—¡Ah, Andrei! Siempre serás el mismo —dijo uno de los sacerdotes, tomándome la mano—. No temas, pregunta.

El sacerdote no movió los labios al hablar, pero no era necesario. Le oí con toda nitidez, y comprendí que no obraba de mala fe. Era incapaz de hacerme daño.

—¿Por qué no puedo quedarme? —pregunté—. ¿Por qué no dejáis que me quede tal como deseo, después de haber llegado hasta aquí?

—Piensa en todo lo que has visto. Ya conoces la respuesta.

Debo reconocer que al cabo de un instante comprendí la respuesta. Era compleja y a la par profundamente sencilla, y estaba relacionada con los conocimientos que había adquirido.

—No puedes llevártelos contigo —explicó el sacerdote—. Olvidarás todas las cosas que has aprendido aquí. Pero recuerda la lección principal, que lo importante es el amor que sientes hacia los demás, y el amor que ellos te profesan, el intenso amor que te rodea.

Me pareció algo maravilloso, increíble. No era un simple lugar común. Era algo inmenso, sutil y a la vez total, de forma que todos los problemas mortales se desvanecían ante esa verdad.

Súbitamente, regresé a mi cuerpo. Era de nuevo el muchacho de cabello

castaño que yacía moribundo en el lecho. Sentí un cosquilleo en las manos y los pies. Al volverme, un dolor punzante me recorrió la columna vertebral. Estaba ardiendo, seguía sudando y retorciéndome de dolor, y por si fuera poco tenía los labios agrietados y la lengua llena de ampollas.

—Dadme un poco de agua —dije.

Las personas que me rodeaban rompieron a llorar suavemente. Su llanto se confundía con la risa y una expresión de incredulidad.

Yo estaba vivo, cuando creían que había muerto. Abrí los ojos y miré a Bianca.

—No voy a morir —anuncié.

—¿Qué dices, Amadeo? —preguntó ella, inclinándose y acercando la oreja a mis labios.

—Aún no ha llegado mi hora —respondí.

Me trajeron una copa de vino blanco frío al que habían añadido un poco de miel y limón. Me incorporé y bebí un trago tras otro.

—Quiero más —pedí con voz débil. Comenzaba a sentir sueño.

Me recosté sobre las almohadas y Bianca me enjugó la frente. Qué alivio, qué maravilloso era sentir ese pequeño y reconfortante gesto, que en aquellos momentos me pareció la gloria. Sí, la gloria.

¡Había olvidado lo que había visto en la otra orilla! Abrí los ojos de golpe. Deseaba recuperarlo desesperadamente, pero recordé lo que me dijo el sacerdote, con toda claridad, como si acabara de hablar con él en otra habitación. Me había dicho que no recordaría lo que había visto y aprendido. Y existía mucho más, infinitamente más, unas cosas que sólo mi maestro era capaz de asimilar.

Cerré los ojos y dormí. No soñé, ya que estaba demasiado enfermo, tenía demasiada fiebre para soñar. No obstante, en cierto modo, sumido como estaba en aquel estado semiconsciente, acostado en aquel lecho húmedo y caliente cubierto con un dosel, percibiendo las palabras vagas de los jóvenes aprendices y la tierna insistencia de Bianca, logré conciliar el sueño. Transcurrieron las horas. Oí el reloj dando las horas, y poco a poco experimenté cierto alivio, en el sentido de que me acostumbré al sudor que empapaba mi piel y a la sed que me secaba la garganta, pero permanecí acostado sin protestar, semidormido, esperando que regresara mi maestro.

«Tengo muchas cosas que contarte —pensé—. Supongo que conoces esa ciudad de cristal. Quiero explicarte que hace tiempo yo...» Sin embargo, no

recordaba con precisión. Había sido pintor, sí, pero ¿qué clase de pintor, y cómo me llamaba? ¿Andrei? ¿Me habían llamado por ese nombre los sacerdotes?

OceanofPDF.com

7

Lentamente, sobre mi sensación de yacer enfermo en el lecho, en una habitación húmeda, cayó el velo oscuro del cielo. Sobre él se extendían hasta el infinito las estrellas, espléndidas y refulgentes sobre las brillantes torres de la ciudad de cristal, y en ese duermevela, intensificado por unos serenos y maravillosos delirios, las estrellas cantaron para mí.

Cada estrella, desde la posición que ocupaba en la constelación y en el vacío, emitía un precioso sonido rutilante, como si en el interior de cada espléndida órbita sonaran unos acordes que, mediante los brillantes movimientos de los astros, se transmitieran a través de todo el universo.

Jamás había oído unos sonidos semejantes. Ni el más descreído habría permanecido indiferente a esta música etérea y translúcida, esta armonía y sinfonía de celebración.

> Oh, Señor, si fueras música, ésta sería tu voz, y ningún acorde disonante lograría sofocarla. Eliminarías del mundo todos los sonidos ingratos con esta música, la expresión más sublime de tus complejos y prodigiosos designios, y toda trivialidad se disiparía, derrotada por esta resonante perfección.

Ésta fue mi oración, una oración sincera que pronuncié en una lengua antigua, íntima, sin el menor esfuerzo mientras yacía semidormido.

«Permaneced junto a mí, hermosas estrellas —rogué—, y no permitáis que trate de descifrar esta fusión de luz y sonido, haced que me rinda a él de forma plena e incondicional».

Las estrellas se hicieron más grandes e infinitas en su fría y majestuosa luz; la noche se desvaneció lentamente, quedando sólo una inmensa y gloriosa luz cuya fuente era imposible hallar.

Sonreí. Palpé con dedos torpes la sonrisa que mis labios esbozaban, y a medida que la luz se hizo más intensa y más próxima, como si fuera un

océano, experimenté una maravillosa sensación de frescor en todo mi cuerpo.

—No te disipes, no te vayas, no me abandones —murmuré con tristeza. Hundí la cabeza en la almohada para aliviar el dolor que sentía en las sienes.

Sin embargo, esta benéfica e intensa luz se había agotado, debía desvanecerse para dejar paso al centelleo de las velas que percibía a través de mis párpados entreabiertos. Contemplé la bruñida penumbra que rodeaba mi lecho, y unos objetos sencillos, como el rosario que reposaba sobre mi mano derecha, con sus cuentas de rubí y el crucifijo dorado, y un devocionario que yacía abierto a mi izquierda, cuyas delicadas páginas agitadas por la brisa que movía también el tafetán del dosel, creando unas pequeñas ondas.

¡Qué bello era todo lo que contemplaba, esos objetos ordinarios y sencillos que componían este momento silencioso y elástico! ¿Dónde estaban mi hermosa enfermera con cuello de cisne y mis sollozantes camaradas? ¿Había hecho la noche que cayeran rendidos de cansancio y durmieran para que yo pudiera saborear estos apacibles instantes sin ser observado? En mi mente bullían mil recuerdos.

Abrí los ojos. Habían desaparecido todos, salvo una persona que se hallaba sentada junto al lecho, con unos ojos soñadores, distantes, azules y fríos, más pálidos que el cielo estival, rebosantes de una luz casi facetada, que me observaban distraídamente, con indiferencia.

Era mi maestro, sentado en una silla con las manos apoyadas en el regazo, como un extraño que lo observa todo sin que nada afecte su gélida superioridad. La expresión adusta que mostraba su rostro parecía tallada en piedra.

—¡Eres cruel! —murmuré.

—No, no —protestó sin mover los labios—. Pero cuéntame toda la historia. Descríbeme esa ciudad de cristal.

—Sí, recuerdo que hablamos de ella, y de los sacerdotes que me exhortaron a regresar, y de las pinturas, tan antiguas y tan bellas. No parecían creadas por la mano del hombre, sino por el poder del que estoy imbuido que me permite tomar el pincel y pintar con toda facilidad la virgen y los santos.

—No rechaces las viejas formas —dijo el maestro. De nuevo, sus labios

no dieron muestra de haber emitido la voz que yo había oído con toda nitidez, una voz que había penetrado en mi oído como cualquier voz humana, aunque con su tono, su timbre particular—. Las formas cambian, y la razón que impera ahora se convierte mañana en superstición; en aquel antiguo decoro residía un talante sublime, una infatigable pureza. Pero háblame sobre la ciudad de cristal.

Tras emitir un suspiro respondí:

—Tú mismo has visto, al igual que yo, el cristal fundido cuando lo sacan del horno, esa masa incandescente que emite un calor espantoso ensartada en un hierro, una masa que se derrite y gotea de forma que el artista pueda manipularlo a su antojo, estirándolo o llenándolo con su aliento para formar un recipiente perfectamente redondo. Pues bien, tuve la impresión de que ese cristal hubiera surgido de las entrañas húmedas de la Madre Tierra, un torrente de lava de cristal que ascendía hacia las nubes, y que de esos gigantescos chorros líquidos habían surgido las torres de la ciudad de cristal, no imitando una forma creada por el hombre, sino perfectas tal como la ardiente fuerza de la Tierra había decretado, en unos colores inimaginables. ¿Quiénes habitaban en ese lugar? Qué lejano parecía y sin embargo accesible. Se llega a él tras una breve caminata a través de las ondulantes colinas sembradas de hierba y delicadas flores que se mecían bajo la brisa y ofrecían unos colores y matices fantásticos, un espectáculo único, increíble.

Me volví para mirar al maestro, pues mientras le describía la ciudad de cristal había permanecido ensimismado en mi visión.

—Explícame qué significan esas cosas —le pedí—. ¿Dónde se encuentra ese lugar y por qué se me permitió contemplarlo?

El maestro suspiró con tristeza. Apartó la vista unos segundos y luego volvió a fijarla en mí. Su rostro aparecía tan frío y adusto como antes, pero ahora observé en él una sangre espesa, que al igual que anoche rezumaba un calor humano procedente de venas humanas, la cual sin duda había constituido hoy su festín.

—¿No quieres ni siquiera sonreír antes de despedirte? —pregunté—. Si esta amarga frialdad es lo único que sientes por mí, ¿por qué no dejas que esta fiebre acabe conmigo? Estoy muy enfermo, lo sabes bien. Sabes que siento náuseas, que me duele la cabeza y todos los músculos de mi cuerpo, que el veneno que tengo en estas heridas me abrasa la piel. ¿Por qué te noto

tan lejos aunque estás aquí? ¿Por qué has regresado a casa para sentarte junto a mí sin sentir nada?

—Siento por ti el amor que siempre siento cuando te miro —repuso él—, hijo mío, mi dulce y resistente tesoro. Te lo aseguro. Lo guardo dentro de mí, donde debe permanecer, quizá, y dejar que mueras, sí, pues es inevitable. Entonces tus sacerdotes tendrán que hacerse cargo de ti, pues ya no podrás regresar a la Tierra.

—¿Pero y si existieran muchas tierras? ¿Y si la segunda vez que cayera me despertara en otra orilla y contemplara el azufre que brota de la ardiente tierra en lugar de la belleza que me fue revelada la primera vez? Siento un profundo dolor. Estas lágrimas me abrasan. La pérdida es inmensa. No lo recuerdo... Tengo la sensación de repetir continuamente las mismas palabras. ¡No lo recuerdo!

Extendí la mano hacia él, pero él no se movió. Al cabo de unos instantes dejé caer la mano sobre el viejo devocionario. Noté la textura del áspero pergamino.

—¿Qué mató el amor que sentías por mí? ¿Las cosas que hice? ¿El haber traído aquí al hombre que mató a mis hermanos? ¿O el haber muerto y contemplado esos prodigios? ¡Responde!

—Todavía te amo. Te amaré todas mis noches y mis días errantes, para siempre. Tu rostro es una joya que me ha sido regalada, que jamás podré olvidar, aunque es posible que la pierda por incauto. Su resplandor me atormentará siempre. Piensa de nuevo sobre esas cosas, Amadeo, abre tu mente como si fuera una concha, y deja que contemple la perla de cuanto te han enseñado.

—¿Eres capaz de comprender, maestro, que el amor es lo más importante, que todo el mundo está hecho de amor? Las briznas de hierba, las hojas de los árboles, los dedos de la mano que te acaricia, todo es amor. Amor, maestro. ¿Quién es capaz de creer en unas cosas tan inmensas y a la par tan simples cuando existen hábiles y laberínticos credos y filosofías de una seductora complejidad creada por el hombre? Amor. Yo oí su sonido. Yo lo vi. ¿Acaso eran las alucinaciones de una mente febril, temerosa de la muerte?

—Tal vez —respondió el maestro. Su rostro seguía mostrando una expresión fría e impávida. Sus ojos eran unas meras rendijas, prisioneros de la aprensión que les causaba lo que veían—. Sí —dijo—. Morirás, dejaré

que mueras, y es posible que exista para ti más de una orilla, en la que hallarás de nuevo a tus sacerdotes.

—No ha llegado mi hora —respondí—. Lo sé. Un puñado de horas no puede borrar esta afirmación. Aunque rompas todos los relojes. Ellos me dijeron que no había llegado la hora para mi alma de mortal. No puedes hacer que se cumpla de inmediato o borrar el destino esculpido en mi mano infantil.

—Pero puedo influir en él —replicó. Esta vez movió los labios. El suave coral de su boca confería una nota alegre a su rostro; sus ojos perdieron esa expresión recelosa y contemplé de nuevo al maestro que conocía y amaba —. Puedo apoderarme fácilmente de las últimas fuerzas que te restan. — Marius se inclinó sobre mí. Observé las manchitas de sus pupilas, las relucientes estrellas de múltiples puntas detrás de los oscuros iris. Sus labios, tan prodigiosamente decorados con unas arruguitas, como los labios de cualquier humano, presentaban un color rosáceo como si en ellos residiera un beso humano—. Puedo beber un último y fatal trago de tu sangre infantil, apurar esa lozanía que me cautiva, y sostendré en mis brazos a un cadáver tan bello que todos los que lo contemplen llorarán. Ese cadáver no me dirá nada. Lo único que sabré con certeza es que tú habrás desaparecido.

—¿Dices esto para atormentarme, maestro? Si no puedo ir a esa orilla, deseo permanecer junto a ti.

Sus labios esbozaron una mueca de desesperación. Parecía un hombre, sólo eso; en las esquinas de sus ojos asomaban unas manchas de sangre de fatiga y tristeza. Su mano, que había extendido para tocarme, temblaba.

Yo la atrapé como si fuera la rama de un árbol mecida por la brisa. Acerqué sus dedos a mis labios y los besé como si fueran hojas. Luego volví la cabeza y apoyé su mano sobre mi mejilla herida. La presión intensificó el escozor que me producía el veneno, pero ante todo, sentí el intenso temblor de sus dedos.

—¿Cuántos murieron esta noche para que tú te alimentaras? —pregunté, pestañeando—. ¿Cómo es posible que esto exista en un mundo hecho de amor? Eres demasiado hermoso para pasar inadvertido. Estoy perdido. No lo comprendo. Pero, suponiendo que a partir de este momento viviera convertido en un simple muchacho mortal, ¿podría olvidarlo?

—No puedes vivir, Amadeo —contestó Marius con tristeza—. ¡Es

imposible! —exclamó con voz entrecortada—. El veneno ha penetrado profundamente, y unas gotas de mi sangre no pueden salvarte, hijo mío. —Su rostro reflejaba una profunda angustia—. Cierra los ojos. Acepta mi beso de despedida. No existen lazos amistosos entre esos sacerdotes de la otra orilla y yo, pero tienen que hacerse cargo de un ser que muere de muerte natural.

—¡No, maestro! No puedo intentarlo solo. Ellos me enviaron de regreso aquí, donde estás tú, en tu casa. Sin duda lo sabían.

—Eso les tiene sin cuidado, Amadeo. Los guardianes de los muertos se muestran poderosamente indiferentes. Hablan de amor, pero no de los siglos de torpezas y errores. ¿Qué estrellas son esas que cantan maravillosamente cuando el mundo languidece inmerso en una espantosa disonancia? ¡Ojalá pudiera obligarles a cambiar sus designios! —dijo con la voz rota de dolor —. ¿Qué derecho tienen a hacerme pagar por tu suerte, Amadeo?

Yo emití una breve y triste carcajada. Me puse a tiritar a causa de la fiebre y unas violentas náuseas se apoderaron de mí. Temí que si me movía o hablaba, me acometerían unas náuseas secas que me dejarían aún más postrado. Prefería morir que sufrir esta tortura.

—Sabía que analizarías a fondo esta cuestión, maestro —respondí sin el menor sarcasmo ni amargura, sino con el simple afán de llegar a la verdad. Respiraba tan trabajosamente que supuse que no me costaría ningún esfuerzo dejar de respirar. De pronto recordé las palabras de aliento de Bianca—. No existe ningún horror en este mundo que no pueda ser redimido, maestro.

—Sí, pero ¿qué precio debemos pagar algunos por esta salvación? —replicó Marius—. ¿Cómo se atreven a exigirme que acepte sus oscuros designios? Confío en que tus visiones fueran meras alucinaciones. No vuelvas a hablarme sobre esa maravillosa luz. No pienses más en ella.

—¿Por qué debo borrar de mi mente todo cuanto he visto y oído, señor? ¿Por el bien tuyo o el mío? ¿Quién se está muriendo aquí, tú o yo?

Marius meneó la cabeza.

—Seca tus lágrimas de sangre —afirmé—. ¿Cómo vislumbras tu muerte, maestro? En una ocasión me dijiste que no era imposible que murieras. Explícamelo si tenemos tiempo, antes de que toda la luz que conozco se desvanezca con un último guiño y la tierra devore esta joya que según tú deja mucho que desear.

—No es eso —murmuró Marius.

—¿Y tú, adónde irás cuando mueras? Ofréceme unas palabras de consuelo. ¿Cuántos minutos me quedan?

—No lo sé —musitó. El maestro apartó la vista y agachó la cabeza. Nunca lo había visto tan deprimido.

—Muéstrame la mano —le pedí débilmente—. En Venecia existen unas misteriosas brujas que, en la penumbra de las tabernas, me enseñaron a leer las líneas de la mano. Yo te diré cuándo vas a morir. Dame la mano. —No veía con claridad. Todo estaba envuelto en una espesa niebla. Pero hablaba en serio.

—Demasiado tarde —contestó él—. Ya no quedan líneas en mi mano —dijo, mostrándome la palma—. El tiempo ha borrado lo que los hombres llaman destino. Carezco de destino.

—Ojalá no hubieras regresado —respondí, apartando la vista de él y apoyando la cabeza en la fresca almohada de lino—. Te ruego que te marches, estimado maestro. Prefiero la compañía de un sacerdote y de mi vieja enfermera, si no la has enviado de regreso a su casa. Te he amado con todo mi corazón, pero no deseo morir en tu majestuosa presencia.

A través de la bruma que nublaba mis ojos vi su silueta al aproximarse a mí. Sentí sus manos sobre mi rostro y me volví hacia él. Distinguí el fulgor de sus ojos azules, como unas llamas invernales, imprecisas pero que ardían con furia.

—Muy bien, hermoso mío. Ha llegado el momento. ¿Deseas venir conmigo y ser como yo? —Su voz era melodiosa y tranquilizadora, aunque llena de dolor.

—Sí, deseo ser tuyo para siempre.

—¿Para alimentarte en secreto de la sangre de los canallas, como hago yo, y vivir con este secreto hasta el fin del mundo?

—Sí. Lo deseo.

—¿Asimilar todas las lecciones que yo pueda darte?

—Sí.

Marius me tomó en brazos y me levantó de la cama. Me apoyé contra su pecho; estaba mareado y sentía un dolor tan intenso que emití un pequeño gemido.

—Sólo un rato, mi joven y dulce amor —me susurró Marius al oído.

Me sumergió en el agua templada de la bañera, después de haberme

desnudado con suavidad. Apoyé la cabeza con cuidado en el borde de azulejos de la bañera, dejando que mis brazos flotaran en el agua y ésta me lamiera los hombros.

Marius vertió unos puñados de agua sobre mí. Primero me lavó la cara y luego el resto del cuerpo. Sentí sus dedos duros y aterciopelados deslizándose sobre mi rostro.

—No tienes ni sombra de vello en la barbilla y, sin embargo, posees los atributos de un hombre. Deberás renunciar a los placeres que tanto amas.

—Lo haré, te lo prometo —murmuré.

Sentí un dolor lacerante en la mejilla. La herida aún estaba abierta. Traté de tocármela, pero él me sujetó la mano mientras vertía unas gotas de su sangre en la herida. Al cabo de unos instantes sentí un cosquilleo y un escozor que indicaba que ésta comenzaba a cicatrizar. Marius efectuó la misma operación sobre el rasguño que yo tenía en el brazo, y el pequeño corte en el dorso de la mano. Cerré los ojos y me rendí a este extraño e intenso goce.

Su mano se deslizó sobre mi pecho, pasó por alto mis partes pudendas y exploró una pierna y luego la otra, en busca de la más leve lesión en la piel. De nuevo experimenté un violento estremecimiento de placer.

Sentí que Marius me sacaba de la bañera y me envolvía en una cálida toalla. Sentí una impetuosa ráfaga de aire, lo que significaba que se movía a mayor velocidad de lo que el ojo humano podía detectar. Luego sentí el suelo de mármol bajo mis pies, y su frescura me alivió.

Nos encontrábamos en el estudio. Estábamos de espaldas al cuadro sobre el que Marius había estado trabajando hacía un par de noches, frente a otro magnífico lienzo de grandes dimensiones que mostraba, bajo un sol resplandeciente y un cielo azul cobalto, un frondoso grupo de árboles rodeado por dos figuras batidas por el viento.

La mujer era Dafne, cuyos brazos se habían transformado en unas ramas de laurel repletas de hojas, y sus pies en unas raíces que se hundían en la tierra color marrón oscuro. Tras ella aparecía el desesperado y bello Apolo, un dios dotado de una cabellera dorada y unas piernas esbeltas y musculosas, el cual había llegado demasiado tarde para impedir la frenética y mágica huida de su amada de sus brazos amenazadores, su metamorfosis fatal.

—Observa el aire indiferente de las nubes —me susurró el maestro al

oído. Luego señaló el sol que había pintado a grandes trazos con más habilidad que los hombres que lo veían a diario.

Pronunció unas palabras que yo había confiado a Lestat hacía tiempo, cuando le conté mi historia, unas palabras que Marius había salvado misericordiosamente de las pocas imágenes de esa época que yo le había ofrecido.

Cuando repito esas palabras me parece oír la voz de Marius, las últimas palabras que oí como un ser mortal:

—Éste es el único sol que volverás a ver. Pero dispondrás de un milenio de noches para contemplar una luz que ningún mortal ha visto jamás, para arrebatar a las lejanas estrellas, como Prometeo, una luz infinita que te permitirá comprender todas las cosas.

Y yo, que en la fabulosa tierra de la que acababa de regresar había contemplado una luz celestial infinitamente más portentosa, anhelé que él la eclipsara para siempre.

OceanofPDF.com

8

Los aposentos privados del maestro consistían en una serie de habitaciones en las que había cubierto los muros con unas copias impecables de las obras de los pintores mortales que tanto admiraba: Giotto, Fra Angélico, Bellini.

Nos hallábamos en la habitación que contenía la gran obra de Benozzo Gozzoli, de la capilla de los Médicis en Florencia: *El cortejo de los Reyes Magos*. Gozzoli había creado su visión a mediados de siglo, plasmándola sobre tres muros de la pequeña cámara sagrada.

Sin embargo, mi maestro, con su memoria y sus dotes sobrenaturales, había ampliado esta monumental obra, cubriendo con ella todo un lado de esta inmensa y ancha galería.

La copia era tan perfecta como la obra original de Gozzoli, con sus legiones de florentinos elegantemente ataviados, sus pálidos rostros un modelo de contemplativa inocencia, montados en magníficos corceles tras la exquisita figura de Lorenzo de Médicis, un joven con una melena rizada rubio oscuro que le rozaba los hombros, y un toque rojo carnal en sus pálidas mejillas. De aspecto majestuoso, vestido con una chaqueta dorada ribeteada de piel y unas mangas largas divididas a la altura de los codos, a lomos de un caballo blanco espléndidamente enjaezado, miraba con expresión serena e indiferente al observador de la pintura. No había un detalle de la misma que desmereciera otro. Incluso las riendas y los arreos del caballo estaban exquisitamente plasmados en oro y terciopelo, a tono con las ceñidas mangas del jubón de Lorenzo y sus botas de terciopelo rojo que le llegaban a las rodillas.

El encanto de la pintura residía principalmente en los semblantes de los jóvenes, así como de algunos ancianos que constituían la nutrida procesión, los cuales mostraban unas bocas pequeñas y silenciosas y unos ojos que miraban de reojo como si temieran romper el hechizo de la escena si

miraban al frente. La procesión desfilaba ante castillos y montes, en su peregrinar hacia Belén.

Docenas de candelabros de plata encendidos a ambos lados de la habitación iluminaban esta obra maestra. Las gruesas velas blancas de purísima cera de abejas emitían una suntuosa luz. En el cielo aparecía un glorioso amasijo de nubes en torno a un óvalo de santos flotando por los aires, rozando mutuamente sus manos extendidas al tiempo que nos contemplaban con satisfacción y benevolencia.

Ningún mueble cubría las losas de mármol de Carrara rosa del suelo pulido. Un airoso diseño de frondosas y verdes parras delimitaba cada losa cuadrada, pero éste era el único adorno del lustroso suelo y tacto sedoso bajo los pies.

Contemplé con la fascinación de una mente febril esta galería de imponentes superficies. *El cortejo de los Reyes Magos*, que ocupaba todo el muro a mi derecha, parecía emitir una suave plétora de sonidos irreales: las sofocadas pisadas de los cascos de los caballos, los apresurados pasos de las figuras que caminaban junto a ellos, el murmullo de los arbustos repletos de flores rojas junto al camino e incluso las lejanas voces de los cazadores que recorrían los senderos montañosos acompañados por sus esbeltos mastines.

Mi maestro se detuvo en el centro de la estancia. Se había despojado de su acostumbrada capa de terciopelo rojo, bajo la cual llevaba sólo una túnica de tejido dorado, con las mangas largas y abullonadas hasta las muñecas, cuyo dobladillo rozaba sus pies desnudos.

Su cabello formaba un resplandeciente halo rubio que le caía suavemente hasta los hombros y realzaba sus facciones.

Yo lucía un traje de tejido tan liviano y sencillo como su atuendo.

—Acércate, Amadeo —me ordenó el maestro.

Me sentía débil, tenía sed y las piernas apenas me sostenían. Él lo sabía, no tenía disculpa. Avancé con pasos lentos y torpes hasta llegar a él, que me esperaba con los brazos extendidos.

Marius apoyó las manos en la parte posterior de mi cabeza.

Acercó sus labios a mi rostro. Una sensación de fatalidad hizo presa en mí.

—Ahora morirás para permanecer junto a mí en una vida eterna —me susurró al oído—. No temas nada. Tu corazón estará a salvo en mis manos.

Sus dientes se clavaron en mí, profundamente, con crueldad y la

precisión de dos puñales. Percibí un estallido en mis oídos. Mis entrañas se contrajeron, produciéndome un intenso dolor en el vientre. Al mismo tiempo sentí un placer salvaje que me recorrió las venas hasta alcanzar las heridas en mi cuello. Sentí que mi sangre circulaba aceleradamente hacia mi maestro, para calmar su sed y provocar mi inevitable muerte.

Incluso mis manos estaban poseídas por una vibrante sensación. Mi cuerpo se había convertido de pronto en un circuito cerrado, refulgente, mientras mi maestro bebía mi sangre, emitiendo unos sonidos roncos, obvios, deliberados. Los latidos de su corazón, lentos y acompasados, llenaron mis oídos.

El dolor que me retorcía las tripas se alquemizó y transformó en éxtasis; mi cuerpo se tornó ingrávido, carente de toda sensación de ocupar un lugar en el espacio. Sentí en mi pecho los latidos del corazón de Marius. Toqué los suaves mechones de su cabello, pero no los así. Me parecía flotar, sostenido sólo por los insistentes latidos de su corazón y el torrente sanguíneo que fluía por mis venas impulsado por una corriente eléctrica.

—Voy a morir —musité. Este éxtasis no podía durar.

Súbitamente, el mundo murió.

Me hallaba solo en la desolada orilla del mar, barrida por el viento. Era la tierra a la que había viajado con anterioridad, pero ahora tenía un aspecto muy distinto, desprovista de su resplandeciente sol y sus abundantes flores. Los sacerdotes estaban presentes, pero sus oscuros hábitos estaban cubiertos de polvo y olían a tierra. Los reconocí en el acto, los conocía bien. Conocía sus nombres. Reconocí sus rostros afilados y barbudos, su pelo ralo y grasiento, los sombreros negros de fieltro que lucían. Reconocí la porquería de sus uñas y la mirada ávida que reflejaban sus ojos hundidos y relucientes. Los sacerdotes me indicaron que me acercara.

Sí, había regresado al lugar donde debía estar. Nos elevamos más y más hasta detenernos sobre el farallón de la ciudad de cristal, situada a lo lejos a nuestra izquierda, desolada y desierta.

La energía incandescente que había iluminado sus múltiples torres translúcidas se había desvanecido por completo, desconectada de su fuente. De su radiante colorido sólo quedaban unos apagados matices bajo un firmamento monótono y gris. Qué triste era contemplar la ciudad de cristal desprovista de su fuego mágico.

De sus torres brotó un coro de sonidos, un murmullo de cristal contra

cristal. Sin embargo, no contenía música, sólo una sorda y luminosa desesperación.

—Vamos, Andrei —me llamó uno de los sacerdotes. Me aferró la mano con la suya sucia y manchada de barro seco con tal fuerza que me hizo daño. Al mirarme la otra mano, comprobé que tenía los dedos descarnados y de una blancura cadavérica. Los nudillos se traslucían a través de la piel como si la carne hubiera desaparecido, pero no era así. Tenía la piel adherida a los huesos, hambrienta y flácida como la de los sacerdotes.

Ante nosotros discurría un río repleto de fragmentos de hielo y grandes masas de troncos negruzcos que flotaban en la superficie, formando un lago cenagoso sobre las planicies. Tuvimos que atravesarlo; el agua helada me lastimó los pies. Pero seguimos avanzando, los tres sacerdotes y yo. Ante nosotros se erguían las otrora doradas cúpulas de Kíev. Era nuestra Santa Sofía, que seguía sosteniéndose en pie tras las horrendas matanzas y conflagraciones perpetradas por los mongoles, los cuales habían destruido nuestra ciudad, sus tesoros y sus perversos y mundanos hombres y mujeres.

—Vamos, Andrei.

Reconocí el portal. Pertenecía al Monasterio de las Cuevas. Sólo unas velas iluminaban estas catacumbas. El olor a tierra era tan intenso que sofocaba incluso el hedor a sudor que se había secado sobre carne inmunda y enferma.

Yo sostenía en las manos el tosco mango de madera de una pequeña pala. Me puse a excavar la mullida tierra hasta contemplar a un hombre que no estaba muerto sino que soñaba con el rostro cubierto de tierra.

—¿Estás vivo, hermano? —pregunté en voz baja a su alma enterrada hasta el cuello.

—Sí, hermano Andrei. Dame el sustento que necesito para seguir vivo —respondió el hombre sin apenas mover sus labios agrietados ni abrir sus pálidos párpados—. Lo suficiente hasta que nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, elija el momento en que debo regresar a casa.

—Me admira tu valor, hermano —dije, acercando un cántaro de agua a sus labios. Al beber el agua se deslizó por su mentón, formando unos surcos de barro. El hombre apoyó de nuevo la cabeza sobre la mullida tierra.

—Y tú, criatura —respondió el hombre, respirando trabajosamente, apartando un poco los labios del cántaro—. ¿Cuándo reunirás el valor

necesario para elegir tu celda de tierra entre nosotros, tu sepultura, y aguardar la llegada de Jesucristo?

—Rezo para que sea pronto, hermano —contesté.

Retrocedí unos pasos y empuñé de nuevo la pala. Excavé hasta descubrir la siguiente fosa; un hedor inconfundible me asaltó la nariz. El sacerdote que estaba junto a mí me sujetó para que no me desvaneciera.

—Nuestro amado hermano Joseph ha ido a reunirse con el Señor —afirmó—. Descubre su rostro para que podamos comprobar que murió en paz.

El hedor era insoportable. Sólo los seres humanos muertos apestan de esta manera. Es un hedor a fosas abandonadas y carros que transportan los cadáveres de las poblaciones asoladas por la peste. Temí ponerme a vomitar, pero seguí cavando hasta que descubrimos la cabeza del último hombre. Calvo, el cráneo estaba cubierto por una envoltura de piel que se había encogido.

Los sacerdotes situados a mis espaldas pronunciaron unas oraciones.

—¡Ciérrala, Andrei! —me ordenaron.

—¿Cuándo reunirás el valor necesario, hermano? ¿Sólo Dios puede decirte...?

«¿El valor para qué?» Reconozco esta estentórea voz, a este hombre de espaldas anchas que ha irrumpido en la catacumba. Su cabellera y su barba de color castaño son inconfundibles, así como su jubón de cuero y las armas que penden de su cinturón de cuero.

—¿Es esto lo que habéis hecho con mi hijo, el pintor de iconos?

El hombre me aferró del hombro, como había hecho mil veces, con esa manaza con la que me golpeaba hasta dejarme sin sentido.

—¡Suéltame, cretino ignorante! —murmuré—. Estamos en la casa de Dios.

El hombre me arrastró con tal violencia que caí al suelo. Mi túnica negra estaba desgarrada.

—¡Basta, padre! ¡Aléjate de aquí! —exclamé.

—¿Vais a enterrar en una de estas fosas a un muchacho que pinta como los ángeles?

—Deja de gritar, hermano Iván. Dios decidirá lo que debemos hacer.

Los sacerdotes echaron a correr detrás de mí. Mi padre me arrastró hasta el taller. Del techo colgaban varias hileras de iconos, y otros cubrían toda la

pared del fondo. Mi padre me arrojó en una silla situada ante la recia mesa de trabajo. Tomó el candelabro de hierro y encendió con su llama oscilante y rebelde el resto de las velas.

Las velas iluminaron su poblada barba. De sus espesas cejas colgaban unos pelos largos y grises que se curvaban hacia arriba, dando a su semblante un aspecto diabólico.

—Te comportas como el idiota del pueblo, padre —murmuré—. Lo extraño es que yo no sea también un idiota de baba.

—¡Cierra la boca, Andrei! Nadie te ha enseñado modales, eso está claro. Tendré que darte una buena tunda para que aprendas.

Mi padre me asestó un puñetazo en la sien que me dejó sordo.

—Creí que te había sacudido lo suficiente antes de traerte aquí, pero veo que estaba equivocado —dijo, golpeándome de nuevo.

—¡Blasfemia! —protestó el sacerdote situándose junto a mí—. Este chico está consagrado a Dios.

—Consagrado a una pandilla de locos —replicó mi padre—. ¡Aquí tenéis los huevos, padres! —dijo con desprecio, sacando una bolsa de su jubón. Abrió la bolsa de cuero y extrajo un huevo—. ¡Pinta, Andrei! Pinta para recordar a estos locos, que posees un gran talento que te ha concedido Dios.

—Es Dios quien pinta estos cuadros —contestó el sacerdote, el mayor de ellos; su pelo gris estaba tan lleno de porquería y de grasa que parecía casi negro. El sacerdote se interpuso entre la silla que yo ocupaba y mi padre.

Mi padre depositó en la mesa todos los huevos menos uno. Se inclinó sobre un pequeño cuenco de barro, cascó el huevo, recogió la yema con una mitad de la cáscara y vertió el resto en el trozo de cuero.

—Aquí tienes, Andrei, pura yema —dijo, suspirando.

Tras arrojar la cáscara al suelo, tomó una jarrita y vertió un poco de agua sobre la yema.

—Mezcla tus colores y ponte a trabajar. Recuerda a estos...

—El chico trabaja cuando Dios le ordena que lo haga —declaró el sacerdote de más edad—. Y cuando Dios le ordene que se entierre, para llevar la vida de un eremita, lo hará.

—¡Y un cuerno! —replicó mi padre—. El príncipe Miguel me ha encargado un icono de la virgen. ¡Ponte a pintar, Andrei! Pinta tres para que yo pueda entregar al príncipe Miguel el icono que desea y llevar los otros al

lejano castillo de su hermano, el príncipe Feodor, tal como me ha pedido el príncipe Miguel.

—Ese castillo está destruido, padre —repuse con desdén—. Feodor y sus hombres fueron asesinados por las tribus bárbaras. No hallarás nada en aquel páramo sino piedras. Lo sabes tan bien como yo, padre. Hemos pasado a caballo muchas veces por ese lugar y lo hemos visto con nuestros propios ojos.

—Si el príncipe nos lo ordena, iremos allí —insistió mi padre—. Dejaremos el icono entre las ramas del árbol más próximo al lugar donde murió su hermano.

—¡Vanidad y locura! —rezongó el anciano sacerdote. Los otros entraron en la habitación. Todos se pusieron a vociferar.

—¡Háblame claro y déjate de poesías! —gritó mi padre—. Deja que el chico pinte. Mezcla los colores, Andrei. Reza tus oraciones, pero ponte a trabajar de una vez.

—Estoy harto de que me humilles, padre. Te desprecio. Me avergüenza ser tu hijo. No soy tu hijo. Me niego a serlo. Cierra tu inmunda boca o no volveré a pintar jamás.

—¡Qué hijo tan dulce tengo, cuando habla derrama pura miel! Se nota que las abejas le han clavado su aguijón en la lengua.

Mi padre volvió a golpearme con saña. Estaba mareado, pero no alcé las manos para protegerme la cabeza. Me dolía el oído.

—¿Te sientes orgulloso de ti mismo, Iván el Idiota? —le espeté—. ¿Cómo quieres que pinte si no veo ni puedo sentarme en la silla?

Los sacerdotes siguieron vociferando y discutiendo entre sí.

Yo me concentré en la pequeña hilera de potes de barro dispuestos para la yema y el agua. Al fin me puse a mezclar la yema y el agua. Era preferible trabajar y prescindir del escándalo que organizaban. Oí a mi padre emitir una risotada de satisfacción.

—¡Anda, muéstrales al genio a quien pretenden emparedar vivo en un montón de barro!

—Por el amor de Dios —protestó el sacerdote más anciano.

—Por el amor de unos imbéciles —replicó mi padre—. No basta con ser un gran pintor. Tienes que ser también un santo.

—Tú no sabes lo que es tu hijo. Fue Dios quien te guio para que lo trajeras aquí.

—Fue dinero —afirmó mi padre. Los sacerdotes lanzaron una exclamación de asombro.

—No mientas —murmuré—. Sabes perfectamente que fue el orgullo.

—¡El orgullo, sí! —dijo mi padre—. ¡De que mi hijo fuera capaz de pintar el rostro de Jesucristo o la Virgen Santísima como un maestro! Y vosotros, a quienes entrego este genio, sois demasiado ignorantes para comprenderlo.

Comencé a machacar los pigmentos. Necesitaba un polvo color tierra, que luego mezclé una y otra vez con la yema y el agua hasta diluir cada fragmento de pigmento y obtener una pintura suave, lisa y transparente. Luego repetí la operación para obtener un color amarillo, seguido de uno carmesí.

Los sacerdotes y mi padre continuaron peleándose por mí. Mi padre amenazó al más anciano con el puño, pero yo no me molesté en alzar la vista. Sabía que no se atrevería a lastimarlo. Exasperado, mi padre me propinó un puntapié en la pierna. Sentí un espasmo de dolor en el músculo, pero no dije nada y seguí mezclando las pinturas.

Uno de los sacerdotes se acercó por la izquierda y colocó ante mí un panel de madera preparado y dispuesto para que plasmara en él la imagen sagrada.

Cuando todo estaba listo, incliné la cabeza y me santigüé como hacíamos nosotros, tocando primero mi hombro derecho en lugar del izquierdo.

—Dios mío, concédeme el poder, concédeme la visión, concede a mis manos la destreza que sólo tu amor es capaz de conceder.

De inmediato sostuve el pincel en la mano, sin recordar haberlo tomado, y éste empezó a deslizarse rápidamente sobre el panel de madera, trazando el rostro ovalado de la Virgen, las líneas curvadas de sus hombros y el contorno de sus manos apoyadas en el regazo.

Los sacerdotes emitieron exclamaciones de asombro y de admiración al comprobar mis dotes. Mi padre lanzó una carcajada de satisfacción.

—¡Ah, mi Andrei! Mi pequeño genio deslenguado, sarcástico e ingrato. Dios le ha bendecido con este don.

—Gracias, padre —murmuré con ironía mientras observaba admirado, como sumido en un trance, los movimientos de mi pincel. Éste trazó el cabello de la Virgen, adherido al cuero cabelludo y peinado con raya al

medio. No necesité ningún instrumento para dibujar el contorno de su halo perfectamente redondo.

Los sacerdotes me entregaron unos pinceles limpios. Uno sostenía un trapo limpio en las manos. Tomé un pincel para mezclar el color rojo con pasta blanca, hasta obtener el tono exacto de la carne.

—¡Parece un milagro!

—¡Exactamente! —repuso el anciano sacerdote—. Es un milagro, hermano Iván, y el muchacho hará lo que Dios le ordene.

—¡Malditos! ¡No dejaré que emparedéis vivo a mi hijo en ese lugar, no mientras yo viva! Vendrá conmigo a las estepas.

Yo solté una carcajada.

—No digas majaderías, padre —repliqué con desdén—, mi lugar está aquí.

—Es el mejor cazador de la familia, y me lo llevaré a las estepas —informó mi padre a los otros, quienes se apresuraron a manifestar su desaprobación mediante sonoras protestas.

—¿Por qué has pintado una lágrima en el ojo de la Virgen María, hermano Andrei?

—Ha sido Dios quien ha pintado esa lágrima —terció otro sacerdote.

—Es la Dolorosa. Observad los hermosos pliegues de su manto.

—¡Fijaos en el niño Jesús! —exclamó mi padre con tono reverente—. ¡Pobre criatura, pronto morirá crucificado! —Su voz sonaba insólitamente suave, casi tierna—. Ah, Andrei, qué don el tuyo. ¡Observad los ojos y las manitas del niño Jesús, la piel del pulgar!

—¡Hasta tú has sido tocado por la luz de Cristo! —exclamó el sacerdote más anciano—. Incluso un hombre tan estúpido y violento como tú, hermano Iván.

Los sacerdotes se aproximaron a mí, formando un círculo. Mi padre me entregó un puñado de diminutas y rutilantes joyas.

—Toma, Andrei, para los halos. Apresúrate, el príncipe Miguel nos ha ordenado que vayamos a su castillo.

—¡Es una locura! —protestaron los sacerdotes. Todos se pusieron a vociferar al unísono, hasta que mi padre esgrimió el puño.

Alcé la vista y tomé otro panel de madera limpio. Tenía la frente cubierta de sudor. Seguí trabajando con ahínco. Al poco rato había pintado tres iconos.

Sentí una felicidad inmensa. Era una sensación muy dulce, cálida, y aunque no dije nada, sabía que se lo debía a mi padre, ese hombre jovial, rubicundo, de espaldas imponentemente anchas y rostro reluciente, ese hombre a quien por lógica yo debía odiar.

La Dolorosa y su Hijo, y el lienzo para enjugar sus lágrimas, y el mismo Jesucristo. Agotado, con los ojos que me escocían, me recliné en el respaldo de la silla. En la habitación hacía un frío polar. Ojalá hubiera podido encender un fuego. Tenía la mano izquierda entumecida por el frío. La mano derecha podía moverla sin dificultad gracias a la velocidad con que había completado el trabajo. Se me ocurrió chuparme los dedos de la mano izquierda para desentumecerlos, pero no habría sido correcto hacerlo en presencia de los sacerdotes, que no cesaban de elogiar los iconos.

—Magistral. La obra de Dios.

De pronto tuve la horrible sensación de que de algún modo me había alejado de este momento, del Monasterio de las Cuevas al que había consagrado mi vida, de los sacerdotes que eran mis hermanos, de mi estúpido e irreverente padre, que a pesar de su ignorancia era un hombre orgulloso.

—Mi hijo —dijo mi padre ufano con los ojos llenos de lágrimas, apoyando la mano en mi hombro. A su modo era un hombre apuesto, noble y fuerte, que no temía a nada ni a nadie, un príncipe entre sus caballos, sus mastines y sus seguidores, entre los que me contaba yo, su hijo.

—Déjame en paz, mentecato —repliqué, sonriendo para enfurecerlo. Mi padre soltó una carcajada. Se sentía demasiado satisfecho y orgulloso para responder a mi provocación.

—Mirad lo que ha hecho —dijo con voz ronca, como si fuera a echarse a llorar. Y ni siquiera estaba borracho.

—No parece creada por manos humanas —comentó el sacerdote.

—¡Por supuesto que no! —exclamó mi padre con desprecio—. Ha sido creada por las manos de mi hijo Andrei.

Una voz melosa me susurró al oído:

—¿Vas a colocar las joyas en los halos, hermano Andrei, o prefieres que lo haga yo?

El trabajo quedó completado en un santiamén: la pintura aplicada y las cinco piedras colocadas en el icono de Jesucristo. El pincel voló de nuevo a mis manos para que diera los últimos toques al cabello castaño del Señor,

peinado con raya en el medio y recogido detrás de las orejas, asomando sólo una parte del mismo a ambos lados de su cuello. El punzón apareció en mi mano para espesar y oscurecer las letras negras sobre el libro abierto que sostenía Jesús en la mano izquierda. El Señor me observó con aire serio y severo desde el panel, con los labios rojos y unidos en una línea recta bajo los cuernos de su bigote castaño.

—¡Apresúrate! El príncipe ya ha llegado, está aquí.

Frente a la entrada del monasterio nevaba chuzos. Los sacerdotes me ayudaron a enfundarme el jubón de cuero y la chaqueta de piel de cordero. Me abrocharon el cinturón. Era agradable percibir de nuevo el olor a cuero, aspirar el aire frío. Mi padre sostenía mi espada. Era una espada antigua y pesada que había utilizado hacía tiempo para pelear contra los caballeros teutónicos en unas tierras situadas al este; las piedras preciosas se habían partido y desprendido de la empuñadura, pero era una magnífica espada de guerra.

En éstas apareció a través de la nieve una figura montada a caballo. Era el príncipe Miguel, vestido con una capa forrada de piel y unos guantes, el gran señor que gobernaba Kíev para nuestros conquistadores católicos, cuya fe nos negábamos a aceptar, aunque ellos permitían que conserváramos la nuestra. Iba ataviado con unas prendas de terciopelo y oro confeccionadas en un país extranjero. Ofrecía una elegante estampa, digna de las cortes reales de Lituania, de las que habíamos oído unos relatos fantásticos. ¿Cómo podía soportar Kíev, la ciudad destruida?

El caballo se encabritó. Mi padre corrió a sujetar las riendas, amenazando al animal con la ferocidad con que me amenazaba a mí.

El icono para el príncipe Feodor, que yo debía transportar, estaba envuelto en lana.

Apoyé la mano en la empuñadura de la espada.

—No puedes llevarte al muchacho en esta diabólica misión —exclamó el sacerdote más anciano—. Príncipe Miguel, excelencia, poderoso señor, decid a este hombre impío que no puede llevarse a nuestro Andrei.

Observé el rostro del príncipe a través de la nieve, cuadrado y enérgico, con unas cejas y una barba canosas y unos grandes ojos azules y duros.

—Dejad que vaya, padre —pidió el príncipe al sacerdote—. El chico ha cazado con Iván desde que tiene cuatro años. Nadie me ha proporcionado

tan suculentos manjares para mi mesa, y para la vuestra, padre, como él. Dejad que parta.

El caballo ejecutó unos pasos de danza hacia atrás. Mi padre tiró de las riendas. El príncipe Miguel sopló para quitarse un poco de nieve que tenía en el bigote.

Unos mozos nos trajeron los caballos destinados a mi padre y a mí. El de mi padre era un poderoso corcel de cuello esbelto y airoso, y el mío, un caballo castrado más bajo, que me había pertenecido antes de venir al Monasterio de las Cuevas.

—¡Regresaré, padre! —prometí al anciano sacerdote—. Dame tu bendición. ¿Qué puedo hacer contra mi amable, tierno e infinitamente piadoso padre cuando el mismo príncipe Miguel me ordena partir?

—¡Cierra tu asquerosa boca! —me espetó mi padre—. No estoy dispuesto a escuchar esas zarandajas durante todo el camino hasta que lleguemos al castillo del príncipe Feodor

—¡Hasta que lleguéis al infierno! —exclamó el viejo sacerdote—. Llevas a mi novicio a la muerte.

—¡Vosotros lleváis a vuestros novicios a una fosa! Tomáis las manos que han pintado estas maravillas...

—Las pintó Dios —murmuré secamente—, y tú lo sabes, padre. Deja de dar el espectáculo con tu irreverencia y tu beligerancia.

Monté en mi caballo con el icono envuelto en lana atado al pecho.

—¡No creo que mi hermano Feodor haya muerto! —exclamó el príncipe, tratando de controlar a su caballo y colocarlo junto al de mi padre—. Quizás esos viajeros vieron otro castillo en ruinas, un viejo...

—Nada sobrevive en los páramos —afirmó el anciano sacerdote—. No llevéis a Andrei, príncipe. Os lo ruego.

El sacerdote echó a correr junto a mi caballo.

—¡No hallarás nada, Andrei, sólo hierba salvaje agitada por el viento y unos pocos árboles! Coloca el icono en las ramas de un árbol. Deposítalo allí tal como Dios desea, para que cuando lo encuentren los tártaros se percaten de su poder divino. Deposítalo ahí para que lo hallen los paganos, y regresa a casa.

Caían unos copos de nieve tan espesos que no pude ver el rostro del sacerdote. Alcé la vista y contemplé las destartaladas cúpulas de nuestra catedral, esos vestigios de gloria bizantina que nos habían legado los

invasores mongoles, quienes se cobraban su cruel tributo a través de nuestro príncipe católico. ¡Qué aspecto tan triste y desolado tenía mi tierra! Cerré los ojos añorando el cubículo de barro de la cueva, el olor a tierra, los sueños de Dios y su infinita bondad que acudirían a mí cuando estuviera medio sepultado.

Regresa a mí, Amadeo. Regresa. ¡No dejes que tu corazón se detenga!

Me volví apresuradamente.

—¿Quién me llama? —pregunté.

A través del espeso velo blanco de nieve vislumbré la remota ciudad de cristal, negra y resplandeciente como si ardiera en el fuego del infierno. Unas columnas de humo se alzaban para alimentar las siniestras nubes del oscuro cielo. Partí a caballo hacia la ciudad de cristal.

—¡Andrei! —gritó mi padre a mis espaldas.

Regresa a mí, Amadeo. ¡No dejes que tu corazón se detenga!

De pronto, cuando tiré con fuerza de las riendas para controlar a mi montura, el icono cayó al suelo. El envoltorio de lana se había aflojado. Seguimos avanzando. El icono rodó por la colina junto a nosotros, rebotando y chocando contra las piedras mientras la lana se deshacía. Vi el rostro resplandeciente de Cristo.

Unos brazos vigorosos me aferraron y alzaron como si me arrancaran de un vertiginoso remolino.

—¡Suéltame! —protesté. Al volverme, vi el icono sobre la tierra helada. Los ojos de Cristo estaban fijos en mí, observándome de modo inquisitivo.

Noté unos dedos que me oprimían las sienes. Pestañeé y abrí los ojos. La habitación estaba inundada de calor y de luz. Ante mí vi el rostro del maestro; sus ojos azules estaban inyectados en sangre.

—¡Bebe, Amadeo! —ordenó—. ¡Bebe de mí!

Me incliné sobre su cuello. La sangre comenzó a manar de su vena, deslizándose a raudales por el cuello de su túnica dorada. Oprimí los labios sobre su arteria y succioné.

Su sangre me abrasó y emití un grito de gozo.

—¡Bebe, Amadeo! ¡Succiona con fuerza!

Yo tenía la boca llena de sangre. Apreté los labios sobre su carne blanca y satinada para no desperdiciar una sola gota. Tragué con avidez. Vi vagamente a mi padre cabalgando a través de los páramos, una poderosa figura vestida de cuero, con la espada sujeta al cinto, la pierna doblada y

enfundada en una vieja y gastada bota marrón, el pie instalado firmemente en el estribo. Mi padre se volvió hacia la izquierda, erguido en la silla, moviéndose armoniosamente al paso de galope de su caballo blanco.

—¡Está bien, abandóname, cobarde, descarado! ¡Abandóname en este erial! —gritó—. ¡He rezado para que no te enterraran en sus asquerosas catacumbas, Andrei, en sus siniestras celdas de tierra! ¡Y mi ruego ha sido atendido! ¡Ve con Dios, Andrei!

El maestro, de pie frente a mí, me miró arrobado; su hermoso rostro semejaba una llama blanca junto a la oscilante luz dorada de las innumerables velas.

Yo yacía en el suelo. Mi cuerpo vibraba estimulado por su sangre. Me puse en pie; estaba mareado.

—Maestro.

Éste, situado al otro extremo de la habitación, con los pies desnudos sobre el pulido suelo de mármol rosa y los brazos extendidos, respondió:

—Acércate, Amadeo, camina hacia mí y descansa.

Yo traté de obedecerle. Los colores de la habitación me aturdían. Contemplé *El cortejo de los Reyes Magos*.

—¡Qué imagen tan vívida, tan real! —exclamé.

—Acércate, Amadeo.

—Me siento muy débil, maestro. Voy a desmayarme. Me siento morir en esta gloriosa luz.

Avancé hacia él pasito a paso, lentamente, aunque me parecía imposible. De pronto tropecé y caí.

—Si no puedes caminar, acércate de rodillas. Vamos, acércate.

Me agarré a su túnica, desmoralizado al alzar la vista y contemplar la enorme distancia que debía recorrer hasta alcanzar lo que ansiaba. Extendí la mano y así su codo derecho, que él dobló para facilitarme la tarea. Comencé a incorporarme, sintiendo la textura del tejido dorado sobre mi rostro. Poco a poco enderecé las piernas hasta lograr ponerme de pie. Le abracé de nuevo, buscando la fuente que ansiaba, y bebí con avidez.

Su sangre se precipitó como un torrente dorado por mi garganta. Me recorrió las piernas y los brazos. Me había convertido en un titán.

—Dámela —murmuré, abrazándolo con fuerza—. Dámela.

Saboreé durante unos instantes el sabor de su sangre en mis labios antes de que se deslizara por mi garganta.

Tuve la sensación de que sus manos frías como el mármol me estrujaban el corazón. Oí cómo se debatía, latiendo, sus válvulas abriéndose y cerrándose, el sonido húmedo de su sangre invadiéndolo, las válvulas abriéndose para recibirla, utilizarla, mi corazón haciéndose más grande y más fuerte, mis venas convirtiéndose en unos conductos metálicos invencibles de este potente líquido.

Caí al suelo. Él permaneció de pie junto a mí, tendiéndome las manos.

—Levántate, Amadeo. Levántate y abrázame. Toma mi sangre.

Yo rompí a llorar. Mis lágrimas no eran rojas, pero tenía la mano manchada de sangre.

—Ayúdame, maestro.

—Eso hago. Levántate, busca la herida.

Me levanté con las renovadas fuerzas que me había procurado su sangre, como si de pronto fuera capaz de superar toda limitación humana. Me abalancé sobre él y le abrí la túnica en busca de la herida.

—Debes hacerme una nueva herida, Amadeo.

Clavé los dientes en su carne. La sangre penetró en mi boca a borbotones. Oprimí mis labios sobre la herida.

—Fluye a través de mis venas —musité.

Cerré los ojos. Vi el páramo, la hierba sacudida por el viento, el cielo azul celeste. Mi padre seguía avanzando a caballo seguido por un reducido grupo de acompañantes. ¿Estaba yo entre ellos?

—¡Recé para que lograras escapar! —gritó soltando una carcajada—. ¡Y a fe mía que lo has conseguido, Andrei! ¡Malditos seáis tú, tu descarada lengua y tus manos mágicas de pintor! ¡Condenado mocoso deslenguado! —Mi padre continuó riendo mientras cabalgaba a través de la hierba, que se doblegaba al paso de su montura.

—¡Mira, padre! —traté de gritar. Deseaba que viera las ruinas del castillo. Pero tenía la boca llena de sangre. Los sacerdotes estaban en lo cierto. La fortaleza del príncipe Feodor estaba destruida, y el príncipe había muerto hacía mucho. Cuando alcanzaron el primer montón de piedras cubiertas de parras, el caballo de mi padre se encabritó.

De pronto sentí el suelo de mármol bajo mis pies, maravillosamente cálido. Me incorporé. Mareado, observé el dibujo rosa, denso, profundo, prodigioso, como agua helada convertida en mármol. Habría podido contemplarlo eternamente.

—Levántate, Amadeo. Una vez más.

Esta vez me resultó más fácil enderezarme hasta alcanzar su brazo y luego su hombro. Traspasé la carne de su cuello con mis dientes. La sangre me inundó de nuevo la boca, revelándome toda mi forma en la negrura de mi mente. Vi el cuerpo del muchacho que era yo, sus brazos y piernas, mientras aspiraba con esta forma el calor y la luz que me rodeaban, como si todo mi ser se hubiera convertido en un inmenso órgano multicolor cuya función era ver, oír, respirar. Respiré con millones de minutos y diminutas bocas que succionaban con energía. Me sentí saciado de sangre.

Contemplé a mi maestro. Observé en su rostro un ligero cansancio, un leve dolor en sus ojos. Por primera vez observé en su rostro los surcos de su antigua humanidad, las suaves e inevitables arrugas en las esquinas de sus ojos, serenos y entornados.

El tejido de su túnica brillaba bajo la luz de las velas, que arrancaba unos reflejos dorados con cada pequeño movimiento suyo. El maestro señaló la pintura de *El cortejo de los Reyes Magos*.

—Tu alma y tu cuerpo físico están ahora unidos para siempre —declaró —. Y a través de tus sentidos vampíricos, la vista, el tacto, el olfato y el gusto, descubrirás el mundo. No lo descubrirás dándole la espalda para penetrar en las tenebrosas entrañas de la tierra, sino abriendo los brazos para percibir el esplendor absoluto de la creación de Dios y los milagros que ha hecho, mediante su divina indulgencia, a través de las manos de los hombres.

Las multitudes ataviadas con ropajes de seda de *El cortejo de los Reyes Magos* parecían moverse. De nuevo oí los cascos de los caballos sobre la mullida tierra y las pisadas de los hombres calzados con botas. De nuevo creí ver a lo lejos los mastines corriendo por la ladera. Vi la abundancia de flores y plantas estremeciéndose bajo el aire que levantaba la procesión que desfilaba junto a ellas; vi los pétalos desprenderse de las flores. Unos fantásticos animales retozaban en el frondoso bosque. Vi al orgulloso príncipe Lorenzo, montado en su caballo, volver su rostro juvenil, al igual que había hecho mi padre, para mirarme. Más allá de él se extendía un mundo infinito, un mundo compuesto por riscos blancos, cazadores montados en sus alazanes, rodeados por unos mastines que brincaban y correteaban alegremente.

—Ha desaparecido para siempre, maestro —declaré con voz firme y

resonante, acorde con la escena que contemplaba.

—¿A qué te refieres, hijo mío?

—A Rusia, la tierra de las estepas, de las siniestras celdas construidas en las húmedas entrañas de la Madre Tierra.

Me volví una y otra vez. De la multitud de velas emanaban otras tantas columnas de humo. La cera se deslizaba y goteaba sobre los candelabros de plata que las contenían, cayendo sobre el inmaculado y pulido suelo. El suelo semejaba el mar, tan transparente, tan satinado; sobre las nubes plasmadas en la pintura se extendía un cielo infinito de un maravilloso color azul celeste. De las nubes emanaba una bruma, una cálida bruma de verano fruto de la mezcla de tierra y mar.

Contemplé de nuevo la pintura. Me acerqué con las manos extendidas y observé los castillos blancos sobre las colinas, los árboles exquisitamente dibujados, el yermo feroz y sublime que aguardaba con paciencia que lo recorriera perezosamente con mi vista clara y diáfana.

—¡Qué riqueza! —murmuré.

No había palabras para describir las intensas tonalidades castañas y doradas de la barba de los exóticos magos, o las sombras que danzaban sobre la cabeza del caballo blanco, o el rostro del hombre calvo que lo conducía de las riendas, o la gracia de los cuellos arqueados de los camellos, o la profusión de flores aplastadas bajo los silenciosos pasos de la comitiva.

—Lo veo con todo mi ser —suspiré. Cerré los ojos y me apoyé en el muro, evocando todos los aspectos de la pintura a medida que la cúpula de mi mente se convertía en esta habitación, como si yo mismo la hubiera pintado—. Lo veo todo, sin omitir detalle —musité.

Sentí los brazos de mi maestro rodeándome el pecho. Sentí que me besaba el pelo.

—¿Ves de nuevo la ciudad de cristal? —preguntó.

—¡Puedo crearla! —respondí. Apoyé la cabeza en su pecho. Abrí los ojos y extraje de la abundancia de pintura que tenía ante mí los colores que necesitaba, y creé en mi imaginación esa metrópoli de límpido y chispeante cristal, hasta que sus torres arañaron el firmamento—. Ahí está, ¿la ves?

Con frases atropelladas y risas de gozo describí las fulgurantes torres verdes, amarillas y azules que brillaban bajo la luz celestial.

—¿Las ves? —pregunté.

—No, pero tú sí —respondió el maestro—. Y con eso basta.

Nos vestimos en la penumbra de la habitación, antes de que amaneciera.

Nada resultaba difícil, nada poseía su antiguo peso y resistencia. Para abrocharme el jubón no tenía más que deslizar mis dedos sobre él.

Bajamos apresuradamente la escalera, que parecía desvanecerse bajo mis pies, y salimos a la oscuridad de la noche.

No me costaba el menor esfuerzo trepar por los resbaladizos muros de un palacio, apoyar mis pies en las hendiduras entre las piedras, sujetarme a una enredadera mientras trataba de alcanzar los barrotes de una ventana y arrancar la pesada reja, que lanzaba con toda facilidad a las relucientes aguas verdes del canal. Qué grato era contemplar cómo se hundía, ver el agua saltar en torno al peso que se sumergía en ella, contemplar el resplandor de las antorchas en la superficie.

—Voy a saltar.

—Ven.

En el interior de la alcoba, el hombre se levantó de su escritorio. Se había abrigado con una bufanda de lana para protegerse del frío. Lucía una bata azul oscuro con una orla dorada. Era un hombre rico, un banquero, amigo de los florentinos, pero no lloraba su muerte sobre las páginas de pergamino que olían a tinta, sino que calculaba las inevitables ganancias tras la muerte de todos sus socios, asesinados con una espada o cuchillo o envenenados, en una sala de banquetes privada.

¿Sospechaba que éramos nosotros los autores, el hombre ataviado con una capa roja y el muchacho de pelo castaño que habían irrumpido a través de la ventana situada en el cuarto piso de su palacio en una gélida noche invernal?

Me arrojé sobre él como si fuera el amor de mi joven vida y le arranqué la bufanda que cubría la arteria de la que iba a beber.

Él me imploró que no lo hiciera, que dijera mi precio. El maestro observaba la escena en silencio, con los ojos clavados en mí, mientras el hombre me suplicaba que le perdonara la vida y yo hacía caso omiso de sus súplicas, palpándole el cuello en busca de la vena pulsante e irresistible.

—Necesito vuestra vida, señor —murmuré—. La sangre de los ladrones es espesa, ¿no es cierto?

—¡Detente, hijo mío! —gritó el hombre aterrorizado—. ¿Cómo es posible que Dios envíe su justicia de esta forma atroz?

Esa sangre humana tenía un sabor amargo, intenso, rancio, aderezada con el vino que mi víctima había bebido y las hierbas del asado que había comido. A la luz de las lámparas, mientras se deslizaba entre mis dedos antes que pudiera lamerla, observé que tenía un tono purpúreo.

Al succionar el primer chorro de sangre, noté que el corazón de mi víctima se detenía.

—Despacio, Amadeo —me advirtió el maestro.

Yo le solté, y el corazón reanudó sus latidos.

—Eso es, bebe lentamente, dejando que el corazón bombee la sangre, así, oprímele el cuello con suavidad para no hacerle sufrir, pues no existe peor sufrimiento que saber que vas a morir.

Caminamos por el estrecho canal. No era necesario que estuviera atento a no perder el equilibrio, aunque tenía la vista fija en las profundas aguas cantarinas que discurrían a través de los numerosos conductos de piedra desde el lejano mar. Sentí deseos de tocar el musgo verde y húmedo adherido a las piedras.

Nos detuvimos en una pequeña plaza, desierta, ante la puerta rectangular de una imponente iglesia de piedra. La puerta estaba cerrada a cal y canto. Al igual que los postigos de las ventanas. Había sonado el toque de queda. Todo estaba en silencio.

—Una vez más, hermoso mío, para darte fuerzas —dijo mi maestro.

Al tiempo que sus mortíferos incisivos se clavaban en mi carne, me sujetó con fuerza para impedir que escapara.

—Ha sido un sucio truco. ¿Vas a matarme? —murmuré. Me sentía impotente; ni el esfuerzo más sobrenatural me habría librado de sus garras.

Sus labios oprimieron mi vena, haciendo que la sangre brotara a borbotones, mientras yo agitaba los brazos y pataleaba como un ahorcado. Me esforcé en conservar el conocimiento. Traté de soltarme, pero él siguió bebiendo, succionando la sangre de todas las fibras de mi cuerpo.

—Ahora bebe una vez más mi sangre, Amadeo.

El maestro me propinó un golpe en el pecho que casi me derribó al suelo. Estaba tan débil que tuve que asirme a su capa para no caer. Me incorporé y le rodeé el cuello con un brazo. Él retrocedió, enderezándose, entorpeciendo mi labor. Pero yo estaba resuelto a burlarme de él y de sus lecciones.

—Muy bien, mi dulce maestro —respondí, hincándole de nuevo los

dientes en el cuello—. Te tengo en mi poder y te chuparé hasta la última gota de sangre, a menos que reacciones con rapidez.

En aquel momento me percaté de que tenía unos incisivos tan diminutos como él.

El maestro lanzó una risotada, lo cual intensificó mi placer, pues me pareció cómico que ese ser a quien me proponía chuparle la sangre se riera de mis pequeños incisivos.

Me arrojé sobre él con todas mis fuerzas, tratando de arrancarle el corazón del pecho. Él soltó un grito seguido de una carcajada de asombro. Bebí su sangre, ingiriéndola con avidez al tiempo que emitía un ruido ronco y grosero.

—Grita, quiero oírte gritar de nuevo —murmuré, bebiendo su sangre, abriendo la herida con los dientes, mis nuevos dientes largos y afilados, unos incisivos destinados a matar—. ¡Grita pidiendo misericordia!

Él emitió una risa deliciosa.

Seguí bebiendo un trago tras otro de sangre, satisfecho y orgulloso de tenerlo en mi poder, de haberle hecho caer de rodillas en medio de la plaza, de sostenerlo inmovilizado por más que él se debatía tratando de soltarse.

—¡No puedo beber más! —declaré, tumbándome sobre las piedras.

El gélido cielo era de color negro y estaba tachonado de estrellas blancas y refulgentes. Lo contemplé deliciosamente consciente de las piedras sobre las que yacía, de la dureza que sentía debajo de la espalda y la cabeza. No me preocupaba la tierra húmeda, el peligro de contraer una enfermedad. No me preocupaban los bichos que pudieran aparecer de noche. No me preocupaba lo que pudiera pensar la gente que se asomara a las ventanas de su casa y me viera. No me preocupaba que fuera de noche. Miradme, estrellas. Miradme al igual que yo os miro a vosotras.

Los diminutos ojos del cielo me observaron, silenciosos y resplandecientes.

Empecé a morir. Sentí un intenso dolor en la boca del estómago que, al cabo de unos instantes, se extendió al vientre.

—Ahora todo lo que queda de un joven mortal en ti desaparecerá —anunció mi maestro—. No temas.

—¿No volveré a oír música? —murmuré. Me di la vuelta y abracé al maestro, quien estaba tumbado junto a mí con la cabeza apoyada en el codo. Él me estrechó contra su pecho.

—¿Quieres que te cante una nana? —preguntó suavemente.

Yo me aparté. De mi cuerpo brotaba un líquido inmundo. Sentí vergüenza, pero ese sentimiento se disipó al poco rato. El maestro me tomó en brazos, con la facilidad que le caracterizaba, y oculté el rostro en su cuello. El viento soplaba con fuerza.

Luego sentí las frías aguas del Adriático, como si flotara sobre el inconfundible oleaje del mar. El agua de mar era salada, deliciosa, no representaba una amenaza. Me volví y, al comprobar que estaba solo, traté de conservar la serenidad. Me hallaba mar adentro, cerca de la isla del Lido. Volví la vista hacia la isla principal, y a través del numeroso grupo de barcos anclados en el puerto, vi las antorchas del Palacio Ducal, con una visión extraordinariamente clara.

Percibí las voces confusas del puerto, como si yo estuviera nadando en secreto entre los barcos, aunque no era así.

Qué maravilloso poder escuchar estas voces, ser capaz de concentrarme en una determinada voz y escuchar las frases más o menos coherentes que pronunciaban a esas horas de la mañana, y luego concentrarme en otra y tratar de asimilar lo que decía.

Floté durante un rato bajo la cúpula celeste, hasta que el dolor de vientre desapareció. Me sentía limpio, y no deseaba estar solo. Di la vuelta y empecé a nadar hacia el puerto, sumergiéndome bajo la superficie del agua cuando me acercaba a los barcos.

Lo que más me asombró fue poder contemplar el fondo del mar. Mis ojos vampíricos contenían la suficiente luz para permitirme ver las inmensas anclas clavadas en el fondo de la laguna, y las grandes quillas de las galeras. Era un universo submarino. Deseé explorarlo más detenidamente, pero oí la voz de mi maestro, no una voz telepática, como diríamos ahora, sino una voz audible, llamándome con suavidad para que regresara a la plaza, donde él me aguardaba.

Me quité la ropa que había ensuciado y salí del agua desnudo. Eché a correr hacia él bajo el frío aire de la noche, aunque éste no me molestaba. Al verlo, extendí los brazos y sonreí.

El maestro sostenía una capa de piel, que abrió para recibirme, secándome el pelo con ella y echándola luego sobre mis hombros para cubrirme.

—¿Te complace tu nueva libertad? Como habrás notado, la frialdad de

las piedras no hiere tus pies. Si te cortas, tu piel cicatrizará enseguida, y ningún bichejo nocturno te repelerá. No pueden hacerte daño. No contraerás ninguna enfermedad. —El maestro me cubrió de besos—. Podrás alimentarte incluso de la sangre más pestilente, pues tu cuerpo sobrenatural la limpiará a medida que la asimile. Te has convertido en un ser poderoso y aquí, en tu pecho, que toco con mi mano, está tu corazón, tu corazón humano.

—¿De veras, maestro? —pregunté. Me sentía eufórico, con ganas de divertirme—. ¿Cómo es que tienes un aspecto tan humano?

—¿Es que me consideras inhumano, Amadeo? ¿Me consideras cruel?

Mi cabello se secó casi al instante. El maestro y yo echamos a andar del brazo y abandonamos la plaza. La capa de piel me cubría por completo.

Al comprobar que yo no respondía, el maestro se detuvo, me abrazó de nuevo y me besó con pasión.

—¿Me amas como antes? —pregunté.

—Claro que sí —repuso él. Me abrazó con fuerza y me besó en el cuello, los hombros y el pecho—. Ya no puedo lastimarte, no puedo matarte sin querer con mi abrazo. Eres mío, de mi carne y mi sangre.

Marius se detuvo. Estaba llorando. No quería que yo lo notara. Cuando traté de acariciarle el rostro con mis impertinentes manos y obligarle a volverse, apartó la cara.

—Te amo, maestro —dije.

—Presta atención —repuso, apartándome bruscamente para ocultar sus lágrimas. Luego señaló el cielo y agregó—: Si prestas atención, sabrás siempre cuándo está a punto de amanecer. ¿Lo sientes? ¿Oyes el canto de los pájaros? En todos los lugares del mundo hay pájaros que se ponen a cantar poco antes de que amanezca.

En aquel momento se me ocurrió una idea, horrible y siniestra, de que una de las cosas que más había añorado en el Monasterio de las Cuevas, situado a los pies de Kíev, era el sonido de los pájaros. Cuando iba a cazar con mi padre en las estepas, buscando unos árboles donde ocultarnos con nuestras monturas, me deleitaba oír el canto de las aves. No pasábamos mucho tiempo en aquellas míseras chozas junto al río en Kíev sin emprender uno de esos viajes prohibidos a las estepas de las que muchos no regresaban jamás.

Sin embargo, todo eso había terminado. Ahora me encontraba en la

encantadora Italia, en la Serenísima. Tenía a mi maestro y la voluptuosa magia de su transformación.

—Por eso me llevó a las estepas —musité—. Por eso me sacó del monasterio el último día.

El maestro me miró con tristeza.

—Espero que sea así —dijo—. Lo que sé de tu pasado lo averigüé en tu mente cuando me la revelaste, pero ahora permanece cerrada porque te he convertido en un vampiro, como yo, y ya no podemos penetrar en la mente del otro. Estamos demasiado compenetrados, la sangre que compartimos produciría un ruido ensordecedor en nuestros oídos si tratáramos de comunicarnos en silencio. De modo que he desechado de mi mente esas espantosas imágenes del monasterio subterráneo que aparecían con toda nitidez en tus pensamientos, aunque te atormentaban hasta el punto de hacerte enloquecer.

—Me atormentaban, sí, pero esas imágenes han desaparecido como hojas que se desprenden de un libro y el viento se las lleva volando. Han desaparecido para siempre.

El maestro echó a andar más deprisa, arrastrándome del brazo. Pero no nos dirigimos a casa, sino que enfilamos por otro camino a través de unos laberínticos callejones.

—Vamos a visitar nuestra cuna —propuso—, nuestra cripta, nuestro lecho que constituye nuestra sepultura.

Entramos en un palacio dilapidado, habitado tan sólo por unos pocos mendigos que dormían entre sus ruinas. No me sentí a gusto allí. Marius me había acostumbrado a los lujos. No obstante, le seguí dócilmente y al poco rato penetramos en un sótano, lo cual parece imposible en la húmeda Venecia, pero se trataba efectivamente de un sótano. Bajamos por una escalera de piedra y pasamos frente a unas recias puertas de bronce, que un hombre no era capaz de abrir, hasta hallar en la oscuridad la estancia que él andaba buscando.

—Observa el truco —dijo el maestro—, que alguna noche tú mismo podrás poner en práctica.

Oí un chisporroteo y un pequeño estallido, y al instante comprobé que sostenía una antorcha encendida. La había encendido con el solo poder de su mente.

—Con cada década que transcurra te harás más fuerte, y con cada siglo

comprobarás muchas veces durante tu larga existencia que tus poderes han aumentado como por arte de magia. Ponlos a prueba con tiento, y protege lo que descubras. Utiliza lo que descubras con cautela. No menosprecies ningún poder, pues sería tan absurdo como menospreciar tu fuerza.

Yo asentí, contemplando fascinado la llama de la antorcha. Jamás había contemplado unos colores semejantes en el fuego, el cual no me produjo aversión, aunque sabía que el fuego era prácticamente la única cosa capaz de destruirme. Él mismo me lo había dicho.

Marius me indicó que contemplara la estancia en la que nos hallábamos. Era una cámara espléndida, revestida de oro, hasta el techo. En el centro había dos sarcófagos de piedra, cada uno adornado con una figura tallada al estilo antiguo, es decir, con una expresión más severa y solemne de lo habitual; al aproximarme, vi que las figuras consistían en unos caballeros ataviados con unos cascos y unas largas túnicas; yacían con unas espadas esculpidas junto a ellos, sus manos enguantadas unidas como si rezaran, sus ojos cerrados en un sueño eterno. Cada figura había sido recubierta de oro y plata, y adornada con multitud de pequeñas gemas. Los cinturones de los caballeros estaban engarzados con amatistas. Las pecheras de sus túnicas ostentaban zafiros y en las empuñaduras de sus espadas relucían unos topacios.

—¿No es una imprudencia guardar esta fortuna debajo de este edificio en ruinas, donde cualquier ladrón podría apoderarse de ella? —pregunté.

Mi maestro lanzó una sonora carcajada.

—¿Pretendes enseñarme a ser cauto? —preguntó sonriendo—. ¡Qué descaro! Ningún ladrón puede penetrar aquí. No mediste tus fuerzas cuando abriste esa puerta. Fíjate en el cerrojo que he echado después de que hubiéramos entrado. Trata de levantar la tapa de ese ataúd. Anda, inténtalo. Veamos si tu fuerza es equiparable a tu impertinencia.

—No pretendía ser impertinente —protesté—. Gracias a Dios que sonríes. —Alcé la tapa del ataúd y moví la parte inferior a un lado. No me costó ningún esfuerzo, aunque sabía que era de piedra y pesaba mucho—. Ya entiendo —comenté con timidez, mirándole con una sonrisa radiante e inocente. El interior del ataúd estaba forrado con damasco color púrpura.

—Acuéstate en esa cuna, hijo mío —ordenó Marius—. No temas mientras aguardas que salga el sol. Cuando ocurra, te quedarás profundamente dormido.

—¿No puedo acostarme contigo?

—No, debes acostarte en este lecho que he preparado para ti. Yo me tenderé en ese ataúd junto al tuyo, el cual no es lo suficientemente amplio para que quepamos los dos. Pero ahora eres mío, Amadeo. Regálame un último beso tuyo. ¡Ah, qué dulzura!

—No dejes que te enoje nunca más, maestro. No permitas...

—No, Amadeo, desafíame, interrógame, sé mi pupilo descarado e ingrato —respondió Marius. Parecía triste. Señaló el ataúd y me empujó suavemente hacia él. El damasco color púrpura relucía.

—Soy muy joven para tenderme en este ataúd —murmuré.

Su rostro se ensombreció, como si mis palabras le hubieran herido. Me arrepentí de haberlas pronunciado. Quería decir algo para remediar mi torpeza, pero él me indicó que me metiera en el ataúd.

¡Qué frío estaba, y qué duro pese a los cojines! Coloqué la tapa en su lugar y permanecí tendido en él, inmóvil. Al cabo de unos instantes, oí a Marius retirar la tapa de su ataúd e introducirse en él.

—Buenas noches, amor mío, mi joven amante, hijo mío —dijo.

Mi cuerpo se relajó. Qué sensación tan deliciosa. Qué nuevo era todo para mí.

Lejos, en mi tierra natal, los monjes cantaban en el Monasterio de las Cuevas.

Adormilado, pensé en todas las cosas que recordaba. Había regresado a mi hogar, en Kíev. Había creado con mis recuerdos una imagen para que me enseñara todo cuanto debía aprender. En los postreros momentos antes de perder la conciencia, me despedí de ellos para siempre, de sus creencias y de las limitaciones que éstas imponían.

Imaginé *El cortejo de los Reyes Magos*, el magnífico cuadro que resplandecía sobre el muro de la galería del maestro, la procesión que al anochecer podría examinar de nuevo a mi antojo. En mi alma febril, en mi flamante corazón vampírico, tuve la certeza de que los Reyes Magos habían acudido no sólo para asistir al nacimiento de Jesús, sino para asistir también a mi reencarnación.

OceanofPDF.com

9

Si yo creía que mi transformación en un vampiro significaba el fin de mi instrucción o aprendizaje con Marius, estaba muy equivocado. Mi maestro no me dio de inmediato libertad para que me deleitara con mis nuevos poderes.

La noche posterior a mi metamorfosis, comenzó mi educación en serio. Marius deseaba prepararme no para una vida temporal, sino para la eternidad.

Mi maestro me informó de que había sido transformado en vampiro hacía casi mil quinientos años, y que existían muchos seres de nuestra especie en el mundo. Reservados, recelosos y por lo general tristes y solitarios, esos peregrinos de la noche, como los llamaba Marius, no solían estar preparados para la inmortalidad, y sus miserables existencias consistían en una serie de desastres hasta que la desesperación hacía presa en ellos y se inmolaban en una siniestra hoguera o dirigiéndose hacia el sol.

En cuanto a los muy ancianos, que al igual que mi maestro habían logrado prescindir olímpicamente del paso de los imperios y las épocas, en su mayoría eran unos misántropos que vagaban por el mundo en busca de ciudades donde poder reinar soberanos entre los mortales, ahuyentando a los novicios que trataban de compartir su territorio, aunque significara destruir a otras criaturas de su especie.

Venecia constituía el territorio incontestable de mi maestro, su coto de caza y su arena particular, en la que presidía sobre los juegos que él mismo había elegido por ser los que más le interesaban y divertían a esas alturas de la vida.

—Todo pasa —dijo—, salvo tú. Presta atención a lo que digo porque mis lecciones son ante todo unas lecciones de supervivencia; los aderezos vendrán más tarde.

La lección principal era que sólo debíamos matar al «malhechor». En los siglos más nebulosos de épocas pasadas, esto había sido un compromiso

solemne en los vampiros. De hecho, en tiempos paganos nos rodeaba una extraña religión según la cual los vampiros éramos venerados como portadores de justicia a aquellos que habían cometido un delito.

—Nunca permitiremos que esas supersticiones nos rodeen de nuevo a nosotros y el misterio de nuestros poderes. No somos infalibles. No cumplimos un encargo divino. Vagamos por la Tierra como gigantescos felinos de las grandes selvas, sin más derecho a matar a nuestras víctimas que cualquier ser viviente.

»Pero es un principio infalible que matar a un inocente hace que enloquezcas. Créeme, por tu propia tranquilidad de espíritu debes alimentarte de seres perversos, debes aprender a amarlos en toda su inmundicia y degeneración, y regodearte con las visiones de su maldad que inevitablemente invadirán tu corazón y tu alma en el momento de la matanza.

»Si matas a un inocente, más pronto o más tarde sentirás remordimientos, los cuales te llevarán a la impotencia y a la desesperación. Quizá pienses que eres demasiado cruel y frío para sucumbir a esos sentimientos. Quizá te creas superior a los seres humanos y disculpes tus excesos depredadores, alegando que actúas movido por la necesidad de obtener la sangre que necesitas para sobrevivir. Pero a la larga ese argumento no da resultado.

»A la larga, comprenderás que eres más humano que monstruo, que todos tus rasgos nobles derivan de tu humanidad, y que tu naturaleza superior sólo puede conducirte a valorar más a los seres humanos. Te compadecerás de tus víctimas, incluso las más ruines, y llegarás a amar a los seres humanos con tal intensidad que algunas noches preferirás pasar hambre antes que alimentarte de su sangre.

Yo acepté sus consejos de mil amores, y no tardé en sumergirme con mi maestro en el tenebroso submundo de Venecia, el ambiente de tabernas y vicio que, como el misterioso «aprendiz» vestido de terciopelo de Marius de Romanus, jamás había contemplado con anterioridad. Por supuesto, había frecuentado algunas tabernas, conocía a las cortesanas de moda como nuestra estimada Bianca, pero no conocía a los ladrones y asesinos de Venecia, los cuales me procuraron el alimento que precisaba.

No tardé en comprender a qué se refería el maestro al decir que debía cultivar la pasión por el mal y mantenerla. Las visiones que percibía al atacar a mis víctimas se hicieron cada vez más intensas. Comencé a ver

brillantes colores cuando me abalanzaba sobre un incauto. A veces, veía esos colores danzando en torno a mis víctimas antes de atacarlas. Algunos hombres caminan seguidos de unas sombras teñidas de rojo, y otros emanan una potente luz de color naranja. La ira de mis víctimas más rastreras y tenaces a menudo se plasmaba en un resplandor amarillo vivo que me cegaba, me abrasaba, tanto en el momento de atacarlas como mientras les chupaba la sangre hasta acabar con ellas.

Al principio, yo era un asesino violento e impulsivo. Tras haberme depositado Marius en un nido de asesinos, me puse manos a la obra con una furia desmedida, sacando a mis presas de una taberna o una posada de mala muerte, acorralándolas en la calle y destrozándoles el cuello como si yo fuera un perro rabioso. Bebía con tal avidez que con frecuencia les estallaba el corazón. Una vez que el corazón ha dejado de latir, una vez que la persona ha muerto, no puedes seguir bebiendo su sangre. De modo que es un mal sistema.

Pero mi maestro, a pesar de sus nobles discursos sobre las virtudes de los humanos y su insistencia en que debíamos asumir nuestras responsabilidades, me enseñó a matar con elegancia.

—Tómatelo con calma —me aconsejaba mientras caminábamos junto a los estrechos canales por donde merodeaban nuestras posibles presas. Viajábamos en góndola, aguzando nuestros oídos sobrenaturales para captar alguna conversación interesante—. La mayoría de las veces no tienes que entrar en una casa para atraer a una víctima. Quédate fuera, afánate en adivinar los pensamientos del individuo, arrójale un cebo silencioso. Si adivinas sus pensamientos, es casi seguro que él recibirá tu mensaje. Puedes atraerlo sin palabras, ejercer una atracción irresistible con el poder de tu mente. Y cuando salga, arrójate sobre él.

»No es necesario hacerle sufrir, ni siquiera derramar su sangre. Abraza a tu víctima, ámala. Acaríciala despacio y clava tus dientes en ella con precaución. Luego bebe tan lentamente como puedas. De este modo su corazón seguirá latiendo hasta que hayas terminado.

»En cuanto a las visiones, y esos colores que dices ver, trata de sacar provecho de ello. Deja que la víctima en su agonía te revele cuanto pueda sobre sí. Si percibes unas imágenes de su trayectoria vital, obsérvalas, saboréalas. Sí, saboréalas. Devóralas lentamente, al igual que su sangre. En cuanto a los colores, deja que penetren en ti. Deja que toda la experiencia te

inunde. Es decir, muéstrate a la vez activo y pasivo. Haz el amor a tu víctima. Y permanece atento para percibir el momento en que su corazón deja de latir. En esos momentos experimentarás una innegable sensación orgiástica, pero prescinde de ello.

»Abandona el cadáver en cuanto hayas terminado, o lame los restos de sangre que tenga la víctima en el cuello para disimular las huellas de tus dientes. Te resultará más fácil con una gota de tu sangre en la punta de la lengua. En Venecia los cadáveres abundan. No es necesario que te molestes en deshacerte de él. Pero cuando vayas en busca de una presa en las aldeas cercanas, debes enterrar los restos de tu víctima.

Yo me afanaba en asimilar esas lecciones. Cuando cazábamos juntos, experimentaba un placer indescriptible. No tardé en darme cuenta de que Marius había obrado con torpeza durante los asesinatos que había cometido en presencia mía antes de mi transformación. Comprendí, como creo haber puntualizado en este relato, que él deseaba que yo me compadeciera de esas víctimas, deseaba infundirme horror. Quería que yo considerara la muerte como una abominación. Pero debido a mi juventud, mi amor por él y la violencia que había padecido en mi corta existencia mortal, yo no había reaccionado como él deseaba.

Sea como fuere, lo cierto es que él era un asesino mucho más hábil que yo. A menudo atacábamos juntos a la misma víctima; mientras yo bebía del cuello de nuestra presa, él chupaba la sangre que brotaba de su muñeca. A veces prefería sostener con fuerza a la víctima mientras yo bebía toda su sangre.

Dada mi condición de novato, sentía ganas de beber sangre todas las noches. Podía pasar tres o cuatro sin ir en busca de una víctima, y a veces lo hacía, pero a la quinta noche de abstenerme, lo cual hacía para ponerme a prueba, me sentía tan débil que no podía levantarme del sarcófago. Esto significaba que, cuando estaba solo, tenía que matar al menos cada cuatro noches.

Mis primeros meses como vampiro fueron una orgía. Cada vez que me cobraba una víctima, sentía una emoción más intensa, más alucinante y deliciosa que la anterior. El mero hecho de contemplar un cuello desnudo me provocaba tal excitación que me convertía en una bestia, incapaz de razonar o contenerme. Cuando abría los ojos en la fría y pétrea oscuridad, imaginaba carne humana. La sentía en mis manos, la deseaba, y la noche no

ofrecía para mí más aliciente que el poder apoderarme de una víctima propiciatoria que satisficiera mi ansia.

Durante un buen rato después de haber matado a mi víctima, experimentaba una exquisita y vibrante sensación mientras su fragante sangre llegaba a todos los rincones de mi cuerpo, infundiendo su espléndido calor a mi rostro.

Esto, y sólo esto, bastaba para absorber todo mi interés, a pesar de mi juventud.

Sin embargo, Marius no estaba dispuesto a dejar que su joven e impulsivo depredador se regodeara con la sangre de sus víctimas sin más afán que saciar su sed cada noche.

—Tienes que aplicarte en las lecciones de historia, filosofía y derecho —me dijo—. No estás destinado a asistir a la Universidad de Padua. Estás destinado a perdurar.

De modo que después de cumplir nuestras macabras misiones, cuando regresábamos al palacio, mi maestro me obligaba a estudiar. Deseaba poner cierta distancia entre Riccardo, los otros y yo, con el fin de que no sospecharan el cambio que yo había experimentado.

Marius me dijo que mis compañeros estaban «informados» del cambio, aunque no se hubieran percatado de ello. Sus cuerpos sabían que yo ya no era humano, aunque sus mentes tardarían un tiempo en asimilar ese hecho.

—Muéstrales cortesía, amor y tolerancia, pero mantén las distancias —me advirtió Marius—. Para cuando logren asimilar ese hecho impensable, tú les habrás asegurado que no eres su enemigo, sino que sigues siendo Amadeo, el compañero que aman, y que aunque tú te hayas transformado, tu actitud hacia ellos no ha cambiado.

Comprendí que el consejo de Marius era oportuno. Mi cariño hacia Riccardo aumentó. En realidad quería mucho a todos mis compañeros.

—Pero, maestro —pregunté—, ¿no te irrita que ellos sean más lentos de reflejos y más torpes que yo? Siento un gran cariño por ellos, sí, pero eso no quita para que los veas bajo una luz más negativa que a mí.

—Amadeo —respondió el maestro suavemente—, todos ellos morirán.

Su rostro mostraba una expresión de profunda tristeza.

Lo sentí de forma inmediata y total, como lo sentía todo desde mi transformación. Eran unas sensaciones que me asaltaban como un torrente y de las que extraía unas lecciones muy útiles.

Todos van a morir. Sí, y yo soy inmortal.

A partir de entonces me mostré muy paciente con ellos, observándolos con atención, aunque procurando que ellos no se percataran, recreándome en todos los pormenores como si fueran unas aves exóticas porque... iban a morir.

Son muchas las cosas que deseo describir, demasiadas. No encuentro palabras para explicar todo lo que se me reveló durante aquellos primeros meses, lo cual no hizo sino confirmarse posteriormente.

Contemplé unos procesos a cuál más interesante; percibí el olor de la corrupción, pero también presencié el misterio y la magia del nacimiento y desarrollo de organismos vivos. Todos esos procesos, tanto si conducían a la maduración o a la tumba, me encantaban y fascinaban, salvo el de la desintegración de la mente humana.

Los estudios del ejercicio de gobierno y leyes eran más complicados. Aunque leía a gran velocidad y comprendía casi de inmediato la sintaxis, me costaba concentrarme en temas como la historia de la ley romana de los tiempos antiguos, y el gran código del emperador Justiniano, denominado *Corpus iuris civilis*, que según mi maestro era uno de los mejores códigos legislativos que se habían escrito.

—El mundo cada vez es mejor —afirmó Marius—. Con el transcurso de los siglos, la civilización muestra una mayor afición por la justicia, los hombres se afanan en repartir la riqueza que antiguamente constituía el botín de los poderosos, y las artes se benefician de este aumento de las libertades, haciéndose más imaginativas, más innovadoras y más bellas.

Yo esto lo comprendía sólo teóricamente. No tenía ninguna fe ni interés en las leyes. En términos generales, despreciaba las idea de mi maestro. No pretendo decir que le despreciaba a él, pero todo cuanto se refería a las leyes y las instituciones legales y gubernamentales me inspiraban un desprecio tan violento que ni yo mismo me lo explicaba.

Mi maestro me aseguró que lo comprendía.

—Naciste en una tierra salvaje e inculta —dijo—. Ojalá pudiera hacerte retroceder doscientos años en el tiempo, remontarte a los años antes de que Batu, hijo de Gengis Khan, saqueara la magnífica ciudad de Rus de Kíev, a la época en que las cúpulas de Santa Sofía eran doradas, y la gente estaba llena de ingenuidad y esperanza.

—Estoy harto de oír hablar de estos tiempos gloriosos —repuse

suavemente, pues no quería enojarlo—. Desde niño he oído infinidad de historias sobre esa época. En la mísera cabaña en la que vivíamos, a pocos metros del gélido río, escuchaba esas zarandajas mientras tiritaba junto al hogar. Nuestra casa estaba infestada de ratas. Lo único hermoso que había en ella eran los iconos y las canciones de mi padre. En ese lugar no existía más que depravación, y estamos hablando, como bien sabes, de una tierra inmensa. No puedes imaginar lo grande que es Rusia a menos que hayas estado allí, a menos que hayas viajado como hacía con mi padre a través de los helados bosques septentrionales hacia Moscú, Novgorod o Cracovia, en el este. —Me detuve unos momentos—. No quiero pensar en esos tiempos ni en ese lugar —declaré—. En Italia me parece imposible haber sobrevivido en un lugar como Rusia.

—Amadeo, la evolución de las leyes y el gobierno varía según los países y las culturas. Yo elegí Venecia, como te expliqué hace tiempo, porque es una gran república, y porque sus gentes están muy compenetradas con la Madre Tierra por el simple hecho de que son mercaderes que ejercen el comercio. Amo la ciudad de Florencia debido a que su noble familia, los Médicis, son banqueros, no unos aristócratas holgazanes que se niegan a trabajar en aras de los privilegios que según ellos les ha concedido Dios. Las grandes ciudades italianas se componen de hombres que trabajan, hombres que crean, y gracias a ello los sistemas son más humanos y los hombres y las mujeres de todos los estamentos sociales gozan de mayores oportunidades de prosperar.

Esa conversación me deprimió. ¿Qué me importaban a mí esas cosas?

—El mundo es tuyo, Amadeo —dijo el maestro—. Debes analizar los grandes momentos de la historia. Al cabo de un tiempo el estado del mundo empezará a preocuparte, y comprobarás, como todos los seres mortales, que no puedes cerrar los ojos ante ese hecho, y menos tú.

—¿Por qué? —pregunté irritado—. Claro que puedo cerrar los ojos. ¿Qué me importa que un hombre sea banquero o mercader? ¿Qué me importa vivir en una ciudad capaz de construir su flota mercante? Podría contemplar las pinturas de este palacio, maestro. Aún no he examinado todos los detalles de *El cortejo de los Reyes Magos*, y de muchas otras obras. Por no hablar de todas las pinturas que contiene esta ciudad.

El maestro meneó la cabeza.

—El estudio de la pintura te llevará al estudio del hombre, y el estudio

del hombre te llevará a lamentar o celebrar el estado del mundo de los hombres.

Yo no lo creía, pero no podía modificar el plan de estudios. Tenía que estudiar las materias que designara el maestro.

Mi maestro poseía muchas dotes de las que yo carecía, pero me aseguró que yo lograría adquirirlas con el tiempo. Podía encender fuego con su mente, siempre y cuando las circunstancias fueran favorables, es decir, podía encender una antorcha preparada con brea. Podía escalar un edificio con gran facilidad, sujetándose a los alféizares de las ventanas y trepando con airosos y ágiles movimientos, y podía adentrarse en mar abierto a nado.

Como es lógico, su visión y su oído vampíricos eran más agudos y poderosos que los míos; y a diferencia de él, que era capaz de sofocarlas de inmediato, yo tenía que soportar a menudo la intromisión de unas voces muy molestas. Deseaba aprender a eliminarlas como hacía Marius, y me apliqué en ello, pues en ocasiones toda Venecia se convertía en una espantosa cacofonía de voces y oraciones.

No obstante, el mayor poder que poseía Marius y yo no poseía era el de volar y recorrer inmensas distancias a gran velocidad. Me lo había demostrado en muchas ocasiones, pero casi siempre, cuando me tomaba en sus brazos y ascendíamos por el aire, me obligaba a taparme la cara o a bajar la cabeza para que no viera dónde nos dirigíamos ni cómo.

Yo no comprendía por qué se mostraba tan reticente a enseñarme el modo de adquirir ese poder. Por fin, una noche, cuando Marius se negó a transportarnos por arte de magia a la isla del Lido para presenciar las ceremonias nocturnas de los fuegos de artificio y los barcos iluminados con antorchas, se lo pregunté.

—Es un poder terrorífico —respondió con frialdad—. Es terrorífico sentirse desconectado de la Tierra. Al principio, corres el peligro de cometer un error con desastrosas consecuencias. A medida que adquieres más facilidad, el hecho de elevarte hasta alcanzar la atmósfera superior constituye una experiencia estremecedora no sólo para el cuerpo sino para el alma. Es un poder inexplicable, sobrenatural.

Era evidente que ese tema le hacía sufrir.

—Es la única facultad auténticamente inhumana. Los humanos no pueden enseñarme a utilizarla con eficacia. Todos los demás poderes los he aprendido de los humanos. Mi escuela es el corazón humano, pero en lo

referente a ese poder yo soy el mago; me convierto en el brujo o el hechicero. Es un poder seductor, capaz de esclavizarte.

—¿Por qué? —pregunté.

Marius no sabía qué responder. No quería hablar del tema. Me miró un tanto enojado.

—No me asedies a preguntas, Amadeo. A fin de cuentas, no estoy obligado a instruirte en estas artes.

—Tú me creaste, maestro, e insistes en que te obedezca. ¿Por qué iba a leer la *Historia de mis calamidades* de Abelardo y los escritos de Escoto en la Universidad de Oxford si tú no me obligaras a ello? —Me detuve. Recordé a mi padre, a quien siempre respondía con descaro, propinándole frases hirientes e insultos.

Ese recuerdo me entristeció.

—Te ruego que me lo expliques, maestro.

Marius hizo un gesto para decir ¿te crees que es tan simple?

—De acuerdo —continuó—. Yo puedo elevarme a gran altura en el aire, y vuelo a mucha velocidad. Por lo general, no puedo atravesar las nubes, sino que vuelo debajo de ellas. Pero me muevo tan rápidamente que el mundo se convierte en una mancha borrosa. Cuando aterrizo, me encuentro en tierras extrañas. Te aseguro que pese a la magia que encierra, volar es una experiencia profundamente aterradora. A veces, después de haber utilizado este poder, me siento perdido, mareado, sin saber cuáles son mis objetivos en esta vida ni si deseo seguir viviendo. Las transiciones se producen con excesiva rapidez. Esto es todo. Jamás había hablado con nadie de esto; ahora lo hago contigo, pero eres muy joven y no puedes comprender a qué me refiero. Llevaba razón. No lo comprendía.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Marius expresó el deseo de que emprendiéramos un viaje más largo de cuantos habíamos realizado hasta la fecha. En cuestión de pocas horas, entre las primeras horas de la tarde y el anochecer, nos trasladamos a la lejana ciudad de Florencia. Yo no salía de mi asombro.

Allí, en un mundo muy diferente del Véneto, paseando tranquilamente entre un tipo de italianos completamente distintos, visitando iglesias y palacios de un estilo que yo desconocía, comprendí por primera vez a qué se refería Marius.

Yo ya había estado en Venecia, había acompañado a Marius cuando era

su aprendiz mortal, junto con otros aprendices, pero lo que vi durante esa breve estancia no tenía comparación con lo que vi como vampiro. Ahora poseía unos instrumentos de medición dignos de un dios menor.

Era de noche. La ciudad estaba sometida al toque de queda habitual. Las piedras de Florencia parecían más oscuras, sombrías, semejantes a una fortaleza, y las calles eran estrechas y lúgubres, puesto que no estaban iluminadas por unas cintas luminiscentes como las nuestras. Los palacios de Florencia no poseían los vistosos ornamentos morunos de los palacios de Venecia, el fulgor de las fantásticas fachadas de piedra. Ocultaban su esplendor de puertas para adentro, como la mayoría de ciudades italianas. Con todo, la ciudad era rica, densa y estaba llena de atractivos.

A fin de cuentas era Florencia, la capital del hombre llamado Lorenzo el Magnífico, la sugestiva figura que presidía la copia del gran mural que tenía Marius en su galería y que yo había contemplado la noche de mi oscura reencarnación, un hombre que había muerto hacía unos años.

Las calles estaban ilícitamente concurridas, pues había sonado el toque de queda, pero oscuras, repletas de grupos de hombres y mujeres que paseaban por las calles duras y asfaltadas. La Plaza de la Señoría, una de las más importantes de las numerosas plazas de la ciudad, mostraba un aire siniestro e inquietante.

Aquel día se había llevado a cabo una ejecución, lo cual no representaba una novedad en Florencia, ni tampoco en Venecia. El reo había muerto en la hoguera. Percibí el olor a leña y carne quemada, aunque habían eliminado todo rastro de la ejecución antes del anochecer.

Esos espectáculos me repelían, lo cual no le ocurría a todo el mundo. Me aproximé a la escena con precaución, pues no deseaba que mis aguzados sentidos se vieran perturbados por algún vestigio de esa barbarie.

Marius siempre advertía a sus pupilos que no nos regodeáramos con esos espectáculos, y que si queríamos sacar algún provecho de lo que veíamos, procuráramos colocarnos mentalmente en el lugar de la víctima.

Tal como nos enseña la historia, las muchedumbres que asisten a las ejecuciones suelen ser despiadadas y escandalosas, mofándose de la víctima, sin duda por temor. Pues bien, a los pupilos de Marius siempre nos costaba un gran esfuerzo ponernos en lugar del hombre a quien iban a ahorcar o quemar. En resumen, el maestro nos había aguado la fiesta.

Como es natural, dado que estos ritos se llevaban a cabo casi siempre de

día, Marius nunca había estado presente.

Cuando entramos en la gran Plaza de la Señoría, observé que a Marius le disgustó comprobar que aún flotaban unas cenizas en el aire, así como los desagradables olores.

También observé que pasábamos junto a otras personas a gran velocidad, dos figuras envueltas en unas capas oscuras que se movían con insólita rapidez. Nuestros pies apenas emitían un sonido. Era el poder vampírico el que nos permitía movernos tan rápidamente, alejándonos de una mirada curiosa o mortal con instintiva gracia.

—Se diría que somos invisibles —comenté a Marius—, que nada puede lastimarnos porque no pertenecemos a este lugar y pronto lo abandonaremos. —Alcé la vista y contemplé las sombrías almenas de la plaza.

—Sí, pero recuerda que no somos invisibles —murmuró él.

—¿A quién ajusticiaron hoy en esta plaza? La gente está llena de angustia y temor. Escucha. Percibo una sensación de satisfacción, pero también de llanto.

Marius no respondió.

Yo me sentía inquieto.

—¿A qué se debe esa angustia que flota en el ambiente? Es raro —dije —. La ciudad está muy silenciosa, en guardia.

—Hoy han ahorcado y luego quemado a Savonarola, el gran reformador. Gracias a Dios ya estaba muerto cuando encendieron la hoguera.

—¿Pides misericordia para Savonarola? —pregunté perplejo. Este hombre, un gran reformador según algunos, era maldecido por toda la gente que yo conocía. Se había dedicado a condenar todos los placeres de los sentidos, negando toda validez a la escuela que, según mi maestro, era la que nos enseñaba todo cuanto podíamos aprender en el mundo.

—Pido misericordia para cualquiera —contestó Marius. Me indicó que le siguiera y nos dirigimos hacia una calle que daba a la plaza, dejando atrás aquel macabro lugar.

—¿Incluso para este hombre, que convenció a Botticelli para que arrojara sus cuadros a la Hoguera de las Vanidades? —pregunté—. ¿Cuántas veces me has mostrado en tus copias de la obra de Botticelli algún detalle de gran belleza que no querías que yo olvidara nunca?

—¿Vas a discutir conmigo hasta el fin del mundo? —me espetó Marius

—. Me complace que mi sangre te haya dado renovadas fuerzas en todos los aspectos, pero ¿es preciso que cuestiones cada palabra que pronuncio? —Marius me miró furioso, dejando que el resplandor de las antorchas iluminara su sonrisa burlona—. Algunos estudiantes creen en este método, convencidos de que a raíz de la pugna constante entre profesor y alumno surgen grandes verdades. ¡Pero yo no! Yo creo que debes tratar de asimilar mis lecciones por espacio de cinco minutos antes de lanzarte al contraataque.

—Por más que lo intentas no consigues enfurecerte conmigo.

—¡Basta, estoy hecho un lío! —exclamó Marius en un tono como si blasfemara. Luego echó a andar rápidamente, dejándome atrás.

La pequeña calle florentina era angosta como el pasadizo de un palacio en lugar de una calle urbana. Yo añoraba las brisas de Venecia, mejor dicho, las añoraba mi cuerpo, por una cuestión de costumbre. Por lo demás, Florencia me fascinaba.

—No te enojes —dije—. ¿Por qué se volvieron contra Savonarola?

—Con el tiempo la gente es capaz de volverse contra cualquiera. Savonarola aseguraba ser un profeta, inspirado por Dios, y que el fin del mundo era inminente. Es la cantinela más aburrida del cristianismo, créeme. ¡El fin del mundo! El cristianismo es una religión basada en la noción de que vivimos los últimos días de la historia de la humanidad. Es una religión que se apoya en la capacidad de los hombres de olvidar todos los errores del pasado y disponerse a afrontar otro inminente fin del mundo.

Yo sonreí, pero era una sonrisa amarga. Deseaba articular un presentimiento, que el fin del mundo siempre era inminente, y que estaba inscrito en nuestros corazones, porque éramos mortales, cuando de golpe recordé que yo no era un ser mortal, salvo en tanto en cuanto el mundo es mortal.

En aquellos momentos comprendí de forma visceral aquella atmósfera de fatalidad que había presidido mi infancia en Kíev. Vi de nuevo las catacumbas cubiertas de lodo, y los monjes semienterrados que me animaban a convertirme en uno de ellos.

Traté de borrar esos pensamientos de mi mente. Qué resplandeciente aparecía Florencia cuando entramos en la amplia Plaza del Duomo, iluminada por multitud de antorchas, y nos detuvimos ante la catedral de Santa Maria del Fiore.

—Ah, al menos veo que mi discípulo me escucha de vez en cuando —dijo Marius con tono irónico—. Sí, estoy más que satisfecho de que Savonarola ya no exista. Pero el que me alegre de algo no significa que apruebe la exhibición de crueldad de la historia humana. Me gustaría que no fuera así. El sacrificio público es grotesco en todos los aspectos. Atonta los sentidos del populacho. En esta ciudad, más que en otras, constituye un espectáculo. Los florentinos gozan con él, como nosotros gozamos con nuestras regatas y procesiones. Bien, Savonarola ha muerto ejecutado. Si alguna vez existió un mortal que lo tenía merecido, era Savonarola, por predecir el fin del mundo, maldecir a príncipes desde el púlpito y convencer a grandes pintores para que inmolaran su obra. Que se vaya al infierno.

—Mira, maestro, el Baptisterio. Acerquémonos para contemplar sus puertas. La plaza está casi desierta. Vamos, quiero examinar los bronces —dije, tirando de su manga.

Marius me siguió, y dejó de mascullar entre dientes, pero no parecía el mismo.

Lo que yo deseaba ver era la obra que ahora puede verse en Florencia, y de hecho, casi cada tesoro de esta ciudad y de Venecia que describo aquí puedes verlos en la actualidad. Sólo tienes que ir allí. Los paneles de la puerta que realizó Lorenzo Ghiberti me encantaron, pero estaba también otra obra más antigua, de Andrea Pisano, representando la vida de san Juan Bautista, que no me quería perder.

Contemplé esas imágenes en bronce con una visión vampírica tan aguda que no pude por menos de suspirar de gozo.

Recuerdo ese momento con toda claridad. Creo que en aquel instante comprendí que nada podía herirme ni entristecerme de nuevo, que había descubierto el bálsamo de la salvación en la sangre vampírica, y lo curioso es que ahora, cuando dicto esta historia, sigo pensando lo mismo.

Aunque ahora me siento desdichado, y quizá siempre lo sea, creo firmemente en la extraordinaria importancia de la carne. Mi mente evoca las palabras de D. H. Lawrence, el escritor del siglo XX, quien en sus relatos sobre Italia recuerda la imagen de Blake de «Tigre, Tigre, que ardes en los bosques de la noche». Lawrence lo expresó así:

Ésta es la supremacía de la carne, que lo devora todo, y se transfigura

en una magnífica llama moteada, un bosque ardiendo.

Es una transfiguración en la llama eterna, la transfiguración a través del éxtasis de la carne.

Pero he cometido una imprudencia indigna de cualquier escritor que se precie. He abandonado mi historia, como sin duda señalaría el vampiro Lestat (quien quizás esté más dotado que yo, y enamorado de la imagen del tigre de William Blake en la noche, y que aunque se niegue a reconocerlo la ha utilizado en el mismo sentido que Blake). Debo regresar rápidamente a la Plaza del Duomo, donde me he quedado de pie junto a Marius, admirando la maravillosa obra de Ghiberti, capaz de cantar en bronce sobre sibilas y santos.

Contemplamos todo esto con calma; Marius dijo que, junto con Venecia, Florencia era su ciudad preferida, pues aquí habían florecido numerosos e importantes movimientos artísticos.

—Pero no puedo prescindir del mar, ni siquiera aquí —declaró—.Y como puedes ver, esta ciudad oculta celosa sus tesoros, mientras que en Venecia, las mismas fachadas de piedra de nuestros palacios se muestran sin recato y en todo su esplendor bajo el resplandor de la luna a Dios Todopoderoso.

—¿Nosotros le servimos, maestro? —pregunté—. Sé que censuras a los monjes que me educaron, y los desatinos de Savonarola, pero ¿acaso te propones conducirme por otro camino de regreso a Dios?

—Así es, Amadeo —respondió Marius—. No me gusta, como buen pagano que soy, confesarlo, por temor a que su complejidad sea malinterpretada. Pero es cierto. Hallo a Dios en la sangre. Hallo a Dios en la carne. No me parece una casualidad que el misterioso Jesucristo resida para siempre para sus seguidores en la carne y la sangre que contiene el pan de la Transfiguración.

Sus palabras me conmovieron profundamente. Tuve la impresión de que el mismo sol al que yo había renunciado había tornado para iluminar la noche.

Entramos por una puerta lateral en la oscura catedral del Duomo. Yo contemplé durante unos minutos el largo espacio de su suelo de piedra hasta el altar.

¿Era posible que yo recuperara a Jesucristo de otra forma? Quizá no había renunciado a Él para siempre. Traté de transmitir estos inquietantes pensamientos a mi maestro. Recuperar a Jesucristo... de otra forma. No podía explicarlo.

—Se me traban las palabras, tropiezo con ellas —me lamenté.

—Todos tropezamos, Amadeo —repuso Marius—. Incluso los que entran en la historia. El concepto de un Ser Todopoderoso viene de lejos; sus palabras y los principios que se le atribuyen se remontan a muchos siglos. Así, el predicador puritano se apodera de Jesucristo por un lado; el eremita de las catacumbas de barro por otro, e incluso el espléndido Lorenzo de Médicis, quien sin duda celebraría a su Señor en oro, pinturas y mosaicos.

—Pero ¿es Jesucristo el Dios viviente? —murmuré.

No hubo respuesta.

Sentí una profunda angustia en el alma. Marius me tomó la mano y propuso que nos dirigiéramos apresuradamente al Monasterio de San Marcos.

—Ésta es la casa sagrada que albergaba a Savonarola —me explicó—. Entraremos sigilosamente, sin que sus píos habitantes se den cuenta.

Sabía que Marius deseaba mostrarme la obra del pintor llamado Fra Angélico, muerto hacía tiempo, que había trabajado toda su vida en este monasterio, un monje pintor, como tal vez yo estaba destinado a ser, allá en el lúgubre Monasterio de las Cuevas.

Al cabo de unos segundos, aterrizamos en silencio sobre la húmeda hierba del claustro rectangular de San Marcos, el sereno jardín rodeado por las *loggias* de Michelozzo, a salvo dentro de sus muros.

De inmediato llegaron a mi vampírico oído numerosas oraciones, las agitadas plegarias de los hermanos que habían sido leales o partidarios de Savonarola. Me llevé las manos a la cabeza como si este absurdo gesto humano pudiera indicar a Dios que ya no soportaba aquella algarabía.

Mi maestro interrumpió mi recepción de pensamientos con voz tranquilizadora.

—Ven —dijo, tomándome la mano—. Entraremos en las celdas una tras otra. Hay suficiente luz para que contemples las obras de este monje.

—¿O sea que este Fra Angélico pintó las celdas donde ahora duermen los monjes? —Yo creía que sus obras estaban en la capilla y en otras salas públicas o comunales.

—Por esto quiero que veas estas obras —repuso mi maestro.

Subimos una escalera hasta llegar a un amplio corredor de piedra. Marius hizo que se abriera la primera puerta sin mayores dificultades. Penetramos rápida y sigilosamente, sin despertar al monje que yacía hecho un ovillo sobre su duro camastro, con su sudorosa cabeza apoyada en la almohada.

—No le mires el rostro —dijo el maestro en voz baja—. Si lo haces, verás las pesadillas que padece. Quiero que admires la pared. ¡Fíjate! ¿Qué te parece?

Lo comprendí en el acto. El arte de Fray Giovanni, llamado Angélico en honor de su talento sublime, consistía en una extraña mezcla del arte sensual de nuestra época y el arte piadoso y caduco de antaño.

Contemplé las espléndidas y elegantes imágenes del arresto de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Las figuras esbeltas y planas me recordaban las imágenes alargadas y elásticas del icono ruso, pero los rostros aparecían suavizados y conmovidos por una profunda emoción. Todos los seres plasmados en esta pintura parecían imbuidos de una gran bondad, no sólo Nuestro Señor, condenado a ser traicionado por uno de sus discípulos, sino los apóstoles, el desdichado soldado, vestido con una cota de malla, con la mano extendida para arrestar al Señor, y los soldados que observaban la escena.

Me sentí fascinado por esta inconfundible bondad, esta inocencia que todos compartían, la sublime compasión por parte del artista hacia todos los protagonistas de este trágico drama que propiciaría la salvación del mundo.

Marius me condujo apresuradamente a otra celda. De nuevo, la puerta se abrió a una orden suya, sin que el ocupante de la celda, que dormía plácidamente, se percatara de nuestra presencia.

La pintura mostraba también el Huerto de Getsemaní y a Jesús antes de su arresto, sólo entre sus apóstoles, que estaban dormidos, implorando a su Padre celestial que le diera fuerzas. De nuevo observé la comparación con el antiguo estilo en el que yo, un niño ruso, me había desenvuelto a la perfección. Los pliegues de la ropa, la utilización de arcos, el halo que rodeaba las cabezas, la atención al detalle. Todo ello estaba ligado al pasado; sin embargo, la pintura irradiaba un calor italiano, el innegable amor del artista italiano por la humanidad de todos los personajes, inclusive Nuestro Señor.

Marius y yo nos trasladamos de una celda a otra. Avanzamos y

retrocedimos a través de la vida de Jesús, visitando la emotiva escena de la Sagrada Eucaristía, en la que Jesús repartía el pan que contenía su cuerpo y su sangre como si fuera la sagrada hostia que administra el sacerdote durante la misa; y luego el Sermón de la Montaña, en el que las rocas suavemente onduladas que rodeaban a Nuestro Señor y sus oyentes parecían hechas de tejido al igual que su airosa túnica.

Cuando llegamos a la Crucifixión, en la que Nuestro Señor confiaba a su madre a san Juan Bautista, me conmovió la angustia plasmada en el rostro del Señor. Qué expresión tan contemplativa dentro de su desesperación mostraba el semblante de la Virgen; qué resignado el santo que aparecía junto a ella, con su suave rostro florentino semejante a otras mil figuras pintadas en esta ciudad, con un breve flequillo y una barba castaño clara.

Justo cuando parecía haber comprendido perfectamente las lecciones de mi maestro, nos deteníamos ante otra pintura y sentía un vínculo aún más potente con los antiguos tesoros de mi infancia y el sereno e incandescente esplendor del monje dominico que había pintado estos muros. Al cabo de un rato, abandonamos este hermoso lugar lleno de lágrimas y oraciones musitadas.

Regresamos a Venecia, viajando a través de la fría noche plagada de murmullos. Llegamos a casa a tiempo de sentarnos un rato a la cálida luz de la suntuosa alcoba y charlar.

—¿Te has percatado de una diferencia fundamental?—preguntó Marius. Estaba sentado ante el escritorio. Mojó la pluma en la tinta y siguió escribiendo mientras hablaba, volviendo la enorme página de pergamino de su diario—. En la lejana Kíev, las celdas eran de tierra, húmeda y pura, pero oscura y omnívora, la boca que devora toda vida y acabaría por arruinar todo el arte.

Me estremecí. Miré a Marius mientras me frotaba los brazos para desentumecerlos.

—Pero en Florencia, ¿qué legó el sutil maestro Fra Angélico a sus hermanos? ¿Unos magníficos cuadros para hacerles evocar el sufrimiento de Nuestro Señor?

Marius escribió unas líneas antes de proseguir.

—Fra Angélico no se recata de deleitar tu vista, de ofrecerte todos los colores que Dios te ha concedido la facultad de contemplar, pues te ha dado

dos ojos, Amadeo; no estabas destinado a permanecer encerrado en la lóbrega tierra.

Reflexioné largo rato. Saber eso teóricamente era una cosa, pero recorrer las silenciosas y apacibles celdas del monasterio, contemplar los principios de mi maestro plasmados por el monje, era otra muy distinta.

—Ésta es una época gloriosa —dijo Marius suavemente—. Una época en la que todo lo bueno que existía en tiempos pasados ha sido redescubierto, y se le ha otorgado una nueva forma. ¿Me preguntas si Cristo es el Señor? Pienso que es posible, Amadeo, porque todas sus enseñanzas se basaban en el amor, tal como sus apóstoles, acaso sin reparar en ello, nos han demostrado...

Yo aguardé, pues sabía que el maestro no había concluido. La habitación era dulcemente cálida, pulcra y alegre. Conservo en mi corazón la imagen de Marius en aquel momento, mi alto y rubio maestro. Llevaba la capa echada hacia atrás para mover con facilidad la mano con la que sostenía la pluma, con su lozano rostro pensativo y sus ojos azules fijos en el infinito, como si buscaran la verdad más allá de la época presente y todas las épocas en las que él había vivido. El grueso libro estaba apoyado en un atril portátil, colocado en un ángulo sobre el que incidía la luz. El pequeño tintero reposaba en un portatintero de plata ricamente labrada. Los pesados candelabros situados detrás de él, con sus ocho velas gruesas que se derretían a medida que se iban consumiendo, ostentaban un sinfín de querubines esculpidos en relieve en la plata exquisitamente trabajada, agitando las alas, tal vez en un intento de alzar el vuelo, sus rostros de mejillas rechonchas vueltos hacia un lado y otro, mostrando unos ojos grandes de mirada satisfecha bajo unos rizos que caían sobre su frente como serpentinas.

Parecía como si el reducido público compuesto por los querubines contemplara y escuchara a Marius mientras hablaba; sus diminutos rostros enmarcados en plata observaban la escena con expresión indiferente, inmunes a las gotas de cera pura de abejas que se fundía y deslizaba por las velas.

—No puedo vivir sin esta belleza —dije de pronto, sin aguardar a que Marius terminara de hablar—. La vida me resulta insoportable sin ella. Dios mío, tú me has mostrado el infierno, que reside a mis espaldas, en la tierra donde nací.

Marius oyó mi breve oración, mi pequeña confesión, mi súplica desesperada.

—Si Cristo es el Señor —dijo, retomando el tema inicial, la lección del día—, este misterio cristiano es un milagro maravilloso... —Observé que tenía los ojos llenos de lágrimas—. El mero hecho de pensar que el Señor bajó a la Tierra y se hizo hombre para conocernos, para comprendernos... ¿Qué Dios, creado a imagen y semejanza del hombre, es mejor que este Dios que se hizo hombre? ¡Sí, mi respuesta es sí, tu Cristo, su Cristo, el Cristo de los monjes de Kíev es el Señor! Pero ten siempre presente las mentiras que dicen en su nombre, y los actos malvados que cometen... Savonarola invocó su nombre cuando alabó al enemigo extranjero que atacó Florencia, y quienes quemaron a Savonarola por considerarlo un falso profeta, quienes encendieron los troncos bajo su cuerpo suspendido de una soga, ellos también invocaron el nombre de Cristo Nuestro Señor.

Estallé en llanto.

Marius guardó silencio, tal vez por respeto a mí, o para poner en orden sus ideas. Luego mojó la pluma de nuevo en el tintero y se puso a escribir durante largo rato, mucho más deprisa que los mortales, pero con gran destreza y elegancia, sin tachar una sola palabra.

Por fin dejó la pluma, me miró y sonrió.

—Deseaba mostrarte estas cosas. Nunca se trata de un plan prefijado. Deseaba que vieras esta noche los peligros que encierra la facultad de volar, que comprobaras lo fácil que es transportarnos a nosotros mismos a otros lugares, y que esta sensación de entrar y salir sin mayores problemas es engañosa, una trampa que debemos evitar. Pero ya ves, las cosas han ido por otros derroteros...

Yo no respondí.

—Quería infundirte un poco de miedo —dijo Marius.

—Descuida, cuando llegue el momento estaré aterrorizado —repuse limpiándome la nariz con el dorso de la mano—. Sé que puedo adquirir esta facultad, estoy convencido. De momento me contento con pensar en este espléndido don, el cual de pronto ha hecho que me asalte un pensamiento siniestro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marius amablemente—. Tu rostro angelical, al igual que los rostros pintados por Fra Angélico, no fue creado para

reflejar pensamientos tristes. ¿A qué se debe esta sombra que observo en él? ¿Qué pensamiento siniestro es ése?

—Llévame de regreso allí, maestro —contesté. Temblaba un poco, pero lo dije—. Utilicemos tu poder para recorrer kilómetros y más kilómetros a través de Europa. Vayamos al norte. Llévame de regreso a esa tierra cruel que se ha convertido en un purgatorio en mi imaginación. Llévame a Kíev.

Marius tardó unos minutos en responder.

Estaba a punto de amanecer. Marius se ajustó la capa y la túnica, se levantó de la silla y me condujo escaleras arriba hasta el tejado.

Vimos las distantes aguas del Adriático, pálidas bajo el resplandor de la luna y las estrellas, más allá del habitual bosque de mástiles de los barcos amarrados en el puerto. En las islas distantes brillaban unas lucecitas. Soplaba una brisa impregnada de sal, de frescura marítima y de una deliciosa cualidad que sólo se aprecia cuando uno pierde temor al mar.

—La tuya es una petición muy valiente, Amadeo. Si lo deseas, partiremos mañana.

—¿Has viajado alguna vez a un lugar tan lejano?

—En kilómetros, en el espacio, sí, muchas veces —respondió Marius—. Pero nunca en pos de la respuesta que busca otro.

Marius me abrazó y me llevó al palacio donde se ocultaba nuestra tumba. Cuando llegamos a la sucia escalera de piedra, donde dormían los mendigos, sentí un frío que me calaba los huesos. Bajamos la escalera, sorteando los cuerpos tumbados en ella, y llegamos a la entrada del sótano.

—Enciende la antorcha, señor —le rogué—. Estoy aterido de frío. Quiero contemplar el oro que nos rodea.

—Ahí lo tienes —respondió Marius.

Nos hallábamos en nuestra cripta, ante los dos ornados sarcófagos. Apoyé la mano en la tapa del ataúd que me correspondía y de pronto me asaltó otro presentimiento: que todo cuanto amaba perduraría poco tiempo.

Marius debió de percatarse de ese instante de vacilación. Pasó la mano derecha a través de la llama de la antorcha y me tocó la mejilla con sus dedos calientes. Luego me besó donde me había acariciado, sobre la piel aún caliente, y su beso era cálido.

OceanofPDF.com

10

Tardamos cuatro noches en llegar a Kíev.

Sólo íbamos en busca de una presa en las primeras horas del día antes del alba.

Construimos nuestras tumbas en cementerios, en las mazmorras de viejos castillos abandonados y en sepulcros en los sótanos de viejas y dilapidadas iglesias que las gentes profanaban guardando en ellas sus animales y su heno.

Podría contarte muchas historias relacionadas con este viaje, sobre las nobles fortalezas que visitábamos antes del amanecer, de las agrestes aldeas en las montañas donde hallábamos al malhechor en su guarida.

Naturalmente, Marius veía lecciones en todo ello. Me enseñó lo fácil que era hallar un escondite y aprobaba la velocidad a la que me movía a través del espeso bosque. No temía irrumpir en unos primitivos asentamientos para saciar mi sed. Me felicitó por no arredrarme ante los oscuros y polvorientos nidos de huesos sobre los que yacíamos durante el día, recordándome que esos cementerios, que ya habían sido expoliados, no solían ser frecuentados por nadie, ni siquiera a la luz del sol.

Nuestras elegantes ropas venecianas no tardaron en mancharse de tierra, pero Marius y yo llevábamos unas gruesas capas forradas de piel para abrigarnos durante el viaje, las cuales nos cubrían por completo. Hasta en eso vio Marius una lección, esto es, que debíamos tener presente lo frágiles que eran nuestras prendas y la escasa protección que nos ofrecían. Los hombres mortales olvidan lucir sus ropas con ligereza y que éstas sirven únicamente para cubrirse. Los vampiros no debemos olvidarlo jamás, pues dependemos más que los mortales de nuestra vestimenta.

La última mañana antes de que llegáramos a Kíev, ya me había familiarizado con los pedregosos bosques septentrionales. El riguroso invierno del norte nos rodeaba. Nos habíamos topado con uno de los recuerdos que más me intrigaban: la presencia de nieve.

—Ya no me duele cuando la toco —comenté, oprimiendo contra mi mejilla un puñado de aquella deliciosa nieve—. No me pongo a tiritar nada más contemplarla. Es como una hermosa manta que cubre incluso las poblaciones y aldeas más pobres. Mira, maestro, fíjate cómo refleja la luz incluso de las estrellas más débiles.

Nos hallábamos en los límites de la tierra que los hombres llaman la Horda de Oro, las estepas meridionales de Rusia, que durante doscientos años, desde la conquista de Gengis Khan, habían constituido un peligro para el labriego y con frecuencia la muerte del ejército o el caballero.

Rus de Kíev comprendía antaño esta fértil y hermosa pradera que se extendía hasta Oriente, casi hasta Europa, y hacia el sur hasta la ciudad de Kíev, donde había nacido yo.

—La última etapa la cubriremos en un suspiro —dijo el maestro—. Partiremos mañana por la noche para que, cuando llegues a tu hogar, estés descansado.

Nos detuvimos sobre un escarpado risco y contemplamos la hierba que se mecía bajo el viento a nuestros pies. Por primera vez en todas las noches desde que me había convertido en vampiro, sentí una profunda añoranza por el sol. Deseaba contemplar esta tierra a la luz del sol. No me atrevía a confesárselo a mi maestro, para que no me tomara por un ingrato.

La última noche me desperté poco después del anochecer. Habíamos hallado un lugar donde ocultarnos debajo del suelo de una iglesia en una aldea que estaba desierta. Las crueles hordas mongolas, que habían destruido mi patria una y otra vez, habían prendido fuego a esta aldea, reduciéndola a cenizas, según me había contado Marius, y la iglesia ni siquiera poseía un techo. No quedaba ningún habitante para retirar las piedras del suelo con el fin de aprovechar el espacio o construir otro edificio, de modo que bajamos por una destartalada escalera para acostarnos entre los monjes que habían sido sepultados allí hacía mil años.

Al alzarme de la tumba, vi un rectángulo de cielo a través del espacio que había quedado tras haber retirado mi maestro una losa, sin duda una lápida, para que yo subiera a través de él. Sin pensármelo dos veces, doblé las rodillas y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, me impulsé hacia arriba como si fuera capaz de volar, pasé a través de la abertura y aterricé de pie.

Marius, que invariablemente se levantaba antes que yo, me aguardaba sentado cerca de allí. Al verme aparecer, emitió una risa de satisfacción.

—¿Te guardabas este truco para este momento? —preguntó.

Eché una ojeada a mi alrededor, cegado por el resplandor de la nieve. Sentí terror al contemplar estos pinos helados que habían brotado entre las ruinas de la aldea. Apenas podía articular palabra.

—No —repuse—. No sabía que podía hacerlo. No sé qué altura puedo salvar de un salto ni cuánta fuerza poseo. Al parecer, te ha complacido.

—Claro, ¿por qué no iba a complacerme? Deseo que seas tan fuerte que nadie pueda lastimarte jamás.

—¿Quién iba a lastimarme, maestro? Viajamos por el mundo a nuestras anchas, pero ¿quién sabe adónde vamos ni cuándo volvemos?

—Existen otros, Amadeo. Aquí mismo. Si lo deseo puedo oírlos, pero tengo motivos fundados para no desear oírlos.

Comprendí lo que quería decir.

—¿Te refieres a que si abres tu mente para oírlos, ellos se percatarán de que estás aquí?

—Así es, don listillo. ¿Estás dispuesto para visitar tu hogar?

Cerré los ojos. Me santigüé según nuestra vieja costumbre, tocando mi hombro derecho antes que el izquierdo, y pensé en mi padre. Nos hallábamos en los páramos y mi padre se levantó en su silla, apoyando los pies en los estribos, empuñó el gigantesco arco que sólo él podía tensar, como el mítico Ulises, y disparó una flecha tras otra contra los hombres que nos perseguían; cabalgaba con una destreza que nada tenía que envidiar a la de los turcos o los tártaros. Mi padre colocaba flecha tras flecha en el arco, las cuales extraía con un gesto rápido del estuche que llevaba a la espalda, y las disparaba a través de la hierba mientras su montura avanzaba a galope tendido. Su barba roja se agitaba al viento y el cielo mostraba un color azul tan límpido, tan maravilloso, que...

Interrumpí la oración que pronunciaba en silencio y tropecé. El maestro se apresuró a sostenerme.

—Reza, tu misión concluirá enseguida —dijo.

—Bésame —le rogué—. Necesito tu amor, abrázame como haces siempre. Necesito que me reconfortes. Guíame. Pero abrázame, así. Deja que apoye la cabeza en ti. Te necesito. Sí, deseo que todo termine rápidamente, y llevar a casa en mi mente todas las lecciones que extraiga de esta experiencia.

Marius sonrió.

—¿Tu casa es ahora Venecia? ¿No es muy pronto para tomar esta decisión?

—No, estoy convencido de ello. Lo que yace más allá es mi tierra natal, pero no es mi hogar. ¿Nos vamos?

Marius me tomó en brazos y echó a volar. Yo cerré los ojos, renunciando a echar una última ojeada a las inmóviles estrellas. Sintiéndome seguro en sus brazos, me quedé dormido, pero no soñé.

De pronto me depositó en el suelo.

Enseguida reconocí esta elevada y sombría colina, y el bosque de robles desnudos de hojas con sus troncos negros y helados y sus esqueléticas ramas. Más abajo vi las relucientes aguas del Dnieper. El corazón me dio un vuelco. Miré a mi alrededor, tratando de distinguir las dilapidadas torres de la ciudad, la ciudad que llamábamos la Ciudad de Vladimir, que era la antigua Kíev.

A unos metros de donde me hallaba, donde antes se alzaban las murallas de la ciudad, vi unos montones de cascotes.

Eché a andar seguido por Marius. Trepé sobre los montones de cascotes y caminé entre las iglesias en ruinas, unas iglesias que habían poseído un esplendor legendario, antes de que Batu Khan quemara la ciudad en el año 1240.

Yo me había criado entre esta selva de antiguas iglesias y monasterios derruidos, apresurándome a oír misa en nuestra catedral de Santa Sofía, uno de los pocos monumentos que los mongoles no habían destruido. En su tiempo, había constituido un magnífico espectáculo con sus cúpulas doradas que se elevaban sobre las otras iglesias; decían que era más imponente que la otra iglesia del mismo nombre en la lejana Constantinopla, pues sus dimensiones eran mayores y contenía una gran cantidad de tesoros.

Lo que yo había conocido ahora no era sino una majestuosa ruina, una cáscara rota.

No me apeteció entrar en la iglesia. Me bastaba contemplarla desde el exterior, porque ahora comprendí, tras los años felices que había vivido en Venecia, lo que esta iglesia había representado antes. Comprendí por haber contemplado los espléndidos mosaicos y cuadros bizantinos que albergaba San Marcos, y la antigua iglesia bizantina de la isla veneciana de Torcello, la magnitud de los tesoros que habían existido en este lugar. Al recordar las bulliciosas multitudes de Venecia, sus estudiantes, intelectuales, letrados y

mercaderes, sentí deseos de aplicar unas pinceladas de vitalidad a esta desolada escena.

El suelo estaba cubierto por una espesa capa de nieve, y pocos rusos salían a estas gélidas horas de la tarde. De modo que Marius y yo pudimos gozar caminando tranquilamente por estos parajes sin tener temor a caer y lastimarnos como los mortales.

Nos detuvimos frente a un largo bloque de almenas derruidas, una informe balaustrada bajo la nieve, y desde allí contemplé la ciudad que llamábamos Podil, la única ciudad en Kíev que se mantenía en pie, donde me había criado en una rústica vivienda de troncos y arcilla, situada a pocos metros del río. Contemplé los techados de paja cubiertos de nieve purificadora, las chimeneas que humeaban y las tortuosas callejuelas repletas de nieve. Las viviendas y otros edificios, construidos antaño junto al río en apretadas hileras, habían logrado sobrevivir a un incendio tras otro y a los salvajes ataques de los tártaros.

Era una población compuesta por mercaderes, comerciantes y artesanos, todos vinculados al río y a los tesoros que éste traía de Oriente; y el dinero que algunos estaban dispuestos a pagar por las mercancías el río lo transportaba hacia el sur, hacia el mundo europeo.

Mi padre, el indómito cazador, comerciaba con pieles de oso que él mismo traía del interior, del inmenso bosque que se extendía hacia el norte. Mi padre vendía todo tipo de pieles de animales: zorro, martas, castor y cordero; tal era su fortaleza y su suerte que ningún hombre ni ninguna mujer de nuestra familia se vieron nunca obligados a vender sus trabajos y labores para comprar comida. Si pasábamos hambre, era porque el invierno devoraba los alimentos, y no había carne ni nada que mi padre pudiera adquirir con su oro.

Desde las almenas percibí el hedor que emanaba de Podil, la Ciudad de Vladimir. Apestaba a pescado podrido, a ganado, a carne putrefacta, a lodo del río.

Me arrebujé en la capa y soplé para eliminar la nieve que se había depositado sobre mis labios. Luego observé de nuevo las sombrías cúpulas de la catedral que se recortaban sobre el cielo.

—Sigamos adelante, acerquémonos al castillo del voievoda. —Es ese edificio de madera, que en Italia nadie confundiría con un palacio ni un castillo.

Marius asintió e hizo un gesto para calmarme, para indicarme que no le debía ninguna explicación por haberle traído a este desolado lugar donde yo había nacido.

El voievoda era nuestro gobernante, y en mis tiempos éste había sido el príncipe Miguel de Lituania. Ignoraba quién ostentaba ahora ese cargo.

Me sorprendió utilizar esa palabra. En mis fúnebres visiones, no era consciente del lenguaje, y nunca había pronunciado la extraña palabra «voievoda», que significa gobernante. Sin embargo, lo había visto con toda claridad luciendo su sombrero negro redondo, su gruesa chaqueta negra de terciopelo y sus botas de fieltro.

Eché a andar, seguido de Marius. Nos acercamos al edificio bajo y alargado, más parecido a una fortaleza que un castillo, compuesto por unos gigantescos troncos. Sus muros describían una airosa curva en la parte superior; sus múltiples torres estaban rematadas por unos tejados de cuatro pisos. Distinguí el tejado central, una enorme cúpula de madera de cinco lados que se recortaba sobre el cielo estrellado. Junto al gigantesco portal y a lo largo de los muros exteriores del recinto ardían unas antorchas. Todas las ventanas estaban cerradas a cal y canto para impedir que penetrara el invierno y la noche.

De niño yo había creído que éste era el edificio más imponente que existía en el mundo cristiano.

No nos costó el menor esfuerzo hipnotizar a los guardias con unas palabras suaves y unos movimientos rápidos, pasar frente a ellos y penetrar en el castillo.

Entramos a través de un almacén situado en la parte posterior del edificio y nos dirigimos sigilosamente hacia un lugar desde el cual poder espiar al pequeño grupo de nobles y caballeros ataviados con túnicas ribeteadas de piel que se hallaban congregados en el Gran Salón, debajo de las vigas desnudas del techo de madera, alrededor de un fuego crepitante.

Estaban sentados sobre una resplandeciente masa de alfombras turcas, en unos grandes sillones rusos cuyos grabados geométricos no me eran desconocidos. Bebían en copas de oro el vino servido por dos criados vestidos de cuero, y sus largas túnicas ceñidas con un cinturón, de color azul, rojo y oro, eran tan rutilantes como la multitud de dibujos que exhibían las alfombras.

Unos tapices europeos adornaban los toscos muros estucados; se trataba

de las inevitables escenas de caza en los inmensos bosques de Francia, Inglaterra y la Toscana. El sencillo festín, compuesto por pollo y carne asada, estaba dispuesto sobre una mesa larga iluminada por numerosas velas.

En la habitación hacía tanto frío que los distinguidos caballeros lucían unos característicos gorros rusos de piel.

Qué exótico me había parecido en mi infancia cuando mi padre me llevaba a saludar al príncipe Miguel, quien le estaba profundamente agradecido por sus valerosas hazañas al abatir suculentos animales en los páramos, o entregar valiosas mercancías a los aliados del príncipe Miguel en los fuertes lituanos ubicados en el oeste.

No obstante, eran europeos, y no me infundían respeto alguno.

Mi padre me había explicado que no eran sino lacayos del Khan, que pagaban por el derecho a gobernarnos.

—Nadie se opone a esos ladrones —decía mi padre—. Deja que canten sus canciones de honor y valor. No significan nada. Escucha las canciones que canto yo.

Mi padre conocía muchas canciones.

A pesar de su vigor como jinete, su destreza con el arco y la flecha, y la fuerza bruta que exhibía con la espada, mi padre era muy habilidoso a la hora de pulsar con sus dedos largos y finos las cuerdas de una vieja arpa y cantar con gracia las canciones narrativas de los viejos tiempos, cuando Kíev era una gran capital cuyas iglesias rivalizaban con las de Bizancio y sus tesoros asombraban al mundo.

Al poco rato decidí marcharme. Eché un último vistazo a esos hombres que sostenían sus copas de vino doradas, sus elegantes botas de piel apoyadas sobre unos escabeles turcos, sus espaldas encorvadas y sus sombras reptando por las paredes. De improviso, sin que ellos hubieran reparado en nuestra presencia, Marius y yo salimos de allí.

Había llegado el momento de dirigirnos a otra ciudad construida sobre una colina, Pechersk, a cuyos pies se hallaban las numerosas catacumbas del Monasterio de las Cuevas.

Me eché a temblar de sólo pensar en él. Temí que la boca del monasterio me engulliría y permanecería sepultado para siempre en las húmedas entrañas de la Madre Tierra, buscando incesantemente la luz de las estrellas, sin poder salir.

Sin embargo, me dirigí hacia allí, caminando lentamente a través del barro y la nieve, y de nuevo, con la pasmosa y ágil gracia de un vampiro, entré en el monasterio, seguido por Marius. Hice saltar silenciosamente los cerrojos con mi asombrosa fuerza, levanté las puertas al abrirlas para evitar que su peso hiciera crujir los goznes y atravesé las salas a tal velocidad que los ojos de un mortal sólo habrían percibido unas frías sombras, suponiendo que hubieran percibido algo.

El aire era cálido y apacible, pero la memoria me indicó que el ambiente no había sido tan maravillosamente cálido para un joven mortal. En la sala donde copiaban manuscritos, a la humeante luz de una lámpara de aceite de mala calidad, vi a unos hermanos inclinados sobre sus pupitres, trabajando sobre sus textos, como si la imprenta fuera un invento que no les concernía.

Reconocí los textos sobre los que trabajaban: el *Paterikón* del Monasterio de las Cuevas de Kíev, que contenía unos espléndidos relatos sobre los fundadores del monasterio y sus numerosos y pintorescos santos.

En esta sala, trabajando sobre ese texto, yo había aprendido a leer y a escribir. Avancé pegado a la pared para observar más de cerca la página que copiaba un monje, sujetando con la mano izquierda el vetusto volumen que copiaba.

Yo conocía esa parte del *Paterikón* de memoria. Era la historia de Isaac. Unos le habían engañado, presentándose ante él disfrazados de hermosos ángeles, e incluso habían fingido ser Jesucristo. Cuando Isaac cayó en la trampa, los demonios se pusieron a bailar de gozo en torno suyo y a mofarse de él. Pero después de entregarse a la meditación y a la penitencia, Isaac se enfrentó a esos demonios.

El monje mojó la pluma en el tintero y escribió las palabras que pronunció Isaac:

> Cuando me engañasteis, haciéndoos pasar por Jesucristo y unos ángeles, demostrasteis ser indignos de ese rango. Pero ahora mostráis vuestro aspecto verdadero...

Aparté el rostro. No leí el resto del párrafo. Allí, oculto entre las sombras del muro, habría podido permanecer eternamente sin que descubrieran mi presencia. Leí lentamente las otras páginas que el monje había copiado, las

cuales había dejado para que se secaran. Hallé un pasaje anterior que jamás había olvidado, el cual describía a Isaac, retirado del mundo, yaciendo inmóvil y sin probar bocado durante dos años:

> Pues Isaac estaba muy débil de mente y cuerpo y no podía volverse de lado, levantarse o sentarse; permanecía tendido de costado, y los gusanos se acumulaban debajo de sus muslos, debido a los excrementos y la orina.

Los demonios, con sus engaños, habían obligado a Isaac a hacer esta penitencia. Yo había confiado en experimentar esas tentaciones, visiones, alucinaciones y penitencia cuando ingresé aquí de niño.

Percibí el sonido de la pluma deslizándose sobre el papel. Me retiré, sin ser visto por los monjes, como si jamás hubiera venido.

Me volví y contemplé a mis hermanos.

Estaban demacrados, vestidos con unos hábitos de tosca lana, apestaban a sudor y a porquería, y llevaban la cabeza rapada. Sus largas barbas eran ralas y no se las habían peinado.

Creí reconocer a uno de ellos, a quien incluso había amado, pero era un recuerdo muy remoto y no merecía la pena pensar en ello.

Confié a Marius, que permanecía fielmente a mi lado como una sombra, que no habría podido soportar aquella existencia, pero ambos sabíamos que eso era mentira. Lo más probable es que la hubiera soportado, y habría muerto sin conocer otro universo que aquél.

Penetré en el primero de los dos largos túneles donde los monjes estaban enterrados, con los ojos cerrados y sujetándome al muro de barro, tratando de percibir los sueños y las oraciones de quienes yacían sepultados vivos en aras del amor de Dios.

Era tal cual lo había imaginado, tal como lo recordaba. Oí las palabras que me resultaban familiares, ya no misteriosas, musitadas en eslabón. Vi las imágenes de rigor. Sentí la vigorosa llama de la auténtica devoción y misticismo, la cual había brotado del débil fuego de una vida de renuncia y sacrificio.

Agaché la cabeza y apoyé la sien en el barro. Ansiaba hallar al niño, aquel tan puro de alma que abría estas celdas para llevar a los eremitas la

suficiente comida y agua para que siguieran vivos. Pero no pude hallarlo, me fue imposible. Me daba rabia que ese niño hubiera tenido que sufrir en este lugar, demacrado, desesperado, sumido en la más abyecta ignorancia, cuyo único goce sensual en la vida era observar cómo resplandecían los colores del icono.

Emití un gemido, volví la cabeza y caí estúpidamente en brazos de Marius.

—No llores, Amadeo —me consoló con ternura.

Luego me apartó el pelo de la frente y me enjugó las lágrimas con el pulgar.

—Despídete de este lugar, hijo mío.

Yo asentí con la cabeza.

En menos de un segundo nos hallamos fuera. Yo no dije nada. Marius me siguió. Bajé por la ladera hacia la ciudad construida a orillas del río.

El olor del río era muy intenso, al igual que el hedor de los humanos. Al poco rato, llegué a la casa en la que me había criado. De pronto aquello me pareció una locura. ¿Qué pretendía? ¿Medir todo esto con unos patrones nuevos? ¿Confirmarme a mí mismo que como un niño mortal yo no tenía la menor posibilidad de salvarme?

Dios mío, no existía justificación por haberme convertido en lo que soy, un vampiro impío que se alimenta de lujo y oropel del perverso mundo veneciano, lo sabía perfectamente. ¿Acaso era esto un fatuo ejercicio de autojustificación? No, era otra cosa la que me atraía hacia la casa alargada y rectangular, como tantas otras, sus gruesos muros de arcilla divididos por troncos, cubierta por un techado de cuatro pisos del que pendían unos carámbanos, esta amplia y tosca casa que era mi hogar.

Tan pronto como llegamos a ella, me deslicé sigilosamente junto a sus muros laterales. La nieve se había transformado en agua; el agua del río corría por la calle y se filtraba por todos los resquicios, como cuando yo era niño. El agua se filtró en mis hermosas botas venecianas cosidas a mano. Sin embargo, no logró congelar mis pies como antaño, porque yo derivaba ahora mi fuerza de unos dioses desconocidos en este lugar, unas criaturas de las que estos inmundos labriegos, entre los cuales me había contado, no habían oído hablar jamás.

Apoyé la cabeza contra el áspero muro, como había hecho en el monasterio, pegándome a la argamasa como si su solidez pudiera

protegerme y transmitirme todo cuanto yo deseaba saber. A través de un pequeño orificio entre los desconchones de arcilla vi, bajo el resplandor de las velas y la luz más intensa de las lámparas, una familia sentada al calor de la amplia estufa de piedra.

Yo conocía a esas personas, aunque no recordaba algunos de los nombres. Sabía que eran parientes míos, y conocía el espacio que compartían.

No obstante, deseaba ver más allá de esta pequeña reunión familiar. Quería saber si esas personas estaban bien, si después de aquel fatídico día, cuando me habían raptado y sin duda habían asesinado a mi padre en los páramos, mis parientes habían logrado seguir adelante con su característico vigor. Deseaba saber, quizá, qué oraciones pronunciaban cuando recordaban a Andrei, el niño que tenía la habilidad de pintar unos iconos de extraordinaria perfección, unos iconos no creados por manos humanas.

Oí el sonido del arpa dentro de la casa, y cantos. La voz pertenecía a uno de mis tíos, un hombre tan joven que podría haber sido mi hermano. Se llamaba Borys, y ya de niño había mostrado grandes dotes para el canto, pues era capaz de memorizar las viejas leyendas, o sagas, de los caballeros y héroes, y en estos momentos cantaba una canción, rítmica y trágica, sobre uno de esos personajes. Era el arpa de mi padre, una arpa pequeña y antigua, y Borys pulsaba sus cuerdas al tiempo que desgranaba la historia de una feroz y fatídica batalla para conquistar la antigua y noble ciudad de Kíev.

Escuché las conocidas cadencias que habían sido transmitidas por nuestro pueblo de cantante a cantante durante cientos de años. Alcé la mano y arranqué un pedacito de argamasa. Vi a través del pequeño orificio el rincón donde yo pintaba los iconos, justo enfrente del lugar donde estaban congregados mis parientes en torno al fuego que ardía en la estufa.

¡Ah, qué espectáculo! Entre docenas de cabos de velas y lámparas llenas de grasa que ardían aparecían dispuestos más de veinte iconos, algunos muy antiguos y oscurecidos por el paso del tiempo en sus marcos de oro, otros radiantes, como si hubieran cobrado vida ayer mismo a través del poder divino. Entre los iconos vi numerosos huevos pintados, unos huevos exquisitamente decorados con diversos colores y dibujos que yo recordaba bien. Muchas veces había observado a las mujeres decorando estos huevos sagrados de Pascua, aplicándoles cera caliente fundida con sus plumas de

madera para dibujar las cintas, las estrellas, las cruces o las líneas que representaban los cuernos del carnero, o el símbolo que representaba la mariposa o la cigüeña. Después de aplicar la cera, sumergían el huevo en un tinte frío de un color asombrosamente intenso. Existía una infinita variedad, y una infinita posibilidad de significados, en estos simples dibujos y signos.

Guardaban estos huevos frágiles y bellamente decorados para curar a los enfermos, o para protegerse contra las tormentas. Yo había ocultado esos huevos en un huerto para que tuviéramos una buena cosecha. Un día coloqué uno de esos huevos sobre la puerta de la casa a la que había ido a vivir mi hermana de recién casada.

Existía una historia muy bonita sobre esos huevos decorados, según la cual en tanto en cuanto observáramos esta costumbre, mientras existieran estos huevos, el mundo estaría a salvo del monstruo del mal que pretendía venir y devorarlo todo.

Me complació ver esos huevos dispuestos en el rincón de los iconos, como de costumbre, entre los rostros sagrados. Lamenté el hecho de haberme olvidado de esta costumbre, lo cual interpreté como el anuncio de que iba a ocurrir una tragedia.

Sin embargo, los rostros sagrados acapararon mi atención y me olvidé de todo lo demás. Vi el rostro de Cristo resplandeciendo a la luz del fuego, mi brillante adusto Cristo, tal como lo había pintado tantas veces. Yo había pintado un gran número de iconos, pero éste era idéntico al que había perdido aquel día entre la elevada hierba del páramo.

Eso era imposible. ¿Cómo podía alguien recuperar el icono que yo había perdido al caer en manos de los tártaros? No, debía de tratarse de otro icono, pues tal como he dicho, yo había pintado un sinfín de iconos antes de que mis padres reunieran el valor suficiente para llevarme con los monjes. Toda la aldea estaba llena de iconos pintados por mí. Mi padre se había ufanado en regalar varios al príncipe Miguel, y había sido precisamente el príncipe quien había dicho que convenía que los monjes comprobaran mis dotes para pintar iconos.

Qué expresión tan adusta mostraba Nuestro Señor comparado con las tiernas imágenes de Cristo pintada por Fra Angélico o el noble y acongojado señor plasmado por Bellini. Sin embargo, mi Cristo irradiaba el calor que le había conferido mi amor. Había sido pintado amorosamente al

viejo estilo ruso, compuesto de líneas severas y colores sombríos, al estilo de mi tierra. Y rezumaba amor, el amor que yo creía que me había dado.

Sentía náuseas. Noté la mano de mi maestro sobre mi hombro. No me obligó a alejarme de allí, como yo temía que hiciera. Se limitó a abrazarme y apoyar la mejilla contra mi cabello.

Decidí marcharme, pues ya había visto suficiente. No obstante, en aquel momento sonó la música. Me fijé en una mujer que estaba ahí, ¿mi madre tal vez? No, era más joven, era mi hermana Anya, convertida ya en una mujer, que comentó con voz enojada que mi padre podría volver a cantar si ocultaban todas las botellas de vino y lograban que dejara de beber.

Mi tío Borys soltó una carcajada. Iván era un borracho incorregible, dijo Borys, era incapaz de regenerarse y no tardaría en morir, estaba envenenado por el alcohol, el licor fino que obtenía de los comerciantes a quienes les vendía los objetos que robaba de esta casa, y el vino peleón que le daban los campesinos a quienes hostigaba y zurraba, haciendo gala de su apodo de «terror del pueblo».

Sentí que se me erizaba el vello. ¿Iván, mi padre, estaba vivo? ¿Vivo para morir de nuevo de forma deshonrosa? ¿Acaso no le habían asesinado los tártaros en el páramo?

Sin embargo, al cabo de unos instantes todo pensamiento y comentario sobre mi padre se esfumó de la cabeza de aquellos patanes. Mi tío cantó otra canción, una canción para bailar. Nadie bailaba en esta casa, estaban demasiado cansados después de trabajar, y las mujeres semiciegas mientras seguían remendando la ropa que yacía en un montón en su regazo. Pero la música los animó y uno de ellos, un chico más joven que yo cuando me morí, mi hermanito, dijo en voz baja una plegaria por mi padre, rogando al Señor que mi padre no se helara esta noche, como le había ocurrido tantas veces, al caerse borracho sobre la nieve.

—Haz que regrese a casa —musitó el niño.

De pronto oí decir a Marius a mis espaldas, con el fin de calmarme y poner las cosas en orden:

—Sí, todo indica que es cierto. Tu padre vive.

Antes de que pudiera detenerme, me dirigí hacia la entrada y abrí la puerta. Fue una barbaridad, una imprudencia, debí pedirle permiso a Marius, pero siempre fui, como te he dicho, un discípulo rebelde. Tenía que hacerlo.

Una ráfaga de aire invadió la casa. Las figuras sentadas al amor de la lumbre se estremecieron y se arrebujaron en sus prendas de piel. El aire atizó el fuego que ardía en la estufa de piedra, haciendo que las llamas se encabritaran.

Yo sabía que debía quitarme el sombrero, que en este caso consistía en la capucha de mi capa, y que debía acercarme al rincón de los iconos y santiguarme, pero no lo hice.

De hecho, para ocultarme, me enfundé la capucha al tiempo que cerraba la puerta. Me apoyé contra ella y sostuve la capa frente a mi boca, de forma que sólo se veían mis ojos y un mechón de pelo cobrizo.

—¿Por qué se ha aficionado Iván a la bebida? —pregunté, recordando la vieja lengua rusa—. Iván era el hombre más fuerte de esta población. ¿Dónde está?

Todos me miraron con recelo, indignados por aquella intromisión. El fuego que ardía en la estufa crepitaba y danzaba saturado de aire fresco. El rincón de los iconos semejaba un grupo de llamas perfectas y radiantes, con sus brillantes imágenes y velas dispuestas al azar, un fuego de una naturaleza distinta y eterna. El rostro de Cristo apareció con toda claridad a la luz oscilante de las velas, con los ojos clavados en mí.

Mi tío se levantó y depositó el arpa en manos de un chico joven que no reconocí. Vi en las sombras a unos niños incorporados en sus lechos, abrigados con gruesos cobertores. Vi cómo me observaban con sus ojos relucientes. Los otros, instalados frente al fuego, hicieron causa común y se encararon conmigo.

Vi a mi madre, ajada y triste como si hubieran transcurrido siglos desde que yo me había marchado de su lado, una anciana achacosa sentada en un rincón, con las manos crispadas sobre la manta que le cubría las rodillas. La observé detenidamente, tratando de descifrar la causa de su deterioro. Desdentada, decrépita, con las manos agrietadas y relucientes de tanto trabajar, parecía una mujer que se dirigía a pasos agigantados hacia la muerte.

Se agolpó en mi mente un cúmulo de pensamientos y palabras. Ángel, demonio, visitante nocturno, terror de las tinieblas, ¿qué eres? Los otros alzaron las manos apresuradamente para hacer la señal de la cruz. Pero los pensamientos acudieron prestos y diáfanos en respuesta a mi pregunta.

¿Quién no sabe que Iván el Cazador se ha convertido en Ivan el

Penitente, Iván el Borracho, Iván el Loco, debido a aquel fatídico día en el páramo cuando no logró impedir que los tártaros raptaran a su amado hijo Andrei?

Cerré los ojos. ¡Lo que le había ocurrido a mi padre era peor que la muerte! Yo no había imaginado, no me había atrevido a pensar que estuviera vivo, no lo quería lo suficiente para confiar en que hubiera sobrevivido, ni siquiera había pensado en qué había sido de él. En Venecia abundaban los establecimientos donde podía escribirle una carta, una carta que los grandes mercaderes venecianos habrían llevado a un puerto desde donde habría viajado por los caminos por los que transportaban el correo, que el Khan había mandado construir.

Yo lo sabía, el joven y egoísta Andrei lo sabía, conocía los detalles que podían sellar el pasado de forma que pudiera olvidarlo. Pude haber escrito:

Querida familia:

Estoy vivo y me siento satisfecho, pero no puedo regresar a casa. Envío un dinero para mis hermanos, mis hermanas y mi madre.

Pero en realidad, yo no lo sabía. El pasado constituía un caos que no dejaba de atormentarme. Cada vez que aparecía en mi mente una de esas vívidas imágenes, me sumía en una tortura inenarrable.

Mi tío se plantó ante mí. Era tan alto y corpulento como mi padre. Iba bien vestido, con un jubón de cuero ceñido con un cinturón y unas botas de fieltro. Me observó con calma y expresión severa.

—¿Quién eres y por qué irrumpes de esta forma en nuestra casa? —preguntó—. ¿Quién es este príncipe que está ante mí? ¿Nos traes acaso un mensaje? Si es así, te perdonaremos por haber partido la cerradura de nuestra puerta.

Respiré hondo. No tenía más preguntas. Sabía que podía hallar a Iván el Borracho. Que estaba en la taberna con los pescadores y los tratantes en pieles, pues ése era el único local cerrado que amaba casi tanto como su hogar.

Con la mano me palpé el cinturón en busca del talego que siempre llevaba sujeto a él, lo arranqué y se lo entregué al hombre. Él lo contempló perplejo. Luego miró ofendido y retrocedió un paso.

De golpe tuve la impresión de que aquel hombre se había convertido en parte de una imagen nítida y pormenorizada de aquella casa. Vi la casa. Vi los muebles tallados a mano, el orgullo de la familia que los había construido, las cruces y los candelabros de numerosos brazos tallados a mano. Vi los símbolos pintados en los marcos de madera de las puertas, y las baldas sobre las que estaban dispuestos los decorativos potes, cazos y cuencos de confección casera.

Vi el orgullo de esa gente, de toda la familia, de las mujeres que se ufanaban de sus bordados y la habilidad con que remendaban la ropa, y recordé con una sensación plácida y reconfortante la estabilidad y el calor de su vida cotidiana.

Sin embargo, era triste, espantosamente triste, comparado con el mundo que yo conocía.

Me acerqué a ese hombre y le ofrecí de nuevo el talego.

—Te ruego que lo aceptes como un favor hacia mí, para permitir que salve mi alma —dije, disimulando la voz y sin mostrar mi rostro—. Es de tu sobrino Andrei. Está muy lejos, en el país al que le llevaron los tratantes de esclavos. Jamás regresará a casa. Pero está bien y desea compartir con su familia una parte de lo que posee. Me ha pedido que le informe quién de vosotros vive y quién ha muerto. Si no te entrego este dinero, y si tú no lo aceptas, cuando muera iré al infierno.

Mis palabras no obtuvieron una respuesta verbal, pero sus mentes me transmitieron lo que yo deseaba. Había conseguido averiguarlo todo. Sí, Iván estaba vivo, y ahora, este extraño, les decía que Andrei también estaba vivo. Iván lloraba un hijo que no sólo vivía sino que había prosperado. La vida es una tragedia, se mire como se mire. La única certeza es que todos moriremos.

—Te lo suplico —insistí.

Mi tío tomó el talego, pero no sin cierta reticencia. Estaba lleno de ducados de oro, que les permitiría adquirir lo que necesitaran.

Solté la esquina de la capa con la que me cubría el rostro, me quité el guante izquierdo y luego los anillos que lucía en cada dedo de mi mano izquierda. Ópalos, ónices, amatistas, topacios, turquesas. Avancé entre el hombre y los jóvenes hasta un rincón situado al otro lado de la estufa y deposité las alhajas en el regazo de la anciana que había sido mi madre. Ella alzó la vista y me miró.

Deduje que dentro de unos instantes mi madre me reconocería. Me apresuré a cubrirme el rostro de nuevo, pero con la mano izquierda extraje el cuchillo de mi cinturón. Era una Misericorde, una pequeña daga que los guerreros llevan consigo al campo de batalla para rematar a sus víctimas malheridas que agonizan. Era un objeto decorativo, más bien un complemento que un arma; su empuñadura de oro estaba cubierta de unas perlas perfectas.

—Es para ti —dije—. Para la madre de Andrei, a quien le encantaba su collar de perlas de río. Acéptalo por la salvación del alma de Andrei. —Tras estas palabras deposité la daga a los pies de mi madre.

Luego hice una profunda reverencia, casi rozando el suelo con la cabeza, y me fui sin mirar atrás, cerrando la puerta a mis espaldas, pero permanecí lo suficientemente cerca para oírles levantarse de un salto y apresurarse a contemplar los anillos y la daga, y algunos para examinar la cerradura de la puerta.

Durante unos instantes experimenté una intensa emoción, pero nada me impediría hacer lo que debía hacer. No me dirigía hacia Marius, pues habría sido una grosería pedirle que me apoyara o que aprobara mi decisión. Eché a caminar por la calle cubierta de barro y nieve hacia la taberna más cercana al río, donde supuse que hallaría a mi padre.

De niño había entrado pocas veces en ese lugar, y sólo para llevarme a mi padre a casa. Apenas lo recordaba, salvo como un lugar donde se reunían unos extraños para beber y blasfemar.

Era un edificio alto y alargado, construido con unos troncos toscos como mi casa, con una argamasa de barro, y las inevitables grietas y orificios por los que se colaba el aire helado. Tenía un techo muy alto, de unos seis pisos para compensar el peso de la nieve, y de los aleros pendían unos carámbanos, al igual que en mi casa.

Me maravillaba de que la gente pudiera vivir así, que este frío no los animara a construir unas viviendas más recias y duraderas. Pero en este lugar siempre había ocurrido lo mismo: el invierno feroz arrebataba a los pobres, a los enfermos y a los atribulados buena parte de lo que poseían, y las breves estaciones de primavera y el verano apenas les daban nada, pero al final la resignación de estas gentes se convertía en su mayor virtud.

Quizás estuviera equivocado en mis apreciaciones, y quizá me equivocaba ahora. Lo importante es que era un lugar desolado, y aunque no

era feo, pues la madera y el barro y la nieve y la tristeza no son necesariamente feos, era un lugar desprovisto de belleza, a excepción de los iconos y acaso las lejanas siluetas de las airosas cúpulas de Santa Sofía en lo alto de la colina, que se recortaban sobre el cielo tachonado de estrellas. Y eso no bastaba.

Al entrar en la taberna, calculé que había unos veinte hombres, los cuales charlaban entre sí con una camaradería que me sorprendió, dada la naturaleza espartana del lugar, que era poco más que un refugio contra la noche que los mantenía sanos y salvos en torno al fuego. Allí no había iconos para reconfortarlos, pero algunos cantaban, y estaba el inevitable arpista que pulsaba las cuerdas de su humilde instrumento, y otro hombre que tocaba una pequeña gaita.

Había muchas mesas, algunas cubiertas con un mantel de lino y otras desnudas, en torno a las cuales se hallaban sentados los parroquianos. Algunos eran extranjeros, tal como yo recordaba. Tres italianos, según comprobé al oírlos hablar, genoveses para más información. Pero dos de esos hombres habían acudido atraídos por el comercio fluvial, lo que me dio a entender que Kíev se había convertido en una ciudad pujante.

Detrás del mostrador había numerosos toneles de cerveza y vino, que el tabernero vendía en copas. Vi muchas frascas de vino italiano, sin duda costoso, y unas cajas de jerez español.

A fin de no llamar la atención, atravesé el local y me dirigí hacia un oscuro rincón situado a la izquierda, confiando en que nadie se fijara en un viajero europeo ataviado con elegantes ropas, puesto que si de algo andaban sobrados en Rusia era de pieles.

Estos hombres estaban demasiado ebrios para fijarse en mí. El tabernero fingió mostrarse interesado en el nuevo cliente que acababa de entrar en su establecimiento, pero al poco rato apoyó de nuevo la cabeza en la palma de la mano y se puso a roncar. La música continuó sonando, otra vieja leyenda rusa, pero mucho menos alegre que la que había cantado mi tío en casa, porque tuve la impresión de que el músico estaba muy cansado.

Entonces vi a mi padre. Yacía boca arriba, cuan largo era, sobre un tosco y grasiento banco, vestido con su jubón de cuero y envuelto en su gruesa capa de piel, cuidadosamente doblada sobre su cuerpo, como si los otros le hubieran tapado para que no se resfriara al perder el conocimiento. Su capa era de piel de oso, lo cual indicaba que mi padre era un hombre rico.

Emitía unos estentóreos ronquidos y apestaba a licor. Estaba sumido en un sueño etílico tan profundo que, cuando me arrodillé junto a él y contemplé su rostro, no se despertó.

Tenía las mejillas más enjutas aunque sonrosadas, pero mostraba un aspecto demacrado, y su bigote y larga barba estaban salpicados de canas. Me pareció que había perdido bastante pelo en las sienes, y que su frente aparecía más despejada, pero quizá me engañara. La piel en torno a sus ojos estaba arrugada y oscura. No alcancé a ver sus manos, pues las tenía ocultas debajo de la capa, pero observé que seguía siendo un hombre fuerte, de complexión atlética, y que su afición a la bebida aún no le había destruido.

De pronto tuve una turbadora sensación de su vitalidad; percibí el olor de su sangre y su vigor, como si me hubiera topado con una posible víctima. Borré esos pensamientos de mi mente y le miré con afecto, alegrándome sinceramente de que estuviera vivo. Mi padre había escapado con vida de aquel encuentro en el páramo con los tártaros, quienes parecían los mismos heraldos de la muerte.

Acerqué un taburete para sentarme un rato junto a mi padre y observar su rostro.

No me había vuelto a poner el guante izquierdo.

Apoyé mi mano fría sobre su frente, ligeramente, pues no deseaba tomarme excesivas confianzas, y mi padre abrió los ojos lentamente. Tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre, pero tan relucientes como de costumbre. Me miró suavemente y en silencio durante un rato, como si no tuviera motivos para moverse, como si yo fuera una visión que se le había aparecido en sueños.

Noté que la capucha de mi capa se deslizaba hacia atrás, pero no hice el menor ademán para impedirlo. Yo no veía lo que veía mi padre, pero sabía quién era: su hijo, con el rostro rasurado y desprovisto de vello, como había tenido su hijo cuando este hombre vivía con él y le veía a diario, y una caballera castaña y ondulada salpicada de nieve.

Al otro lado de la taberna, los cuerpos de los hombres constituían unas meras siluetas que se recortaban sobre el inmenso resplandor del fuego; algunos charlaban y otros cantaban. Y el vino corría a raudales.

Nada se interponía entre mí y este momento, entre mí y este hombre que había tratado de abatir a los tártaros, que había disparado una flecha tras

otra contra sus enemigos mientras las flechas de éstos llovían sobre él sin lograr herirle.

—No te hirieron —murmuré—. Te quiero y ahora comprendo lo fuerte que eras. —¿Era audible mi voz?

Mi padre pestañeó y me miró al tiempo que se pasaba la lengua por los labios. Sus labios, de un vivo color coral, relucían entre su frondoso bigote y su poblada barba.

—Me hirieron —respondió con voz queda pero no débil—. Me alcanzaron en dos ocasiones, en el brazo y en el hombro. Pero no consiguieron matarme, y se llevaron a Andrei. Yo caí del caballo pero me levanté. No me hirieron en las piernas. Eché a correr tras ellos sin cesar de disparar. Tenía una maldita flecha clavada aquí, en el hombro.

Sacó la mano de debajo de la capa de piel y la apoyó en la curva oscura de su hombro derecho.

—No cesé de disparar contra ellos. No noté que me habían herido. Luego los vi alejarse. Se llevaron al niño. No sé si estaba vivo. Lo ignoro. No creo que se hubieran molestado en llevárselo de haber estado muerto. No dejaban de disparar sus flechas. Caía una lluvia de flechas del cielo. Eran unos cincuenta hombres. Mataron a todos mis acompañantes. Les advertí que no dejaran de disparar, ni por un instante, que no se amilanaran, que no cesaran de disparar contra aquellos salvajes, y que cuando se les acabaran las flechas desenvainaran la espada y fueran a por ellos, que se lanzaran a galope con la cabeza pegada a la de su montura y los atacaran. Quizá hicieron lo que les dije. No lo sé.

Mi padre entornó los párpados y miró a su alrededor. Deseaba incorporarse. Luego me miró y dijo:

—Dame un trago. Invítame a una copa de buen vino. El tabernero tiene jerez español. Cómprame una botella de jerez. Maldita sea, en los viejos tiempos esperaba a los comerciantes junto al río, y nunca tuve que pedirles que me invitaran a una copa. Cómprame una botella de jerez. Se nota que eres rico.

—¿Sabes quién soy? —pregunté.

Mi padre me miró confundido. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello.

—Vienes del castillo. Hablas con acento lituano. Me tiene sin cuidado quién seas. Cómprame una botella de vino.

—¿Con acento lituano? —pregunté suavemente—. ¡Qué horror! Creo que hablo con acento veneciano, de lo cual me avergüenzo.

—¿Veneciano? No tienes por qué avergonzarte. Hicieron cuanto pudieron por salvar Constantinopla. Todo se ha ido al carajo. El mundo terminará en llamas. Anda, cómprame una botella de jerez antes de que el tabernero las venda todas.

Me levanté. Mientras pensaba en si llevaba dinero, apareció la figura oscura y silenciosa del maestro, el cual me entregó una botella de jerez español, descorchada y lista para que mi padre la apurara. Suspiré. El olor no me decía nada, pero sabía que era un excelente jerez, lo que mi padre me había pedido.

A todo esto mi padre se había sentado en el banco, con los ojos clavados en la botella que yo sostenía. Alargó la mano para tomar y se puso a beber con la misma avidez con la que yo bebo la sangre de mis víctimas.

—Mírame bien —dije.

—Este rincón está muy oscuro, idiota —replicó mi padre—. ¿Cómo quieres que vea quién eres? Hummm, qué bueno es este jerez. Gracias.

De pronto se detuvo con la botella a escasos centímetros de sus labios. Fue un gesto extraño, como si estuviera en el bosque y acabara de ver a un oso o a otra fiera a punto de atacarlo. Mi padre se quedó inmóvil, sosteniendo la botella en la mano, moviendo tan sólo los ojos al tiempo que me contemplaba de arriba abajo.

—Andrei —murmuró.

—Estoy vivo, padre —dije suavemente—. No me mataron. Me llevaron como botín y me vendieron como esclavo. Me llevaron en un barco al sur y luego al norte, a la ciudad de Venecia, que es donde vivo ahora.

Los ojos de mi padre reflejaban una hermosa serenidad. Estaba demasiado borracho para rebelarse o para estallar de júbilo ante la sorpresa. La verdad se le reveló poco a poco, cautivándolo; él asimiló todas sus ramificaciones: que yo no había sufrido, que era rico, que gozaba de buena salud.

—Yo estaba perdido, señor —expliqué en un suave susurro que sólo él podía oír—. Estaba perdido, sí, pero me halló un hombre bondadoso, que me devolvió la tranquilidad, y no he vuelto a sufrir desde entonces. He hecho un largo viaje para decirte esto, padre. No sabía que estabas vivo. No podía soñarlo siquiera. Creí que habías muerto aquel día en que el mundo

murió para mí. Y ahora he venido para decirte que no debes preocuparte nunca más por mí.

—Andrei —murmuró mi padre, pero su rostro no acusó cambio alguno, sólo un plácido asombro. Mi padre me miró fijamente, sosteniendo la botella sobre las rodillas con ambas manos, su fornida espalda erecta, su cabello rojo y cano más largo de lo que yo recordaba haberlo visto nunca, fundiéndose con la piel que adornaba su capa.

Era un hombre hermoso, muy hermoso. Yo necesitaba los ojos de un monstruo para percatarme de ello. Necesitaba la vista de un demonio para apreciar la fuerza que había en sus ojos junto con la potencia de su corpulenta figura. Sólo los ojos inyectados en sangre delataban su debilidad.

—Debes olvidarme, padre —repuse—. Olvídame, como si los monjes me hubieran enviado al extranjero. Pero recuerda esto: gracias a ti jamás me enterrarán en las fosas de barro del monasterio. Quizá me ocurran otras desgracias, pero no sufriré esa suerte. Gracias a ti, por haberte opuesto, por haberte presentado aquel día y exigir que te acompañara a cazar, que me comportara como hijo tuyo que era.

Me volví para marcharme. Mi padre se levantó apresuradamente, sosteniendo la botella por el cuello con la mano izquierda, y me sujetó por la muñeca con la derecha. Luego me atrajo hacia él, como si yo fuera un simple mortal, con su proverbial fuerza, y oprimió los labios sobre mi coronilla.

¡Señor, no dejes que se percate! ¡No dejes que intuya el cambio que he experimentado! Yo estaba desesperado. Cerré los ojos.

Pero yo era joven, y no tan duro ni frío como mi maestro, ni mucho menos. Y mi padre sólo sintió la suavidad de mi pelo, y quizás una suavidad gélida como el invierno en mi piel.

—¡Andrei, hijo mío, mi adorado y extraordinario hijo!

Me volví y le abracé con fuerza con el brazo izquierdo. Le besé en la cabeza de una forma que jamás habría hecho de niño. Lo estreché contra mi corazón.

—No bebas más, padre —le susurré al oído—. Levántate y compórtate como el cazador que has sido siempre. Sé tú mismo, padre.

—Nadie me creerá jamás, Andrei.

—¿Y quiénes son ellos para decirte eso si vuelves a ser el que siempre

has sido, padre?

Ambos nos miramos a los ojos. Yo mantuve la boca bien cerrada para impedir que mi padre viera los afilados incisivos que me había procurado la sangre vampírica, unos dientes diminutos y malévolos que un hombre tan perspicaz como él, un cazador nato, vería sin duda.

Sin embargo, él no buscaba ese defecto en mí. Ansiaba sólo amor, y amor fue lo que nos dimos mutuamente.

—Debo irme, no tengo más remedio —dije—. He robado unos momentos para venir a verte. Dile a madre que fui yo quien se presentó hace un rato en la casa, que fui yo quien le di las sortijas y a tu hermano el talego de monedas.

Me separé de mi padre y me senté en el banco junto a él, quien había apoyado los pies en el suelo dispuesto a levantarse. Me quité el guante derecho y observé los siete u ocho anillos que llevaba, todos ellos de oro o plata engarzados con piedras preciosas. Luego me los quité uno tras otro y los deposité en su mano. Qué suave y caliente tenía mi padre la mano, qué roja y palpitante.

—Tómalos porque yo tengo infinidad de anillos. Te escribiré y te enviaré más, para que no tengas que hacer nada que no desees hacer, tan sólo pasear a caballo, cazar y contar historias junto al fuego. Cómprate una buena arpa con estos anillos. Cómprales unos libros a los pequeños, o lo que te apetezca.

—No quiero esto; te quiero a ti.

—Y yo te quiero a ti, padre, pero este pequeño poder es cuanto tenemos.

Le aferré la cabeza con ambas manos, demostrando mi fuerza, quizás imprudentemente, obligándole a permanecer inmóvil mientras le besaba. Luego le di un largo y cálido abrazo y me levanté.

Salí de la habitación tan repentinamente que mi padre sólo debió de ver que la puerta se cerraba.

Nevaba. Vi a mi maestro a pocos metros y, tras reunirme con él, echamos a andar colina arriba. No quería que mi padre saliera de la taberna y me viera. Deseaba alejarme de allí cuanto antes.

Cuando me disponía a rogar a Marius que abandonáramos Kíev a la velocidad de los vampiros, vi una figura que se dirigía apresuradamente hacia nosotros. Era una mujer menuda, envuelta en una capa de lana

ribeteada de piel que arrastraba por la nieve. Sostenía en los brazos un objeto reluciente.

Me paré en seco, mientras mi maestro aguardaba pacientemente. Era mi madre que había venido a verme. Era mi madre que se dirigía hacia la taberna portando el icono, vuelto hacia mí, del Cristo de expresión hosca, el que yo había contemplado durante largo rato a través de la rendija del muro de la casa.

Miré pasmado a mi madre. Ella alzó el icono y me lo ofreció.

—Andrei —musitó.

—Guárdalo, madre —repuse—. Guárdalo para los pequeños. —La estreché entre mis brazos y la besé. Qué aspecto tan avejentado y estropeado tenía. Se debía a los numerosos partos, que le habían minado las fuerzas, para luego enterrar a las criaturas en unas pequeñas fosas en el suelo. Pensé en los hijos que había perdido mi madre durante mi adolescencia, y en los que habían muerto antes de nacer yo. Ella los llamaba sus ángeles, sus bebés, unas criaturas demasiado pequeñas para sobrevivir.

—Guárdalo para la familia —insistí.

—Como quieras, Andrei —respondió mi madre. Me miró con sus ojos pálidos y llenos de dolor. Vi que se moría. De pronto comprendí que no sólo estaba estropeada debido a su avanzada edad, ni a los numerosos partos. Mi madre padecía una enfermedad que la consumía por dentro. Al mirarla sentí terror, terror por el resto de los mortales. Era una enfermedad propia de la época, común e inevitable.

—Adiós, ángel mío —me despedí.

—Adiós, querido ángel —repuso mi madre—. Siento una gran alegría en el corazón y en el alma al verte convertido en un noble príncipe, pero dime, ¿aún te santiguas como es debido? Muéstramelo.

Qué desesperación había en su voz. Mi madre deseaba saber si y había conseguido esos privilegios convirtiéndome a la fe de Occidente. Ése era el significado de su pregunta.

—Me pones una prueba muy sencilla, madre —respondí. Me santigüé a nuestro estilo, al estilo oriental, tocándome el hombro derecho antes que el izquierdo. Luego sonreí.

Ella asintió y extrajo un objeto del interior de su capa de lana, soltándolo sólo después de haberlo depositado en mi mano. Era un huevo de Pascua pintado de un intenso color rubí.

Era un huevo exquisitamente decorado. Estaba rodeado por unas largas cintas amarillas, y en el centro creado por las cintas aparecía pintada una rosa roja perfecta o estrella de ocho puntas.

Después de contemplarlo unos instantes miré a mi madre y asentí. Saqué un pañuelo de fino hilo flamenco, envolví el huevo con cuidado en él y guardé el paquetito entre los pliegues de mi camisa debajo de la chaqueta y la capa.

Me incliné y besé a mi madre en su suave y seca mejilla.

—Madre, eres la alegría que alivia mis tristezas —dije—. Eso es lo que representas para mí.

—Mi dulce Andrei —musitó ella—. Ve con Dios.

Luego miró el icono. Deseaba que yo lo viera. Lo volvió hacia mí para que yo contemplara el resplandeciente rostro dorado de Dios, impasible y hermoso como el día en que lo había pintado para ella. Pero no lo había pintado para ella. No, era el icono que yo portaba el día en que había partido con mi padre y los otros hacia el páramo.

¡Ah, qué maravilla que mi padre hubiera conseguido rescatarlo de aquella escena de muerte, de destrucción! Pero ¿por qué no iba a conseguirlo? Era una proeza digna de un hombre como mi padre.

La nieve cayó sobre el icono pintado, sobre el rostro solemne de Nuestro Salvador, que había cobrado vida bajo mi febril pincel como por arte de magia, un rostro cuyos labios apretados y suaves y ceño levemente arrugado significaba amor. Cristo, mi Señor, presentaba una expresión aún más adusta en los mosaicos de San Marcos. Pero Cristo, mi Señor, pintado al estilo que fuere y con el aspecto que fuere, rebosaba amor hacia sus hijos.

La nieve caía en gruesos copos y parecía derretirse tan pronto como tocaba el rostro de Nuestro Señor.

Temí por ese frágil panel de madera, por esa reluciente imagen lacada, destinada a resplandecer durante toda la eternidad. Mi madre también pensó en ello, y se apresuró a ocultar el icono bajo su capa para protegerlo de la humedad de la nieve.

Jamás volví a verlo.

¿Es preciso a estas alturas que alguien me pregunte qué significa para mí un icono? ¿Es preciso que alguien me pregunte por qué, cuando vi el rostro de Dios grabado en el velo de la Verónica, cuando Dora sostuvo ante mí ese velo que el mismo Lestat había traído de Jerusalén y de la hora de la pasión

de Cristo, desafiando las llamas del infierno, caí de rodillas y exclamé: «¿Es éste el Señor?»

OceanofPDF.com

11

El viaje desde Kíev se me antojó un viaje hacia delante en el tiempo, hacia el lugar al que yo pertenecía.

A mi regreso, toda Venecia parecía compartir el resplandor de la cámara revestida de oro en la que yo había creado mi sepultura. Deslumbrado, pasé las noches deambulando por la ciudad, con o sin Marius, aspirando el aire fresco del Adriático y recorriendo las espléndidas mansiones y palacios gubernamentales a los que me había acostumbrado durante los últimos años.

Los oficios religiosos vespertinos me atraían como la miel atrae a las moscas. Absorbí con avidez la música de los coros, los cánticos de los sacerdotes y sobre todo la actitud gozosa y sensual de los fieles como si fuera un bálsamo para las partes de mi ser que el regreso al Monasterio de las Cuevas había dejado en carne viva.

Sin embargo, en mi fuero interno reservaba una tenaz y ardiente llama de respeto por los monjes rusos del Monasterio de las Cuevas. Tras haber vislumbrado unas palabras del santo hermano Isaac, caminé por aquel lugar imbuido de la memoria viviente de sus enseñanzas: el hermano Isaac, profundo creyente en Dios, un eremita, un visionario de espíritus, la víctima del diablo y posteriormente su conquistador en nombre de Jesucristo.

Yo poseía un alma religiosa, de ello no cabía duda alguna, y me habían sido dadas dos modalidades de pensamiento religioso; y ahora, al rendirme a una guerra entre esas dos modalidades, había entablado una batalla conmigo mismo, pues aunque no tenía la menor intención de renunciar a los lujos y las glorias de Venecia, la rutilante belleza de las lecciones de Fra Angélico y los pasmosos y espléndidos logros de sus seguidores, los cuales habían creado una belleza sin par en aras de Cristo, beatifiqué en silencio al perdedor de mi batalla, el bendito Isaac, quien, en mi mente pueril, imaginé que había seguido el auténtico camino del Señor.

Marius estaba al tanto de mi batalla, sabía el influjo que Kíev ejercía

sobre mí, y sabía la importancia crucial que esto suponía para mí. Comprendía mejor que nadie que cada ser pelea con sus ángeles y demonios, que cada ser sucumbe a unos valores esenciales, a un tema, por así decir, inseparable del hecho de vivir una existencia como es debido.

Para nosotros, la vida era vampírica, pero era vida en todos los aspectos: una vida sensual, carnal. No me ofrecía el medio de escapar de las compulsiones y obsesiones que había sentido como un joven mortal. Antes bien, esas compulsiones y obsesiones se habían magnificado.

Al cabo de un mes de mi regreso, comprendí que había sentado el tono de mi actitud hacia el mundo que me rodeaba. Me deleitaría con la lujuriante belleza de la pintura, la música y la arquitectura italianas, sí, pero lo haría con el fervor de un santo ruso. Transformaría todas las experiencias sensuales en bondad y pureza. Aprendería, aumentaría mis conocimientos, intensificaría mi compasión por los mortales que me rodeaban, y no cejaría nunca de presionar a mi alma para que alcanzara lo que yo consideraba bondad.

La bondad consistía ante todo en amabilidad, gentileza. Significaba no desperdiciar nada. Significaba pintar, leer, estudiar, escuchar, incluso rezar, aunque no estaba seguro de a quién, y aprovechar cada oportunidad para mostrarme generoso con los mortales a los que no mataba.

En cuanto a los mortales que mataría, me propuse hacerlo con misericordiosa rapidez, convertirme en un auténtico maestro de la misericordia, sin causarles jamás dolor ni confusión, atrayendo a mis víctimas por medio del encanto inducido por mi voz melosa y la profundidad que ofrecían mis ojos para dirigir miradas lánguidas, o por medio de un poder que al parecer poseía y era capaz de utilizar, el poder de introducir mi mente en la del desdichado e impotente mortal y ayudarle a crear unas imágenes consoladoras a fin de que la muerte se convirtiera en el destello de una llama de éxtasis, y luego un silencio dulcísimo.

Asimismo, me propuse gozar de la sangre, profundizar en la sensación que me producía, más allá de la turbulenta necesidad de mi sed, con el fin de saborear este líquido vital que sustraía a mí víctima, y sentir plenamente lo que éste contenía y portaba a su último destino, el destino del alma mortal.

Mis lecciones con Marius se interrumpieron durante un tiempo, pero un

día él me comunicó suavemente que debía reanudar mis estudios, que deseaba que hiciéramos muchas actividades juntos.

—Yo sigo mi propio plan de estudios —repliqué—. Sabes que no he permanecido ocioso durante mis paseos por la ciudad, que mi mente está tan ávida de asimilar conocimientos y experiencias como mi cuerpo. Lo sabes perfectamente. De modo que déjame tranquilo.

—De acuerdo, pequeño maestro —respondió Marius con tono afable—, pero debes regresar a la escuela que he creado para ti. Hay muchas cosas que debes aprender.

Yo le di largas durante cinco noches. A la sexta, hacia media noche, mientras dormía en su lecho tras haber pasado la velada en la Plaza de San Marcos donde se había celebrado un alegre festival, escuchando a los músicos y admirando a los saltimbanquis, me sobresalté al sentir un golpe de su látigo sobre mis pantorrillas.

—Despiértate, jovencito —dijo Marius.

Me volví y alcé la vista, asustado. Marius se hallaba de pie junto a mí, sosteniendo el largo látigo, con los brazos cruzados. Lucía una larga túnica color púrpura ceñida a la cintura y el cabello recogido en la nuca.

Yo me volví de espaldas. Supuse que Marius me había propinado un latigazo para intimidarme y que, al comprobar que no lo había logrado, me dejaría tranquilo. Pero Marius volvió a asestarme un azote con el látigo, seguido por una lluvia de feroces latigazos.

Sentí esos azotes como jamás los había sentido cuando era mortal. Yo era más fuerte, más resistente a ellos, pero durante una fracción de segundo cada latigazo traspasó mi guardia sobrenatural, provocándome un diminuto y exquisito estallido de dolor.

Yo estaba furioso. Traté de levantarme de la cama, dispuesto a golpear a Marius por tratarme de esa forma. Pero él apoyó una rodilla sobre mi espalda y siguió azotándome hasta que grité de dolor.

Entonces Marius se incorporó al tiempo que me alzaba por el cuello de la camisa. Yo temblaba de ira y confusión.

—¿Quieres más? —preguntó.

—No lo sé —respondí, soltándome, lo cual él permitió con una pequeña sonrisa—. ¡Tal vez sí! ¡Tan pronto te muestras profundamente preocupado por mi corazón como me tratas como si fuera un colegial! ¡No hay quién te entienda!

—Has tenido tiempo suficiente para llorar y para evaluar todo lo que has recibido —replicó Marius—. Es hora de que te pongas de nuevo a estudiar. Siéntate ante el escritorio y disponte a escribir. ¿O quieres otra tanda de azotes?

—No permitiré que me trates de esta forma —protesté airadamente—. No hay ninguna necesidad. ¿Qué quieres que escriba? He escrito volúmenes en mi corazón. Crees que puedes obligarme a encajar en el monótono molde de un discípulo obediente, crees que es lo indicado para descifrar los pensamientos cataclísmicos que me asaltan, crees que...

Marius me propinó un bofetón que me dejó aturdido. Cuando se me aclaró la vista, le miré a los ojos.

—Deseo que me prestes atención. Deseo que abandones tu actitud meditabunda. Siéntate ante el escritorio y escribe un resumen de lo que el viaje a Rusia ha supuesto para ti, y lo que ves ahora aquí que antes no veías. Utiliza tus mejores sonrisas y metáforas y escríbelo de forma concisa, pulcra y rápida.

—Qué tácticas tan groseras —mascullé. Pero me dolía todo el cuerpo debido a los latigazos. Era un dolor distinto del que siente un cuerpo mortal, pero era desagradable y odiaba sentirlo.

Me senté ante el escritorio. Iba a escribir algo hiriente como: «He comprobado que soy el esclavo de un tirano». Pero cuando levanté los ojos y le vi de pie ante mí, sosteniendo el látigo, cambié de parecer.

Él sabía que era el momento ideal para besarme, y me besó. Yo me di cuenta de que había alzado el rostro para que me besara antes de que él agachara la cabeza. Lo cual no le detuvo.

Sentí una inmensa dicha al claudicar ante él. Le rodeé los hombros con un brazo.

Al cabo de unos momentos, Marius se apartó y yo me puse a escribir una frase tras otra, describiendo lo que he explicado antes. Escribí sobre la batalla que se libraba en mi interior entre lo carnal y lo ascético; escribí que mi alma rusa pretendía alcanzar el grado más sublime de exaltación. Lo había hallado al pintar el icono, el cual, debido a su belleza, había satisfecho mi necesidad de lo sensual. Mientras escribía, comprendí por primera vez que el antiguo estilo ruso, el antiguo estilo bizantino, encarnaba una lucha entre lo sensual y lo ascético: las figuras contenidas, aplanadas,

disciplinadas, rodeadas de una orgía de color que deleitaba la vista al tiempo que representaba la negación de los sentidos.

Mientras yo escribía, Marius salió de la alcoba. Reparé en ello, pero no me importó. Estaba enfrascado en mi tarea, y poco a poco dejé de analizar las cosas y empecé a relatar una vieja historia:

> En los viejos tiempos, cuando lo rusos no conocían a Jesucristo, el gran príncipe Vladimir de Kíev (en aquella época Kíev era una espléndida ciudad) envió a unos emisarios a estudiar las tres religiones del Señor: la religión musulmana, que a esos hombres les pareció delirante y repulsiva; la religión del papa de Roma, en la que esos hombres no hallaron gloria alguna; y el cristianismo de Bizancio. En la ciudad de Constantinopla los rusos pudieron contemplar las magníficas iglesias en las que los griegos católicos adoraban a su Dios, unos edificios tan hermosos que los emisarios de Vladimir no sabían si se hallaban en el cielo o si seguían en la Tierra. Los rusos jamás habían contemplado nada tan esplendoroso; estaban convencidos de que Dios habitaba entre los hombres en la religión de Constantinopla, y Rusia abrazó la religión del cristianismo. Por tanto, fue la belleza la que dio origen a nuestra Iglesia rusa.
>
> Antiguamente, los hombres hallaban en Kíev lo que Vladimir había tratado de recrear, pero ahora que Kíev se ha convertido en una ruina y los turcos se han apoderado de Santa Sofía de Constantinopla, es preciso venir a Venecia para contemplar la gran Theotokos, la virgen madre de Dios, y su hijo el Pantokrator, el creador divino de todas las cosas. En Venecia he hallado, en los resplandecientes mosaicos dorados y en las musculosas imágenes de una nueva era, el milagro que llevó la luz de Cristo Nuestro Señor a la tierra donde nací, la luz de Cristo Nuestro Señor que todavía arde en las lámparas del Monasterio de las Cuevas.

Dejé la pluma. Aparté la hoja, apoyé la cabeza en los brazos y rompí a llorar suavemente en la penumbra de la silenciosa alcoba. No me importaba que el maestro me azotara, me propinara patadas o prescindiera de mí.

Al cabo de un rato, Marius regresó para conducirme a nuestra cripta. Ahora, tras varios siglos, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que,

al obligarme a escribir mis impresiones aquella noche, el maestro hizo que yo recordara para siempre las lecciones de aquellos días.

La noche siguiente, cuando Marius leyó lo que yo había escrito, se mostró contrito por haberme azotado. Confesó que le resultaba difícil no tratarme como a un niño, aunque ya no fuera un niño. Dijo que yo le parecía un espíritu que había penetrado en el cuerpo de un niño: ingenuo y obsesionado con ciertos temas. Añadió que no había imaginado llegar a amarme tanto.

Por más que traté de mostrarme frío y distante con él, debido a los latigazos que me había propinado, no lo conseguí. Antes bien, me maravilló que sus caricias, sus besos y sus abrazos significaran para mí más que cuando yo era un ser mortal.

OceanofPDF.com

12

Quisiera alejarme de esta imagen feliz de Marius y de mí en Venecia y situar esta historia en Nueva York, en la época moderna. Me gustaría trasladarme al momento en la habitación en Nueva York cuando Dora me mostró el velo de la Verónica, la reliquia que Lestat había traído de su viaje al infierno, pues así tendría una historia contada en dos mitades perfectas: sobre el niño que fui y el adorador en el que me convertí, el ser que soy ahora.

Pero no puedo engañarme tan fácilmente. Sé que lo que nos ocurrió a Marius y a mí en los meses que siguieron a mi viaje a Rusia forma parte integrante de mi vida.

No tengo más remedio que atravesar el Puente de los Suspiros de mi vida, el largo y oscuro puente que abarca siglos de mi atormentada existencia y me conecta con la época moderna. El hecho de que ese pasaje haya sido tan bien descrito por Lestat no significa que yo pueda escapar sin añadir unas palabras de mi propia cosecha, y ante todo reconocer sin ambages que durante trescientos años me dejé cautivar por Dios.

Ojalá hubiera escapado a esa suerte. Ojalá Marius hubiera escapado a lo que nos ocurrió. Ahora me doy cuenta de que él sobrevivió a nuestra separación con mayor inteligencia y fuerza que yo. Es evidente que él tenía muchos siglos y era muy sabio, mientras que yo era todavía un niño.

Nuestros últimos meses en Venecia no estuvieron empañados por ninguna premonición de lo que iba a suceder. Marius se aplicó con vehemencia en enseñarme las lecciones esenciales.

Una de las más importantes era cómo pasar por un ser humano entre mortales. Desde mi transformación, yo apenas había frecuentado a los otros aprendices y había evitado a mi amada Bianca, a quien debía una inmensa deuda de gratitud no sólo por la amistad que me había brindado sino por cuidar de mí cuando estuve tan enfermo.

Sin embargo, ahora debía enfrentarme a Bianca, tal como me había

ordenado Marius. Yo era quien debía escribirle una educada carta explicándole que, debido a mi enfermedad, no había podido ir a verla.

Una tarde, después de un breve recorrido en busca de presas durante el cual bebí la sangre de dos víctimas, Marius y yo fuimos a visitarla cargados de regalos. La encontramos rodeada por sus amigos italianos e ingleses.

Marius se había vestido para la ocasión con un elegante traje azul oscuro de terciopelo, con una capa del mismo color, cosa insólita en él, y me había pedido que me vistiera de azul celeste, el color que prefería para mí. Yo llevaba una cesta de higos y tortas para Bianca.

Hallamos la puerta de su casa abierta, como de costumbre, y entramos sigilosamente, pero ella reparó en nosotros de inmediato.

En cuanto la vi, sentí un intenso deseo de compartir unos minutos de intimidad con ella, esto es, de contarle todo lo que había sucedido. Naturalmente, eso estaba prohibido; Marius insistía en que yo debía aprender a amarla sin confiarle ningún secreto.

Bianca se levantó, se acercó a mí y me abrazó, aceptando mis habituales besos ardientes. Me sentí rebosante de sangre caliente; entonces comprendí por qué Marius había insistido en que matara a dos víctimas esta noche.

Bianca no sintió nada que le infundiera temor. Me rodeó el cuello con sus brazos suaves como la seda. Estaba radiante, ataviada con un traje de seda amarillo y terciopelo verde oscuro sobre una vaporosa túnica de color amarillo salpicada con unas rosas bordadas. Lucía un generoso escote que mostraba sus hermosos y níveos pechos, como sólo una cortesana puede mostrarlos.

Cuando empecé a besarla, procurando ocultar mis afilados incisivos, no sentí deseos de morderla porque la sangre de mis víctimas habían saciado mi apetito. La besé tan sólo con amor al tiempo que evocaba unos ardientes y eróticos recuerdos y mi cuerpo demostraba la pasión que había compartido en ella en otras ocasiones. Deseaba acariciarle todo el cuerpo, como un ciego palparía una escultura para contemplar cada curva de la misma con sus manos.

—Veo que no sólo te has curado, sino que además te encuentras en una forma espléndida —comentó Bianca—. Pasad, Marius y tú, nos sentaremos en otra salita.

Bianca hizo un gesto ambiguo a sus convidados, quienes apenas le prestaron atención ocupados como estaban charlando, discutiendo y

jugando a los naipes en pequeños grupos. Bianca nos condujo a una salita más íntima contigua a su alcoba, repleta de costosos sillones y divanes tapizados de damasco, y nos invitó a sentarnos.

Recordé que no debía acercarme demasiado a las velas, sino utilizar las sombras para que ningún mortal tuviera la oportunidad de observar mi tez, distinta y perfecta desde mi transformación.

Esto no me resultó difícil, pues pese a la afición de Bianca por la luz y su pasión por los objetos lujosos, había encendido unos pocos candelabros diseminados por la habitación para crear un ambiente más íntimo.

Asimismo, yo sabía que la escasa luz haría que el brillo de mis ojos fuera menos perceptible. Y a medida que conversara y me animara, adquiriría un aspecto más humano.

El silencio era peligroso para nosotros cuando nos hallábamos entre mortales, según me había dicho Marius, porque cuando guardamos silencio adquirimos un aspecto perfecto y sobrenatural que repele un poco a los mortales, quienes intuyen que no somos lo que parecemos.

Yo seguí esas normas al pie de la letra, pero me inquietaba no poder contar a Bianca la transformación que había experimentado. Comencé a hablar. Le expliqué que me había recuperado por completo de mi enfermedad, pero que Marius, más sabio que cualquier médico, me había ordenado reposo y soledad. Cuando no había estado en la cama, había estado solo, esforzándome en recobrar las fuerzas.

«Miente, pero procura que parezca verídico», me había advertido Marius. Yo seguí sus consejos.

—Creí que te había perdido —dijo Bianca—. Cuando me comunicasteis que Amadeo se estaba recuperando, al principio no os creí, Marius. Supuse que lo decíais para suavizar la inevitable verdad.

Qué bella era, una flor perfecta. Iba peinada con raya en el medio, y sobre las sienes caía un grueso mechón rubio adornado con una sarta de perlas enroscada y recogida en la nuca con un pasador engarzado con perlas. El resto de la cabellera caía en unos bucles dorados sobre sus hombros, a lo Botticelli.

—Tú le curaste tan completamente como habría hecho cualquier ser humano —repuso Marius—. Mi labor consistió en administrarle unos remedios que sólo yo conozco. Y dejar que éstos surtieran efecto. —

Aunque se expresó con sencillez, me pareció detectar una nota de tristeza en su voz.

De golpe me embargó una terrible tristeza. No podía revelar a Bianca lo que yo era, ni lo distinta que ella me parecía ahora, tan rebosante de sangre humana y densamente opaca en comparación con nosotros, ni que su voz me parecía haber asumido un nuevo timbre puramente humano, que azuzaba suavemente mis sentidos con cada palabra que pronunciaba.

—¡Cuánto me alegro de que ambos estéis aquí! Debéis venir más a menudo —dijo ella—. No dejéis que se produzca de nuevo una separación tan larga entre nosotros. Pensé en ir a veros, Marius, pero Riccardo me dijo que deseabais paz y silencio. Yo estaba dispuesta a cuidar de Amadeo por enfermo que estuviera.

—Lo sé, querida —repuso Marius—. Pero como he dicho, Amadeo necesitaba reposar, y vuestra belleza es turbadora y vuestras palabras un estímulo más intenso de lo que imagináis. —No lo dijo para halagarla, sino como una confesión sincera.

Bianca meneó la cabeza con cierto pesar.

—He constatado que Venecia no es mi hogar a menos que estéis aquí —dijo, dirigiendo una mirada cautelosa hacia el salón principal. Luego bajó la voz y continuó—: Marius, vos me habéis librado de quienes me tenían dominada.

—Fue muy sencillo —respondió él—. De hecho, fue un placer. Qué groseros eran esos hombres, esos primos tuyos, si no me equivoco, ansiosos de usar tu persona y tu fama de mujer de gran belleza para promover sus turbios negocios financieros.

Bianca se sonrojó. Alcé una mano para rogar a Marius que se anduviera con cuidado con lo que decía. Yo había averiguado que durante la matanza de los florentinos en la sala de banquetes, Marius había leído en las mentes de sus víctimas toda clase de pensamientos que yo ignoraba.

—¿Primos míos? Quizá —contestó Bianca—. En cualquier caso, lo he olvidado. Eran un terror para quienes caían en la trampa de solicitarles costosos préstamos y oportunidades peligrosas, eso puedo afirmarlo sin ningún género de duda. Han ocurrido cosas muy extrañas, Marius, unas cosas que yo no había previsto.

Me encantaba la seriedad que expresaba el delicado rostro de Bianca. Parecía demasiado hermosa para tener cerebro.

—He descubierto que soy más rica —dijo—, ya que puedo conservar la mayor parte de mi renta, y otros, en señal de gratitud de que nuestro banquero y nuestro chantajista haya desaparecido, me han hecho un sinfín de regalos en oro y alhajas, sí, inclusive este collar de perlas marinas, todas de idéntico tamaño, un collar valiosísimo, por más que yo haya insistido cien veces en que no he tenido nada que ver con el asunto.

—Pero ¿no temes que te acusen de la muerte de esos individuos?

—No tienen defensores ni parientes que les lloren —se apresuró a responder Bianca, depositando otro ramillete de besos en mi mejilla—. Hace un rato vinieron mis amigos del Gran Consejo, como hacen con frecuencia, para leerme unos poemas nuevos y descansar un poco de sus clientes y las interminables exigencias de sus familias. No, no creo que nadie vaya a acusarme de nada, y como todo el mundo sabe, la noche de los asesinatos yo estaba aquí en compañía de ese horripilante inglés, el que trató de matarte, Amadeo, quien por supuesto...

—¿Qué? —pregunté.

Marius me miró, achicando los ojos, y se tocó la sien con un dedo enguantado. El gesto significaba «léele el pensamiento». Pero yo no podía hacerle esa mala pasada a una mujer tan bonita como Bianca.

—El inglés —dijo ella—, el que desapareció. Sospecho que se ha ahogado, que deambulaba borracho perdido por la ciudad y se cayó a un canal, o peor aún, en la laguna.

Naturalmente, mi maestro me había dicho que se había ocupado de todas las dificultades creadas por el inglés, pero yo no le había preguntado cómo lo había hecho.

—¿Así que piensan que contrataste a unos matones para liquidar a los florentinos? —preguntó Marius a Bianca.

—Eso parece —respondió ella—. Los hay que creen que también mandé que liquidaran al inglés. Me he convertido en una mujer poderosa, Marius.

Ambos se echaron a reír. Marius tenía la risa profunda y metálica de un ser sobrenatural, y la de Bianca era más aguda, densa y resonante debido a su sangre humana.

Yo deseaba penetrar en la mente de Bianca. Traté de hacerlo, pero deseché de inmediato esa idea. Me sentía cohibido, como me ocurría con Riccardo y los chicos con los que tenía más amistad. Me parecía una

invasión tan cruel de la intimidad de una persona que sólo utilizaba ese poder para perseguir a los malvados que deseaba matar.

—Pero si te has sonrojado, Amadeo. ¿Qué ocurre? —preguntó Bianca—. Tienes las mejillas rojas como un tomate. Deja que las bese. ¡Están ardiendo, como si te hubiera vuelto a subir la fiebre!

—Mira sus ojos, ángel —terció Marius—. Son límpidos como el agua cristalina.

—Tenéis razón —contestó Bianca, mirándome a los ojos con una curiosidad tan franca y dulce que en aquellos momentos me pareció irresistible.

Aparté el tejido amarillo de su túnica y el grueso terciopelo del vestido externo sin mangas color verde oscuro y la besé en el hombro desnudo.

—Sí, no cabe duda de que te has recuperado de tu enfermedad —musitó Bianca oprimiendo sus labios húmedos sobre mi oído.

Yo me aparté, ruborizado.

Entonces la miré y penetré en su mente. Le quité el broche de oro que llevaba prendido debajo del pecho y abrí el corpiño de su voluminoso traje de terciopelo verde oscuro. Contemplé el pozo entre sus pechos semidesnudos. Sangre o no sangre, recordé haber experimentado una violenta pasión por ella, la cual sentí de nuevo de forma extrañamente difusa, no localizada en el olvidado miembro, como antes. Deseé tomar sus pechos y succionarlos lentamente, excitándola, haciendo que se humedeciera y emitiera un olor fragante para mí. Bianca inclinó la cabeza hacia atrás. Yo me sonrojé hasta la raíz del pelo, sí, y experimenté una sensación tan deliciosa e intensa que estuve a punto de desvanecerme.

Te deseo, te deseo ahora, quiero teneros a ti y a Marius en mi lecho, juntos, un hombre y un muchacho, un dios y un querubín. Eso era lo que me decía la mente de Bianca, recordándome tal como había aparecido ante ella la vez anterior. Me vi como si me contemplara en un espejo ahumado, un joven cubierto sólo con una camisa de mangas amplias desabrochada, sentado en los almohadones junto a ella, mostrando su órgano semierecto, ansioso de que ella le excitara aún más con sus delicados labios o sus manos largas y gráciles.

Deseché esos pensamientos de mi mente y me concentré en los bellos ojos almendrados de Bianca. Ella me observó, no con recelo sino fascinada.

Sus labios no estaban burdamente pintados sino que presentaban un color

rosa subido natural, y sus largas pestañas, oscurecidas y rizadas sólo con una pomada transparente, semejaban las puntas de unas estrellas en torno a sus ojos radiantes.

Te deseo, te deseo ahora. Ésos eran sus pensamientos. Mis oídos los percibieron con toda nitidez. Agaché la cabeza y alcé las manos.

—¡Ángel mío! —exclamó Bianca—. ¡Venid, los dos! —murmuró a Marius. Luego tomó mis manos y añadió—: Acompañadme.

Yo estaba seguro de que Marius no lo consentiría. Me había advertido que no permitiera que nadie me examinara detenidamente. Pero Marius se levantó del sillón, se dirigió hacia la alcoba de Bianca y abrió la puerta pintada de doble hoja.

En los lejanos salones se oía el sonido de voces y risas. Uno de los convidados comenzó a cantar. Otro tocaba el virginal. La algarabía era incesante.

Los tres nos acostamos en el lecho de Bianca. Yo temblaba de pies a cabeza. Observé que el maestro se había ataviado con una camisa de gruesa seda y un hermoso jubón de terciopelo azul oscuro en los que yo apenas había reparado. Lucía unos relucientes y sedosos guantes de color azul oscuro, los cuales se amoldaban perfectamente a sus dedos, las piernas enfundadas en unas suaves y gruesas medias de cachemira y los pies en unos elegantes zapatos puntiagudos. «Se ha esmerado en cubrir su dureza», pensé.

Tras apoyarse cómodamente en el cabecero del lecho, Marius no vaciló en ayudar a Bianca a sentarse junto a él. Yo me instalé junto a ella y miré al maestro. Cuando Bianca se volvió hacia mí, tomándome el rostro entre las manos y besándome de nuevo apasionadamente, vi al maestro ejecutar un pequeño gesto que no le había visto hacer nunca.

Marius le levantó la cabellera y se inclinó como para besarla en la nuca. Bianca no dio muestras de haberse percatado de ello. Pero cuando Marius se apartó, vi que tenía los labios ensangrentados. Luego, con un dedo enguantado, se restregó la sangre, la sangre de Bianca, unas pocas gotas de un arañazo superficial, por todo el rostro. Me pareció que le confería un resplandor vivo, pero a ella sin duda le causaría una impresión muy distinta.

La sangre puso de relieve los poros de su piel, que hasta ahora habían sido invisibles, y las pocas arrugas que tenía alrededor de los ojos y la boca, las cuales solían ser imperceptibles. Le daba un aspecto más humano, y

servía de barrera a la mirada escrutadora de Bianca, que se hallaba tan cerca de él.

—Por fin os tengo a los dos en mi lecho, como siempre soñé —dijo Bianca suavemente.

Marius se colocó frente a ella, rodeándola con un brazo, y empezó a besarla con tanto ardor como yo. Durante unos momentos me quedé pasmado, rabioso de celos, pero Bianca me aferró con la mano que tenía libre e hizo que me acostara junto a ella. Tras separarse de Marius volvió la cabeza, aturdida de deseo, y me besó.

Marius se inclinó y me obligó a aproximarme más a Bianca, de forma que sentí sus suaves curvas contra mi cuerpo, el calor que brotaba de sus voluptuosos muslos.

Él se tendió sobre ella, ligeramente, para que su peso no la dañara, introdujo la mano derecha debajo de su falda y empezó a acariciarla entre las piernas.

«Qué gesto tan atrevido», pensé. Apoyé la cabeza en el hombro de Bianca y contemplé sus turgentes pechos, y más abajo su pequeño y suave pubis, que Marius estrujaba en su mano.

Bianca olvidó todo decoro. Mientras Marius la besaba en el cuello y los pechos y le acariciaba sus partes íntimas, ella empezó a retorcerse y a gemir de indisimulado placer; tenía la boca abierta, los párpados entornados y su cuerpo húmedo emanaba una intensa fragancia debido a la pasión que había hecho presa en ella.

«Éste es el milagro —pensé—, hacer que un ser humano alcance ese grado de temperatura, que su cuerpo emita esos dulces aromas e incluso un intenso e invisible resplandor de emociones»; era como atizar un fuego hasta que alcanzara proporciones gigantescas.

La sangre de mis víctimas se agolpó en mi rostro cuando besé a Bianca. Parecía haberse convertido de nuevo en sangre viva, calentada por mi pasión, aunque mi pasión no tenía nada de demoníaca. Oprimí la boca sobre la piel de su cuello, cubriendo el lugar donde la arteria aparecía como un río azul que nacía en su cabeza, pero no quise lastimarla. No sentí la necesidad de lastimarla. Al abrazarla, sólo sentí placer. Introduje el brazo entre Bianca y Marius, para poder estrecharla contra mí, mientras él seguía jugueteando con ella, hundiendo los dedos en su tierno pubis.

—Me vuelves loca —murmuró ella, moviendo la cabeza de un lado a

otro. La almohada debajo de ella estaba húmeda, empapada con el perfume de su cabello. Yo la besé en los labios. Bianca oprimió su boca contra la mía. Para impedir que su lengua descubriera mis dientes vampíricos, introduje mi lengua en su boca. Su boca inferior era infinitamente dulce, tensa, húmeda.

—¡Ah, tesoro, dulce palomita! —repuso Marius con ternura, introduciendo los dedos en su vulva.

Bianca alzó las caderas, como si los dedos de Marius la obligaran a alzarlas.

—¡Que Dios me ampare! —murmuró, dando rienda suelta a toda su pasión. Tenía el rostro congestionado debido a la sangre que se agolpaba en los capilares y el fuego rosáceo se extendió hasta sus senos. Aparté la sábana y contemplé sus pechos teñidos de rojo, sus pezones tiesos y diminutos como pasas.

Cerré los ojos y permanecí tumbado junto a ella, sintiéndola agitarse sacudida por la pasión. Luego su ardor comenzó a disminuir y se quedó adormecida. Volvió la cabeza. Su rostro mostraba una expresión apacible. Sus párpados se amoldaban a la perfección sobre sus ojos cerrados. Bianca suspiró y entreabrió sus bonitos labios en un gesto del todo natural.

Marius apartó el cabello que le caía sobre el rostro, los rizos rebeldes que estaban adheridos a sus húmedas sienes, y la besó en la frente.

—Duerme, estás a salvo —dijo—. Yo cuidaré siempre de ti. Tú salvaste a Amadeo —murmuró—. Le mantuviste vivo hasta que llegué yo.

Bianca volvió la cabeza lentamente hacia él y lo miró con los ojos relucientes y adormilados.

—¿No soy lo bastante hermosa para que me ames sólo por mi belleza? —preguntó Bianca.

Comprendí que su pregunta encerraba cierta amargura, que le estaba haciendo una confidencia. Sentí sus pensamientos con pasmosa nitidez.

—Te amo tanto si vas vestida de oro y adornada con perlas como si no, tanto si te expresas con ingenio y gracia como si no, tanto si creas un ambiente bien iluminado y elegante donde yo pueda reposar como si no, te amo por el corazón que posees, el cual se compadeció de Amadeo cuando tú sabías que quienes conocían o amaban al inglés podían lastimarte, te amo por tu valor y por lo que sabes sobre la soledad.

Bianca le miró asombrada.

—¿Por lo que sé sobre la soledad? Sí, sé muy bien lo que significa estar completamente sola.

—Sí, mi dulce y valerosa Bianca, y ahora sabes que yo te amo —murmuró Marius—. Siempre has sabido que Amadeo te amaba.

—Sí, te amo —musité abrazado a ella.

—Bien, ahora sabes que yo también te amo.

Bianca observó a Marius con ojos lánguidos.

—Tengo muchas preguntas en la punta de la lengua —dijo.

—No son importantes —respondió Marius. Luego la besó y creo que dejó que sus dientes rozaran la lengua de Bianca—. Yo recojo todas tus preguntas y las desecho. Duerme, corazón virginal —le pidió—. Ama a quien desees, estás a salvo en el amor que ambos sentimos por ti.

Era la señal de retirarnos.

Me detuve a los pies del lecho mientras Marius cubría a Bianca, alisando el embozo de la sábana de fino hilo flamenco sobre la manta de lana blanca, de tacto más áspero. Luego la besó de nuevo, pero ella parecía una niña, tierna y a salvo, sumida en un profundo sueño.

Una vez fuera, nos detuvimos junto a un canal. Marius se llevó su mano enguantada a la nariz, saboreando la fragancia que emanaban sus dedos.

—Has aprendido mucho esta noche, ¿no es cierto? No puedes revelar a Bianca quién eres. Pero ¿te das cuenta de lo fácilmente que podrías hacerlo?

—Sí —contesté—. Pero sólo si no deseo nada a cambio.

—¿Nada? —preguntó Marius mirándome con aire de reproche—. Ella te ha dado afecto, lealtad, intimidad. ¿Qué más podrías desear a cambio?

—Ahora nada —respondí—. Me has instruido bien. Lo que yo tenía antes era su comprensión. Bianca era un espejo en el que yo podía contemplar mi imagen y calibrar mi desarrollo. Pero ella ya no puede ser ese espejo, ¿verdad?

—En muchos aspectos, sí puede. Muéstrale lo que eres a través de simples gestos y palabras. No le cuentes historias de vampiros, pues sólo conseguirás trastornarla. Ella puede consolarte maravillosamente sin saber qué es lo que puede herirte. Ten presente que si se lo revelas todo, la destruirás. Imagínalo.

Yo guardé silencio durante unos momentos.

—Algo te ha ocurrido —dijo Marius—. Estás muy serio. Habla.

—¿No podríamos transformar a Bianca en...?

—Ésta es otra lección, Amadeo. La respuesta es no.

—Pero envejecerá, morirá...

—Naturalmente, como todo ser mortal. ¿Cuántos vampiros crees que existimos en el mundo, Amadeo? ¿Qué motivos justificarían que transformáramos a Bianca en una de nuestra especie? ¿La querríamos como nuestra eterna compañera? ¿Nuestra discípula? ¿Querríamos oír sus desesperados gritos en caso de que la sangre mágica la hiciera enloquecer? Esa sangre no está destinada a cualquiera, Amadeo. Exige una gran fuerza y preparación, unas cualidades que tú posees, pero de las que Bianca carece.

Yo asentí. Comprendí a qué se refería Marius. No tuve que pensar en lo que me había ocurrido, ni siquiera en la tosca cuna rusa donde había nacido. Él tenía razón.

—Querrás compartir este poder con todos ellos —dijo Marius—. Pero averiguarás que no puedes hacerlo. Averiguarás que cada uno de esos seres que crees comporta una terrible obligación, y un terrible peligro. Los hijos se rebelan contra sus progenitores, y con cada vampiro que crees crearás un ser que vivirá para siempre amándote u odiándote. Sí, odiándote.

—No es necesario que sigas —murmuré—. Lo sé. Lo comprendo.

Regresamos juntos a casa, a las habitaciones brillantemente iluminadas del palacio.

Yo sabía lo que Marius deseaba de mí, que frecuentara a mis viejos amigos entre los aprendices, que me mostrara especialmente amable con Riccardo, quien se culpaba de la muerte de los pobres chicos desarmados que el inglés había asesinado aquel fatídico día.

—Finge, de este modo te harás más fuerte cada día —me susurró Marius al oído—. Atráelos con tu gentileza y tu amor, sin permitirte el lujo de una franqueza excesiva. El amor lo resuelve todo.

OceanofPDF.com

13

Durante los meses sucesivos aprendí más de lo que puedo explicar aquí.

Me apliqué en mis estudios, prestando incluso atención al gobierno de la ciudad, que me pareció tan aburrido como cualquier gobierno, y leí con voracidad los grandes eruditos cristianos, completando mis lecturas con Abelardo, Escoto y otros pensadores que Marius admiraba.

Marius halló para mí una gran cantidad de literatura rusa, de modo que por primera vez pude estudiar por escrito lo que conocía sólo a través de las canciones de mis tíos y mi padre. Al principio, me resultó demasiado doloroso ahondar en ello, pero Marius, con muy buen criterio, impuso su autoridad. El valor inherente del material no tardó en superar mis recuerdos dolorosos, aumentando mis conocimientos y comprensión de la historia.

Todos estos documentos estaban escritos en eslavo antiguo, la lengua escrita de mi infancia, y al poco conseguí leerla con extraordinaria facilidad. Me deleitó el Cantar de la hueste de Igor, pero también me encantaban los escritos, traducidos del griego, de san Juan Crisóstomo. Asimismo me fascinaban las historias fantásticas del rey Salomón y el descenso de la Virgen al infierno, unas obras que no formaban parte del Nuevo Testamento aprobado pero que evocaban el alma rusa. Leí también nuestra gran crónica, *The Tale of Bygone Years (Historia de tiempos pasados)*. Leí también *Orisson on the Downfall of Russia (Orissón sobre la caída de Rusia)*, y *The Tale of the Destruction of Riasan (Historia de la destrucción de Riazán)*.

Este ejercicio, la lectura de mis historias nativas, me ayudó a situarlas en su auténtica dimensión junto con el resto de conocimientos que había adquirido. En suma, las liberó del reino de los sueños personales.

Poco a poco comprendí lo sabia que era la decisión de Marius, a quien informaba con entusiasmo de mis progresos. Le pedí más manuscritos en eslavo antiguo, y Marius me proporcionó *Narrative of the Pious Prince Dovmont and his Courage (Relato del piadoso príncipe Dovmont)* y *The*

Heroic Deeds of Mercurius of Smolensk (Las heroicas proezas de Mercurio de Smolensk). Al cabo de un tiempo llegué a considerar esas obras escritas en eslavo antiguo un maravilloso placer, las cuales seguía leyendo después de mis clases, para deleitarme con esas antiguas leyendas y componer a partir de las mismas unas canciones llenas de nostalgia.

A veces cantaba esas canciones a los demás aprendices, cuando se acostaban. La lengua les parecía muy exótica, y a veces la pureza de la música y mi deje de tristeza los hacía llorar.

Riccardo y yo volvimos a hacernos muy amigos. Él nunca me preguntó cómo era que me había convertido en una criatura nocturna como el maestro y jamás traté de explorar las profundidades de su mente.

Por supuesto, no habría dudado en hacerlo en caso de que mi seguridad o la de Marius hubiera estado en juego, pero preferí utilizar mis poderes vampíricos para disimular mi auténtica identidad ante Riccardo, en quien hallé siempre un amigo leal y entregado sin reservas.

En una ocasión pregunté a Marius qué opinaba Riccardo de nosotros.

—Riccardo tiene conmigo una deuda demasiado grande para cuestionar nada de lo que yo haga —respondió Marius, pero sin arrogancia ni orgullo.

—Eso significa que está mejor educado que yo, ¿no es cierto? —pregunté—. Porque yo también estoy en deuda contigo y cuestiono todo lo que haces.

—Eres un mocoso listo y descarado, sí —contestó Marius con una pequeña sonrisa—. Un repulsivo mercader ganó a Riccardo tras disputar una partida de naipes con su padre, que siempre estaba borracho y obligaba a su hijo a trabajar día y noche. Riccardo, al contrario que tú, detestaba a su padre. Tenía ocho años cuando yo le compré a cambio de un collar de oro. Riccardo había visto lo peor de unos hombres que no se dejaban conmover por la ternura infantil. Tú mismo viste lo que ciertos individuos son capaces de hacer con el cuerpo de un niño para satisfacer sus apetitos. Riccardo, incapaz de creer que un niño de corta edad pudiera conmover o inspirar compasión a la gente, no creía en nada hasta que yo le di seguridad, le instruí y le expliqué en unos términos que él podía comprender que era mi príncipe.

»Pero para responder a tu pregunta con más precisión, Riccardo cree que soy un mago, y que he decidido compartir mis hechizos contigo. Sabe que estabas a las puertas de la muerte cuando te revelé mis secretos, un honor

que no le he concedido a él ni a los otros, pues considero que podría tener graves consecuencias. Él no pretende compartir nuestros conocimientos. Y está dispuesto a defendernos con su vida.

Yo acepté su respuesta. No sentía la necesidad de revelar mis pensamientos y sentimientos más íntimos a Riccardo, como hacía con Bianca.

—Siento la necesidad de protegerlo —le dije al maestro—. Confío en que él no se vea nunca obligado a protegerme a mí.

—Yo también siento esa necesidad —repuso Marius—. Hacia todos ellos. Dios concedió a tu inglés la misericordia de no haber estado vivo cuando regresé y comprobé que había asesinado a mis pequeños pupilos. No sé lo que le habría hecho. El haberte lastimado habría bastado para que yo le matara, pero asesinar en mi casa a dos pobres criaturas movido por su orgullo y su amargura, fue un hecho abominable. Tú habías hecho el amor con él y podías medir tus fuerzas con él, pero el único pecado de esos niños inocentes fue interponerse en su camino.

Yo asentí.

—¿Qué hiciste con sus restos? —pregunté.

—Muy sencillo —respondió Marius, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué quieres saberlo? Yo también soy supersticioso. Le rompí en pedacitos y los esparcí a los cuatro vientos. Si las viejas leyendas aciertan al afirmar que su sombra implorará la restauración de su cuerpo, el alma de ese desaprensivo vaga a merced del viento.

—Maestro, ¿qué será de nuestras sombras si nuestros cuerpos son destruidos?

—Sólo Dios lo sabe, Amadeo. Yo confieso ignorarlo. He vivido demasiado tiempo para pensar en destruirme. Mi suerte quizá sea la suerte del mundo físico. Es muy posible que provengamos de la nada y regresemos a la nada. Pero de momento gocemos de nuestros deseos de inmortalidad, al igual que hacen los mortales.

Yo acepté su explicación.

El maestro se ausentó en dos ocasiones del palacio, cuando emprendió esos misteriosos viajes sobre los que no solía darme ningún detalle.

Yo odiaba esas ausencias, pero sabía que servían para poner a prueba mis nuevos poderes. En esas ocasiones yo tenía que llevar las riendas de la casa

de forma amable y discreta, salir solo en busca de una presa e informar a Marius a su regreso sobre lo que había hecho con mi tiempo libre.

A su regreso del segundo viaje, Marius ofrecía un aspecto cansado e insólitamente triste.

Me explicó, como en otras ocasiones, que «aquellos a quienes debía custodiar» parecían estar tranquilos.

—¡Odio a esos seres, quienesquiera que sean! —protesté.

—¡No vuelvas a decir eso delante de mí, Amadeo! —gritó Marius. Jamás le había visto tan fuera de sí. Creo que era la primera vez que le veía realmente furioso.

Marius avanzó hacia mí y yo retrocedí atemorizado. Pero cuando me golpeó en el rostro ya había recobrado la compostura y el tortazo que me dio me dejó alelado, pero no fue más violento que de costumbre.

Yo lo encajé, tras lo cual le dirigí una mirada exasperada y rabiosa.

—Te comportas como un niño —le reproché—, un niño que juega a ser el maestro, obligándome a reprimir mis sentimientos y a soportar tus malos tratos.

Por supuesto, tuve que hacer acopio de todo mi valor para decirle eso, tanto más cuanto la cabeza me daba vueltas. Le miré con tal mueca de desprecio que Marius soltó una carcajada.

Yo también me eché a reír.

—Pero ahora en serio, Marius —dije, lanzándome a por todas—, ¿quiénes son esos seres a los que te refieres? —Se lo pregunté con educación y respeto. A fin de cuentas, era una pregunta sincera—. Has llegado cansado y triste. No puedes negarlo. ¿Quiénes son esos seres que deben ser custodiados?

—No me hagas más preguntas, Amadeo. A veces, poco antes del alba, cuando mis temores son más exacerbados, imagino que tenemos unos enemigos entre los de nuestra especie, y que rondan cerca de nosotros.

—¿Otros vampiros? ¿Tan fuertes como tú?

—No, los seres que han aparecido en los últimos años no son tan fuertes como yo. Por eso han desaparecido.

Yo estaba intrigado. Marius se había referido en otras ocasiones a la necesidad de impedir que otros vampiros penetraran en nuestro territorio, pero no había querido profundizar en el tema. Ahora parecía como si la tristeza le hubiera ablandado y estuviera dispuesto a hablar.

—Pero imagino que existen otros, y que vendrán a turbar nuestra paz. No tienen una buena razón para hacerlo. Nunca la tienen. Lo harán porque desean explorar el Véneto, o porque han formado un pequeño batallón decidido a destruirnos por gusto. Imagino... El caso, inteligente hijo y discípulo mío, es que no te cuento más detalles sobre estos antiguos misterios que los imprescindibles. De ese modo, nadie podrá entrometerse en tu mente de aprendiz para descubrir sus secretos más profundos, ni con tu cooperación sin que tú te des cuenta, ni en contra de tu voluntad.

—Si poseemos una historia digna de conocerla, señor, deberías contármela. ¿A qué antiguos misterios te refieres? Me sepultas bajo montañas de libros sobre la historia de la humanidad. Me has obligado a aprender el griego, incluso la aburrida escritura egipcia que nadie conoce, me interrogas constantemente sobre la suerte de la antigua Roma y la antigua Atenas y las batallas de cada cruzado que partió de nuestras costas hacia Tierra Santa. Pero ¿y nosotros?

—Siempre estamos aquí —respondió Marius—. Ya te lo he dicho. Nuestra historia es tan antigua como la humanidad. Siempre hay un puñado de seres de nuestra especie vagando por el mundo, siempre peleando, por lo que conviene no tener trato con los demás, amar a uno o dos a lo sumo. Ésa es nuestra historia, lisa y llanamente. Espero que la escribas para mí en las cinco lenguas que has aprendido.

Marius se sentó en el lecho, malhumorado. Se recostó sobre los almohadones apoyando las botas cubiertas de barro en la colcha de raso.

Estaba exhausto; tenía un aspecto curiosamente juvenil.

—Vamos, Marius —insistí, sentándome ante su escritorio—. Háblame de esos antiguos misterios. ¿Quiénes son esos que deben ser custodiados?

—Ve a excavar nuestros panteones, jovencito —respondió con tono sarcástico—. Allí hallarás las estatuas de los tiempos presuntamente paganos. Hallarás unos objetos tan útiles como «aquellos que deben ser custodiados». Déjame en paz. Alguna noche te hablaré de ello, pero de momento te explicaré sólo lo que debes saber. Supongo que en mi ausencia te dedicarías a estudiar. Dime lo que has aprendido.

Marius me había pedido que leyera a Aristóteles, no en los manuscritos que eran moneda corriente en la plaza, sino en un antiguo texto que él poseía y afirmaba que estaba escrito en un griego más puro. Yo lo había leído de cabo a rabo.

—Aristóteles —dije—. Santo Tomás de Aquino... Ah, sí, los grandes sistemas proporcionan un gran consuelo. Cuando vayamos a caer en la desesperación, deberíamos crear grandes esquemas de la nada que nos rodea, y en lugar de caer en la desesperación podremos aferrarnos al andamio que hemos construido, tan hueco como la nada, pero demasiado detallado para poder despacharlo a la ligera.

—Bravo —repuso Marius con un elocuente suspiro—. Quizás alguna noche en el lejano futuro adoptarás un talante más positivo, pero ya que te muestras tan animado y feliz, ¿quién soy yo para quejarme?

—Pero debemos provenir de algún lugar —insistí machaconamente.

Marius estaba demasiado deprimido para responder.

Por fin, tras un gran esfuerzo, se levantó de la cama y se dirigió hacia mí.

—Vamos —dijo—. Iremos en busca de Bianca y la vestiremos de hombre. Trae tus mejores ropas. Necesita que la libremos durante un rato de esas habitaciones.

—Quizá te choque, señor, pero Bianca, al igual que muchas mujeres, ya tiene esa costumbre. A menudo se viste de chico para recorrer la ciudad sin que nadie la reconozca.

—Sí, pero no con nosotros —replicó Marius—. Le mostraremos los peores lugares —dijo, adoptando una expresión dramática de lo más cómica —. ¡Andando!

La idea me atrajo.

Tan pronto como le contamos nuestro pequeño plan, Bianca se mostró entusiasmada.

Irrumpimos en su casa cargados con un montón de prendas elegantes y ella nos pidió que la acompañáramos a sus aposentos mientras se vestía.

—¿Qué me habéis traído? Ah, de modo que esta noche debo hacerme pasar por Amadeo. ¡Magnífico!

Bianca cerró la puerta del salón donde se hallaban sus convidados, quienes, como de costumbre, siguieron charlando y riendo prescindiendo de ella. Había varios hombres de pie en torno al virginal, mientras otros discutían acaloradamente sobre la partida de dados.

Bianca se quitó la ropa y apareció desnuda como Venus al salir del mar.

Marius y yo la vestimos con unas medias, una camisa y un jubón de color azul. Mientras yo le ceñía el cinturón, Marius le recogió el cabello en un suave sombrero de terciopelo.

—Eres el chico más guapo del Véneto —dijo Marius, retrocediendo para contemplarla—. Sospecho que tendré que protegerte con mi vida.

—¿Vais a llevarme a los peores tugurios de la ciudad? ¡Deseo conocer los lugares más peligrosos! —exclamó Bianca alzando los brazos expresivamente—. Dadme mi puñal. No pensaréis que voy a ir desarmada.

—Yo tengo las armas que precisas —respondió Marius. Había traído una espada con un hermoso cinturón en diagonal decorado con diamantes que prendió a Bianca en la cadera—. Trata de desenvainarla. No es un florete con el que ejecutar unos pasos de danza mientras lo esgrimes, sino una espada de guerra. Andando.

Bianca asió la empuñadura con las dos manos y desenfundó la espada con un solo movimiento.

—¡Ojalá tuviera un enemigo dispuesto a morir! —exclamó.

Marius y yo nos cruzamos una mirada. No, ella no podía convertirse en uno de nosotros.

—Eso sería demasiado egoísta por nuestra parte —me susurró Marius al oído.

Me pregunto si Marius, de no haberme encontrado moribundo después de mi duelo con el inglés, si no me hubiera acometido aquella enfermedad que me hacía sudar copiosamente, me habría transformado en un vampiro.

Los tres descendimos apresuradamente los escalones de piedra que conducían al embarcadero, donde aguardaba nuestra góndola cubierta con un dosel.

Marius dio al gondolero las señas.

—¿Estáis seguro que deseáis que os lleve allí, maestro? —preguntó el gondolero, estupefacto pues conocía el barrio donde los peores marinos extranjeros se congregaban para emborracharse y pelear.

—Segurísimo —repuso Marius.

Cuando comenzamos a deslizarnos a través de las negras aguas, rodeé con un brazo a la delicada Bianca. Reclinado en los cojines, me sentí invulnerable, inmortal, convencido de que nada podía derrotarnos a Marius ni a mí, y que Bianca estaría siempre a salvo con nosotros.

¡Qué equivocado estaba!

Después de nuestro viaje a Kíev compartimos unos nueve meses de dicha. O quizá fueran diez, no recuerdo un acontecimiento ajeno a esta historia que determine con precisión el número de meses.

Tan sólo explicaré, antes de pasar a relatar el sangriento desastre, que Bianca estuvo siempre con nosotros durante esos últimos meses.

Cuando no nos dedicábamos a espiar a los transeúntes, permanecíamos en nuestra casa, donde Marius pintaba retratos de Bianca, representándola como esta o aquella diosa, como la bíblica Judit con un Holofernes con la cabeza del florentino, o como la Virgen María contemplando arrobada al Niño Jesús, plasmada con la perfección de todas las imágenes pintadas por el maestro.

Esos cuadros... Quizá perduren algunos.

Una noche, cuando todos dormían menos nosotros tres, Bianca, que se disponía a tenderse en un diván mientras Marius la pintaba, comentó:

—Me encanta vuestra compañía. No quiero regresar nunca a mi casa.

Ojalá que Bianca nos hubiera amado menos. Ojalá que no hubiera estado allí la fatídica noche de 1499, poco antes del fin de siglo, cuando el Renacimiento se hallaba en su apogeo, celebrado por artistas e historiadores, ojalá que se hubiera encontrado en un lugar seguro cuando nuestro mundo estalló en llamas.

OceanofPDF.com

14

Si has leído *El vampiro Lestat*, ya sabes lo que ocurrió, pues hace doscientos años se lo mostré todo a Lestat en unas visiones. Lestat puso por escrito las imágenes que le mostré, el dolor que compartí con él. Aunque ahora me propongo revivir esos horrores, relatar la historia con mis propias palabras, existen ciertos pasajes que Lestat ha descrito tan magistralmente que no pueden mejorarse, por lo que de vez en cuando me remitiré a ellos.

Comenzó de repente. Al despertarme, vi que Marius había alzado la tapa del sarcófago. A sus espaldas ardía una antorcha situada en el muro.

—Apresúrate, Amadeo, ya están aquí. Quieren quemar nuestra casa.

—¿Quiénes son, maestro? ¿Por qué?

Marius me sacó del reluciente ataúd y yo le seguí precipitadamente por la desvencijada escalera que conducía al primer piso del edificio en ruinas.

Marius lucía su capa de terciopelo roja con capucha. Se movía a tal velocidad que me costó un gran esfuerzo seguirlo.

—¿Se trata de esos seres que deben ser custodiados? —le pregunté.

Marius me rodeó los hombros con el brazo y nos elevamos hasta el tejado de nuestro palacio.

—No, hijo mío, se trata de una panda de estúpidos vampiros, empeñados en destruir toda mi obra. Bianca está allí, a merced de esos salvajes, y también los chicos.

Penetramos a través de la puerta del tejado y bajamos por la escalinata de mármol. De los pisos inferiores brotaba una densa humareda.

—¡Los chicos están gritando, maestro! —exclamé.

En aquel momento apareció Bianca y echó a correr hacia los pies de la escalera.

—¡Marius! ¡Son unos demonios! ¡Utiliza tus poderes, Marius! —gritó. Acababa de levantarse del lecho e iba despeinada y con la ropa arrugada—. ¡Marius! —Sus gritos resonaban por los tres pisos del palacio.

—¡Válgame Dios! ¡Todas las habitaciones están ardiendo! —grité—.

¡Debemos apagar el fuego! ¡Los cuadros, maestro!

Marius se arrojó sobre la balaustrada y aterrizó en el suelo, junto a Bianca. Mientras yo corría para alcanzarlo, vi a un grupo de figuras ataviadas de negro y encapuchadas que avanzaban hacia él. Contemplé horrorizado cómo trataban de prender fuego a su ropa con las antorchas que esgrimían mientras emitían unos horripilantes chillidos e improperios.

Esos demonios salieron de todos los rincones. Los gritos de los aprendices eran desgarradores.

Marius movió su brazo como un enorme molinete y derribó a sus agresores, haciendo que las antorchas rodaran por el suelo. Luego envolvió a Bianca en su capa.

—¡Van a matarnos! —gritó Bianca—. ¡Van a quemarnos vivos, Marius! ¡Han asesinado a los chicos y han hecho prisioneros a los otros!

De pronto, antes de que los primeros atacantes se hubieran incorporado, aparecieron otras figuras vestidas de negro. Todas tenían el rostro y las manos blancas como nosotros; todas poseían la sangre mágica.

¡Eran unos seres como nosotros!

Las figuras encapuchadas se lanzaron sobre Marius, pero éste las derribó de un manotazo. Los tapices del gran salón habían comenzado a arder. De las habitaciones contiguas brotaba un humo oscuro y pestilente. La escalera estaba inundada de humo. Una luz oscilante e infernal iluminó el palacio como si fuera de día.

Yo me lancé a la pelea contra los demonios, los cuales me parecieron asombrosamente débiles. Recogí una antorcha del suelo y me precipité sobre ellos, obligándolos a retroceder, ahuyentándolos al igual que hacía el maestro.

—¡Blasfemo, hereje! —me espetó uno—. ¡Adorador del diablo, pagano! —gritó otro. Los agresores avanzaron hacia mí, pero yo me defendí prendiendo fuego a sus ropas y haciendo que huyeran despavoridos y chillando como posesos hacia las aguas del canal.

Pero eran muchos. Mientras peleábamos contra ellos irrumpieron otras siniestras figuras en el salón.

De pronto vi horrorizado que Marius empujaba a Bianca hacia la puerta abierta del palacio.

—¡Corre, tesoro! ¡Aléjate de la casa!

Marius atacó ferozmente a los demonios que pretendían seguirla,

echando a correr tras ella, y los derribó uno tras otro mientras trataban de detenerla. Al cabo de unos instantes vi a Bianca desaparecer a través de la puerta principal.

No tuve tiempo de comprobar si había conseguido ponerse a salvo, pues una nueva pandilla de demonios se arrojó sobre mí. Los tapices en llamas caían de las varas que los sostenían. El suelo estaba sembrado de estatuas hechas añicos sobre el mármol. Dos pequeños demonios me agarraron del brazo izquierdo y casi lograron derribarme, pero yo abrasé el rostro de uno con la antorcha y prendí fuego al otro.

—¡Al tejado, Amadeo! —gritó Marius.

—¡Maestro, rescatemos los cuadros que están en el almacén! —contesté.

—Olvida los cuadros. Es demasiado tarde. ¡Salid corriendo, chicos, alejaos de la casa, salvaos del fuego!

Tras obligar a los agresores a retroceder, Marius subió volando por la escalera y me llamó desde la balaustrada del piso superior.

—¡Vamos, Amadeo, deshazte de ellos, te sobran fuerzas para conseguirlo, lucha, hijo mío!

Al alcanzar el segundo piso, me vi rodeado por esos demonios. No bien quemaba a uno cuando otro se precipitaba sobre mí, aferrándome por las piernas y los brazos. No pretendían prenderme fuego sino inmovilizarme, lo que por fin consiguieron.

—¡Déjame, maestro, sálvate! —grité.

Me revolví desesperadamente al tiempo que asestaba patadas a diestro y siniestro. Al alzar la cabeza, vi a Marius en el piso superior, rodeado de demonios, quienes aplicaron un centenar de antorchas a su voluminosa capa, a sus rubios cabellos, a su rostro blanco y furioso. Parecía un enjambre de insectos que, gracias a su elevado número y a sus ingeniosas tácticas, lograron por fin inmovilizarlo. Al cabo de unos instantes, envuelto en el fragor de las gigantescas llamas, todo su cuerpo comenzó a arder.

—¡Marius! —grité una y otra vez, incapaz de apartar los ojos de él, debatiéndome entre mis captores. Pero cuando conseguía que me soltaran las piernas otras manos frías y duras como el acero me aferraban por los brazos, sujetándome con fuerza—. ¡Marius! —grité con toda la angustia y el terror que me embargaba.

Ninguno de los horrores que yo había experimentado en la vida era tan inenarrable, tan insoportable como contemplar a mi maestro envuelto en

llamas. Su largo y esbelto cuerpo se había convertido en una silueta negra y durante breves segundos vi su perfil, con la cabeza inclinada hacia atrás, al tiempo que su cabello rubio estallaba y sus dedos parecían unas arañas negras trepando a través del fuego para aspirar aire.

—¡Marius! —chillé. Todo el confort, toda la bondad, toda la esperanza ardía junto con aquella negra silueta de la que yo no podía apartar los ojos al tiempo que se consumía y perdía toda forma perceptible.

¡Marius! Mi voluntad sucumbió.

Lo que quedaba era un mero vestigio, el cual, gobernado por una segunda alma compuesta por sangre mágica y poder, siguió luchando ciegamente.

Arrojaron una red sobre mí, una malla de acero tan pesada y fina que no pude ver nada, sólo sentirme atrapado en esa red en la que unas manos enemigas me envolvieron. Después me sacaron de la casa. Oí gritos a mi alrededor y los pasos apresurados de quienes me transportaban, y al oír el aullido del viento, deduje que habíamos llegado a la playa.

Me encerraron en la bodega de un barco; en mis oídos no dejaban de sonar los lamentos de los moribundos. Los aprendices también habían sido capturados. Me arrojaron entre ellos. Sentí sus cuerpos dúctiles y frenéticos amontonados sobre mí y junto a mí, y yo, envuelto en la red, no pude siquiera articular unas palabras de consuelo, no pude tranquilizarlos.

Sentí cómo los remos se introducían en el agua, produciendo el inevitable chapoteo, y la voluminosa galera de madera se estremeció y comenzó a deslizarse hacia el mar abierto. Fue adquiriendo velocidad como si no existiera una noche que frenara su travesía. Los remeros seguían remando con una energía y potencia que unos hombres mortales no poseían, conduciendo el barco hacia el sur.

—Blasfemo —murmuró alguien junto a mí.

Los jóvenes aprendices sollozaban y rezaban.

—Cesad vuestras oraciones paganas —rezongó una voz fría y sobrenatural—. Sois los sirvientes del pagano Marius. Todos moriréis por los pecados de vuestro maestro.

Oí una siniestra risa que sonaba como un tronar lejano sobre los lamentos quedos y húmedos de angustia y sufrimiento. Oí una carcajada seca y prolongada.

Cerré los ojos y me replegué en lo más profundo de mí mismo. Yacía en

el suelo de tierra del Monasterio de las Cuevas, un espectro de mí mismo inmerso en los recuerdos más seguros y terribles.

—Dios mío —murmuré sin mover los labios—, sálvalos y te juro que me enterraré entre los monjes para siempre, renunciaré a todos los placeres, no haré otra cosa hora tras hora sino alabar tu santo nombre. Señor, apiádate de mí. Dios mío... —Pero cuando la locura del pánico hizo presa en mí, cuando perdí toda noción del tiempo y el lugar, invoqué a Marius—: ¡Marius, por el amor de Dios! ¡Marius!

Alguien me golpeó. Un pie calzado en una bota de cuero me golpeó en la cabeza. Otro me golpeó en las costillas y otro me pisoteó la mano. Estaba rodeado por los pies de esos demonios, que no cesaban de propinarme patadas y de lastimarme. Mi cuerpo se ablandó. Vi los golpes como una serie de colores, y pensé con amargura: «Ah, qué colores tan bellos, sí, colores». Entonces percibí los desgarradores lamentos de mis hermanos. Ellos también sufrían este tormento. ¿Qué refugio mental tenían esos jóvenes y frágiles pupilos que habían gozado del amor, los cuidados y las enseñanzas del maestro a fin de prepararlos para el gran mundo, los cuales se hallaban ahora a merced de estos demonios cuyos designios yo desconocía, cuyos designios yacían más allá de todo cuanto yo pudiera concebir?

—¿Por qué nos hacéis esto? —murmuré.

—¡Para castigaros! —respondió una voz suavemente—. Para castigaros a todos por vuestros actos vanos y blasfemos, por la vida impía y pecaminosa que habéis llevado. ¿Qué es el infierno comparado con eso, jovencito?

Ésas eran las palabras que los verdugos del mundo mortal repetían una y mil veces cuando conducían a los herejes a la hoguera. «¿Qué es el fuego del infierno comparado con este breve sufrimiento?» ¡Qué mentiras tan arrogantes, concebidas para justificar sus propios actos!

—¿Eso crees? —murmuró una voz—. Controla tus pensamientos, jovencito, a menos que quieras que despojemos tu mente de todos sus pensamientos. Quizá no vayas al infierno, muchachito, pero padecerás un tormento eterno. Tus noches de placeres y lujuria se han acabado. Ahora deberás enfrentarte a la verdad.

De nuevo me refugié en lo más profundo de mi ser. Ya no tenía un cuerpo. Yacía en el monasterio, sobre la tierra, sin sentir mi cuerpo. Me concentré en las voces que percibía junto a mí, unas voces tan dulces y

desesperadas. Reconocí a cada chico por su nombre y comencé a contarlos lentamente. Más de la mitad de nosotros, nuestro espléndido y angelical grupo de pupilos, se hallaba en esta abominable prisión.

No oí a Riccardo, pero cuando nuestros captores cesaron durante un rato de atormentarnos, oí su voz. Entonaba una letanía en latín, en un murmullo ronco y desesperado.

—Bendito sea Dios.

Los otros se apresuraron a responder:

—Bendito sea su santo nombre.

Los aprendices continuaron pronunciado sus plegarias. Las voces se hicieron más débiles en el silencio hasta que sólo oí rezar a Riccardo.

Yo no pronuncié las respuestas de rigor.

Riccardo siguió rezando, mientras sus compañeros dormían profundamente. Rezaba para consolarse, o quizá sólo para alabar al Señor. Pasó de la letanía al Padrenuestro, y de esta oración a las reconfortantes palabras del Avemaría, que repitió una y otra vez, como si rezara el Rosario, él solo, cautivo en la bodega del barco.

Yo no le dije nada. Ni siquiera le comuniqué que estaba allí. No podía salvarlo. No podía consolarlo. No podía explicarle este atroz castigo que nos había tocado en suerte. Ante todo, no podía revelarle lo que había visto: a nuestro gran maestro pereciendo en el simple y eterno tormento del fuego.

Se apoderó de mí una agitación rayana a la desesperación. Dejé que mi mente recuperara la imagen de Marius ardiendo, Marius convertido en una antorcha viviente, retorciéndose entre el fuego, sus largos dedos alzándose hacia el cielo como arañas entre las llamas de color naranja. Marius había muerto; había perecido abrasado. No había podido luchar contra los numerosos demonios que le habían atacado. Yo sabía lo que Marius habría dicho de habérseme aparecido como un espectro para confortarme:

—Eran demasiados, Amadeo. Por más que lo intenté, no pude detenerlos.

Me sumí en unos sueños atormentados. El barco siguió navegando a través de la noche, transportándome lejos de Venecia, de la ruina de todo lo que yo creía, de todo lo que amaba.

Me desperté al percibir unos cantos y el olor de la tierra, pero no era tierra rusa.

Ya no navegábamos por el mar. Estábamos cautivos en tierra firme.

Atrapado en la red de acero, escuché las voces huecas y sobrenaturales

que cantaban con odioso entusiasmo el terrible himno, *Dies Irae*, día de ira.

El sonido grave de un tambor realzaba el ritmo sincopado como si se tratara de una canción destinada a acompañar un baile en lugar del terrible lamento del día del Juicio Final. Las palabras en latín sonaban machaconamente, refiriéndose al día en que todo el mundo quedaría reducido a cenizas, cuando las grandes trompetas del Señor anunciarían la apertura de todas las tumbas. La muerte y la naturaleza se estremecerían. Todas las almas se congregarían, incapaces de ocultar ya nada al Señor. Un ángel leería en el libro sagrado los pecados de todos los mortales. La venganza caería sobre todos nosotros. ¿Quién estaría allí para defendernos sino el Juez Supremo, nuestro Señor Mayestático? Nuestra única esperanza que la piedad de Dios, el Dios que había muerto crucificado por nosotros, que no dejaría que su sacrificio fuera en vano.

Sí, unas palabras muy hermosas, pero brotaban de una boca pérfida, la boca de un ser que ni conocía el significado de éstas, que batía su resonante tambor como si participara en un festejo.

Transcurrió una noche. Estábamos enterrados y la siniestra y débil voz siguió cantando al son del pequeño y alegre tambor como si pretendiera liberarnos de nuestra prisión.

Oí murmurar a los chicos mayores, tratando de consolar a los más jóvenes, y la voz firme de Riccardo asegurándoles de que no tardarían en averiguar lo que aquellos seres pretendían, y quizá quedarían libres.

Sólo yo percibía los murmullos, las risotadas burlonas. Sólo yo sabía cuántos monstruos sobrenaturales nos acechaban, mientras nos conducían hacia el resplandor de una hoguera monstruosa.

Unas manos me arrancaron la red en la que estaba cautivo. Rodé por tierra, aferrándome a la hierba. Al alzar la vista, comprobé que nos encontrábamos en un inmenso claro, bajo unas rutilantes estrellas que nos observaban con indiferencia. Reinaba un ambiente veraniego y estábamos rodeados por unos gigantescos árboles verdes. Sin embargo, el humo de la hoguera lo distorsionaba todo. Al verme los chicos, encadenados unos a otros, con la ropa desgarrada y sus rostros cubiertos de arañazos y sangre, se pusieron a gritar, pero un enjambre de pequeños demonios encapuchados me apartaron de ellos y me sujetaron por las manos.

—¡No puedo ayudaros! —grité. Era egoísta, terrible. Fruto de mi orgullo. Mi negativa sólo sirvió para sembrar el pánico entre ellos.

Vi a Riccardo, cubierto de heridas como los otros, volverse de derecha a izquierda, tratando de tranquilizarlos, con las manos atadas delante, su chaquetilla hecha jirones.

Riccardo se volvió entonces hacia mí y ambos contemplamos la enorme guirnalda de figuras ataviadas de negro que nos rodeaban. ¿Podía Riccardo distinguir la blancura de sus rostros y sus manos? ¿Sabía instintivamente quiénes eran esos seres?

—¡Matadnos rápidamente si eso es lo que pretendéis! —gritó Riccardo —. No hemos hecho nada. No sabemos quiénes sois ni por qué nos habéis capturado. Todos somos inocentes.

Su valor me conmovió, y traté de poner en orden mis pensamientos. Tenía que desechar mi último y horripilante recuerdo del maestro, imaginarlo vivo, y pensar en lo que él me ordenaría que hiciera.

Los demonios eran mucho más numerosos que nosotros, eso era evidente. Detecté unas sonrisas en los rostros de esas figuras encapuchadas, que aunque ocultaban sus ojos, mostraban sus bocas alargadas y torcidas.

—¿Dónde está vuestro cabecilla? —pregunté, alzando la voz sobre el nivel de la potencia humana—. ¿No veis que estos jóvenes son unos simples mortales? ¡Es a mí a quien debéis pedirme cuentas!

Al oír mis palabras, la larga fila de figuras ataviadas de negro que me rodeaban se unieron para murmurar y cuchichear entre sí. Los que custodiaban a los aprendices encadenados cerraron filas en torno a ellos. Y los otros, a quienes yo apenas lograba distinguir, arrojaron más leña y alquitrán a la hoguera, como si el enemigo se dispusiera a entrar en acción.

Dos parejas de demonios se situaron delante de los aprendices, quienes seguían gimiendo y sollozando sin percatarse de lo que ese gesto significaba.

Yo lo comprendí en el acto.

—¡No! ¡Es conmigo con quien debéis hablar y razonar! —protesté, revolviéndome para soltarme de mis captores. Pero éstos se echaron a reír.

De pronto sonaron de nuevo los tambores, mucho más fuerte que antes, como si un círculo de tamborileros nos rodeara a nosotros y la infernal hoguera.

Mientras los tambores sonaban al ritmo sincopado del himno *Dies Irae*, las figuras encapuchadas que nos rodeaban como una guirnalda se irguieron y enlazaron sus manos. Comenzaron a entonar en latín las palabras que

anunciaban el siniestro día del Juicio Final. Los demonios comenzaron a moverse ridículamente, alzando las rodillas como si ejecutaran una marcha, al tiempo que un centenar de voces escupía las palabras al ritmo sostenido de una danza, mofándose de las tétricas palabras del himno.

A los tambores se unió el sonido agudo de unas gaitas y el batir de unas panderetas, hasta que todos los bailarines que nos rodeaban, con las manos enlazadas, comenzaron a oscilar de un lado a otro de cintura para arriba, moviendo la cabeza y sonriendo diabólicamente mientras cantaban:

—*¡Diiiieees iraaaaeee!*

El pánico hizo presa en mí, pero no podía librarme de mis captores. Me puse a gritar.

La primera pareja de bailarines ataviados de negro situados delante de los aprendices se abalanzaron sobre el primero destinado al sacrificio, por más que el chico chillaba y se retorcía desesperadamente, y lo lanzaron al aire. La segunda pareja de demonios lo atraparon y, con una fuerza sobrenatural, arrojaron al desdichado joven a la hoguera. Su cuerpo voló por los aires describiendo un arco y aterrizó sobre el fuego.

Emitiendo unos gritos desgarradores, el joven cayó entre las llamas y desapareció. Los otros aprendices, seguros de la suerte que les aguardaba, rompieron a llorar y a gritar posesos, pero fue en vano.

Uno tras otro, todos los aprendices fueron separados de sus compañeros y arrojados a las llamas.

Yo me debatí ferozmente, propinando patadas al suelo y a mis oponentes. En una ocasión logré liberarme, pero tres de las diabólicas figuras se apresuraron a sujetarme con unos dedos duros como el acero que me pellizcaban la carne.

—¡No hagáis eso! —gemí—. ¡Son inocentes! ¡No los matéis!

Pese a mis gritos estentóreos, oí los alaridos de los aprendices que morían devorados por las llamas. «¡Sálvanos, Amadeo!», gritaban, pero ignoro si ésas eran las únicas palabras que gritaban en los momentos postreros de su agonía. Al cabo de unos instantes todos los aprendices que seguían vivos, menos de la mitad del grupo original, se unieron a este cántico: «¡Sálvanos, Amadeo!» Sin embargo, los demonios siguieron arrojándolos a la hoguera y al poco rato sólo quedó una cuarta parte de los aprendices del palacio, quienes se debatían denodadamente entre las garras de sus captores hasta ser lanzados a aquella muerte atroz.

Los tambores continuaban sonando, acompañados por el ramplón *ching, ching, ching* de las panderetas y la lánguida melodía de las chirimías. Las voces componían un siniestro coro que pronunciaba cada sílaba del himno como si escupieran veneno.

—¿Lloras por tus compinches? —inquirió uno de los demonios que estaba junto a mí—. ¡Debiste liquidarlos y comértelos a todos en nombre del amor de Dios!

—¡El amor de Dios! —le espeté—. ¡Cómo te atreves a hablar sobre el amor de Dios, tú, un asesino de niños! —Me volví y le propiné una patada, hiriéndole mucho más de lo que yo imaginé, pero, como de costumbre, otros tres guardias ocuparon su lugar.

Al poco sólo vi bajo el feroz resplandor del fuego a tres chicos de rostro blanco como la cera, los tres aprendices más jóvenes del palacio, ninguno de los cuales emitió el menor sonido. Su silencio me impresionó, al igual que sus caritas húmedas y temblorosas y sus ojos ofuscados e incrédulos, cuando fueron arrojados a las llamas.

Yo pronuncié sus nombres. Grité a voz en cuello:

—¡Vais al cielo, hermanos míos, donde Dios os acogerá en sus brazos!

Pero ¿cómo iban a oír sus oídos mortales mis palabras sobre el ruido ensordecedor de los cánticos?

De pronto me di cuenta de que Riccardo no se encontraba entre los aprendices. Deduje que o bien se había escapado o le habían perdonado la vida, o le reservaban una suerte peor que morir abrasado.

En aquel momento unas manos me arrastraron hacia la pira, interrumpiendo mis reflexiones.

—¡Ahora te toca a ti, bravucón, pequeño Ganimedes de los blasfemos, descarado y arrogante querubín!

—¡No! —grité, clavando los talones en tierra. Era impensable. Yo no podía morir así; no podía perecer en la hoguera. Frenético, traté de razonar conmigo mismo: «Acabas de ver morir a tus hermanos. ¿Por qué no vas tú a correr la misma suerte?» Pero no podía aceptar esa posibilidad, no, yo era inmortal. ¡No!

—¡Sí, tú, y te asarás en el fuego como ellos! ¿No hueles su carne chamuscada? ¿No hueles sus huesos abrasados?

Unas vigorosas manos me lanzaron en el aire, lo suficientemente alto para notar la brisa que me revolvía el pelo, y al bajar la vista y contemplar

la hoguera que ardía en el suelo, su calor abrasador me chamuscó el rostro, el pecho y los brazos.

Caí por el aire agitando las piernas y los brazos como un pelele, engullido por el calor y el fragor de las infernales llamas color naranja. «¡Voy a morir!», pensé, suponiendo que pensara algo, pero creo que lo único que sentí fue pánico, rindiéndome ante el inenarrable tormento que me aguardaba.

Unas manos me rescataron del montón de leña que ardía debajo de mí. Me arrastraron por el suelo. Unos pies pisotearon mis ropas para apagar las llamas. Me arrancaron la camisa que estaba ardiendo. Me asfixiaba. Sentí que me dolía todo el cuerpo, el dolor atroz de la carne quemada, y cerré los ojos en un deliberado intento de perder el conocimiento y evadirme de aquella tortura. «Ven, maestro, ven a buscarme si existe un paraíso para nosotros». Imaginé a Marius abrasado, un esqueleto calcinado, pero éste tendió los brazos para abrazarme.

Al abrir los ojos, vi a un extraño junto a mí. Yo yacía sobre la húmeda Madre Tierra, gracias a Dios; mis manos, rostro y pelo chamuscados aún humeaban. El extraño era alto, de complexión atlética, moreno.

El extraño alzó sus manos fuertes, blancas, de nudillos gruesos, y se quitó la capucha, mostrando una espesa mata de pelo negro. Tenía los ojos grandes, con el blanco perlado y las pupilas negras como el azabache. Era un vampiro, al igual que los demás, pero de una belleza y una presencia extraordinarias. Me miró como si estuviera más interesado en mí que en sí mismo, aunque se sabía el centro de todas las miradas.

Sentí un pequeño estremecimiento de gratitud, de que aquel extraño con esos ojos y esa boca sensual en forma de arco de Cupido, poseyera una razón humana.

—¿Estás dispuesto a servir a Dios? —me preguntó. Tenía una voz culta y afable, y sus ojos no expresaban mofa—. Responde, ¿estás dispuesto a servir a Dios? En caso contrario, te arrojaremos de nuevo al fuego.

Me dolía todo el cuerpo. No se me ocurrió ningún pensamiento salvo que las palabras que el extraño acababa de pronunciar eran increíbles, no tenían sentido, y por tanto no podía responderle.

En el acto, sus diabólicos ayudantes me alzaron de nuevo, riendo y repitiendo al son del incesante himno:

—¡A la hoguera! ¡A la hoguera!

—¡No! —gritó el cabecilla—. Veo en él un amor puro hacia nuestro Salvador. —Levantó la mano para imponer su autoridad. Los demás se detuvieron, sosteniéndome por las piernas mientras me balanceaba en el aire.

—¿Eres bueno? —murmuré desesperado a la extraña figura—. ¿Cómo es posible? —sollocé.

El extraño se inclinó sobre mí. ¡Qué belleza tan excepcional! Sus carnosos labios formaban un arco de Cupido perfecto, como he dicho, y al aproximar su rostro reparé en el color intenso y natural que poseían, y en la sombra de una barba que sin duda se había afeitado por última vez en su vida de mortal, la cual cubría toda la parte inferior del rostro, confiriéndole la máscara viril de un hombre. Su frente amplia y despejada dejaba traslucir unos huesos blancos que contrastaban con los rizos negros que caían airosamente de sus sienes redondeadas y el pico de viuda situado en el centro de su frente, ofreciendo un espléndido marco a su semblante.

Sus ojos, como me ocurre siempre, fueron lo que más me atrajo, unos ojos grandes, almendrados y luminosos.

—Hijo mío —murmuró el extraño—, ¿estaría yo dispuesto a sufrir estos horrores si no fuera en nombre de Dios?

Mis sollozos se redoblaron.

Ya no temía miedo. El dolor no me importaba. Era un dolor rojo y dorado como las llamas de la hoguera que recorría mi cuerpo como si fuera un líquido, pero aunque lo sentía, no me lastimaba, no me importaba.

Sin protestar, con los ojos cerrados, dejé que me condujeran a través de un pasadizo donde los pasos de quienes me transportaban emitían un suave y quebradizo eco que reverberaba contra el techo bajo y los muros.

Cuando me depositaron en tierra, rodé por el suelo, pero comprobé con tristeza que yacía sobre un nido de harapos en lugar de sentir la humedad y frescura de la Madre Tierra que tanto necesitaba, pero al cabo de unos instantes eso tampoco me importó. Apoyé la mejilla sobre los mugrientos harapos y me sumí en un profundo sueño, como si me hubieran depositado allí para que durmiera.

Mi piel abrasada era una parte de mi persona, pero ya no formaba parte de mí. Emití un prolongado suspiro, sabiendo, aunque no articulé esas palabras en mi mente, que mis pobres compañeros habían muerto y se hallaban en lugar seguro. No creí que el fuego los hubiera atormentado

durante largo rato. No, sin duda habían sucumbido rápidamente a las llamas y habían volado al cielo como ruiseñores a través de la humareda.

Mis jóvenes compañeros ya no pertenecían a la Tierra y nadie podía ya lastimarlos. Todas las cosas nobles que Marius había hecho por ellos, los tutores, los conocimientos que habían adquirido, las lecciones que habían aprendido, las clases de danza, las risas, las canciones, los cuadros que habían pintado, todo había desaparecido, y sus almas habían subido al cielo impulsadas por unas exquisitas alas blancas.

¿Los habría seguido yo? ¿Habría acogido Dios en su dorado y nebuloso cielo el alma de un vampiro? ¿Habría dejado yo atrás los pavorosos cánticos de esos demonios que cantaban en latín para ascender al reino del canto angelical?

¿Por qué permitían esos seres que me rodeaban que yo albergara esos pensamientos? Sin duda eran capaces de adivinar mi pensamiento. Sentí la presencia del cabecilla, el de ojos negros, el poderoso. Quizás estuviéramos solos él y yo en este lugar. Si él pudiera darle algún sentido a esto, si pudiera otorgarle un significado y eliminar su monstruosidad, se convertiría en un santo del Señor. Vi a unos monjes sucios y famélicos en las grutas.

Me tendí boca arriba, regodeándome con el dolor rojo y dorado que me bañaba, y abrí los ojos.

OceanofPDF.com

15

Una voz melosa y reconfortante me dijo, dirigiéndose directamente a mí:

—Todas las obras fatuas de tu maestro se han quemado; de sus pinturas no queda sino un montón de cenizas. Que Dios le perdone por utilizar sus dones sublimes no al servicio de Dios sino al servicio del mundo, de la carne, del diablo, sí, del diablo, aunque el diablo sea nuestro abanderado, pues el maligno está orgulloso de nosotros y satisfecho de nuestro dolor; pero Marius sirvió al diablo haciendo caso omiso de los deseos de Dios, y la merced que nos ha concedido Dios permitiendo que en lugar de abrasarnos en las llamas del infierno gobernemos en las sombras de la Tierra.

—Ah —murmuré—, ya comprendo tu retorcida filosofía.

La voz no me reprendió.

Poco a poco, aunque prefería oír sólo esa voz, empecé a ver con más claridad. En la tierra prensada que formaba un techo abovedado sobre mi cabeza distinguí unas calaveras humanas, calcinadas y cubiertas de polvo. Unas calaveras adheridas a la tierra con mortero, de forma que constituían todo el techado, como unas blancas conchas marinas. «Unas conchas de cerebros humanos —pensé—, pues eso es lo que queda, unos caparazones que asoman a través de la tierra prensada, la cúpula que cubre el cerebro y los orificios negros y redondos que antaño eran unos ojos gelatinosos, ágiles como bailarines, atentos, prestos a informar a la mente de los esplendores del mundo».

Todo el techo estaba cubierto de calaveras, un techo abovedado formado por calaveras; y en el punto donde el techo se unía a los muros aparecía una hilera de huesos del muslo, y debajo unos huesos humanos dispuestos de forma aleatoria, sin orden ni concierto, como piedras trabadas con mortero para construir muros.

Todo estaba repleto de huesos e iluminado con velas. Sí, percibí el olor de las velas, de pura cera de abejas, como las que utilizan los ricos.

—No —dijo la voz con tono pensativo—, más bien la iglesia, pues ésta

es la iglesia de Dios, aunque el diablo es nuestro padre prior, el santo fundador de nuestra orden. ¿Por qué no íbamos a utilizar cera de abejas? Es muy típico de un veneciano fatuo y mundano como tú el considerarlo un lujo, confundirlo con la riqueza en la que te has regodeado como un cerdo se revuelca en sus excrementos.

Yo emití una risita.

—Dame otra muestra de tu generosa y estúpida lógica —respondí—. Deduzco que eres el Aquino del diablo. Continúa.

—No te burles de mí —me imploró con tono de sinceridad—. Yo te salvé del fuego.

—De no haberlo hecho yo ya estaría muerto.

—¿Quieres morir abrasado?

—No, no deseo sufrir esa suerte, me horroriza pensar en ello, ni se la deseo a nadie. Pero morir, sí.

—¿Y cuál crees que será tu destino si mueres? ¿No es el fuego del infierno cincuenta veces más caliente que el fuego que encendimos para ti y tus amigos? Eres hijo del infierno; te convertiste en ello desde el momento en que el blasfemo de Marius te trasfundió nuestra sangre. Nadie puede remediar esas circunstancias. Vives gracias a una sangre maldita, anómala y grata a Satanás, y grata a Dios porque necesita a Satanás para demostrar su bondad y ofrecer a los seres humanos la opción de ser buenos o malos.

Yo volví a reírme, pero con el máximo respeto.

—Sois muchos —comenté.

Al volver la cabeza, la luz de las numerosas velas que me rodeaban me deslumbró, pero no era una luz desagradable. Las llamas que bailaban sobre las mechas eran muy distintas de las que habían devorado a mis hermanos.

—¿Eran tus hermanos esos mortales arrogantes y consentidos? —preguntó él. Su voz no tembló en ningún momento.

—¿Es posible que creas todas las idioteces que dices? —repliqué, imitando su tono.

Él se rio, emitió una risa discreta y eclesial, como si estuviéramos comentando en voz baja lo absurdo de un sermón. Sin embargo, la sagrada hostia no se hallaba presente como lo habría estado en una iglesia consagrada, de modo que no era necesario bajar la voz.

—Querido —dijo él—, sería muy sencillo torturarte, doblegar tu arrogante mente y convertirte en un instrumento que emite unos incesantes

y estrepitosos gritos. Seria facilísimo emparedarte para que tus alaridos no nos turbaran, sino que constituyeran un entretenimiento que aderezara nuestras meditaciones vespertinas. Pero no me gustan esas cosas. Por eso soy un buen servidor del diablo; nunca me han gustado la crueldad y la maldad. Las desprecio, y si contemplara un crucifijo, rompería a llorar como cuando era un hombre mortal.

Cerré los ojos, renunciando a las oscilantes llamas que salpicaban la penumbra. Envié mi poder más fuerte y resistente hacia su mente, pero sólo hallé una puerta cerrada a cal y canto.

—Sí, ésa es la imagen que utilizo para impedirte la entrada. Deplorablemente literal para un infiel inculto. Pero a fin de cuentas tu dedicación a Cristo se alimentó de lo literal y lo ingenuo, ¿no es así? Aquí viene alguien que te trae un regalo que acelerará nuestro acuerdo.

—¿Un acuerdo, señor? ¿A qué te refieres?

Yo también oí al otro. Un hedor intenso y pestilente asaltó mis fosas nasales. No me moví ni abrí los ojos. Escuché al otro emitir esa risa grave y estentórea perfeccionada por los otros que habían cantado el *Dies Irae* con impecable entonación. Era un hedor insoportable, a carne humana abrasada o algo por el estilo. Me resultó repugnante. Volví la cabeza y traté de contener las náuseas. Podía aguantar el sonido y el dolor, pero no ese olor hediondo.

—Un regalo para ti, Amadeo —dijo el otro.

Alcé la cabeza y miré a los ojos a un vampiro formado como un joven con el cabello tan rubio que era casi blanco y el cuerpo alto y esbelto de un escandinavo. Sostenía una urna de grandes dimensiones con ambas manos. De repente la volcó.

—¡No, detente! —grité alzando las manos. Sabía lo que era, pero reaccioné demasiado tarde.

Un torrente de cenizas cayó sobre mí. Grité, atragantándome, y me volví. No podía quitármelas de los ojos y la boca.

—Son las cenizas de tus hermanos, Amadeo —dijo el vampiro rubio, emitiendo una estridente carcajada.

Impotente, tendido boca abajo, cubriéndome las sienes con las manos, me estremecí bajo el peso caliente de las cenizas. Por fin rodé por el suelo, me incorporé de rodillas y me levanté de un salto. Al retroceder hacia la pared derribé un candelabro de hierro que sostenía numerosas velas. Las llamitas

danzaron ante mi vista nublada, las velas cayeron sobre el lodo con un ruido seco. Yo levanté las manos para protegerme la cara.

—¿Qué ha sido de nuestra exquisita compostura? —preguntó el vampiro escandinavo—. ¿Nos hemos convertido en un querubín llorica? Así era como te llamaba tu maestro, ¿no? ¡Toma! —El vampiro me agarró del brazo y con la otra mano trató de restregarme un puñado de cenizas por el rostro.

—¡Condenado demonio! —grité, enloquecido de furia e indignación. Le agarré la cabeza con ambas manos y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, se la retorcí, partiéndole todos los huesos del cuello. Luego le asesté una patada con el pie derecho.

El vampiro cayó de rodillas, gimiendo, vivo pese a haberle partido el cuello. Pero me juré que no viviría intacto, y tras propinarle otra violenta patada con todo el peso de mi pie derecho, le arranqué la cabeza. La piel se desgarró y desprendió de la carne y la sangre brotó a chorros de la profunda herida. Con un último tirón, le separé la cabeza del tronco por completo.

—¡Tienes un aspecto lamentable! —me mofé, mirándole a los ojos. Las pupilas giraban frenéticamente—. Yo que tú preferiría morir. —Hundí los dedos de la mano izquierda en su pelo. Me volví en busca de una vela, tomé una con la mano derecha, la arranqué del candelero y se la hundí en las cuencas de los ojos una y otra vez hasta cegarlo.

»Ah, de modo que también puede hacerse de este modo —comenté, alzando la vista y parpadeando porque el resplandor de las velas me deslumbraba.

Poco a poco conseguí distinguir su figura. Su pelo negro y espeso le caía en unos bucles enmarañados sobre los hombros. Iba vestido con una amplia y larga toga negra que rozaba las patas del taburete sobre el que estaba sentado, levemente ladeado, pero contemplándome de forma que pude distinguir sus facciones a la luz de las velas. Era un rostro noble y hermoso, con unos labios bien delineados y graves como sus enormes ojos.

—Ese tipo nunca me cayó bien —dijo suavemente, arqueando las cejas —, pero debo reconocer que me has impresionado. No imaginé que lo liquidarías tan rápidamente.

Yo me estremecí. Una temible frialdad se apoderó de mí, una cólera implacable y atroz que avivaba el dolor, la locura, la esperanza.

Odiaba la cabeza que sostenía en las manos y deseaba arrojarla al suelo,

pero aún estaba viva. Las sanguinolentas cuencas de sus ojos temblaban ligeramente y la lengua se movía entre los labios de un lado a otro.

—¡Es asquerosa! —exclamé.

—Siempre decía unas cosas muy raras —repuso el de pelo negro—. Era pagano, ¿comprendes? Cosa que tú nunca fuiste. Quiero decir que creía en los dioses de los bosques escandinavos, y que Thor giraba en torno al mundo blandiendo su martillo...

—¿Vas a seguir hablando sin parar? —pregunté—. Debería quemar esta cosa, ¿no?

El otro me dirigió una sonrisa encantadora e inocente.

—Eres un idiota por permanecer en este lugar —observé. Las manos me temblaban de forma incontrolable.

Sin aguardar su respuesta, me volví y tomé otra vela, tras haber apagado la primera, y prendí fuego a la cabellera del vampiro muerto. El hedor me produjo náuseas. Emití un sonido semejante al lloriqueo de un niño.

Dejé caer la cabeza en llamas sobre el cuerpo decapitado cubierto por una toga. Arrojé la vela a las llamas para que la cera alimentara el fuego. Recogí las velas que yacían en el suelo, las arrojé también al fuego y retrocedí para esquivar el tremendo calor que emanaban los restos del difunto.

La cabeza comenzó a rodar entre las llamas, o eso me pareció, de modo que tomé el candelabro de hierro que había derribado y, utilizándolo a modo de rastrillo, aplasté y machaqué la masa de huesos y carne que ardía bajo las llamas.

En el último momento el vampiro extendió los brazos y sus dedos se curvaron y clavaron en las palmas de las manos. «¡Ah, vivir en ese estado!», pensé con desaliento, acercando los brazos al torso de un golpe con el rastrillo. El fuego apestaba a harapos y a sangre humana, una sangre que sin duda él había bebido, pero no percibí ningún otro olor humano. De pronto reparé con desesperación que había encendido la pira funeraria de aquel tipo sobre las cenizas de mis amigos.

En fin, era lógico.

—Os he vengado liquidando a uno de ellos —dije, emitiendo un suspiro de desánimo.

Arrojé el candelabro de hierro que había utilizado como rastrillo. Dejé los restos del escandinavo abrasándose entre las llamas. Era una habitación

espaciosa. Me dirigí con paso cansino y descalzo, pues mis zapatillas de fieltro se habían quemado, hacia un amplio rincón entre los candelabros de hierro, donde la grata y húmeda tierra era negra y parecía limpia, y me tumbé de nuevo en ella, sin importarme que el vampiro de pelo negro pudiera observarme a sus anchas, puesto que me había tendido justo delante de él.

—¿Conoces esos ritos escandinavos? —preguntó el otro como si tal cosa, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal—. Por lo visto ese Thor se dedica a girar continuamente en torno a la Tierra con su martillo, y el círculo se va estrechando, y más allá reside el caos, y nosotros estamos aquí, condenados a permanecer dentro del círculo de calor que se va estrechando. ¿No has oído hablar de ello? Ese tipo era un pagano, creado por unos magos renegados que lo utilizaban para que asesinara a sus enemigos. Me alegro de haberme librado de él. Pero ¿por qué lloras?

No respondí.

Qué panorama tan descorazonador, esta horrenda cámara con un techo abovedado formado por calaveras, esta multitud de velas que iluminaban sólo los restos de la muerte, y este ser, este hermoso ser de pelo negro y complexión atlética que gobernaba entre este horror, sin sentir la muerte de uno de sus servidores reducido a un montón de huesos pestilentes y humeantes.

Imaginé que estaba en casa. Me hallaba a salvo en la alcoba de mi maestro. Estábamos sentados juntos. Él leía un texto en latín. Las palabras no tenían importancia. Estábamos rodeados por objetos propios de la civilización, unos objetos bellos y exquisitos; las telas de la habitación habían sido tejidas por manos humanas.

—Cosas vanas —comentó el del pelo negro—. Vanas y absurdas, pero tú mismo lo comprenderás con el tiempo. Eres más fuerte de lo que imaginaba. Tu creador tenía siglos, nadie recuerda una época en que no existiera Marius, el lobo solitario, que no permitía que nadie pusiera los pies en su territorio, Marius, el destructor de jóvenes.

—Que yo sepa sólo destruía a los malvados —murmuré.

—Nosotros somos malvados, ¿no es cierto? Todos somos malvados. De modo que él nos destruyó sin titubeos. Creía estar a salvo de nosotros. ¡Nos volvió la espalda! No nos consideraba dignos de sus atenciones, y derrochó

toda su fuerza sobre un muchacho. Pero debo reconocer que eres un muchacho muy hermoso.

En éstas oí un ruido, un rumor siniestro, que no me era desconocido. Percibí el olor a ratas.

—Ah, sí, mis pupilas, las ratas —dijo el otro—. Siempre acuden a mí. ¿Quieres verlas? Vuélvete y mírame, haz el favor. Deja de pensar en san Francisco, con sus aves y sus ardillas y el lobo pegado a él. Piensa en Santino y sus ratas.

Yo obedecí. Respiré hondo, me senté en tierra y le miré. Sobre su hombro estaba sentada una enorme rata gris, besándole con su bigotudo hocico en la oreja, la cola asomando sobre la cabeza del vampiro. Tenía otra rata sentada sobre las rodillas, plácidamente, como hipnotizada, y otras congregadas en torno a sus pies.

Como si temiera moverse para no asustar a las ratas, el vampiro metió la mano en un cuenco que contenía migas de pan seco. Entonces percibí su olor, junto con el de las ratas. El vampiro ofreció un puñado de migas a la rata que estaba posada sobre su hombro, la cual las devoró con avidez y curiosa delicadeza. Luego el vampiro derramó unas migajas sobre su regazo, sobre las cuales se abalanzaron rápidamente tres ratas.

—¿Crees que amo a estas criaturas? —preguntó el vampiro sin apartar la vista de mí, abriendo los ojos exageradamente para realzar sus palabras. Su cabello negro caía sobre sus hombros como un espeso y alborotado velo; su frente, lisa y blanca, resplandecía a la luz de las velas.

»¿Crees que me gusta vivir aquí, en las entrañas de la Tierra? —preguntó con tristeza— ¿Debajo de la gran ciudad de Roma, donde la tierra absorbe la porquería de la repugnante multitud que habita allí, y tener a estos bichos como única compañía? ¿Crees que no fui un hombre de carne y hueso, o que, tras haber sufrido esta transformación gracias al divino plan de Dios Todopoderoso, no envidio la vida que tú llevabas junto a tu codicioso maestro? ¿Acaso no tengo ojos para contemplar los brillantes colores que tu maestro extendía sobre sus lienzos? ¿Crees que no me gustan los sonidos de la música impía? —Tras esa perorata el vampiro emitió un suave y angustiado suspiro.

»¿Qué ha creado Dios o ha permitido que exista que sea desagradable en sí mismo? —continuó el vampiro—. El pecado no es repulsivo en sí mismo,

sería absurdo pensarlo. A nadie le gusta el dolor. No nos queda más remedio que soportarlo.

—¿Y todo esto? —pregunté. Tenía ganas de vomitar, pero me contuve. Respiré hondo para dejar que todos los olores de esta cámara de los horrores penetraran en mis pulmones y dejaran de atormentarme.

Me senté cómodamente, con las piernas cruzadas para examinarlo. Me limpié los ojos para quitarme unas cenizas.

—¿A qué viene? Tus argumentos me los conozco de memoria, pero ¿a qué viene este reino de vampiros ataviados con hábitos negros sacerdotales?

—Somos los defensores de la verdad —respondió el otro sinceramente.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quién no es el defensor de la verdad? —repliqué con amargura—. ¡Mira, tengo las manos manchadas con la sangre de tu hermano en Cristo! Y tú, una burda imitación de un mortal que se alimenta de sangre humana, te quedas ahí sentado tan tranquilo, contemplando estos horrores y charlando conmigo a la luz de estas caprichosas velas.

—Tienes una lengua muy afilada para un jovencito de aspecto tan dulce —contestó el otro con frialdad, pero desconcertado—. Pareces tan dócil, con tus suaves ojos castaños y tu pelo de un rojo oscuro otoñal, pero eres muy listo.

—¿Listo? ¡Vosotros quemasteis a mi maestro! ¡Le destruisteis! ¡Quemasteis a sus pupilos! Yo soy vuestro prisionero, ¿no es así? ¿Y a santo de qué? ¿Y te atreves a hablarme de Jesucristo? ¿Tú? ¿Tú? Responde, ¿qué objeto tiene este cenagal asqueroso y delirante construido con barro y estas benditas velas?

El vampiro se echó a reír. En las esquinas de sus ojos aparecieron unas arruguitas y su rostro mostró una expresión dulce y jovial. Su cabello, pese a tenerlo sucio y enredado, conservaba su brillo sobrenatural. Qué hermoso sería de poder librarse de los dictados de esta pesadilla.

—Nosotros somos los Hijos de las Tinieblas, Amadeo —me explicó con paciencia—. Los vampiros hemos sido creados para ser el azote del hombre, su peste. Formamos parte de los avatares y tribulaciones de este mundo; nos alimentamos de sangre, y matamos para mayor gloria de Dios, que desea poner a prueba a sus hijos.

—No digas disparates —repliqué, tapándome las orejas con las manos.

—Pero tú sabes que es cierto —insistió el otro sin alzar la voz—. Lo

sabes al igual que me ves ataviado con esta toga y contemplas mi aposento. Estoy destinado a servir al Señor Viviente, al igual que lo estaban los monjes de antaño antes de que aprendieran a decorar sus muros con pinturas eróticas.

—Lo que dices es una locura, no sé por qué lo haces —protesté. ¡Me negaba a recordar el Monasterio de las Cuevas!

—Lo hago porque aquí he hallado mi propósito y el propósito de Dios, y no existe nada más sublime. ¿Preferirías vivir condenado, solo, egoísta, sin un propósito? ¿Estarías dispuesto a renunciar a unos designios tan magníficos que ni el ser más insignificante quedara fuera de ellos? ¿Creíste que podrías vivir eternamente sin el esplendor de estos grandes designios, pugnando por negar la intervención divina en todas las cosas bellas que codiciabas y conseguías?

Yo guardé silencio. No pienses en los antiguos santos rusos. El otro, sensatamente, no insistió, sino que empezó a cantar suavemente, sin la típica cadencia demoníaca, el himno latino...

Dies irae, dies illa
Solvet saeclum in favilla
Teste David cum Sibylla
Quantus tremor est futurus...

En ese día de ira,
la Tierra se convertirá en cenizas.
Tal como David y Sibila han anunciado,
se producirá un gran temblor...

—Y ese día, el día del Juicio Final, nosotros, sus ángeles negros, cumpliremos la misión de conducir al infierno a las almas perversas, según su voluntad divina.

Yo le miré de nuevo.

—Y luego el último ruego de este himno, que Dios se apiade de nosotros, ¿acaso su Pasión no fue por nosotros?

Canté suavemente en latín:

Recordare, Jesu pie,
Quod sum causa tuae viae...

Recuerda, Jesús misericordioso,
que yo fui la causa de tu vía crucis...

Continué, no obstante el desaliento que sentía, aceptando plenamente aquel horror.

—¿Qué monje del monasterio de mi infancia no confiaba en reunirse un día con Dios? ¿Qué pretendes decirme ahora, que nosotros, los Hijos de las Tinieblas, le servimos sin esperanza de reunirnos con Él algún día?

El otro me miró desmoralizado.

—Reza para que exista algún secreto que no conocemos —murmuró. Luego fijó la mirada en el infinito como si rezara—. ¿Cómo puede Él no amar a Satanás cuando Satanás le ha servido tan bien? ¿Cómo puede no amarnos a nosotros? No lo comprendo, pero yo soy lo que soy, es decir, esto, y tú eres como yo. —El vampiro me miró arqueando de nuevo las cejas ligeramente para realzar su asombro—. Debemos servirle. De lo contrario, estamos perdidos.

El vampiro se levantó del taburete y avanzó hacia mí, sentándose en el suelo frente a mí, con las piernas cruzadas, y extendió su largo brazo para apoyar la mano en mi hombro.

—Eres un ser espléndido —dije—. Y pensar que Dios te creó como a los jóvenes que destruisteis esta noche, unos cuerpos perfectos a los que prendisteis fuego.

El vampiro parecía profundamente trastornado.

—Amadeo, asume otro nombre y ven con nosotros, permanece con nosotros. Te necesitamos. ¿Qué harás si te quedas solo?

—Dime por qué matasteis a mi maestro.

El vampiro retiró la mano de mi hombro y la dejó hacer sobre el regazo formado por la toga negra extendida sobre sus rodillas.

—Nos está prohibido utilizar nuestros talentos para deslumbrar a los mortales. Nos está prohibido embaucarlos con nuestras habilidades. Nos está prohibido buscar el consuelo de su compañía. Nos está prohibido andar por lugares iluminados.

Nada de esto me sorprendió.

—Somos unos monjes tan puros de corazón como los de Cluny —explicó el del pelo negro—. Nuestros monasterios son estrictos y sagrados, cazamos y matamos para perfeccionar el paraíso de Nuestro Señor en cuanto valle de lágrimas. —Se detuvo unos instantes y, adoptando un tono de voz más suave y reflexivo, continuó—: Somos como las abejas que pican, y las ratas que roban el trigo; somos como la peste que se apodera de los jóvenes y los viejos, los seres hermosos o grotescos, con el fin de que los hombres y las mujeres tiemblen al constatar el poder de Dios.

El vampiro me miró, implorando mi comprensión.

—Las catedrales surgen del polvo —prosiguió— para que el hombre se maraville del poder divino. Y los hombres esculpen en piedra la danza macabra para demostrar que la vida es breve. En el ejército de esqueletos envueltos en siniestras capas negras que aparece tallado en un millar de portales, un millar de muros, se nos representa empuñando guadañas. Somos los seguidores de la muerte, cuyo cruel rostro aparece dibujado en un millón de pequeños devocionarios que sostienen en sus manos los ricos y los pobres.

El vampiro abrió desmesuradamente los ojos, que mostraban una expresión soñadora. Luego echó un vistazo a su alrededor, contemplando la macabra celda abovedada en la que nos hallábamos. En las pupilas de sus ojos vi las oscilantes llamas de las velas. El vampiro cerró los ojos unos momentos y al abrirlos parecían más claros, más luminosos.

—Tu maestro sabía esto —dijo con tono contrito—. Lo sabía perfectamente. Pero pertenecía a una época pagana, rebelde y airada, que se negaba a aceptar la gracia de Dios. Él vio en ti la gracia de Dios, porque posees un alma pura. Eres joven y tierno, abierto como la flor de la luna para asimilar la luz de la noche. Ahora nos odias, pero con el tiempo verás las cosas con más claridad.

—No creo que vuelva a ver nada con claridad —contesté—. Tengo frío, soy pequeño y en estos momentos no sé nada sobre sentimientos, ni anhelos, ni siquiera odio. No te odio, aunque debería odiarte. Me siento vacío. Deseo morir.

—Morirás cuando lo decida Dios, Amadeo, no tú —respondió el vampiro. Me miró con detenimiento y comprendí que no podía seguir ocultándole mis recuerdos sobre los monjes de Kíev, muriendo lentamente

de hambre en sus celdas, afirmando que debían tomar algún sustento porque sólo Dios podía decidir cuándo debían morir.

Traté de ocultar estos pensamientos, me guardé estas pequeñas imágenes para mí y las encerré en lo más profundo de mi ser. No pensé en nada. Una sola palabra acudió a mi lengua: horror, y luego el pensamiento de que antes de ahora yo había sido un idiota.

En éstas apareció otro ser en la habitación. Era un vampiro hembra. Entró a través de una puerta de madera, dejando que se cerrara suavemente a sus espaldas, como habría hecho una buena monja para evitar hacer un ruido innecesario. La vampiro se dirigió hacia el otro y se situó detrás de él.

Su espesa caballera gris estaba sucia y enmarañada, como la del otro, formando también un velo de maravilloso peso y densidad sobre sus hombros. Iba cubierta con unos harapos antiguos. Lucía un cinturón apoyado en las caderas, al igual que las mujeres de antaño, que adornaba su ceñido vestido y ponía de realce su esbelta cintura y sus caderas ligeramente amplias, como los trajes de ceremonia que muestran las figuras talladas en piedra de los sarcófagos de los ricos. Tenía unos ojos enormes, al igual que el otro, que parecían querer absorber cada partícula de luz que brillaba en la lóbrega celda. Tenía la boca carnosa y bien delineada, y los hermosos huesos de sus pómulos y su mandíbula relucían bajo la sutil capa de polvo plateado que la cubría. Lucía el cuello y el pecho casi desnudos.

—¿Va a convertirse en uno de nosotros? —preguntó. Tenía una voz tan bella, tan tranquilizadora, que me conmovió—. He rezado por él. Le he oído llorar en su interior, aunque no emita ningún sonido.

Aparté la vista. No podía sino sentirme repelido por ella, mi enemiga, que había asesinado a los seres que yo amaba.

—Sí —repuso Santino, el del pelo negro—. Permanecerá con nosotros, y puede convertirse en un líder. Posee una gran fuerza. Ha matado a Alfredo. ¡Ah, fue magnífico contemplar cómo lo liquidaba, con qué expresión de rabia en su rostro aniñado!

La vampiro contempló por encima de mi hombro los restos del vampiro que había muerto abrasado. Ni yo mismo sabía qué había quedado de él. No me volví para mirarlo.

Un pesar profundo y amargo suavizó los rasgos de la vampiro. Qué hermosa debió de ser en vida; qué hermosa sería ahora sin esa capa de polvo que la cubría.

De pronto me dirigió una mirada acusadora, que al cabo de unos instantes suavizó.

—Unos pensamientos vanos, hijo mío —dijo—. No vivo obsesionada con los espejos, como tu maestro. No necesito terciopelo ni sedas para servir a mi Señor. ¡Ah, Santino, fíjate en él, si parece una criatura! —La vampiro se refería a mí—. Hace siglos quizás habría escrito unos versos en honor de tanta belleza, asombrada de que hubiera venido a alegrar el rebaño de ovejas negras del Señor, como un lirio en las tinieblas, un joven hado que la luz de la luna había depositado en la cuna de una lechera para cautivar al mundo con su mirada afeminada y su voz grave y viril.

Sus halagos me enfurecieron, pero no soportaba perder en este infierno la belleza de su voz, su profunda dulzura. No me importaba lo que dijera. Al contemplar su rostro pálido en el que numerosas venas se habían convertido en surcos esculpidos en piedra, comprendí que era demasiado vieja para mi impetuosa violencia. Sin embargo deseaba matarla, sí, arrancarle la cabeza del tronco, sí, apuñalarla con las velas, sí. Furioso, tensando la mandíbula, pensé en esas cosas, y en él, en cómo le despacharía, pues era mucho menos viejo que ella, tal como demostraba su cutis aceitunado, pero esos impulsos murieron súbitamente como si un viento septentrional hubiera arrancado la cizaña de mi mente, un viento gélido que aniquilaba mi voluntad.

Ah, qué hermosos eran.

—No renunciarás a la belleza —dijo la vampiro con tono amable, quien quizás había captado mis pensamientos pese a mis esfuerzos por ocultarlos —. Verás otra variante de la belleza, áspera y variopinta, cuando mates y contemples ese maravilloso diseño corporal transformarse en una deslumbrante tela de araña al tiempo que bebes su sangre, y unos pensamientos agonizantes caerán sobre ti como gimoteantes velos para cegarte y convertirte en la escuela de esas pobres almas que envías a la gloria o a la perdición. Belleza, sí. Verás belleza en las estrellas que se convertirán en tu eterno consuelo. Y en la tierra, que te mostrará mil matices de oscuridad. Ésa será la belleza que contemplarás. Renunciarás a los estridentes colores del hombre y a la desafiante luz de los ricos y los fatuos.

—No renuncio a nada —repliqué.

Ella sonrió. Su rostro traslucía un calor tibio e irresistible; su larga cabellera canosa mostraba algún que otro rizo rebelde a la luz de las velas.

La vampiro miró a Santino.

—Comprende perfectamente lo que decimos —declaró—. Sin embargo, parece un niño travieso cuya ignorancia le lleva a burlarse de todo.

—Lo sabe, lo sabe —repuso el otro con extraña amargura. Dio de comer a sus ratas. Miró a la vampiro y luego a mí. Parecía meditar e incluso comenzó a canturrear de nuevo el viejo himno gregoriano.

Oí a otros seres moviéndose en la oscuridad. A lo lejos sonaban todavía los tambores, pero era un sonido insoportable. Contemplé el techo de la cámara donde nos encontrábamos, las calaveras sin ojos y sin boca que nos observaban con infinita paciencia.

Miré a Santino, sentado en el suelo meditabundo o enfrascado en sus pensamientos, y a sus espaldas la alta figura de la vampiro cubierta con harapos, su cabello gris peinado con raya en medio, su rostro adornado con una capa de polvo.

—¿Quiénes son esos seres que deben ser custodiados, hijo mío? —me preguntó ella.

Santino alzó la mano e hizo un gesto cansino.

—Él no sabe nada de eso, Allesandra. Te lo aseguro. Marius era demasiado listo para cometer la torpeza de decírselo. Es absurdo darle tantas vueltas a esa vieja leyenda que hemos perseguido durante años. Los seres que deben ser custodiados. Si esos seres deben ser custodiados, ya no existen, puesto que Marius ya no está aquí para custodiarlos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, el terror de romper a sollozar desconsoladamente, de dejar que ellos lo vieran, no, era una abominación. Marius ya no estaba aquí...

Santino se apresuró a continuar, como si temiera por mí.

—Es la voluntad de Dios. Dios quiso que todos los edificios se derrumbaran, que todos los textos fueran robados o quemados, que todos los testigos que asistieron al misterio fueran destruidos. Piensa en ello, Allesandra. Reflexiona. El tiempo ha sepultado todas las palabras escritas por Mateo, Marcos, Lucas, Juan y Pablo. ¿Acaso queda un solo pergamino que ostente la rúbrica de Aristóteles? ¿O Platón? Ojalá poseyéramos uno de los fragmentos que arrojó al fuego cuando trabajaba febrilmente...

—¿Qué nos importan estas cosas, Santino? —preguntó Allesandra con tono de reproche, pero cuando él agachó la cabeza ella le acarició el pelo, alisándoselo como si fuera su madre.

—Me refiero a que ésos son los designios de Dios —dijo Santino—, de su creación. Incluso lo que es esculpido en piedra desaparece con el tiempo, y las ciudades yacen bajo el fuego y las cenizas de montañas que estallan. Me refiero a que la tierra lo devora todo, y ahora se lo ha llevado a él, a esta leyenda, Marius, un ser mucho más viejo que todos los seres que hemos conocido, y con él han desaparecido sus preciosos secretos. Resígnate.

Junté las manos para impedir que temblaran. No dije nada.

—Yo vivía en una hermosa población —prosiguió Santino en voz tan baja que era casi un murmullo. Sostenía en brazos a una rata gorda y negra a la que acariciaba como si fuera una linda gatita, cuyos ojitos permanecían clavados en los suyos, incapaz de moverse, con la cola curvada como una guadaña hacia abajo—. Era una población maravillosa, con unas murallas altas y gruesas, donde todos los años organizábamos una feria. Me faltan palabras para describir el espléndido espectáculo de los artículos que exhibían los mercaderes, y las gentes, jóvenes y ancianos, que acudían de aldeas vecinas y remotas para comprar, vender y divertirse. ¡Era un lugar perfecto! Pero la peste lo asoló. Llegó la peste, sin respetar portal, tapia ni torre, invisible para los hombres del Señor, para el padre que araba en el campo y la madre que atendía su huerto. La peste lo arrasó todo, todo salvo a los más perversos. Me emparedaron entre los muros de mi casa, junto con los cadáveres hinchados de mis hermanos y hermanas. Me halló un vampiro que buscaba sangre con que alimentarse. Y sólo halló la mía, pese a que en la población habían abundado los cadáveres.

—¿Acaso no renunciamos a nuestra historia mortal por amor a Dios? —preguntó Allesandra con sumo tacto mientras seguía acariciándole la cabeza y apartándole el pelo de la frente.

En los grandes ojos de Santino se reflejaban sus pensamientos y recuerdos; al hablar me miró, quizá sin verme siquiera.

—Las murallas han desaparecido, han sucumbido bajo los árboles, la hierba y los montones de cascotes. En los castillos de los alrededores podemos observar las piedras con las que antaño fue construida la propiedad de nuestro señor, nuestra calle mayor, nuestras mansiones nobles. La naturaleza de este mundo establece que todas las cosas serán devoradas por el tiempo, que constituye una boca tan voraz como la que más.

Se hizo el silencio. Yo no cesaba de temblar. Me dolía todo el cuerpo. De

mis labios brotó un gemido. Miré a diestro y siniestro y agaché la cabeza, estrujándome las manos para no ponerme a gritar.

Al cabo de un rato alcé la cabeza y dije:

—¡Me niego a serviros! Conozco vuestro juego. Conozco vuestras escrituras, vuestra piedad, vuestra afición a la resignación. Sois como arañas que tejéis unas trampas complejas y siniestras, eso es todo; sólo sabéis copular para procrear más vampiros, sólo sabéis tejer unas trampas para atrapar a los incautos, como las aves que construyen sus nidos con porquería sobre edificios de mármol. Adelante, seguid tejiendo vuestras mentiras. ¡Os odio! ¡No os serviré!

Ambos me miraron con profundo amor.

—Pobre niño —dijo Allesandra, suspirando—. No has hecho sino empezar a sufrir. ¿Por qué te empeñas en sufrir por orgullo en lugar de hacerlo por Dios?

—¡Yo os maldigo!

Santino chasqueó los dedos. Fue un gesto insignificante, pero de pronto salieron de las sombras, a través de unas puertas como bocas secretas y mudas en los muros de arcilla, sus sirvientes, ataviados con unas togas, encapuchados, como los otros.

Me condujeron a rastras a una celda compuesta por barrotes de hierro y muros de piedra y arcilla. Cuando traté de excavar un agujero con las uñas para huir a través de él, mis dedos toparon con piedra revestida de hierro, y no pude seguir excavando.

Me tumbé en el suelo y rompí a llorar. Lloré por mi maestro. No me importa que alguien me oyera o se burlara de mí. Me tenía sin cuidado. Sólo pensaba en mi pérdida y en lo mucho que había amado a mi maestro, y al reparar en lo inmenso de ese amor, sentí en cierto modo su esplendor. Lloré con desconsuelo. Me revolqué sobre la tierra. Clavé mis uñas en ella, la arranqué a puñados. Luego me quedé inmóvil, dejando que las lágrimas rodaran en silencio por mi rostro.

Allesandra se acercó a la celda y apoyó las manos en los barrotes.

—Pobre criatura —murmuró—. Estaré siempre a tu lado. No tienes más que decir mi nombre.

—¿Por qué? —contesté. Mi voz reverberó entre los pétreos muros de la celda—. ¡Responde!

—¿Acaso los demonios no se aman en el infierno? —me replicó ella.

Transcurrió una hora. La noche era fría.

Sentí sed, una sed de sangre.

Me quemaba las entrañas. Ella lo sabía. Me senté de cuclillas, cabizbajo. Prefería morir antes que volver a beber sangre. Pero era lo único que veía, que sentía, que deseaba. Sangre.

La primera noche creí morir de sed. La segunda, temí morir gritando. La tercera, sólo soñé con sangre entre sollozos de desesperación, lamiendo las lágrimas de sangre que tenía en las yemas de los dedos.

Al cabo de seis noches, cuando ya no soportaba más mi sed, me trajeron una víctima que luchó denodadamente para escapar a su suerte.

Olí la sangre mientras la conducían por el largo y negro pasadizo. La olí antes de percibir el resplandor de las antorchas.

Arrojaron en mi celda a un joven hediondo y musculoso, quien no cesaba de propinarles patadas y maldecirlos, rugiendo y babeando como un poseso, chillando cada vez que le azuzaban con la antorcha para que se aproximara a mí.

Me levanté, casi demasiado débil para sostenerme en pie, y me arrojé sobre él, sobre su cálida y suculenta carne. Le desgarré el cuello, riendo y sollozando de gozo, y succioné hasta ahogarme casi con la sangre que me llenaba la boca.

El joven cayó a mis pies, balbuciendo y gritando. La sangre brotaba a borbotones de la arteria y se derramaba sobre mis labios y mis dedos. Yo tenía los dedos tan delgados que eran meros huesos. Bebí y bebí hasta que me harté. Todo el dolor, toda la desesperación se desvaneció en la pura satisfacción de mi sed de sangre, en el puro, egoísta y odioso afán de devorar aquella bendita sangre humana.

Los demonios dejaron que siguiera saciando mi glotonería, que gozara de aquel festín absurdo y salvaje.

Luego me desplomé de costado; noté que veía con más claridad en la oscuridad. Los muros que me rodeaban relucían cubiertos pedacitos dorados como un firmamento estrellado. Miré a mi víctima y comprobé que se trataba de Riccardo, mi amado Riccardo, mi brillante y buen Riccardo: desnudo, sucio, un prisionero que habían engordado en una pestilente celda de barro para esto.

Grité horrorizado. Aporreé los barrotes y me golpeé la cabeza contra ellos. Mis celadores de rostro blanco se acercaron apresuradamente a los

barrotes de mi celda pero luego retrocedieron aterrorizados y me observaron desde el otro lado del oscuro pasadizo. Caí de rodillas, sollozando amargamente.

Tomé el cadáver en brazos.

—¡Bebe, Riccardo! —grité. Me mordí la lengua y escupí la sangre en su rostro grasiento y de mirada ausente. Pero estaba muerto y vacío, y ellos se habían ido dejándole allí para que se pudriera en este inmundo lugar, y para que me pudriera yo junto a él.

Me puse a cantar *Dies irae, dies illa*. Al tiempo que cantaba, prorrumpí en carcajadas.

Tres noches más tarde, gritando y blasfemando, desmembré el hediondo cadáver de Riccardo para arrojar los pedazos fuera de la celda. ¡No soportaba su presencia! Arrojé el hinchado tronco contra los barrotes una y otra vez, sollozando, incapaz de partirlo en dos con el puño o el pie a fin de que pasara a través de los mismos. Desesperado, me arrastré hasta un rincón para alejarme de aquel montón de carne y huesos.

En éstas apareció Allesandra.

—¿Qué puedo decir para consolarte, hijo mío? —Un murmullo incorpóreo en la oscuridad.

Junto a ella había otra figura: Santino. Al volverme, vi en un destello fugaz que sólo un vampiro es capaz de emitir a través de los ojos a Santino meneando la cabeza con un dedo en los labios, corrigiéndola suavemente.

—Debemos dejarlo solo —dijo Santino.

—¡Sangre! —grité, precipitándome hacia los barrotes. Extendí los brazos con tal vehemencia que ambos retrocedieron espantados.

Al cabo de otras siete noches, cuando yo estaba tan famélico que ni siquiera el olor de la sangre me reanimaba, depositaron en mis brazos una víctima, un golfillo callejero que no cesaba de implorar misericordia.

—No temas —le susurré al oído, clavando rápidamente mis dientes en su cuello—. Hummmmm, confía en mí —murmuré, saboreando la sangre, succionándola lentamente, reprimiendo una carcajada de gozo y mientras mis lágrimas de gratitud rodaban teñidas de sangre por su carita—. Sueña, sueña cosas dulces. Acudirán unos santos a salvarte, ¿los ves?

Más tarde me tumbé, saciado, y contemplé en el techo enlodado las infinitas estrellas de piedra dura y reluciente o de hierro como el pedernal que estaban encajadas en la tierra. Volví la cabeza para no ver el cadáver del

pobre niño que había tendido con esmero, como si fueran a amortajarlo, junto al muro a mis espaldas.

Vi a una figura en mi celda, una figura menuda. Vi su borrosa silueta contra la pared, observándome fijamente. ¿Otro niño? Me levanté, perplejo. Su persona no emanaba ningún olor. Me volví y miré el cadáver. Yacía en el suelo tal como yo lo había dejado. Pero junto a la pared frente a mí estaba el mismo niño en carne y hueso, menudo, pálido y perdido, sin quitarme ojo de encima.

—¿Cómo es posible? —musité.

La pobre criatura no podía hablar, sólo mirarme fijamente. Lucía la misma toga blanca que llevaba su cadáver; tenía los ojos grandes, incoloros, de mirada suave y pensativa.

Entonces oí un sonido distante, unos pasos en la larga catacumba que conducía a mi pequeña prisión. No eran los pasos de un vampiro. Me incorporé, olfateando el aire para captar el aroma de ese ser. Nada cambió en la húmeda y rancia atmósfera. El único olor que se percibía en mi celda era el de la muerte, el del cadáver del pobre niño que yacía como un juguete roto en el suelo.

Clavé la vista en aquel espíritu menudo y tenaz.

—¿Qué haces aquí? —murmuré desesperado—. ¿Por qué puedo verte?

El espíritu movió los labios como si quisiera hablar, pero sólo meneó la cabeza ligeramente, un gesto que demostraba con penosa elocuencia su confusión.

Los pasos se aproximaron. De nuevo traté de captar el olor de ese ser, pero no percibí nada, ni siquiera el olor polvoriento de las togas de los vampiros, sólo los pasos que se acercaban. Por fin se acercó a los barrotes la figura alta y sombría de una anciana.

Comprendí que estaba muerta. Lo sabía. Sabía que estaba tan muerta como el niño que yacía junto a la pared.

—Habladme, os lo ruego, os lo suplico, os lo imploro. ¡Habladme! —grité.

Sin embargo, ninguno de los dos fantasmas podía apartar la vista uno del otro. El niño corrió a arrojarse en los brazos de la mujer y ésta, volviéndose tras haber recuperado a su hijo, comenzó a desvanecerse al tiempo que sus pies emitían de nuevo el sonido seco y rasposo sobre el suelo duro de barro que había anunciado hacía unos momentos su presencia.

—¡Miradme! —supliqué en voz baja—. Al menos una vez.

La mujer se detuvo. Casi no quedaba nada de ella. Pero volvió la cabeza y fijó en mí la débil luz de sus ojos. Luego se esfumó en silencio, por completo.

Yo me incliné hacia atrás y extendí el brazo en un gesto de abandono y desesperación. Toqué el cadáver del niño que yacía junto a mí, todavía tibio.

No siempre veía sus fantasmas. No traté de aprender el medio de conseguirlo.

No eran amigos míos esos espíritus que de vez en cuando aparecían en torno a la escena de mi sangrienta destrucción; era una nueva maldición. No advertía esperanza alguna en sus rostros cuando pasaban a través de esos momentos de mi desesperación, cuando la sangre de mi víctima aún estaba caliente dentro de mí. No los rodeaba ninguna luz de esperanza. ¿Era el ayuno lo que me había conferido este poder?

No hablé a nadie de ello. En aquella condenada celda, en aquel maldito lugar donde mi alma se retorcía de dolor semana tras semana sin siquiera el consuelo de un ataúd en el que refugiarse, los temí y acabé odiándolos.

Sólo el gran futuro me revelaría que los otros vampiros, por regla general, nunca los veían. ¿Era misericordia? Yo no lo sabía. Pero no debo adelantarme a los hechos.

Permite que regrese a aquella época intolerable, a aquella pesadilla.

Pasé unas veinte semanas sumido en aquel tormento. No creía siquiera que aún existiera el mundo alegre y fantástico de Venecia. Sabía que mi maestro estaba muerto. Lo sabía. Sabía que todo lo que yo amaba había muerto.

Yo estaba muerto. A veces soñaba que estaba en mi hogar, en Kíev, en el Monasterio de las Cuevas, transformado en santo. Luego me despertaba presa de la angustia.

Cuando Santino y Allesandra, la vampiro del pelo canoso, vinieron a verme, se mostraron tan amables como de costumbre. Al verme en aquel estado, Santino se echó a llorar y dijo:

—Ven conmigo, ahora, debes ponerte a estudiar con ahínco. Ni siquiera unos seres tan miserables como nosotros merecemos sufrir como tú sufres. Ven, acompáñame.

Yo me arrojé en sus brazos y le ofrecí mis labios. Agaché la cabeza para

oprimir el rostro contra su pecho, y al escuchar los latidos de su corazón, respiré hondo, como si hasta en aquel momento se me hubiera negado incluso el aire.

Allesandra apoyó suavemente sus manos frías y suaves en mis hombros.

—Pobre huérfano —dijo—. Estás cansado, has recorrido un largo camino que te ha traído hasta nosotros.

Lo extraordinario era que todo lo que me habían hecho me pareció una desgracia que todos compartíamos, una catástrofe común e inevitable.

La celda de Santino.

Permanecí tendido en el suelo en los brazos de Allesandra, que me acunaba y acariciaba el pelo.

—Deseo que salgas con nosotros esta noche en busca de una presa —declaró Santino—. Ven conmigo, con Allesandra y conmigo. No dejaremos que los demás te atormenten. Estás hambriento, famélico, ¿no es así?

Así comenzó mi estancia con los Hijos de las Tinieblas. Noche tras noche salía a cazar en silencio con mis nuevos compañeros, mis nuevos seres queridos, mi nuevo maestro y maestra, y al poco estaba listo para comenzar mis nuevas clases en serio. Santino, mi maestro, junto con Allesandra, que le ayudaba de vez en cuando, me nombraron su pupilo, un gran honor en aquella cueva de vampiros, según se apresuraron a informarme los otros en cuanto tuvieron oportunidad de hacerlo.

Averigüé lo que Lestat había escrito a partir de lo que yo le había revelado, las grandes leyes.

Uno, que nos formábamos en las asambleas distribuidas por todo el mundo; que cada asamblea disponía de un líder, y que yo estaba destinado a ser un líder, algo así como el padre prior de un convento, y que todos los asuntos de autoridad recaerían en mí. Sólo yo podía determinar el que un nuevo vampiro pasara a ser uno de los nuestros; sólo yo estaba facultado para dirigir la transformación a fin de que se realizara correctamente.

Dos, jamás debíamos conceder el Don Oscuro, que así era como lo llamábamos, a quienes no fueran hermosos, pues a un Dios justo le complacía que utilizáramos la sangre oscura sólo para esclavizar a los seres hermosos.

Tres, que un vampiro anciano jamás podía convertir a un novicio, pues nuestros poderes aumentan con el tiempo y el poder de los viejos es demasiado potente para los jóvenes. Yo soy un ejemplo de ello, creado por el último de los Hijos del Milenio, el gran y terrible Marius. Yo poseía la fuerza de un demonio en el cuerpo de un niño.

Cuatro, que ninguno de nosotros podíamos destruir a otro compañero, salvo el líder de la asamblea, que debía estar dispuesto en todo momento a destruir al desobediente de su rebaño. Que todos los vampiros vagabundos, que no pertenecían a ninguna asamblea, debían ser destruidos de inmediato.

Cinco, cualquier vampiro que revelara su identidad o sus poderes mágicos a un mortal debía ser aniquilado. Ningún vampiro debía escribir jamás las palabras que revelaran esos secretos. El mundo mortal jamás debía conocer el nombre de un vampiro, y cualquier prueba de nuestra existencia que llegara a ese ámbito debía ser eliminada a toda costa, junto con quienes habían cometido esa terrible violación de la voluntad de Dios.

Había otras cosas. Había otros ritos, encantamientos, todo teñido de un cierto folclore.

—No entramos en las iglesias, pues si lo hacemos Dios nos aniquilará —declaró Santino—. No contemplamos un crucifijo, y su mera presencia en una cadena en torno al cuello de una víctima basta para salvar la vida de ese mortal. No miramos ni tocamos las medallas de la Virgen. Retrocedemos ante las imágenes de los santos.

»Pero atacamos con un fuego sagrado a quienes no están protegidos. Gozamos bebiendo la sangre de nuestras víctimas cuando y donde nos apetece y con crueldad; elegimos a nuestras presas entre los inocentes y los más dotados de belleza y fortuna. Pero no alardeamos ante el mundo sobre lo que hacemos, ni entre nosotros.

»Los grandes castillos y tribunales del mundo nos están vedados, pues nunca, bajo ninguna circunstancia, debemos inmiscuirnos en el destino que Cristo Nuestro Señor ha ordenado para aquellos creados a su imagen y semejanza, como tampoco lo hacen las sabandijas, ni el fuego, ni la peste.

»Somos una maldición de las sombras; somos un secreto. Somos eternos.

»Y una vez que hemos concluido nuestro trabajo para el Señor, nos retiramos sin el confort de las riquezas y los lujos en unos lugares subterráneos bendecidos por nosotros mismos, y allí, a la luz del fuego y las velas, nos reunimos para rezar oraciones, cantar canciones y bailar, sí, bailar

junto al fuego, con el fin de reforzar nuestra voluntad, para compartir con nuestros hermanos y hermanas nuestro poder.

Transcurrieron seis largos meses durante los cuales me dediqué a estudiar estas cosas, durante los cuales me aventuré en los oscuros callejones de Roma para cazar con los demás, para saciar mi sed con los seres abandonados por la providencia que caían fácilmente en mis manos.

Dejé de buscar una justificación para mis sangrientas orgías. Dejé de practicar el refinado arte de beber la sangre de mis víctimas sin causarles sufrimiento, dejé de ocultar al desdichado mortal el horror de mi rostro, mis frenéticas manos, mis fauces.

Una noche me desperté y vi que estaba rodeado por mis hermanos. La mujer de pelo canoso me ayudó a levantarme de mi ataúd de plomo y me informó de que debía acompañarlos.

Echamos a caminar bajo el cielo estrellado. Habían encendido una gran hoguera, al igual que la noche en que habían perecido mis hermanos mortales.

Soplaba un aire fresco impregnado del perfume de las flores primaverales. Oí el canto del ruiseñor. A lo lejos percibí los sonidos y murmullos de la populosa ciudad de Roma. Dirigí la vista hacia la ciudad. Vi sus siete colinas tachonadas de luces parpadeantes. Vi las nubes en lo alto, teñidas de oro, suspendidas sobre estos espléndidos faros diseminados por toda la ciudad, como si la oscuridad de la noche estuviera preñada.

Vi el círculo que habían formado en torno a la hoguera. Los Hijos de las Tinieblas se hallaban dispuestos en tres hileras alrededor de la fogata. Santino, ataviado con una flamante y costosa toga de terciopelo negro, lo cual constituía una violación de nuestras estrictas normas, se acercó y me besó en ambas mejillas.

—Vamos a enviarte lejos, al norte de Europa —anunció—, a la ciudad de París, pues el líder de la Asamblea ha sucumbido, como todos acabaremos sucumbiendo más pronto o más tarde, al fuego. Sus pupilos te esperan. Han oído hablar de tus hazañas, tu amabilidad, tu piedad y tu belleza. Serás su líder y su santo.

Mis hermanos se acercaron uno tras otro para besarme. Mis hermanas, cuyo número era inferior al de los varones, también depositaron unos besos en mis mejillas.

Yo no dije nada. Permanecí inmóvil, escuchando el canto de las aves en

los pinos, contemplando el cielo nublado y preguntándome si llovería, si descargaría la lluvia que me parecía oler, limpia y pura, la única agua purificadora que me estaba permitida, la dulce lluvia de Roma, suave y tibia.

—¿Juras solemnemente dirigir la asamblea según las normas de las Tinieblas tal como dicta Satanás y como dicta Dios, su Señor y Creador?

—Lo juro.

—¿Juras obedecer todas las órdenes que recibas de la asamblea de Roma?

—Lo juro...

Palabras, palabras y más palabras.

Arrojaron más leña al fuego. Los tambores comenzaron a sonar. Al igual que los cantos solemnes.

Yo me eché a llorar. Entonces sentí los suaves brazos de Allesandra, su suave y espesa cabellera gris sobre mi mejilla.

—Iré contigo al norte, hijo mío —dijo Allesandra.

Conmovido, estreché con fuerza su cuerpo frío y duro mientras sollozaba desconsoladamente.

—Sí, sí, criatura —dijo ella—, me quedaré contigo. Soy vieja y permaneceré a tu lado hasta que llegue la hora de someterme a la justicia de Dios, como todos debemos hacer algún día.

—¡Bailemos para celebrarlo! —propuso Santino—. ¡Satanás y Cristo, hermanos en la Casa del Señor, os entregamos esta alma perfecta!

Santino alzó los brazos.

Allesandra se apartó de mí, con los ojos anegados en lágrimas. Sentí una infinita gratitud hacia ella por haber decidido acompañarme a fin de que no hiciera ese terrible viaje solo. ¡Allesandra iba a acompañarme! ¡Benditos fueran Satanás y el Dios que lo había creado!

Allesandra, alta, majestuosa, se colocó junto a Santino y alzó también los brazos agitando su caballera de un lado a otro.

—¡Que comience el baile! —exclamó.

El batir de los tambores se convirtió en un rugido, las chirimías emitieron su melancólico gemido y las panderetas comenzaron a sonar de forma machacona.

Del apretado círculo formado por los vampiros brotó un grito ronco y prolongado. Luego, todos enlazaron sus manos y comenzaron a bailar.

Me tomaron de la mano y me atrajeron hacia el círculo formado en torno a la fogata. Los bailarines tiraban de mí hacia la derecha y la izquierda al tiempo que giraban hacia un lado y el otro. De pronto la cadena se rompió y las figuras comenzaron a brincar y a ejecutar volteretas en el aire.

Sentí el viento en la nuca al tiempo que giraba y saltaba. Extendí los brazos con increíble precisión para recibir las manos de los bailarines que tenía a ambos lados y continuamos meciéndonos hacia la derecha y luego la izquierda.

En lo alto, las silenciosas nubes se espesaron, curvándose y deslizándose a través del encapotado cielo. En éstas comenzó a llover; su suave clamor quedó sofocado por las voces de los enloquecidos bailarines, el crepitar del fuego y el torrente de los tambores.

Lo oí. Me volví y salté en el aire para recibir la lluvia plateada que cayó sobre mí como una bendición del plomizo cielo, las aguas bautismales de los malditos.

La música se intensificó. Un ritmo bárbaro se apoderó de la ordenada cadena de bailarines. Bajo la lluvia y el inagotable resplandor de la gigantesca hoguera, los vampiros alzaron los brazos, gritando, retorciéndose, encogiendo las piernas y pateando el suelo con la espalda encorvada. De golpe se soltaron y comenzaron a girar y brincar con frenesí, moviendo las caderas sin cesar, con los brazos extendidos, la boca abierta, al tiempo que entonaban a voz en cuello el himno *Dies irae, dies illa*. ¡Oh, sí, sí, día de ira, día de fuego!

Más tarde, mientras la lluvia seguía cayendo de forma solemne y regular, cuando la hoguera no era sino una ruina negra, cuando todos se hubieron marchado en busca de víctimas para saciar su sed, cuando sólo unos pocos se arremolinaron sobre la tierra negra del sabbat, entonando sus oraciones presa de un angustiado delirio, yo permanecí tendido en silencio, con el rostro apoyado en tierra, dejando que la lluvia me bañara.

Me pareció ver a los monjes del Monasterio de las Cuevas, quienes se rieron de mí, pero amablemente.

—¿Qué te hizo pensar que podrías huir, Andrei? —me preguntaron—. ¿No te diste cuenta de que Dios te había llamado?

—Alejaos, no estáis aquí, yo no estoy en ninguna parte. Estoy perdido en el sombrío erial de un invierno infinito.

Traté de imaginar a Dios, su sagrado rostro, pero sólo vi a Allesandra,

que me ayudó a levantarme. Allesandra prometió hablarme de la época tenebrosa, antes de que Santino fuera creado, cuando ella recibió el Don Oscuro en los bosques de Francia, el país al que íbamos a trasladarnos.

—Señor, escucha mi plegaria —musité ansioso de contemplar su bendito rostro.

Sin embargo, esas cosas nos estaban vedadas, y no podíamos contemplar jamás la imagen de Dios. Debíamos trabajar sin ese consuelo, hasta que la Tierra cesara de existir. El infierno es la ausencia de Dios.

¿Qué puedo decir para defenderme? ¿Qué puedo decir?

Otros han relatado la historia de cómo fui durante siglos el líder indiscutible de la asamblea de París, que viví esos años en ignorancia y en la sombra, obedeciendo unas leyes caducas, hasta que dejé de recibirlas cuando Santino y la asamblea romana desaparecieron, y que entonces, cubierto de harapos y desesperado, me aferré a la vieja fe y a los viejos métodos mientras otros se inmolaban en el fuego o simplemente desaparecían.

¿Qué puedo decir en defensa del converso y el santo en el que me convertí?

Durante trescientos años seguí siendo el ángel errante de Satanás, su sicario con cara aniñada, su lugarteniente, su adorador. Allesandra estaba siempre a mi lado. Cuando otros perecían o desertaban, Allesandra se ocupaba de mantener viva la fe. Pero era mi pecado, mi viaje, mi terrible locura, y debía cargar yo solo con ese fardo hasta el fin de mis días.

Aquella última mañana en Roma, antes de partir hacia el norte, decidieron cambiarme el nombre.

Amadeo, que significa amado por Dios, resultaba un nombre muy poco apropiado para un Hijo de las Tinieblas, especialmente para el que iba a convertirse en el jefe de la asamblea de París.

De las diversas opciones que me ofrecieron, Allesandra eligió el nombre de Armand.

Así fue como me convertí en Armand.

OceanofPDF.com

Parte II

OceanofPDF.com

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

OceanofPDF.com

16

Me niego a seguir comentando el pasado. No me gusta. Me tiene sin cuidado. ¿Cómo puedo relatarte algo que no me interesa? ¿Acaso te interesa a ti?

El problema es que se ha escrito demasiado sobre mi pasado. Pero ¿y si no has leído esos libros? ¿Y si no te has recreado con las profusas descripciones del vampiro Lestat sobre mi persona y mis supuestos delirios y errores?

De acuerdo. Unas palabras más, pero sólo para situarme en Nueva York, en el momento en que vi el velo de la Verónica, para que no tengas que leer sus libros para ponerte al corriente, para que te baste mi libro.

De acuerdo. Cruzaremos el Puente de los Suspiros.

Durante trescientos años, fui fiel a las viejas normas de Santino, aun después de que el propio Santino hubiera desaparecido. Este vampiro que te habla no estaba muerto. Apareció en la era moderna, pletórico de salud, fuerte, silencioso y sin disculparse por los credos que me había hecho tragar en el año 1500 antes de que me enviaran a París.

Yo estaba loco en aquella época. Dirigí con eficacia la asamblea de París, me convertí en el arquitecto y artífice de sus ceremonias, sus estrambóticas y siniestras letanías, sus sangrientos bautismos. Mi fuerza física aumentó de año en año, como en el caso de todos los vampiros; alimenté mis poderes vampíricos bebiendo con avidez la sangre de mis víctimas, pues era el único placer que concebía.

Atraía a los seres que mataba por medio de unos encantamientos. Elegía a los más hermosos, los prometedores, los más audaces y espléndidos para mi festín, transmitiéndoles unas visiones fantásticas para mitigar su temor y su sufrimiento.

Estaba loco. Habiéndome sido negados los lugares donde reinaba la luz, el consuelo de entrar en la iglesia más humilde, empeñado en perfeccionar los siniestros designios de nuestra especie, vagaba como un espectro

cubierto de polvo a través de los oscuros callejones de París, transformando la poesía y la música más nobles en una insensata barahúnda en virtud de la cera de piedad y fanatismo que me taponaba los oídos, ciego a la imponente majestuosidad de sus catedrales y palacios.

Dedicaba a la asamblea todo mi amor; comentábamos en la oscuridad la forma de convertirnos en santos de Satanás, o si debíamos ofrecer a un hermoso y audaz envenenador nuestro pacto demoníaco y convertirlo en uno de los nuestros.

En ocasiones yo pasaba de una locura aceptable a un estado en el que sólo yo conocía los peligros. En mi celda de tierra situada en las secretas catacumbas debajo de Los Inocentes, el inmenso cementerio de París donde habíamos construido nuestra guarida, soñaba noche tras noche con algo extraño y sin sentido. ¿Qué había sido de aquel pequeño y hermoso tesoro que me había confiado mi madre? ¿Qué había sido del singular artefacto de Podil que ella había tomado del rincón reservado a los iconos y había depositado en mis manos, el huevo pintado, el huevo escarlata decorado con una estrella exquisitamente pintada? ¿Dónde se encontraba ahora? ¿Qué había sido de él? ¿No lo había dejado yo, envuelto en unas pieles en el ataúd dorado que había sido mi morada? Pero ¿habían ocurrido esas cosas que yo creía recordar, esa vida en una ciudad repleta de espléndidos palacios de piedras blancas, relucientes canales y un dulce e inmenso mar surcado por barcos veloces de airosa silueta, cuyos remos se movían en perfecto unísono como si fueran unos organismos vivos, esos barcos, esos magníficos barcos pintados, decorados a menudo con flores, con unas velas de un blanco inmaculado? ¡No, no podía ser real! ¡Una alcoba dorada que contenía un ataúd dorado! Y ese tesoro tan especial, ese objeto frágil y maravilloso, ese huevo pintado, ese huevo delicado y perfecto cuya cáscara pintada contenía en su interior una mezcla perfecta, húmeda y misteriosa de líquidos vivos... ¡Ah, qué pensamientos tan extraños! Pero ¿qué había sido de él? ¿Quién lo había encontrado?

Sin duda, lo había encontrado alguien. En caso contrario, seguía allí, oculto debajo de los fundamentos de un palacio en una ciudad flotante, en un panteón impermeable construido en la empapada tierra debajo de las aguas de la laguna. No, imposible. No podía estar allí. No pienses en ello. No pienses en que unas manos profanas se hayan apoderado de él. ¿Sabes, miserable alma embustera? Jamás regresaste a ese lugar, a esa ciudad junto

al río por cuyas calles fluye un agua gélida, donde tu padre, un mito que te has inventado, bebió vino de tus manos y te perdonó el que te hubieras convertido en un negro y potente pájaro alado, un ave nocturna que vuela por encima de las cúpulas de la Ciudad de Vladimir, como si alguien hubiera roto ese huevo, ese huevo prodigiosa y maravillosamente pintado que tu madre atesoraba y te regaló, partiendo la cáscara cruelmente con el pulgar, y del pútrido líquido que contenía, ese líquido pestilente, hubieras nacido tú, el ave nocturna que vuela sobre las humeantes chimeneas de Podil, sobre las cúpulas de la Ciudad de Vladimir, más y más alto, deslizándose sobre los páramos, sobre el mundo, hacia este lúgubre bosque, este frondoso e infinito bosque del que jamás lograrás escapar, este lugar frío y desolado donde habita el lobo hambriento, la rata voraz, el gusano que se arrastra y la víctima que grita desesperada.

Entonces aparecía Allesandra.

—Despierta, Armand. Has vuelto a tener esos sueños tan tristes, esos sueños que preceden a la locura, no puedes abandonarme, hijo mío, temo la muerte más de lo que temo esto; no deseo estar sola, no puedes dirigirte hacia el fuego, no puedes marcharte y dejarme aquí.

No, no podía hacerlo. No tenía el valor para dar ese paso. No tenía esperanza de nada, aunque hacía siglos que no recibía órdenes de la asamblea de Roma.

Sin embargo, llegó el fin de mis largos siglos al servicio de Satanás.

Apareció ataviado en terciopelo rojo, como la capa que tanto amaba mi antiguo maestro, Marius, un rey de ensueño. Apareció caminando con paso ágil y airoso a través de las iluminadas calles de París como si lo hubiera creado Dios.

Era un joven vampiro, al igual que yo, hijo del mil setecientos, según calculan los entendidos, un vampiro brillante, descarado, torpe, alegre y bribón disfrazado de la guisa de un joven, que había venido a apagar el fuego sagrado que aún ardía en la fisura de mi alma y esparcir las cenizas a los cuatro vientos.

Era el vampiro Lestat. No fue culpa suya. De haber podido uno de nosotros acabar con él una noche, liquidarlo con su propia y elegante espada y prenderle fuego, habríamos pasado unos cuantos siglos más sumidos en nuestra penosa ignorancia.

Sin embargo, nadie era capaz de acabar con él, ya que era demasiado

fuerte. Creado por un poderoso y antiguo renegado, un legendario vampiro llamado Magnus, este Lestat, que había cumplido veinte años mortales, un aristócrata rural errante y sin un centavo procedente de las rústicas tierras de la Auvernia, que había renunciado a la tradición, a la respetabilidad y a toda esperanza de ocupar un puesto en la corte, cosa que no ambicionaba puesto que no sabía leer ni escribir, y era demasiado descarado para servir a un rey o a una reina, convertido en una celebridad rubia de espectáculos de bulevar barato, amante de hombres y mujeres, un genio alegre, intrépido, con una ambición sin límites, este Lestat, este joven de ojos azules insolentemente pagado de sí mismo, se había quedado huérfano la misma noche de su creación a manos del antiguo monstruo que le había dado vida, quien le había legado una fortuna oculta en la habitación secreta de una destartalada torre medieval, tras lo cual se había arrojado en los reconfortantes brazos de las llamas.

Este Lestat, que no sabía nada sobre antiguas asambleas y tradiciones, sobre delincuentes cubiertos de hollín que medraban bajo los cementerios y se creían con derecho a tildarle de hereje, un ser marginal, un bastardo de la Sangre Oscura, que se paseaba por París, solitario y atormentado debido a sus dotes sobrenaturales, pero refocilándose con sus nuevos poderes, que bailaba en las Tullerías con las mujeres más elegantes de la ciudad, no sólo gozaba asistiendo a las representaciones de ballet y teatro, no sólo se paseaba por los Lugares de Luz, como los llamamos nosotros, sino que deambulaba con aire nostálgico por la misma catedral de Notre Dame de París, frente al altar mayor, sin que un rayo divino cayera sobre él y le abatiera.

Lestat nos destruyó. Me destruyó a mí.

Allesandra, que para entonces estaba tan loca como el resto de los viejos vampiros, sostuvo una divertida discusión con Lestat cuando yo le arresté y le conduje ante nuestro tribunal subterráneo para ser juzgado, tras lo cual ella también murió abrasada, dejándome ante un hecho obvio: que nuestras costumbres eran caducas, que nuestras supersticiones eran risibles, que nuestras togas negras eran ridículas, nuestra penitencia y sacrificios absurdos, nuestras creencias de que servíamos a Dios y al Diablo egocéntricas, ingenuas y estúpidas, y nuestra organización tan obsoleta en el alegre y ateo mundo parisino de la Edad de la Razón como le habría parecido siglos atrás a mi amado Marius veneciano.

Lestat era el niño bonito, risueño, el pirata que no respetaba nada ni a nadie, que al poco partió de Europa en busca de su propio territorio en la colonia de Nueva Orleans en el Nuevo Mundo.

No me ofreció ninguna filosofía consoladora ese diácono de cara aniñada surgido de la más lóbrega prisión, ese joven desprovisto de toda creencia, creado para lucir los atuendos de moda de la época y pasearse por las avenidas principales de la ciudad como yo había hecho hacía trescientos años en Venecia.

Mis seguidores, esos pocos a quienes yo no podía dominar y enviar con amargura a las llamas, se desenvolvían con asombro y torpeza en su nueva libertad, una libertad que utilizaban para sustraer el oro de los bolsillos de sus víctimas, para lucir sedas y pelucas blancas empolvadas y asistir al esplendor del escenario teatral, la lustrosa armonía de un centenar de violines, la destreza de unos actores que recitaban en verso.

¿Era éste nuestro destino, me preguntaba mientras paseábamos por las tardes a través de atestados bulevares, mansiones señoriales e imponentes salones de baile?

Comíamos en salones con los muros tapizados de raso, y reclinados sobre cojines de damasco en carruajes dorados. Adquiríamos magníficos ataúdes, adornados con exquisitos grabados y forrados de terciopelo, y por las noches nos recogíamos en sótanos revestidos de nogal y ornamentos dorados.

¿Qué iba a ser de nosotros? Estábamos diseminados, mis pupilos me temían y yo sabía que más tarde o más temprano las vanidades y el torbellino de la Ciudad de la Luz francesa los conduciría a cometer algún acto temerario o fatalmente destructivo.

Fue Lestat quien me proporcionó la solución, el lugar donde mi enloquecido corazón podía recobrar su ritmo normal, donde yo podía reunir a mis seguidores para que recuperáramos en cierta medida la cordura.

Antes de dejarme abandonado en el erial de mis viejas costumbres, Lestat me legó el teatro de bulevar en el que antiguamente él había sido el joven galán de la Commedia dell’Arte. Todos los actores humanos habían desaparecido. No quedaba nada sino el elegante y acogedor local, con sus alegres decorados y arco de proscenio dorado, su telón de terciopelo y sus bancos vacíos que esperaban volver a llenarse de un público enfervorizado. En él hallamos un refugio seguro donde ocultarnos tras la máscara de

pintura y *glamour* que disimulaba a la perfección nuestra tez blanca y reluciente y nuestra fantástica gracia y destreza.

Nos convertimos en actores, en una compañía teatral formada por inmortales ligados con el propósito de representar unas alegres y decadentes pantomimas ante unos espectadores mortales que jamás sospecharon que esos actores de tez blanca fueran más monstruosos que cualquier monstruo que presentáramos en nuestras pequeñas farsas o tragedias.

Así nació el Théâtre des Vampires.

Yo, una cáscara hueca e inútil, vestido como un humano con menos derecho a reivindicar ese título que nunca en todos mis años de fracaso, me convertí en su mentor.

Era lo menos que podía hacer para mis huérfanos de la vieja fe, quienes se mostraban aturdidos y felices en este mundo ramplón y desalmado que se precipitaba hacia la revolución política.

El motivo por el que dirigí este teatro paladiano durante tanto tiempo, por qué permanecí año tras año con esta compañía teatral vampírica lo ignoro, sólo sé que lo necesitaba tanto como había necesitado a Marius y nuestra casa en Venecia, o a Allesandra y nuestra guarida situada debajo del cementerio parisino de Los Inocentes. Necesitaba un lugar donde refugiarme antes del alba, donde sabía que los otros de mi especie podían reposar a salvo.

Puedo afirmar sinceramente que mis seguidores vampiros me necesitaban.

Necesitaban creer en mi capacidad de liderazgo, y cuando la situación se puso fea no los defraudé, sino que me apresuré a ejercer cierto control sobre los torpes inmortales que de vez en cuando nos ponían en peligro, mostrando públicamente sus poderes sobrenaturales o una crueldad extrema, y manejando con la habilidad matemática de un idiota sabio nuestros negocios mundanos.

Yo me ocupaba de todo: los impuestos, la recaudación de taquilla, las facturas, el combustible para la calefacción, las candilejas y la promoción de feroces fabuladores. De vez en cuando mi labor me proporcionaba un orgullo y una satisfacción exquisitos.

Nuestra compañía creció en prestigio al tiempo que nuestro público creció en número. Los toscos bancos dieron paso a unos asientos de terciopelo, y las pantomimas baratas a unas representaciones más poéticas.

Muchas noches, cuando asistía a la función sentado solo en mi palco de terciopelo, mostrando el aspecto de un caballero de fortuna embutido en los estrechos pantalones de la época, luciendo un chaleco de seda estampada y una ceñida levita de lana de alegre colorido, con el pelo recogido en la nuca con una cinta negra o cortado justo por encima de mi cuello blanco alto y almidonado, pensaba en los siglos malgastados con nuestros ritos rancios y nuestros sueños demoníacos como uno recuerda una larga y dolorosa enfermedad en una habitación oscura rodeado de medicinas amargas y encantamientos absurdos. No podía ser verdad, era imposible que hubiera existido esa desastrada banda de mendigos depredadores que cantábamos a Satanás en la escarchada penumbra de nuestra guarida.

Todas las vidas que yo había vivido, todos los mundos que había conocido me parecían aún menos sustanciales.

¿Qué se ocultaba debajo de mis elegantes volantes, detrás de mis plácidos y aquiescentes ojos? ¿Quién era yo? ¿Acaso recordaba una llama más cálida que la que confería un resplandor plateado a mi leve sonrisa a quienes me la pedían? No recordaba a ningún ser que hubiera vivido y respirado dentro de mi cuerpo de movimientos ágiles y silenciosos. Un crucifijo con sangre pintada, la edulcorada imagen de una Virgen en un devocionario o hecha de porcelana color pastel... ¿Qué eran esos objetos sino los burdos restos de una época inculta e impenetrable cuando unos poderes que ahora habían perdido vigencia acechaban desde un cáliz de oro, o desde el terrorífico rostro sobre un resplandeciente altar?

Yo no sabía nada de eso. Las cruces arrancadas del cuello de la virgen eran fundidas para confeccionar sortijas de oro, los rosarios, desechados junto con otros cachivaches mientras unos dedos furtivos, los míos, arrancaban los botones de diamantes de una víctima.

Yo me desarrollé durante las ocho décadas que duró el Théâtre des Vampires (resistimos la Revolución con asombrosa valentía y firmeza, así como las protestas públicas contra nuestras supuestamente frívolas y morbosas funciones), y cultivé, mucho después de que el teatro hubiera desaparecido, hasta bien entrado el siglo XX, una naturaleza silenciosa, secreta, dejando que mi aniñado rostro engañara a mis adversarios, a mis enemigos en potencia (rara vez los tomé en serio) y mis esclavos vampiros.

Yo era el peor de los líderes, eso es, un líder frío e indiferente que sembraba el terror en los corazones de todo el mundo, pero no me

molestaba en amar a nadie. Mantuve el Théâtre des Vampires, como lo llamábamos en la década de 1870, cuando un buen día apareció Louis, el pupilo de Lestat, en busca de las respuestas a las eternas preguntas que su descarado e insolente creador nunca le había proporcionado: ¿De dónde provenimos los vampiros? ¿Quién nos creó y con qué fin?

Ah, pero antes de que te explique la llegada del célebre e irresistible vampiro Louis, y su menuda y exquisita amante, la vampiro Claudia, permite que te relate un pequeño incidente que me ocurrió a principios del siglo XIX.

Quizá no signifique nada; o quizá signifique traicionar la existencia secreta de otro. No lo sé. Lo relato porque se trata de una curiosa anécdota que se refiere, aunque no puedo asegurarlo con certeza, a alguien que desempeñó un dramático papel en esta historia.

No puedo precisar el año en que se produjo este pequeño acontecimiento. Sólo puedo decir que París se había rendido ante la maravillosa y romántica música para piano de Chopin, que las novelas de George Sand causaban sensación y que las mujeres habían abandonado los ceñidos y lascivos vestidos de la época imperial para lucir los voluminosos trajes de tafetán que realzaban su cintura de avispa que vemos con frecuencia en los viejos y relucientes daguerrotipos.

El teatro gozaba de un auge, para emplear la jerga moderna, y yo, su director, cansado de asistir a sus representaciones, paseaba una noche a solas por el bosque en las inmediaciones de París, no lejos de una finca campestre llena de voces alegres y candelabros encendidos.

Fue allí donde me encontré con otro vampiro.

La reconocí de inmediato por su silencio, por su ausencia de aroma y la gracia casi divina con la que caminaba a través del bosque, recogiendo con sus manos menudas y pálidas la vaporosa capa y la voluminosa falda mientras se dirigía como atraída por un imán hacia las ventanas brillantemente iluminadas.

Ella se percató de mi presencia casi tan rápidamente como yo noté la suya, lo cual, dada mi edad y mis poderes, me alarmó. Se detuvo en seco, sin volver la cabeza.

Aunque los feroces actores vampiros del teatro conservaban su derecho de deshacerse de cualquier colega que osara entrometerse en su territorio, a

mí, su líder, después de los años que había vivido engañado pensando que era un santo, esas cosas me traían al fresco.

No pretendía lastimarla e, incautamente, le advertí con voz suave y afable, en francés:

—Es un territorio peligroso, querida. Los cazadores abundan por estos parajes. Le aconsejo que se dirija hacia una ciudad segura antes del amanecer.

Ningún humano pudo haber oído mis palabras.

Ella no respondió. Permaneció unos instantes con la cabeza agachada, cubierta con la capucha de tafetán. Luego se volvió, mostrando su rostro bajo los haces alargados de luz dorada que se filtraban a través de las ventanas de múltiples paneles.

Yo conocía a ese ser. Reconocí su rostro. Estaba seguro.

En un terrible segundo, un segundo fatídico, pensé que tal vez no me había reconocido con mi pelo corto, mi pantalón oscuro y mi levita de lana, en este trágico momento en que trataba de pasar por un hombre mortal, tan distinto del niño profusamente adornado con sedas y alhajas que ella había conocido. ¡Era imposible que me reconociera!

¿Por qué no pronuncié su nombre? ¡Bianca!

No podía comprenderlo, no podía hacer que mi aletargado corazón se despertara para gozar con lo que mis ojos me decían que era cierto, que aquel rostro exquisitamente ovalado rodeado por una cabellera dorada y una capucha de tafetán era el suyo, sin duda alguna, enmarcado exactamente como antaño, y que era ella, la mujer cuyo rostro había quedado grabado en mi febril mente antes y después de que se me concediera el Don Oscuro.

Bianca.

De pronto desapareció. Durante la fracción de un segundo vi sus ojos vampíricos llenos de recelo, de alarma, más temibles y amenazadores de lo que ningún humano podría imaginar, y de golpe la figura se esfumó, desapareció del bosque, de las inmediaciones, de los inmensos jardines que yo registré empecinadamente, meneando la cabeza, mascullando entre dientes: «No, es imposible, no puede ser. No».

No volví a verla jamás.

A estas alturas aún no sé si esa criatura era Bianca o no, pero en el fondo de mi alma, un alma que ha sanado y que ya no renuncia a la esperanza, creo que era ella. La recuerdo perfectamente cuando se volvió hacia mí en

el bosque, y en esa imagen reside el último detalle que confirma que se trataba de ella: porque aquella noche en las afueras de París, lucía unas sartas de perlas entrelazadas en su rubio cabello. A Bianca le entusiasmaban las perlas, y le encantaba lucirlas en el pelo. Y yo las vi a la luz que se filtraba por las ventanas de la casa campestre, debajo de la sombra que proyectaba su capucha, unas sartas de diminutas perlas entrelazadas en su cabello, las cuales enmarcaban una belleza florentina que yo jamás podré olvidar, tan delicada en su palidez vampírica como cuando aparecía iluminada por los colores de Fray Filippo Lippi.

Entonces no me dolió, ni me trastornó. Mi alma era demasiado pálida, estaba demasiado aturdida, demasiado acostumbrada a verlo todo como fragmentos en una serie de sueños inconexos. Seguramente, no me permití el lujo de creer que aquello había ocurrido.

Ahora confío en que fuera ella, Bianca, y que alguien, cuya identidad sin duda adivinas, me confirme si se trataba o no de mi adorada cortesana.

¿Había sido obra de algún miembro de la odiosa y criminal asamblea romana, que la había perseguido a través de la noche veneciana, se había sentido seducido por ella hasta el extremo de renunciar a sus siniestros métodos y la había convertido en su amante? ¿O había sido mi maestro quien, tras sobrevivir al horrendo fuego, como sabemos que hizo, fue en busca de ella porque necesitaba alimentarse de sangre y la convirtió en un ser inmortal para que le ayudara a recuperarse del terrorífico trance?

No me atrevo a formular a Marius esta pregunta. Quizá tú lo hagas. Prefiero confiar en que fue ella y no oír negativas que me hagan dudar de ello.

Tenía que contarte esto. Tenía que decírtelo. Creo que era Bianca.

Pero regresemos al París de 1870, unas décadas más tarde, al momento en que Louis, el flamante vampiro del Nuevo Mundo, atravesó mi puerta, buscando tristemente unas respuestas a las terribles preguntas de por qué estamos aquí, y con qué fin.

Lamento por Louis el que me hiciera estas preguntas. Lo lamento por mí.

¿Quién podía burlarse con más frialdad que yo de la idea de un sistema de redención para las criaturas de la noche que, habiendo sido humanas, jamás podían ser absueltas de fratricidio, de alimentarse de sangre humana? Yo había conocido el deslumbrante y astuto humanismo del Renacimiento,

la temible recrudescencia del ascetismo en la asamblea romana y el siniestro cinismo de la época romántica.

¿Qué podía decirle a Louis, este vampiro de dulce rostro, esta creación humana del potente y osado Lestat, salvo que en el mundo hallaría la belleza suficiente para sustentarlo, y que debía buscar en su alma el valor para existir, si lo que deseaba era seguir viviendo sin contemplar unas imágenes de Dios o del Diablo que le proporcionaran una paz artificial o efímera?

Jamás relaté a Louis mi amarga historia, pero le confesé el terrible y angustioso secreto de que en aquella fecha, 1870, tras haber existido durante unos cuatrocientos años entre vampiros, no conocía a ninguno que fuera viejo como yo.

Esa confesión me provocó una tremenda sensación de soledad, y cuando observé el atormentado rostro de Louis, cuando seguí su esbelta y delicada figura a través del atestado y caótico París del siglo XIX, comprendí que ese caballero moreno y ataviado de negro, delgado, tan exquisitamente esculpido, de rasgos tan sensibles, constituía la seductora encarnación de la tristeza que yo sentía.

Louis lamentaba la pérdida de gracia de una generación humana. Yo lamentaba la pérdida de gracia de siglos. Receptivo como era yo a los estilos de la época que habían configurado a Louis, dándole su levita negra, su elegante chaleco de seda blanca y su cuello alto de aspecto sacerdotal adornado con chorreras de inmaculado lino, me enamoré de él perdidamente, y tras dejar el Théâtre des Vampires en ruinas (Louis le prendió fuego con fundadas razones), me dediqué a recorrer el mundo con él hasta bien entrada esta época moderna.

El tiempo acabó por destruir el amor que nos profesábamos. El tiempo socavó nuestra grata intimidad. El tiempo devoró la conversación o los placeres que habíamos compartido.

Otro horrible e inevitable elemento participó en nuestra destrucción. No quiero hablar de ello, pero ¿quién de los nuestros me permitirá que guarde silencio sobre la cuestión de Claudia, la niña vampiro que todos me acusan de haber destruido?

Claudia. ¿Quién de los vampiros actuales para quienes dicto este relato, quién de los lectores modernos que lea esta historia como una amena novela no recuerda la vibrante imagen de Claudia, la niña vampiro de rizos dorados

creada por Louis y Lestat una pérfida y temeraria noche en Nueva Orleans, la niña vampiro cuya mente y alma eran tan inmensas como la de una mujer inmortal, al tiempo que su cuerpo era el de una preciosa y perfecta muñequita de porcelana francesa?

Diré, para que conste en acta, que Claudia fue asesinada por mi demoníaca compañía de actores y actrices, pues cuando apareció en el Théâtre des Vampires con Louis, su contrito y arrepentido protector y amante, muchos dedujeron que Claudia había tratado de asesinar a su principal creador, el vampiro Lestat. El asesinato o intento de asesinar al creador de uno era un delito castigado con la muerte, y Claudia vino a engrosar las filas de los condenados tan pronto como los miembros de la asamblea de París se percataron de su identidad, un ser prohibido, una niña inmortal, demasiado pequeña, demasiado frágil pese a su encanto y su astucia para sobrevivir por sus propios medios. ¡Ah, pobre blasfema y bella criatura! Su suave voz monótona, que brotaba de unos labios diminutos que invitaban a ser besados, me atormentarán eternamente.

No ordené su ejecución. Claudia padeció una muerte más atroz de lo que nadie pueda imaginar, cuyos pormenores no tengo fuerzas para relatar. Tan sólo diré que antes de ser encerrada en una cámara de ventilación revestida de ladrillos para aguardar la sentencia del dios Febo, traté de concederle su mayor deseo, tener un cuerpo de mujer, una forma acorde con la trágica dimensión de su alma.

Pues bien, en mi torpe alquimia, en mi afán de cortar las cabezas a unos cuerpos y trasplantarlas a otros, fracasé estrepitosamente. Una noche en que me haya embriagado con la sangre de numerosas víctimas y esté más dispuesto a confesarme que ahora, relataré mis burdas y siniestras operaciones, ejecutadas con el empeño de un mago y la torpeza de un joven imberbe, y describiré en todos sus atroces y grotescos detalles la catástrofe de cuerpos gimiendo y retorciéndose que provoqué con mi bisturí y mi aguja e hilo quirúrgicos.

Digamos que Claudia volvió a ser la misma, cubierta de monstruosas cicatrices, una burda imitación de la niña angelical que había sido antes de mis intentos, cuando una brutal mañana fue encerrada en la cámara mortal para perecer con la mente lúcida. El fuego divino destruyó la espantosa evidencia de mis operaciones satánicas, convirtiéndola en un monumento en cenizas. No quedó prueba alguna de sus últimas horas dentro de la

cámara de tortura que constituía mi improvisado laboratorio. Nadie habría averiguado jamás lo que relato aquí.

Durante muchos años su recuerdo me atormentó. No lograba borrar de mi mente la atroz imagen de su infantil cabeza coronada de rizos dorados fijada con unos toscos puntos negros al cuerpo que no cesaba de retorcerse y moverse espasmódicamente de una vampiro hembra cuya cabeza decapitada yo había arrojado al fuego.

¡Ah, qué desastre fue aquel experimento! Un monstruo femenino con cabeza de niña, incapaz de hablar, bailando en frenéticos círculos, la sangre brotando a borbotones de su boca contraída en una mueca, los ojos en blanco, los brazos agitándose como los huesos rotos de unas alas invisibles.

Era un hecho que me juré no revelar jamás a Louis de Pointe du Lac y a quienquiera que me interrogara. Prefería que creyeran que yo había condenado a Claudia sin ofrecerle la oportunidad de escapar ni de los vampiros del teatro ni del trágico dilema de su diminuta y seductora forma angelical de pechos incipientes y piel como la seda.

Claudia no estaba en condiciones de salvarse después del fracaso de la carnicería que yo había perpetrado con ella; era una prisionera sometida a la crueldad del potro de tormento, una rea que sólo es capaz de sonreír con expresión entre amarga y soñadora mientras es conducida, rota y desesperada, a la pira funeraria. Era como una paciente terminal, en el cubículo de muerte que apesta a antiséptico de un hospital moderno, liberada de las manos de unos médicos jóvenes y excesivamente diligentes, dispuesta a entregar su alma sobre una almohada blanca.

¡Basta! No quiero recordarlo. Me niego rotundamente.

Nunca la amé. No sabía cómo.

Llevé a cabo mis planes con sobrecogedora frialdad y un pragmatismo diabólico. Puesto que había sido condenada a muerte y por tanto no era nada ni nadie, Claudia constituía el espécimen perfecto para mis caprichos. Eso fue lo más horroroso, lo que eclipsó toda fe que yo hubiera podido reivindicar posteriormente en aras del noble valor de mis experimentos. Así pues, el secreto permaneció encerrado en mí, Armand, que había asistido a siglos de refinadas e inenarrables atrocidades, un episodio no apto para los delicados oídos de un Louis desesperado, que jamás habría soportado las descripciones del tormento y la degradación de Claudia, y que en su alma jamás logró sobrevivir a su cruel muerte.

En cuanto a los otros, mis estúpidos y cínicos pupilos, que escuchaban lascivamente a través de mi puerta los gritos de mis víctimas, que quizás adivinaran el alcance de mi fallida magia, perecieron a manos de Louis.

Todo el teatro pagó su desesperación y su rabia, acaso justamente.

No soy quién para juzgar su comportamiento. Yo no amaba a esos decadentes y cínicos comediantes franceses. Los seres a quienes había amado, y los que podía amar, estaban, salvo Louis de Pointe du Lac, fuera de mi alcance.

Mi única obsesión era conseguir a Louis. Así pues, no me interpuse cuando éste prendió fuego a la asamblea y al infame teatro, atacando con llamas y guadaña al amanecer, arriesgando su propia vida.

¿Por qué se vino conmigo después de estos trágicos episodios? ¿Cómo es posible que no odiara al ser a quien culpaba de la muerte de Claudia?

—Tú eras el líder de esa pandilla de miserables, pudiste haberlos detenido —me dijo Louis.

¿Por qué permanecimos juntos tantos años, vagando por el mundo como elegantes fantasmas ataviados con encajes y prendas de terciopelo bajo la estridente luz eléctrica y la barahúnda electrónica de la era moderna?

Louis permaneció conmigo porque no tenía otro remedio. Era la única forma en que podía seguir existiendo. Jamás tuvo el valor, ni nunca lo tendrá, de matarse.

Así, Louis resistió la muerte de Claudia, al igual que yo había resistido los siglos de prisión, y los años de espectáculos baratos de bulevar, pero con el tiempo aprendió a vivir solo.

Louis, mi compañero, se consumió voluntariamente, se secó como una hermosa rosa que se deshidrata en arena para que conserve sus propiedades, su perfume e incluso su tonalidad. Pese a toda la sangre que bebía, se convirtió en un ser seco, cínico, un extraño para sí mismo y para mí.

Comoquiera que Louis comprendía mejor que nadie los límites de mi deforme espíritu, me olvidó mucho antes de despacharme, pero yo también aprendí de él.

Durante breve tiempo, agobiado y confundido por el mundo, yo también viví solo, total y completamente solo por primera vez en mi vida.

Pero ¿quién de nosotros es capaz de resistir solo? En mis horas más terribles, yo tuve el consuelo de la antigua monja de la vieja asamblea,

Allesandra, o al menos la cháchara de quienes me tomaban por un pequeño santo.

¿Por qué en esta última década del siglo XX buscamos nuestra mutua compañía sólo de vez en cuando para cambiar unas pocas palabras y frases de cortesía? ¿Por qué estamos reunidos en este viejo y polvoriento convento compuesto por numerosas estancias de muros de piedra desiertas para llorar al vampiro Lestat? ¿Por qué los más viejos de nuestra especie acuden aquí para asistir a la derrota más reciente y terrorífica de Lestat?

No soportamos estar solos. No lo resistimos, como tampoco lo resistían los antiguos monjes, unos hombres que habían renunciado a todo en nombre de Jesucristo, pero que vivían en congregaciones para no estar solos, pese a imponerse las duras normas de unas celdas solitarias y un silencio ininterrumpido. No soportaban vivir solos.

Somos demasiados hombres y mujeres; estamos formados a imagen y semejanza del Creador, y qué podemos decir sobre él con certeza excepto que Él, quienquiera que sea (Cristo, Yahvé, Alá), nos creó porque ni siquiera Él, en su infinita perfección, soportaba el estar solo.

Con el tiempo concebí otro amor natural, hacia un joven mortal llamado Daniel, a quien Louis había relatado su historia, publicada bajo el absurdo título de *Entrevista con el vampiro*, a quien posteriormente convertí en vampiro por los mismos motivos que Marius me convirtió a mí en un vampiro hace tiempo: el joven, que había sido mi fiel compañero mortal, y sólo de vez en cuando un intolerable pelmazo, estaba a punto de morir.

La creación de Daniel no constituye en sí misma ningún misterio. La soledad siempre nos lleva a hacer estas cosas. Sin embargo, yo estaba convencido de que los seres que nosotros creamos siempre nos detestan por ello. Con todo, no puedo decir que yo detestara a Marius, ni por haberme creado ni por no haber regresado junto a mí para asegurarme de que había sobrevivido al terrible fuego creado por la asamblea romana. Yo había preferido permanecer junto a Louis que crear a otros vampiros. Al poco de haber creado a Daniel, no tardaron en confirmarse mis peores sospechas.

Daniel, aunque vivaracho y dinámico, aunque educado y amable, no soporta mi compañía como yo tampoco soporto la suya. Dotado de mi poderosa sangre, es capaz de enfrentarse a cualquiera que cometa la imprudencia de estropear sus planes para una velada, un mes o un año, pero no es capaz de afrontar mi continua compañía, ni yo la suya.

Transformé a Daniel, un morboso romántico, en un auténtico asesino; plasmé en las células de su sangre el horror que él creía adivinar en las mías. Forjé su rostro en la carne del primer joven inocente al que tuvo que matar para saciar su inevitable sed, lo cual me derribó del pedestal en el que me había colocado su enajenada, febril, poética y exuberante mente mortal.

No obstante, cuando perdí a Daniel yo tenía a otros, es decir, cuando adquirí a Daniel como pupilo neófito, le perdí como amante mortal, y al cabo de un tiempo me separé de él.

Tenía a otros porque, de nuevo por razones que no puedo explicarme ni yo mismo, creé otra asamblea, otra sucesora de la asamblea parisina de Los Inocentes y el Théâtre des Vampires, un elegante y moderno escondite para los más viejos, los más experimentados, los más resistentes de nuestra especie. Se trataba de un laberinto de lujosas estancias ocultas en el tipo de edificio más indicado para pasar inadvertido, un moderno hotel turístico y centro comercial situado en una isla frente a las costas de Miami, Florida, una isla donde las luces jamás se apagaban y la música nunca cesaba de sonar, una isla donde los hombres y las mujeres acudían a millares en yates desde tierra firme para explorar sus costosas boutiques o hacer el amor en las opulentas, decadentes, espléndidas y elegantes suites y habitaciones del hotel.

La «Isla Nocturna» fue mi creación, con su helipuerto y su puerto deportivo, sus casinos secretos e ilegales, sus gimnasios con los muros de espejos y sus piscinas climatizadas, sus fuentes de cristal, sus escaleras mecánicas plateadas, su emporio de deslumbrantes productos, sus bares, tabernas, salones y teatros donde yo, vestido con elegantes chaquetas de terciopelo, ceñidos vaqueros y enormes gafas de sol negras, el pelo cortado cada noche (pues de día recupera su longitud «renacentista»), podía pasearme tranquilamente y de forma anónima, nadar entre los acogedores murmullos de los mortales que me rodeaban y, cuando el hambre me acuciaba, buscar a un individuo que me deseara, un individuo que por razones de salud, pobreza, cordura o enajenación mental deseara caer en los tentadores y jamás opresivos brazos de la muerte y perecer desangrado.

Confieso que no pasé hambre. Arrojaba a mis víctimas en las aguas cálidas y límpidas del Caribe. Mi puerta estaba abierta a cualquier vampiro dispuesto a limpiarse las botas antes de entrar. Era como si hubieran vuelto los viejos tiempos de Venecia, cuando el palacio de Bianca estaba abierto a

todas las damas y todos los caballeros, a todos los artistas, poetas, soñadores y conspiradores que se atrevieran a presentarse. Sin embargo, esos tiempos no habían vuelto.

No requirió los esfuerzos de una pandilla de vagabundos vestidos con togas negras para dispersar la asamblea de la Isla Nocturna. Los que se refugiaron allí durante breve tiempo acabaron marchándose por su propio pie. A los vampiros no les gusta la compañía de otros vampiros. Anhelan el amor de otros inmortales, sí, siempre, lo necesitan, como necesitan los profundos lazos de lealtad que se establecen inevitablemente entre quienes se niegan a convertirse en enemigos. Pero no desean la compañía.

Mis espléndidos salones con muros de cristal en la Isla Nocturna no tardaron en vaciarse, y yo mismo comencé a ausentarme durante semanas, e incluso meses.

Aún sigue allí la Isla Nocturna. Sigue allí, y de vez en cuando regreso a ella y me encuentro algún inmortal solitario que se ha alojado en el hotel para comprobar cómo nos va al resto de nosotros, o acompañado por otro vampiro que ha venido a visitar la isla. Vendí la gigantesca empresa por una fortuna mortal, pero sigo siendo dueño de una villa de cuatro pisos (un club privado que se llama Il Villagio), con sus secretas y profundas criptas en las que son bienvenidos todos los de nuestra especie.

No hay muchos, pero permite que te explique quiénes son. Déjame que te explique quién ha sobrevivido a los siglos, quién ha resurgido después de centenares de años de misteriosa ausencia, quién ha comparecido para formar parte del censo no escrito de los muertos vivientes modernos.

En primer lugar está Lestat, el autor de cuatro libros sobre su vida y obra que contienen todo cuanto podrías desear saber sobre él y algunos de nosotros. Lestat, el eterno rebelde y bromista. Un metro y ochenta y dos centímetros de estatura, un joven de veinte años cuando fue creado, con grandes ojos cálidos y azules y una espectacular cabellera espesa y rubia, la mandíbula cuadrada, con una boca carnosa y exquisitamente perfilada y una piel oscurecida por una temporada en el sol que habría matado a un vampiro menos resistente, mujeriego, una fantasía salida de la pluma de Oscar Wilde, espejo de la moda, en ocasiones el vagabundo más osado, irrespetuoso y tronado, un lobo solitario, un rompecorazones, astuto, apodado «Príncipe Impertinente» por mi antiguo maestro —imagínate, mi Marius, sí, mi Marius, que había logrado sobrevivir a las antorchas de la

asamblea romana—, apodado «Príncipe Impertinente» por Marius, aunque me gustaría saber en qué corte, por qué derecho divino y qué sangre real. Lestat, que poseía la sangre de la más vieja de los nuestros, la Eva de nuestra especie, un ser que había sobrevivido unos seis o siete mil años a su Edén, un perfecto horror que, tras haberle sido conferido el poético título de reina Akasha de aquellos que deben ser custodiados, por poco destruye el mundo.

Lestat, un buen amigo, por quien habría sacrificado mi vida inmortal, cuyo amor y compañía imploré en multitud de ocasiones, vanidoso, fascinante, un insoportable pelmazo sin el cual no puedo existir.

Así es Lestat.

Louis de Pointe du Lac, a quien ya he descrito más arriba pero que siempre me divierte imaginar: delgado, algo menos alto que Lestat, su creador, con el pelo negro, el rostro enjuto y la tez blanquísima, con unos dedos asombrosamente largos y delicados y unos pies que no emiten el menor sonido. Louis, cuyos ojos verdes expresan una profunda melancolía, la viva imagen de la resignación y la tristeza, de voz suave, muy humano, débil, que ha vivido sólo doscientos años, incapaz de adivinar el pensamiento de los demás ni hechizar a otros salvo involuntariamente, lo cual puede resultar de lo más cómico, un inmortal del que se enamoran los mortales. Louis, un asesino indiscriminado porque no sabe satisfacer su sed sin matar, aunque es demasiado débil para arriesgarse a que la víctima muera en sus brazos, y porque no tiene ni orgullo ni vanidad que le obligue a establecer una jerarquía de víctimas seleccionadas, y por tanto mata a quien se cruza en su camino, al margen de la edad, los atributos físicos o las cualidades concedidas por la naturaleza o la providencia. Louis, un vampiro feroz y romántico, el tipo de criatura nocturna que acecha en las sombras de la Ópera para escuchar a la Reina de la Noche de Mozart interpretar su conmovedora e irresistible aria.

Louis, que jamás ha desaparecido, a quien conocen los otros, fácil de localizar y de abandonar; Louis, que se niega a crear a otros inmortales después de sus trágicas chapuzas con niños vampíricos; Louis, que ha renunciado a su búsqueda de Dios, del Diablo, de la verdad e incluso del amor.

El dulce y polvoriento Louis, que lee a Kafka a la luz de una vela. Louis, empapado bajo la lluvia, en una elegante y desierta calle del centro urbano,

contemplando en el escaparate de una tienda al joven y brillante actor Leonardo Di Caprio en el papel de Romeo besando a su tierna y bella Julieta (Claire Danes) en la pantalla de un televisor.

Gabrielle. De vez en cuando aparece por ahí. Apareció en la Isla Nocturna. Todos la odian. Es la madre de Lestat, a quien abandona durante siglos sin hacer caso de sus periódicos y frenéticos gritos de socorro, y aunque no puede captarlos porque es menos potente que él, podría enterarse de ellos a través de otras mentes vampíricas que se apresuran a difundir la noticia por todo el mundo cada vez que Lestat se encuentra en apuros. Gabrielle, idéntica a Lestat, salvo que es una mujer, una mujer de los pies a la cabeza, es decir, que posee unos rasgos más acusados, la cintura delgada, los pechos grandes, la mirada dulce, ladina e hipócrita, que cuando luce un traje de noche negro y el pelo suelto quita el hipo, aunque por lo general presenta un aspecto polvoriento y asexuado vestida de cuero o con un sastre color caqui ceñido con un cinturón, un ser que pisa firme, una vampiro tan astuta y fría que ha olvidado lo que significa ser humano o experimentar dolor. Deduzco que lo olvidó de la noche a la mañana, suponiendo que alguna vez lo supiera. De mortal era uno de esos seres que siempre se asombran ante las emociones de los demás. Gabrielle, de voz suave, cruel por naturaleza, glacial, imponente, egoísta, aficionada a deambular por los bosques nevados del norte, capaz de matar a gigantescos osos polares y tigres blancos, una vieja leyenda para ciertas tribus primitivas, más semejante a un reptil prehistórico que a un ser humano. Bellísima, por supuesto, rubia y peinada con una trenza que le cae por la espalda, de porte casi majestuoso cuando luce una chaqueta estilo safari de cuero color chocolate y un pequeño sombrero impermeable, una asesina ágil, taimada e implacable, de aire reservado, que jamás suelta prenda. Gabrielle, inútil para todos salvo para sí misma. Supongo que alguna noche le dirá algo a alguien.

Pandora, hija de dos milenios, consorte de mi amado Marius mil años antes de que yo naciera. Una diosa hecha de mármol sangrante, una poderosa belleza surgida del alma más profunda y antigua de la Italia romana, orgullosa, con el temple moral de la vieja clase senatorial del mayor imperio que jamás ha existido en Occidente. No la conozco. Su rostro ovalado resplandece bajo un manto de cabello castaño y ondulado. Parece demasiado hermosa para lastimar a nadie. Se expresa con voz

delicada, posee unos ojos inocentes, implorantes; su rostro perfecto se muestra de improviso vulnerable, cálido, comprensivo, un misterio. No comprendo cómo Marius pudo abandonarla. Cuando luce una minifalda de seda y una esclava en el brazo desnudo, hace que los hombres mortales enloquezcan y que todas las mujeres la envidien. En otras ocasiones, vestida con un traje más largo y discreto, se mueve como un espectro a través de las habitaciones que la rodean como si éstas no fueran reales, y ella, el espíritu de una bailarina, buscara un decorado perfecto que sólo ella es capaz de hallar. Sus poderes rivalizan con los de Marius. Ha bebido en la fuente del Edén, es decir, la sangre de la reina Akasha. Es capaz de convertir ciertos objetos secos y quebradizos en fuego con el poder de su mente, de levitar y desvanecerse en el cielo oscuro, de asesinar a cualquier vampiro joven que represente una amenaza para ella; sin embargo, tiene un aspecto inofensivo, decididamente femenino aunque no sexual, una mujer pálida y melancólica que me inspira el deseo de estrecharla entre mis brazos.

Santino, el viejo santo de Roma. Ha salido de todas las catástrofes de la era moderna con su belleza intacta; sigue siendo un ser fuerte y musculoso, de piel aceitunada aunque en el presente algo más pálida debido a la acción de la sangre mágica, con una espesa mata de pelo negro y rizado que recorta cada noche para proteger su anonimato, un vampiro nada vanidoso, siempre impecablemente vestido de negro. No pronuncia una palabra. Me mira en silencio como si jamás hubiéramos charlado de teología y de misticismo, como si jamás hubiera destruido mi felicidad, quemando mi juventud y reduciéndola a un montón de cenizas, como si no fuera culpable de que mi creador pasara un siglo convaleciente, como si no me hubiera arrebatado todo consuelo. Quizá nos considera a ambos víctimas de una poderosa moralidad intelectual, de la pasión por el concepto de propósito, dos seres perdidos, veteranos de la misma guerra.

En ocasiones adopta una expresión astuta y rencorosa. Sabe mucho. No subestima los poderes de los viejos, quienes, tras renunciar a la invisibilidad social de siglos pasados, se pasean ahora entre nosotros con toda tranquilidad. Sus ojos negros me miran sin pestañear, con una expresión pasiva. La sombra de una barba, fijada para siempre en los pelillos negros recortados que asomaban a través de la piel, resulta tan atractiva como siempre. En resumen, es un tipo de aspecto viril, aficionado a lucir una camisa blanca desabrochada para mostrar el vello negro y rizado que le

crece en el pecho, semejante al seductor vello que cubre la carne visible de sus muñecas. También le gusta lucir recias chaquetas negras con solapas de cuero o de piel, unos automóviles deportivos negros que corren a más de trescientos kilómetros por hora y un encendedor de oro que apesta a líquido combustible, el cual enciende repetidas veces con el único fin de observar la llama. Nadie sabe dónde vive ni en qué momento se le ocurrirá aparecer.

Santino. Eso es cuanto sé de él. Ambos nos mantenemos a una caballerosa distancia. Sospecho que ha sufrido lo suyo; no tengo el menor interés en romper su reluciente y elegante caparazón para descubrir las atroces tragedias que oculta. Siempre hay tiempo para conocer a Santino más a fondo.

Ahora permite que describa a los lectores más virginales a mi maestro, Marius, tal como aparece ahora. En la actualidad, nos separan tanto tiempo y tantas experiencias que el abismo se ha convertido en un glaciar; nos observamos a través de la resplandeciente blancura de ese erial infranqueable, capaces sólo de hablar con voz queda y educada, sin perder nunca los modales, la joven criatura que aparento ser, con un rostro demasiado dulce para ser auténtico; y él, el hombre mundano y sofisticado, el erudito del momento, el filósofo del siglo, el moralista del milenio, el historiador para la eternidad.

Camina erguido como de costumbre, majestuoso dentro de su estilo del siglo XX, vestido con unas chaquetas de terciopelo que recuerdan la magnífica indumentaria que lucía antaño. De vez en cuando se corta la melena larga y rubia que lucía ufano en Venecia. Es inteligente y agudo, amante de las soluciones razonables, poseedor de una paciencia infinita y una insaciable curiosidad; se niega a doblegarse ante la suerte que le aguarda a él, a nosotros, a su mundo. Nada es capaz de derrotarlo; forjado por el fuego y el tiempo, es demasiado fuerte para sucumbir a los horrores de la tecnología y los encantamientos de la ciencia. Ni los microscopios ni los ordenadores son capaces de minar su fe en lo infinito, aunque los solemnes seres a quienes antaño debía custodiar, quienes encerraban la promesa de un significado redentor, hace tiempo que han caído de sus arcaicos tronos.

Yo le temo y no sé por qué. Quizá temo amarlo de nuevo, pues al amarlo, lo necesitaría, y al necesitarlo, aprendería de él, y al aprender de él, me convertiría de nuevo en su fiel pupilo, sólo para descubrir que la paciencia

que muestra hacia mí no puede suplantar la pasión que tiempo atrás ardía en sus ojos.

¡Necesito esa pasión! La necesito, sí. Pero no quiero seguir hablando de él. Logró sobrevivir durante dos mil años, entrando y saliendo de todo tipo de peripecias humanas sin rubor, elevando el arte de ser humano a unos extremos exquisitos, mostrando una gracia infinita y la dignidad de la era augusta de una Roma presuntamente invencible, en la cual había nacido.

Hay otros que en estos momentos no se hallan aquí conmigo, aunque han estado en la Isla Nocturna, y volveré a verlos. Están las viejas gemelas, Mekare y Maharet, guardianas de la fuente de sangre primitiva de la que brota nuestra vida, las raíces de la vid, por así decir, de las que florecemos de forma tan vistosa como pertinaz. Son nuestras reinas de los condenados.

También está Jesse Reeves, una vampiro neófita del siglo XX creada por Maharet, el monstruo más antiguo y por tanto deslumbrante a quien no conozco, pero que admiro profundamente. Pese a haber aportado al mundo de los inmortales unos conocimientos valiosísimos en materia de historia, fenómenos paranormales, filosofía y lenguas, es una desconocida. ¿La devorará el fuego, como a tantos otros que, cansados de la vida, son incapaces de aceptar la inmortalidad? ¿O le procurará ese ingenio del siglo XX que posee una armadura radical e indestructible con que protegerse de los cambios inconcebibles que sabemos que van a producirse?

Existen muchos otros, que se limitan a vagar por la Tierra, cuyas voces oigo algunas noches. Además, hay unos seres remotos que no conocen nuestras tradiciones y que, haciendo gala de su hostilidad hacia nuestros escritos y desprecio hacia nuestra historia, nos llaman «La Asamblea de los Eruditos»; unos seres extraños, «no registrados», de distintas edades, potencia y talante, que al ver en las estanterías de una librería un ejemplar de *El vampiro Lestat* lo rompen y trituran hasta convertirlo en polvo con sus poderosas y odiosas manos.

Prestan su sabiduría o su ingenio a la crónica de nuestro devenir en un futuro impredecible. ¿Quién sabe?

De momento, deseo describir a otro protagonista antes de proseguir con mi relato.

Se trata de ti, David Talbot, a quien apenas conozco, que escribes con furiosa rapidez todas las palabras que brotan lenta y torpemente de mis labios mientras te observo, fascinado por el simple hecho de que estos

sentimientos que he dejado que ardan tanto tiempo en mi interior los plasmes tú ahora en una página que parece eterna.

¿Qué eres tú, David Talbot, un ser de más de siete décadas de edad en cuanto a educación mortal, un erudito, un alma profunda y cariñosa? ¿Quién puede adivinarlo? Lo que fuiste en vida, sabio en años, reforzado por repetidas calamidades y las cuatro estaciones completas de la vida de un hombre en la Tierra, fue transportado junto con todos tus recuerdos y conocimientos, intactos, al espléndido cuerpo de un joven. Un día ese cuerpo, un precioso cáliz para el Santo Grial de tu propio ser, que conocía tan bien el valor de ambos elementos, fue asaltado por su mejor amigo, el amable monstruo, el vampiro que te eligió como compañero de viaje en la eternidad al margen de tus deseos, nuestro estimado Lestat.

No imagino semejante violación. Estoy demasiado lejos de toda humanidad, puesto que jamás fui un hombre completo. En tu rostro observo el vigor y la belleza de angloíndio de piel dorada cuyo cuerpo posees, y en tus ojos, la serena y peligrosamente templada alma del anciano.

Tienes el pelo negro y suave, cortado por debajo de las orejas. Vistes con una vanidad sometida al austero estilo británico. Me miras como si tu curiosidad fuera capaz de pillarme desprevenido, cuando no es cierto.

Si me hieres, te destruiré. No me importa lo fuerte que seas, ni la sangre que te haya proporcionado Lestat. Sé más que tú. Aunque te muestre mi dolor, no lo hago necesariamente porque te amo. Lo hago por mí y por otros, por la idea de otros, por cualquiera que desee leer esta historia, y para mis mortales, los dos pupilos que recogí hace poco, esos dos preciosos seres que marcan mi capacidad para continuar adelante.

Sinfonía para Sybelle. Ése podría ser el título de esta confesión. Y al hacer cuanto puedo por Sybelle, lo hago también por ti.

¿No te he contado suficiente sobre mi pasado? ¿No es suficiente prólogo al momento en Nueva York cuando vi el rostro de Cristo grabado en el velo? Ahí comienza el último capítulo de mi vida reciente. No hay más que contar. Ya tienes el resto, y lo que procede ahora es el breve pero tremendo relato de lo que me ha traído hasta aquí.

Sé mi amigo, David. No pretendía decirte esas cosas tan terribles. Lo lamento en el alma. Necesito que me digas que puedo continuar. Ayúdame con tu experiencia. ¿No te basta? ¿Me permites proseguir? Deseo oír la música de Sybelle. Deseo hablar sobre mis amados salvadores. No puedo

calibrar las dimensiones de esta historia. Sólo sé que estoy dispuesto... He alcanzado el otro extremo del Puente de los Suspiros.

Es una decisión que yo mismo debo tomar, lo sé, y tú esperas para escribir lo que yo te dicte.

Bien, pasemos al episodio del velo.

Permite que me traslade al rostro de Cristo, como si subiera una cuesta en el remoto invierno nevado de Podil, a los pies de las desvencijadas torres de la Ciudad de Vladimir, para recoger en el Monasterio de las Cuevas la pintura y la madera sobre la que cobrará vida ante mis ojos: Su Faz, Jesucristo, el Redentor, la efigie de Nuestro Señor.

OceanofPDF.com

Parte III

OceanofPDF.com

APPASSIONATA

OceanofPDF.com

17

Yo no quería ir a reunirme con él. Era invierno, y estaba muy a gusto en Londres, recorriendo los teatros para asistir a las obras de Shakespeare y dedicando las noches enteras a leer sus obras teatrales y sus sonetos. En aquellos momentos lo único que me interesaba era Shakespeare. Lo había conocido a través de Lestat. Cuando estaba harto de desesperarme, abría sus libros y me ponía a leer.

Sin embargo, me había llamado Lestat. Estaba asustado, o eso decía. Yo tenía que acudir. La última vez que Lestat había estado en un apuro, yo no había podido ir en su ayuda. Existe una historia sobre eso, pero mucho menos importante que la que narro ahora.

Yo sabía que el mero contacto con él podía destruir mi bien ganada paz de espíritu, pero Lestat deseaba que fuera y yo debía acudir.

Lo encontré primero en Nueva York, aunque él no lo sabía y no podía haberme conducido a una peor tempestad de nieve aunque hubiera querido. Aquella noche Lestat mató a un mortal, una víctima de la que se había enamorado, como solía hacer de un tiempo aquí (elegir a las celebridades protagonistas de delitos sonados y asesinatos atroces) y acechar sus movimientos la noche anterior al festín.

Me pregunté qué querría de mí. Tú estabas allí, David. Podías haberle ayudado. Al menos eso me pareció. Dado que eras un vampiro neófito, no oíste su llamada de socorro directamente, pero él consiguió dar contigo y ambos, unos perfectos y sofisticados caballeros, os reunisteis para comentar en voz baja los últimos temores de Lestat.

Cuando volví a encontrarme con Lestat, éste se hallaba en Nueva Orleans. Me explicó el asunto de forma clara y concisa. Tú estabas presente. El diablo se le había presentado disfrazado de hombre mortal. El diablo era capaz de modificar su forma, apareciendo como un ser horripilante con unas alas palmeadas y pezuñas o bajo la guisa de un hombre vulgar y corriente. Lestat no paraba de contar esas historias. El

diablo le había hecho una terrible oferta, le había propuesto que él, Lestat, se convirtiera en su ayudante al servicio de Dios.

¿Recuerdas la serenidad con que respondí a su historia, a sus preguntas, a sus peticiones de consejo? Le dije sin ambages que era una locura obrar como lo hacía él, creer que cualquier ser descarnado le decía la verdad.

Ahora ya sabes los daños que provocó Lestat con esta extraña y maravillosa fábula. ¿De modo que el diablo quería convertirlo en su infernal ayudante y por tanto en servidor de Dios? Me entraron ganas de echarme a reír, o de llorar, y arrojarle en cara que hubo una época en la que yo también me había creído un santo del mal, cubierto de harapos y tiritando en el crudo invierno parisino mientras perseguía a mis víctimas por la ciudad, todo para mayor honor y gloria de Dios.

No obstante, él ya lo sabía. No era necesario ahondar en la herida, robarle el protagonismo que, siendo como era Lestat una estrella rutilante, le correspondía siempre.

Charlamos en tono civilizado bajo los robles cubiertos de musgo. Tú le rogaste que fuera prudente. Como es natural, él hizo caso omiso de nuestros consejos.

En esa historia participaba también Dora, una encantadora mortal que vivía en este mismo edificio, este viejo convento de ladrillo, hija del hombre al que Lestat había perseguido y asesinado.

Cuando Lestat nos pidió que nos ocupáramos de ella, me enojé, pero sólo un poco. Yo también me he enamorado de mortales. Tengo varias historias que relatar a ese respecto. En estos momentos estoy enamorado de Sybelle y de Benjamin, mis pupilos, y en el lejano pasado he sido un misterioso trovador para otros mortales.

De acuerdo, Lestat estaba enamorado de Dora, había apoyado la cabeza en su pecho mortal, deseaba succionar la sangre de su útero, que para ella no representaría ningún perjuicio, estaba enamorado como un colegial, enloquecido, atormentado por el fantasma del padre de Dora y cortejado por el mismo Príncipe del Mal.

En cuanto a ella, ¿qué puedo decir de Dora? Poseía el poder de un Rasputín y el rostro de una novicia, cuando en realidad era una teóloga y no una mística, una fanática telepredicadora y no una visionaria, cuyas ambiciones eclesiales habrían hecho palidecer a los san Pedro y san Pablo juntos, y que, por supuesto, es como todas las flores que Lestat ha recogido

en el Jardín Salvaje de este mundo: una criatura hermosa y seductora, un glorioso ejemplar de la Creación de Dios, con el cabello negro como ala de cuervo, la boca carnosa, unas mejillas de porcelana y las impresionantes piernas de una ninfa.

Desde luego, yo me di cuenta de que Lestat había abandonado este mundo en el mismo momento en que ocurrió. Lo sentí. Yo estaba en Nueva York, muy cerca de él, y sabía que tú te encontrabas también allí. Ambos procurábamos en la medida de lo posible no perderlo de vista. De golpe Lestat se esfumó engullido por la tormenta, desapareció de la atmósfera terrestre como si jamás hubiera estado ahí.

Puesto que eras un vampiro neófito, no te diste cuenta del perfecto silencio que se hizo cuando él desapareció. No notaste el vacío que se produjo al desvanecerse Lestat de todas las cosas minúsculas y materiales en las que antes reverberaban los latidos de su corazón.

Yo sí me di cuenta, y para distraernos a ambos te propuse visitar a la desdichada mortal que debía de estar destrozada por la muerte de su padre a manos del monstruo bebedor de sangre, rubio y apuesto que se había convertido en su confidente y amigo.

No fue difícil ayudar a Dora esa noche breve pero memorable en la que se produjo un horror tras otro sin solución de continuidad: el descubrimiento del asesinato de su padre, su sórdida vida convertida en la comidilla de medio mundo por los mágicos medios de comunicación.

Me parece que ocurrió hace un siglo, no hace poco tiempo, cuando nos trasladamos al sur, a estas habitaciones que contenían el legado de su padre compuesto de crucifijos y estatuas, unos iconos que yo manipulé con absoluta frialdad, como si jamás hubiera amado esos tesoros.

Me parece que fue hace un siglo cuando me vestí de punta en blanco para ella, adquiriendo en un elegante comercio de la Quinta Avenida una estilosa chaqueta de terciopelo rojo, una camisa de poeta, como dicen ahora, de algodón almidonado con volantes de encaje, y para rematar el conjunto un pantalón con pinzas de lana negra y unas relucientes botas con una hebilla en el tobillo, para acompañarla a identificar la cabeza decapitada de su padre bajo la estridente luz fluorescente de un inmenso y abarrotado depósito de cadáveres.

Una buena cosa de esta última década del siglo XX es que cualquier hombre, sea cual fuera su edad, puede lucir el pelo largo.

Me parece que fue hace un siglo cuando me peiné mi cabellera, espesa y rizada e insólitamente limpia, para Dora.

Me parece que fue hace un siglo cuando sostuvimos en nuestros brazos a esa cautivadora brujita con el cuello largo como un cisne y el pelo corto, mientras lloraba la muerte de su padre y nos asediaba a preguntas, unas preguntas febriles, diabólicamente inteligentes y desapasionadas, sobre nuestra siniestra naturaleza, como si un cursillo acelerado en la anatomía del vampiro pudiera cerrar el ciclo de horrores que amenazaba su salud física y mental e hiciera que regresara su cruel y despreciable padre.

No, Dora no rezaba para que regresara Roger; creía firmemente en la omnisciencia y misericordia divina. Además, el hecho de contemplar la cabeza decapitada de una persona trastorna a cualquiera, aunque la cabeza esté congelada. Por si fuera poco, un perro había arrancado de un bocado un trozo de la cabeza de Roger antes del macabro hallazgo, y debido a las estrictas normas forenses modernas de «no tocar», Roger ofrecía un aspecto que me impresionó incluso a mí. (Recuerdo que la ayudante del forense comentó con tristeza que yo era demasiado joven para contemplar semejante cosa. Me tomó por el hermano menor de Dora. Era una mujer encantadora. Quizá merezca la pena aventurarse de vez en cuando en el mundo oficialmente mortal para que le digan a uno que es «un hombrecito muy valiente» en lugar de un ángel de Botticelli, la etiqueta que me habían colgado mis colegas inmortales).

Lo que Dora ambicionaba era el regreso de Lestat. ¿Qué otra cosa le permitiría librarse de nuestro hechizo sino una última bendición impartida por el propio príncipe heredero?

Me detuve ante el oscuro ventanal del apartamento ubicado en un rascacielos, y contemplé la densa capa de nieve que cubría la Quinta Avenida, esperando y rezando con ella, deseando que el gigantesco globo terráqueo de mi viejo enemigo no estuviera tan vacío, pensando ingenuamente que con el tiempo el misterio de su desaparición se resolvería, como todos los milagros, con tristeza y pequeñas pérdidas, mediante unas pequeñas revelaciones que me influirían en la misma medida en que me había influido todo desde aquella lejana noche en Venecia, cuando mi maestro y yo nos separamos para siempre, permitiéndome simplemente fingir mejor que estaba vivo.

Yo no temía por Lestat. No confiaba en que viviera una aventura

apasionante, pero estaba convencido de que más tarde o más temprano aparecería para contarnos una historia fantástica. Era lo típico de Lestat, pues nadie es capaz de exagerar como él sus espectaculares peripecias.

Esto no quita para que haya cambiado más de una vez de forma, asumiendo un cuerpo humano. Sé que lo ha hecho. Esto no quita para que despertara a nuestra temible madre diosa, Akasha; me consta que lo hizo. Esto no quita para que destruyera mi vieja y supersticiosa asamblea en los extravagantes años anteriores a la Revolución Francesa. Ya te lo he contado.

Es su forma de describir las cosas que le ocurren lo que me irrita, su empeño en ligar un incidente a otro como si todos esos hechos siniestros y aleatorios constituyeran los eslabones de una importante cadena. No lo son. Son meras peripecias, y él lo sabe. Sin embargo, Lestat convierte el simple hecho de pillarse un dedo en un espectáculo barato.

¡El James Bond de los vampiros, el Sam Spade de sus propias páginas! Un cantante de rock pegando alaridos sobre un escenario mortal durante dos horas, y gracias a ello, retirándose con un montón de grabaciones que le han proporcionado unos repugnantes beneficios de las agencias humanas hasta esta misma noche.

Lestat tiene la habilidad de convertir sus tribulaciones en una tragedia, y de perdonarse absolutamente todo en cada párrafo confesional que ha salido de su pluma.

En realidad, no se lo reprocho. Me revienta que en estos momentos yazca en coma en el suelo de esta capilla, contemplando su propio silencio, pese al círculo de pupilos que le rodea por el mismo motivo que yo, para comprobar por sí mismos si la sangre de Cristo le ha transformado y él no representa una espléndida manifestación de la Transustanciación. Pero de ese tema me ocuparé más adelante.

Lamento haberme extendido en mi perorata. Conozco los motivos por los que siento rencor hacia Lestat, y me desahogo tratando de derribar su reputación, golpeando su inmensidad con ambos puños.

Me ha enseñado demasiado. Él me ha traído hasta este momento, a este lugar, desde el cual te dicto mi pasado con una coherencia y una calma que me habrían resultado imposibles antes de acudir en su ayuda con su precioso Memnoch el Diablo y su pequeña y vulnerable Dora.

Hace doscientos años, Lestat me arrebató las ilusiones, las mentiras y las excusas, y me arrojó a las aceras de París desnudo para que hallara el

camino de regreso a la gloria y el estrellato que antaño había conocido pero que por desgracia había perdido.

Mientras aguardábamos en el bonito apartamento situado en un rascacielos sobre la catedral de San Patricio, yo no podía adivinar que iba a arrebatarme muchas otras cosas, y le odio porque no imagino mi alma sin él, y, debiéndole todo lo que soy y lo que sé, no consigo despertarlo de su frígido sueño.

Vayamos por partes. ¿De qué sirve que regrese ahora a la capilla, apoye mis manos en él y le ruegue que me escuche, cuando permanece tendido en el suelo, inmóvil, como si le hubiera abandonado toda cordura y no pueda recuperarla jamás?

No puedo aceptarlo. Me niego. Se ha agotado mi paciencia; he perdido el enajenamiento que constituía mi consuelo. Este momento me resulta intolerable...

No obstante, tengo muchas cosas que contarte. Debo relatarte lo que ocurrió cuando vi el velo, y cuando el sol se abatió sobre mí, y lo que es peor, lo que vi cuando por fin di con Lestat y le abracé para beber su sangre.

Sí, no debo desviarme de mi relato. Ahora comprendo por qué Lestat encadena todos los episodios de su existencia. No es por orgullo. Es por necesidad. Esta historia no puede relatarse sin que un eslabón esté unido a otro, y nosotros, pobres huérfanos del tiempo que transcurre inexorablemente, no conocemos otro sistema de medirlo sino a través de la secuencia. Arrojado a un abismo nevado, a un mundo peor que el vacío, alargué la mano en busca de una cadena a la que aferrarme. ¡Dios, cuando caía en aquel abismo habría dado cualquier cosa por asir una cadena metálica!

Lestat regresó inopinadamente, a ti, a Dora y a mí.

Era la tercera mañana, poco antes del amanecer. Oí cerrarse con violencia el portal del rascacielos de cristal, y luego ese sonido, ese sonido cuyo volumen se intensifica con cada año que transcurre: los latidos de su corazón.

¿Quién de nosotros se levantó primero de la mesa? Yo estaba tan aterrorizado que no podía moverme. Lestat entró a una velocidad supersónica, emitiendo unas fragancias salvajes, a tierra y bosque. Traspasó todas las barreras como si le persiguieran quienes le habían raptado, aunque no había nadie tras él. Irrumpió en el apartamento solo, cerrando la puerta

de un portazo y plantándose ante nosotros, más horrible de lo que yo podía imaginar, más destrozado de lo que yo jamás le había visto en sus pequeñas derrotas.

Dora, enamorada, corrió hacia él, y Lestat, desesperado y necesitado de cariño humano la abrazó con tal fuerza que temí que la asfixiara.

—Estás a salvo, cariño —exclamó ella, esforzándose en convencerle.

Pero bastaba con mirar a Lestat para comprender que aquello no había terminado, por más que murmuráramos las mismas palabras huecas para quitarle hierro al asunto.

OceanofPDF.com

18

Parecía surgido del mismo infierno. Llevaba un solo zapato, el otro pie estaba descalzo; tenía la chaqueta desgarrada y el pelo alborotado y lleno de pinchos, hojas secas y trocitos de flores.

En los brazos llevaba un paquete plano envuelto en un lienzo, apretado contra su pecho, como si portara el destino del mundo entero bordado en él.

Pero lo peor, lo más trágico, era que le habían arrancado un ojo, y la cuenca de sus vampíricos párpados se contraía y agitaba al tratar de cerrarse, negándose a aceptar esa horrenda deformidad en un cuerpo que en el momento de transformarse en inmortal era perfecto.

Yo deseaba abrazarlo, consolarle, decirle que no importa dónde hubiera estado ni lo que había ocurrido, que ahora estaba a salvo con nosotros, pero era imposible calmarlo.

Un profundo agotamiento nos salvó a todos del inevitable relato. Tuvimos que buscar unos rincones oscuros para protegernos del insidioso sol. Teníamos que esperar a la noche siguiente para que Lestat nos contara lo ocurrido.

Sin soltar el paquete, rechazando toda ayuda, Lestat se encerró en su herida. Yo no tuve más remedio que dejarlo.

Aquella mañana, cuando me tumbé en mi lugar de reposo, a salvo en aquella oscuridad pulcra y moderna, me eché a llorar como un niño al pensar en el aspecto que ofrecía Lestat. ¿Por qué no había acudido en su ayuda? ¿Por qué tenía que verlo en aquel lamentable estado cuando me había llevado tantas dolorosas décadas cimentar mi amor eterno hacia él?

En una ocasión, hace cien años, Lestat se había presentado en el Théâtre des Vampires tras la pista de sus pupilos renegados, el dulce y gentil Louis y la desdichada niña. Yo no me había compadecido de él al ver su piel cubierta de cicatrices debidas a los inútiles y torpes intentos de Claudia de matarlo.

Yo le amaba, sí, pero lo que Lestat había sufrido era un mero accidente

físico que su pérfida sangre no tardaría en curar, y sabía por nuestras tradiciones que, al curarse, Lestat adquiriría una fuerza mayor de la que le proporcionaría el sereno discurrir del tiempo.

No obstante, yo veía ahora en su rostro la destrucción del alma, y el espectáculo de su único ojo azul, reluciendo en su cara manchada y deforme, era insoportable.

No recuerdo si hablamos o no, David. Sólo recuerdo que la mañana transcurrió rápidamente. Tampoco recuerdo si lloraste, pues yo estaba demasiado conmocionado para fijarme en eso. En cuanto al paquete que portaba Lestat en sus brazos, no tengo ni remota idea de lo que podía ser. Ni siquiera pensé en ello.

Lestat entró en la salita del apartamento al caer la noche siguiente, una noche estrellada durante unos breves instantes antes de que comenzara a nevar. Se había lavado y vestido, y supuse que las heridas de su pie ya se habían curado. Lucía unos zapatos nuevos.

Sin embargo, nada podía suavizar la grotesca imagen de su rostro, los rasguños producidos por unas uñas o un instrumento afilado que rodeaban la cuenca vacía del ojo que había perdido. Lestat se sentó.

Me miró y esbozó una sonrisa encantadora que iluminó su rostro.

—No temas por mí, mi pequeño Armand —dijo—. Es por todos nosotros por quienes debemos temer. Yo ya no soy nada. Nada.

Yo le expuse mi plan en voz baja.

—Deja que baje a la calle y le robe un ojo a un mortal, a un ser malvado que haya desperdiciado todos los atributos físicos que le concedió Dios. Deja que lo coloque en tu cuenca vacía. Tu sangre lo bañará y recuperarás la vista. Lo sabes tan bien como yo. En cierta ocasión presenciaste ese milagro en la persona de la vieja Maharet, cuando ésta le robó los ojos a un mortal y recobró la vista. Estoy dispuesto a hacerlo. No tardaré nada, y en cuanto me haya apoderado del ojo, yo mismo haré de doctor y te lo colocaré en la cuenca. Te lo ruego.

Pero Lestat meneó la cabeza y me besó en la mejilla.

—¿Por qué me amas después de todo lo que te he hecho? —preguntó. Su piel tostada por el sol poseía una belleza innegable, y la cuenca del ojo que había perdido parecía observarme a través de la estrecha rendija con un misterioso poder capaz de transmitir su visión a su corazón. Era un ser

extraordinariamente atractivo, radiante; su rostro emitía un resplandor rojizo como si hubiera contemplado un poderoso misterio.

»Es cierto, lo he visto —prosiguió él, rompiendo a llorar—. Lo he visto, y debo contaros toda la historia. Creedme, como creéis en lo que visteis anoche, las flores silvestres adheridas a mi cabello, los cortes... Fijaos en mis manos, las heridas aún no han cicatrizado del todo. Os suplico que me creáis.

En aquel momento interviniste tú, David.

—Cuéntanoslo todo, Lestat. Estamos impacientes por oír la historia. ¿Dónde se apoderó de ti ese demonio llamado Memnoch?

Qué tono tan reconfortante y razonable tenía tu voz, David, al igual que ahora. Creo que fuiste creado para esto, para razonar, para obligarnos, si se me permite esa conjetura, a contemplar nuestras catástrofes a la luz de la conciencia moderna. Pero podemos hablar de estas cosas muchas otras noches.

Permite que me remita a la escena anterior, cuando los tres estábamos sentados en unas sillas chinas lacadas en negro en torno a una gruesa mesa de cristal. Al entrar, Dora se quedó impresionada por el aspecto que ofrecía Lestat, sobre cuya presencia sus sentidos mortales no le habían advertido. Qué guapa estaba con su pelo negro cortado a lo chico, dejando su nuca al descubierto y realzando su cuello de cisne. Su largo y esbelto cuerpo estaba enfundado en una túnica amplia color púrpura, sin cinturón, que se adhería exquisitamente a sus pequeños pechos y sus bien torneados muslos. «Parece un ángel del Señor —pensé— esta heredera de la cabeza decapitada del narcotraficante de su padre. Con cada paso que da nos enseña unas doctrinas que harían que los dioses paganos de la lujuria se apresuraran entusiásticamente».

En torno a su pálido y delicado cuello lucía un crucifijo tan diminuto que parecía un insecto dorado colgado de una cadena ingrávida formada por minúsculos eslabones confeccionados por las hadas. «¿Qué representan ahora esos objetos sagrados, suspendidos sobre senos suaves y lechosos, sino unos cachivaches baratos?», pensé con amargura, observando fría y desapasionadamente su belleza. Sus voluminosos pechos, el canalillo que asomaba por el escote de su sencillo vestido, hablaban elocuentemente sobre Dios y la divinidad.

No obstante, el mayor adorno que lucía Dora en aquellos momentos era

el conmovedor y profundo amor que sentía hacia él, la ausencia de temor al contemplar su rostro mutilado, la gracia de sus pálidos brazos al estrechar contra sí a Lestat, tan segura de sí misma y agradecida de poder abrazar su cuerpo dúctil. Me alegré de que Dora le amara.

—¿De modo que el príncipe de las mentiras te contó una historia fantástica? —preguntó Dora sin poder reprimir el temblor de su voz—. ¿De modo que te llevó a su infierno y te envió de regreso a la Tierra? Cuéntanos cómo es el infierno, explícanos por qué debemos temerlo. Dinos por qué estás asustado, aunque en estos momentos veo en tu rostro algo mucho peor que el temor.

Lestat asintió como dándole la razón. Luego se levantó, apartó la silla china y comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación estrujándose las manos, el inevitable preludio a la narración de su historia.

—Escuchad todo cuanto voy a deciros antes de juzgarme —declaró, observándonos a los tres, quienes permanecíamos sentados alrededor de la mesa, un reducido público impaciente por oír su relato y dispuesto a hacer lo que él nos pidiera. Luego clavó su ojo en ti, David, el intelectual inglés vestido con un traje de mezclilla que realzaba tu aspecto viril. A pesar del evidente amor que le profesabas le observabas con mirada crítica, dispuesto a evaluar sus palabras con tu natural sabiduría.

Lestat empezó a hablar. Pasó varias horas hablando sin parar. Las palabras brotaban de sus labios con vehemencia y a borbotones, en ocasiones atropelladamente, obligándole a detenerse para recuperar el resuello; pero nunca interrumpió su relato, sino que continuó contándonos la historia de su aventura durante aquella larga noche.

Sí, Memnoch el Diablo le había conducido al infierno, pero era un infierno concebido por Memnoch, un purgatorio en el que las almas de todos los individuos que habían vivido acudían voluntariamente para refugiarse del caos en el que los había sumido la muerte. En ese infernal purgatorio, al enfrentarse a todos sus actos, aprendían una lección insoportable, las infinitas consecuencias de cada acto que habían cometido. Asesino y madre, golfillos vagabundos asesinados en su presunta inocencia y soldados bañados en la sangre que empapaba el campo de batalla, todos eran admitidos en este horripilante lugar invadido de humo y fuego sulfúreo, pero sólo para contemplar las terribles heridas que sus manos

coléricas o torpes habían causado a otros, para asomarse al interior de las almas y los corazones de otros seres a quienes habían lastimado.

Todo horror constituía un espejismo en ese lugar, pero el peor horror era la persona de Dios Encarnado, que había permitido la existencia de esta Escuela Final para aquellos dignos de entrar en su Paraíso. Eso también lo había contemplado Lestat, el cielo vislumbrado un millón de veces por santos y moribundos, repleto de árboles y flores eternamente fragantes e infinitas torres de cristal ocupadas por seres felices, desprovistos de su carne mortal, e innumerables coros de ángeles que cantaban.

Era una vieja historia, demasiado vieja. Había sido relatada numerosas veces, esa historia del cielo y sus puertas abiertas, de Dios nuestro Creador derramando su luz infinita sobre aquellos que lograban ascender por la mítica escalera para incorporarse a su corte celestial.

¿Cuántos mortales que despiertan de una experiencia cercana a la muerte han tratado de explicar esos mismos prodigios?

¿Cuántos santos han declarado haber visto este indescriptible y eterno Edén?

Qué astutamente había expuesto Memnoch su caso para reclamar la compasión mortal por su pecado, alegando que él y sólo él se había enfrentado a un Dios indiferente y cruel, rogándole que contemplara con ojos misericordiosos a la raza de seres humanos que, por medio de su generoso amor, había logrado engendrar unas almas dignas de suscitar el interés del Todopoderoso.

Ésa había sido la caída de Lucifer, como la estrella matutina, del cielo: un ángel implorando misericordia para los hijos y las hijas de los hombres que presentaban ahora los semblantes y los corazones de ángeles.

—Dadles el paraíso, Señor, concedédselo cuando hayan aprendido en mi escuela a amar todo cuanto habéis creado.

Esta aventura ha llenado un libro entero. La historia de *Memnoch el Diablo* no puede condensarse en unos pocos e injustos párrafos.

Éste fue el resumen que escuché mientras me hallaba sentado en aquella fría salita en Nueva York, contemplando de vez en cuando, más allá de Lestat, que no paraba de caminar arriba y abajo, el cielo cubierto por un manto blanco de nieve que mitigaba, bajo el incesante parloteo de Lestat, el rumor de la ciudad que se extendía a nuestros pies, al tiempo que trataba de aplacar el angustioso temor que me invadía: el temor de provocarle una

decepción al recordarle que no había hecho más que dar forma al místico viaje de un millar de santos utilizando un sistema más novedoso y ameno.

Así pues, que una escuela ha venido a suplantar esos círculos de fuego eterno que el poeta Dante describió de una forma que sobrecoge al lector, e incluso el tierno Fra Angélico pintó el infierno en el que unos mortales desnudos se bañan en las llamas que padecerán eternamente.

Una escuela, un lugar de esperanza, una promesa de redención lo suficientemente noble para acogernos incluso a nosotros, los hijos de la noche, entre cuyos pecados se cuentan tantos asesinatos como los cometidos por los antiguos hunos o mongoles.

¡Qué imagen tan dulce la de este singular más allá, donde los horrores del mundo natural se achacan a un Dios sabio pero distante, y la caprichosa obra del diablo aparece plasmada con pasmosa inteligencia!

¡Ojalá que todos los poemas y las pinturas del mundo fueran un espejo que reflejaran esta espléndida y esperanzadora imagen!

Pudo haberme entristecido; pudo haberme deprimido hasta el extremo de hacerme agachar la cabeza, incapaz de mirarle.

Sin embargo, uno de los episodios de su relato, que para él no había representado sino un encuentro fugaz, me impactó más que el resto de la historia y quedó grabado en mi mente, de forma que mientras él continuaba hablando, no logré apartarlo de mi pensamiento: el hecho de que él, Lestat, hubiera bebido la sangre de Jesucristo cuando se dirigía al Calvario. Que él, Lestat, hubiera hablado con ese Dios Encarnado, quien por voluntad propia había ido al encuentro de esa muerte tan atroz en el Gólgota. Que él, Lestat, un temeroso y tembloroso testigo presencial hubiera sido obligado a detenerse en las estrechas y polvorientas callejuelas del antiguo Jerusalén para ver pasar a Nuestro Señor, y que ese Señor, nuestro Señor Viviente, con la cruz sujeta mediante unas correas a sus hombros, hubiera ofrecido su cuello a Lestat, el discípulo elegido.

¡Ah, qué fantasía, qué locura de fantasía! No esperaba sentirme tan dolido por un episodio de la historia narrada por Lestat. No esperaba sentir esa sensación abrasadora en el pecho, esa crispación en la garganta de la que no podían brotar las palabras. Yo no deseaba eso. La única salvación de mi corazón herido era pensar en lo extraño y absurdo que resultaba que esa imagen (Jerusalén, la calle polvorienta, la airada multitud, Dios sangrando, azotado y cojeando bajo el peso de la cruz) incluyera la vieja y dulce

leyenda de una mujer extendiendo un velo para enjugar el rostro ensangrentado de Cristo, recibiendo su imagen para toda la eternidad.

No es preciso ser un erudito, David, para saber que esos santos fueron creados por otros santos a lo largo de los siglos para presentarse como actores y actrices elegidos para representar la Pasión en una aldea. ¡Verónica! Verónica, cuyo nombre significa «icono verdadero».

A todo esto nuestro héroe, nuestro Lestat, nuestro Prometeo, con el velo que le había entregado el mismo Dios, había huido del vasto y terrible reino del cielo y el infierno y de las estaciones de la Cruz gritando «¡no, me niego!», y había regresado, jadeando, corriendo como un loco a través de las calles nevadas de Nueva York, para reunirse con nosotros y dejar atrás aquella espantosa aventura.

La cabeza me daba vueltas. En mi interior se libraba una guerra feroz. No podía mirarle.

Lestat continuó con su relato, recreándose en los pormenores, refiriéndose por enésima vez al cielo zafirino y al canto de los ángeles, discutiendo consigo mismo, contigo y con Dora. La conversación asumió un tono estridente, semejante a cuando se quiebra un objeto de cristal. Yo no podía soportarlo.

¿Lestat había bebido la sangre de Cristo? ¿Sus labios, sus inmundos labios, habían succionado la sangre de Cristo, convirtiéndose en un monstruoso ciborio? ¿La sangre de Cristo?

—¡Deja que beba tu sangre, Lestat! —grité de pronto—. ¡Déjame beber la sangre que contiene la de Él! —Yo no daba crédito a mi ansia, mi desesperación—. Deja que beba tu sangre, Lestat, deja que la busque con mi lengua y mi corazón. Te lo ruego, no puedes negarme ese momento de intimidad. Si era Cristo... si realmente era... —Pero no pude terminar la frase.

—Estás loco, criatura, desvarías —contestó él—. Lo único que averiguarás si clavas los dientes en mi cuello es lo que aprendemos de las visiones que vemos a través de todas nuestras víctimas. Averiguarás lo que yo creo haber visto. Averiguarás lo que creo que me fue revelado. Averiguarás que creo en Cristo, pero sólo eso.

Lestat meneó la cabeza y me miró decepcionado.

—No, averiguaré lo que deseo saber —protesté. Me levanté de la mesa; las manos me temblaban—. Concédeme ese abrazo, Lestat, y jamás volveré

a pedirte nada. Deja que oprima mis labios sobre tu cuello, deja que ponga a prueba tu relato. ¡Deja que beba tu sangre!

—Me partes el corazón, pequeño idiota —replicó él con los ojos llenos de lágrimas—. Siempre lo has hecho.

—¡No me juzgues! —grité.

Lestat continuó hablando, dirigiéndose sólo a mí con su mente y con su voz. Yo no sabía si los demás podían oírle, pero yo le oí. No he olvidado una sola de sus palabras.

—¿Y qué si era la sangre de Dios, Armand —preguntó—, y no una mentira titánica? ¿Qué crees que hallarías dentro de mí? Ve a misa por la mañana y elige a tus víctimas entre las personas que se acercan al altar a comulgar. ¡Imagínate, Armand, sería fantástico que a partir de ahora te alimentaras únicamente de comulgantes! Cualquiera de ellos te proporcionará la sangre de Cristo. Te aseguro que no creo en esos espíritus, en Dios, en Memnoch, son una pandilla de embusteros. Ya te he dicho que me negué a participar en ese juego. Me negué a quedarme, hui de su maldita escuela, perdí un ojo durante la pelea que sostuve con los perversos ángeles que no cesaban de arañarme mientras yo trataba de huir. ¿Deseas la sangre de Cristo? Pues aprovecha que ha oscurecido y ve a la misa del pescador, aparta de un empellón al adormilado sacerdote del altar y arrebata de sus benditas manos el cáliz. ¡Hazlo!

»¡La sangre de Cristo! —continuó Lestat, su rostro un ojo enorme que me miraba fija e implacablemente—. Si alguna vez ingerí esa sangre, mi cuerpo la ha disuelto y fundido como la cera de abeja devora la mecha. Tú lo sabes. ¿Qué queda de Cristo en el vientre de sus fieles cuando abandonan la iglesia?

—No —repuse—. Pero nosotros no somos humanos —musité, tratando de mitigar con mi tono suave su airada vehemencia—. ¡Te aseguro que lo averiguaré, Lestat! Era su sangre, no el pan y el vino transustanciados. Su sangre, Lestat, y sé que está dentro de ti. Deja que la beba, te lo ruego. Deja que la beba para que pueda olvidar todas esas malditas cosas que nos has contado. ¡Te lo suplico!

Me contuve para no abalanzarme sobre él y obligarle a acatar mi voluntad, sin importarme su legendaria fuerza, sus violentos estallidos de genio. Sentí deseos de aferrarle por el cuello y forzarle a doblegarse. Deseaba beber su sangre... Pero eran unos pensamientos estúpidos y vanos.

Toda su historia era estúpida y vana. Sin embargo, me encaré con él y le espeté:

—¿Por qué no aceptaste? ¿Por qué no fuiste con Memnoch si él podía librarte de este espantoso infierno que compartimos en la Tierra?

«Dejaron que te escaparas», dijiste tú, David, interviniendo con un pequeño ademán de súplica de tu mano derecha.

No obstante, yo no tenía paciencia para un análisis o una inevitable interpretación. No podía borrar aquella imagen de la mente: Nuestro Señor sangrando, con la cruz sujeta a sus hombros, y ella, la Verónica, esta dulce figura de ficción, sosteniendo el velo en sus manos. ¡Cómo es posible que semejante fantasía haya calado de forma profunda en las mentes de la gente!

—¡Atrás! —gritó Lestat—. El velo está en mi poder. Ya os lo dije. Cristo me lo entregó. Verónica me lo entregó. Me lo llevé del infierno de Memnoch, cuando sus secuaces trataron de arrebatármelo.

Apenas oí sus palabras. El velo, el velo auténtico, ¿qué truco era éste? Me dolía la cabeza. La misa del pescador. Deseaba asistir a ella, suponiendo que celebraran esa misa en la catedral de San Patricio. Estaba cansado de esta habitación rodeada por unos ventanales dentro de un rascacielos, aislada del sabor del viento y la refrescante humedad de la nieve.

¿Por qué retrocedió Lestat hacia la pared? ¿Qué sacó del bolsillo de su chaqueta? ¡El velo! ¡Un truco barato para rematar esta magistral locura!

Alcé la cabeza y recorrí con la vista la noche nevada que se extendía más allá del cristal, hasta que por fin clavé los ojos en mi objetivo: el lienzo desdoblado que sostenía Lestat, con la cabeza agachada, mostrándolo con una actitud tan reverente como la misma Verónica.

—¡Señor! —musité. Todo el mundo se había desvanecido en unas espirales ingrávidas de sonido y luz. Yo le vi allí—. Señor.

Vi su rostro, ni pintado, ni estampado, ni grabado por algún ingenioso medio mecánico en las diminutas fibras del fino lienzo blanco, sino ardiendo con una llama que no consumía el vehículo que contenía su calor. Señor, mi Señor hecho Hombre, mi Señor, mi Cristo, el Hombre con una corona de espinas, con el cabello castaño largo y enmarañado, empapado en sangre, y unos ojos negros grandes y pensativos que me miraban fijamente, los dulces y resplandecientes portales del alma de Dios, tan radiantes en su inconmensurable amor que toda poesía se desvanece ante él, y una boca

suave y sedosa cuya sencilla expresión no pretende cuestionar ni juzgar, abierta para inspirar en silencio y dolorosamente una débil bocanada de aire en el momento en que la mujer le acerque el velo para aliviar sus atroces sufrimientos.

Rompí a llorar. Me tapé la boca con la mano, pero no pude contener mis palabras.

—¡Cristo, mi trágico Cristo! —murmuré—. ¡No creado por manos humanas! —exclamé—. ¡No creado por el hombre! —Qué desesperación contenían mis palabras, débiles, llenas de tristeza—. El rostro de este Hombre, el rostro de Dios hecho Hombre. Está sangrando. ¡Por el amor de Dios, miradlo!

Pero mis labios no emitieron sonido alguno. No podía moverme, ni podía respirar. Había caído postrado de rodillas, conmocionado e impotente. No quería apartar jamás mis ojos de él. No deseaba otra cosa que contemplarlo. Sólo deseaba contemplarlo a Él, y lo vi, y mi imaginación retrocedió varios siglos hasta detenerse en el rostro del Señor iluminado por la luz de la lámpara de barro en la casa de Podil; su rostro me observaba desde el panel que sostenía yo con manos temblorosas entre las velas de la sala de documentos en el Monasterio de las Cuevas, un rostro como jamás había contemplado en los muros de Venecia o Florencia, donde lo había buscado con desesperación durante tanto tiempo.

Su rostro, su rostro viril imbuido de gracia divina, mi trágico Señor observándome desde los brazos de mi madre en la calle cubierta de nieve y barro de Podil, mi amado Señor en sangrante Majestad.

No me importó lo que dijo Dora. No me importó que se pusiera a gritar su sagrado nombre. Me tenía sin cuidado. Yo sabía lo que sabía.

Cuando Dora proclamó su fe, cuando arrebató el velo de manos de Lestat y salió corriendo del apartamento con él, yo salí tras ella, siguiéndola a ella y el velo, aunque en el santuario de mi corazón no me moví. No moví un músculo.

Una gran quietud se apoderó de mi mente; no importaba que mis piernas no me respondieran.

No importaba que Lestat forcejeara con Dora, advirtiéndole que no debía creer esa patraña, ni que los tres nos halláramos en los escalones de la catedral y que la nieve cayera como una espléndida bendición desde un cielo invisible e insondable.

No importaba que estuviera a punto de salir el sol, una bola ardiente y plateada sobre la cúpula formada por unas nubes que se fundían.

Ya podía morirme.

Le había visto, y todo lo demás (las palabras de Memnoch y su esperpéntico Dios, los ruegos de Lestat insistiendo en que huyéramos, en que nos ocultáramos antes de que la mañana nos devorara a todos) carecía de importancia.

Ya podía morirme.

—No creado por manos humanas —musité.

Una multitud se agolpó en torno nuestro frente a la puerta de la catedral. Del interior de la iglesia brotó una ráfaga de aire cálido y delicioso. No tenía importancia.

—¡El velo, el velo! —exclamaron. ¡Lo habían visto! Habían visto el rostro del Señor.

Los desesperados ruegos de Lestat eran cada vez más débiles.

La mañana se abatió sobre nosotros con su estridente luz blanca y abrasadora, deslizándose sobre los tejados, haciendo que la noche cuajara en un millar de muros de cristal, desencadenando lentamente su monstruoso esplendor.

—Yo os pongo por testigos —dije, abriendo los brazos para recibir la cegadora luz, esta plateada muerte ardiente como la lava—. ¡El pecador muere por Él! ¡El pecador va a Él!

Arrójame al infierno, Señor, si ésa es tu voluntad. Me has dado el cielo. Me has mostrado tu rostro.

Y tu rostro era humano.

OceanofPDF.com

19

Salí despedido hacia arriba. El dolor que sentí era total, abrasador, que aniquilaba toda voluntad y poder para modificar la trayectoria. Una explosión en mi interior me impulsó hacia arriba, hacia la luz nevada y perlada que había caído sobre mí como un torrente, como de costumbre, desde un ojo amenazador, derramando sus infinitos rayos sobre el panorama urbano, hasta convertirse en una ola sísmica de luz abrasadora e ingrávida que se extendía sobre todas las cosas grandes y pequeñas.

Seguí ascendiendo, girando como si la fuerza de la explosión interior no cejara en su intensidad, y comprobé horrorizado que mis ropas se habían quemado y que de mi cuerpo emanaba un humo que se confundía con el viento que se arremolinaba a mi alrededor.

Contemplé mi cuerpo, mis piernas y mis brazos desnudos y extendidos, recortándose contra la cegadora luz. Tenía la carne abrasada, negra, reluciente, adherida a los tendones de mi cuerpo, pegada al amasijo de músculos que envolvían mis huesos.

El dolor alcanzó un punto insoportable, pero por increíble que parezca no me importó; me dirigía hacia mi muerte, y este interminable tormento carecía de importancia. Yo era capaz de soportarlo todo, incluso el intenso ardor que sentía en los ojos, sabiendo que no tardarían en fundirse o estallar en este horno de luz solar, y que toda la carne se desprendería de mi cuerpo.

Súbitamente, la escena cambió. El rugido del viento se disipó, los ojos dejaron de escocerme y vi con claridad. En torno de mí sonó un gigantesco coro de himnos que me era familiar. Me hallaba ante un altar, y al alzar la vista, contemplé una iglesia abarrotada de fieles. Sus columnas pintadas se erguían como abigarrados árboles de la masa de bocas que cantaban y ojos que miraban maravillados. Por doquier, a diestro y siniestro, vi esta inmensa e infinita congregación. La iglesia no estaba sostenida por unos muros, y las elevadas cúpulas, decoradas con el oro más puro y refulgente y unos santos y ángeles esculpidos, daban paso al vasto, etéreo e ilimitado cielo azul.

Aspiré el perfume del incienso. A mi alrededor, unas campanas menudas y doradas tañeron al unísono, emitiendo una sucesión de delicadas melodías. El humo hizo que me escocieran los ojos, pero dulcemente, al igual que la fragancia del incienso llenaba mi nariz y hacía que me lloraran los ojos; mi vista percibió todo cuanto gusté, toqué y oí.

Extendí los brazos y vi que estaban envueltos en unas mangas largas, ribeteadas de oro, por cuyos bordes asomaban unas muñecas cubiertas con el suave vello de un hombre mortal. Esas manos eran mías, sí, pero unas manos muchos años más allá del punto mortal en que la vida había quedado fijada en mí. Eran las manos de un hombre.

De mi boca brotó una canción, resonando sola y potente sobre la congregación, y las voces del coro se alzaron en respuesta a ella, y entoné de nuevo mi convicción, una profunda convicción que me había calado hasta el tuétano.

—Cristo ha venido. La encarnación ha comenzado en todas las cosas y todos los hombres y mujeres, y continuará eternamente.

Era una canción tan perfecta que las lágrimas rodaron por mis mejillas; y cuando agaché la cabeza y junté las manos, contemplé ante mí el pan y el vino, una hogaza que sería bendecida y partida, y el vino en el cáliz de oro que sería transformado.

—¡Éste es el cuerpo de Jesucristo, y ésta es la sangre que ha derramado por nosotros ahora y antes y siempre, y en cada momento en que estamos vivos! —canté. Apoyé las manos sobre la hogaza y la alcé, y una intensa luz brotó de ella, y los fieles entonaron con voz potente el himno de alabanza más dulce.

Tomé el cáliz. Lo sostuve en alto mientras las campanas tañían en los campanarios, que se arracimaban junto a las torres de esta inmensa iglesia, prolongándose a lo largo de muchos kilómetros en todos los sentidos. El mundo entero se había convertido en una gloriosa multitud de iglesias; junto a mí seguían tañendo las campanitas doradas.

Percibí de nuevo una vaharada de incienso. Tras depositar el cáliz sobre el altar, observé el mar de rostros que se extendía ante mí. Volví la cabeza hacia la derecha y la izquierda; luego alcé la vista y contemplé los mosaicos que se disipaban y confundían con las elevadas nubes blancas que se deslizaban por el cielo.

Vi las cúpulas doradas bajo el firmamento, y los tejados que se extendían

hasta el infinito de Podil.

Comprendí que era la Ciudad de Vladimir en todo su esplendor, y que me hallaba en el gran santuario de Santa Sofía. Habían retirado todas las mamparas que me hubieran separado de la gente. Las otras iglesias que en mi infancia no constituían sino un montón de ruinas habían recuperado su magnificencia; y las cúpulas doradas de Kíev absorbían la luz solar y la emitían con la potencia de un millón de planetas bañados por el fuego eterno de un millón de estrellas.

—¡Mi Señor, Dios mío! —exclamé. Bajé la vista y contemplé los exquisitos bordados de mis ropajes, de raso verde, bordados con hilos metálicos de oro puro.

A cada lado tenía a mis hermanos en Cristo, unos individuos barbudos de ojos resplandecientes que me ayudaban y cantaban los himnos que yo entonaba, confundiéndose nuestras voces, pasando de un himno a otro en unas notas que casi me parecía ver ascendiendo ante mí hacia el etéreo firmamento.

—¡Dádselo! ¡Dádselo porque tienen hambre! —exclamé. Partí la hogaza con las manos. La partí por la mitad, luego en cuartos, que me apresuré a partir en unos pedacitos que deposité sobre la reluciente bandeja dorada.

Todos los fieles subieron los escalones y alargaron sus manos tiernas y sonrosadas para recibir los pedazos de pan, que yo distribuí tan rápidamente como pude, un pedazo tras otro, sin dejar que cayera una miga, repartiendo el pan entre las docenas, los centenares de personas que se aglomeraban ante el altar con tal impaciencia que apenas dejaban que los que ya habían comulgado regresaran a sus bancos.

El desfile de fieles era interminable, pero los himnos no cesaron. Las voces, mudas ante el altar, silenciadas mientras los comulgantes devoraban el pan, al poco estallaron de nuevo jubilosas.

El pan era eterno.

Partí la suave corteza una y otra vez y deposité los trozos de pan en las palmas de las manos extendidas en una actitud airosa e implorante.

—Tomad, éste es el cuerpo de Cristo —declaré.

A mi alrededor se alzaban unas formas oscuras y oscilantes que brotaban del resplandeciente suelo dorado y plateado. Eran troncos de árboles, cuyas ramas se curvaban hacia arriba y luego descendían hacia mí; y de las ramas se desprendieron unas hojas y unos frutos que cayeron sobre el altar, sobre

la bandeja dorada y el pan sagrado convertido en una enorme pila de fragmentos.

—¡Recogedlos! —ordené. Tomé las verdes y delicadas hojas y las fragantes bayas y las deposité en las manos impacientes tendidas hacia mí. Al bajar la vista, vi deslizarse a través de mis dedos unos granos de trigo, que ofrecí a los fieles, unos granos de trigo que vertí en sus bocas abiertas.

Un sinfín de hojas verdes cayó por el aire en silencio, hasta el extremo de que el delicado y brillante colorido tiñó la atmósfera, un silencio interrumpido de pronto por el aleteo de unas diminutas aves. Un millón de gorriones ascendieron hacia el firmamento. Un millón de pinzones alzaron el vuelo, sus alas menudas y extendidas iluminadas por el radiante sol.

—Eternamente, para siempre, en cada célula y cada átomo —recé—. La Encarnación —dije—. Y el Señor habitó entre nosotros. —Mis palabras resonaron en la iglesia como si estuviera cubierta por un tejado, un tejado que hacía que reverberaran las notas de mi canción, aunque nuestro único tejado era el cielo raso.

La multitud se agolpó en torno al altar. Mis hermanos desaparecieron a medida que miles de manos tiraban suavemente de sus vestimentas, apartándolos de la mesa de Dios. Yo estaba rodeado por unos rostros ávidos de tomar el pan que yo repartía, de apoderarse de los granos de trigo y las bayas a puñados, de apoderarse incluso de las delicadas hojas verdes que se habían desprendido de los árboles.

Junto a mí estaba mi madre, mi hermosa madre de mirada triste, luciendo un bonito tocado bordado que cubría su espesa cabellera gris; sus ojillos surcados de arrugas estaban fijos en mí, y en sus temblorosas manos, sus dedos resecos y vacilantes, sostenía la más espléndida de las ofrendas: los huevos pintados. Aquellos preciosos huevos, pintados de rojo y azul, amarillo y dorado, decorados con unas franjas de diamantes y guirnaldas de flores silvestres, relucían en su lacado esplendor como unas inmensas gemas pulidas.

En el centro de la ofrenda de mi madre, esta ofrenda que ella sostenía con brazos temblorosos y arrugados, yacía el huevo que tiempo atrás me había confiado, un huevo ligero, crudo, exquisitamente pintado de rojo rubí con una estrella dorada en el centro del óvalo, este maravilloso huevo que sin duda era su mejor creación, su mayor logro después de pasar horas decorándolo con cera caliente y tinte hirviendo.

No se había perdido, en ningún momento. Allí estaba. Sin embargo, ocurría algo extraño. Lo oí con toda nitidez. Incluso pese a las potentes voces de los fieles que cantaban pude oírlo, un pequeño sonido en el interior del huevo, un pequeño aleteo, un pequeño grito.

—Madre —dije tomando el huevo de sus manos. Sosteniéndolo con ambas manos, oprimí los pulgares sobre la frágil cáscara.

—¡No lo hagas, hijo mío! —exclamó mi madre—. ¡No, hijo mío, no! —gritó.

Pero era demasiado tarde. La cáscara pintada se rompió bajo la presión de mis pulgares y de sus fragmentos salió un pájaro, un hermoso pájaro adulto con unas alas blancas como la nieve, un diminuto pico amarillo y unos ojos brillantes y negros como el azabache. Un prolongado suspiro escapó de mis labios.

El pájaro surgió del interior del huevo, desplegando sus alas blancas y perfectas, abriendo su pequeño pico para emitir un chillido agudo. Acto seguido, tras liberarse de la cáscara que le aprisionaba, echó a volar sobre las cabezas de los fieles, a través de la suave lluvia de hojas verdes y de los gorriones que revoloteaban por el interior de la iglesia, a través del glorioso clamor de las campanas.

Las campanas doblaron con tal ímpetu que agitaron las hojas que flotaban en la atmósfera, haciendo que las elevadas columnas se estremecieran, que la multitud se balanceara de un lado a otro y cantara con todas sus fuerzas para estar en perfecto unísono con el resonante tañido emitido por las gargantas doradas de las campanas.

El pájaro desapareció. Era libre.

—Cristo ha nacido —musité—. Cristo se ha alzado. Cristo está en el cielo y en la Tierra. Cristo está con nosotros.

Sin embargo, nadie pudo oír mi voz, mi voz íntima. ¿Qué importaba? El mundo entero cantaba la misma canción.

Una mano tiró bruscamente de mi manga blanca. Me volví. Inspiré aire para gritar, pero el terror me impidió emitir el menor sonido.

Un hombre, surgido de la nada, estaba junto a mí, tan cerca que nuestros rostros casi rozaban. Me miró con expresión hosca. Reconocí su pelo y su barba rojizos, sus feroces e impíos ojos azules. Reconocí a mi padre, pero no era mi padre sino una horrenda y poderosa presencia que poseía el

semblante de mi padre, plantado junto a mí, un coloso en comparación conmigo, sin quitarme ojo, retándome con su poder y su tremenda estatura.

El extraño alargó el brazo y golpeó el cáliz con el dorso de la mano. El cáliz osciló unos segundos y cayó al suelo, derramándose el vino consagrado sobre los pedazos de pan, manchando el mantel dorado del altar.

—¡No puedes hacer eso! —grité—. ¡Qué desastre! —¿Es que nadie me oía gritar sobre las voces del coro? ¿Es que nadie me oía gritar sobre el tañido de las campanas?

Yo estaba solo. Me encontraba en una habitación moderna, de pie bajo un techo de yeso blanco. Era una habitación doméstica.

Era yo mismo, un hombre más bien bajo y delgado, luciendo mi acostumbrada melena rizada y alborotada, una chaqueta de terciopelo color púrpura y unos volantes de encaje blanco. Me apoyé contra la pared, conmocionado y mudo, sabiendo tan sólo que cada partícula de este lugar, cada partícula de mi ser, era tan sólida y real como hacía una fracción de segundo.

La alfombra que pisaba era tan real como las hojas que habían caído como copos de nieve a través de la inmensa catedral de Santa Sofía, y mis manos, mis manos juveniles y desprovistas de vello, eran tan reales como las manos del sacerdote que yo era hacía unos instantes, que había partido el pan.

Un angustiado sollozo brotó de mis labios, un angustiado grito que me horrorizó. De no emitirlo, habría dejado de respirar, y este cuerpo, maldito o sagrado, mortal o inmortal, puro o corrupto, habría estallado.

En éstas percibí una música que me tranquilizó. Una música que se articulaba lentamente, limpia y hermosa, muy distinta del incesante y magnífico coro que acababa de oír.

Del silencio surgieron unas notas discretas, perfectamente formadas, una multitud de maravillosos sonidos que caían en cascada y se expresaban con precisión y elocuencia, en contraposición a la inundación de sonidos que yo tanto amaba.

¡Ah! Pensar que tan sólo diez dedos eran capaces de extraer estos sonidos de un instrumento de madera en el que los martillos percutían, con un movimiento rígido y persistente, sobre un arpa de bronce compuesta por unas cuerdas tensadas.

Yo conocía esa canción, conocía esa sonata para piano, me encantaba, y

ahora su furia me paralizó. La *Appassionata*. Las notas recorrían toda la escala formando unos maravillosos y ágiles arpegios, descendiendo con furia para producir un sonido *staccato*, como un tamborileo, para luego ascender de nuevo a una velocidad vertiginosa. La alegre melodía continuó sonando, elocuente, festiva y totalmente humana, exigiendo hacerse sentir y oír, exigiendo que prestásemos atención a sus complejos giros y piruetas.

La *Appassionata*.

En el furioso torrente de notas, percibí el eco de la madera del piano; percibí la vibración de su gigantesca y tensa arpa de bronce. Percibí el deslumbrante sonido de sus múltiples cuerdas. La música continuó sonando, turbulenta, atronadora, pura y perfecta, emitiendo unas notas ágiles y chasqueantes como un látigo. ¿Cómo es posible que unas manos humanas creen este hechizo, que extraigan de unas teclas de marfil este torrente de notas, esta violenta y atronadora belleza?

La música cesó de repente. Experimenté una angustia tan profunda que sólo fui capaz de cerrar los ojos y gemir por la desaparición de esas notas ágiles y cristalinas, de esa depurada precisión, de ese increíble sonido que me había hablado, poniéndome por testigo, rogándome que compartiera y comprendiera su intensa e imperiosa furia.

Me sobresalté al oír un grito. Abrí los ojos. La habitación donde me hallaba era espaciosa, repleta de lujosos y caprichosos objetos: cuadros enmarcados que llegaban al techo, grandes alfombras con diseños florales que se extendían bajo las patas curvadas de sillas y mesas modernas, y el piano, el imponente piano del que había procedido aquel sonido, resplandeciendo en medio de este caos, mostrando su larga hilera de teclas blancas y risueñas, un triunfo del corazón, el alma, la mente.

Ante mí había un chico arrodillado en el suelo, un joven árabe que lucía una lustrosa cabellera corta y rizada y una pequeña chilaba perfectamente cortada, es decir, una túnica de algodón. Tenía los ojos cerrados, y su rostro menudo y redondo apuntaba hacia arriba, aunque no me vio; sus cejas negras estaban unidas en una expresión de concentración al tiempo que movía los labios con frenesí y pronunciaba unas palabras en árabe que brotaban atropelladamente:

—Ven, demonio, o ángel, y detenlo, sal de la oscuridad, no me importa quién seas con tal de que seas poderoso y vengativo; ven, sal de la luz y de la voluntad de los dioses que no soportan ver la opresión de los malvados.

Detenlo antes de que mate a mi Sybelle. Detenlo, te lo pide Benjamin, el hijo de Abdulla, que te invoca para que tomes mi alma o mi vida a cambio, pero ven, seas lo que fueres, para salvar a mi Sybelle.

—¡Silencio! —grité. Jadeaba, tenía la cara sudorosa y me temblaban los labios—. ¿Qué quieres, di?

El niño abrió los ojos y me miró. Me vio. Su pequeño rostro redondo y bizantino parecía salido del muro de la iglesia, pero era real y estaba allí; me miró y vio lo que deseaba ver.

—¡Mira, ángel! —gritó. El acento árabe realzaba el tono agudo de su voz juvenil—. ¿Es que no ves con esos ojos tan grandes y bonitos que tienes?

Claro que lo vi. Comprendí al instante lo que sucedía. Ella, una mujer joven, Sybelle, trataba de aferrarse al piano para impedir que el individuo la derribara de la banqueta, con las manos extendidas para asir el teclado, los labios apretados para contener el alarido que pugnaba por brotar de sus labios, su pelo rubio desparramado sobre los hombros. El hombre que la golpeaba y zarandeaba, que no cesaba de gritar, le propinó de pronto un puñetazo que la derribó de la banqueta e hizo que cayera de espaldas. Sybelle lanzó un grito y quedó tendida como un pelele sobre la alfombra.

—La *Appassionata*, la *Appassionata* —gruñó el hombre, un tipo alto y corpulento como un oso con un genio endemoniado—. No quiero oír esa música, me niego, no permitiré que me hagas esto. ¡Es mi vida! —rugió como un toro—. ¡No dejaré que sigas!

El chico se levantó de un salto y me aferró por las muñecas. Yo le aparté y le miré desconcertado mientras él sujetaba mis puños de terciopelo.

—Detenlo, ángel. ¡Detenlo, diablo! No quiero que siga golpeándola. La matará. ¡Detenlo, diablo, Sybelle es buena!

Sybelle se incorporó de rodillas. Su pelo, semejante a un velo rasgado, le tapaba la cara. Una mancha de sangre cubría un lado de su estrecha cintura, una mancha que había embebido el tejido estampado con flores.

Yo miré indignado al hombre, que retrocedió. Alto, con la cabeza rapada y los ojos saltones, se cubrió los oídos con las manos y la maldijo:

—¡Loca! ¡Perra estúpida! ¿Es que no tengo una vida? ¿No tengo justicia? ¿No tengo unos sueños?

Sin embargo, Sybelle apoyó de nuevo las manos sobre el teclado y atacó el segundo movimiento de la *Appassionata* como si nadie la hubiera interrumpido. Sus manos golpeaban las teclas produciendo una furiosa

sucesión de notas tras otra, como si éstas no se hubieran escrito con otro propósito que el de responder a ese hombre, desafiarle, gritar «no me detendré, no me detendré»...

Vi en el acto lo que iba a ocurrir. El hombre se volvió furioso, pero sólo para dejar que la rabia alcanzara su punto álgido. La miró con los ojos desorbitados, la boca contraída en un rictus de angustia. En sus labios se dibujó una sonrisa letal.

Sybelle siguió tocando, oscilando de un lado al otro al ritmo de la música, sacudiendo su melena, con el rostro alzado, sin necesidad de ver las teclas que tocaba ni dirigir el movimiento de sus manos que volaban sobre el teclado, sin perder en ningún momento el control del torrente.

Los labios cerrados de Sybelle emitieron un suave y monótono canturreo, a tono con la melodía que arrancaba a las teclas. La joven arqueó la espalda e inclinó la cabeza hacia delante, dejando que su melena cayera sobre el dorso de sus manos. Continuó tocando con pasión, ora expresando turbulencia, ora certidumbre, ora negación, ora desafío, ora afirmación...

El individuo avanzó hacia ella.

El chico, desesperado, se interpuso de un salto entre ellos, y el individuo lo apartó con tal violencia que lo arrojó al suelo.

Pero antes de que el individuo pudiera agarrarla por los hombros, antes de que pudiera tocar siquiera a Sybelle, que había iniciado de nuevo el primer movimiento de la *Appassionata*, poniendo nuevamente de manifiesto todo el poder de esta maravillosa sonata, yo le sujeté y le obligué a volverse hacia mí.

—¿Es que pretendes matarla? —murmuré—. ¡Ya veremos si lo consigues!

—¡Sí! —contestó él; tenía la cara sudorosa y sus ojos saltones relucían —. ¡Deseo matarla! Me ha enfurecido hasta el extremo de hacerme perder la razón. ¡Juro que morirá! —El hombre estaba tan furibundo que ni siquiera me preguntó qué hacía yo allí. Trató de apartarme a un lado y clavó de nuevo la vista en Sybelle—. ¡Maldita seas, Sybelle! ¡Deja de tocar! ¡No soporto esa música!

Agitando su melena hacia un lado y otro, Sybelle continuó tocando, desgranando unos acordes que evocaban de nuevo un espíritu turbulento.

Yo obligué al individuo a retroceder, con mi mano izquierda sujetándole por el hombro y la derecha apartándole la barbilla, al tiempo que le clavaba

los dientes en el cuello, abriéndole la arteria y llenándome la boca con su sangre. Era caliente y densa y estaba llena de odio, de amargura, de sus malditos sueños y sus fantasías de venganza.

¡Ah! ¡Qué caliente estaba! La bebí con avidez, viéndolo todo, lo mucho que la había amado y fomentado su afición; ella era su hermana, una joven de gran talento; él, el hermano astuto de lengua viperina, sin el menor oído para la música, pero que había conducido a Sybelle hacia la cumbre de su preciado y refinado universo, hasta que una vulgar tragedia había interrumpido el ascenso imparable de Sybelle, quien había perdido la razón y había vuelto la espalda a su hermano, a los recuerdos, a su ambición, encerrándose a cal y canto para llorar a las víctimas de esa tragedia, sus amados padres, los primeros en aplaudirla, quienes habían sufrido un accidente de automóvil en una carretera llena de curvas que atravesaba un oscuro y lejano valle, pocas noches antes del mayor triunfo que había cosechado Sybelle, su debut como genio del piano ante el mundo entero.

Vi el vehículo de sus padres circular a gran velocidad a través de la oscuridad; oí al hermano de Sybelle, sentado en el asiento posterior, charlar, su hermana sentada junto a él, profundamente dormida. Vi el automóvil chocar con otro turismo. Vi las estrellas en lo alto presenciar el accidente como unos testigos crueles y silenciosos. Vi los cuerpos destrozados, sin vida. Vi el rostro atónito de Sybelle, de pie en el arcén de la carretera, indemne pero con la ropa desgarrada. Oí a su hermano emitir un grito horrorizado. Le oí soltar una sarta de palabrotas, incapaz de asimilar el alcance de la tragedia. La carretera estaba sembrada de fragmentos de cristal que relucían a la luz de los faros. Vi los ojos de Sybelle, sus ojos azul celeste. Vi cómo se cerraba su corazón.

Mi víctima había muerto. Cuando le solté cayó al suelo. Estaba tan muerto como sus padres en aquel caluroso y desierto lugar. Estaba muerto, descalabrado, y nunca más volvería a hacer daño a Sybelle, jamás volvería a tirarle de su largo pelo rubio, ni a golpearla, ni a interrumpirla mientras tocaba el piano.

La habitación estaba dulcemente silenciosa, a excepción del sonido del piano. Sybelle tocaba de nuevo el tercer movimiento, oscilando suavemente al compás del pasaje más apacibles que al comienzo, sus pasos corteses y medidos.

El chico estaba loco de alegría. Luciendo su menuda y elegante chilaba,

descalzo, su cabeza redonda cubierta de espesos rizos negros, parecía un ángel árabe que no cesaba de brincar y bailar.

—¡Está muerto, está muerto! —exclamó. Palmoteó de gozo, se frotó las manos y volvió a palmotear. Luego arrojó los brazos al aire y repitió una y otra vez—: ¡Está muerto, está muerto, está muerto, jamás volverá a hacerle daño, ni a fastidiarla, él sí que está fastidiado, está muerto y bien muerto!

Sin embargo, ella no le oyó. Siguió tocando, ejecutando unas notas lentas y graves, canturreando suavemente. Luego entreabrió los labios para entonar una canción monosilábica.

Yo estaba repleto de la sangre del individuo. Sentí cómo invadía mi cuerpo. La saboreé hasta la última gota. Después de recuperar el aliento debido al esfuerzo de haberla consumido tan rápidamente, me dirigí lenta y silenciosamente, como si Sybelle pudiera oírme enfrascada como estaba en su música, me coloqué al otro lado del piano y la observé.

Qué rostro tan menudo y tierno tenía, tan juvenil con esos ojos enormes, profundos y azul celeste. Pero tenía la cara llena de moratones y la mejilla cubierta de rasguños. La sien estaba sembrada de heridas diminutas como cabezas de alfileres, donde el individuo le había arrancado un mechón de pelo de la raíz.

A Sybelle eso no le preocupaba. Los moratones verde negruzcos de sus brazos le traían sin cuidado. Continuó tocando como si tal cosa.

Qué cuello tan delicado tenía, pese a la huella negruzca e hinchada de los dedos del individuo, y qué hombros tan airosos, pequeños y huesudos, apenas capaces de sostener las mangas del sutil vestido de algodón floreado. Las cejas rubias y bien delineadas realzaban su expresión de concentración mientras tocaba, sin ver otra cosa que la melodiosa e intensa música que interpretaba; tan sólo sus dedos largos y limpios confirmaban su titánica e indómita fuerza.

Sybelle alzó la vista hacia mí y sonrió como si hubiera visto algo que momentáneamente le había complacido; luego inclinó la cabeza una, dos, tres veces, siguiendo el acelerado compás de la música, como si asintiera.

—Sybelle —musité. Me llevé los dedos a los labios, los besé y le arrojé el beso, mientras sus dedos seguían volando sobre el teclado.

Al cabo de unos instantes su visión se nubló, echó la cabeza hacia atrás y atacó las notas con la furia y velocidad que exigía el movimiento. La sonata volvió a cobrar una vida triunfal.

De golpe algo más poderoso que la luz del sol se apoderó de mí. Era un poder tan total que me envolvió por completo y me engulló, aislándome de la habitación, del mundo, del sonido del piano, de mis sentidos.

—¡Noooo! ¡No me lleves ahora! —grité. Pero una negrura inmensa y vacía devoró el sonido.

Sentí que volaba, ingrávido, mis brazos abrasados y negros extendidos, inmerso en un infierno de insoportable dolor. «Éste no puede ser mi cuerpo», sollocé al contemplar la carne negra y coriácea adherida a mis músculos, los tendones de mis brazos, mis uñas rotas y ennegrecidas como fragmentos de cuerno quemado.

—¡No es mi cuerpo! —grité—. ¡Madre mía, ayúdame! ¡Ayúdame, Benjamin...!

Empecé a caer. Sólo un Ser podía ayudarme ahora.

—¡Dios mío, dame valor! —supliqué—. Dios mío, si ha comenzado, dame valor. No puedo renunciar a mi razón. Dime dónde estoy, Dios mío, indícame lo que ocurre, dónde está la iglesia, dónde están el pan y el vino, dónde está ella. ¡Ayúdame, Señor!

Seguí precipitándome en el vacío. Vi las torres de cristal, las rejas de las ventanas cegadas, los tejados, las afiladas torres. Caí a través del áspero viento que aullaba. Caí a través de un feroz torrente de nieve. Nada podía detener mi caída. Observé la figura inconfundible de Benjamin junto a una ventana, su manita sujeta a la cortina, sus ojos negros fijos en mí durante una fracción de segundo, su boca entreabierta, como un pequeño ángel árabe. Seguí descendiendo por el espacio. La piel de mis piernas se arrugó y encogió hasta el extremo de no poder doblarlas, tensándose en mi rostro hasta impedirme abrir la boca. En éstas, con un espantoso estallido de dolor, aterricé de golpe sobre la nieve.

Abrí los ojos, abrasados por el fuego.

El sol brillaba en lo alto.

—¡Voy a morir! —murmuré—. Voy a morir.

En este último momento en que un calor abrasador paraliza mis miembros, cuando el mundo entero ha desaparecido y no queda nada, oigo una música. ¡Oigo a Sybelle ejecutando las últimas notas de la *Appassionata*! ¡Sí, la oigo! ¡Oigo su tumultuosa canción!

OceanofPDF.com

20

No morí, ni mucho menos.

Me desperté al oírla tocar, pero ella y su piano estaban muy lejos. En las primeras horas del anochecer, cuando el dolor alcanzó su punto álgido, utilicé el sonido de su música, la búsqueda de ese sonido, para no gritar enloquecido porque nada podía aliviar aquel dolor lacerante.

Sepultado en la nieve, no podía moverme, no veía nada, salvo lo que mi mente veía si yo utilizaba ese poder, pero como deseaba morir, no lo utilicé. Me limité a escuchar a Sybelle tocando la *Appassionata*, y a veces cantaba con ella en mis sueños.

Durante la primera noche y la segunda, me entretuve escuchándola, cuando ella se sentaba a tocar el piano. Dejaba de tocar durante horas, quizá para dormir, no lo sé. Luego empezaba de nuevo y yo con ella.

La seguí a través de los tres movimientos de la sonata hasta aprendérmelos de memoria, como debía de conocerlos ella. Me percaté de las variaciones que ella introducía en su música; no había una frase musical que interpretara siempre de idéntica forma.

Oí a Benjamin llamarme, oí su voz aguda y juvenil hablando muy deprisa, al estilo neoyorquino, diciendo:

—Aún tienes un asunto pendiente con nosotros, ángel. ¿Qué vamos a hacer con él? Vuelve, ángel. Te daré cigarrillos. Tengo un montón de estupendos cigarrillos. Anda, vuelve. Era una broma, ángel. Ya sé que tú mismo puedes conseguir los cigarrillos que te apetezcan. Pero es un engorro que nos hayas dejado el cadáver. Vuelve, ángel.

Durante ciertas horas no los oí. Mi mente no tenía la fuerza de alcanzarlos por vía telepática, ver uno a través de los ojos del otro. Era imposible. Había perdido ese poder.

Yacía mudo y en silencio, tan quemado por todo lo que había visto y experimentado como por la luz solar, dolorido y vacío, con la mente y el corazón insensibles, salvo por el amor que sentía hacia Benjamin y Sybelle.

Era muy fácil, en mi profunda desesperación, amar a dos hermosos extraños, una muchacha loca y un niño revoltoso con mucha calle, de los que nadie se preocupaba. El haber matado al hermano de Sybelle no tenía ninguna historia. Lo había liquidado y ya está. El dolor de todo lo demás contenía quinientos años de historia.

Durante ciertas horas, cuando sólo me hablaba la ciudad, la inmensa, atestada, vibrante y escandalosa urbe de Nueva York, con su eterno tráfico, incluso bajo una espesa nevada, con sus infinitas capas de voces y vidas que ascendían hasta la meseta en la que yacía yo, y más allá, mucho más allá, en unas torres como el mundo jamás ha contemplado antes de esta época.

Yo me daba cuenta de esas cosas, pero no sabía cómo interpretarlas. Sabía que la nieve que me cubría era cada vez más espesa, y dura, y no comprendía cómo algo como el hielo podía alejar de mí los rayos del sol.

«Sin duda voy a morir —pensé—. Si no es mañana, al otro». Pensé en Lestat sosteniendo el velo. Pensé en el rostro del Señor. Pero había perdido la capacidad de entusiasmarme. Había perdido toda esperanza.

«Voy a morir —pensé. Cada mañana pensaba—: Voy a morir». Sin embargo, no fue así.

En la ciudad, a mis pies, oí a otros de mi especie. No me esforcé en oírlos, de modo que no percibí sus pensamientos, sino sólo sus palabras de vez en cuando. Lestat y David estaban allí, creían que yo había muerto y lloraban mi muerte. Pero Lestat tenía problemas mucho más graves porque Dora y el mundo le habían arrebatado el velo, y la ciudad estaba abarrotada de creyentes. La catedral apenas podía controlar a las multitudes.

Acudieron otros inmortales, los jóvenes, los débiles y en ocasiones, por desgracia, los más ancianos, deseosos de presenciar el milagro, colándose por las noches en la iglesia entre los fieles mortales para contemplar el velo con ojos enajenados.

A veces hablaban sobre el pobre Armand o el valeroso Armand o san Armand, quien llevado de su devoción a Cristo crucificado se había inmolado a las puertas de esta iglesia.

En ocasiones ellos hacían lo mismo, y poco antes de que saliera el sol, yo tenía que oír sus postreras y desesperadas oraciones mientras aguardaban la luz mortal. ¿Tuvieron más suerte que yo? ¿Hallaron consuelo en los brazos de Dios? ¿O gritaban de dolor, un dolor tan intenso como el que sentía yo, irremisiblemente abrasados e incapaces de salvarse, o estaban tan perdidos

como yo, unos despojos humanos tirados en un callejón o sobre un remoto tejado? No, iban y venían, sea cual fuere su suerte.

Qué pálido me parecía todo, qué lejano. Lo sentía por Lestat, el que se hubiera molestado en llorar por mí, pero yo iba a morir aquí. Tarde o temprano moriría en este lugar. Lo que había contemplado en el momento en que había ascendido hacia el sol carecía de importancia. Iba a morir, y no había vuelta de hoja.

Las voces electrónicas traspasaban la noche nevada y hablaban del milagro, de que el rostro de Cristo sobre un lienzo de hilo había curado a enfermos y había dejado su impronta sobre otros lienzos. Luego se produjo la discusión entre clérigos y los escépticos, una barahúnda tremenda.

Seguí el sentido de nada. Sufrí. Tenía todo el cuerpo abrasado. No podía abrir los ojos, y cuando lo intentaba, las pestañas me los arañaban, provocándome un dolor insoportable. Aguardaba oírla en la oscuridad.

Más pronto o más tarde, ineludiblemente, oía su magnífica música, con sus nuevas y prodigiosas variaciones. En esos momentos nada me importaba, ni el misterio de dónde me hallaba, ni lo que había visto, ni lo que Lestat y David se proponían hacer.

No fue hasta la séptima noche que recuperé por completo el sentido, y comprendí la horrorosa situación en la que me encontraba.

Lestat había desaparecido, al igual que David. Habían cerrado la iglesia. A través de los comentarios de los mortales averigüé que se habían llevado el velo.

Oía las mentes de toda la ciudad, un tumulto insoportable. Me aislé de él, temiendo al inmortal errante que trataría de localizarme en cuanto captara una chispa de mi mente telepática. No soportaba la perspectiva de que unos inmortales extraños trataran de rescatarme. No soportaba la idea de sus rostros, sus preguntas, su posible preocupación o cruel indiferencia. Me oculté de ellos, encerrado en mi carne lacerada y tensada. Sin embargo, los oí, como oí las voces mortales que los rodeaban, hablando sobre milagros, redención y el amor de Cristo.

Por lo demás, tenía suficiente en que pensar a propósito de mi actual situación y qué la había provocado.

Yo yacía sobre un tejado. Ahí es donde había aterrizado, pero no bajo el cielo raso, como pudiera haber confiado o supuesto. Por el contrario, mi cuerpo había rodado por una pendiente de plancha metálica y había

quedado alojado en un maltrecho y oxidado saliente, sepultado bajo repetidas nevadas.

¿Cómo había ido a parar ahí? Me lo imaginaba.

Voluntariamente, y tras el primer estallido de mi sangre bajo la luz del sol, había salido disparado hacia arriba, hasta alcanzar una gran altura. Durante siglos había aprendido a ascender por los aires hasta la estratosfera y moverme por ella con toda facilidad, pero nunca había forzado el límite. En mi afán de morir, había realizado un esfuerzo titánico para alcanzar el cielo. Mi caída se había producido desde una inconmensurable altura.

El tejado sobre el que yacía correspondía a un edificio vacío, abandonado, peligroso, desprovisto de calefacción y corriente eléctrica.

Del pozo metálico de la escalera y de sus desvencijadas habitaciones no emanaba el menor sonido. De vez en cuando el viento golpeaba la estructura, como si se tratara de un gigantesco órgano, y cuando Sybelle no tocaba el piano me dedicaba a escuchar esa música, cerrando los oídos a la intensa cacofonía de la ciudad que se extendía más arriba, más abajo, más allá de donde me encontraba.

De vez en cuando unos mortales se colaban en los pisos inferiores del edificio, despertando renovadas esperanzas en mí. ¿Sería uno de ellos lo bastante idiota como para subir al tejado y permitir que me arrojara sobre él y bebiera la sangre que precisaba para abandonar este saliente que me protegía y entregarme a los implacables rayos del sol? Tal como me hallaba ahora, el sol apenas podía alcanzarme. Tan sólo una luz blanca de escasa intensidad me chamuscaba a través del manto de nieve en el que estaba envuelto, y a medida que se alargaban las noches el nuevo dolor se confundía con el resto y se suavizaba.

No obstante, nadie subía nunca al tejado.

Iba a ser una muerte lenta, muy lenta. Quizá tuviera que esperar a que llegara el calor y fundiera la nieve.

Así, cada mañana, al tiempo que aguardaba impaciente la muerte, aceptaba resignado el hecho de despertarme, quizá más abrasado, pero más oculto debido a las tormentas invernales, tal como había permanecido oculto desde mi caída a los centenares de ventanas iluminadas desde las que se divisaba este tejado.

Cuando todo estaba en silencio, cuando Sybelle dormía y Benji dejaba de espiarme y dirigirse a mí desde la ventana, ocurría lo peor. Me ponía a

pensar, con frialdad e indiferencia, en las extrañas cosas que me habían ocurrido mientras me precipitaba en el vacío, porque era incapaz de pensar en nada más.

Qué real me había parecido el altar de Santa Sofía y el pan que había partido con mis manos. Había experimentado muchas cosas que ya no podía recordar ni expresar con palabras, unas cosas que no puedo articular en esta narración ni siquiera cuando trato de recordar la historia.

Real. Tangible. Había sentido el tacto del mantel del altar y había visto derramarse el vino, y unos momentos antes había visto el pájaro salir del huevo. Percibí el ruido de la cáscara al partirse. Percibí la voz de mi madre, y todo lo demás.

No obstante, mi mente rechazaba esas cosas. No las quería. Mi celo pecaba de frágil. Había desaparecido, al igual que las noches con mi maestro en Venecia, como los años en que había recorrido mundo con Louis, como los alegres meses en la Isla Nocturna, como los largos y vergonzosos siglos pasados con los Hijos de las Tinieblas, cuando yo me había comportado como un imbécil, un imbécil rematado.

Podía pensar en el velo, eso sí, y en el cielo. Podía pensar en el momento en que me hallaba frente al altar obrando el milagro con el cuerpo de Cristo en mis manos. Sí, podía pensar en ello, pero la totalidad era demasiado espantosa; yo no había muerto, no tenía a Memnoch rogándome que me convirtiera en su ayudante, ni a Cristo con los brazos extendidos, con su silueta recortada sobre la luz infinita de Dios.

Era más agradable pensar en Sybelle, recordar que su habitación decorada con suntuosas alfombras turcas de color rojo y azul e inmensos cuadros cubiertos con una leve capa de laca oscura habían sido tan reales como Santa Sofía o Kíev, pensar en su pálido rostro ovalado cuando se había vuelto para mirarme, en el súbito resplandor de sus ojos húmedos, perspicaces.

Una noche, cuando logré abrir los ojos, cuando los párpados se alzaron sobre las órbitas y pude ver a través del pastel blanco de nieve que yacía sobre mí, me percaté de que había empezado a curarme.

Traté de flexionar los brazos. Conseguí levantarlos un poco, haciendo que la envoltura de nieve se partiera con un extraordinario sonido eléctrico.

El sol no podía alcanzarme aquí, al menos no lo suficiente para neutralizar la furia sobrenatural de la sangre que contenía mi cuerpo. ¡Ah,

Dios! Quinientos años haciéndome más y más fuerte, nacido de la sangre de Marius, un monstruo desde el primer momento que ignoraba el alcance de su fuerza.

Durante unos momentos sentí una rabia y una desesperación como jamás había experimentado en mi vida. El dolor candente que devoraba mi cuerpo no podía ser peor.

Entonces Sybelle comenzó a tocar la *Appassionata*, y todo lo demás careció de importancia.

Nada volvería a ser importante hasta que su música cesara. La noche era más templada que de costumbre, pues la nieve se había derretido un poco. Daba la impresión de que no había ningún mortal por las inmediaciones. Yo sabía que se habían llevado el velo al Vaticano. ¿Qué motivo tenían ya los mortales para acudir a este lugar?

Pobre Dora. Las noticias de la noche decían que le habían arrebatado su premio. Roma deseaba examinar el velo. Las historias de Dora sobre unos extraños ángeles rubios fueron publicadas por la prensa sensacionalista, y ella ya no estaba aquí.

En un momento de insólita osadía, dejé que la música de Sybelle ablandara mi corazón, y volviendo la cabeza todo lo que pude, pese al dolor que me causaba la postura, envié mi visión telepática como si fuera una parte carnosa de mi ser, una lengua falta de vigor, para ver a través de los ojos de Benjamin la habitación donde ambos se hallaban.

A través de un maravilloso resplandor dorado, vi los muros llenos de pinturas rodeados por pesados marcos, vi a mi hermosa Sybelle, vestida con una bata blanca de gasa y calzada con unas zapatillas raídas, tocando el piano. ¡Qué música tan noble! Y a Benjamin, su pequeño defensor, con el ceño fruncido, fumándose un cigarrillo negro, con las manos en la nuca, paseándose de un lado a otro, descalzo, meneando la cabeza y mascullando:

—¡Te he dicho que volvieras, ángel!

Yo sonreí. Las arrugas en mis mejillas me dolían como si alguien las hubiera hecho con la punta de un cuchillo afilado. Cerré mi ojo telepático. Me quedé adormecido escuchando los furiosos *crescendos* del piano. Por otra parte, Benjamin había presentido algo; su mente ingenua, muy distinta de la sofisticada mentalidad occidental, había captado una chispa de mi poder telepático.

Entonces tuve otra visión, muy nítida, muy especial e insólita, la cual no

pude pasar por alto. Volví de nuevo la cabeza, haciendo que el hielo se agrietara. Mantuve los ojos bien abiertos. Más arriba vi la imagen borrosa de unas torres iluminadas.

Un inmortal en la ciudad estaba pensando en mí, alguien que se hallaba lejos, a muchas manzanas de la catedral, que estaba cerrada. Presentí de inmediato la remota presencia de dos poderosos vampiros, unos vampiros que yo conocía, los cuales se habían enterado de mi muerte y se lamentaban de ella con amargura mientras llevaban a cabo una importante tarea.

La situación entrañaba cierto riesgo. Si trataba de verlos me arriesgaba a que captaran mucho más que una chispa de mi poder telepático que Benjamin había percibido al instante. Pero, que yo supiera, en la ciudad no quedaba ningún vampiro salvo ellos, y quería averiguar por qué se movían con tanto empeño y sigilo.

Transcurrió una hora. Sybelle había dejado de tocar. Ellos, los poderosos vampiros, seguían merodeando por ahí, de modo que decidí arriesgarme.

Agucé mi vista desencarnada y no tardé en constatar que podía ver a uno a través de los ojos del otro, pero no a la inversa. El motivo era bien simple. Agucé más la vista y me percaté de que miraba a través de los ojos de Santino, el jefe de la antigua asamblea romana; el otro era Marius, mi creador, cuya mente estaba vinculada a la mía para siempre.

Ambos se movían sigilosamente por el interior de un enorme edificio público, vestidos como unos caballeros de la época con elegantes trajes color azul marino, cuellos blancos almidonados y corbatas de seda. Ambos se habían cortado el pelo en deferencia a la moda que imperaba entre los ejecutivos. Sin embargo, no merodeaban por los pasillos de una empresa, hechizando aunque de forma inofensiva a cualquier mortal que pudiera importunarlos, sino que era un centro médico. Comprendí en el acto el propósito que los había llevado allí.

Merodeaban por el laboratorio forense de la ciudad, y aunque se habían entretenido lo suyo en recoger unos documentos y guardarlos en sus pesados maletines, en estos momentos se dedicaban a retirar nerviosa y apresuradamente de las cámaras refrigeradas los restos de los vampiros quienes, siguiendo mi ejemplo, se habían entregado a merced del sol.

Por supuesto, habían decidido requisar cuantos datos poseía el mundo sobre nosotros, extrayendo de unos grandes cajones semejantes a ataúdes los restos de los vampiros, que guardaban en unas sencillas y relucientes

bolsas de plástico. Arrojaron en ellas huesos, cenizas e incluso dientes. Luego sacaron de unos archivadores unas bolsitas de plástico que contenían los restos de ropa.

Mi corazón latía aceleradamente. Me moví en mi lecho de hielo y éste crujió de nuevo. Cálmate, corazón. Veamos. Un volante de encaje, el grueso satén veneciano, un poco quemado en los bordes, y unos fragmentos de terciopelo rojo. Sí, eran mis pobres ropas las que sacaron del compartimiento debidamente etiquetado del archivador y metieron en las bolsas.

Marius se detuvo. Yo volví la cabeza y orienté mi mente hacia otro lugar. No me veas; si me ves y te presentas aquí, juro por Dios que... ¿Qué? No tengo ni fuerzas para moverme. No tengo fuerzas para escapar. ¡Ah, Sybelle!, toca para mí, te lo ruego, tengo que evadirme de esta pesadilla.

Pero luego, al recordar que era mi maestro, que sólo podía localizarme a través de la mente más débil y confusa de su compañero, Santino, noté que los latidos de mi corazón se aplacaban.

Del banco de la memoria reciente extraje la música de Sybelle y la enmarqué con números, cifras y fechas, todos los datos que había recopilado a lo largo de los siglos hasta conocerla a ella: que fue Beethoven quien escribió la dulce y magistral obra que ella interpretaba, la *Sonata número 23 en fa menor, Op. 57*. Piensa en eso, piensa en Beethoven. Imagina una noche en la fría ciudad de Viena (tuve que imaginarla pues en realidad no sabía nada de ella), piensa en Beethoven componiendo su música, anotándola con una ruidosa pluma que araña el papel, aunque probablemente él no percibe ese sonido. Y piensa con una sonrisa, sí con una dolorosa sonrisa que hace que sangre tu rostro, en que le llevaban a su casa un piano tras otro, pues tocaba con tal furia, tal afán de perfección, que rompía el teclado.

Ella, mi bonita Sybelle, era su hija solícita, golpeando con sus poderosos dedos las teclas con una fuerza que sin duda a Beethoven le habría complacido de haber podido vislumbrar en el futuro remoto, entre sus frenéticos discípulos y adoradores, a esta exquisita y perturbada joven.

Esta noche hacía menos frío. El hielo comenzaba a fundirse. Era innegable. Apreté los labios y alcé de nuevo la mano derecha. Se había producido un hueco en el que podía mover los dedos de mi mano derecha.

Pero no podía olvidarme de ellos, esa extraña pareja de vampiros, el que

me había creado y el que había tratado de destruirle, Marius y Santino. Tenía que averiguar qué hacían en estos momentos. Con cautela, envié mi débil y tentativo rayo de poder telepático, y al cabo de unos instantes los había localizado.

Se hallaban frente de un incinerador en las entrañas del edificio, arrojando a las crepitantes llamas del fuego todas las pruebas que habían logrado reunir, una bolsa tras otra de plástico.

Qué raro que no quisieran examinar ellos mismos esos fragmentos bajo el microscopio. Aunque bien pensado, ya lo habrían hecho otros. Por otra parte, ¿qué necesidad tenían de analizar los huesos y los dientes de quienes habían ardido en el infierno cuando podían cortar un fragmento de tejido de su blanca mano y examinarlo bajo el microscopio al tiempo que su mano cicatrizaba milagrosamente, tal como mis heridas estaban cicatrizando en estos instantes?

Me detuve en esa visión. Vi el borroso sótano donde se encontraban, las vigas sobre sus cabezas. Concentrando todo mi poder en esa imagen, contemplé el rostro de Santino, preocupado, afable, el ser que había destruido la única juventud que pude haber tenido. Vi a mi antiguo maestro observando las llamas casi con nostalgia.

—Hemos terminado —anunció Marius con voz suave y a la par autoritaria, expresándose en un italiano perfecto—. Ya no nos queda nada por hacer aquí.

—Destruye el Vaticano y roba el velo —repuso Santino—. ¿Qué derecho tienen ellos a reclamarlo?

Sólo percibí la reacción de Marius, su desconcierto, seguido por una sonrisa amable y cortés.

—¿Por qué? —preguntó como si no tuviera secretos para el otro—. ¿Qué importancia tiene ese velo para nosotros, amigo mío? ¿Crees que con él lograremos hacer que recupere el juicio? Discúlpame, Santino, pero eres muy joven.

¿Lograr que recupere el juicio? Sin duda se referían a Lestat. No existía otro posible significado. Forzando mi suerte, exploré la mente de Santino para averiguar todo lo que sabía. Lo que vi me horrorizó, pero no me alejé de esa imagen.

Mi Lestat, que nunca había sido de ellos, se había vuelto completamente loco a consecuencia de esta espantosa epopeya, y había sido hecho

prisionero por el más viejo de nuestra especie, quien había decretado que si Lestat no cesaba de armar jaleo, o sea, de poner en peligro nuestro secreto, sería destruido, como sólo el más anciano podía decretar, y nadie podía interceder por él.

¡No, eso es imposible! Me retorcí y gemí de rabia y desesperación. El dolor que experimenté me provocó unas descargas luminosas de color rojo, violeta y naranja. No había visto esos colores desde que me había precipitado en el vacío. Deduje que había comenzado a recuperar los sentidos, pero ¿para qué? ¡Se proponían destruir a Lestat! Lestat estaba prisionero, como yo lo había estado hacía siglos en las catacumbas de Santino, en Roma. ¡Dios, esto era peor que el fuego del sol, que ver a aquel miserable golpear el dulce rostro de mejillas regordetas de Sybelle y arrojarla al suelo! Sentí una rabia que me ahogaba.

Pero el daño, aunque insignificante, estaba hecho.

—¡Vamos, larguémonos de aquí! —exclamó Santino—. Algo va mal, lo presiento, aunque no sabría explicártelo. Tengo la sensación como si alguien estuviera cerca de nosotros y al mismo tiempo lejos, como si un ser tan poderoso como yo mismo hubiera oído mis pisadas a lo lejos.

Marius lo miró con expresión amable, intrigado, sin alarmarse.

—Esta noche Nueva York nos pertenece —respondió. Luego contempló con cierta aprensión la boca del horno por última vez—. A menos que una parte de su espíritu, tan tenaz en vida, se haya aferrado a sus volantes de encaje y a sus prendas de terciopelo.

Yo cerré los ojos. ¡Dios, deja que cierre mi mente, que la selle por completo!

Marius siguió hablando, traspasando con su voz el frágil caparazón de mi conciencia.

—Nunca he creído en esas cosas —dijo—. En cierto modo, nosotros somos como la eucaristía, ¿no crees? Somos el cuerpo y la sangre de un misterioso dios sólo en tanto en cuanto nos atengamos a la forma elegida. ¿Qué son unos mechones de pelo cobrizo y unos fragmentos de encaje chamuscado? Él ya no existe.

—No te comprendo —confesó Santino suavemente—. Si crees que nunca le amé, te equivocas.

—Vamos —dijo Marius—. Hemos concluido nuestra tarea. No queda ni rastro de ellos. Pero prométeme en tu vieja alma católica que no irás en

busca del velo. Lo han contemplado un millón de ojos, Santino, y no ha ocurrido nada de particular. El mundo sigue siendo el mundo, los niños mueren en cada cuadrante bajo el cielo, de hambre y soledad.

No podía continuar arriesgándome. Me alejé de esa imagen, escrutando la noche como un rayo luminoso, buscando algún mortal que hubiera visto salir a Marius y Santino del edificio en el que habían llevado a cabo su importante labor, pero éstos lo habían abandonado rápida y sigilosamente.

Noté que se alejaban. Sentí la repentina ausencia de su aliento, su pulso, y deduje que el viento se los había llevado.

Por fin, al cabo de una hora, dejé que mi ojo examinara las estancias que ellos habían recorrido.

Todo estaba en orden. Los pobres y confusos técnicos y guardas, a quienes los pálidos espectros de otra dimensión habían hechizado suavemente mientras cumplían su siniestra misión, se habían recobrado sin mayores problemas.

Por la mañana se darían cuenta del robo y los artículos que faltaban, y el milagro de Dora sufriría otro duro golpe que mermaría su credibilidad.

Estaba disgustado; emití unos sollozos secos y roncos, incapaz de hacer que acudieran las lágrimas.

Creo que en cierta ocasión vi en el reflejo del hielo mi mano, una garra grotesca, más parecida a un objeto desollado que quemado, tan negro y reluciente como recordaba haberlo imaginado o visto.

Entonces me asaltó un misterio. ¿Cómo pude haber asesinado al hermano de mi pobre Sybelle? Sin duda era una fantasía. ¿Cómo pude haberlo ejecutado rápida y fríamente mientras me elevaba y caía bajo el peso del sol matutino?

Si eso no había sucedido, si yo no había matado y succionado la sangre del despreciable y vengativo hermano de Sybelle, tanto ésta como mi pequeño beduino debían de ser también un sueño. ¡Dios mío! ¿Qué nuevos horrores me aguardaban?

La noche alcanzó su hora más cruel. Unos lejanos relojes situados en habitaciones con muros de yeso pintados dieron la hora. Unas ruedas circulaban sobre la nieve. Alcé de nuevo la mano, con lo que se produjo el inevitable crujido y chasquido. El hielo que me rodeaba se rompió en mil pedazos, como fragmentos de cristal.

Levanté los ojos y contemplé las refulgentes estrellas. Qué hermosas son

estas guardianas de las torres de cristal con sus cuadrados dorados de luz fijos, dispuestas en razón de su jerarquía a lo largo y ancho del vasto firmamento para puntear la etérea negrura de la noche invernal. Aquí viene el viento tirano, silbando a través de los cristalinos cañones que se extienden sobre este pequeño lecho donde yace abandonado un demonio, contemplando con la visión robada a un alma superior las brillantes luces de la ciudad que se reflejan en las nubes. ¡Ah, estrellas, cuánto os he odiado y envidiado por proseguir implacables vuestro curso en el espantoso vacío!

Sin embargo, ahora no odiaba nada. Mi dolor era una purga que me había librado de todo sentimiento indigno. Observé cómo se nublaba el cielo, convirtiéndose durante un silencio y espléndido momento en un diamante; luego la suave bruma asumió de nuevo el resplandor dorado de las farolas y envió como respuesta una ligera nevada.

Me tocó el rostro. Me tocó la mano extendida. Me tocó todo el cuerpo a medida que sus diminutos copos mágicos se derretían.

—Ahora saldrá el sol —murmuré, como si un ángel guardián me estrechara entre sus brazos—. Sus rayos me localizarán a través de este pequeño y destartalado toldo de hojalata y transportará mi alma a unos abismos de dolor aún más profundos.

En aquel momento una voz protestó. Una voz que suplicó que no ocurriera. Era la mía, por supuesto, ¿por qué no iba a engañarme? Estaba loco si creía que podía soportar las quemaduras que había sufrido y que las podía aguantar de nuevo conscientemente.

Sin embargo, no era mi voz, sino la de Benjamin, que estaba rezando. Dirigí mis ojos descarnados hacia él y le vi. Estaba arrodillado en la habitación donde ella dormía como un melocotón maduro y suculento, acostada entre las suaves y arrugadas ropas de la cama.

—¡Oh, ángel, Dybbuk! ¡Ayúdanos! Una vez viniste. Ven otra vez. Me irrita que no acudas.

¿Cuántas horas faltan para que amanezca, jovencito?, susurré en su oreja, delicada como una pequeña concha. ¡Como si yo no lo supiera!

—¡Dybbuk! —exclamó Benjamin—. ¿Eres tú quien me habla? ¡Despierta, Sybelle!

Recapacita antes de despertarla. Soy un ser horripilante que vaga por la Tierra. No soy el ser resplandeciente que viste cómo amaba a vuestro enemigo y bebía su sangre al tiempo que gozaba, contemplaba la belleza de

Sybelle y tu euforia. Soy un monstruo que he venido a cobrar la deuda que habéis contraído conmigo, un insulto a vuestros inocentes ojos. Ten por seguro, jovencito, que seré vuestro para siempre si me hacéis este favor, si venís a mí, si me socorréis, si me ayudáis, porque mi voluntad me ha abandonado, y estoy solo, y deseo recuperarme pero no puedo hacerlo yo solo, y mis años no significan ya nada, y tengo miedo.

Benjamin se levantó y miró la lejana ventana, a través de la cual yo le había visto observarme por sus ojos mortales, pero a través de la cual no podía verme ahora, tendido como estaba sobre un tejado situado más abajo del elegante apartamento que él compartía con mi ángel. Benjamin cuadró los hombros y arrugó el ceño, asumiendo una expresión seria. En aquel instante, con sus negras cejas fruncidas en un gesto de profunda concentración, era la viva imagen de un querubín que yo había visto pintado en un muro bizantino.

—¡No tienes más que decir lo que deseas, Dybbuk, e iré a reunirme contigo! —declaró Benjamin, blandiendo su puño menudo pero poderoso —. ¿Dónde estás, Dybbuk, qué temes que no podamos vencer juntos? ¡Despierta, Sybelle! ¡Nuestro divino Dybbuk ha regresado y nos necesita!

OceanofPDF.com

21

Iban a venir a buscarme. Era el edificio situado junto al suyo, un montón de ruinas. Benjamin lo conocía. A través de unos débiles murmullos telepáticos le rogué que trajera un martillo y un pico para romper el hielo que quedaba y unas grandes y mullidas mantas con las que envolverme.

Yo sabía que no pesaba nada. Girando dolorosamente los brazos, logré partir otro fragmento del hielo que me cubría. Me palpé la cabeza con una mano semejante a una garra y comprobé que me había vuelto a crecer el pelo, tan espeso y cobrizo como antes. Sostuve un mechón bajo la luz, pero mi brazo no soportó el lacerante dolor y lo dejé caer, incapaz de cerrar ni mover mis dedos deformes y resecos.

Tenía que realizar un encantamiento, al menos cuando llegaran Benjamin y Sybelle. No quería que contemplaran al ser en el que me había convertido, un monstruo negro y correoso. Ningún mortal podría resistir verme en este estado, por amables que fueran las palabras que brotaran de mis labios. Debía protegerme.

Dado que no tenía un espejo, ¿cómo sabía yo el aspecto que presentaba ni lo que debía hacer? Tenía que soñar, soñar con los viejos tiempos en Venecia cuando había podido contemplar mi belleza en el espejo del sastre y transmitir esa visión a las mentes de mis jóvenes amigos, aunque requiriera toda la fuerza que yo poseía; sí, eso era lo que debía hacer, aparte de darles algunas instrucciones.

Permanecí inmóvil, observando los suaves y cálidos copos de nieve, tan distintos de la terrible ventisca que se había producido antes. No me atrevía a utilizar mis poderes para seguir sus pasos.

En éstas oí el estruendo de un cristal al romperse y un portazo, seguido por unos pasos irregulares y apresurados por la escalera metálica, tropezando en los rellanos.

Mi corazón latía aceleradamente, y cada pequeña convulsión me producía un dolor intenso, como si mi sangre me abrasara.

De pronto la puerta de acero del terrado se abrió bruscamente y los oí correr hacia mí. Bajo la tenue y fantasmagórica luz de los rascacielos que me rodeaban, vi sus figuras menudas; ella semejante a un hada, y él un niño que no debía de tener más de doce años, apresurándose hacia mí.

¡Sybelle! Salió al terrado sin abrigo, con el pelo suelto y enmarañado, hecho una pena, y Benjamin vestido con su delgada chilaba de hilo. Pero portaban una amplia manta con que cubrirme, y yo me apresuré a invocar una visión.

Dame al niño que yo era, dame mi mejor traje de raso verde y mis volantes de encaje, dame mis medias y mis botas con cordones, y deja que mi cabello presente un aspecto limpio y lustroso.

Abrí los ojos lentamente y miré a uno y a otra, observando sus pequeños rostros pálidos y arrobados. Parecían dos vagabundos de la noche ahí plantados en la nieve que comenzaba a derretirse.

—¡Nos tenías muy preocupados, Dybbuk! —exclamó Benjamin con tono agitado—. ¡Qué hermoso eres!

—No creas en lo que ves, Benjamin —repuse—. Apresuraos, partid el hielo con vuestras herramientas y tapadme con la manta.

Fue Sybelle quien empuñó con ambas manos el martillo de hierro con un mango de madera y descargó un contundente golpe sobre el hielo, rompiendo de inmediato la suave capa superior. Benjamin comenzó a partir el hielo rápidamente, como si se hubiera convertido en una pequeña máquina, golpeando con el pico a diestro y siniestro, desmenuzándolo, haciendo que los fragmentos de hielo volaran en todas direcciones.

El viento agitó el pelo de Sybelle, que se le metía en los ojos. Tenía unos copos de nieve adheridos a los párpados.

Yo sostuve la imagen, un niño desvalido, vestido con un traje de raso, las manos suaves y sonrosadas con las palmas hacia arriba, incapaz de ayudarlos.

—No llores, Dybbuk —declaró Benjamin, agarrando un pedazo enorme de hielo con ambas manos—. Nosotros te sacaremos de aquí, no llores, ahora eres nuestro. Ya te tenemos.

Benjamin arrojó a un lado las relucientes e irregulares planchas de hielo. Él mismo parecía estar congelado, más sólido que el hielo, observándome al tiempo que sus labios dibujaban una «O» de asombro.

—¡Pero si estás cambiando de color, Dybbuk! —exclamó, alargando la

mano para tocar mi ilusorio rostro.

—No hagas eso, Benji —le reprendió Sybelle.

Era la primera vez que yo oía su voz, y observé la firme y valerosa serenidad que reflejaba su pálido semblante. El viento hacía que los ojos le lagrimearan, pero ella no perdió la compostura. Retiró uno trocitos de hielo que yo tenía pegados en el pelo.

Sentí un terrible escalofrío que apagó mi calor, sí, pero al mismo tiempo hizo que rodaran unas lágrimas por mis mejillas. ¿Eran de sangre?

—No me miréis —dije—. Benji, Sybelle, apartad la vista de mí. Dadme la manta.

Sybelle achicó los ojos y siguió observándome perpleja, desobedeciendo mis órdenes, sin pestañear, sujetando con una mano el cuello de su delgada bata de algodón para protegerse del viento, la otra suspendida sobre mi cabeza.

—¿Qué te ha ocurrido desde que acudiste a nosotros? —preguntó con tono afectuoso—. ¿Quién te ha hecho eso?

Tragué saliva e hice que retornara la visión. La invoqué con todos los poros de mi cuerpo, como si éste fuera una agencia de aliento.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Sybelle—. Te debilita y sufres mucho.

—Me curaré, tesoro —respondí—. Te lo prometo. No tendré siempre este aspecto, me recuperaré enseguida. Pero sacadme de este terrado. Sacadme de este gélido lugar y llevadme donde el sol no pueda alcanzarme. Fue el sol quien me quemó. Sólo el sol. Tendréis que transportarme en brazos. No puedo andar, ni siquiera arrastrarme. Soy una criatura nocturna. Ocultadme en la oscuridad.

—Basta, no digas más —contestó Benji.

Al abrir los ojos, contemplé una gigantesca ola de mar azul y reluciente sobre mí, como si me envolviera el cielo estival. Sentí la suave textura del terciopelo, e incluso eso me produjo dolor en mi piel abrasada, pero era un dolor soportable gracias a los tiernos cuidados de Benji y Sybelle, y por esto, por sentir sus manos solícitas, su amor, yo estaba dispuesto a soportarlo todo.

Entre ambos me levantaron del suelo y me abrigaron con la manta. Yo sabía que no pesaba, pero me disgustaba estar tan desvalido.

—¿No soy lo suficientemente ligero para que podáis transportarme en brazos? —pregunté. Incliné la cabeza inclinada hacia atrás y contemplé de

nuevo la nieve, y confié en que cuando se me aclarara la vista podría contemplar también las estrellas en lo alto, inmóviles y silenciosas más allá del resplandor de un diminuto planeta.

—No temas —musitó Sybelle, acercando los labios a la manta.

Me percaté de que de su sangre manaba un aroma intenso y espeso como la miel.

Sosteniéndome entre ambos, Benji y Sybelle atravesaron a toda prisa el terrado. Me había librado de la nieve y el hielo que laceraba mi piel, era libre, probablemente para siempre. No podía pensar en su sangre. No podía permitir que este cuerpo abrasado y hambriento se saliera con la suya. Era inconcebible.

Bajamos por la escalera metálica, doblando una y otra esquina. Los pasitos de los jóvenes resonaban sobre los escalones de acero mientras yo trataba de encajar las sacudidas que padecía mi dolorido cuerpo. Contemplé el techo de la escalera, y de pronto me abrumó el olor de la sangre de los dos jóvenes, confundiéndose una con otra, y cerré los ojos y crispé mis puños abrasados, percibiendo el crujir de mi piel correosa. Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—Descuida, no dejaremos que caigas —me susurró Sybelle al oído—. No vamos lejos. ¡Dios mío, qué aspecto tienes! ¡Estás completamente quemado por el sol!

—No le mires —terció Benji, enojado—. ¡Apresúrate! ¿Crees que un Dybbuk tan poderoso como él no sabe lo que estás pensando? Vamos, apresúrate.

Llegamos a la planta baja del edificio, a la ventana que habían roto. Sybelle me tomó en sus brazos, sosteniéndome debajo de la cabeza y de las rodillas. Oí la voz de Benji algo más alejada, pues ya no reverberaba entre los muros del edificio.

—Ya está, ya puedes entregármelo. —Qué furioso y excitado parecía Benji. Sybelle atravesó la ventana, sosteniéndome en brazos, eso sí lo noté, aunque mi astuta mente de Dybbuk estaba tan agotada que sólo reparé en el dolor y en la sangre, y de nuevo en el dolor y en la sangre, mientras ambos jóvenes echaban a correr a través de un largo y oscuro callejón desde el que yo no alcanzaba a ver el cielo.

Qué dulce era ese movimiento oscilante, como si me meciera, mis piernas abrasadas balanceándose en el aire y el suave tacto de los dedos de

Sybelle a través de la manta; todo era perversamente maravilloso. Ya no experimentaba dolor, tan sólo unas sensaciones. La manta cayó sobre mi rostro.

Benji y Sybelle avanzaron apresuradamente sobre la nieve. Benji resbaló en una ocasión y soltó un grito, pero Sybelle se apresuró a sostenerlo y el chico suspiró aliviado.

Qué laborioso era para ellos avanzar a través de la nieve transportándome en brazos. Tenían prisa por llegar a casa.

Entramos en el hotel donde ambos jóvenes vivían. Una ráfaga de aire acre y cálido se apresuró a acogernos tan pronto como se abrió la puerta y antes de cerrarse. Los ágiles pasos de Sybelle, que lucía unos bonitos zapatitos, y de Benji, que caminaba apresuradamente calzado con unas sandalias, resonaron por el pasillo

En el momento de entrar en el ascensor, Benji y Sybelle comprimieron mi cuerpo, alzando mis rodillas y el torso, lo cual me provocó un espasmo de dolor que me recorrió las piernas y la espalda. Me mordí la lengua para reprimir un grito. El dolor no me importaba. El ascensor, que olía a motores antiguos y aceite de toda la vida, inició su laborioso ascenso entre sacudidas y convulsiones.

—Ya estamos en casa, Dybbuk —murmuró Benji, derramando su cálido aliento sobre mi mejilla al tiempo que introducía la manita debajo de la manta y acariciaba mi dolorido cuero cabelludo—. Estamos a salvo, te hemos rescatado y estás con nosotros.

Percibí el clic de unas cerraduras, unos pasos sobre el suelo entarimado, el aroma de incienso y velas, un perfume intenso de mujer, de pulimento para muebles, de viejos y agrietados cuadros al óleo, la dulce y penetrante fragancia de unos lirios recién cortados.

Benji y Sybelle me tendieron suavemente sobre un mullido lecho, aflojando la manta que me envolvía para que me hundiera en la colcha de seda y terciopelo; las almohadas parecían fundirse debajo de mi cabeza.

Era el alborotado nido sobre el que yo había visto a Sybelle, con el ojo de mi mente, acostada con un camisón blanco, bañada en un dorado resplandor, profundamente dormida tras los horrores que había vivido hacía un rato.

—No me quitéis la manta —dije. Sabía que mi pequeño amigo se moría de ganas de hacerlo.

Haciendo caso omiso de mi ruego, Benji retiró la manta suavemente. Yo traté de aferrarla con mi mano inservible, para que no me descubriera el rostro, pero sólo logré flexionar mis dedos abrasados.

Benji y Sybelle permanecieron de pie junto al lecho, observándome. La luz danzaba a su alrededor, confundiéndose con el calor de la estancia, iluminando a esas dos frágiles figuras, la joven de porcelana con el rostro enjuto y una piel blanca como la nieve de la que había desaparecido todo rastro de los moratones, y el pequeño árabe, el niño beduino, pues ahora me percaté de que eso es lo que era. Ambos contemplaron sin temor a un ser que debía resultar horripilante para unos ojos humanos.

—¡Tienes la piel brillante! —comentó Benji—. ¿Te duele?

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sybelle quedamente, como si temiera herirme con el sonido de su voz. Se cubrió la boca con las manos. La luz arrancaba unos reflejos a los rebeldes mechones de pelo rubio y lacio; tenía los brazos azulados debido al frío que hacía fuera y no dejaba de tiritar. Pobre criatura, tan menuda y delicada. Tenía el camisón arrugado, un camisón de algodón blanco, bordado con flores y ribeteado con un grueso encaje, la prenda perfecta para una virgen. Sus ojos rebosaban afecto y comprensión.

—No conoces mi alma, ángel mío —dije—. Soy un ser perverso. Dios se negó a acogerme, al igual que el diablo. Me dirigí hacia el sol para entregarles mi alma. Lo hice por amor, sin temor al fuego del infierno ni al dolor. Pero esta Tierra ha sido mi purgatorio terrenal. No sé cómo acudí a vosotros la primera vez. No sé qué poder me concedió esos breves segundos para plantarme en esta habitación e interponerme entre tu persona y la muerte que estaba a punto de abatirse sobre ti.

—No, no —murmuró Sybelle con voz trémula. Sus ojos resplandecían en la penumbra de la habitación—. Él no me habría matado.

—¡Desde luego que lo habría hecho! —insistí. Benjamin pronunció las mismas palabras al unísono.

—Estaba borracho y no sabía lo que hacía —espetó Benjamin furioso—. Tenía unas manos grandes, torpes y crueles, y no le importaba hacerte daño. La última vez que te golpeó te quedaste tendida en este lecho como muerta durante dos horas. ¿Acaso crees que el Dybbuk mató a tu hermano sin motivo?

—Creo que Benji dice la verdad, bonita mía —dije. Respiraba

trabajosamente y cada palabra que articulaba me costaba un esfuerzo titánico. De repente ansié mirarme en un espejo. Me revolví en el lecho, desesperado, pero al instante me quedé rígido debido al dolor que me provocaba el menor movimiento.

Ambos jóvenes se asustaron.

—¡No te muevas, Dybbuk! —me rogó Benji—. ¡Sybelle, trae todas las bufandas de seda, rápido! Le envolveremos en ellas.

—¡No! —murmuré—. Tapadme con la colcha. Si queréis verme el rostro, dejadlo descubierto, pero cubrid el resto de mi cuerpo. O...

—¿O qué, Dybbuk?

—Alzadme para que vea qué aspecto tengo. Acercadme un espejo alargado.

Los jóvenes guardaron silencio, perplejos. La larga melena rubia de Sybelle caía lacia sobre sus generosos pechos. Benji se mordió el labio.

La habitación estaba inundada de colorido. Contemplé la seda azul que cubría el yeso de los muros, los montones de alegres almohadones bordados que me rodeaban, el fleco dorado, y más allá, las oscilantes lágrimas del candelabro, que exhibían todos los colores del arco iris. Me pareció oír el melodioso murmullo del cristal cuando las lágrimas rozaban entre sí. Tuve la impresión, en mi trastornada mente, de que jamás había contemplado semejante esplendor, que había olvidado en todos mis años de existencia lo deslumbrante y exquisito que era el universo.

Cerré los ojos, dejando que se grabara en mi corazón la imagen de la estancia. Inspiré aire, luchando contra el aroma de sangre y la dulce y pura fragancia de los lirios que me embargaba.

—¿Me dejas ver esas flores? —musité. ¿Tendría los labios chamuscados? ¿Podían Benji y Sybelle ver mis afilados incisivos, tal vez amarillentos debido al fuego? Me pareció flotar entre las sedas sobre las que yacía. Flotaba, sí, y tuve la sensación de que podía abandonarme a los sueños, pues estaba a salvo. Los lirios estaban junto a mí. Alcé la mano. Al sentir el tacto de los pétalos, unas lágrimas rodaron por mis mejillas. ¿Eran lágrimas de sangre? Rogué a Dios que no lo fueran, pero oí a Benji emitir una exclamación de estupor y a Sybelle murmurar unas palabras para tranquilizarlo.

—Yo era un chico de diecisiete años, según creo recordar, cuando ocurrió —expliqué—. Sucedió hace cientos de años. Yo era muy joven. Mi maestro

era muy cariñoso; no creía que existieran seres malvados. Creía que podíamos alimentarnos de los perversos. Si yo no hubiera estado a punto de morir, mi transformación no se habría producido tan pronto. Él deseaba que yo conociera muchas cosas, que estuviera preparado.

Abrí los ojos. Benji y Sybelle me observaban fascinados. Vieron al muchacho que había sido yo. El caso es que yo no lo había hecho adrede.

—Qué guapo eres —comentó Benji—. Y tan refinado, Dybbuk.

—Jovencito —respondí con un suspiro, sintiendo que la frágil quimera que había forjado a mi alrededor se esfumaba—, de ahora en adelante quiero que me llames por mi nombre; no me llamo Dybbuk. Supongo que sacaste ese nombre de los hebreos de Palestina.

Benji se echó a reír. No retrocedió espantado cuando yo recuperé mi forma primitiva.

—Dime cómo te llamas —dijo.

Yo le complací.

—Armand —intervino Sybelle—, ¿qué podemos hacer por ti? Si no te sirven las bufandas de seda, utilizaremos unos ungüentos, de áloe; eso aliviará tus quemaduras.

Yo emití una breve y suave carcajada, pero sin ánimo de burla.

—Mi áloe es la sangre, niña. Necesito un hombre malvado, un hombre que merezca morir. ¿Cómo puedo dar con él?

—¿Para qué necesitas su sangre? —preguntó Benji, sentándose en el lecho. Se sentó sobre mí y me escrutó como si yo fuera la criatura más fascinante que jamás hubiera visto—. ¿Sabes, Armand?, eres negro como el betún, pareces hecho de cuero negro, como esas gentes que pescan de los pantanos en Europa, todo reluciente. El mero hecho de contemplarte representa una lección en materia de músculos.

—Basta, Benji —dijo Sybelle, tratando de reprimir su tono de censura y su inquietud—. Debemos pensar en la forma de proporcionarle un hombre malvado.

—¿Lo dices en serio? —inquirió Benji, mirándola. Sybelle seguía de pie, con las manos unidas como si estuviera rezando—. Eso no es difícil. Lo difícil es deshacernos más tarde del cuerpo. —El niño se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Sabes lo que hicimos con el hermano de Sybelle?

Ella se tapó los oídos con las manos y agachó la cabeza. ¿Cuántas veces

había hecho yo ese mismo gesto cuando temía que una sarta de palabras e imágenes pudieran destruirme?

—Todo tu cuerpo reluce, Armand —comentó Benji—. Puedo conseguirte un hombre malvado en un santiamén. ¿Quieres un hombre malvado? Tracemos un plan.

El niño se inclinó sobre mí como si pretendiera escrutar mi mente. De pronto me di cuenta de que observaba mis incisivos.

—No te acerques tanto, Benji —le advertí—. Llévatelo de aquí, Sybelle.

—Pero ¿qué he hecho?

—Nada —contestó Sybelle. Luego bajó la voz y añadió con evidente nerviosismo—: Tiene hambre.

—Retira la colcha, por favor —dije—. Mírame y deja que me mire en tus ojos como si me mirara en un espejo. Quiero ver el aspecto horripilante que ofrezco.

—Hummm, creo que estás loco, Armand —respondió Benji—. O algo por el estilo.

Sybelle se inclinó y retiró con cuidado la colcha, dejando todo mi cuerpo al descubierto.

Yo penetré en su mente. Era peor de lo que había imaginado. Presentaba el reluciente y horrendo aspecto de un cadáver extraído de un pantano, tal como había dicho Benji, a lo que había que añadir una espesa mata de pelo rojizo, unos enormes ojos brillantes y castaños desprovistos de párpados y unos dientes blancos perfectamente alineados debajo y encima de unos labios arrugados como una pasa. Sobre la piel negra y correosa de mi rostro aparecían unos gruesos regueros rojos producidos por mis lágrimas de sangre.

Volví la cabeza y la sepulté en la almohada. Sybelle volvió a cubrirme.

—Esta situación no puede continuar, más por vosotros que por mí —declaré—. No se trata de transformar mi imagen a cada momento, pues cuanto más tiempo contemplarais mi verdadera fisonomía antes os acostumbraríais a ella. No, esto no puede seguir así.

—Lo que tú digas —repuso Sybelle, sentándose junto a mí—. ¿Te gusta que apoye mi mano fresca en tu frente? ¿Te gusta que te acaricie el pelo?

Achiqué el único ojo que me quedaba y la miré.

Su cuello largo y esbelto temblaba, al igual que el resto de su bello y enjuto cuerpo. Tenía los pechos voluptuosos, firmes. A sus espaldas,

iluminado por el cálido resplandor de la habitación, vi el piano. Pensé en esos dedos finos y suaves tocando las teclas. Oí en mi imaginación la melodía de la *Appassionata*.

En éstas percibí un ruido seco, un chasquido y un clic, seguido de la exquisita fragancia de un buen tabaco.

Benji comenzó a pasearse de un lado al otro de la habitación, detrás Sybelle, sosteniendo un cigarrillo negro en los labios.

—Tengo un plan —dijo, expresándose con desenvoltura pese a sostener el cigarrillo entre los labios—. Bajo a la calle. Me encuentro con un tipo malvado al cabo de dos segundos. Le cuento que estoy solo en este apartamento, en el hotel, con un tipo borracho, un baboso chiflado, que tenemos un montón de cocaína para vender y que no sé qué hacer para sacármela de encima.

Yo me eché a reír pese al dolor. El pequeño beduino se encogió de hombros y sostuvo las manos en alto, con las palmas hacia arriba, mientras seguía dando unas caladas al cigarrillo, envuelto en una nube mágica de humo.

—¿Qué te parece? Te aseguro que dará resultado. Sé juzgar el carácter de un hombre. Entonces tú, Sybelle, te apartas para que yo pueda conducir a ese tipo despreciable, ese saco de porquería que ha caído en la trampa que le he tendido, hasta la cama, y le pongo la zancadilla para que caiga sobre ella de bruces, así, y el tipo cae en tus brazos, Armand. ¿Qué te parece mi plan?

—¿Y si algo sale mal? —pregunté.

—En ese caso mi hermosa Sybelle le asesta un golpe en la cabeza con el martillo.

—Se me ocurre otra treta —dije—, aunque el plan que has ideado es increíblemente brillante. Le dices que la cocaína se oculta debajo de la colcha, en unas bolsitas de plástico dispuestas sobre la cama, y si no se traga el anzuelo y se acerca para comprobarlo, nuestra hermosa Sybelle retira la colcha y cuando ese individuo vea al monstruo que yace en este lecho, se largará de aquí sin tratar de vengarse de nadie.

—¡Sí, sí! —exclamó Sybelle, palmoteando de gozo. Sus ojos pálidos y luminosos parecían más grandes de lo habitual.

—Es perfecto —reconoció Benji.

—Pero no te lleves ni un centavo. ¡Ojalá tuviéramos un poco de ese

perverso polvo blanco para utilizar de cebo!

—Sí que tenemos —repuso Sybelle—. Tenemos un poco que estaba en los bolsillos de mi hermano. —Me miró con aire pensativo, ausente, como si repasara el plan a través de los mecanismos perfectamente engrasados de su tierna y dúctil mente—. Le quitamos todo lo que llevaba encima para que cuando hallaran su cadáver no pudieran identificarlo fácilmente. En Nueva York la policía encuentra muchos cadáveres abandonados. Aunque no puedes imaginarte lo que nos costó arrastrarlo.

—¡Sí, tenemos ese perverso polvo blanco! —exclamó Benji, abrazando a Sybelle. Luego salió apresuradamente de la habitación y regresó al cabo de un instante con una pequeña pitillera de plata extraplana.

—Déjala ahí para que pueda oler su contenido —dije, sospechando que ninguno de los dos jóvenes sabía por cierto que contenía cocaína.

Benji abrió la tapa de la pitillera de plata. En su interior, en una bolsita de plástico, doblada con increíble esmero, se hallaba el polvo que emanaba exactamente el aroma que yo pretendía que emanara. Era inútil que probara un poco con la punta de la lengua, pues el azúcar me habría parecido que tenía el mismo sabor.

—Muy bien. Pero vacía la mitad del contenido en el fregadero, para que quede sólo un poco, y deja la pitillera aquí, no sea que te topes con un imbécil dispuesto a matarte para robártelo.

Sybelle se estremeció, alarmada.

—Yo iré contigo, Benji.

—No, eso sería una temeridad —repliqué—. En caso de peligro le será más fácil escapar si va solo.

—Tienes razón —contestó Benji, dando una última calada al cigarrillo y aplastándolo en un enorme cenicero junto a la cama, en el que había otra docena de colillas esperando a su compañera—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo cuando salgo por la noche a por tabaco? ¡Nunca me haces caso!

Benji desapareció antes de que Sybelle pudiera reaccionar. Oí correr el chorro del grifo del fregadero. Benji se estaba deshaciendo de la mitad de la cocaína. Eché un vistazo alrededor de la habitación, tratando de no pensar en la suculenta sangre de mi ángel guardián.

—Algunas personas son buenas por naturaleza —comenté—, y les gusta ayudar a los demás. Tú eres una de ellas, Sybelle. No descansaré mientras

vivas. Estaré siempre junto a ti, para protegerte y devolverte el favor que me has hecho.

Ella sonrió, y yo la miré maravillado.

Su enjuto rostro, de labios bien delineados, mostraba una sonrisa radiante, como si el abandono y el dolor jamás hubieran hecho mella en él.

—¿Serás mi ángel guardián, Armand? —preguntó Sybelle.

—Siempre.

—Me marcho —terció Benji. Con un chasquido y un clic, encendió otro cigarrillo. Debía de tener unos pulmones como unos sacos de carbón—. Voy a sumergirme en la noche. Pero ¿y si ese hijo de perra está enfermo o sucio o...?

—Me da lo mismo. La sangre es sangre. Tú tráelo aquí. No trates de ponerle la zancadilla. Espera a que se acerque a la cama y cuando alargue la mano para levantar la colcha, tú, Sybelle, te apresuras a retirarla y tú, Benji, le das un empujón con todas tus fuerzas para que ese tipo tropiece con el borde de la cama, se dé un golpe en la espinilla y caiga en mis brazos. Y ya es mío.

Benji se dirigió hacia la puerta.

—Espera —murmuré.

¿Pensaba en mi afán de beber sangre? Observé el rostro silencioso y risueño de Sybelle y luego miré a Benji, echando humo como una pequeña locomotora, vestido tan sólo con la dichosa chilaba para defenderse de los rigores del invierno.

—Es preciso hacerlo —me dijo Sybelle. Luego mirando a Benji con ojos como platos y expresión preocupada—. Elige a un hombre realmente malvado, Benji. Un hombre que trate de robarte y matarte.

—Sé adónde ir —respondió Benji, esbozando una pícara sonrisa—. Vosotros jugad bien vuestras cartas cuando yo regrese. ¡Tápalo, Sybelle! No estéis pendientes del reloj. ¡No os preocupéis por mí!

El pequeño beduino salió del apartamento. La pesada puerta se cerró automáticamente detrás de él.

No tardaría en estar aquí. Una sangre espesa, roja.

No tardaría en estar aquí, una sangre caliente y deliciosa, que yo bebería del individuo hasta dejarlo seco.

Estaría aquí dentro de pocos segundos.

Cerré los ojos y, al abrirlos, dejé que la habitación asumiera su forma

habitual, con las cortinas color azul celeste en todas las ventanas, las cuales caían en unos gruesos pliegues hasta el suelo, y la alfombra decorada con una guirnalda ovalada de grandes rosas. Ella, esta joven delgada como un palo, me miraba y sonreía dulcemente, como si el crimen que esta noche iba a cometerse aquí no la afectara lo más mínimo.

Sybelle se arrodilló junto a mí, peligrosamente cerca, y me acarició de nuevo el pelo con delicadeza. Sus suaves pechos, no reprimidos en un sostén, me rozaron el brazo.

Adiviné sus pensamientos con tanta facilidad como si leyera la palma de su mano, penetrando a través de las numerosas capas de su conciencia, contemplando el oscuro y tortuoso camino que discurría a través del Valle del Jordán, y a sus padres circulando a excesiva velocidad en la oscuridad, y las cerradas curvas, y los conductores árabes que circulaban en sentido contrario a una velocidad aún mayor, hasta producirse la inevitable colisión, el tremendo encontronazo de los faros.

—Para comer el pescado del mar de Galilea —dijo Sybelle, apartando la mirada—. Fue idea mía ir allí. Me apetecía comer pescado fresco. Íbamos a permanecer un día más en Tierra Santa. Mis padres dijeron que Nazaret estaba muy lejos de Jerusalén. «Pues Jesús caminó sobre las aguas», protesté. Siempre me había parecido una historia muy extraña. ¿La conoces?

—Sí —contesté.

—Que caminaba sobre el agua, como si hubiera olvidado que los apóstoles estaban allí y que alguien podía verlo; y ellos, que estaban en la barca, dijeron: «¡Señor!», y Él se sorprendió. Un milagro muy extraño, como si todo hubiera sucedido... por casualidad. Yo quería ir allí. Me apetecía comer pescado fresco recién sacado del mar, las mismas aguas en las que habían pescado Pedro y los otros. Fue idea mía. No digo que fuera culpa mía que murieran mis padres, pero fue idea mía. Al día siguiente íbamos a regresar a casa, para mi gran noche en el Carnegie Hall. Mi compañía discográfica había decidido grabar el concierto en vivo. Yo ya había grabado un disco, que había tenido más éxito de lo previsto. Pero esa noche... esa noche nunca ocurrió. Yo iba a tocar la *Appassionata*. Era lo único que me interesaba. Me encantan las otras sonatas, el *Claro de Luna*, la *Patética*, pero mi preferida es la *Appassionata*. Mi padre y mi madre se sentían muy orgullosos. Pero mi hermano era el que discutía con todos, el

que se ocupaba de que yo llegara puntualmente a los sitios, de la sala de conciertos, del espacio, de que me dieran un buen piano, de los maestros que quería que me dieran clase. Él era el que bregaba con todos, no tenía vida propia, y todos vimos cómo iba a acabar. Hablábamos de ello por las noches, a la hora de cenar, le decíamos que tenía que labrarse su propia vida, que no convenía que trabajara para mí, pero mi hermano decía que yo iba a necesitarle durante muchos años, que no imaginaba lo mucho que iba a necesitarle. Él se ocupaba de las grabaciones, de las actuaciones, del repertorio y de mis honorarios. Decía que no podíamos fiarnos de los agentes. Según decía, yo no podía imaginarme lo alto que llegaría en mi carrera.

Sybelle se detuvo, ladeando la cabeza, mostrando una expresión seria pero natural.

—No fue una decisión que tomé, ¿comprendes? —dijo—. No quería hacer nada. Ellos habían muerto. Me negué a salir. No quería atender el teléfono. No quería tocar otra pieza. No quería escuchar a mi hermano. No quería hacer planes. No quería comer. No quería cambiarme de ropa. Sólo quería tocar continuamente la *Appassionata*.

—Comprendo —repuse suavemente.

—Mi hermano trajo a Benji para que se ocupara de mí. Me pregunto de dónde lo sacó. Creo que lo compró, ¿sabes?, que compró a Benji con dinero contante y sonante...

—Lo sé.

—Creo que eso es lo que sucedió. Mi hermano decía que no podía dejarme sola, ni siquiera en el Rey David, el hotel donde...

—Sí.

—... porque decía que me plantaba delante de la ventana desnuda, o que no dejaba entrar a la sirvienta en la habitación, y que me ponía a tocar el piano a las tantas de la noche y no le dejaba dormir. Así pues, consiguió a Benji. Quiero mucho a Benji.

—Lo sé.

—Siempre hago lo que dice Benji. Mi hermano nunca se atrevió a ponerle la mano encima. Fue hace poco cuando empezó a hacerme daño. Antes se limitaba a darme algún que otro bofetón, o una patada, o me tiraba del pelo. Me agarraba del pelo con una mano y me arrojaba al suelo. Lo hacía a menudo. Pero no se atrevía a pegar a Benji. Sabía que si le pegaba

yo me habría puesto a gritar como una loca. A veces, cuando Benji trataba de impedir que me maltratara... Pero de eso no estoy segura porque estaba aturdida. La cabeza me dolía.

—Lo comprendo —dije yo. Por supuesto, él había pegado a Benji.

Sybelle se quedó pensativa, en silencio, con los ojos como platos y relucientes, pero no llenos de lágrimas ni a punto de llorar.

—Tú y yo nos parecemos —murmuró, observándome. Su mano reposaba junto a mi mejilla y oprimió ligeramente la yema del dedo índice sobre mi rostro.

—¿Que nos parecemos? —pregunté—. ¿Te has vuelto loca?

—Somos unos monstruos —contestó Sybelle—. Unas criaturas extrañas.

Yo sonreí. Pero ella no sonrió, sino que asumió una expresión soñadora.

—Me alegré mucho cuando viniste —confesó—. Yo sabía que él estaba muerto. Lo comprendí cuando te situaste al otro lado del piano y me miraste. Lo comprendí cuando te quedaste allí escuchándome. Me alegré de que existiera alguien capaz de matarlo.

—Hazlo por mí —afirmé.

—¿Qué? —preguntó Sybelle—. Yo haría cualquier cosa por ti, Armand.

—Siéntate al piano y tócala para mí. Toca la *Appassionata*.

—Pero el plan... —replicó ella en voz baja, perpleja—. Ese tipo malvado que va a venir...

—Deja que Benji y yo nos ocupemos de esto. No te vuelvas. Limítate a seguir tocando la *Appassionata*.

—Te lo ruego —insistió Sybelle suavemente.

—¿Pero por qué? —pregunté—. ¿Qué ganas de pasar un mal rato?

—No lo entiendes —repuso ella, mirándome con sus enormes ojos—. ¡Quiero contemplarlo!

OceanofPDF.com

22

Benji acababa de entrar en el portal. El sonido distante de su voz, inaudible para Sybelle, eliminó al instante el dolor de todas las superficies de mi cuerpo.

—Como te comentaba —dijo Benji—, está debajo del cadáver, y no queremos levantarlo, me refiero al cadáver, y como tú eres policía, del departamento de narcóticos, nos dijeron que te ocuparías del asunto...

Yo me eché a reír. El chico se había esmerado. Miré de nuevo a Sybelle, que me observaba con expresión decidida, una expresión de profunda inteligencia y reflexión.

—Tápame el rostro con la colcha —ordené—, y aléjate de la cama. Benji nos ha traído a un auténtico príncipe de bribones. Apresúrate.

Sybelle obedeció. Yo olía ya la sangre de la víctima, aunque aún estaba subiendo en el ascensor, charlando con Benji en voz baja.

—De modo que esa chica y tú tenéis ese material en el apartamento como quien dice por casualidad, ¿eh? ¿Seguro que no hay nadie más metido en el asunto?

¡Ah, qué ejemplar! Detecté al asesino en su voz.

—Te lo he contado todo —respondió Benji con toda naturalidad—. Ayúdanos a salirnos de este apuro, no quiero que la policía venga aquí —murmuró—. Éste es un hotel decente. ¿Cómo iba yo a figurarme que ese tipo iba a palmarla aquí? Nosotros no utilizamos ese material, sólo te pido que te lleves el cadáver de aquí. Te advierto que...

El ascensor se abrió al llegar a nuestra planta.

—... el cadáver está bastante maltrecho, no vaya a ser que te pongas a vomitar encima de mí cuando lo veas.

—¡Cómo voy a vomitarte encima! —farfulló la víctima entre dientes. Oí sus apresuradas pisadas sobre la alfombra.

Benji se entretuvo un rato buscando la llave, fingiendo que no la encontraba.

—Sybelle —dijo para advertirnos de su llegada—. Abre la puerta, Sybelle.

—No lo hagas —le advertí en voz baja.

—Por supuesto que no —repuso ella con voz melosa.

Los mecanismos de la recia cerradura cedieron.

—Conque resulta que ese tipo la palma aquí y os deja ese material...

—No exactamente —contestó Benji—, pero hemos hecho un trato y espero que lo cumplas.

—Oye, mira, pedazo de mierda, yo no he hecho ningún trato contigo.

—De acuerdo, llamaré a la policía. Te conozco. Toda la gente del bar te conoce, sabe quién eres. Te pasas el día allí. ¿Qué piensas hacer, listillo? ¿Matarme?

La puerta se cerró tras ellos. El olor de la sangre del individuo inundó el apartamento. Estaba repleto de brandy y el veneno de la cocaína circulaba también por sus venas, pero nada de eso impediría que yo saciara mi sed purificadora. Apenas pude contenerme. Sentí que mis miembros se tensaban debajo de la colcha y traté de flexionarlos.

—¡Vaya con la princesita! —comentó el tipo, deduzco que al ver a Sybelle. Ésta no respondió.

—Déjala en paz. Mira debajo de la colcha. Acércate, Sybelle. Vamos, haz lo que te digo.

—¿Ahí debajo? ¿Pretendes decirme que el cadáver está ahí debajo, y que la cocaína está debajo del cadáver?

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —preguntó Benji, sin duda encogiéndose de hombros, un gesto característico de él—. ¿Qué es lo que no comprendes? ¿Quieres la cocaína sí o no? Yo te la regalo. Te harás muy popular en tu bar favorito. Vamos, Sybelle, ese tipo dice primero que va a ayudarnos, luego se niega, nos da largas, total, el típico funcionario cabrón...

—¿A quién llamas tú cabrón, chaval? —preguntó el hombre con fingida afabilidad. El aroma del brandy se hacía más intenso—. ¡Menudo vocabulario para un chico tan joven! ¿Qué edad tienes? ¿Cómo demonios entraste en el país? ¿Vas siempre vestido con ese camisón?

—Sí, hombre, como Lawrence de Arabia —replicó Benji—. Ven aquí, Sybelle.

Yo no quería que Sybelle se acerca. Quería que se mantuviera lo más

alejada posible de ellos. Sybelle no se movió, de lo cual me alegré.

—Me gusta la ropa que llevo —dijo Benji. Percibí una dulce vaharada de tabaco negro—. ¿Qué quieres, que me vista con vaqueros como todos los chicos americanos? Mi gente se viste así desde que Mahoma fue al desierto.

—No hay nada como el progreso —comentó el hombre, emitiendo una carcajada grave y ronca.

El hombre se acercó a la cama con paso rápido. El olor de la sangre era tan intenso que todos los poros de mi piel abrasada se abrieron para recibirla.

Utilicé una ínfima parte de mi fuerza para formar una imagen telepática de él a través de los ojos de Sybelle y Benji: era un individuo alto, con los ojos castaños, de piel blanca y un tanto cetrina, las mejillas enjutas, pelo castaño y ralo, vestido con un traje italiano confeccionado a medida de lustrosa seda negra, una camisa blanca y unos gemelos de brillantes. Estaba nervioso, no dejaba de flexionar los dedos de las manos, no podía estarse quieto, en su mente bullía una serie de confusas sensaciones, una mezcla de sentido del humor, cinismo y peligrosa curiosidad. Sus ojos revelaban codicia y afición a la juerga. Todo ello estaba aderezado por una marcada crueldad y una vena de locura provocada por su afición a la cocaína. Lucía sus asesinatos con el orgullo con que lucía su elegante traje y las lustrosas botas marrones que calzaba.

Sybelle se acercó a la cama; el aroma dulce y penetrante de su carne pura se confundía con el olor más intenso que emanaba el individuo. Sin embargo, era su sangre lo que yo ansiaba, una sangre que hizo que mi reseca boca se hiciera agua. Apenas pude contener un suspiro de gozo bajo la colcha. Mis rígidos y doloridos miembros estaban a punto de ponerse a bailar de alegría.

El rufián estaba examinando la habitación, mirando a diestro y siniestro a través de las puertas abiertas, aguzando el oído para percibir otras voces, pensando en si convenía registrar este espacioso apartamento de hotel, atestado de objetos y cachivaches, antes de pasar al asunto que lo había traído aquí. No paraba de mover los dedos. En un rápido y silencioso flas, capté por vía telepática que había esnifado la cocaína que había adquirido Benji, y que deseaba más.

—Eres una señorita muy guapa —comentó a Sybelle.

—¿Quiere que levante la colcha? —preguntó ella.

Percibí el olor del pequeño revólver que el tipo llevaba oculto en su bota negra de cuero, y la otra pistola, que llevaba en un estuche en el sobaco, emanaba unos olores metálicos claramente distintos. También noté que llevaba dinero, el inconfundible olor rancio del papel moneda.

—Vamos, tío, ¿no te atreves a levantar la colcha? —preguntó Benji—. ¿Quieres que lo haga yo? No tienes más que decírmelo. ¡Te aseguro que vas a llevarte una buena sorpresa!

—Ahí debajo no hay nadie —dijo el otro con tono despectivo—. ¿Por qué no nos sentamos y charlamos un rato? Vosotros no vivís aquí, a que no. Creo que vuestros hijos necesitan unos consejos paternales.

—El cadáver está quemado —comentó Benji—. No vayas a desmayarte.

—¿Quemado? —preguntó el hombre.

Sybelle extendió súbitamente su mano fina y larga y retiró la colcha. Sentí sobre mi piel una ráfaga de aire fresco. Contemplé al hombre, que retrocedió apresuradamente.

—¡Dios! —exclamó el hombre con voz ronca y entrecortada.

Mi cuerpo dio un salto atraído por aquella suculenta fuente de sangre como una grotesca marioneta suspendida de un sinfín de hilos que se movían rápidamente. Me arrojé sobre él, le clavé mis chamuscadas uñas en el cuello, le rodeé con el otro brazo en un íntimo y doloroso abrazo, lamiendo la sangre que manaba de los rasguños que le había causado al lanzarme sobre él, y, haciendo caso omiso del lacerante dolor que reflejaba mi rostro, abrí la boca y le clavé los colmillos.

Lo tenía en mi poder. Ni su estatura, ni su fuerza, ni su poderoso torso, ni sus enormes manazas tratando de lastimar mi carne le sirvieron de nada. Lo tenía en mi poder. Bebí un largo trago de sangre y creí que iba a desvanecerme, pero mi cuerpo no estaba dispuesto a consentirlo. Mi cuerpo estaba adherido al suyo como un animal dotado de voraces tentáculos.

De inmediato, sus desquiciados y luminosos pensamientos me mostraron un torbellino de rutilantes imágenes neoyorquinas, unas imágenes de indiscriminada crueldad y grotesco horror, de exacerbada energía provocada por drogas y siniestra hilaridad. Dejé que esas imágenes me inundaran. No podía acabar con él rápidamente. Necesitaba ingerir hasta la última gota de su sangre, y para eso era preciso que su corazón siguiera latiendo, que no se detuviera.

No recordaba haber saboreado jamás una sangre tan potente, tan dulce y

salada al mismo tiempo; por más que rebuscara en mi memoria no recordaba haber experimentado nunca una sensación tan deliciosa, el éxtasis de saciar mi sed, de aplacar mi hambre, de hacer que mi soledad se disolviera en este cálido e íntimo abrazo, en el que el sonido de mi trabajosa respiración me habría horrorizado de haber reparado en ello.

Mientras gozaba de mi festín, emitía unos ruidos espantosos, obscenos. Mis dedos masajeaban sus gruesos músculos, mi nariz estaba pegada a su cuidada piel, lavada con un jabón perfumado.

—Hummm, te amo, no te haría daño por nada en el mundo... ¿Lo sientes? Qué sensación tan dulce, ¿verdad? —murmuré sobre el lago de su magnífica sangre—. Hummm, sí, qué dulce es, mejor que el brandy más caro, hummm...

El individuo, conmocionado, estupefacto, capituló, rindiéndose al delirio que yo alimentaba con cada palabra que pronunciaba. Le desgarré el cuello con los dientes, ensanchando la herida, rompiendo la arteria por completo. La sangre brotaba a borbotones.

Sentí un exquisito escalofrío que me recorría la espalda; se deslizó por la parte posterior de mis brazos, mis nalgas y mis piernas. Era una mezcla de dolor y placer mientras la sangre caliente y vigorosa penetraba en las microfibras de mi maltrecha carne, revitalizando los músculos debajo de la abrasada piel, filtrándose hasta el mismo tuétano de los huesos. Necesitaba más.

—Mantente vivo, no mueras, no quiero que te mueras —susurré, frotando mis dedos sobre su cuero cabelludo, sintiendo por fin que eran unos dedos humanos, no los dedos pterodáctilos que eran hacía unos momentos. Estaban calientes. Sentí de nuevo el fuego, el fuego abrasador en mis chamuscados miembros; esta vez tenía que producirse la muerte, no podía resistirlo más, había alcanzado una cima y ahora me invadía un dolor sordo, intenso, reconfortante.

Con los carrillos inflados y sonrojados, seguí devorando el precioso líquido que se deslizaba por mi garganta sin la menor dificultad.

—Sí, mantente vivo, eres tan fuerte, tan maravillosamente fuerte —murmuré—. Hummm, no, no te vayas... todavía no, aún no ha llegado el momento.

Las rodillas del individuo se doblaron y cayó lentamente sobre la alfombra, y yo con él, arrastrándole suavemente hacia el borde de la cama,

y dejando luego que cayera junto a mí, de forma que yacíamos abrazados como amantes. Su cuerpo contenía más sangre, mucha más de la que yo podía haber ingerido en circunstancias normales, más de lo que podía haber deseado.

Incluso en las raras ocasiones en que, siendo yo un vampiro neófito y codicioso, en que me había apoderado de dos o tres víctimas cada noche, nunca había bebido tanta sangre de ninguna de ellas. Apuré los oscuros y deliciosos posos, succionando los mismos vasos sanguíneos en unos dulces coágulos que se disolvieron sobre mi lengua.

—Eres increíble, increíble.

Sin embargo, su corazón no resistió más. Latía a un ritmo pausado e inevitablemente mortal. Mordí la piel de su rostro y la desgarré sobre la frente, succionando la suculenta masa de vasos sanguíneos que cubrían su cráneo. Había tanta sangre detrás de los tejidos del rostro... Succioné las fibras y tras chupar todo su contenido las escupí, viendo cómo caían al suelo cual un montón de despojos.

Deseaba devorar su corazón y su cerebro. Había visto hacerlo a los vampiros ancianos. En cierta ocasión había visto a la Pandora romana devorar incluso el corazón de una víctima.

Decidí hacer lo mismo. Asombrado de ver mi mano completamente formada aunque de un color marrón oscuro, puse los dedos rígidos hasta convertir mi mano en una espada mortal y se la clavé en el pecho, desgarrando la piel y partiendo las costillas, traspasando los suaves tejidos hasta apoderarme del corazón, tal como había visto hacer a Pandora, y bebí de él. ¡Ah, estaba rebosante de sangre! Esto era magnífico. Lo chupé hasta dejarlo seco y luego lo arrojé al suelo.

Permanecí tendido e inmóvil junto a él, con la mano derecha apoyada en su nuca, la cabeza inclinada sobre su pecho, respirando de forma entrecortada, como si suspirara. La sangre bailaba en mi interior. Mis brazos y piernas se movían espasmódicamente. Todo mi cuerpo estaba sacudido por unas convulsiones que me nublaban la vista: la imagen de los restos exangües de mi víctima aparecía ante mí de forma intermitente, al igual que la habitación.

—Qué hermano tan dulce —murmuré—. Querido y dulce hermano. —Me tumbé boca arriba. Percibí el rugido de su sangre en mis oídos, noté cómo se deslizaba por mi cuero cabelludo, produciéndome un cosquilleo en

las mejillas y en las palmas de las manos. Ah, era una sangre espléndida, suculenta como pocas...

—Conque un tipo malvado, ¿eh? —oí decir a Benji a lo lejos, en el mundo de los vivos.

A lo lejos, en una dimensión donde la gente tocaba el piano y los niños bailaban, vi a Sybelle y a Benji, de pie, como dos figuritas recortables iluminadas por la oscilante luz de la habitación, observándome fijamente; él, el pequeño bribón del desierto con su elegante cigarrillo negro, fumando y relamiéndose los labios con las cejas arqueadas, y ella parecía flotar, mostrando una expresión tan enérgica y decidida como antes, impasible, como si lo que acababa de presenciar no la hubiera impresionado lo más mínimo.

Me incorporé de rodillas y, sujetándome en el borde de la cama, me puse de pie y me planté ante ella desnudo.

Ella me miró y sonrió; sus ojos emitían una intensa luz grisácea.

—Magnífico —musitó.

—¿Magnífico? —pregunté. Alcé las manos y me aparté el pelo de la cara —. Mostradme un espejo. Apresuraos. Tengo sed. Vuelvo a tener sed.

Mi transformación había comenzado; esto iba en serio. Contemplé estupefacto mi imagen en el espejo. Yo había visto a muchos vampiros destruidos, pero cada cual se destruye de una determinada manera, y yo, por unos motivos alquímicos que no alcanzaba a comprender, me había convertido en un ser de color marrón oscuro, el mismo color del chocolate, con unos ojos extraordinarios como ópalos blancos dotados de unas pupilas castaño rojizas. Tenía las tetillas negras como pasas, las mejillas enjutas, las costillas perfectamente definidas debajo de mi reluciente piel, y las venas, unas poderosas venas llenas de vida, destacaban en mis brazos y mis pantorrillas. Mi cabello, por supuesto, nunca había presentado un aspecto tan lustroso, abundante, juvenil y natural.

Abrí la boca. Sentía una sed tremenda. Toda mi carne revitalizada cantaba de sed o me maldecía por ella. Era como si un millar de células aplastadas y mudas cantaran pidiendo sangre.

—Necesito más. La necesito. No os acerquéis a mí. —Pasé apresuradamente junto a Benji, que estaba tan excitado que casi se puso a dar brincos.

—¿Qué quieres? ¿Qué puedo hacer? Iré a buscarte a otro.

—No, iré yo mismo.

Me incliné sobre la víctima y le aflojé la corbata de seda. Luego le desabroché apresuradamente los botones de la camisa.

Benji comenzó de inmediato a desabrocharle el cinturón. Sybelle, de rodillas junto a él, le quitó las botas.

—Cuidado con la pistola —dije preocupado—. Aléjate de él, Sybelle.

—Ya me he fijado en la pistola —replicó ella en tono de reproche. La depositó en el suelo, con cuidado, como si se tratara de un pescado recién capturado que temiera que se le escapara. Luego despojó a la víctima de los calcetines—. Estas ropas te irán grandes, Armand.

—¿Puedes prestarme unos zapatos, Benji? Tengo los pies pequeños.

Me levanté y me puse rápidamente la camisa de la víctima, abrochando los botones con una velocidad pasmosa.

—No os quedéis ahí mirándome como pasmarotes; traedme unos zapatos —dije. Me enfundé el pantalón, subí la cremallera de la bragueta, y con ayuda de las ágiles manos de Sybelle, me abroché el cinturón de cuero, apretándomelo todo lo que pude. Ya estaba vestido.

Sybelle se arrodilló frente a mí, rodeada por el inmenso círculo floreado que formaba su vestido en el suelo, y enrolló los bordes del pantalón sobre mis pies tostados y desnudos.

Yo introduje las manos a través de los puños adornados con los costosos gemelos de brillantes sin necesidad de desabrocharlos.

Benji dejó caer frente a mí unos elegantes zapatos negros, unos mocasines de Bally que ese divino golfillo ni siquiera había estrenado. Sybelle tomó un calcetín para colocármelo en el pie. Benji tomó el otro.

Me puse la chaqueta y estaba listo para salir. El dulce cosquilleo que sentía en las venas había cesado. Sentí de nuevo dolor, un dolor acuciante, como si me atravesara todo el cuerpo un hilo de fuego, y la bruja que sostenía la aguja tirara cada vez más fuerte del hilo para hacerme temblar.

—Una toalla, tesoros, una toalla vieja, vulgar y corriente. No, dejadlo estar, no a estas alturas del siglo, olvidaos.

Contemplé con desprecio la carne cerúlea del cadáver. Éste yacía con los ojos fijos en el techo; los pelitos negros de las fosas nasales destacaban contra la piel exangüe, sus dientes amarillos asomaban entre sus pálidos labios. El vello de su pecho era un amasijo empapado del sudor de su muerte, y junto a la enorme y profunda herida yacía el despojo de su

corazón, estrujado hasta extraerle la última gota de sangre. Ah, ésa era la perversa prueba que yo debía ocultar a los ojos de todo el mundo por un problema de principio.

Tomé los restos de su corazón y los introduje de nuevo en la cavidad del pecho. Luego escupí sobre la herida y la froté con los dedos.

—¡Fíjate, Sybelle, la herida está cicatrizando! —exclamo Benji atónito.

—Sólo un poco —contesté—. Está demasiado frío, demasiado vacío.

Miré a mi alrededor. Vi la billetera del individuo, papeles, una bolsa de cuero, un montón de billetes verdes sujetos con una elegante pinza de plata. Lo recogí todo. Me metí el dinero en un bolsillo y lo demás en el otro. ¿Qué otras pertenencias tenía? Cigarrillos, una peligrosa navaja automática y las pistolas, sí, las pistolas. Guardé esos objetos en los bolsillos de mi chaqueta.

Tragándome las náuseas, me agaché y tomé en brazos a aquel repugnante individuo blanco y flácido, luciendo sus ridículos calzoncillos de seda y su costoso reloj de oro. Estaba recobrando mis viejas fuerzas, de eso no cabía duda. El hombre pesaba, pero podía haberlo transportado fácilmente sobre los hombros.

—¿Qué vas a hacer? ¿Dónde irás? —preguntó Sybelle—. No puedes abandonarnos, Armand.

—¡Debes regresar! —apostilló Benji—. Dame ese reloj, no tires el reloj de ese hombre.

—Calla, Benji —murmuró Sybelle—. Sabes perfectamente que te he comprado unos relojes estupendos. No lo toques, Armand. ¿Qué podemos hacer para ayudarte? —preguntó aproximándose a mí—. ¡Mira! —exclamó, señalando el brazo del cadáver que colgaba justo debajo de mi codo derecho—. Se ha hecho la manicura. No deja de ser chocante.

—Oh, sí, ese tipo se cuidaba mucho —repuso Benji—. Ese reloj vale cinco mil dólares.

—Olvídate del reloj —replicó Sybelle—. No queremos nada suyo. —Luego volvió a mirarme y añadió—: Sigues cambiando, Armand. Tienes la cara más llena.

—Sí, y me duele —contesté yo—. Esperadme. Preparadme una habitación oscura. Volveré en cuanto me haya alimentado. Debo ir a alimentarme, a beber más y más sangre para que se curen las heridas que me quedan. Abridme la puerta.

—Miraré a ver si hay alguien —dijo Benji, dirigiéndose rápida y

solícitamente hacia la puerta.

Salí al pasillo, transportando en brazos al desdichado cadáver; sus brazos inertes se balanceaban y me golpeaban suavemente.

Vaya pinta tenía yo con aquella ropa que me sobraba por todas partes. Parecía un escolar chiflado aficionado a la poesía que se dedica a recorrer los mercadillos de ropa de segunda mano en busca de alguna ganga y me había calzado mis mejores zapatos para ver si pescaba alguna prenda de un artista del rock.

—Aquí no hay nadie, mi joven amigo —dije—. Son las tres de la mañana y los clientes del hotel duermen. Y si la memoria no me falla, ésa debe de ser la puerta de incendios, la que está situada al final del pasillo, ¿no es así?

—¡Qué listo eres, Armand! ¡Me encantas! —exclamó Benji achicando sus ojos negros. Se puso a brincar en silencio sobre la moqueta del pasillo —. ¡Dame el reloj! —murmuró.

—No —contesté—. Sybelle tiene razón. Es rica, y yo soy rico, al igual que tú. No te comportes como un pordiosero.

—Te esperaremos, Armand —dijo Sybelle desde la puerta—. Entra ahora mismo, Benji.

—¡Mírala, ya se ha despertado! ¡No para de hablar! «Benji, entra ahora mismo», dice. ¿No tienes nada mejor que hacer que meterte conmigo, guapa, como por ejemplo tocar el piano?

Sybelle no pudo reprimir una breve carcajada. Yo sonreí. ¡Qué extraña pareja formaban esos dos! No creían ni lo que veían, pero eso era muy típico en este siglo. Me pregunté cuándo empezarían a ver, y después de haber visto lo que hay, cuándo se pondrían a gritar.

—Adiós, queridos míos —me despedí—. Estad preparados para cuando regrese.

—Volverás, ¿no es cierto Armand? —preguntó Sybelle. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo has prometido.

Me quedé perplejo.

—Pero Sybelle —repuse—. ¿Qué es lo que las mujeres desean oír a otras horas y esperan lo que haga falta hasta oírlo? Te amo.

Los dejé y eché a correr escaleras abajo, trasladando el cadáver al otro hombro cuando su peso me dolía. El dolor iba y venía. Al salir el aire frío me abrasó la piel.

—Tengo hambre —murmuré. ¿Qué iba a hacer con él? Estaba demasiado

desnudo para transportarlo por la Quinta Avenida.

Le quité el reloj porque era la única seña de identificación que llevaba, y casi vomitando de asco debido a la proximidad de sus fétidos restos, le arrastré por una mano a toda velocidad por un callejón desierto, a través de una callejuela y anduve por otra acera.

Caminé desafiando el viento gélido, sin detenerme a observar a las borrosas figuras que caminaban torpemente a través de la húmeda oscuridad, ni fijarme en un automóvil que avanzaba lentamente sobre el mojado y reluciente asfalto.

En pocos segundos recorrí dos manzanas, y al hallar un oportuno callejón, provisto de una elevada verja para impedir la entrada de los pordioseros por la noche, me encaramé rápidamente a los barrotes y arrojé los restos de mi víctima al otro extremo del callejón. Su cadáver aterrizó sobre la nieve que comenzaba a fundirse. Por fin me había deshecho de él.

Ahora tenía que ir en busca de sangre. No tenía tiempo para el viejo juego de atraer a quienes deseaba que murieran, a esos que anhelaban mi abrazo, a esos que estaban enamorados del remoto paraje de la muerte del que no sabían nada.

Avancé apresuradamente, trastabillando, vestido como un payaso, con una chaqueta de seda que me venía dos tallas grande, un pantalón con los bajos enrollados, la larga melena ocultando mi rostro, como un pobre chico ofuscado, perfecto para tu navaja, tu pistola, tu puño.

No me llevó mucho tiempo dar con una víctima. La primera fue un borracho, un desgraciado con el que me topé y que me asedió a preguntas antes de sacar la centelleante navaja y tratar de clavármela. Yo le acorralé contra la esquina de un edificio y le chupé la sangre como un glotón.

El siguiente fue un joven desesperado, cubierto de llagas supurantes, que había matado en dos ocasiones para conseguir la heroína que necesitaba tanto como necesitaba yo la sangre maldita que circulaba por sus venas. Esta vez bebí más pausadamente.

Las peores cicatrices de mi cuerpo, las más rebeldes, se rindieron no sin resistencia, produciéndome dolor, escozor, disolviéndose lentamente. Pero la sed, la sed no me dejaba vivir. Mis entrañas se retorcían como si se devoraran. Sentía un dolor lacerante en los ojos.

La ciudad fría y húmeda, llena de ruidos persistentes y huecos, adquirió una mayor nitidez. Oí voces a muchas manzanas de distancia, y unos

pequeños altavoces electrónicos situados en rascacielos. Vi más allá de las nubes las auténticas e incontables estrellas. Me había recuperado casi por completo.

«¿Con quién nos toparemos ahora?», me pregunté en aquella hora desierta y desolada anterior al amanecer, cuando la nieve se funde en el aire templado, y las luces de neón se han apagado, y los periódicos mojados vuelan por el aire como hojas a través de un bosque desnudo y helado.

Saqué del bolsillo los preciosos objetos que habían pertenecido a mi primera víctima y los arrojé en diversos contenedores de basura.

Un último asesino, te lo ruego, providencia, concédemelo, cuando aún estoy a tiempo; éste no tardó en aparecer: un imbécil que se apeó de un vehículo mientras el conductor aguardaba con el motor en marcha.

—¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Qué ha ocurrido? —me preguntó el conductor.

—Nada —respondí, dejando caer a su amigo al suelo. Me acerqué a la ventanilla y miré al conductor. Era tan cruel y estúpido como su compañero. Levantó la mano para protegerse, pero estaba impotente y era demasiado tarde. Le tumbé sobre el asiento de cuero y bebí su sangre por puro placer, un placer exquisito e increíble.

Eché a caminar lentamente a través de la noche, con los brazos extendidos, los ojos alzados al cielo.

De las rejillas negras diseminadas sobre el resplandeciente asfalto brotaba el vapor puro y blanco de locales subterráneos bien caldeados. Las relucientes bolsas de basura componían un fantástico y moderno espectáculo en las esquinas de las aceras de color gris pizarroso.

Unos jóvenes arbolitos, cubiertos con hojas perennes semejantes a breves trazos de pluma de un color verde intenso, doblaban sus frágiles troncos bajo el viento que gemía. Los elevados portales de cristal de edificios con fachada de granito contenían el radiante esplendor de unos vestíbulos suntuosos. Los escaparates de los comercios mostraban sus refulgentes diamantes, sus lustrosas pieles y sus abrigos y vestidos de impecable corte lucidos por unos maniquíes de peltre elegantemente peinados y sin rostro.

La catedral era un lugar oscuro, silencioso, cuyas torres y antiguos arcos ojivales aparecían cubiertos de hielo; la acera donde me había detenido la mañana en que el sol me había atrapado aparecía limpia.

Me detuve un rato allí, con los ojos cerrados, tratando acaso de evocar el

prodigio y el celo, el valor y la gloriosa esperanza.

Sin embargo, en lugar de ello, escuché las notas claras, brillantes y cristalinas de la *Appassionata*. Turbulenta, atronadora, deslizándose vertiginosamente, la retumbante música vino para conducirme a casa. Yo la seguí.

El reloj del vestíbulo del hotel dio las seis. La oscuridad invernal se fundiría dentro de unos minutos al igual que el hielo que me había aprisionado en el tejado. El largo y pulido mostrador de recepción estaba desierto, iluminado por una luz tenue.

En un espejo colgado en la pared, rodeado por un marco dorado rococó, vi mi imagen: pálido, ceniciento, sin tacha. Cómo se habían divertido conmigo sucesivamente el sol y el hielo, la furia del primero congelada de inmediato por la implacable crueldad del segundo. No quedaba ni una cicatriz en la piel que se había abrasado hasta los músculos. Yo era un objeto intacto, sellado y sólido, que contenía un dolor infinito, restaurado, con unas uñas resplandecientes y blancas, y unas pestañas rizadas que enmarcaban unos ojos castaños; mi vestimenta era un esperpéntico montón de prendas costosas, manchadas, que no correspondían a la talla de este viejo, familiar y rudo querubín.

Nunca me había alegrado de contemplar mi rostro excesivamente juvenil, mi barbilla imberbe, mis manos demasiado suaves y delicadas. Pero en aquellos momentos habría agradecido a los dioses de antaño que me hubieran procurado unas alas.

La música continuaba sonando arriba, imponente, impregnada de tragedia y lujuria y un espíritu indómito. Me entusiasmaba. ¿Qué otra persona en el mundo era capaz de tocar esta sonata como ella, ejecutando cada frase con la frescura de las canciones que cantan toda su vida unos pájaros que conocen sólo ese tipo de melodías?

Miré a mi alrededor. Era un lugar elegante, caro, decorado con frisos de madera y unas cómodas poltronas, y las llaves de las habitaciones dispuestas en pequeños taquilleros de madera oscura adosados a la pared.

En el centro del espacio se erguía un enorme jarrón de flores, la infalible marca de fábrica de los hoteles antiguos de Nueva York, sobre una mesa redonda de mármol negro. Me acerqué, arranqué un lirio rosa con una garganta teñida de rojo oscuro y unos pétalos con el borde exterior de color amarillo, y subí silenciosamente la escalera para reunirme con mis pupilos.

Sybelle no dejó de tocar cuando Benji me abrió la puerta.

—Tienes buen aspecto, ángel —dijo Benji.

Sybelle continuó tocando, moviendo la cabeza sin afectación hacia uno y otro lado, en perfecta sintonía con la sonata.

Benji me condujo a través de una serie de habitaciones con los muros enyesados y elegantemente decoradas. La mía era demasiado suntuosa, murmuré al contemplar la colcha de punto de cruz y los antiguos almohadones bordados de oro. Tan sólo ansiaba la grata oscuridad.

—Ésta es la más sencilla que tenemos —repuso Benji, encogiéndose de hombros.

Se había cambiado de ropa y lucía una túnica de lino blanca con unas rayitas azules, como las que yo había visto con frecuencia en los países árabes. Llevaba unos calcetines blancos y unas sandalias marrones. Fumaba su pequeño cigarrillo turco y me observó a través del humo.

—Me has traído el reloj, ¿no es así? —preguntó, asintiendo con la cabeza, lleno de sarcasmo y picardía.

—No —contesté, metiéndome la mano en el bolsillo—. Pero puedes quedarte con el dinero. Dime, ya que tu pequeña mente es un medallón que oculta tantos secretos y yo no poseo la llave, ¿te vio alguien traer aquí a ese sinvergüenza armado con una placa y unas pistolas?

—Lo veo continuamente —respondió Benji, haciendo un gesto ambiguo con la mano—. Salimos del bar por separado. Maté a dos pájaros de una pedrada. Soy muy listo.

—¿De qué le conocías? —pregunté, depositando el pequeño lirio en su mano.

—El hermano de Sybelle le compraba heroína. Ese poli era el único tipo que debió de echarlo de menos —explicó Benji con una risotada. Se colocó el lirio detrás de la oreja izquierda, entre sus espesos rizos negros, y luego se puso a juguetear con un diminuto ciborio—. ¿No te parece genial? Nadie preguntará dónde se ha metido.

—Conque dos pájaros de una pedrada, ¿eh? Vaya, vaya —dije—. No sé por qué tengo la impresión de que no me lo has contado todo.

—Pero nos ayudarás, ¿no es cierto?

—Desde luego. Soy muy rico, ya os lo he dicho. Lo arreglaré todo. Tengo un instinto infalible para los negocios. Hace tiempo era dueño de un magnífico teatro en una ciudad lejana, y posteriormente de una isla llena de

elegantes tiendas y otras amenidades. A lo que parece, soy un monstruo en muchos campos. Jamás volveréis a temer nada.

—Eres realmente hermoso, ¿sabes? —comentó Benji, arqueando una ceja y guiñando un ojo. Dio una calada a su apetitoso cigarrillo y me lo ofreció. En la mano izquierda sostenía el lirio a salvo de cualquier percance.

—No puedo. Sólo bebo sangre —contesté—. A grandes rasgos soy un vampiro corriente y vulgar. Necesito la oscuridad para protegerme de la luz del día, que no tardará en producirse. No debéis tocar esta puerta.

—¡Ja! —rio Benji con expresión pícara—. ¡Eso es lo que dije a Sybelle! —El pequeño árabe dirigió la vista hacia la salita con cara de resignación —. Le dije que teníamos que robar enseguida un ataúd para ti, pero ella dijo que no, que ya te ocuparías tú de eso.

—Tenía razón. Me basta con instalarme en una habitación oscura, lo cual no significa que no me gusten los ataúdes. Me gustan mucho.

—¿Puedes convertirnos a nosotros en unos vampiros?

—Jamás. Decididamente no. Sois puros de corazón y estáis llenos de vida, y yo no tengo ese poder. No puede hacerse. Es imposible.

—Entonces ¿quién te creó a ti? —preguntó el niño.

—Nací de un huevo negro —repuse—. Como todos los vampiros.

Benji soltó una risita despectiva.

—Bueno, el resto ya lo has visto —dije—. ¿Por qué no creer en la parte más atractiva?

Benji sonrió, dio otra calada al pitillo y me miró con expresión socarrona.

El piano emitió unas tumultuosas cascadas de notas, las cuales se fundían tan rápidamente como nacían, como los últimos y sutiles copos de nieve en invierno, que se disipan antes de caer sobre las aceras.

—¿Puedo besarla antes de dormirme? —inquirí.

Benji ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Si no le gusta, no dejará de tocar el tiempo suficiente para decirlo —contestó.

Yo entré de nuevo en la salita. Qué ordenado estaba todo, el inmenso cuadro de suntuosos paisajes franceses con sus nubes doradas y cielo de cobalto, los jarrones chinos sobre unos pedestales, las gruesas cortinas de terciopelo que pendían de unas estrechas varas de bronce frente a las estrechas ventanas. Lo vi todo simultáneamente, inclusive el lecho en el que

había yacido, cubierto ahora con un edredón nuevo y unos almohadones bordados con rostros antiguos.

Ella, el diamante central, vestida con una larga bata de franela blanca adornada con unos volantes en las muñecas, y el borde ribeteado con encaje irlandés antiguo, tocando su lustroso piano de cola con dedos ágiles e infalibles; su cabello emitía un amplio y suave resplandor amarillo sobre sus hombros.

Besé su perfumada cabellera y su tierno cuello. Contemplé su juvenil sonrisa y sus relucientes ojos mientras seguía tocando, con la cabeza ladeada, rozando la parte delantera de mi chaqueta.

Le rodeé el cuello con mis brazos. Ella se apoyó ligeramente contra mí. Luego la estreché por la cintura con los brazos cruzados. Sentí sus hombros moviéndose contra mí mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

Tímidamente, me puse a canturrear la canción en voz baja, con la boca cerrada, y ella me imitó.

—La *Appassionata* —le susurré al oído. Me eché a llorar. No quería tocarla con sangre. Era demasiado limpia, demasiado bonita. Volví la cabeza.

Ella se inclinó hacia delante. Sus manos atacaron con furia las turbulentas notas finales.

De pronto se hizo el silencio, tan cristalino como la música que lo había precedido.

Sybelle se volvió y me abrazó con fuerza, y pronunció unas palabras que yo jamás había oído pronunciar a un mortal en mi larga vida inmortal:

—Te amo, Armand.

OceanofPDF.com

23

Huelga decir que ambos son unos compañeros ideales.

Ni Benji ni Sybelle se mostraron en absoluto preocupados por los asesinatos. Yo no me lo explicaba. Les preocupaban otras cosas, como la paz en el mundo, el sufrimiento de los sin techo durante el gélido invierno de Nueva York, el precio de las medicinas para los pobres y la terrible situación entre Israel y Palestina, que estaban siempre en guerra. Sin embargo, los horrores que habían presenciado con sus propios ojos les importaban un comino. No les preocupaba que yo matara cada noche para conseguir sangre, que era de lo único que me alimentaba, ni que yo fuera una criatura unida por mi misma naturaleza a la destrucción humana.

Les tenía sin cuidado la muerte del hermano de Sybelle (el cual por cierto se llamaba Fox, pero prefiero omitir el apellido de mi bella pupila).

De hecho, si este texto ve alguna vez la luz del mundo real, tendrás que cambiar tanto su nombre de pila como el de Benjamin.

No obstante, eso ya no me importa. No puedo pensar en la suerte que correrán estas páginas, salvo para indicar que están dedicadas a ella, como ya te he comentado, y si se me permite deseo titularlas *Sinfonía para Sybelle*.

No es que amara menos a Benji, pero no siento hacia él un afán de protección tan acusado. Sé que Benji tendrá una vida interesante y llena de aventuras, al margen de lo que pueda ocurrirnos a mí o a Sybelle, e incluso los tiempos que corran. Tiene la naturaleza flexible y resistente de los beduinos. Es un auténtico hijo de las tiendas de campaña y las arenas del desierto, aunque en su caso, la vivienda era una mísera chabola de ladrillo de cenizas situada en las afueras de Jerusalén, donde Benji inducía a los turistas a posar para unas fotos junto a él y a un apestoso y malhumorado camello por un precio exorbitado.

Benji había sido secuestrado por Fox bajo los ilícitos términos de un contrato de esclavitud a largo plazo por el que Fox había pagado al padre

del chico cinco mil dólares. El acuerdo incluía un pasaporte falso de emigración. Benji era sin duda el genio de la tribu, no tenía claro si deseaba regresar a casa y había aprendido en las calles de Nueva York a robar, a fumar y a decir palabrotas, por ese orden. Aunque juraba por lo más sagrado que no sabía leer, resultó que sí sabía, y empezó a hacerlo de forma obsesiva en cuanto yo comencé a surtirle de libros.

Lo cierto es que sabía leer el inglés, el hebreo y el árabe, ya que de niño había aprendido a leer periódicos en los tres idiomas.

A Benji le encantaba ocuparse de Sybelle. Se preocupaba de que comiera lo suficiente, bebiera leche y se cambiara de ropa cuando ninguna de esas tareas suscitaban el interés de la joven. Benji se ufanaba de ser capaz de conseguir para Sybelle lo que necesitara, independientemente de lo que le ocurriera a ella.

Él era quien trataba con el personal del hotel, quien daba propinas a las camareras, quien charlaba con el recepcionista, a quien le contó una fantástica historia sobre el paradero del difunto Fox, quien se había convertido en la fabulosa saga ideada por Benji en un intrépido viajero y fotógrafo aficionado; él era quien hablaba con el afinador de pianos, el cual acudía una vez a la semana porque el piano de Sybelle estaba situado frente a la ventana, expuesto al sol y al frío, y porque Sybelle lo aporreaba con una furia que habría impresionado al mismo Beethoven. Benji se encargaba de hablar por teléfono con el banco, cuyos empleados creían que él era su hermano mayor, David, y quien pasaba por caja puntualmente para retirar dinero como el pequeño Benji.

A las pocas noches de hablar con él me convencí de que podría darle una educación tan esmerada como me había dado Marius a mí, y que llegado el momento el chico elegiría a qué universidad quería asistir, qué profesión quería estudiar y qué aficiones y actividades le atraían. No quería imponer mi voluntad. Pero al cabo de una semana empecé a soñar en enviarlo a un internado del que saldría hecho un conquistador social de la Costa Este, vestido con el clásico *blazer* azul marino con botones dorados.

Le amo lo suficiente como para despedazar a quienquiera que pretenda ponerle una mano encima.

Pero entre Sybelle y yo existe una afinidad que a menudo elude a mortales e inmortales a lo largo de todas sus vidas. Conozco a Sybelle. La conozco bien. La conocí cuando la oí tocar por primera vez, y la conozco

ahora, y yo no estaría aquí contigo si ella no estuviera bajo la protección de Marius. Mientras Sybelle viva, jamás me separaré de ella, y nada de lo que me pida se lo negaré.

Cuando Sybelle muera, padeceré una angustia indecible, pero tendré que soportarlo. No tengo más remedio. No soy la criatura que era cuando contemplé el velo de la Verónica, cuando me dirigí hacia el sol.

Soy otro ser, y ese ser se ha enamorado total y profundamente de Sybelle y de Benjamin, y no puedo hacer nada para remediarlo.

Por supuesto, soy consciente de que me nutro de ese amor, de que me siento más feliz de lo que jamás me sentí en toda mi existencia inmortal, de que he adquirido una gran fuerza gracias a mis dos compañeros. La situación es casi demasiado perfecta para ser otra cosa que accidental.

Sybelle no está loca, ni mucho menos, y creo comprenderla perfectamente. Sybelle está obsesionada con una cosa, con tocar el piano. Desde el primer momento en que puso las manos sobre un teclado no ha deseado otra cosa, y su «carrera», tan generosamente planificada por sus orgullosos padres y por el ambicioso Fox, nunca representó gran cosa para ella.

De haber sido pobre y haber tenido que luchar en la vida, quizás habría sido indispensable para ella obtener el reconocimiento del público a fin de mantener su relación amorosa con el piano, ya que ello le habría procurado la forma de evadirse de la rutina diaria y las trampas domésticas. Pero Sybelle nunca fue pobre, y le tiene auténtica y completamente sin cuidado el que la gente la oiga tocar el piano o no.

Sybelle sólo necesita escucharse ella misma, y saber que no molesta a otras personas.

En el antiguo hotel, constituido principalmente por habitaciones que alquilan por días, y un puñado de clientes lo suficientemente ricos para alojarse allí año tras año, como en el caso de la familia de Sybelle, ésta puede tocar el piano día y noche sin molestar a nadie.

Después de la trágica muerte de sus padres, después de perder a los dos únicos testigos que habían asistido de cerca a su desarrollo como pianista, Sybelle se negó a seguir colaborando con los planes de Fox para promover su carrera.

Todo eso lo comprendí prácticamente desde el principio. Lo comprendía

en su obsesiva repetición de la *Sonata número 23,* y creo que si tú la oyeras tocarla, también lo comprenderías. Deseo que la oigas tocar.

A Sybelle no la intimida que la gente se acerque para escucharla, ni le imponen los estudios de grabación. Si otras personas gozan oyéndola tocar el piano y se lo dicen, ella se muestra encantada, pero se lo toma con filosofía. «Ah, de modo que a ti también te gusta esa sonata —piensa—. Qué hermosa es, ¿verdad?» Eso fue lo que me dijo con sus ojos y su sonrisa la primera vez que me acerqué a ella.

Supongo que antes de continuar con esta historia —tengo más cosas que contar sobre mis pupilos— debería responder a la pregunta que sin duda te haces: ¿Cómo conseguí acercarme a ella? ¿Qué hacía yo en su apartamento aquella fatídica mañana, cuando Dora hablaba a la enardecida multitud que abarrotaba la catedral sobre el velo milagroso, y yo, propulsado por la sangre que circulaba por mis venas a modo de combustible, ascendía como un cohete hacia el cielo?

No lo sé. Podría ofrecerte unas tediosas explicaciones de carácter sobrenatural sobre el hecho, las cuales parecen extraídas de los tomos escritos por los miembros de la Sociedad dedicada al estudio de fenómenos paranormales, o los guiones de la serie de televisión titulada *Expediente X*, protagonizada por los agentes Mulder y Scully. O como el expediente secreto del caso que se conserva en los archivos de la orden de detectives clarividentes llamada Talamasca.

A grandes rasgos, así es como lo veo. Tengo unos poderes increíblemente potentes para realizar toda clase de encantamientos, para dislocar mi visión y transmitir mi imagen a través de la distancia, para incidir en la materia próxima o invisible. Deduzco que aquella mañana, mientras viajaba hacia las nubes, debí de utilizar esos poderes. Quizá los sacara en un momento de terrible sufrimiento, cuando estaba enloquecido y no sabía lo que me sucedía. Quizá fuera una última y desesperada negativa a aceptar la posibilidad de la muerte, o la espantosa situación, cercana a la muerte, en la que me encontraba.

Esto es, tras haber aterrizado en el tejado, abrasado y padeciendo unos tormentos inenarrables, tuve que buscar una vía de escape mental, proyectar mi imagen y mi fuerza hacia el apartamento de Sybelle el tiempo suficiente para matar a su hermano. Es sabido que los espíritus son capaces de ejercer la suficiente presión sobre la materia para modificarla. Quizá fuera eso lo

que hice, proyectarme yo mismo en forma de espíritu, topar con la sustancia que era Fox y matarlo.

No obstante, sinceramente no lo creo. Te explicaré por qué.

En primer lugar, aunque Sybelle y Benjamin no son expertos en el tema, pese a sus conocimientos y aparente frialdad cuando hablamos de ellos, por lo que respecta a la muerte y análisis forense del cuerpo de Fox, ambos insisten en que el cadáver estaba exangüe cuando se deshicieron de él. En el cuello presentaba unas pequeñas heridas como producidas por unos incisivos. En suma, ambos están convencidos de que yo estaba allí, en una forma sustancial, y que bebí la sangre de Fox.

Una imagen proyectada no puede hacer eso, al menos que yo sepa. No puede devorar la sangre de todo un sistema circulatorio y luego disolverse, regresando a la cicatrícula de la que provino. No, eso es imposible,

Como es lógico, Sybelle y Benji podrían equivocarse. ¿Qué saben ellos sobre sangre y cadáveres? Pero el caso es que dejaron que Fox siguiera tendido en la alfombra, muerto, por espacio de dos días, mientras ellos aguardaban el regreso del Dybbuk o ángel, que estaban seguros de que los ayudaría. En ese tiempo, la sangre de un cuerpo humano se acumula en la parte inferior del cadáver, un cambio que ambos jóvenes sin duda notarían, pero no lo notaron.

¡Ah, me duele la cabeza de tanto cavilar! El caso es que no sé cómo llegué a su apartamento, ni por qué. No sé qué ocurrió. Lo único que sé, como ya he comentado, es que toda aquella experiencia, todo cuanto vi y sentí en la gran catedral restaurada de Kíev, un lugar inconcebible, fue tan real como lo que presencié en el apartamento de Sybelle.

Hay otro pequeño punto, y aunque pequeño es crucial. Después de que yo matara a Fox, Benji vio mi cuerpo abrasado caer del cielo. Me vio, al igual que yo le vi a él, desde la ventana.

Existe una terrible posibilidad: yo iba a morir aquella mañana; iba a ocurrir con toda certeza. Mi ascenso estuvo propiciado por una inmensa fuerza de voluntad y el inmenso amor que profeso a Dios, sobre el cual no me cabe la menor duda en estos instantes en que te dicto estas palabras.

Sin embargo, quizás en el momento crucial, me faltó valor. Me falló mi cuerpo. Y al buscar un lugar donde refugiarme del sol, el medio de soslayar mi martirio, me topé con la grave situación entre Sybelle y su hermano, y al sentir la necesidad que ella tenía de mí, comencé a caer hacia el tejado

sobre el que la nieve y el hielo me cubrieron rápidamente. Mi visita a Sybelle pudo haber sido, según esta interpretación, tan sólo una quimera fugaz, una poderosa proyección de mi ser, como ya he dicho, el deseo de satisfacer la necesidad de ayuda de esta joven desconocida y vulnerable a quien su hermano se disponía a propinar una paliza mortal.

En cuanto a Fox, yo le maté, sin la menor duda. Pero murió a causa del temor, de un fallo cardíaco, posiblemente, de la presión de mis manos invisibles sobre su frágil cuello, a causa del poder de la telequinesia o la hipnosis. No obstante, como he dicho antes, no lo creo.

Yo estuve en la catedral de Kíev. Yo rompí el huevo con mis pulgares. Yo vi cómo el pájaro salía volando.

Sé que mi madre estuvo a mi lado y que mi padre derribó el cáliz. Lo sé porque no hay una parte de mí que pudo haber imaginado eso. También lo sé porque los colores que vi entonces y la música que oí no se componían de nada que yo hubiera experimentado jamás.

No existe ningún otro sueño del que yo haya oído hablar sobre el que pueda decir esto. Cuando dije misa en la Ciudad de Vladimir, me encontraba en una dimensión formada por unos ingredientes que mi imaginación no tiene a su disposición.

No quiero decir más al respecto. Es demasiado terrible y angustioso el tratar de analizarlo. Yo no lo busqué, al menos conscientemente; no tenía un poder consciente sobre ello, simplemente ocurrió.

Si fuera posible, lo olvidaría por completo. Me siento tan extraordinariamente feliz con Sybelle y Benji que deseo olvidarlo todo mientras ellos vivan. Sólo deseo estar con ellos, como lo he estado desde la noche que te he descrito.

Como comprenderás, me tomé mi tiempo en venir aquí. Después de haber vuelto a incorporarme a las filas de los inmortales, me resultó muy fácil discernir a partir de las mentes errantes de otros vampiros que Lestat estaba a salvo aquí en su prisión, y que te estaba dictando toda la historia de lo que le había ocurrido con Dios Encarnado y con Memnoch el Diablo.

Me resultó muy fácil discernir, sin revelar mi presencia, que todo un mundo de vampiros me lloraban con una angustia y un dolor mayores de lo que pude haber imaginado.

Así pues, sabiendo que Lestat estaba a salvo, perplejo pero aliviado por el misterioso hecho de que le había sido devuelto el ojo que le habían

sustraído, nada me impedía quedarme con Sybelle y con Benji, y eso es lo que hice.

Con Benji y con Sybelle me reincorporé al mundo de una forma que no había hecho desde que mi vampiro pupilo, el único, Daniel Molloy, me había abandonado. Mi amor por Daniel nunca había sido completamente sincero, sino muy posesivo, y mezclado con mi odio hacia el mundo en general y con mi confusión ante la desconcertante era moderna que había comenzado a abrirse ante mis ojos cuando emergí, a finales del siglo XVIII, de las catacumbas situadas debajo de París.

A Daniel tampoco le interesaba el mundo, y había acudido a mí en busca de nuestra Sangre Oscura, su cerebro inundado de historias tan macabras como grotescas que le había relatado Louis de Pointe du Lac. En mi afán de rodearle de lujos, sólo conseguí empacharlo con golosinas mortales, de forma que acabó renunciando a las riquezas que le ofrecía y se convirtió en un vagabundo. Loco, deambulando por las calles cubierto con harapos, Daniel se aisló del mundo hasta el punto casi de morir, y yo, débil, confuso, atormentado por su belleza y enamorado del hombre vivo y no del vampiro en el que podía convertirse, conseguí atraerlo hasta nosotros sólo gracias a la eficacia del Truco Oscuro, pues de otro modo Daniel habría muerto sin remisión.

Posteriormente no me convertí en un Marius para él. Todo resultó tal como yo había previsto: Daniel me odiaba profundamente por haberle iniciado en la Muerte Viviente, por haberlo transformado en una noche a la vez en un inmortal y en un asesino sistemático.

Como hombre mortal, Daniel no tenía ni idea del precio que nosotros pagamos por lo que somos, y no quería saber la verdad; huía de ella, entregándose a sueños temerarios y arriesgadas aventuras.

Ocurrió lo que yo me temía. Al obligarlo a ser mi compañero, le convertí en un siervo que me consideraba a todas luces un monstruo.

Nunca gozamos de unos momentos de inocencia, nunca saboreamos la primavera. Nunca hubo una oportunidad, por hermosos que fueran los jardines bañados en luz crepuscular por los que paseábamos. Nuestras almas no estaban sintonizadas, nuestros deseos se contraponían y nuestros resentimientos eran demasiado comunes y estaban demasiado regados para que se produjera la última floración.

Ahora es distinto.

Permanecí dos meses en Nueva York con Sybelle y Benji, viviendo como no había vivido desde aquellas lejanas noches con Marius en Venecia.

Sybelle es rica, como creo que ya he comentado, pero con ciertas y tediosas limitaciones. Percibe una renta que le permite pagar el alquiler de su exorbitante apartamento y las comidas que encarga a diario al servicio de habitaciones, con un margen para comprarse ropas elegantes, entradas para conciertos de música sinfónica y algún que otro capricho.

Yo soy fabulosamente rico. De modo que lo primero que hice, con gran placer, fue cubrir a Sybelle y a Benji de todos los lujos que tiempo atrás había ofrecido, con creces, a Daniel Molloy. Ellos se mostraron encantados.

Sybelle, cuando no tocaba el piano, no se negaba a acompañarnos a Benji y a mí a visitar exposiciones de pintura, asistir a conciertos o a la ópera. El ballet le entusiasmaba, y le complacía llevar a Benji a los mejores restaurantes, donde el pequeño árabe maravillaba a los camareros con su voz aguda y entusiasta y la encantadora cadencia con que recitaba los nombres de los platos, franceses o italianos, y pedía vinos de determinadas añadas, que los camareros le servían sin reparos, pese a las bienintencionadas leyes que prohíben servir bebidas alcohólicas a menores de edad.

Yo también gozaba con todo esto, como es natural, y me encantó comprobar que Sybelle se tomaba cierto interés, aunque esporádico y superficial, en vestirme, en elegir para mí las chaquetas, camisas y demás prendas en las tiendas que visitábamos, señalando las que le gustaban con el dedo, y en seleccionar de las bandejas forradas de terciopelo toda clase de sortijas engarzadas con gemas, gemelos, cadenas y pequeños crucifijos de oro y rubíes, una pinza de oro para el dinero y demás objetos.

Yo ya había practicado ese juego magistral con Daniel Molloy. Sybelle lo jugó conmigo con ese aire evanescente que posee, dejando que yo me ocupe del prosaico tema de pasar por caja.

En cuanto a mí, gozo extraordinariamente llevando a Benji conmigo a todas partes como si fuera un muñeco, consiguiendo que luzca, al menos durante un par de horas, las elegantes ropas occidentales que le compro.

Formamos un trío singular, cuando acudimos los tres a cenar a Lutèce o a Sparks (yo no pruebo bocado, por supuesto): Benji con su inmaculada túnica del desierto, o ataviado con un impecable traje hecho a medida con solapas estrechas, una camisa blanca y una vistosa corbata; yo vestido con

mi habitual, y aceptable, chaqueta de terciopelo y chorreras de encaje antiguo; y Sybelle con los hermosos vestidos que inundan su ropero, unas prendas que le habían comprado su madre y Fox, con el cuerpo ceñido para realzar sus generosos pechos y cintura pequeña, una falda amplia que se mueve airosamente en torno a sus largas y prodigiosas piernas, y el dobladillo lo suficientemente alto para revelar la espléndida curva y firmeza de su pantorrilla cuando introduce sus pies enfundados en unas medias negras en unas sandalias con tacón de aguja. La mata de pelo corto y rizado de Benji enmarca su rostro atezado y enigmático como un halo bizantino, Sybelle luce siempre su cabellera suelta, y mi pelo ha recuperado su aspecto renacentista, con unos bucles largos y rebeldes de los que siempre me he sentido íntimamente satisfecho.

El placer mayor que me proporciona Benji es ocuparme de su educación. Desde un principio sostuvimos unas conversaciones muy sesudas sobre la historia y el mundo, tumbados en la alfombra del apartamento, examinando mapas mientras hablábamos sobre el progreso de Oriente y Occidente, y las inevitables influencias que han ejercido sobre la historia humana el clima, la cultura y la geografía. Benji no deja de hacer comentarios durante los telediarios, llamando a cada presentador por su nombre de pila, descargando furiosos puñetazos sobre la mesa para mostrar su desacuerdo con las iniciativas de los líderes mundiales y lamentándose en voz alta de las muertes de grandes princesas y personajes humanitarios. Benji es capaz de mirar las noticias sin dejar de hablar, comer palomitas, fumarse un cigarrillo y canturrear de forma intermitente la melodía que toca Sybelle, sin desafinar, todo ello más o menos simultáneamente.

Si me quedo abstraído contemplando la lluvia como si hubiera visto un fantasma, Benji me da unos golpes en el brazo y pregunta: «¿Qué hacemos, Armand? Esta noche estrenan tres películas estupendas. Qué fastidio, estoy hecho un lío, porque si vamos al cine nos perderemos el recital de Pavarotti en el Met y me llevaré un disgusto de muerte».

Muchas veces Benji y yo vestimos a Sybelle, quien nos observa como si estuviéramos chiflados. Cuando se baña, nos sentamos junto a ella para hacerle compañía, porque si no le hablamos es capaz de quedarse dormida en la bañera, o simplemente nos quedamos ahí durante horas, derramando agua con la esponja sobre sus magníficos pechos.

A veces las únicas palabras que Sybelle pronuncia en toda la noche son

frases como: «Átate los cordones de los zapatos, Benji», o «Benji ha robado unas bandejas de plata; oblígale a restituirlas, Armand», o con inopinado asombro: «Qué calor hace, ¿verdad?»

Jamás he relatado a nadie mi historia como te la cuento a ti aquí y ahora, pero en ocasiones, durante mis conversaciones con Benji, le he contado muchas cosas que me dijo Marius, sobre la naturaleza humana, la historia del derecho, la pintura y la música. Fue durante esas conversaciones, principalmente, cuando comprendí lo mucho que yo había cambiado en esos dos últimos meses.

Aquel viejo terror oscuro que me ahogaba ha desaparecido. Ya no contemplo la historia como un panorama trufado de desastres, como hacía antes; y a menudo recuerdo las generosas y optimistas predicciones de Marius, quien aseguraba que el mundo mejora; que la guerra, pese a los conflictos que observamos a nuestro alrededor, ha caído en desuso entre los dirigentes mundiales, y que pronto caerá en desuso en el Tercer Mundo, como ha ocurrido en Occidente; que daremos de comer a los hambrientos, alojamiento a los sin techo y cuidaremos de quienes precisan amor.

En el caso de Sybelle, la educación y las conversaciones no constituyen la esencia de nuestro amor, sino la intimidad que compartimos. No me importa que a veces no diga nada, no penetro en su mente. Sybelle no consiente que nadie lo haga.

Yo la acepto a ella y su obsesión con la *Appassionata* de forma tan incondicional como ella me acepta a mí y mi naturaleza. Hora tras hora, noche tras noche, la escucho tocar el piano, percibiendo en cada ocasión los pequeños cambios de intensidad y expresión que ejecutan sus dedos. Debido a ellos, con el tiempo me he convertido en el único oyente de cuya presencia es consciente Sybelle.

Poco a poco he pasado a formar parte de la música de Sybelle. Permanezco sentado junto a ella, escuchando las frases y los movimientos de la *Appassionata*. Permanezco sentado junto a ella sin pedirle nunca nada salvo que haga lo que desea hacer, lo cual hace de forma magistral. Eso es lo único que deseo que Sybelle haga por mí: lo que a ella le apetezca.

Si algún día Sybelle desea «adquirir mayor fortuna y prestigio ante los ojos de los hombres», yo le facilitaré el camino. O si desea estar sola, no me verá ni me oirá. Lo que ella desee, yo se lo daré.

Si algún día se enamora de un hombre o de una mujer mortal, yo haré lo

que ella me pida. Puedo vivir en la sombra eternamente, adorándola, porque las sombras no me deprimen cuando estoy junto a ella.

Sybelle a menudo me acompaña cuando salgo en busca de una presa. Le gusta verme alimentarme y matar. No creo haber permitido a ningún mortal hacer eso. A veces Sybelle trata de ayudarme a desembarazarme de los restos o confundir las pruebas de la causa de la muerte, pero soy muy fuerte, ágil y capaz de hacer eso yo solo, por lo que ella se limita a observarme.

A Benji no suelo llevarlo conmigo en esas ocasiones porque se excita mucho, y no es un espectáculo que le convenga presenciar. A Sybelle no le afecta lo más mínimo.

Podría contarte muchas otras hazañas, sobre cómo nos ocupamos de los pormenores de la desaparición del hermano de Sybelle, sobre cómo transferí inmensas sumas de dinero a nombre de Sybelle y establecí unos fondos fiduciarios con todas las garantías para Benji, sobre cómo adquirí para Sybelle un importante paquete de acciones en el hotel en el que vive, sobre cómo he instalado en su apartamento, inmenso para ser un apartamento de hotel, otros magníficos pianos que ella goza tocando, sobre cómo he dispuesto para mí, a una distancia prudencial del apartamento, un cubil provisto de un ataúd ilocalizable, inviolable e indestructible, en el que me refugio de vez en cuando, aunque estoy más acostumbrado a dormir en la pequeña habitación donde me instalaron Benji y Sybelle por primera vez, en la que han colocado unos gruesos cortinajes sobre la ventana que da a la escalera.

Pero dejemos eso.

Ya sabes lo que deseaba que supieras.

Lo único que resta es situar esta historia en el momento presente, en el atardecer del día de hoy, cuando me presenté aquí, cuando penetré en la guarida de los vampiros, flanqueado por mi hermano y mi hermana, para visitar por fin a Lestat.

OceanofPDF.com

24

Todo eso resulta un tanto simple, ¿no es cierto? Me refiero a mi transformación del entusiasta chiquillo plantado en el porche de la catedral al feliz monstruo que una noche primaveral en Nueva York decidió que había llegado el momento de trasladarse al sur para visitar a un viejo amigo.

Ya sabes por qué vine aquí.

Empezaré por el principio de esta noche. Cuando llegué tú estabas en la capilla. Me saludaste con franca cordialidad, satisfecho de comprobar que yo estaba vivo e indemne. Louis casi rompió a llorar.

Los otros, unos jóvenes de aspecto poco recomendable que se agolparon a nuestro alrededor, dos chicos y una muchacha, si no recuerdo mal, no sé quiénes eran, y sigo sin saberlo, sólo que al cabo de un rato desaparecieron.

Me horroricé al ver a Lestat tendido en el suelo, abandonado, y a su madre, Gabrielle, observándole desde un rincón con frialdad, como observa todo y a todos, como si jamás hubiera experimentado unos sentimientos humanos.

Me horrorizó ver merodeando por aquí a esos jóvenes vagabundos, y quise proteger a Sybelle y a Benji de esos seres. No temí que vieran a los clásicos entre nosotros, a los legendarios, a los guerreros (tú, nuestro estimado Louis, incluso a Gabrielle, y menos aún a Pandora y a Marius, que estaban todos presentes).

Sin embargo, no quería que mis pupilos vieran a esa basura imbuida de nuestra sangre, y me pregunté, confieso que con arrogancia y vanidad, como suelo hacer en esos momentos, cómo era posible que esos mocosos indeseables se hubieran convertido en vampiros. ¿Quién los había creado, por qué y cuándo?

En estos casos se despierta en mí el feroz Hijo de las Tinieblas, el jefe de la asamblea ubicada bajo el cementerio de París, que decretaba cuándo y cómo debía administrarse la Sangre Oscura y, ante todo, a quién. Pero ese

viejo hábito de autoridad es, en el mejor de los casos, fraudulento y engorroso.

Yo odiaba a esos parias porque observaban a Lestat como si éste fuera un fenómeno de feria, lo cual no estaba dispuesto a consentir. Sentí rabia, el repentino deseo de destruirlos.

No obstante, en la actualidad no existen unas normas entre nosotros que nos autoricen a cometer esos actos impulsivos. ¿Quién era yo para organizar un motín bajo tu techo? En aquellos momentos yo no sabía que vivías aquí, pero eras el encargado de custodiar la morada del maestro, y habías permitido que entraran esos rufianes, y tres o cuatro más que se presentaron poco después y tuvieron la cara dura de formar un círculo en torno a Lestat, aunque, según observé, ninguno de ellos tuvo el valor de acercarse a él.

Por supuesto, todos mostraron una gran curiosidad por Sybelle y Benjamin. Les dije discretamente que permanecieran detrás de mí y que no se movieran de mi lado. A Sybelle le entusiasmó comprobar que teníais un piano, el cual ofrecía un nuevo sonido a su sonata. En cuanto a Benji, se paseaba como un pequeño samuray, contemplando a los monstruos que le rodeaban con ojos como platos, aunque con la boca fruncida y una expresión seria y orgullosa.

La capilla me pareció muy hermosa. ¿Cómo podía ser de otra manera? Los muros encalados ofrecían un aspecto blanco y puro, y el techo ligeramente abovedado, como en las iglesias antiguas; en un extremo del muro hay una cavidad donde antiguamente estaba instalado el altar, una especie de caja de resonancia que hace que las pisadas resuenen por todo este lugar.

Había visto las vidrieras iluminadas desde la calle. Aunque carecen de figuras, son muy hermosas con sus vivos colores azul, rojo y amarillo, y sus sencillos dibujos en forma de serpentina. Me gustan los nombres escritos con letras negras de los mortales que hace tiempo que han desaparecido y en cuya memoria habéis instalado cada ventana. Me gustan las antiguas estatuas de yeso que habéis colocado en distintos puntos, que yo mismo te ayudé a sacar del apartamento de Nueva York y enviar al sur.

No las había contemplado con detenimiento; solía protegerme de sus ojos de cristal como si fueran basiliscos. Pero me detuve entonces para observarlas.

Estaba la dulce y sufrida santa Rita, con su hábito negro y su toca blanca,

con esa terrible llaga en la frente que parece un tercer ojo. Estaba la bonita y risueña Teresa de Lisieux, la florecilla de Jesús, que sostiene su crucifijo y un ramo de rosas en los brazos.

Estaba santa Teresa de Ávila, tallada en madera y exquisitamente pintada, con los ojos dirigidos hacia el cielo, la mística, sosteniendo en la mano una pluma que indica que es doctora de la Iglesia.

Estaba san Luis de Francia, con su regia corona; san Francisco, como no podía faltar, vestido con el humilde hábito marrón del monje, rodeado de animales domesticados; y algunos otros cuyos nombres me avergüenza confesar que desconozco.

Lo que más me impresionó, más aún que esas estatuas que parecen guardianes de una historia muy antigua y sagrada, fueron los cuadros colgados en los muros que muestran el camino de Jesús hacia el Calvario: las estaciones de la cruz. Alguien los había colocado por orden, quizás incluso antes de que nosotros viniéramos a este lugar.

Adiviné que habían sido pintados al óleo sobre cobre, y que poseían un estilo renacentista, cuando menos que trata de imitarlo, pero que a mí me resulta del todo natural y me entusiasma.

De inmediato, el temor que había permanecido latente en mí durante las semanas que había vivido feliz en Nueva York salió a flote. No, no era temor sino más bien pánico.

«Señor», musité. Me volví y contemplé el rostro de Jesús clavado en la cruz, por encima de la cabeza de Lestat.

Fue un momento tremendamente angustioso. La imagen del velo de la Verónica se superpuso a lo que contemplé allí en la madera tallada. Estoy convencido de ello. Me encontraba de nuevo en Nueva York, y Dora sostenía el velo en alto para mostrármelo.

Observé los bellos ojos de Jesús, enmarcados por las ojeras, perfectamente fijados sobre el lienzo, como si formaran parte del mismo pero no hubieran sido absorbidos por él, y las rayas oscuras que representan sus cejas; sobre su mirada firme y bondadosa discurrían unas gotas de sangre causadas por la corona de espinas. Observé sus labios entreabiertos, como si pudieran llenarse tomos enteros con lo que tenía que decir.

Sobresaltado, me percaté de que Gabrielle, de pie junto a los escalones del altar, me miraba fijamente con sus ojos grises y glaciales, y me apresuré a cerrar mi mente y digerir la llave. No estaba dispuesto a dejar que

penetrara en mí ni en mis pensamientos. Sentí una manifiesta hostilidad hacia todos los que se hallaban en la habitación.

En éstas apareció Louis. Se mostró muy feliz de que yo no hubiera perecido. Louis tenía algo que decir. Sabía que yo estaba preocupado y le inquietaba la presencia de los demás. Presentaba su habitual aspecto de asceta, vestido con un traje negro de impecable corte pero cubierto de polvo, y una camisa blanca tan delgada y raída que parecía una telaraña en lugar de un tejido de hilo y encaje.

—Los dejamos entrar porque, si no lo hacemos, se ponen a merodear por el lugar como chacales y lobos, y no hay forma de ahuyentarlos. Vienen, ven a Lestat y se marchan. Ya sabes lo que pretenden.

Yo asentí. No tuve el valor de reconocer que yo había acudido motivado por el mismo deseo. No había dejado de pensar en ello, ni por un instante, bajo el inmenso ritmo de todo cuanto me había sucedido desde que había hablado con Lestat la última noche de mi antigua existencia.

Deseaba su sangre. Deseaba beberla. Con calma, se lo dije a Louis.

—Él te destruirá —murmuró Louis. Tenía las mejillas arreboladas de terror. Miró con una expresión cargada de significado a la gentil y silenciosa Sybelle, que me sujetaba de la mano, y a Benjamin, que observaba a Louis con ojos brillantes y llenos de entusiasmo—. No puedes arriesgarte, Armand. Uno de ellos se aproximó demasiado. Lestat le destrozó. Fue un gesto rápido, automático. Posee un brazo como de piedra viva y lo despedazó allí mismo, en el suelo. No te acerques, ni lo intentes siquiera.

—¿Los mayores, los más fuertes, no lo han intentado nunca?

Fue Pandora quien respondió. Nos había estado observando, jugando en las sombras. Yo había olvidado lo hermosa que era en un estilo discreto y muy básico.

Llevaba su espeso cabello castaño peinado hacia atrás, como una sombra detrás de su esbelto cuello. Presentaba un aspecto lustroso y atractivo porque se había untado el rostro con un ungüento oscuro para parecer más humana. Sus ojos emanaban fuerza y energía. Apoyó una mano sobre mi brazo, en un gesto típicamente femenino. Ella también se mostró feliz de verme vivo.

—Ya sabes dónde se encuentra Lestat —dijo en tono implorante—. Armand, es un horno de poder y nadie sabe lo que es capaz de hacer.

—¿Nunca has pensado en ello, Pandora? ¿No se te ha ocurrido nunca beber la sangre de su cuello y buscar la visión de Cristo mientras la bebías? ¿Y si en su interior residiera la prueba infalible de que bebió la sangre de Dios?

—Pero, Armand, Cristo nunca fue mi Dios.

Era así de simple, brutal, definitivo.

Pandora emitió un suspiro, pero sólo porque estaba preocupada por mí.

—Yo no reconocería a tu Cristo aunque estuviera dentro de Lestat —dijo sonriendo.

—No lo comprendes —repuse—. A Lestat le ocurrió algo cuando fuimos con ese espíritu llamado Memnoch y él regresó con el velo. Yo lo vi. Vi... el poder que contiene.

—Viste una quimera —replicó Louis con tono afable.

—No, vi el poder —insistí. Luego, en un momento, dudé de lo que acababa de decir. Los largos pasillos de la historia se extendían ante mí, serpenteantes, y me vi sumido en la oscuridad, portando una sola vela, buscando los iconos que yo había pintado. Y lo lamentable, trivial, absurdo de aquella búsqueda me destrozó el alma.

Me di cuenta de que había asustado a Sybelle y a Benji, quienes me miraban fijamente. Nunca me habían visto en aquel estado.

Los abracé y estreché contra mí. Antes de venir esta noche había ido en busca de una presa, para estar fuerte, y sabía que mi piel exhalaba un agradable calor. Besé a Sybelle en sus labios sonrosados y luego besé a Benji en la cabeza.

—No me esperaba eso de ti, Armand —protestó Benji—. Nunca me dijiste que creías en ese velo.

—¿Y tú, jovencito? —repuse en voz baja porque no quería montar un espectáculo delante de los otros—. ¿Acaso entraste en la catedral para contemplarlo cuando estuvo expuesto allí?

—Sí, y te digo lo mismo que te ha dicho esta señora tan guapa —contestó Benji, encogiéndose de hombros, como era habitual en él—. Nunca fue mi dios.

—Míralos, acechando como chacales —comentó Louis suavemente. Estaba demacrado y temblaba ligeramente. No había satisfecho su apetito para permanecer aquí de guardia—. Creo que ha llegado el momento de

arrojarlos de aquí, Pandora —dijo con una voz incapaz de intimidar ni al alma más apocada.

—Deja que contemplen lo que han venido a ver —murmuró Pandora fríamente—. Quizá no dispongan de mucho tiempo para gozar del espectáculo. Nos hacen la vida muy difícil, nos ponen en ridículo, y no hacen nunca nada por nadie, ni vivo ni muerto.

Me pareció una amenaza divina y confié en que Pandora fuera capaz de cargárselos a todos, pero sabía que muchos Hijos del Milenio pensaban lo mismo sobre los seres semejantes a mí. A todo esto, yo había demostrado una impertinencia colosal al presentarme aquí, sin que nadie me lo hubiera autorizado, con mis pupilos para contemplar a Lestat postrado en el suelo.

—Esos dos están a salvo con nosotros —afirmó Pandora como si hubiera leído mi atribulada mente—. Todos se alegran de verte, tanto los jóvenes como los ancianos —añadió, haciendo un pequeño gesto para incluir a todos los presentes en la habitación—. Algunos no quieren salir de la sombra, pero han oído hablar de ti. No querían que desaparecieras.

—Nadie queríamos que desaparecieras —apostilló Louis en un arrebato de emoción—. Me parece un sueño que hayas regresado. Todos lo presentíamos, oímos decir que te habían visto en Nueva York, tan apuesto y vigoroso como siempre. Pero tenía que verte con mis propios ojos para creerlo.

Asentí en señal de gratitud por esas palabras. Pero no dejaba de pensar en el velo. Alcé la vista y observé al Cristo de madera clavado en la cruz, y luego la figura postrada de Lestat.

En aquel momento entró Marius.

—¡Estás indemne, no te has abrasado! —exclamó temblando—. ¡Hijo mío!

Lucía la vieja y raída capa gris sobre los hombros, pero en aquel momento no me percaté de ello. Marius me abrazó de nuevo, obligando a mi pupila y a mi pupilo a apartarse. Pero no se alejaron mucho. Supongo que se tranquilizaron cuando me vieron abrazar a Marius y besarle en las mejillas y en la boca, como solíamos hacer antiguamente. Tenía un aspecto espléndido, tan suavemente lleno de amor.

—Si estás decidido a intentarlo, yo me haré cargo de estos mortales para que nada malo les ocurra —dijo. Había leído todo el guion que yo guardaba

en mi corazón. Sabía que estaba empeñado en hacerlo—. ¿Qué puedo decir para impedírtelo?

Moví la cabeza para indicar que perdía el tiempo. Estaba obsesionado, ardía en deseos de hacerlo. Entregué a Sybelle y a Benji a su cuidado.

Me acerqué a Lestat y me planté delante de él, es decir, a su izquierda, puesto que yacía a mi derecha. Me arrodillé rápidamente, sorprendido ante lo frío que estaba el mármol, olvidando la humedad que hacía aquí, en Nueva Orleans, y lo peligrosas que son las corrientes de aire.

Me arrodillé, apoyé las manos en el suelo y le observé. Descansaba plácidamente, ambos ojos azules y cristalinos, idénticos, como si le hubieran arrancado uno. Me miró con expresión ausente, sin pestañear, una vacía expresión como surgida de una crisálida muerta.

Tenía el pelo alborotado y lleno de polvo. Ni siquiera su vieja y odiosa madre se había acercado para peinarlo, lo cual me enfureció. En un gélido arrebato de emoción, Gabrielle me espetó:

—No deja que nadie le toque, Armand. —Su voz distante resonó en toda la capilla—. Si lo intentas, lo comprobarás por ti mismo.

Yo la miré. Estaba sentada y apoyada contra la pared, con las rodillas encogidas y abrazándoselas. Lucía su acostumbrado y raído traje británico color caqui, compuesto por un pantalón recto y una chaqueta estilo safari, por el que era más o menos famosa, manchado después de correr tantas aventuras en la selva. Su pelo rubio era tan amarillo y brillante como el de Lestat, peinado en una trenza que le colgaba por la espalda.

Gabrielle se levantó inopinadamente, furiosa, y avanzó hacia mí. Sus botas de cuero resonaron de forma desagradable e irrespetuosa.

—¿Qué te hace pensar que los espíritus que vio eran dioses? —inquirió —. ¿Qué te hace pensar que las jugarretas de esos seres que se creen superiores y nos manipulan a su antojo no son sino unas tretas, y nosotros tan sólo unas bestias, desde el más humilde hasta el más noble de los seres que caminan por la Tierra? —Gabrielle se detuvo a pocos pasos de Lestat y cruzó los brazos sobre el pecho—. Él tentó a algo o a alguien. Esa entidad no pudo resistirse a él. ¿Y qué pasó? Dímelo tú. Deberías saberlo.

—No lo sé —respondí suavemente—. Déjame en paz.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? Yo te diré lo que pasó. Una joven llamada Dora, una líder religiosa, según dicen, que predicaba las virtudes de asistir a los débiles y a los desfavorecidos, perdió los papeles. ¡Eso es lo que

ocurrió! Sus sermones, basados en la caridad y entonados con otro tono para que todo el mundo los escuchara, quedaron anulados por el rostro ensangrentado de un dios sanguinario.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me enfurecía que Gabrielle viera la verdad tan nítidamente, pero no podía responderle ni cerrarle la boca. Me levanté.

—Regresaron a las catedrales en tropel —continuó Gabrielle en tono despectivo—, para recuperar una teología arcaica, ridícula e inútil que al parecer tú has olvidado.

—Lo sé muy bien —repuse suavemente—. Me deprimes. ¿Qué te he hecho? Tan sólo me he arrodillado junto a él.

—Pero te propones hacer mucho más que eso, y tus lágrimas me ofenden —replicó ella.

En éstas oí a alguien a mis espaldas hablarle a Gabrielle. Supuse que era Pandora, pero no estaba seguro. De pronto, en un súbito flas evanescente, caí en la cuenta de todos los que se habían refocilado con mi sufrimiento, pero no me importó.

—¿Qué pretendías, Armand? —preguntó Gabrielle astuta y cruelmente. Su rostro estrecho y ovalado era muy parecido al de Lestat, pero al mismo tiempo distinto. Él nunca se había mostrado tan ajeno a todo sentimiento, tan abstracto en su ira como ella ahora—. ¿Crees que verás lo que él vio, o que la sangre de Cristo aparecerá ante ti para que la saborees con la lengua? ¿Quieres que te cite un pasaje del catecismo?

—No es necesario, Gabrielle —respondí de nuevo con suavidad. Las lágrimas me cegaban.

—El pan y el vino constituyen el Cuerpo y la Sangre en tanto sigan siendo esas especies, Armand; pero cuando dejan de ser pan y vino dejan de ser el Cuerpo y la Sangre. ¿Qué crees que es la sangre de Cristo que tiene en su interior? ¿Acaso crees que ha conservado su poder mágico pese al motor de su corazón que devora la sangre de los mortales como si ésta fuera el mero aire que respira?

No respondí. Pensé en silencio, en mi fuero interno: «No fue el pan y el vino; fue su sangre, la sangre bendita de Dios, y se la dio Él mismo de camino al Calvario, a este ser que yace aquí».

Tragué saliva para disipar mi tristeza y mi cólera por haberme obligado Gabrielle a confesármelo a mí mismo. Decidí ir en busca de mis pobres

Sybelle y Benji, pues sabía por su aroma que seguían en la habitación. ¿Por qué no se los había llevado Marius? Estaba claro. Marius deseaba ver lo que haría yo.

—No me digas que se trata de un problema de fe —dijo Gabrielle con voz socarrona, meneando la cabeza—. Te presentas aquí dudando como santo Tomás para clavar tus dientes ensangrentados en la herida.

—¡Basta, te lo suplico! —murmuré, alzando las manos—. Déjame intentarlo, déjale que me lastime si puede, y luego lárgate.

No estaba convencido de lo que acababa de decir, no sentí ningún poder en mis palabras, sólo humildad y una tristeza inenarrable.

Pero a ella sí le impresionaron. Por primera vez su rostro mostró una expresión compungida, sus ojos enrojecieron y se llenaron de lágrimas y apretó los labios.

—Pobre criatura perdida, pobre Armand —dijo Gabrielle—. Lo siento por ti. Me alegré al saber que habías sobrevivido al sol.

—En ese caso yo te perdono, Gabrielle —respondí—, por todas las cosas crueles que me has dicho.

Gabrielle me observó con expresión pensativa y al cabo de unos instantes asintió lentamente. Luego alzó las manos, retrocedió silenciosamente y ocupó de nuevo su lugar, sentándose en los escalones del altar y apoyando la cabeza contra el comulgatorio. Encogió las piernas como antes y me miró con el rostro en sombra.

Yo aguardé. Gabrielle permaneció inmóvil, en silencio. Los ocupantes de la catedral no emitieron el menor sonido. Oí los latidos acompasados del corazón de Sybelle y la respiración entrecortada de Benji, pero se encontraban a varios metros de mí.

Miré a Lestat, el cual seguía en la misma posición, con un mechón de pelo sobre el ojo derecho. Tenía el brazo derecho extendido y los dedos curvados hacia arriba. No se percibía el menor movimiento de su cuerpo, ni siquiera sus pulmones al respirar, ni un suspiro a través de sus poros.

Me arrodillé de nuevo junto a él. Alargué la mano y sin dudar ni titubear le aparté el pelo del rostro.

Sentí el estupor que mi ademán había provocado en los otros. Los oí suspirar y emitir una breve exclamación de asombro.

Lentamente, le acaricié el pelo con ternura, y observé, estupefacto pero en silencio, que una de mis lágrimas había caído sobre su rostro.

Era una lágrima roja pero acuosa, transparente, que se deslizó sobre la curva de su pómulo y desapareció en el hueco debajo de éste.

Me aproximé más a él, volviéndome hacia un lado para contemplarlo de frente, con la mano apoyada en su cabello. Luego extendí las piernas hacia atrás, tumbándome junto a él, y apoyé el rostro sobre su brazo extendido.

De nuevo percibí unas exclamaciones de estupor y unos suspiros; yo traté de impedir que el orgullo contaminara el amor que sentía mi corazón.

No era un amor diferenciado ni definido, sino simplemente amor, el amor que yo quizá podía sentir por una persona a la que había matado o a la que había succionado su sangre, o con quien me había cruzado en la calle, o a quien conocía y valoraba tanto como a él.

El peso de su dolor se me antojó inimaginable, y en mi mente concebí una noción del mismo que abarcaba la tragedia que todos habíamos sufrido, quienes matan para vivir, y se nutren de la muerte tal como decreta la misma Tierra, y están condenados a ser conscientes de ello, y saben milimétricamente hasta qué punto todas las cosas que nos alimentan languidecen lentamente hasta desaparecer. Dolor, un dolor mucho mayor que el remordimiento, e infinitamente más culpable, un dolor demasiado intenso para que lo soporte el mundo.

Me incorporé. Apoyé el peso sobre un codo y deslicé los dedos de la mano derecha suavemente por su cuello. Oprimí lentamente los labios sobre su piel blanca y sedosa y aspiré el viejo e inconfundible sabor y aroma de su persona, un aroma dulzón e indefinible y personal, compuesto por todas sus dotes físicas y las que le fueron concedidas posteriormente, y oprimí mis colmillos a través de su piel para saborear su sangre.

En aquel momento no era consciente de hallarme en la capilla, no oí suspiros escandalizados ni exclamaciones reverentes. No oí nada, y sin embargo sabía lo que ocurría a mi alrededor. Lo sabía como si aquel lugar tangible no fuera sino un fantasma, pues lo único real era su sangre.

Era espesa como la miel, con un sabor profundo e intenso, un jarabe para los mismos ángeles.

Al beber gemí de gozo, sintiendo el calor abrasador de aquella sangre, tan distinta de la sangre humana. Con cada latido acompasado de su poderoso corazón brotaba un nuevo chorro de sangre, hasta que me llenó la boca y se deslizó por mi garganta sin tener que esforzarme en tragarla; y el

sonido de su corazón se hizo más y más fuerte, y un resplandor rojizo me nubló la vista, y a través de ese resplandor vi un gran remolino de polvo.

De la nada surgió de pronto una barahúnda de voces, mezclada con una arena ácida que me escoció los ojos. Era un lugar en el desierto, antiguo y lleno de cosas comunes que olían que apestaban, a sudor, a porquería, a muerte. Las voces gritaban y resonaban por los sucios muros que me rodeaban. Las voces se superponían unas a otras, emitiendo exclamaciones despectivas, befas, alaridos de horror y ásperos retazos de frases blasfemas expresadas con indiferencia que sonaban sobre unos gritos desgarradores y terribles de dolor y alarma.

Me vi estrujado por los cuerpos que me rodeaban, pugnando por liberarme, sintiendo el sol que abrasaba mi brazo extendido. Comprendía las palabras que oía a mi alrededor, una vieja lengua expresada por medio de gritos y gemidos mientras me esforzaba en aproximarme a la fuente de aquel tumulto provocado por una masa grotesca y sudorosa que me empujaba de un lado a otro y me impedía avanzar.

Temí morir aplastado por esos hombres andrajosos, de piel áspera, y esas mujeres cubiertas con un velo vestidas con toscas ropas de confección casera, que no cesaban de empujarme con los codos y de pisarme. No alcanzaba a ver lo que ocurría frente a mí. Extendí los brazos, ensordecido por los gritos y las perversas y feroces carcajadas, y de pronto, como por decreto, la multitud se separó y contemplé la sensacional obra de arte.

Era Él, cubierto con una túnica blanca y desgarrada, ese personaje cuyo rostro había visto estampado en las fibras del velo. Los brazos estaban sujetos con unas gruesas e irregulares cadenas de hierro a la pesada y monstruosa cruz, encorvado debido al peso, el cabello colgando a ambos lados de su rostro lacerado y entumecido. La sangre causada por la corona de espinas le nublaba los ojos, que mantenía abiertos, sin pestañear.

Él me miró, asombrado, ligeramente desconcertado. Me contempló detenidamente, como si no le rodeara una multitud, como si de vez en cuando el soldado no hiciera restallar un látigo sobre su espalda y su cabeza agachada. Me miró fijamente, con el pelo enmarañado y empapado en sangre, los párpados llagados y sangrando.

—¡Señor! —exclamé.

Creo que alargué las manos hacia él, pues eran mis manos menudas y pálidas las que vi pugnando por tocarle el rostro.

—¡Señor! —exclamé de nuevo.

Él me observó, inmóvil, sus ojos fijos en los míos, las manos suspendidas de las cadenas de hierro, los labios chorreando sangre.

De pronto noté un contundente golpe que me precipitó hacia delante. Su rostro llenaba todo mi campo visual, su rostro constituía la medida de todo cuanto alcanzaba a ver: su piel manchada y rota, sus pestañas negras, húmedas y enmarañadas, las grandes y relucientes órbitas de sus ojos con las pupilas negras.

Se aproximó más y más. La sangre se deslizaba sobre sus gruesas cejas y sus mejillas demacradas. Abrió la boca y emitió un sonido, un suspiro seguido del ronco murmullo de su respiración, que fue cobrando intensidad a medida que su rostro se hacía más grande, perdiendo sus facciones, convirtiéndose en la suma de todos sus colores vagos y borrosos, al tiempo que el sonido se convertía en un rugido nítido y ensordecedor.

Grité aterrorizado. La multitud me empujó hacia atrás. Sin embargo, mientras contemplaba aquella figura familiar y el antiguo marco de su rostro con su corona de espinas, el rostro se fue agrandando hasta adquirir proporciones gigantescas, haciéndose más borroso, y de pronto me pareció que se abatía sobre mí y sofocaba mi rostro con un peso inmenso y total.

Grité. Me sentía impotente, ingrávido, incapaz de respirar. Grité como jamás había gritado en toda mi miserable vida, emitiendo un grito tan estentóreo que el rugido reverberó en mis oídos, pero la visión siguió aproximándose a mí, la gigantesca e ineludible masa que había sido su rostro.

—¡Oh, Señor! —grité con todas las fuerzas de mis pulmones abrasados. Oí el rugido del viento.

Sentí un golpe en la parte posterior de la cabeza tan violento que me partió el cráneo. Oí el chasquido del hueso al partirse. Sentí un chorro viscoso de sangre deslizándose por mi cuello.

Abrí los ojos. Miré al frente. Me hallaba en el otro extremo de la capilla, apoyado contra el muro encalado, con las piernas estiradas, los brazos colgando a los costados y la cabeza ardiendo debido al dolor producido por el golpe contra el muro.

Lestat no se había movido. Yo estaba seguro de ello.

No era preciso que lo dijera nadie. No fue él quien me arrojó contra el muro.

Caí de bruces, colocando un brazo debajo de la cabeza para amortiguar el golpe. Me di cuenta de que estaba rodeado de pies, de que Louis estaba cerca de mí, de que incluso se había aproximado Gabrielle, y me di cuenta también de que Marius se llevaba a Sybelle y a Benjamin de allí.

En el denso silencio percibí tan sólo la aguda vocecita de Benjamin al preguntar:

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado? El rubio no le golpeó. Yo lo vi. No le golpeó. Él no...

Oculté el rostro, empapado en lágrimas, me tapé la cabeza con manos temblorosas para que no vieran mi amarga sonrisa, aunque era imposible ocultar mis sollozos.

Lloré durante largo rato. Luego, poco a poco, la herida de mi cabeza comenzó a cicatrizar, como yo sabía que ocurriría. La pérfida sangre subió a la superficie de mi piel, produciéndome un cosquilleo mientras cumplía su pérfida labor, cosiendo la carne como un diabólico rayo láser.

Alguien me entregó un pañuelo. Me pareció que emanaba un leve aroma a Louis, pero no estaba seguro de ello. Transcurrió mucho rato, quizás una hora, antes de que me lo pasara por la cara para enjugarme la sangre. Transcurrió otra hora, una hora de tranquilidad, durante la cual algunos de los presentes se retiraron discretamente, antes de que yo me incorporara, apoyando la espalda en el muro. La cabeza ya no me dolía, la herida había desaparecido, y la sangre reseca no tardaría en desprenderse.

Le miré durante largo rato, en silencio. Sentí frío, soledad, angustia. Nada de lo que los otros murmuraban llegó a mis oídos. No observé ningún gesto ni movimiento a mi alrededor.

En el sanctasanctórum de mi mente, repasé despacio, con precisión, todo cuanto había visto y oído, todo lo que acabo de relatarte.

Por fin me levanté, regresé junto a él y le miré.

Gabrielle me dijo algo, unas palabras duras y crueles, pero no las oí. Sólo percibí el sonido, la cadencia, como si su viejo acento francés, que yo había oído mil veces, fuera una lengua que yo desconociera.

Me arrodillé y le besé el pelo. Lestat no se movió. No varió de postura. Yo no temía que lo hiciera, ni tampoco confiaba en que lo hiciera. Le besé de nuevo en la mejilla. Luego me levanté, me limpié las manos en el pañuelo que aún sostenía y me marché.

Creo que permanecí sumido en una especie de letargo durante largo rato.

De golpe recordé algo que Dora había dicho hacía mucho tiempo, sobre una niña que había muerto en el ático, sobre un pequeño fantasma y unas ropas viejas.

Aferrándome a ese recuerdo, temeroso de que se disipara, logré encaminarme hacia la escalera.

Fue allí donde al cabo de unos minutos me encontré contigo. Ahora ya sabes, para bien o para mal, lo que vi y lo que no vi.

Así concluye mi sinfonía. Permite que la firme. Cuando hayas terminado de copiarla, entregaré mi transcripción a Sybelle. Y quizá también a Benji. Con el resto puedes hacer lo que te plazca.

OceanofPDF.com

25

Esto no es un epílogo. Es el último capítulo de un relato que creí que había concluido. Lo escribo de mi puño y letra. Será breve, pues no queda ningún drama en mí y debo manipular con sumo cuidado los escuetos pormenores de esta historia.

Quizá más adelante se me ocurran las palabras precisas para ahondar en los detalles de lo ocurrido, pero de momento sólo soy capaz de describirlo escuetamente.

No abandoné el convento después de escribir mi nombre en la copia que David ha redactado fielmente. Era demasiado tarde.

La noche se había consumido en palabras, y tuve que retirarme a una de las celdas de ladrillo secretas del lugar que David me había mostrado, un lugar donde Lestat había estado preso anteriormente, y allí, tumbado en el suelo, en la oscuridad, excitado por todo lo que había relatado a David, y más agotado de lo que jamás me había sentido, me quedé inmediata y profundamente dormido poco antes del alba.

Cuando oscureció me levanté, me alisé la ropa y regresé a la capilla. Me arrodillé y besé a Lestat con un afecto sin reservas, al igual que había hecho la noche anterior. No reparé en si había alguien presente.

Siguiendo las instrucciones de Marius, me alejé del convento, bañado por las primeras luces violeta del crepúsculo, confiado, admirando las flores, atento a oír los acordes de la sonata de Sybelle que me conducirían a la casa indicada.

Al cabo de unos segundos percibí la música, las distantes pero rápidas frases del *Allegro assai*, o primer movimiento, de la conocida canción de Sybelle.

Ésta la tocaba con insólita precisión, una nueva y lánguida cadencia que otorgaba a la pieza una poderosa autoridad rojo rubí que me entusiasmó.

Me alegró comprobar que no había aterrorizado a mi joven pupila. Estaba

perfectamente, tal vez enamorada de la lánguida y húmeda belleza de Nueva Orleans, como nos ha ocurrido a tantos.

Me dirigí apresuradamente hacia mi destino y por fin me detuve, un tanto despeinado debido al viento, frente a un enorme edificio de ladrillo de tres pisos en Metairie, un suburbio «campestre» de Nueva Orleans próximo a la ciudad con un aire prodigiosamente remoto.

Los gigantescos robles que Marius me había descrito rodeaban esta mansión americana, y, tal como me había asegurado, todas las puertas de doble hoja compuestas por unos relucientes paneles de madera estaban abiertas para dejar pasar la brisa nocturna.

Pisé la hierba alta y suave. A través de todas las ventanas brillaba una luz espléndida, tan necesaria para Marius, al tiempo que brotaban las notas de la *Appassionata*, la cual se deslizaba con extraordinaria gracia hacia el segundo movimiento, *Andante con motto*, que promete ser uno de los segmentos más plácidos de la obra, pero que no tarda en adquirir la misma furia que el resto de la sonata.

Me detuve en seco para escucharla. Jamás había oído unas notas tan límpidas y translúcidas, tan brillantes y exquisitamente definidas. Traté, por puro gozo, de adivinar las diferencias entre esta ejecución y las muchas que había escuchado anteriormente. Todas eran distintas, mágicas y profundamente conmovedoras, pero ésta era increíblemente espectacular, de una belleza sin par, realzada por el magnífico piano de cola que tocaba Sybelle.

Durante unos instantes experimenté una extraña tristeza, el terrible y angustioso recuerdo de lo que había visto al beber la noche anterior la sangre de Lestat. Me recreé en él, inocentemente, por así decirlo, y luego, con un suspiro de satisfacción, comprendí que no tenía que hablar a nadie de ello, que se lo había dictado todo a David, y que cuando él me entregara mis copias, yo las confiaría a los seres que amaba, quienes sin duda desearían saber lo que yo había presenciado.

En cuanto a mí, no trataría de descifrarlo. No podía. Estaba convencido de que quienquiera que fuera la persona a la que me había encontrado de camino al Calvario, tanto si era real como producto de mis remordimientos, no había querido que yo le viera y me había apartado con monstruosa violencia. En efecto, la sensación de rechazo era tan total que me costaba creer que hubiera sido capaz de describir aquella escena a David.

Era preciso borrar esas ideas de mi mente. Tras aniquilar todo eco de aquella experiencia, me recreé de nuevo con la música de Sybelle, de pie bajo los robles, sintiendo la sempiterna brisa del río, que llega a todas partes en este lugar, refrescando y serenándome y haciendo que sintiera que la Tierra ofrecía una irreprimible belleza, incluso a un ser como yo.

La música del tercer movimiento fue adquiriendo intensidad hasta alcanzar su deslumbrante clímax, y creí que se me iba a partir el corazón.

Fue entonces, cuando sonaron los últimos compases, que me percaté de algo que era obvio desde el principio.

No era Sybelle quien interpretaba esa música. No podía ser ella. Yo conocía todos los matices de su interpretación de esta sonata. Conocía su forma de expresarse, las cualidades tonales que arrancaba a las notas. Aunque sus interpretaciones eran infinitamente espontáneas, yo conocía su música, al igual que uno conoce la forma de escribir de otra persona o el estilo de la obra de un pintor. La persona que tocaba no era Sybelle.

De golpe comprendí la verdad. Era Sybelle, pero una Sybelle que ya no era Sybelle.

Durante unos segundos me negué a creerlo. Sentí que mi corazón había dejado de latir.

Luego entré en la casa, con paso rápido y furioso, resuelto a no detenerme ante nada ni nadie hasta que se hubieran confirmado mis sospechas.

A los pocos instantes lo contemplé con mis propios ojos. Estaban reunidos en una habitación espléndida: la hermosa y esbelta figura de Pandora, ataviada con un vestido de seda marrón, ceñido en la cintura al antiguo estilo griego, Marius con una chaqueta informal de terciopelo y un pantalón de seda, y mis hijos, mis hermosos pupilos, Benji radiante con su túnica blanca, bailando descalzo y enloquecido por la habitación, con las manos extendidas como si quisiera asir el aire, y Sybelle, mi preciosa Sybelle, con los brazos desnudos y vestida con un traje de seda rosa vivo, sentada al piano, su largo cabello desparramado sobre la espalda, atacando de nuevo el primer movimiento.

Todos ellos, sin excepción, eran vampiros.

Apreté los dientes y me tapé la boca para impedir que mis bramidos despertaran al mundo. Emití unos rugidos de rabia y dolor, sofocados por mis flácidas manos.

Grité una sola y desafiante sílaba una y otra vez: «¡No, no, no!» No podía articular otra palabra, gritar otra frase, hacer otra cosa. Lloré desconsoladamente.

Me mordí la mano hasta que me dolió el maxilar; mis manos temblaban como las alas de un ave que no me permitía cerrar la boca por completo, y de mis ojos brotaban unas lágrimas tan gruesas y abundantes como cuando besé a Lestat.

¡No, no, no, no!

De pronto extendí las manos, crispándolas en unos puños, dispuesto a emitir un grito semejante al rugido de un toro herido, pero Marius me agarró con fuerza, estrechándome contra sí y obligándome a sepultar el rostro contra su pecho.

Yo me debatí entre sus brazos para liberarme, le propiné una patada con todas mis fuerzas, le golpeé con los puños.

—¡Cómo pudiste hacerlo! —bramé.

Sus manos me sujetaron la cabeza en una trampa de la que no podía escapar y sus labios me cubrieron de besos, unos besos que me repugnaban y de los que trataba de zafarme con gestos frenéticos y desesperados.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo te has atrevido? ¿Cómo has sido capaz de hacer eso?

Por fin logré apartarme lo suficiente para descargar un puñetazo tras otro sobre su pecho.

Pero ¿de qué servía? Qué débiles e ineficaces eran mis puños en comparación con su fuerza. Qué impotentes y absurdos e insignificantes eran mis gestos. Marius se mantuvo impasible, encajando mis golpes. Su rostro expresaba una indecible tristeza; tenía los ojos secos pero llenos de amor.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —repetía yo una y otra vez.

De pronto Sybelle se levantó del piano y corrió hacia mí con los brazos extendidos. Y Benji, que había contemplado la escena, también echó a correr hacia mí, y ambos me estrecharon suavemente en sus tiernos brazos.

—No te enfurezcas, Armand, no te pongas triste —me susurró Sybelle al oído—. ¡Mi magnífico Armand, no debes estar triste! No te enojes. Nos quedaremos junto a ti para siempre.

—¡Estamos junto a ti! —exclamó Benji—. Él hizo la magia. No tuvimos que nacer de unos huevos negros. ¡Aquello fue una historia que nos

contaste, Dybbuk! Nunca moriremos, Armand, nunca nos pondremos enfermos, nunca sentiremos dolor ni temor. —El niño comenzó a brincar de alegría y ejecutó otra pirueta, pasmado y riendo ante su nuevo vigor, ante el hecho de saltar tan alto y tan airosamente—. ¡Somos muy felices, Armand!

—¡Sí, te ruego que no te enojes! —dijo Sybelle suavemente con su voz dulce y profunda—. Te quiero mucho, Armand, te quiero con locura. Teníamos que hacerlo. Era preciso. Teníamos que hacerlo para permanecer siempre junto a ti.

Mis manos ardían en deseos de acariciarla, tranquilizarla, y cuando ella sepultó la frente en mi cuello, abrazándome con fuerza, no fui capaz de tocarla, de abrazarla, de calmarla.

—Te quiero, Armand, te adoro, sólo vivo para ti y permaneceré siempre a tu lado —declaró Sybelle.

Yo asentí y traté de hablar, pero fue en vano. Sybelle besó mis lágrimas. Empezó a besarlas rápida y desesperadamente.

—Basta, no llores, no llores más —repitió una y otra vez con voz queda, angustiada—. Te queremos, Armand.

—¡Somos muy felices, Armand! —exclamó Benji—. ¡Mírame, Armand! Ahora podremos bailar junto al son de su música. Podremos hacerlo todo juntos. Hemos ido juntos en busca de víctimas. —Benji se acercó a mí y dobló las rodillas, como si se dispusiera a dar un brinco de alegría para subrayar sus palabras. Luego suspiró y me arrojó de nuevo los brazos al cuello—. Pobre Armand, estás confundido, lleno de unos sueños absurdos. ¿Es que no lo comprendes, Armand?

—Te amo —musité con voz apenas audible al oído de Sybelle. Murmuré de nuevo esas palabras, y entonces mi resistencia se vino abajo y la abracé con ternura y acaricié con manos ávidas su piel blanca y sedosa y su hermoso, reluciente y vigoroso cabello.

Mientras la estrechaba contra mi pecho, susurré:

—No tiembles, te amo, te amo.

Extendí la mano derecha y atraje a Benji hacia mí.

—Y tú, bribón, ya me lo contarás todo más adelante. Ahora deja que te abrace. Deja que te abrace.

Yo estaba tiritando. Tiritaba de angustia. Sybelle y Benji me abrazaron de nuevo con ternura, para que entrara en calor.

Por fin, después de darle unas palmaditas y de despedirme de ellos con

unos besos, retrocedí y me dejé caer, agotado, en un amplio sillón de época tapizado de terciopelo.

Me dolía la cabeza y noté que se me humedecían de nuevo los ojos, pero hice acopio de todas mis fuerzas y me tragué las lágrimas para no disgustar a mis pupilos.

Sybelle se sentó al piano y comenzó a tocar de nuevo la sonata. Esta vez ejecutó las notas en un maravilloso tono monosilábico de soprano, y Benji se puso de nuevo a bailar, girando y brincando con los pies desnudos, siguiendo maravillosamente el ritmo de la música de Sybelle.

Me incliné hacia delante y apoyé la cabeza en las manos. Deseaba que el cabello me cayera sobre el rostro y me ocultara de todas las miradas curiosas, pero aunque espesa, no era más que una mata de pelo.

Noté una mano sobre mi hombro y me tensé, pero no dije nada, pues temía ponerme de nuevo a llorar y a maldecir con todas mis fuerzas. Así pues, guardé silencio.

—No pretendo que lo comprendas —murmuró Marius.

Me enderecé. Marius estaba junto a mí, sentado en el brazo del sillón. Me miró detenidamente.

Yo asumí una expresión amable, deshaciéndome en sonrisas, y me expresé con una voz tan aterciopelada y plácida que nadie podía haber imaginado que hablaba de otra cosa que de amor.

—¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Por qué lo hiciste? ¿Tanto me odias? No me mientas. No me vengas con estupideces que sabes que no me tragaré. No me mientas para proteger a Pandora o a ellos. Yo me ocuparé de ellos y los amaré siempre. Pero no me mientas. Lo hiciste por venganza, ¿no es así, maestro? ¿Lo hiciste para vengarte?

—¿Cómo puedes creer eso? —replicó Marius con una voz que expresaba también amor puro, una voz que me hablaba de amor con tono sincero y un rostro implorante—. Si alguna vez hice algo por amor, ha sido esto. Lo hice por amor y por ti. Lo hice por todas las injusticias que cometí contigo, por toda la soledad que has padecido, por todos los horrores que el mundo descargó sobre ti cuando eras demasiado joven e ingenuo para luchar contra ellos y estabas demasiado hundido para entablar una batalla con el corazón esperanzado. Lo hice por ti.

—Mientes, mientes en tu corazón —contesté—, si no con tu lengua. Lo hiciste por despecho, y acabas de demostrármelo. Lo hiciste para vengarte

porque yo no era el pupilo que querías que fuera. Yo no era el alumno aventajado y rebelde capaz de plantar cara a Santino y a su pandilla de monstruos, y al cabo de los siglos volví a decepcionarte cuando después de ver el velo me dirigí hacia el sol. Lo hiciste por eso. Lo hiciste por despecho y amargura y porque te sentías decepcionado, y lo más horroroso es que tú mismo no te das cuenta. No pudiste soportar que mi corazón estallara de gozo al ver contemplar la faz de Dios grabada en el velo. No soportas que este pupilo que tú habías sacado de un prostíbulo veneciano y habías alimentado con tu propia sangre, ese niño al que instruiste con tus libros y tus manos, gritara el nombre de Dios cuando vio su faz sobre el velo.

—No, eso está tan lejos de ser verdad que me rompe el corazón —repuso Marius, meneando la cabeza. Con los ojos secos, blanco como la cera, su rostro era la viva imagen del dolor, parecía un cuadro que él mismo hubiera pintado—. Lo hice porque ellos te aman como nadie te ha amado. Son libres, poseen una generosidad de espíritu y una profunda inteligencia que impide que te teman a ti y lo que tú eres. Lo hice porque esos jóvenes se han forjado en el mismo horno que yo, dotados de una gran astucia y resistencia. Lo hice porque la locura no ha derrotado a Sybelle, y la pobreza y la ignorancia no ha derrotado a Benji. Lo hice porque ellos eran tus elegidos, unos seres perfectos, y sabía que tú no lo harías, y que ellos acabarían odiándote, como tú me odiaste a mí por resistirme a concederte el don que ansiabas, y preferías que se alejaran de tu lado o perecieran antes que claudicar.

»Ahora son tuyos. Nada os separa. Es mi sangre, antigua y potente, que los ha dotado de un poder que hace que sean unos dignos compañeros tuyos y no la pálida sombra de tu alma que era Louis.

»No existe entre vosotros una barrera entre el maestro y el pupilo, tú conocerás los secretos que albergan en sus corazones y ellos los tuyos.

Hubiera dado cualquier cosa por creerlo.

Deseaba estar solo, alejarme de Marius. Al pasar frente a mis pupilos, sonreí cariñosamente a Benji y besé suavemente a Sybelle. Me retiré al jardín, solo, deteniéndome bajo una pareja de gigantescos robles.

Sus gigantescas raíces se alzaban del suelo formando unos pequeños montículos de madera dura y áspera. Apoyé los pies sobre este escabroso lugar y la cabeza contra el roble más cercano.

Las ramas se inclinaban hacia el suelo y formaban un velo que me

ocultaba, como había deseado que hiciera mi pelo. Me sentía protegido y a salvo en las sombras que proyectaban. Estaba sereno, pero tenía el corazón roto y la mente trastornada, y sólo tenía que contemplar a través de la puerta abierta a mis dos ángeles vampiros de piel lechosa, enmarcados por la radiante iluminación de la casa, para echarme de nuevo a llorar.

Marius permaneció largo rato en el umbral de una puerta distante. No me miró. Y cuando yo miré a Pandora, la vi sentada en otro antiguo y amplio sillón de terciopelo, tensa, como dispuesta a defenderse de un terrible dolor, posiblemente nuestra única discusión.

Por fin Marius se enderezó y avanzó hacia mí. Creo que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para dar aquel paso. Su rostro expresaba cierto enojo e incluso orgullo.

A mí me tenía sin cuidado.

Se plantó ante mí sin mediar palabra, como si se hubiera acercado para afrontar lo que yo tuviera que decir.

—¿Por qué no dejaste que conservaran sus vidas? —le espeté—. Al margen de lo que pensaras de mí y de mis locuras, ¿por qué no dejaste que conservaran lo que la naturaleza les había concedido? ¿Por qué tuviste que entrometerte? ¡Tú, precisamente tú!

Marius no respondió, pero yo no estaba dispuesto a consentir que callara.

Suavizando el tono para no alarmar a los demás, continué.

—En mis épocas más negras —dije—, tus palabras me daban aliento. No me refiero a los siglos en que era esclavo de un credo diabólico y una grotesca quimera. Me refiero a más tarde, cuando hube salido de aquel sótano, respondiendo al desafío de Lestat, y leí lo que Lestat había escrito sobre ti, y luego lo oí de tus propios labios. Fuiste tú, maestro, quien hizo que vislumbrara un retazo del maravilloso universo que se extendía a mi alrededor, un universo que no pude haber imaginado en la tierra ni en la época en que nací.

No podía contenerme. Me detuve para recuperar el aliento y escuchar la música de Sybelle, y al percatarme de lo hermosa que era, melancólica, expresiva e insólitamente misteriosa, estuve a punto de echarme a llorar de nuevo. Pero no podía consentirlo. Tenía aún mucho que decir, al menos eso creía.

—Fuiste tú, maestro, quien dijiste que nos movíamos en un mundo donde las antiguas religiones basadas en la superstición y la violencia habían

perdido vigencia. Dijiste que vivíamos en una época en que el mal ya no aspiraba a ocupar un lugar necesario. Recuerda, maestro, que le dijiste a Lestat que no había un credo ni un código que justificara nuestra existencia, que los hombres saben ahora lo que es el mal, y el mal real es el hambre, la pobreza, la ignorancia, la guerra y el frío. Tú mismo dijiste estas cosas, maestro, con más elegancia y elocuencia que yo. Éstos eran los nobles razonamientos que empleabas cuando discutías con nosotros, con los más ruines de nuestra especie, proclamando la santidad y la preciosa gloria de este mundo natural y humano. Fuiste tú quien defendía el alma humana, afirmando que había adquirido una mayor espiritualidad y nobleza de sentimientos, que los hombres ya no vivían deslumbrados por el *glamour* de la guerra sino que habían descubierto unas cosas que antes estaban reservadas a los poderosos y los ricos, y que ahora estaban al alcance de todos. Fuiste tú quien dijiste que una nueva iluminación, una nueva razón, ética y misericordia, había resurgido después de los tenebrosos siglos regidos por unas religiones sanguinarias, para emanar no sólo su luz sino su calor.

—Basta, Armand, no digas nada más —me rogó Marius. Lo dijo con tono amable pero firme—. Recuerdo esas palabras. Recuerdo todo lo que dije. Pero ya no creo esas cosas.

Me quedé estupefacto. Me asombró la increíble sencillez con que renegaba de lo que había afirmado una y mil veces. No me cabía en la cabeza, y sin embargo le conocía lo suficiente para saber que hablaba en serio.

Marius me observó fijamente.

—Antes lo creía, sí. Pero no era una convicción basada en la razón y la observación de la humanidad, como yo pensaba. Nunca lo fue, y cuando lo comprendí, cuando vi lo que era realmente, un fanatismo ciego, desesperado e irracional, esa convicción se vino abajo súbita y completamente.

»Dije esas cosas, Armand, porque quería creer que eran ciertas. Eran su propio credo, el credo de lo racional, el credo de lo ateo, el credo de lo lógico, el credo del sofisticado senador romano que no quería ver las nauseabundas realidades del mundo que le circundaba, porque si reconocía lo que veía en la miseria de sus hermanos y sus hermanas, se habría vuelto loco.

Marius se detuvo para recobrar el resuello y continuó, volviéndose de espaldas a la habitación brillantemente iluminada, como para proteger a los vampiros neófitos del ardor de sus palabras, como yo deseaba que hiciera.

—Conozco la historia, la he leído como otros leen la Biblia, y no descansaré hasta haber hallado todas las historias que se han escrito y podemos conocer, hasta que haya descifrado los códigos de todas las culturas que hayan dejado unas sugestivas pruebas que yo pueda arrancar de la tierra, piedra, papiro o arcilla.

»Pero mi optimismo era absurdo, yo era un ignorante, tan ignorante como acusaba a otros de serlo, me negaba a ver los horrores que me rodeaban, lo peor de este siglo, este siglo de la razón, unos horrores como jamás han existido en la historia de la humanidad.

»No tienes más que echar la vista atrás para comprobar que lo que digo es cierto, hijo mío. Repasa la época dorada de Kíev, que sólo conocías a través de canciones después de que los mongoles hubieran quemado las catedrales y asesinado a la población como si fueran ganado, al igual que hicieron en todo Rus de Kíev durante doscientos años. Repasa las crónicas de toda Europa y verás que en todas partes había guerra, en Tierra Santa, en los bosques de Francia y Alemania, en la fértil tierra inglesa, sí, la bendita Inglaterra, y en cada rincón asiático del globo.

¿Por qué me había engañado durante tanto tiempo? ¿Es que no veía esos pastizales rusos, las ciudades quemadas? ¡Toda Europa pudo haber sucumbido a Gengis Khan! ¡Las grandes catedrales inglesas habían sido reducidas a un montón de cascotes por el arrogante rey Enrique!

Los libros de los mayas arrojados a las llamas por los sacerdotes españoles. Los incas, los aztecas, los olmecas, numerosos pueblos de todas las naciones, habían sido aniquilados...

—Es un horror tras otro, y ya no puedo seguir fingiendo que no los veo. Cuando veo a millones de personas morir en las cámaras de gas debido al capricho de un austriaco desquiciado, cuando veo tribus africanas enteras masacradas y las aguas de sus ríos rebosantes de cadáveres hinchados, cuando veo la hambruna cobrarse la vida de poblaciones enteras en una era de glotona abundancia, no puedo seguir creyendo en esas pláticas.

»No puedo precisar qué hecho acabó con mi autoengaño. No sé qué horror arrancó la máscara de mis mentiras. ¿Acaso los millones que morían de hambre en Ucrania, prisioneros de su dictador, o los miles que

perecieron debido al veneno nuclear vertido desde el cielo sobre los campos, unas pobres gentes que no gozaban de la protección de los poderes gobernantes que antaño les habían matado de hambre? ¿Fueron quizá los monasterios del noble Nepal, unas ciudadelas de meditación y gracia que habían permanecido en pie durante miles de años, más antiguos incluso que yo mismo y toda mi filosofía, destruidos por un ejército de codiciosos militaristas enzarzados en una batalla sin cuartel contra los monjes ataviados con sus hábitos color azafrán, y los valiosos libros que arrojaron al fuego, y las campanas antiguas que fundieron para que no siguieran llamando a las gentes a orar? Y todo esto en el espacio de décadas hasta el día de hoy, mientras las naciones occidentales bailaban en sus discotecas y se bebían su licor, comentando de pasada la triste suerte del lejano Dalai Lama y apresurándose a cambiar de canal.

»No sé lo que fue. Quizá fueran los millones de chinos, japoneses, camboyanos, hebreos, ucranianos, polacos, rusos, kurdos... ¡Dios, la letanía es interminable! No tengo fe, he perdido el optimismo, no creo en los métodos de la razón ni la ética. No te reprocho que te detuvieras en los escalones de la catedral, con los brazos extendidos hacia su Dios que todo lo sabe y es todo perfección.

»No sé nada porque sé demasiado, no comprendo muchas cosas y jamás las comprenderé. Pero tú me enseñaste, más que todos los seres que he conocido, que el amor es necesario, tan necesario como la lluvia y las flores y los árboles, como la comida para el niño hambriento, y la sangre para los depredadores y carroñeros que somos los de nuestra especie. Necesitamos el amor, y sólo el amor puede hacernos olvidar y perdonar todas las salvajadas.

»De modo que saqué a tus pupilos de su fabuloso y prometedor mundo moderno, con sus enfermas y desesperadas masas. Los saqué y les concedí el único poder que poseo. Lo hice por ti. Les concedí tiempo, el tiempo para hallar quizás una respuesta que los mortales que viven en la época presente jamás hallarán.

»Esto es todo. Yo sabía que protestarías, que sufrirías, pero también sabía que cuando yo hubiera terminado mi labor, serían tuyos y los amarías, y sabía que los necesitabas desesperadamente. De modo que a partir de ahora están unidos a la serpiente, al león y al lobo, y son muy superiores al peor de los hombres que han demostrado en esta época ser unos monstruos

colosales, y libres para alimentarse de forma selectiva en un mundo sembrado de maldad capaz de engullir las malas hierbas que ellos deseen eliminar.

Entre nosotros se hizo el silencio.

Me quedé pensativo durante largo rato, pues no quise precipitarme a hablar.

Sybelle había dejado de tocar, y yo sabía que estaba preocupada por mí y que me necesitaba: lo sentí, sentí el poderoso impulso de su alma vampírica. Dentro de unos momentos me acercaría a ella.

Sin embargo, aún quería decirle unas cuantas cosas a Marius:

—Debiste confiar en ellos, maestro, darles una oportunidad. Al margen de lo que pienses sobre el mundo, debiste concederles la oportunidad de vivir el tiempo que les correspondía en este mundo. Era su mundo y su tiempo.

Marius meneó la cabeza como si se sintiera decepcionado conmigo, y un poco cansado, y comoquiera que había resuelto estos temas en su mente hacía tiempo, quizás antes de que yo apareciera anoche, estaba dispuesto a dejarme marchar.

—Siempre serás mi hijo, Armand —dijo con una gran dignidad—. Todo cuanto poseo de mágico y divino está ligado a lo humano y siempre lo estará.

—Debiste concederles su hora. Tu amor por mí no te autorizaba a firmar su sentencia de muerte, su admisión a un mundo extraño e inexplicable. Quizá no seamos peores que los humanos, según tú, pero debiste guardarte tus opiniones. Debiste dejarlos en paz.

Era suficiente.

Además, en aquel momento apareció David. Llevaba una copia de la transcripción en la que habíamos estado trabajando, pero ése no era su problema. Se dirigió hacia nosotros pausadamente, anunciando su presencia de modo evidente para darnos ocasión de guardar silencio, lo cual hicimos.

Yo me volví hacia él, sin poder reprimirme.

—¿Sabías que iba a suceder esto? ¿Estabas presente cuando él lo hizo?

—No —respondió David con expresión solemne.

—Gracias —dije.

—Esos jóvenes te necesitan —comentó David—. Marius es su creador, pero te pertenecen a ti.

—Lo sé —repuse—. Me marcho. Haré lo que deba hacer.

Marius extendió la mano y me tocó en el hombro. De golpe me di cuenta de que el maestro estaba a punto de perder la compostura.

Cuando habló, lo hizo con voz trémula y embargado por la emoción. Detestaba la tormenta que se había desatado en su interior y estaba muy afectado por el disgusto que me había causado. No obstante, aunque lo comprendí con toda claridad, no me procuró ninguna satisfacción.

—Ahora me odias, y quizá tengas razón. Sabía que llorarías, pero reconozco que te he juzgado mal. Hay algo de lo que no me había percatado.

—¿A qué te refieres, maestro? —pregunté con un tono entre ácido y melodramático.

—Los amabas de forma generosa —respondió Marius—. Pese a sus curiosos defectos, y su chocante perversidad, no se sentían obligados hacia ti. Quizá los amaras más respetuosamente que yo a ti.

Parecía sinceramente asombrado.

Yo me limité a asentir con la cabeza. No estaba seguro de que Marius estuviera en lo cierto. Nunca había puesto a prueba mi dependencia de Benji y Sybelle, pero no quise decírselo.

—Armand —dijo Marius—, sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees.

—Celebro que me lo digas, porque quizá lo haga —respondí—. A ellos les encanta este lugar, y yo estoy cansado. De modo que gracias por tu oferta.

—Una cosa más, y te lo digo de todo corazón.

—¿Qué, maestro?

David estaba junto a nosotros, de lo cual me alegré, pues frenaba mis lágrimas.

—Sinceramente no sé cómo responder a esto, y te lo pregunto con toda humildad —prosiguió Marius—. Cuando viste el velo, ¿qué es lo que viste exactamente? No me refiero a Cristo, o a Dios, o si se trataba de un milagro. Me refiero a si viste el rostro del ser, empapado en sangre, que dio origen a una religión culpable de más guerras y más crueldad que ningún otro credo. No te enojes conmigo, te lo ruego, sólo deseo que me lo expliques. ¿Qué es lo que viste? ¿Un magnífico recordatorio de los iconos

que pintabas antaño? ¿O un rostro impregnado de amor y no de sangre? Dime si era amor en lugar de sangre. Deseo saberlo sinceramente.

—Me haces una pregunta muy antigua y muy simple —repuse—, y desde mi punto de vista no sabes nada. Me preguntas cómo es posible que fuera mi Señor, en vista de tu opinión sobre el mundo y sabiendo lo que sabes sobre los Evangelios y los Testamentos redactados en su nombre. Asimismo te extraña que yo crea en todo ello puesto que tú no lo crees, ¿me equivoco?

Marius asintió.

—En efecto. Me lo pregunto porque te conozco. Y sé que la fe es algo que tú no posees.

Su respuesta me dejó perplejo. Pero comprendí que tenía razón.

Sonreí. De pronto sentí una excitante y trágica satisfacción.

—Te comprendo —dije—. Y te responderé. Vi a Cristo. Una especie de luz teñida de sangre. Una personalidad, un ser humano, una presencia que presentí que conocía. No era el Señor Dios Padre Todopoderoso ni el creador del universo y de todo el mundo. Y no era el Salvador ni el Redentor de unos pecados inscritos en mi alma antes de que yo naciera. No era la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, ni el teólogo disertando desde el Monte Sagrado. No representaba ninguna de esas cosas para mí. Quizá para los otros, pero no para mí.

—Entonces ¿quién era, Armand? —preguntó David—. Me has contado tu historia, llena de maravillas y sufrimiento, y sin embargo no lo sé. ¿Cuál era el concepto del Señor cuando pronunciabas esa palabra?

—Señor... —repetí—. No significa lo que tú crees. Se pronuncia en un tono excesivamente íntimo y cálido. Es como un secreto y un nombre sagrado. Señor.

Tras una breve pausa continué:

—Él es el Señor, sí, pero sólo en tanto en cuanto es el símbolo de algo infinitamente más accesible, algo infinitamente más significativo que un gobernante o un rey o un señor.

De nuevo dudé unos instantes antes de proseguir, tratando de hallar las palabras que expresaran totalmente la sinceridad de mis sentimientos.

—Él era... mi hermano —dije—. Sí. Eso es lo que era, mi hermano, y el símbolo de todos los hermanos, y por eso era el Señor, y por eso su corazón es amor puro. Te burlas de lo que digo, recelas de mis palabras. Reconozco

que es más fácil sentirlo que verlo. Él era un hombre como yo. Y quizá para muchos de nosotros, para millones de seres, eso es cuanto representa. Todos somos hijos e hijas de alguien y él fue hijo de alguien. Fue humano, al margen de si es o no es Dios, y sufrió, y lo hizo por una causa que él creía que era pura y universalmente justa. Y eso significa que su sangre también puede ser la mía. ¡Debe de serlo! Y quizás ésa sea la fuente de su magnificencia para los pensadores como yo. Dijiste que yo no tenía fe. Es cierto. No creo en títulos ni leyendas ni jerarquías creados por otros seres como nosotros. Él no creó una jerarquía. Él era la esencia misma. Vi en Él una magnificencia por motivos muy simples. ¡Era de carne y hueso! Y podía transformarse en pan y vino para alimentar a toda la Tierra. Tú no lo comprendes. Eres incapaz de comprenderlo. En tu mundo se han tejido demasiadas mentiras en torno a Él. Yo lo vi antes de haber oído hablar tanto de Él. Lo veía cuando contemplaba los iconos en mi casa, y cuando pintaba su imagen, mucho antes de conocer todos sus nombres. No puedo quitármelo del pensamiento. Y nunca podré.

No tenía más que decir.

Marius y David estaban claramente asombrados, pero lo que les había dicho no los había dejado excesivamente impresionados; tuve la sensación de que analizaban mis palabras de forma errónea, aunque no puedo estar seguro.

En cualquier caso, no me importaba lo que pensaran. No era un hecho particularmente positivo el que me hubieran formulado esas preguntas ni que yo me hubiera esforzado en explicarles la verdad. Vi en mi imaginación el viejo icono, el que mi madre me había entregado aquel día en Kíev: la Encarnación. Imposible de explicar según la filosofía de ellos. Me pregunté si el horror de mi vida consistía en que, hiciera lo que hiciere y fuera donde fuere, siempre lo comprendería. La Encarnación. Una especie de luz teñida de sangre.

Deseaba quedarme a solas, alejarme de ellos.

Sybelle me esperaba, lo cual era infinitamente más importante, y fui a abrazarla.

Conversamos durante horas, Sybelle, Benji y yo. Al cabo de un rato se acercó Pandora, trastornada pero procurando disimularlo, y se puso a charlar animadamente con nosotros. Más tarde se unieron a nosotros Marius y David.

Nos hallábamos sentados en un círculo sobre el césped, bajo las estrellas. En bien de los dos jóvenes, me esforcé en poner buena cara y hablamos sobre cosas hermosas y lugares que deseábamos visitar, y de las maravillas que Marius y Pandora habían visto, y de vez en cuando discutíamos sobre temas sin importancia.

Dos horas antes del amanecer, nos separamos. Sybelle fue a sentarse sola en un rincón del jardín, contemplando las flores ensimismada. Benji había descubierto que era capaz de leer a una velocidad sobrenatural y se dedicó a saquear la biblioteca, que era impresionante.

David, sentado ante el escritorio de Marius, corregía los errores de sintaxis y abreviaturas de la transcripción, esmerándose en pulir la copia que había hecho apresuradamente para mí.

Marius y yo estábamos sentados debajo de un roble; yo apoyé mi hombro en el suyo.

No hablábamos.

Observábamos lo que nos rodeaba, escuchando quizá las mismas canciones de la noche.

Yo deseaba que Sybelle tocara de nuevo el piano. No solía permanecer tanto rato sin tocar, y me apetecía oír tocar de nuevo la sonata.

Fue Marius quien se percató de un ruido extraño y se tensó, alarmado.

Al cabo de unos instantes se relajó.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Un ruido sin importancia. No he podido... descifrarlo —repuso Marius, apoyando de nuevo el hombro contra el mío.

Casi de inmediato vi a David alzar la vista del manuscrito. En éstas apareció Pandora, caminando con paso lento y cansino hacia una de las puertas iluminadas.

Entonces percibí el sonido, y también Sybelle, pues se volvió hacia la puerta del jardín. Hasta Benji, al oír el ruido, se dignó dejar el libro a medio leer y se dirigió hacia la puerta, con gesto irritado, para comprobar qué ocurría y controlar la situación. Al principio creí que mis ojos me engañaban, pero enseguida reconocí la identidad de la figura que se acercó a la puerta del jardín, la abrió y cerró silenciosamente a sus espaldas con un brazo rígido y deforme.

Avanzó renqueando hacia la luz que caía sobre el césped a nuestros pies;

parecía víctima de un tremendo cansancio y falta de práctica de algo tan sencillo como caminar.

Me quedé estupefacto. Nadie conocíamos sus intenciones. Ninguno de nosotros nos movimos.

Era Lestat, que presentaba un aspecto tan desastrado y polvoriento como cuando yacía en el suelo de la capilla. Por lo que deduje, de su mente no emanaba pensamiento alguno y sus ojos reflejaban asombro, confusión y cansancio. Se plantó ante nosotros y nos miró de hito en hito. Cuando me levanté apresuradamente para abrazarlo, se acercó y me habló al oído.

Se expresó con voz temblorosa y débil debido a la falta de uso, suavemente; su aliento apenas me rozó la piel.

—Sybelle —dijo.

—¿Sí, qué quieres decirme sobre ella, Lestat? —pregunté, sosteniendo sus manos tan cariñosamente como pude.

—Sybelle —repitió—. ¿Crees que accederá a tocar la sonata para mí si tú se lo pides? La *Appassionata*.

Retrocedí un paso y contemplé sus ojos azules, ofuscados.

—Desde luego —respondí, presa de una gran excitación y emoción—. Estoy seguro de que accederá. ¡Sybelle!

Ella se volvió y lo observó sorprendida mientras Lestat cruzaba el césped hacia la casa. Pandora se apartó para cederle paso, y todos le observamos en respetuoso silencio cuando se sentó junto al piano, de espaldas a la pata derecha del mismo, con las piernas encogidas y la cabeza apoyada sobre sus brazos. Luego cerró los ojos.

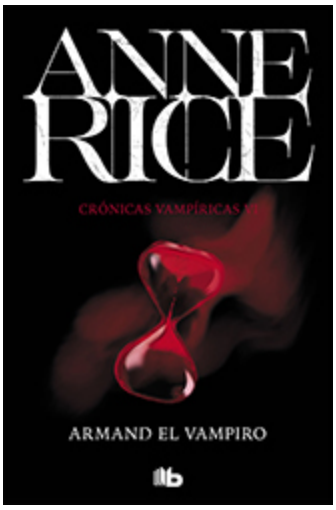
—¿Quieres tocar la sonata para él, Sybelle? La *Appassionata*. Te lo ruego.

Por supuesto, ella aceptó sin vacilar.

8, 12 h
6 de enero de 1998
Little Christmas

OceanofPDF.com

En esta sexta entrega de las «Crónicas Vampíricas» Anne Rice recupera a un personaje que conocimos en *Entrevista con el vampiro*: el joven Armand.



Esta es la historia de Armand, el eterno joven con la cara de un ángel de Boticelli. Acompañémosle por su biografía a través de los siglos, desde el Kiev de su infancia hasta Venecia, pasando por la antigua Constantinopla.

«No existe ningún vínculo telepático natural entre nosotros: Marius me creó, yo soy su eterno discípulo. No obstante, en cuanto me ocurrió esto, comprendí que sin la ayuda de ese vínculo telepático no podía sentir la presencia de Marius en el edificio. No sabía lo que había sucedido durante el breve intervalo en que me arrodillé para contemplar a Lestat. No sabía dónde se encontraba Marius. No percibí los olores humanos de Benji y Sybelle que me eran tan familiares. Sentí una punzada de pánico que me paralizó».

OceanofPDF.com

El verdadero nombre de **Anne Rice** es Hovard Allen. Nació en Nueva Orleans en 1941 y fue la segunda de cuatro hermanos. Rice estudió en la Universidad de Berkeley, pero terminó sus estudios en la Universidad Estatal de San Francisco, donde se graduó en Filosofía y Letras, en la especialidad de Ciencias Políticas y Escritura Creativa. En 1965 publicó su primera obra titulada *October 4, 1948*.

OceanofPDF.com

Título original: *The Vampire Armand*

Segunda edición: noviembre de 2022

© 1998, Anne O'Brien Rice
© 2000, 2008, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Camila Batlles, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Ilustración de portada: © Miquel Tejedo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9019-661-8

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinEbooks
Facebook: penguinlibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

OceanofPDF.com

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

OceanofPDF.com

Índice

Armand el vampiro

Parte I. Cuerpo y sangre

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Parte II. El puente de los suspiros

Capítulo 16

Parte III. *Appassionata*

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre este libro

Sobre Anne Rice

Créditos

OceanofPDF.com